GUERRA Y SOCIEDAD

UNA INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LA GUERRA






Eudaldo Casanova

Guerra y sociedad

Una introducción a la historia de la guerra

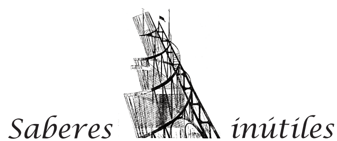


Guerra y Sociedad

Una introducción a la historia de la guerra

Tomo I

Eudaldo Casanova

Saberes  *inútiles*

FICHA CATALOGRÁFICA

CASANOVA, Eudaldo
Guerra y sociedad. Una introducción a la historia de la guerra /
Eudaldo Casanova.
Zaragoza, 2014
Tomo I, 458 p. : 22 cm. (*Saberes inútiles*; 2).

CDU
Sociología de la guerra 355; Historia de la guerra 359.

ISBN 84-616-4194-9

Venta y distribución: WWW.Amazon.es

A mi buen amigo el Tte. Cor.
José Javier Pola, con el que tanto he
hablado de las cosas de este libro.

Introducción

Un curioso cálculo llevado a cabo por un militar británico hace algunas décadas (Greaves, 1962) dio como resultado en su momento que a lo largo de los últimos 5.562 años de Historia había habido 14.542 guerras, 2'6 por año, y que sólo diez generaciones habían conocido períodos de paz ininterrumpida. A pesar de lo relativo de estas estimaciones, lo cierto es que la guerra ha sido una práctica habitual a lo largo de la Historia y lejos de ser un arte, como tantas veces se ha escrito, es un profundo trauma que impacta en las sociedades que la generan dejando en ellas una honda huella

Por eso, podemos decir que la guerra mantiene estrechas relaciones con todo tipo de manifestaciones humanas y su influencia se proyecta en los más diversos campos de la cultura, desde las formas de vestir hasta el arte. De hecho, es el fenómeno social que más literatura ha producido a lo largo de los siglos. Desde la épica clásica hasta la novela actual, la guerra ha servido como tema o trasfondo de la mayor parte de la creación literaria, al tiempo que engendraba géneros propios para su análisis y estudio.

En la segunda mitad del siglo XX, tras el devastador conflicto conocido como Segunda Guerra Mundial, apareció una nueva disciplina académica, denominada Polemología (de *polemos*, en griego: guerra) cuya finalidad era el estudio específico de esta manifestación de la violencia humana. El término fue acuñado por el politólogo francés Gastón Bouthoul en el año 1948 y con él se quería designar un nivel de investigación científica que analizara los conflictos colectivos y armados en todas sus dimensiones: sus causas, sus consecuencias, sus áreas de influencia, su rol ideológico, entre otros. La Polemología es una ciencia multidisciplinar, en la medida en que se apoya en la economía, la antropología, la sociología, etc.

Esta nueva manera de abordar el fenómeno de la guerra se venía a sumar a otras formas de estudio que se remontan a la antigüedad clásica. Ya en el siglo V (a. n. e.), el griego Tucídides, conocido como el «Padre de la Historia», había escrito un libro titulado *Historia de la guerra del Peloponeso*. Estas obras en la antigüedad tenían una naturaleza eminentemente política aunque en algunas de ellas se dedicaba una particular atención al aspecto militar.

Por las mismas fechas en que Tucídides escribía su historia hacía su aparición otro tipo de literatura sobre el tema que podríamos denominar «teoría militar». La primera muestra de este género es el libro hoy conocido como *El Arte de la Guerra*, un escrito sobre tácticas y estrategias militares, inspirado por Sun Tzu, un autor militar chino. Parece ser que el título original era *Estrategia Militar, por Sun Zi* y que habría sido redactado en torno al siglo V (a. n. e.). Esta obra, que fue detenidamente leída por Mao Ze Dong y estudiada por los mandos del Ejército Popular chino, ha cobrado en los últimos años un cierto relieve y se han publicado numerosas ediciones en Occidente, donde ha sido apreciada por los directivos del mundo empresarial que han encontrado en ella principios útiles para triunfar en los negocios al concebirlos como una guerra.

En Occidente, este tipo de obras de naturaleza teórica, aunque se conocen desde la antigüedad clásica, comenzaron a florecer durante la Edad Moderna (s. XV-XVIII), siendo redactadas en más de una ocasión por autores que no eran soldados, ni habían participado jamás en ninguna campaña militar. Un ejemplo es el libro del florentino Nicolás de Maquiavelo escrito en 1532 y titulado también el *Arte de la Guerra*. Para Maquiavelo, la guerra es una táctica transitoria cuando las intrigas de la diplomacia y de la corte no sur-

ten el efecto deseado. No obstante, el gobernante debe preferir un aceptable tratado de paz a una costosa guerra permanente, ya que en tiempos de guerra los que terminan ganando son los comerciantes y los banqueros, mientras el Príncipe es derrocado por un pueblo hambriento y desesperado por la muerte de sus seres queridos.

En los albores de la Contemporaneidad y al calor de las guerras napoleónicas, surgió otro gran teórico militar del que beberá este tipo de literatura durante mucho tiempo, nos referimos a Von Clausewitz. Clausewitz fue un oficial del ejército prusiano que participó en algunas de las más importantes batallas de su época, y supo captar, a través de su experiencia, lo esencial de la guerra moderna. En su extensa obra en ocho tomos titulada *De la guerra*, el prusiano consideraba que la confrontación bélica sólo debía terminar con el sometimiento absoluto del enemigo o con su aniquilación, pronosticando así uno de los rasgos más terribles del conflicto contemporáneo.

A lo largo del siglo XIX nació la historia militar como una rama específica del saber histórico, encontrando acogida en algunas universidades y sobre todo en las academias militares que comenzaban a crearse en muchos Estados (Sandhurst, 1802 en el Reino Unido; West Point, 1802 en EE. UU; Saint-Cyr, 1808, en Francia). Fue entonces cuando aparecieron los primeros estudios propiamente históricos centrados en el fenómeno de la guerra, aunque la mayor parte de ellos estaban dedicados a prolijas reconstrucciones de campañas y batallas.

El prusiano Hans Delbrück será el autor de una monumental obra titulada *Historia del arte de la guerra*, cuyo primer tomo apareció en 1900. Delbrück se centraba en analizar las tendencias e ideas generales sobre las que habían descansado los conflictos armados a lo largo de la historia, desdeñando las pequeñeces que habían llenado las páginas de la historia militar anterior. Fue el primero en estudiar de modo sistemático cómo las condiciones económico-sociales y técnicas habían influido en el desarrollo de un determinado modo de guerrear. Por su influencia en autores como Oman (1898/1978) o Lot (1946) fue, sin duda, el autor que definió y conceptualizó la moderna historia militar eliminando los lastres del pasado.

Al finalizar la Gran Guerra, la historia militar cayó en desgracia en los círculos académicos. El impacto de la brutal contienda entre los intelec-

tuales contribuyó a ello, pero terminada la Segunda Guerra Mundial se produjo un cierto renacimiento de esta disciplina, sobre todo en el medio anglosajón. La renovación en el estudio de la misma se inicia con una conferencia dada en Belfast en 1956, por Michael Roberts (Rogers, 1995). En «The Military Revolution, 1560-1660», Roberts, apostaba por un renovado enfoque que debía estudiar entre otras cuestiones: las estructuras militares, la logística y las relaciones con la sociedad civil. Con esta propuesta, podemos decir que se asentaron las bases de una auténtica socialización de la historia militar (Espino, 1993). Desde entonces, el estudio de esta materia ha producido toda una pléyade de investigadores —Corvisier (1976), Pieri (1970), Parker (1985, 1990) o MacNeill (1988)—, que han generado una abundante literatura académica sobre el tema, junto con otra legión, mucho más abundante, de publicaciones de naturaleza más bien divulgativa.

La guerra es un fenómeno social específico que presenta un perfil definido. No podemos considerar como guerra la lucha circunstancial de dos grupos de homínidos en disputa por una charca, ni la lucha de la policía contra una organización criminal, ya que la guerra supone la implicación directa de un amplio colectivo social. Tampoco podemos estimar como tal los enfrentamientos ritualizados que siguen practicando hoy algunas comunidades primitivas, ni otras formas de confrontación que se pueden dar entre los humanos y a las que se les suele aplicar el apelativo de «guerra» por simple analogía.

La guerra es una forma de violencia intraespecífica y colectiva en la que priman los intereses grupales sobre los individuales y, aunque puede estar ritualizada, no es un mero rito sin más. En ella los grupos comprometidos pueden tener, dependiendo de circunstancias culturales o históricas, dimensiones variables. Así, en las culturas primitivas unas docenas de guerreros podían ser el equivalente a un ejército moderno. Esa violencia se ejerce de un modo premeditado y con ella se pretende rendir o destruir al grupo contrario para alcanzar unos objetivos preestablecidos. Implica, por tanto, una cierta organización y presupone enfrentamiento armado y una relativa duración en el tiempo. Los fines perseguidos pueden ser muy variados pero guardan una estrecha relación con los intereses del grupo o, al menos, de un cierto sector preponderante en el mismo. Esos intereses están sujetos a factores culturales e históricos aunque, como veremos a lo

largo de la Historia, el trasfondo económico suele latir tras muchos de ellos (Bouthoul, 1971).

Los primeros testimonios materiales de este tipo de enfrentamientos se localizan en el mesolítico. En un enterramiento descubierto en Wadi Halfa (10.000 a. n. e.), cerca del Sudán, se han detectado veinticuatro muertes violentas y simultáneas sobre cincuenta y ocho cadáveres hallados, algunos de los cuales conservan incrustados en sus huesos las armas de las que fueron víctimas. También en las pinturas levantinas vemos imágenes de arqueros que se disparan entre sí, sin que podamos precisar el sentido de la escena. Las impresionantes murallas de la ciudad de Jericó, ya en fase neolítica, puede que sean, por el momento, los primeros vestigios materiales e indiscutibles de que en aquel período se mantenían enfrentamientos prolongados y planificados que encajarían perfectamente con la definición que hemos dado de guerra.

No obstante, la primera aparición de guerras en la Prehistoria es un tema en disputa por parte de antropólogos e historiadores (Gat, 2006). En las primeras sociedades, como en las de cazadores-recolectores, no había roles sociales o división del trabajo con la excepción de las diferencias de sexo y edad, por lo que, teóricamente, cualquier persona capaz podía contribuir en cualquier incursión armada, o en la defensa del territorio. Sin embargo, debemos puntualizar sobre ese tipo de enfrentamientos ya que en ellos, realmente, no participaban todos los miembros de la tribu sino sólo los varones adultos considerados guerreros. Si bien se puede entender la exclusión en el conflicto directo de los niños o los muy ancianos no se puede comprender cómo no intervenían las mujeres adultas. Este hecho guardaría relación con la división del trabajo en función del sexo que se habría establecido en época remota.

La mujer, altamente considerada en la comunidad primitiva por ser dadora de vida, pudo quedar apartada de la actividad cazadora con el fin de protegerla de los peligros, sobre todo en períodos de gestación. El monopolio del macho sobre esta actividad, la más valorada por el hombre primitivo, debió acabar degenerando en una cierta preeminencia sobre el otro sexo, aunque no quedase claramente establecida hasta que fuera consagrada una primera «división de la violencia social» en el conjunto del grupo. Al asumir el varón un papel preponderante en función del control

sobre la caza, lo asumía también en el ejercicio de la más importante actividad agresiva. En el ulterior desarrollo del utillaje ofensivo, el adiestramiento, cada vez más necesario, y el ejercicio físico que comportaba, quedó reservado a los varones, reforzando así el papel pasivo adjudicado a las mujeres y, tal vez, condicionando su propia estructura tipológica.

Se conocen casos entre grupos de primitivos actuales donde queda establecido como tabú el que las mujeres puedan siquiera tocar las armas. Por ejemplo, entre los *baruya* de Nueva Guinea se admite que fueron las mujeres las que inventaron el arco pero, tras haber hecho un uso desordenado del mismo matando muchos animales, se les prohibió, bajo tabú, tocarlo.

No resulta casual que el tabú haga referencia al arco ya que este tipo de arma, manejada con una cierta habilidad, podía resultar temible en manos de cualquiera independientemente de su sexo, al poder eliminar al contrario sin necesidad de la confrontación cuerpo a cuerpo. Encontraríamos relación entre esta prohibición y el mito clásico de las amazonas, cuya arma preferida era también el arco. Las amazonas que atacaron a Orellana y sus hombres en el siglo XVI lo hicieron arrojándoles flechas, y el mismo término de amazona haría referencia al uso del arco ya que procedería de una palabra griega que equivaldría a «las que no tienen pecho», en alusión a la creencia de que entre esas legendarias guerreras sería tradición amputarse un seno para facilitar el manejo de ese arma. Este detalle podría ser interpretado como una referencia a viejos tabúes sobre la prohibición a las mujeres de usar armamento pretextando su estructura anatómica.

Así pues, se podrían cuestionar las tesis tan extendidas entre algunos antropólogos (Harris, 1982: 75) sobre la mayor capacidad bélica de los machos. La mujer debidamente adiestrada en el manejo de las armas, por muy primitivas que fueran, resultaría tan peligrosa frente a un varón como otro varón. No en vano, el arma libera al hombre de su servidumbre biológica y lo convierte en superior frente al resto de las especies. Resulta una falacia admitir esto y negarlo en lo referente a los sexos de nuestra propia especie.

Esta hipótesis sobre la afirmación del poder patriarcal, basado en el papel que desempeña la violencia en las organizaciones sociales primitivas,

ha sido refrendada desde un enfoque antropológico por Reeves Sanday (1986) que, tras estudiar este aspecto en ciento cincuenta culturas, plantea cómo en las más antiguas sociedades humanas las mujeres y los hombres habrían conocido una etapa de relativa igualdad. Pero cuando por el incremento de sus miembros, la escasez de recursos o las migraciones forzosas, la guerra de saqueo contra otros grupos se convirtió en el único medio de supervivencia y los enfrentamientos se multiplicaron, aumentó la tendencia a someter a las mujeres. De ser cierta esta hipótesis tendríamos un primer e importantísimo ejemplo de cómo los conflictos armados y organizados entre humanos han contribuido a modelar la sociedad.

Durante cientos de miles de años, el hombre vivió buscando el sustento en la naturaleza. Como era cazador y recolector, elegía para establecerse regiones donde abundaran los animales y los vegetales comestibles. Cuando el alimento escaseaba, abandonaba la región y buscaba otras tierras donde instalarse, en ocasiones muy lejanas. Pero hacia el año 8000 (a. n. e.), las últimas manifestaciones de la era glacial desaparecieron definitivamente del planeta. El clima se estabilizó y la población aumentó con rapidez en todo el mundo; fue entonces cuando se produjo un enorme cambio al comenzar los humanos a cultivar la tierra, a domesticar los animales y a agruparse en colectividades estables y organizadas. Ese proceso fue lento y se desarrollo en el curso de cientos y cientos de años, en los que hicieron aparición las aldeas, cada vez más numerosas e importantes.

La introducción de la agricultura produjo grandes diferencias entre las viejas sociedades nómadas, basadas en la caza, y las nuevas sociedades sedentarias, basadas en la agricultura. La historia de la guerra «civilizada», si nos podemos permitir tal expresión, comienza con el desarrollo de sociedades complejas gracias a la producción de excedentes en la agricultura, un sobrante social de alimentos, normalmente cereal, que se podía almacenar y con el que se podía alimentar a miembros de la comunidad que sin trabajar directamente la tierra desempeñaran tareas especializadas, por ejemplo el trabajo del metal.

Es muy posible que estas aldeas, sobre todo durante las épocas de hambruna, se vieran atacadas por nómadas en busca de alimento, lo que les obligaría a organizar de modo sistemático su defensa. En esa línea, la calidad del armamento utilizado debía ser muy importante, poniendo en

relación desarrollo tecnológico y guerra. La introducción del bronce a partir del tercer milenio, seguida por el hierro hacia el 1200 (a. n. e.), propició la creación de armas más efectivas que sustituyeron a la piedra y los huesos en las puntas de lanzas, hachas y flechas. Nacía así la guerra «civilizada».

I
La guerra en el Próximo Oriente Antiguo

Las primeras civilizaciones

Cuando hace seis mil años apareció la ciudad en la historia de la humanidad, la organización social se había hecho ya lo suficientemente compleja para que existiera una relativa división del trabajo gracias a un abundante excedente alimenticio. En documentos que datan del año 2.500 (a. n. e.), se indica que el rendimiento medio en un campo de cebada irrigado equivalía a 86 veces la siembra. Así pues, los agricultores egipcios o sumerios podían producir fácilmente un excedente por encima de sus demandas domésticas. Eso permitía que muchos de los habitantes de estas ciudades se dedicaran a la producción artesanal o al comercio, mientras que una minoría ostentaba un mayor rango social en función de su autoridad espiritual o del poder que poseían por su destreza en el manejo de las armas. Estas castas sacerdotales o guerreras disfrutaban también del desigual reparto de riquezas socialmente producidas por una masa de campesinos que laboraban la tierra y construían las obras públicas.

Para asegurar mejor su dominio, los poderosos edificaron con piedra o ladrillo palacios, y para cumplir mejor la voluntad de los dioses, o com-

prender la marcha de los cielos, los sacerdotes levantaron templos. Sacerdotes y guerreros fueron así los hijos de la ciudad, donde finalizaban las rutas de las caravanas, donde trabajaban mercaderes y artesanos, y desde donde se ejercía el dominio sobre el campo y los campesinos. Convertidas en polo de atracción, las ciudades se impusieron a las regiones rurales de alrededor. A su función religiosa, económica y militar se sumó la administrativa. Se elaboraron allí códigos y leyes que reglamentaban los deberes de cada uno, la división del trabajo y el valor de las mercancías.

En Egipto se pudo desarrollar una de esas prósperas culturas urbanas. Situado en un valle de unos 1.000 kilómetros de longitud por 10 a 20 de ancho y limitado al este y al oeste por el desierto, la inundación que anualmente produce el Nilo durante los meses de julio a octubre deja al retirarse una capa de fértil limo, lo que hace de esa tierra un rico vergel.

De 2850-2190 (a. n. e.), durante el Imperio Antiguo, el reino egipcio, unificado por el legendario faraón Narmer, que sumó las coronas del Alto y del Bajo Egipto, vivió relativamente aislado de otros pueblos. La sociedad durante estos siglos estaba perfectamente jerarquizada con una estructura escindida en dos clases: el campesinado, que formaba la inmensa mayoría, y el faraón y su cohorte de funcionarios, altos jefes militares y grandes terratenientes.

La masa del pueblo trabajaba sin descanso para nutrir a los servidores del faraón. El trabajador no era ni esclavo (sólo los extranjeros, prisioneros, raptados o comprados lo eran), ni libre; era el *fellah*, el campesino sometido de hecho al «campo del faraón», a las tierras del templo o del oficial, y sujeto a prestación personal o requerido para la realización de obras públicas de interés colectivo, como la conservación de canales y diques. También existían dos estratos de naturaleza emergente: el artesano y el mercantil, este último bajo el control centralizado del faraón, quien supervisaba todas las expediciones comerciales, especialmente aquéllas que se dirigían al Sinaí, importante por sus minas de cobre y turquesa.

Gracias al trabajo colectivo se construyeron entonces grandes pirámides para enterrar al faraón, realeza divinizada de quien dependía la prosperidad de las cosechas. Esta creencia no impidió que durante la VI dinastía se debilitara su poder y aumentara el de los señores feudales (nomarcas =

gobernadores de los nomos o regiones). El resultado no sólo fue la anarquía política, sino también el caos económico; porque era el Estado centralizado el que había asegurado y distribuido los suministros de materias primas y había acumulado el excedente necesario para la subsistencia de los artesanos.

Así la quiebra del poder central supuso la desmembración pasajera del reino, naciendo un Estado al norte, con capital en Heracleópolis, y otro al sur con capital en Tebas. Fue en el llamado Imperio Medio (2052-1570) cuando se produjo la reunificación bajo la hegemonía de Tebas, y con el faraón Sesostris III la influencia egipcia llegó hasta la Baja Nubia (minas de oro), abriéndose nuevas rutas comerciales hacia el Sinaí, Punt, Creta y Biblos.

A mediados del segundo milenio se produjo otro periodo de transición, y la confusión interna favoreció la invasión de los *hicsos* (en egipcio: caudillos extranjeros) grupo nómada de pastores semitas. El Alto Egipto fue dominado por los invasores, que se constituyeron en clase dirigente y fijaron la capital en Avaris, en el delta oriental (dinastías XV-XVII).

Entre 1570 y 1166, la cultura egipcia conocerá su etapa de máximo esplendor, es el llamado Imperio Nuevo. Ahmosis, gobernador de Tebas, logró expulsar a los hicsos de Avaris, persiguiéndolos hasta Palestina y fundandose a partir de él la XVIII dinastía. Con Thutmosis III el Imperio alcanzará su mayor expansión territorial: del Éufrates hasta la cuarta catarata. Sus sucesores proseguirán la política de conquistas, controlando un conjunto de pueblos asiáticos que quedaban sometidos al colonialismo egipcio, cuyo imperio mantenían con el pago de cuantiosos tributos.

De entre los faraones conquistadores destacarán, de modo particular, Sethi I y Ramsés II, que tuvieron que enfrentarse a otra potencia regional: los hititas. Bajo toda esta secuencia de hechos históricos, la sociedad egipcia había sufrido grandes cambios. La anarquía subsiguiente a la caída del Imperio Antiguo dio lugar a que todas las riquezas que se habían acumulado en el palacio y los templos fueran puestas en circulación, con lo que la economía monetaria recibió un impulso decisivo y el comercio un auge inusitado. La industria artesanal comenzó a producir a gran escala, y los lujos se convirtieron en signos de ostentación ineludibles para los nuevos

ricos de las clases emergentes. La inmortalidad, que hasta el Imperio Medio estuvo reservada al faraón, se democratizó y se hizo extensiva a los enriquecidos mercaderes y a los más ricos artesanos, los únicos que podían pagar los gastos que representaba el embalsamamiento.

Posteriormente con Ramsés III y sus sucesores se reprodujeron los graves conflictos internos de épocas pasadas y la monarquía tuvo también que hacer frente a la invasión de los «Pueblos del Mar», lo que supuso la pérdida de Nubia y Palestina, así como el empobrecimiento del país. Aunque Egipto siguió siendo una potencia su poderío comenzó a declinar.

No fue muy distinta la dinámica seguida por las culturas mesopotámicas en el marco de la revolución urbana. La llanura aluvial del Tigris y del Éufrates goza de gran fertilidad y es propicia para el cultivo de cereales por el sistema de regadío. Menos cerrada que Egipto, Mesopotamia constituye una franja de ricas tierras conocidas como el Creciente Fértil.

Entre 3200 y 2800 los sumerios, que ya conocían el metal, se asentaron en el sur de Mesopotamia y fundaron varios enclaves urbanos: Eridú, Ur, Uruk, Lagash y Umma. Cada uno constituyó una ciudad-Estado, independientes entre sí, y el núcleo fundamental en todas ellas era el templo, una gran construcción de ladrillo levantada sobre terrazas. Cada divinidad local era propietaria del territorio dominado por la ciudad. El templo era centro no sólo de la actividad religiosa sino también de la vida política, administrativa y económica, y auténtico eje vertebral de la sociedad mesopotámica. Al ser la deidad local dueña absoluta de la tierra, eran los sacerdotes del templo los que cedían el derecho de cultivo a los campesinos a cambio de ciertos impuestos y prestaciones personales. De esta forma, la casta sacerdotal estaba en una posición inmejorable para controlar el excedente social.

Esa casta sacerdotal, con el pleno control del aparato económico en sus manos, comenzó a organizar el territorio política y administrativamente dividiéndolo en varias provincias y colocando al frente de cada una de ellas gobernadores civiles y militares, encargados de la administración y del mantenimiento del orden. Esta es la razón de que aparezca junto al templo un nuevo tipo de construcción, el palacio. Los gobernadores fueron en un principio nombrados por elección pero, más tarde, pasaron a ser car-

gos hereditarios, apareciendo así la máxima autoridad, un jefe, llamado *En* o *Patesi* (vicario del dios), o *Lugal* (gran persona) que ostentaba el poder político y militar y oficiaba como sumo sacerdote.

Ya desde las etapas más tempranas de su historia estas ciudades-Estado entraron en una encarnizada lucha intestina por la hegemonía sobre la correspondiente parte de la llanura de Mesopotamia. De este tipo de luchas surgirán poderosos reinos nacidos del sometimiento de unas ciudades-Estado por otra más poderosa, aunque Mesopotamia, más compartimentada y menos cerrada que Egipto, se prestó menos a la ambición unificadora de los grandes soberanos.

Hacia 2350-2300, Sargón I se hará llamar «Señor de las Cuatro Partes del Mundo». Realmente comenzó siendo un funcionario semita de Kish que se apoderó del trono local e invadió la Mesopotamia meridional, Elam y parte de Siria y Asia menor. Sin romper con la cultura sumeria, Sargón creó un estado centralizado con capital en Akkad e impuso su hegemonía sobre todo el Fértil Creciente. Con el nieto de Sargón, Naram-Sin (2236-2200 a. n. e.) el extenso Estado de los sargónidas fue adquiriendo cada vez más los rasgos propios de los imperios de la antigüedad. No obstante, la enorme potencia creada por los representantes de la dinastía de Akkad existió muy poco tiempo. A principios del siglo XXII (a. n. e.) se desmoronó, desgarrada por las contradicciones internas, y Mesopotamia se convirtió nuevamente por muchos decenios en escenario de encarnizadas luchas por el poder entre los gobernadores de los nomos más poderosos: Sumer y Akkad.

Entre 2150 y 2050 podemos reconocer un auténtico renacimiento sumerio en la ciudad de Lagash. El *patesi* Gudea reinó con esplendor y la III dinastía de Ur nos muestra el mayor apogeo alcanzado por esta cultura, y continuado por Hammurabi (1792-1750), conocido por su célebre Código. Hammurabi señala la cumbre de la primera civilización babilónica. Su imperio se construyó poco a poco y terminó por comprender toda Mesopotamia, con los países de Sumeria y Akkad, unidos en adelante bajo el nombre de Babilonia.

Entre 1300 y 1200 (a. n. e.) los imperios egipcios y mesopotámico iniciaron su decadencia. Babilonia cayó ante el empuje de los arameos y cal-

deos, pueblos a los que tenía sojuzgados. Egipto fue impotente ante el empuje conjugado de libios y nubios. Años más tarde, hacia 605 (a. n. e.) cayeron ante el arrollador avance de un nuevo imperio, el asirio, organizado sobre el pillaje, la rapiña y los restos del antiguo imperio sumerio. En las fechas en las que se verifica la dominación de Egipto, Asiria extendía sus dominios hasta las costas asiáticas mediterráneas y más allá de las márgenes orientales del Tigris, hasta el valle del Indo, en una organización imperial que sólo sería aniquilada por los ejércitos de Ciro, rey persa, hacia el año 539 (a. n. e.).

En estas primeras culturas nos encontramos con un amplio abanico de causas origen de conflictos bélicos. Muchas de ellas pervivirán durante siglos tal y como aparecieron en sus inicios, otras sufrirán adaptaciones con el avance de la civilización pero, en esencia, responderán a los mismos o parecidos presupuestos.

La guerra surge como un conflicto de intereses entre comunidades de igual o distinto nivel de desarrollo. Estas diferencias se traducen en muchos casos en grados de riqueza muy diferentes y en necesidades materiales que se desean satisfacer. Por tanto, una de las primeras causas de enfrentamiento debió de ser la de responder a un desequilibrio entre presión demográfica, producto de un crecimiento de la población, y recursos disponibles del medio en que habitaba una comunidad. Muy pronto, las poblaciones en aumento tuvieron que encontrar una salida intentando apropiarse de las tierras o riquezas de otros pueblos. Así, las primeras ciudades de Oriente Próximo tuvieron que repeler los asaltos de pueblos famélicos venidos desde el límite del desierto, que lanzaban miradas llenas de envidia a la riqueza urbana, a las tierras de las ciudades, creadas por años de labor, o a los tesoros en ellas acumulados.

Testimonio arqueológico de esto nos lo ofrecen los restos hallados en la ciudad de Jericó. Alrededor de las viviendas se levantaba un muro protector y había también una especie de atalaya. Con el correr de los siglos, la ciudad reforzó su sistema de defensa con la construcción de una auténtica muralla, que fue destruida y reconstruida en numerosas ocasiones. En el exterior, los habitantes de la ciudad habían cavado una enorme fosa de ocho metros de ancho y unos tres de profundidad. Este sistema defensivo sólo se explica por la precoz prosperidad de Jericó.

En la Antigüedad, casi siempre, las migraciones estaban en el origen de las invasiones, por lo que resulta complejo precisar la rapidez de penetración que sugiere el término «invasión», así como las motivaciones que impulsaban estos movimientos. Se puede deducir que la escasez de recursos por un incremento de la población, o por un cambio en las condiciones de vida en sus primitivos asentamientos, o el empuje sobre esas comunidades de otros pueblos, también en proceso migratorio, pudieron ser las causas principales, sin poder descartar otras.

Casi todos los pueblos de la Antigüedad fueron más o menos afectados por las invasiones. Egipto, a pesar de hallarse protegido por el desierto, las sufrió. La primera se sitúa hacia 1730, al cabo de trece siglos de existencia egipcia, y fue llevada a cabo por los hicsos. En los años 1230-1190 sufrió la segunda, protagonizada por los Pueblos del Mar, de los que sabemos muy poco. Para contenerlos el ejército egipcio fue reorganizado por Setnakht y Ramsés III y pudo vencerlos en la costa fenicia. Que esta invasión era una emigración armada resulta perfectamente claro por el hecho de que la fuerza de tierra fuese acompañada por las familias de los soldados que portaban en grandes carromatos sus pertenencias.

Mesopotamia, más desprotegida geográficamente que Egipto, fue lo suficientemente esplendorosa para convertirse con frecuencia en objetivo de pueblos vecinos de los montes y de la estepa. Por eso sufrió la amenaza occidental de los amoritas, o de los pueblos del este, como los guti, lullubi y casitas. A partir del segundo milenio, el norte se hallará a su vez en peligro permanente ya que, siguiendo a los hicsos, se produjo la avalancha de los hititas y de los mitanos; luego, de los Pueblos del Mar y, finalmente, los cimerios y los escitas.

Una característica de este tipo de agresiones era que el invasor pretendía permanecer en el territorio asentándose en él y, en muchas ocasiones, asimilando los rasgos culturales de los invadidos, si estos eran juzgados como superiores a los propios. Los hicsos se apropiaron del Estado egipcio y ocuparon el poder durante años. Esta experiencia iba a marcar la marcha de la política exterior de Egipto en los siglos siguientes. Cuando en 1580 Egipto expulsó a los invasores, los faraones de la XVIII dinastía tomaron la determinación de hacer todo lo necesario para prevenir la repetición de tan desastrosa experiencia. Con ese fin constituyeron en Asia,

entre los años 1580 y 1450, un «cordón sanitario» con una anchura aproximada de 180 kilómetros entre el Mediterráneo y el desierto de Siria, para evitar nuevas invasiones. En este caso, la invasión de los hicsos impulsó el imperialismo egipcio. En otras ocasiones, los invasores terminaban por convertirse en una nueva potencia local. Es el caso del imperio hitita, que acabó siendo el rival de Egipto.

Distinta a la invasión es la razia, palabra que deriva del árabe *gházia* (ataque), aunque tiene en común con ella las motivaciones que mueven a los agresores. Los protagonistas de las razias son grupos cuya situación económica inferior les impulsa a atacar a sus vecinos mejor provistos con la intención exclusiva de obtener un botín. La radical diferencia estriba en que el atacante no tiene ningún interés en ocupar el territorio del agredido. También se diferencia en que el ataque es repentino y fugaz produciéndose después una rápida retirada de los atacantes a sus bases. Las razias fueron muy frecuentes a lo largo de todo el mundo antiguo y afectaron a todas los núcleos poblacionales que gozaban de prosperidad económica. Este tipo de acción podía equipararse con el bandidismo y hostigamiento que podían sufrir las caravanas o los contingentes destacados por los Estados en la búsqueda de materias primas.

Los agrestes pueblos vecinos de Sumer practicaron este tipo de incursiones, como lo hicieron los beduinos del Sinaí que fueron objetivo de las expediciones de castigo egipcias y obligaron a los faraones a realizar campañas punitivas para asegurarse y proteger las rutas comerciales. Textos muy antiguos refieren las guerras emprendidas por las ciudades de Sumer y Akkad en contra de los elamitas y otros vecinos que ellos consideraban «bárbaros». La situación era la misma en el reino de Babilonia, bajo Hammurabi, que temía un golpe de mano por parte de bandidos con base en una localidad no identificada, llamada Andarik. En Ugarit, durante la segunda mitad del segundo milenio, los archivos de Estado también dan prueba de conflictos internacionales que podían derivarse como consecuencia de los asesinatos de mercaderes extranjeros en regiones poco seguras y a los que el Estado de procedencia debía brindarles protección.

Desde época temprana, otro de los motivos más frecuentes de conflictos bélicos era la necesidad que tenían los pueblos más civilizados de materias primas. Así lo podemos apreciar en una de las epopeyas sumerias

en la que se nos cuenta cómo Enmerkar de Uruk exigía al *lugal* de Aratta la entrega de metales preciosos y de lapislázuli, bajo la amenaza de destruir su ciudad. En este caso no se trataba de obtener los productos de modo directo, sino de conseguirlos como tributo.

En cambio, el faraón Semerkhet, alrededor de 3370 (a. n. e.), fue el primer rey de Egipto que invadió el Sinaí en busca de las minas de cobre. Hay una pintura en los muros funerarios de Sahure (2950 a. n. e.) de una expedición naval atravesando el mar Rojo hacia el Sinaí, y luego regresando con prisioneros semitas a bordo. El oro de Nubia, convertido en metal de intercambio, o la madera del Líbano, de la que Egipto padecía una acusada penuria, fueron otras materias cuya consecución puso en marcha la maquinaria militar egipcia.

De manera similar actuaron los monarcas babilonios. Tanto la tradición poética como las inscripciones de Sargón y sus sucesores revelan los objetivos económicos de sus conquistas. El mismo Sargón se jactaba de haber conquistado las Montañas de Plata (del Tauro) y los Bosques de Cedro (¿el Líbano?). Un documento posterior relata cómo fue invitado a Capadocia para apoyar a sus comerciantes en metales radicados allí, mientras que en otra tablilla se menciona entre las conquistas de Sargón la «Tierra del Estaño» cuya localización es difícil de precisar.

Esta búsqueda de productos esenciales generaba zonas de expansión e imperios de duración variable. En Mesopotamia, más abierta al exterior que Egipto, se sucedieron estas concentraciones de poder a lo largo de los siglos. Aunque, en definitiva, los imperios asiáticos del tercer milenio se derrumbaron tan rápidamente como se habían edificado. Las empresas de conquista imperial sólo cuajaron a partir del segundo milenio y corrieron a cargo de hititas y asirios. Los hititas, pueblo indoeuropeo, levantaron un Estado en Asia Menor y Siria, que sostuvieron desde mediados del siglo XVII hasta el XII, abarcando una superficie cuya extensión máxima sería de unos 1.200 kilómetros este-oeste por 800 norte-sur. En cuanto a los asirios, se sabe que los fundamentos de su expansión imperial hacia el norte correspondían a exigencias de materias primas.

La rivalidad entre ciudades-Estado podía ser otra de las causas de enfrentamiento. Las tablillas y las inscripciones halladas durante las exca-

vaciones atestiguan la frecuencia de las luchas fratricidas para conquistar la supremacía regional. Por ejemplo, apoderarse de Kish, o al menos dominarla, constituía la ambición de numerosos monarcas mesopotámicos. Por motivos que se nos escapan, tal vez religiosos, aquella ciudad disfrutaba de un inmenso prestigio, y el título de lugal de Kish era el más codiciado de todos.

Los más antiguos documentos legibles, aparte de las tablillas de contabilidad, describen guerras entre las ciudades. Un ejemplo típico es el de Lagash y Umma, separadas tan sólo por veinticinco kilómetros. Poco antes de 2500, Umma se adueñó de un territorio (Guedinna) perteneciente a Lagash, sin hacer caso de un arbitraje que databa de más de un siglo. Hacia el 2500, Eannatum de Lagash recuperó esa región y mandó cavar un canal de irrigación paralelo a la nueva frontera, dejando baldía, por el lado de Umma, una franja de tierra. Una generación después los ummaítas emprendieron la guerra y secaron el foso, aunque fueron derrotados cuando quisieron tomar Guedinna. Años después, un nuevo conflicto por la misma causa desembocó en el saqueo de Lagash.

Este estado de guerra permanente entre ciudades vecinas queda atestiguado por las poderosas fortificaciones que protegían a Uruk, Kish, Lagash, Ur y Mari. Podemos imaginar el titánico trabajo necesario para rodear Uruk, hace más de 5000 años, con una muralla de 10 kilómetros de longitud. También lo ratifican algunos de los proverbios sumerios que han llegado hasta nosotros: «El Estado cuyo armamento sea débil no podrá alejar al enemigo de sus puertas», «Tú vas y conquistas el país del enemigo. El enemigo luego viene y conquista tu país» (Kramer, 1985: 145).

También deberíamos mencionar las causas de guerra que tienen su origen en el seno del mismo Estado o de la misma comunidad. Estos conflictos en los que el enemigo no es exterior, y que podríamos considerar como enfrentamientos civiles, nacen o bien de las desigualdades sociales en momentos de penuria económica, o bien de movimientos centrífugos que cuestionan la autoridad central, aunque también pueden darse combinados y coincidir con desestabilizadores y amenazantes peligros exteriores.

Ya en Lagash, entre 2500 y 2400, la incautación de los bienes de los templos para sufragar las necesidades del ejército durante los conflictos

con Umma generó un fuerte descontento social, puesto que las reservas del templo podían ser objeto de un reparto entre la población necesitada en caso de crisis. El hecho debió provocar una revuelta, tal vez sangrienta, que llevó al poder a Urukagina, y supuso una serie de reformas sociales que estuvieron en vigor durante algún tiempo.

Otro caso viene referido en un poema sumerio, *La maldición de Akkad*, en el que se nos explica el derrumbamiento de la dinastía acadia ante la invasión guti por la cólera del dios Enlil contra Naram-Sin. Parece ser que este último permitió que sus soldados saquearan en Nippur el templo de dicha divinidad. Aquí se combina la amenaza exterior con los conflictos internos derivados de una posible rebelión sumeria contra la dinastía de Akkad, o de la prevalencia del estamento militar en las distribuciones de las propiedades del clero entre compañeros de armas.

La relajación del poder central daba casi siempre lugar a la guerra civil. Egipto las experimentó durante las fases de debilitamiento que la egiptología denomina «períodos intermedios». En la primera de ellas (de 2242 hacia 2060) la especie de baronías que poco a poco fueron constituyendo los aristócratas, encargados de la administración de los nomos, se rebelaron contra el Faraón, apoyándose para ello en las fuerzas locales representadas por las milicias que habían formado el grueso del ejército del Imperio Antiguo.

En estas revueltas, que podríamos juzgar políticas, siempre había un trasfondo social, producto, posiblemente, de épocas de penuria. Escribas de un período posterior han dejado mención escrita sobre ese aspecto de la denominada «Edad de las Tinieblas». Nos dice uno: «Los hombres alzan las armas en son de combate, porque la tierra vive en desorden; fabrican lanzas de cobre para implorar su pan con sangre». Y en otro pasaje: «Faltan las materias primas para los artesanos; ya no trabaja ningún obrero; los enemigos han saqueado los talleres» (Childe, 1985: 165).

Como podemos apreciar, la mayoría de los conflictos tenían motivaciones materiales. Los soberanos trataban de asegurarse el dominio de los grandes ejes comerciales y de controlar la producción agrícola de las tierras más fértiles, así como el abastecimiento de materias primas. Frente a los relatos bélicos de la época que han llegado hasta nosotros, plagados de

gestas heroicas protagonizadas por los dirigentes en nombre de la voluntad de los dioses, las causas reales de las guerras que se dejan entrever son, ya casi siempre económicas.

Ejércitos, guerreros y armas

Al final del largo período que estamos analizando, hacia mediados del primer milenio antes de nuestra era, se puede decir que los elementos principales que imperarán en la guerra durante los dos mil años siguientes, hasta el empleo de la pólvora en el siglo XIV, estaban ya bien definidos. Se trataba de conflictos protagonizados por soldados a pie provistos de espadas y lanzas, así como arcos, jabalinas y hondas. También contaban con una rudimentaria caballería y con carros de guerra, mientras que los artefactos de asedio y la maquinaria bélica, equiparable a la artillería de época posterior, eran aún muy primitivos.

No se sabe con exactitud qué cifra podían alcanzar los efectivos movilizados. Los primeros datos registrados sobre el enfrentamiento entre las ciudades-Estado de Mesopotamia en el tercer milenio, describen la guerra a una escala relativamente pequeña. No obstante, Sargón menciona un regimiento de guardia de cinco mil cuatrocientos hombres, aunque los príncipes sumerios debieron poseer formaciones de número sustancialmente inferior. El crecimiento de los grandes imperios en el segundo y primer milenio llevó al inevitable surgimiento de ejércitos más numerosos. Cuando Thutmosis III emprendió su campaña contra los hititas en abril de 1468 (a. n. e.) parece que movilizó una fuerza de unos 30.000 hombres. Ciento setenta y cuatro años después, en el enfrentamiento entre el faraón Ramses II y el rey hitita Muwattali, ambos contendientes fueron capaces de enfrentarse con fuerzas superiores a los 20.000 hombres en cada bando.

Durante la crisis del Imperio Nuevo egipcio tenemos referencias que nos hablan de un ejército que podía rondar los 400.000 hombres repartidos a lo largo del territorio. De ser ciertas estas cifras nos revelarían el enorme incremento experimentado por la maquinaria militar de los grandes imperios. Los asirios, que crecieron como potencia muy lentamente, tras el agotamiento de egipcios e hititas, durante los siglos VIII y VII, debieron contar también con un número de tropas muy elevado, convir-

tiéndose así en el instrumento militar más terrible que nunca tuvo en sus manos un Estado mesopotámico y en la más avanzada maquinaria de guerra hasta los romanos.

La recluta de estos ejércitos se pudo realizar de diferentes modos. El servicio militar obligatorio tuvo que aparecer pronto, sin duda desde tiempos remotos, pues de otra manera no se puede concebir que las pequeñas ciudades de Sumer pudieran hacer la guerra sin movilizar la mayor parte de sus recursos humanos. Pero este tipo de reclutamiento no proporcionaba soldados bien preparados para el combate, y ya en el Código de Hammurabi se nos habla de la existencia de tropas profesionales cuyo origen debió ser muy anterior a esa codificación. El núcleo central de este ejército permanente servía en la guardia real, mientras que otros, los más numerosos, no eran movilizados más que en casos de necesidad y entonces recibían una soldada. En tiempo de paz vivían con sus familias, trabajando unas tierras que eran del templo o del palacio, obligados sólo a obedecer en persona, y con rapidez, al llamamiento de movilización. En las listas de conscripción de estas gentes no figuraban los administradores de depósitos, escribas, cocineros, cerveceros, comerciantes y sacerdotes. Probablemente, los primeros porque pertenecían a los «servicios de retaguardia», mientras que los sacerdotes quedarían exentos por su oficio.

En el caso de Egipto se conoce muy poco acerca del ejército del Imperio Antiguo y del Imperio Medio, debido, sin duda, a que este ejército no tenía existencia regular. Hasta la invasión de los hicsos, toda la población masculina de Egipto estaría sometida a la leva feudal. El rey contaría con un cuerpo de guardias profesionales, tal vez libios o sudaneses cautivos. Esta práctica de confiar a tropas extranjeras la seguridad de los reyes o emperadores fue muy común en el mundo antiguo y llega hasta época moderna. En el caso egipcio sabemos que Akhenatón prefirió para su guardia personal a sirios, libios y negros, y que la de Ramsés II se componía por entero de libios. Cuando el faraón en caso de conflicto necesitaba más tropas se dirigía a los nomarcas, una de cuyas funciones era precisamente proveerle de soldados, así cada nomos tenía que proporcionar un contingente. Pero la invasión de los hicsos y la necesidad de expulsarlos precipitaron una transformación radical en la concepción egipcia del ejército.

Un principio parecido regía el sistema de recluta entre los hititas. El rey aportaba a la guerra su ejército personal permanente, que constituía el núcleo más importante en campaña. Pero a su llamada acudían también con sus tropas los príncipes vasallos del país y los gobernadores locales. Cada uno con un contingente que estaba ya estipulado. Los reyes aliados ayudaban también, pero posiblemente con una fuerza de carácter voluntario. Cada uno de estos señores feudales o súbditos era el jefe nato de sus huestes aunque el rey hitita actuaba como mando supremo de todo el ejército.

Durante el Imperio Nuevo, los egipcios debieron crear un ejército de profesionales que todavía pudo conocer Herodoto (II, 164) y que tendría la naturaleza de una auténtica casta militar a la que le estaría prohibido ejercer otro oficio. Dispersos por las diferentes guarniciones del Imperio, estos soldados formaban una clase aparte que en una inscripción de la época aparece citada al lado de los sacerdotes, de los siervos reales y de los artesanos. Los guerreros estarían divididos en dos grupos, los calasirios y los hermotibios. Unos y otros servían en la infantería y se habrían dividido los nomos del Delta. Cada hombre recibiría un lote de tierra trabajado por campesinos, estando sujeto el guerrero de por vida al servicio de armas y, en muchos casos, heredando el oficio sus hijos. Anualmente un millar de calasirios y otro de hermotibios eran destacados de sus guarniciones para formar la guardia del faraón.

Según nuestros conocimientos nada de todo esto reza para el Imperio asirio. En éste los soldados, en relación al total de la población, representaban un tanto por ciento demasiado elevado para no exigir prácticamente la obligación del servicio militar a todo varón adulto. A pesar de todo, el esfuerzo militar era excesivo por lo que los soberanos reclutaban contingentes entre los pueblos vasallos. A veces se imponían levas a los países sometidos pero, en todo caso, los mandos eran siempre asirios.

La vida del soldado debía ser mejor que la del campesino sujeto a la tierra, sin tener en cuenta las oportunidades que podía ofrecerle su dedicación a las armas. No obstante, debemos distinguir los mandos de la tropa. Los primeros ya partían de una situación social privilegiada y la carrera militar les abría posibilidades de promoción insospechadas. Sargon de Akkad llegó a la realeza siendo un sacerdote de baja extracción gracias a

una brillante trayectoria en el campo de batalla y, por lo menos, en dos ocasiones en el curso del Imperio Nuevo egipcio, un jefe del ejército fue proclamado faraón, como ocurrió con Horemheb y Ramsés I.

El soberano era por naturaleza jefe supremo del ejército y siempre se le atribuía un carácter guerrero. Según las crónicas, su puesto de combate estaba en primera línea, y es así como el arte y la literatura se complacen en presentar las victorias que alcanzaba como hazañas personales.

Tras la realeza, serían los mandos los que gozarían de una mayor consideración social. No cabe duda de que los oficiales desempeñaban un papel importante en la vida de Sumer, y tenemos conocimiento de un capitán de la guardia que, en el reinado de Shusin de Ur, se gloriaba de haber edificado un templo en su ciudad, lo que nos da idea del poder que podían llegar a alcanzar.

También nos hemos encontrado en tumbas e inscripciones egipcias manifestaciones de ese prestigio y riqueza conseguidos por las armas. Es conocido el caso de Nebamón, un oficial con una carrera intachable que fue recompensado por el faraón en su vejez con una espléndida casa, rebaños, tierras y esclavos, además de conferirle, tras su retiro, la dignidad de *amak* por haber ejercido labores de policía en su ciudad.

Mucho más precarios son nuestros conocimientos acerca de los oficiales subalternos y soldados que no tuvieron medios de hacerse construir grandes tumbas y decorarlas con imágenes que recordasen los episodios de su vida militar. Han llegado hasta nosotros escritos en los que no se idealiza en absoluto la vida del soldado e incluso manifiestan frente a él un cierto temor y menosprecio social. Entre los ejercicios de estilo que los escribas egipcios proponían a sus alumnos se repite uno que narra las miserias de la vida del guerrero: «En sus hombros lleva el pan y el agua —nos dice el texto— como el asno su carga. Las vértebras de su espalda están quebrantadas. Bebe agua salobre y duerme despierto. Cuando alcanza al enemigo, es como un pájaro caído en la trampa. Su cuerpo carece de fuerzas. Cuando llega el momento de regresar a Egipto es como una madera carcomida. Está enfermo. La parálisis se apodera de él. Se le carga sobre un asno. Por el camino los ladrones le roban los vestidos, mientras su asistente se da a la fuga» (Montet, 1961: 245).

Podemos pensar que los escribas consideraban la carrera militar muy por debajo de la suya, lo que les llevaba a satirizarla. Sin embargo, todo apunta a que el estamento guerrero constituía una clase privilegiada y muy poderosa. Los oficiales y los soldados no sólo participaban del considerable botín reunido en las continuas campañas de Asia y de Nubia, sino que además eran a menudo recompensados con donaciones de terrenos; aunque todo eso no niega la dureza de sus vidas cuando se veían inmersos en un conflicto bélico. Lo mismo sucedía en el Estado hitita, nacido de la guerra, en el que la clase guerrera gozó siempre de especiales privilegios y donde la milicia era el camino normal hacia los altos honores. En su ejército existían diversas categorías militares: «jefes de los mil», «importantes», «escogidos» y los «últimos» o simples soldados, y aunque conocemos poco sobre ellas podemos presuponer que reflejaban diferencias no sólo de grado sino también de consideración social.

Lo cierto es que estos ejércitos de los grandes imperios debieron contar con una compleja organización. En el caso egipcio, la administración militar en el Imperio Nuevo ofrecía un alto grado de complejidad. Ya no bastaba una autoridad central para tratar todos los aspectos del reclutamiento, el suministro y la estructura, y podemos presuponer que un amplio estado mayor se repartía las funciones. En él se llevaban detallados registros de los establecimientos militares, equipo y pagas. También se velaba para que los suministros estuviesen listos para su distribución en los diversos depósitos en ruta cuando se encontraban en campaña. Para eso disponían el transporte de abastecimientos en carretas tiradas por bueyes y asnos y, en ocasiones, proporcionaban embarcaciones para cruzar tropas a través de los ríos. Estaba así mismo encargado de elaborar listas del botín capturado y velar para que los sistemas de comunicaciones e información fueran eficientes. Existía un código de señales y se solían destacar unidades de reconocimiento para espiar y capturar prisioneros a quienes interrogar. Los oficiales en la línea del frente enviaban a sus superiores del cuartel general rápidos y frecuentes informes.

En tiempos de guerra Sethi I disponía por lo menos de tres ejércitos, cada uno de ellos puesto bajo la protección de uno de los grandes dioses de Egipto, cuyos nombres llevaban. De este modo se tenía el ejército de Amón, el de Ra y el de Ptah a los que pronto se agregó, en el reinado de Ramsés II, el ejército de Seth.

La imagen del soldado sumerio de hace 5.000 años nos la ofrece el famoso bajorrelieve conocido como la «Estela de los buitres». En ella, los soldados avanzan en apretadas filas en un tipo de formación que se terminará denominando falange. La infantería pesada lleva escudos rectangulares grandes que les cubren el cuerpo hasta el cuello y están guarnecidos con abolladuras de bronce. Van cubiertos con un yelmo cónico —posiblemente de cuero endurecido— con prolongación posterior (guardanuca) y una pieza facial, llamada «nasal», que debía procurar cierta protección contra los golpes. Portan con las dos manos largas lanzas, lo que nos hace suponer que el escudo pendía del cuello por medio de una correa; además, probablemente, llevaban una espada corta, mientras que el rey blandía una falciforme. En la banda inferior, los soldados de la infantería ligera desfilan con el torso desnudo y el arma al hombro. El rey, como siempre, va a la cabeza, pero esta vez se desplaza en su carro de combate enarbolando una lanza.

Madera, cuero, piedra, cobre y bronce constituían el material de los pertrechos de guerra. La Estela demuestra que existía un equipamiento regular y uniforme, con lanza, escudo y yelmo. Los oficiales llevaban, como distintivo de su categoría, un hacha de combate. La maza siempre fue un arma en uso constante, particularmente apreciada por los egipcios; pero, al aparecer los fuertes cascos metálicos, fue menos efectiva, y el hacha cobró mayor importancia. En el tercer milenio, se perfeccionaron hachas de cobre para perforar y cortar. La espada tardó en aparecer en Mesopotamia, donde la capacidad técnica para producir y dar forma a una larga hoja de metal se adquirió tarde. Las primeras espadas eran como dagas: cortas, rectas y de doble filo. Más tarde vinieron las espadas curvas, en forma de hoz, para golpear; estas últimas, muy apreciadas en Egipto, recibían el nombre de *khopesh*.

El arco está representado en numerosos monumentos desde el término del cuarto milenio. En Mesopotamia se usaba el arco simple, las puntas de flecha se hacían de pedernal y lo utilizaba sólo la infantería ligera. El monumento triunfal de Naram-Sin representa por primera vez el arco compuesto. La superioridad bélica akadia fue debida a la utilización del venablo y el arco compuesto, táctica del desierto, frente a la lenta falange sumeria armada con pesadas lanzas y escudos.

Hasta la aparición del arco compuesto este tipo de arma siempre se había construido con un solo material, pero no existía ninguno con la suficiente resistencia y elasticidad para dotarlo de gran alcance. Por el contrario, el nuevo arco compuesto estaba fabricado con cuatro materiales: madera, asta animal, tendones y cola, trabados de tal modo que, al tirar de la cuerda, se tensaba mucho más que el simple. Su alcance era de 270 a 370 metros; con él, por primera vez, se podía sorprender y atacar al enemigo antes de que pudiera ver u oír al tirador, consiguiendo así un arma sumamente eficaz.

En Egipto, al final del Imperio Medio, sus guerreros seguían utilizando lanzas y hachas, pero el arma principal era el arco simple; fueron los hicsos quienes introdujeron el poderoso arco compuesto, así como el caballo y el carro de guerra. Se equipaba con arco a las tropas de infantería y de los carros, que lo conservaban en una funda adecuada. Las flechas tenían astas de caña y puntas de bronce. A una distancia razonablemente corta podían atravesar la armadura de la época. El arquero de infantería llevaba al hombro una aljaba con hasta treinta flechas.

En el Imperio Nuevo el hacha seguía en uso, pero en este período, después de 1500 (a. n. e.), se utilizaba ya menos que la espada, introducida en Egipto desde Asia. La espada, que reemplazó a la maza como símbolo del poder faraónico, era ahora larga y ancha; la espada corta a modo de puñal de tiempos anteriores también se siguió utilizando. La lanza, que era un arma básica para la infantería, se modificó adoptando la que tenía una punta en forma de hoja, conocida desde hacía siglos en Mesopotamia.

En cuanto a las defensas que utilizaban durante el Imperio Medio (2375-1580), los soldados egipcios no llevaban armadura, sino grandes escudos. En el Imperio Nuevo, los arqueros y servidores de los carros, que precisaban tener libres ambas manos, empezaron a llevar cotas de mallas y yelmos. A medida que las armas aumentaron su poder de penetración se fortalecieron las armaduras pero su costo debía ser elevado y su uso escaso.

Pero, sin duda, el arma más impactante y decisiva a lo largo de todo el período fue el carro de guerra. Hacia el año 3500 (a. n. e.), los sumerios inventaron un elemento técnico de prometedor futuro: la rueda. Las más

antiguas que se conocen son discos compuestos por tres piezas de madera dura ensambladas y unidas con bandas de cuero sujetas con clavos de cobre. Las ruedas giraban al unísono con los ejes, que eran asegurados al cuerpo de la carreta-trineo simplemente con correas de cuero. Su empleo estaba ya generalizado antes del año 3000 (a. n. e.).

Por las mismas fechas, el asno domesticado era ya conocido en Egipto y, presumiblemente, usado para el transporte, y con el mismo fin fueron también utilizados en Siria y Mesopotamia a comienzos del tercer milenio. El arnés, empleado para uncirlo al carro, era el mismo que se había ideado para el buey. La fuerza de tracción era transmitida a la yunta por una correa que cruzaba el pescuezo del animal que tenía que tirar aunque, al hacerlo, la bestia se sofocaba y se veía obligada a disminuir la tracción. A pesar de esto se adaptó al carro, y el arnés oriental fue copiado por doquier sin sufrir reformas especiales hasta que fue inventada la collera pectoral en la Europa de la Edad Media.

La primera prueba del uso del carro de guerra procede de la antigua civilización sumeria. El mosaico conocido como *Estandarte de Ur* nos lo muestra como instrumento básico de la guerra en Mesopotamia. Tirados por asnos, los primeros modelos eran toscos y pesados, con cuatro sólidas ruedas. Los carros hallados en las tumbas reales de Kish tienen un alto y vertical panel protector en el frente, lo que sugiere que se utilizaron normalmente para ataques directos y frontales. Su impacto impresionaba al adversario y servía para perseguir a los que huían después del asalto.

La tripulación constaba de dos hombres: el conductor y un soldado armado con lanza y jabalina. La función principal del carro consistía en cargar y sembrar el pánico entre el enemigo, participando la tripulación en la batalla, primero a media distancia lanzando las jabalinas, y luego a corta distancia, arremetiendo con las lanzas. Si la lucha se congestionaba en exceso e impedía maniobrar al carro, el conductor se convertía en un lancero más.

Desde el principio el uso del carro debió estar reservado a las clases altas, que evidenciaban su prestigio con la utilización de un instrumento caro e imponente. Por otra parte, no podía ser utilizado como medio de lucha eficaz sino después de muchos ejercicios de marcha y entrenamien-

to, lo que requería la existencia de un contingente de soldados de oficio o de nobles aplicados a esta forma de combate. Sabemos que los nobles hititas se concentraban en determinadas épocas del año y realizaban maniobras con sus carros en Hattusa, en torno al palacio del rey.

Aunque el primitivo carro sumerio fue un instrumento de guerra formidable y decisivo, también presentaba sus limitaciones. La reducida velocidad en función de su peso —pensemos en las cuatro ruedas macizas—, además de la ausencia de eje móvil, hacía difíciles los giros. Por otra parte, su armamento reducido a jabalinas o lanzas limitaba las posibilidades de acción a distancia. Este vehículo sumerio parece que dejó de utilizarse relativamente pronto para ser sustituido por otro más ágil para el combate.

Entre 2000 y 1500, se introdujeron en estos vehículos una serie de perfeccionamientos revolucionarios que hicieron del carro de guerra una plataforma móvil de disparo mucho más eficaz que en épocas pasadas. La invención de la rueda de radios permitió construir carros más ligeros, lo que posibilitó trasladar el eje a la parte trasera, con lo que el vehículo resultaba mucho más maniobrable. Así, el carro terminó por convertirse en un elemento estratégico esencial en la conducción del combate.

También se sustituyeron los asnos por caballos, que aparecieron primero en Mesopotamia procedentes de las estepas septentrionales alrededor del año 2000, aunque tardaron en ser utilizados como instrumento de guerra. El caballo, como animal de tiro, arrastraba el carro en el campo de batalla pero, como animal de silla, actuaba sin estribos ni otro arreo que un trozo de tela cinchada al lomo. Por eso su uso exigía un conocimiento de la equitación reservado a las elites o a las tropas profesionales.

Uno de los más largos e interesantes textos de la literatura hitita es el *Tratado de la cría de Caballos o Manual de Hipología*, obra de un tal Kikkuli del país Mitanni. Consta de unas 1000 líneas y se encontró en Hattusa. Entre los hurritas de Mitanni surgieron los mejores especialistas en equitación militar y de ellos tradujeron los hititas su tratado, un plan de adiestramiento del equino para la guerra que debía durar nada menos que siete meses.

El carro terminó siendo predominante en el campo de batalla, aunque los egipcios no lo emplearon hasta mil doscientos años después que los mesopotámicos. Fueron los hicsos, maestros en la guerra con carros, los

que conquistaron a los poderosos egipcios utilizando esta arma y transmitiéndoles su manejo. Cuando Egipto logró expulsarlos, hacia 1580 (a. n. e.), los carros de guerra fueron parte muy importante del ejército egipcio, y se sabe que Amenofis I, hacia 1550, dispuso de varios escuadrones.

A comienzos del Imperio Nuevo, era un vehículo ligero de madera, tirado por dos caballos; todo estaba concebido para hacerlo fuerte, aunque rápido y fácil en la maniobra; las ruedas tenían cuatro o seis radios, y las partes estaban unidas con láminas de abedul. En el carro egipcio iban montados dos hombres: un conductor y un guerrero que usaba jabalinas y arco. Los carros, que constituían una gran proporción del ejército egipcio, se dividían en unidades de cincuenta, y cada unidad estaba mandada por un oficial. Ganaban efectividad en las batallas cuando se empleaban gran número de ellos para cargas masivas a toda velocidad, ya que su ímpetu contribuía a romper las líneas de los lanceros enemigas.

En 1500 (a. n. e.), se empleaban carros en la Grecia continental y, a juzgar por las pinturas de la época, eran muy parecidos al modelo egipcio, con ruedas de radios, una elevada parte anterior y una sola vara con un collar en forma de yugo para los caballos. El cuerpo, muy sencillo, era poco más que el piso y una barandilla. Alrededor de 1100 (a. n. e.), los asirios utilizaron un carro de mayor tamaño en el que iban tres hombres: un conductor, un lanzador de venablos o un arquero, y un portaescudo que los protegía. En los cubos de las ruedas se montaban a veces cuchillas, idea debida sin duda a los persas. Con el tiempo, el carro perdió su eficacia como arma de guerra, pero se conservó como vehículo de carrera y para ciertas ceremonias de naturaleza militar.

Resulta difícil hablar de estrategia o táctica cuando se aborda la guerra en el período que estamos tratando, entre otras razones por la escasa información con la que contamos. De hecho, el vocablo *estrategia*, aunque deriva del griego, no aparece en terminología militar con el sentido que hoy le damos hasta épocas relativamente recientes. Por esa razón, para definir y distinguir entre estrategia y táctica recurriremos al teórico del siglo XIX, Clausewitz.

Para Clausewitz (1980: 92) la táctica hace referencia a la formación y conducción de simples combates, mientras que la estrategia debe enten-

derse como la combinación de los combates entre sí. En otras palabras, la estrategia define el plan de la guerra y proyecta el curso de las diferentes campañas de que se compone la misma; mientras que la táctica sería el conjunto de prácticas de combate en el campo de batalla.

Ardant du Picq (1988: 37) relaciona la aparición de una táctica rudimentaria con una organización colectiva y disciplinada en los ejércitos. Y es que, en esta primera etapa de la historia de la guerra, el único factor constante era que la disciplina y el liderazgo otorgaban ventaja.

Así pues, desde el inicio, la disciplina se convirtió en un pilar básico y fundamental de la actividad militar. Los hititas supieron mantenerla en sus filas de modo férreo y entre los escasos delitos que merecían la pena de muerte figuraba el de rebelión. Para los asirios la palabra *insumiso* significaba lo mismo que *pecador*, es decir, un hombre merecedor de ser castigado con la máxima severidad. No obstante, la propia naturaleza de los ejércitos antiguos y el arraigo de hábitos ancestrales posibilitaban que la disciplina se resquebrajara en momentos cruciales del combate; así, Tutmosis III en la batalla de Meggido permitió que sus tropas perdiesen el tiempo en saquear, en lugar de ordenar una inmediata persecución del enemigo; también, en la batalla de Kadesh, fueron los hititas los que se desbandaron en busca de botín, malogrando de esta manera conseguir la victoria sobre los egipcios.

A pesar de estos ejemplos, la disciplina debió de ser fundamental para la constitución de las primeras unidades de combate. Clausewitz estimó que todo el «arte» de la guerra antigua consistía en el orden de la batalla. Desde el pasado más remoto, los ejércitos descubrieron que únicamente había tres formaciones militares básicas. Los combatientes sólo podían ser agrupados en línea, en columna o en cuadro, y en la hábil utilización y movimiento de estas formaciones ha descansado buena parte de la táctica durante siglos.

Las dos primeras de estas formaciones, la línea y la columna, difieren por su posición sólo en 90 grados. Así, una alineación de hombres de cuatro en fondo, cara al este, solo tiene que ejecutar una vuelta a la izquierda para convertirse en una columna de cuatro filas cara al norte. Por tanto, línea y columna resultan extremadamente versátiles con un efi-

caz entrenamiento. El cuadro que supone la disposición de los hombres frente al exterior en las cuatro direcciones es una organización estática destinada a la defensa. Los tres tipos de formación presentan ventajas e inconvenientes. La línea está falta de profundidad y su movilidad es lenta, mientras que la debilidad de la columna reside en su exiguo frente y vulnerables flancos; mientras que el cuadro es muy útil para la resistencia pero carece de movilidad.

Casi sin excepción, los guerreros de los pueblos primitivos se agrupaban en una falange, es decir, una densa y compacta línea de batalla que podía convertirse en columna para la marcha. La potencia de esta formación se basa en su cohesión, tanto moral como física. Las filas son lo bastante profundas como para que sus componentes vean camaradas delante y detrás, y tan unidas que pueden sentir el roce tranquilizador del escudo del compañero de la derecha y la lanza del de la izquierda.

Entre los sumerios la organización de la falange parece ser que era metódica y disciplinada. La unidad avanzaría como una columna de seis filas, con once hombres en cada fila —quizá diez hombres y un jefe—, y luego se presentaría en orden de batalla mediante un giro a derecha o izquierda, para ofrecer una línea de seis filas de fondo.

Las ilustraciones de batallas en este antiquísimo período son escasas pero está claro que, en campo abierto, las funciones de la infantería y los carros estaban estrechamente integradas. Probablemente, la falange entraba en acción en la estela inmediata de la carga de los carros. Primeramente, los carros confundirían, dispersarían y aplastarían al enemigo, penetrando entre sus filas. La falange seguiría la carga desde los flancos o desde el centro, protegiéndose los hombres con sus escudos, y acabarían con el enemigo manejando lanzas y hachas. En los flancos o en los momentos previos al choque actuaría también la infantería ligera hostigando al adversario con sus venablos, hondas o arcos.

Si bien las alusiones a la estrategia son raras, se puede deducir que en el Imperio Nuevo las campañas estaban estudiadas, estableciéndose los objetivos, los itinerarios, los depósitos de abastecimiento, o las acciones combinadas. Tampoco la batalla era ya como antiguamente un simple choque de las huestes enfrentadas, sino una acción donde el razonamiento y

la preparación desempeñaban una función por lo menos tan importante como la bravura y el equilibrio de fuerzas. Se elegía el terreno, se disponía con orden el ejército; se sabía alternar los movimientos envolventes, la sorpresa, el ataque o la retirada. Poco a poco, por la fuerza de las cosas, se había ido creando todo un sistema de combate frente al que el simple valor no podía ser ya suficiente para asegurar el triunfo. Ahora bien, sigue resultando difícil deducir las tendencias estratégico-tácticas de la antigüedad, ya que nos hallamos en presencia de innumerables batallas muchas de las cuales conocemos mal y en las que las repeticiones de los procedimientos no son menos abundantes que sus variantes.

La batalla: Kadesh

La batalla en el mundo antiguo era una opción. El contendiente podía contentarse con hacer una guerra defensiva al abrigo de sus fortalezas si no se sentía con fuerzas suficientes para enfrentarse con el adversario en campo raso. Tampoco el enemigo estaba en disposición de emprender la campaña en cualquier momento y mantenerse en ella de modo indefinido.

Cuando la batalla era inevitable o deseada, la costumbre era proponer un día y señalar un lugar para el encuentro, de acuerdo con el enemigo. Cuando el etíope Piankhi envió su ejército hacia el norte para atacar a los egipcios (730 a. n. e.), recordó a sus tropas esta costumbre, o mejor, esta ley, en una célebre instrucción: «Que no se ataque de noche, sino según las reglas del juego. Hay que combatir visiblemente y anunciar el combate desde lejos. Si [el enemigo] dijese que los soldados o la caballería… se han retrasado, esperad entonces a que su ejército se halle completo. Entraréis en combate cuando él diga. Si sus aliados se encuentran en alguna otra ciudad, los esperaréis» (Montet, 1961: 261).

Que los egipcios habían adoptado esta práctica leal mucho antes de Piankhi, lo demuestra el epíteto que, a veces, se aplicaba a Seth, el dios de la guerra, al que se denominaba como el «Anunciador del combate».

El jefe etíope, al hacer referencia a la «regla del juego», invocaba un viejo principio de ley de la guerra, tal como la Antigüedad y la Edad Media la concebía o, al menos, tal y como la idealizaba. Los adversarios debían tomar posición frente a frente, sin engañar ni disimular en absoluto sus fuerzas y sus intenciones, y emprender la lucha en igualdad de condiciones. El valor concedería la victoria al mejor. En esta línea de actuación se deben enmarcar los duelos singulares entre campeones en medio del campo de batalla de los que nos han llegado sobradas referencias, como el encuentro entre Aquiles y Héctor o entre David y Goliat.

Pero realmente en la guerra, ya entonces, todo estaba permitido, y los egipcios eran hábiles en la emboscada, aunque cuando los recursos les eran favorables preferían pelear con grandes formaciones en campo abierto. La de Meggido es la primera batalla en la Historia que puede reconstruirse con algún detalle pero, como poseemos más información respecto a la de

Kadesh, entablada en 1299 (a. n. e.) entre Ramsés II y los hititas, ésta puede servir como ejemplo de una batalla en campo abierto.

El relato de la lucha ha llegado hasta nosotros en un fragmento literario conocido durante mucho tiempo con el nombre de *Poema de Pentaur*, aunque hoy se admite que esta atribución debe corresponder a un simple copista. También hallamos abundante información sobre el combate en los relieves e inscripciones muy detallados que figuran en las paredes de varios templos de Egipto y Nubia y, así mismo, tenemos alguna referencia del hecho, o de sus consecuencias, procedente del bando hitita. Con todo esto se puede tener una idea bastante clara de los distintos momentos de la batalla y, aunque en conjunto la información es sesgada, propagandística y ditirámbica, eso no impide que podamos reconstruir con verosimilitud lo que pudo ocurrir en esa primera gran confrontación militar.

La batalla de Kadesh se enmarca en un prolongado enfrentamiento entre dos poderosos imperios cuyos intereses chocaban en zonas de influencia mal definidas y en disputa, lo que hacía que la lucha entre los reinos de Hatti y de Egipto fuera inevitable. Con el faraón Sethi I ya se habían producido guerras contra los hititas por el control y dominio de la zona oeste de Siria pero fue el sucesor de Sethi, Ramses II, un joven enérgico y ambicioso, el llamado a protagonizar el gran combate. Como, por otra parte, el rey hitita Muwattali no tenía menos ambiciones que el egipcio, se hizo inevitable un nuevo choque entre las dos potencias.

En la región de Canaán o Siria occidental, pululaban bandas de nómadas que, entregadas al saqueo, eran una amenaza no sólo para las posesiones egipcias sino también para el propio Valle del Nilo. Desde hacía ya bastante tiempo se denunciaba su presencia en la región de Biblos y las costas sirias. Al parecer desarrollaban su actividad alentados por el rey hitita, que los lanzaba a saquear Palestina y Canaán. Los egipcios no dudaban de la complicidad de los hititas, tal y como queda reflejado en sus textos, y este único motivo era suficiente como *casus belli*.

En el cuarto año de su reinado, Ramses se enfrentaba al desafío. El rey hitita Muwattali, luego de un cambio de política por parte de uno de sus principados vasallos —que había abandonado la alianza hitita para aceptar el señorío feudal de Egipto—, rompió la tregua y formó contra

Ramsés II la coalición más extraordinaria que jamás se hubiera organizado para enfrentarse a los egipcios. El hitita no ahorró esfuerzos ni dinero. Por medio de amenazas o de corrupción se aseguró la ayuda de más de veinte pueblos distintos. Los principados de Asia Menor y de Siria septentrional le prometieron hombres y carros, aunque el faraón contaba también con un ejército igualmente poderoso, con inclusión de mercenarios. Como en tiempos de Sethi I, la coalición hitita fue a encontrar a los egipcios frente a Kadesh.

Ramsés dividió el grueso de su ejército principal en cuatro cuerpos, que debían marchar a través del desierto hacia el Mar Muerto. A lo largo del curso superior del Orontes debían atacar la ciudad fortaleza de Kadesh, donde se suponía al ejército hitita. Un segundo ejército, formado por un contingente más reducido, sería transportado por mar, para desembarcar al norte de Biblos y avanzar tierra adentro igualmente sobre Kadesh. Este segundo contingente serviría también para asegurar el abastecimiento del ejército principal por vía marítima. La estrategia era manifiesta: Ramsés quería aniquilar a los hititas con un movimiento de tenaza.

El faraón había partido de la fortaleza fronteriza de Tjel al frente de los cuatro cuerpos de ejército: el de Amón, que se encontraba directamente bajo su mando, y cuyo núcleo era la guardia real, y los de Ra, Ptah y Seth, que se sucedían en este orden. Con una fuerza aproximada de unos 20.000 hombres, Ramsés llegó a Canaán por la vieja ruta militar recorrida tan a menudo por sus predecesores. De allí subió hacia el norte, siguiendo la costa y luego penetró en el interior del país. Probablemente no encontró resistencia a su paso por Palestina, ya que un mes más tarde de iniciada la expedición, muy avanzada la primavera, los egipcios estaban en el valle del río Orontes, dominando la llanura en una posición desde la que tenían al alcance de la vista, y a un día de marcha, la ciudad de Kadesh, que se había convertido en aliada de los hititas.

Ciudad próxima al lago Homs, Kadesh era la más inexpugnable fortaleza de Siria debido a sus defensas acuáticas. Asentada entre el Orontes y un afluente, contaba desde hacía mucho tiempo con un canal construido en torno a la ciudadela y entre ambas corrientes, lo que hacía más difícil el cerco. Geoestratégicamente este enclave era vital para Egipto ya que la ciudad operaba como la llave del gran vínculo comercial con Asia, extendiéndose entre las cordilleras del Líbano hacia el Éufrates y Asiria.

Un poco antes de que en Shabtuna (actual Ribleh) Ramses cruzara el río Orontes desde su orilla derecha a la izquierda, se unieron a los egipcios dos beduinos *shasu* que dijeron ser desertores del ejército hitita. Según ellos, Muwattali, por temor al faraón, había hecho retroceder sus tropas hasta las cercanías de Alepo, a unos 160 kilómetros al norte. Realmente, los beduinos eran dos espías que los hititas habían enviado no para conocer la posición exacta de los ejércitos egipcios sino para inducirles al error, ya que en realidad el ejército hitita se hallaba oculto al norte de Kadesh.

El faraón resolvió perseguir a su adversario una vez hubiera ocupado la ciudad. Vadeó el Orontes con la división Amón por Shabtuna, a pocos kilómetros al sur de Kadesh, y avanzó hacia el norte. La división de Ra lo seguía de cerca, pero las de Ptah y Seth, que formaban la retaguardia, se encontraban aún muy lejos.

Efectuado el paso del Orontes, Ramsés se detuvo para acampar al noroeste de la fortificada ciudad. Mientras el resto de la división de Amón seguía atravesando la llanura, la de Ra estaba a punto de cruzar el río, en tanto que el cuerpo de Ptah, acantonado en Irham, esperaba que el vado quedara libre. La división de Seth, muy retrasada, se esforzaba en alcanzar el grueso del ejército pero aún se hallaba a varias jornadas de marcha.

Para atacar la ciudad, Ramses tenía que esperar la llegada de sus divisiones, por eso decidió levantar el campamento en la orilla occidental del Orontes. Se trazó en la llanura un vasto rectángulo, rodeado de una empalizada, levantada por escudos y otros materiales. En el centro se montó una gran tienda para el rey y tres tiendas más pequeñas, junto con otras muchas más diminutas diseminadas por el recinto. Pero fue entonces, a primera hora de la tarde, cuando se capturó a dos hititas en las proximidades del campamento; golpeados con palos, revelaron noticias sorprendentes: el rey hitita, con un poderoso ejército estaba oculto al otro lado de Kadesh, al nordeste de la ciudad.

Realmente lo que había sucedido era que a medida que Ramsés se aproximaba y pasaba hacia el norte por el oeste de Kadesh, el ejército hitita se había desplazado primero hacia el este del río, y luego hacia el sur, siempre conservando la ciudad entre él y los egipcios, para evitar ser visto; finalmente, completando una brillante maniobra estaban en disposición de rodear a Ramsés desde el sudeste (fig. 1, pág. 45).

Fue entonces cuando el faraón se dio cuenta de la trampa en que había caído y ordenó a sus jefes que apremiasen a las fuerzas retrasadas al sur de Shabtuna para que llegasen cuanto antes al lugar, pero los hititas ya estaban vadeando al sur y cayeron por sorpresa sobre la división Ra. Atacada por un flanco, cuando cruzaba el río, la división fue partida en dos y destrozada. Parte de los restos huyeron hacia el campamento del faraón, perseguidos de cerca por las unidades de carros y las falanges hititas, que llegaron a capturar prisioneros entre los mismos componentes de la escolta de Ramses (fig. 2, pág. 45).

Con esta maniobra se abrió una brecha de más de 20 kilómetros entre el primer cuerpo de ejército egipcio y su retaguardia. El ejército egipcio se hallaba ahora completamente cortado en dos y Ramsés estaba aislado y enfrentado con un número abrumador de enemigos. Fue entonces cuando el faraón lanzó un desesperado contraataque. No podía contener a los hititas en el centro, pero observó que su flanco oriental junto al río era más tenue, y contra aquel punto lanzó sus carros de guerra. No obstante, los hititas deberían haber triunfado, dominaban el centro y no tenían más que concentrar sus fuerzas contra el rey egipcio en el flanco oriental para asegurarse una victoria completa. Pero en lugar de hacer eso rompieron su disciplina y empezaron a saquear el campamento egipcio.

Fue éste el momento crucial de la batalla. Mientras los hititas en el centro se entregaban al saqueo y abandonaban la guardia, fueron atacados y arrollados por un destacamento egipcio de reclutas que venía del noroeste, de la costa de Amurru. Al mismo tiempo que la situación en el centro quedaba así salvada, los egipcios comenzaron a presionar implacablemente en el flanco oriental (fig. 3, pág. 45). En este punto, la superioridad técnica del carro de guerra egipcio, armado con el arco compuesto de largo alcance, fue decisiva. Los carros hititas tenían menos movilidad y estaban armados solamente con lanzas y venablos.

La lucha abierta en la llanura debió durar varias horas; Muwattali fue rechazado a través del río Orontes y se detuvo a lo lejos de la ribera con 6.000 hombres. Estaba muy quebrantado, pues ya había empeñado todos sus carros en el primer ataque contra el centro y su infantería era impotente contra los carros egipcios. Finalmente, los componentes del cuerpo de carros hititas fueron muertos o empujados hacia el Orontes, donde

muchos de ellos se ahogaron, mientras que su rey, que los veía desde la otra orilla, se encontraba en la imposibilidad de ayudarlos. Ya estaba atardeciendo, y la tercera división (Ptah) del ejército egipcio estaba llegando al campo de batalla. Los hititas se retiraron entonces al interior de Kadesh, donde se dispusieron a sostener un sitio. Sin embargo, los egipcios también se retiraron sin intentar tomar la ciudad.

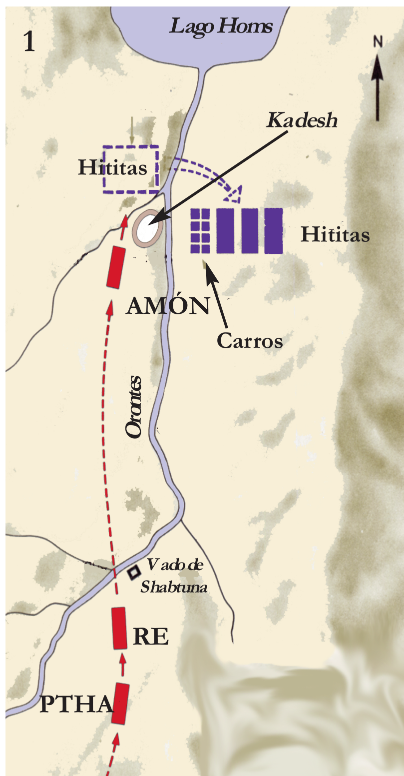
De hecho, Ramses había escapado de un desastre completo. Mal informado de la posición de los hititas, sin exploradores y sin cubrir sus flancos había lanzado su ejército a través de un país enemigo. El faraón, al parecer, no pensó que las informaciones de los espías podían ser falsas. Seguro de su victoria como estaba, Ramses omitió un reconocimiento fiable, lo que le costaría caro. También fue un error táctico no reunir todas las fuerzas egipcias antes de vadear el río, los cuatro cuerpos del ejército marchaban a más de diez kilómetros de distancia uno de otro, lo que en una región desértica sin caminos significaba casi una jornada de marcha.

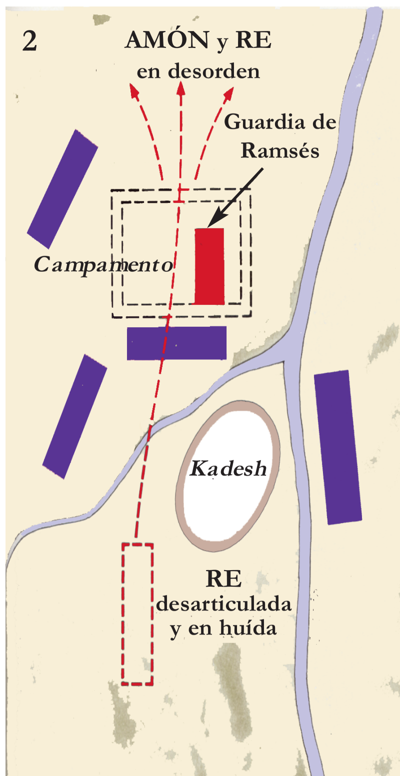
Únicamente la perfecta, aunque más bien casual, cooperación de de las divisiones egipcias posibilitó la retirada al faraón ya casi derrotado y le libró de la destrucción total. También contribuyó a ello que los hititas, una vez dentro del campamento egipcio, no pensaran más que en el saqueo. Víctimas de su avidez, su éxito inicial se trocó en derrota. Su rey se contentó con obtener la retirada de ese gran ejército.

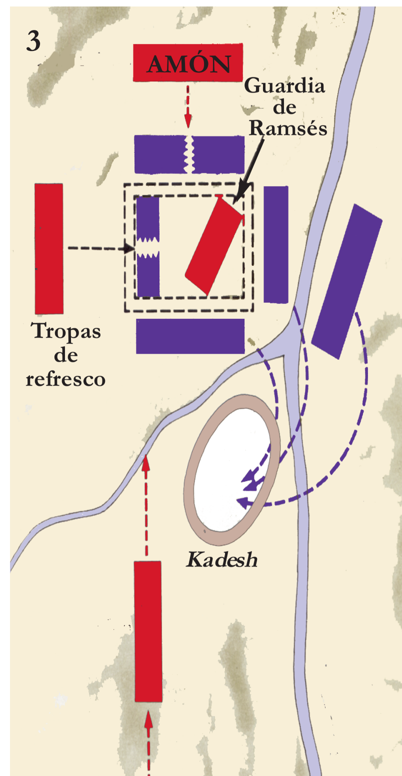
Así pues, la batalla terminó sin decidirse. Ramsés había sido desbordado estratégicamente, pero en el curso del combate dirigió tan bien a sus hombres que logró conjurar el desastre, aunque las pérdidas egipcias fueron muy severas. Muwattali, tras un brillante comienzo, perdió su ventaja a causa de un mando y control defectuosos; aunque también adoleció de inferioridad técnica.

Las hostilidades continuaron durante largo tiempo sin que se volviera a producir ningún enfrentamiento de tal magnitud. Años después, ambos reinos firmaron un tratado de paz en el año 21 (1278) de Ramses II, «el 259 día del primer mes de invierno» y fue suscrito con toda solemnidad. El tratado, redactado en egipcio y en hitita y escrito con caracteres cuneiformes, es muy poco preciso. Casi los dos primeros tercios del texto están ocupados con el elogio de los dos signatarios y de sus antepasados y el recuerdo de las relaciones, ya amistosas, ya belicosas, de los dos países.

Batalla de Kadesh 1299 (a. n. e.)







Tras esto, los dos reyes se comprometían a vivir eternamente en paz, a sostenerse mutuamente en caso de ataques extranjeros y a favorecer la extradición de refugiados políticos, con la condición, no obstante, de que una vez puestos en manos de sus soberanos, aquéllos fueran tratados con clemencia. Los dioses, que eran tomados como testigos de la sinceridad de los firmantes, protegerían a quienes observasen fielmente el acuerdo y castigarían a quienes intentasen transgredirlo, pero en ninguna parte se abordaba lo esencial: las respectivas fronteras de los dos países.

Luego del tratado, Ramses II vivió aún 46 años; durante ese largo período jamás fue turbada la paz, ningún pueblo de Asia podía tener la audacia de luchar contra el enorme poderío que la alianza egipcio-hitita había creado. No obstante, ambos imperios empezaron a decaer rápidamente después de esta época. Los egipcios habían agotado su ímpetu imperialista, y los hititas ya empezaban a percibir el naciente poderío asirío.

Metales, esclavos y poder

Durante este larguísimo período de la historia de la humanidad y en culturas como la egipcia o la mesopotámica, la guerra se convirtió en un factor determinante en el proceso de consolidación y expansión de nuevas formas de producción y de organización de las sociedades.

Con frecuencia, la llamada Revolución Urbana se propagó por medio de la violencia y fue impuesta por la fuerza del imperialismo. Algunas comunidades estaban demasiado atrasadas para apreciar las ventajas de la nueva economía urbana. Los nómadas, que cazaban o apacentaban sus rebaños en las estribaciones del Sinaí, no se dejaban seducir por los cereales o los productos, para ellos sofisticados, que les ofrecían los egipcios a cambio del cobre de su suelo, por lo que había que arrebatárselo. Y es que la historia de la difusión y el perfeccionamiento de la metalurgia del cobre, el bronce y el hierro está estrechamente vinculada al fenómeno de la guerra.

En las aldeas neolíticas ya se conocía y se apreciaba el cobre. El más común era considerado por los artesanos neolíticos como una especie de piedra superior y lo trabajaban golpeándolo en frío, pero pronto se descubrieron las ventajas de este material al ser calentado. Con un grado de fusión relativamente bajo, el cobre se vuelve tan maleable como la arcilla. Si se le licua adquirirá la forma del recipiente o molde en el que se le vierta; además, al enfriarse no sólo retendrá la forma del molde, sino que se tornará tan duro como la piedra, pudiendo entonces darle un filo cortante de la misma eficacia que el pedernal. Así el cobre poseía todas las virtudes de los materiales más antiguos —piedra, hueso, madera— a las que sumaba otras que lo convertían en una materia muy valorada.

Podemos señalar que además de adecuar la forma al vaciado, la pieza obtenida de ese modo podía seguir siendo modificada mediante el martilleo, y el instrumento resultante era más duradero que los fabricados con piedra o hueso. Un hacha o cuchillo de cobre no corta mejor ni conserva su filo más tiempo que un hacha de piedra o una hoja de pedernal. Pero aparte de que se puede afilar hasta cierto punto, una vez que una herra-

mienta de piedra o pedernal se rompe, se convierte en inservible, mientras que la herramienta de cobre no sólo puede ser vuelta a afilar por el método de la amoladura o el martilleo sino que puede volver a fundirse obteniendo una herramienta nueva, tan eficaz como la anterior.

Tan pronto como el metal fue considerado una necesidad y no un lujo, la unidad de producción —la aldea neolítica, el reino de Egipto o las ciudades-Estado mesopotámicas— se tornó dependiente de los materiales importados, dado que el cobre escaseaba en las depresiones fluviales y debía obtenerse en las estribaciones montañosas. La vieja fórmula del intercambio comercial pudo ser un procedimiento empleado para la obtención de esta materia prima, pero en otras ocasiones había que acudir a la extracción directa. Fue así como las minas comenzaron a ser explotadas por trabajadores enviados desde Egipto. Después del año 2500 (a. n. e.) el comercio en metales, vital para la industria, se transformó, al menos por períodos y en teoría, en un monopolio de la realeza. Aunque no ejercieran directamente ese monopolio, tanto el rey como el Estado, eran los principales compradores del metal, lo que les permitía así el control y dominio del mercado.

Dada su vital importancia esta actividad tenía que estar protegida y el ejército real cumplía esa misión frente a los nómadas. Desde la primera dinastía, los faraones eran representados sobre las rocas del Sinaí «destruyendo al miserable beduino». En estos casos, la intervención armada no extendió la civilización ni creó nuevos centros urbanos, solamente se dedicó a depredar el territorio productor.

El siguiente paso para procurarse las materias primas necesarias consistía en utilizar las nuevas armas de metal contra las sociedades que poseían dichas materias primas, y arrebatarles lo requerido en calidad de tributo; pero para eso había que someterlas. Los egipcios conquistaron la región aurífera de Nubia y obligaron a los nativos a entregarles su oro, aunque evitaron emprender otras aventuras imperialistas fuera del valle del Nilo hasta el año 1600 (a. n. e.).

En alguna ocasión, estas conquistas tuvieron como resultado el que se implantara por la fuerza la civilización urbana, convirtiendo a los poblados, más o menos autosuficientes, en ciudades industriosas y comerciales. En

Nínive, el nieto de Sargón fundó un templo dedicado a Ishtar, que fue el primero de una larga serie de edificaciones erigidas todas en el mismo sitio, lo que nos indica la vitalidad que llegó a alcanzar esta urbe conquistada.

En otros casos, eran las víctimas del imperialismo las que transformaban sus economías para poder competir con los agresores en cultura material. De esa manera eran los pueblos atacados quienes terminaban por adoptar las ventajas de la metalurgia. Con el descubrimiento del bronce, este proceso de difusión de la civilización por la violencia se intensificó y las implicaciones entre este tipo de metal y la guerra aún se hicieron más estrechas.

El origen del bronce es incierto aunque parece ser que alrededor del año 3000 (a. n. e.) ya se habían comprobado en lugares tan distantes como la India, Mesopotamia, Asia Menor y Grecia las ventajas de una aleación de cobre y estaño. Podemos suponer que el descubrimiento del bronce fue accidental. Es fácil extraer estaño bastante puro de su mineral principal, la casiterita, y parece que la obtención del estaño estaba ya bien asentada en Europa hacia 1500 (a. n. e.), desde donde se exportaba hacia el Oriente Próximo. Otro metal aleado con frecuencia al cobre, para fabricar bronce, era el antimonio y, algunas veces, también fue usado el arsénico, aunque el análisis de los bronces antiguos revela la presencia de otros metales que pudieron muy bien ser arrastrados al proceso de fundido.

La obtención del bronce, mucho más que la del cobre, exigía un intenso trabajo social, lo que lo hacía inevitablemente caro. No obstante, las ventajas enumeradas para el cobre no parecen haber bastado por sí mismas para inducir a los campesinos a producir el excedente requerido para estimular la demanda de bronce, por lo que podemos suponer que fueron otros factores los que convirtieron este metal en una necesidad. Uno de esos factores fue, sin duda, la producción de armas.

Los primeros objetos de metal, que se depositaron originalmente en las tumbas, aparte de pequeñas joyas, eran en realidad armas, no herramientas. Debemos presuponer que el cobre o el bronce eran demasiado costosos para reemplazar a la piedra en el utillaje agrícola o artesanal. El común de la población no podía procurarse herramientas de metal, por lo que durante siglos siguieron empleando el instrumental neolítico com-

puesto por azadones de piedra y arados o zapapicos de madera. Pero en la guerra, especialmente para la lucha cuerpo a cuerpo, un cuchillo o una daga de bronce era mucho más de fiar que una de pedernal o cobre; éstas podían romperse justo en el momento decisivo en que se debía herir al enemigo, por eso fueron las necesidades bélicas las que impulsaron la producción y obtención del nuevo metal.

Parece ser que la espada surgió en la temprana Edad del Bronce a partir del puñal y pronto se introdujeron puntas de lanza embutidas en el mismo metal. El contenido del cementerio real de Ur, que data de la primera mitad del tercer milenio, nos muestra que ya se usaban casi todos los procesos actuales de labrado del metal.

El éxito de los ejércitos mesopotámicos o egipcios sobre pueblos vecinos se debió durante mucho tiempo a la superioridad de sus armas y corazas de bronce contra las que nada podía hacer el armamento neolítico. Para enfrentarse a ellos había que fabricar armas similares, y eso suponía adiestrar a los forjadores y proveerlos de materias primas: reunir cobre y estaño; organizar el comercio; disponer de un excedente suficiente para mantener a los artesanos. También la resistencia al imperialismo de estos pueblos agredidos engendró una «economía de la Edad del Bronce» entre ellos. En un caso u otro, los príncipes debían su poder y riqueza al monopolio de las nuevas armas de guerra. En realidad sólo unos cuantos podían procurarse ese equipamiento, de manera que la mayor parte de la población tenía escaso valor militar y, en consecuencia, se fue tornando políticamente insignificante.

Esto empezó a cambiar con la aparición del hierro, tanto en el campo de batalla como en la hacienda agrícola. El hierro es uno de los elementos más comunes en la corteza terrestre. En el Tercer Milenio se habían usado ocasionalmente en Egipto y Mesopotamia algunos instrumentos de hierro forjado, pero no se conocían procedimientos eficaces y económicos para producirlo de buena calidad y en grandes cantidades.

Parece ser que los primeros en obtener algún resultado en ese sentido fueron los integrantes de una tribu vasalla de los hititas, cuyo proceso de elaboración guardaban como un secreto de Estado, lo que no evitó que el método terminara por ser conocido y se extendiera por toda la zona del

Oriente Próximo; así al menos parece demostrarlo el abaratamiento que se produjo de dicho metal. En la Babilonia de Hammurabi (siglo XVIII a. n. e.) un siclo de plata equivalía a 120 ó 150 siclos de cobre y en Asia Menor, en estas fechas, equivalía a 40 siclos de hierro. Mil años después con un solo siclo de plata se adquirían no menos de 225 siclos de hierro. El siclo era una unidad monetaria y de peso que fluctuaba entre 9 y 17 gramos.

El hierro barato democratizó la guerra. Con armas de hierro un plebeyo podía enfrentar al caballero de la Edad del Bronce en condiciones más equitativas. Con ellas, también los bárbaros pobres y atrasados podían desafiar a los ejércitos de estados civilizados que, merced al monopolio de armamentos de bronce, habían parecido invulnerables.

Pero la guerra durante estos milenios no sólo contribuyó a perfeccionar y acelerar el trabajo y la difusión de los metales sino que también influyó de modo decisivo en la estructuración social de estas culturas. De las numerosas implicaciones entre guerra y sociedad que podemos apuntar en el período estudiado señalaremos la vinculación existente entre la guerra y el nacimiento y consolidación de la esclavitud, una de las más importantes instituciones socio-económicas de la antigüedad.

La suerte del prisionero vencido en esa época podía ser muy variada. Se conocen casos de matanzas rituales en las que se sacrificaba a los cautivos en ceremonias de naturaleza religiosa o como apoteosis política del triunfo obtenido. También podían ser masacrados como represalia por la resistencia ofrecida, o a modo de cruel ejemplo ante posibles futuros adversarios; entonces sus cabezas o manos cortadas eran apiladas formando pirámides en la puerta de la ciudad. Pero, desde época remota, se debió reducir a los capturados a la condición de mero rebaño apto para el trabajo. Fue así como apareció el esclavo víctima de la guerra. Sin embargo, se debe aclarar que la guerra no era la única vía para caer en la esclavitud y que esta práctica fue muy distinta dependiendo de culturas y períodos.

La esclavitud se halla atestiguada desde la época sumeria más antigua. En las tablillas pictográficas de Uruk, la palabra «esclavo» está representada por el signo «cabeza» asimilando este tipo de personas a las cabezas de ganado. Pero en otros ideogramas se representaba como un varón o una mujer extranjeros. Los primeros esclavos fueron sin duda prisioneros

esclavizados. En el *Estandarte de Ur* vemos la representación del triunfo de un rey sobre sus enemigos. En la hilera superior, unos soldados le traen prisioneros desnudos.

El esclavo desempeñó un papel importante en la actividad económica doméstica durante milenios. El pequeño propietario o el pequeño artesano sumerio se benefició de ellos. Se ha calculado que la media de esclavos por familia productiva era de tres a cuatro en la ciudad, y de cinco a ocho en el campo; a veces, hasta algunas decenas en las propiedades mayores. Pero fueron los palacios y los templos mesopotámicos los grandes consumidores de esclavos ya que así obtenían de la masa de prisioneros de guerra la mano de obra necesaria para la construcción de los edificios religiosos o reales y la explotación de las minas y las canteras. Eran ellos quienes constituían la fracción más desheredada de la población, sobre todo los esclavos de los templos, que formaban una verdadera casta hereditaria en cuanto a su condición. En Mesopotamia, el *shirqu*, el «dedicado» al dios, no podía esperar la libertad. Si se casaba con una mujer libre, sus hijos, al contrario de lo que ocurría con otros esclavos, no eran libres. Los *shirqu,* más duramente tratados que sus congéneres al servicio de particulares, se hallaban alojados en barracas especiales y no tenían contacto alguno con su anónimo propietario sino a través del guardián.

Los egipcios también practicaron la esclavitud en parecidas condiciones al mundo mesopotámico. La mayoría de las veces, por no decir siempre, estos esclavos eran de origen extranjero. Capturados en el transcurso de una campaña victoriosa en Nubia, en Libia, en el desierto oriental o en Siria, eran asignados por el faraón, o su heraldo, a quien los había hecho prisioneros, si se trataba de una proeza individual, o repartidos entre los guerreros como botín si habían sido capturados en masa. Conocemos por una referencia escrita un caso concreto del primer supuesto. Se trata del valeroso Ahmosé que reunió de esa forma, en el transcurso de sus largos años de servicio como militar, diecinueve esclavos. Pero el grueso de los esclavos capturados tras el combate victorioso se convertía en propiedad del Estado, que los destinaba a los más duros trabajos.

Aun teniendo en cuenta que el flujo de este tipo de mano de obra fue muy desigual a lo largo de todo el mundo antiguo, podemos decir que sin esta práctica bélica resultaría difícil explicar tanto la estructura de las sociedades del período, como su crecimiento en el terreno material.

La mentalidad dominante contribuía a conformar al esclavo en su condición y fueron pocas las sublevaciones de esclavos a lo largo de la historia antes de que fueran abolidos los últimos vestigios de esta institución en el siglo XIX. En el mundo griego el conflicto más importante de esta naturaleza fue la sublevación hilota contra sus amos espartanos. Los hilotas eran una población esclava sometida a la más dura explotación por parte de la militarizada sociedad espartana. Un seísmo acaecido en 464 (a. n. e.) produjo una gran destrucción que fue aprovechada por este pueblo de esclavos para rebelarse contra sus amos poniendo en jaque durante varios años los fundamentos políticos, sociales y económicos de Esparta.

Después de diversos combates en Mesenia, los hilotas rebeldes se agruparon e hicieron fuertes en el monte Itome, una auténtica fortaleza natural al oeste del río Pamiso. Tras un asedio prolongado de años, en el que participaron durante un tiempo los atenienses en ayuda de Esparta, los supervivientes de Itome salieron del Peloponeso en virtud de un pacto al que llegaron con los espartanos, un rasgo de magnanimidad que quizá esconda el fracaso en aplastar por completo la revuelta. Este éxito parcial fue prácticamente el único en toda la historia de la esclavitud en el mundo antiguo ya que los otros casos que conocemos acabaron todos en derrotas.

La sociedad antigua que más se apoyó en la esclavitud como modo de producción dominante, al final de la época republicana y en los primeros siglos del Imperio, fue la romana. Durante el período más brillante de su historia, Roma pudo sostener un desarrollo económico y cultural muy vasto gracias a la afluencia de esclavos procedentes de sus conquistas. Algunos de estos esclavos, griegos o del cercano Oriente, podían ser muy cultos y poseer útiles conocimientos técnicos, aunque esta fuente de esclavos de calidad se agotó pronto. Con la *Pax Romana* los esclavos fueron disminuyendo paulatinamente al cesar las conquistas, de lo que resultó una crisis de mano de obra que contribuyó al final del mundo antiguo.

No obstante, durante siglos, Roma dispuso de abundantes esclavos con los que se mercadeaba a gran escala. En todos los centros urbanos de sus dominios existían mercados de este género. En Roma misma había uno en las cercanías del templo de Cástor, aunque el más famoso del mundo antiguo fue el de la isla griega de Delos, donde según Estrabón (XIV, 5, 2), a veces se vendían hasta 10.000 esclavos por día. Los que eran producto

de las campañas militares llevaban en la cabeza una guirnalda y sus precios en Roma sufrieron grandes oscilaciones en función de los avatares de la guerra. En el período de las grandes conquistas se notaba una brusca caída en su cotización. En 177 (a. n. e.) el precio de los prisioneros sardos era tan bajo que se hizo habitual decir: «barato como un sardo». En el siglo I, durante la conquista del reino del Ponto, los esclavos eran vendidos a 4 denarios cada uno, mientras que el precio medio en otros momentos oscilaba entre 300 y 500 denarios.

La esclavitud en el mundo antiguo no se cuestionaba y las únicas rebeliones de gran amplitud que conocemos se refieren a la República romana tardía. Se trata de los levantamientos de 135-132 y de 104-101 en Sicilia, y de la guerra de los gladiadores de 73-71 (a. n. e.), encabezada por el tracio Espartaco. La primera de las revueltas, de la que tenemos noticia por Diodoro Sículo, tuvo su epicentro en la ciudad de Enna y estuvo encabezada por un tal Euno de origen sirio y con fama de taumaturgo. Se propagó con rapidez debido a que muchos de los rebeldes tenían el mismo origen, lo que facilitaba la conspiración y los acuerdos. Todo comenzó cuando alrededor de unos 400 esclavos agrícolas penetraron de noche en la ciudad matando a casi toda la población libre. Euno, con ayuda del griego Aqueo, organizó entre los sublevados una unidad armada de más de 6.000 hombres.

El eco de la rebelión resonó en otras partes de Sicilia. Cerca de Agrigento se formó otro centro importante del movimiento, comandado por un ex pirata de Cilicia, Cleón. Después de haber ocupado Agrigento, Cleón, con unos 5.000 hombres, se unió a Euno. Las fuerzas de esclavos reunidas llegaron a derrotar a un ejército romano de 8.000 soldados al mando del pretor Lucio Ipseo. Este hecho provocó una extensión del movimiento. Según Diodoro (Lib. XXXV), el número de rebeldes alcanzó los 200.000, lo que parece una evidente exageración. Por fin, los ejércitos consulares fueron enviados a la isla pero siguieron encontrando una feroz resistencia. La desgracia de los sublevados sobrevino cuando en el año 132 cayó Numancia, lo que permitió desplazar a estas fuerzas veteranas a Sicilia. Los esclavos, con escasa formación militar, se refugiaron en las ciudades, que fueron siendo conquistadas una a una.

La rebelión del 104-101 también estuvo acaudillada por un sirio llamado Salvio y por un griego de nombre Atenión. Los sucesos de la suble-

vación anterior se repitieron y los esclavos llegaron a levantar un ejército numeroso de unos 40.000 hombres pero, a pesar de eso, fueron vencidos en una batalla en campo abierto por una fuerza romana mucho menor. Los 17.000 legionarios de Lucio Licinio Lúculo fueron capaces, gracias a su disciplina y entrenamiento, de infligir más de 20.000 bajas al ejército de esclavos, demostrando que en este tipo guerras la superioridad de los ejércitos organizados siempre tiende a prevalecer frente a los improvisados.

La más celebre de estas intentonas fue sin duda la protagonizada por el gladiador Espartaco. La aventura de este tracio, huido junto con algunos de sus compañeros de una escuela de gladiadores en Capua, duró unos 18 meses y llegó a inquietar seriamente a Roma, a raíz de algunas victorias alcanzadas por los esclavos sobre los ejércitos republicanos. De hecho en el año 72 (a. n. e.) el pretor Marco Licinio Craso fue nombrado comandante supremo, —con el título de procónsul— de un ejército compuesto por diez legiones con la finalidad de terminar con la rebelión. Sin embargo, en el invierno del 71 se vio obligado a pedir ayuda al Senado para poder cumplir con esta misión. Fue entonces cuando se ordenó a Pompeyo que apresurara su regreso a Italia desde Hispania. Una orden análoga se envió a Marco Licinio Lúculo en Macedonia, para que desembarcase en Bríndisi. Alrededor de Espartaco comenzó a estrecharse el cerco de las tropas gubernamentales. En la primavera del 71 tuvo lugar en Silaro, al norte de Lucania, la última batalla. Los esclavos combatieron con un valor desesperado. En la lucha cayeron unos 60.000, entre ellos Espartaco, cuyo cuerpo no fue encontrado. Los romanos sólo perdieron 1.000 hombres, mientras que 6.000 esclavos hechos prisioneros fueron crucificados a lo largo del camino que iba de Capua a Roma.

La esclavitud no terminó con el mundo antiguo y tampoco las sublevaciones de esclavos. No obstante, la única que conoció un relativo y transitorio éxito militar se produjo ya en los albores de la contemporaneidad en las Antillas.

En los dominios coloniales americanos se habían registrado motines o revueltas de esclavos negros a lo largo de toda la Edad Moderna. La primera sublevación se produjo el año 1522 en las plantaciones del gobernador Diego Colón, en Santo Domingo, siendo fácilmente aplastada. Dos años después el escenario fue Puerto Rico y, años más tarde, les tocó el

turno a los esclavos de La Habana y a los cimarrones del istmo de Panamá. También en el continente hubo sublevaciones. El conato de insurrección en Méjico el año 1612 o el de Venezuela, tiempo más tarde, y el de Santo Domingo en 1723, nos dan idea de lo episódico de estos estallidos. Por si acaso una ley prohibía que los mulatos y negros tuviesen armas, y los mestizos sólo podían llevarlas con una licencia especial. Cuando se apresaba a un evadido con más de seis meses de convivencia en el monte con negros sublevados iba a la horca. Sin embargo, todas estas revueltas no pasaban de ser en general fugas colectivas y bandidismo, entrando más en la categoría de conflictos de orden público que en el terreno militar.

La sorpresa saltó en la francesa colonia de Haití a raíz de la Revolución que estalló en la metrópoli en 1789. Dos años después de la toma de la Bastilla en París, los negros de Haití, comandados por Toussaint Louverture, se sublevaron contra sus amos blancos y lograron por un tiempo dar un giro inesperado a la historia de la colonia. Un ejército de unos 4.000 esclavos llegó a dominar amplias zonas rurales de la isla poniendo en jaque a las tropas regulares comandadas por el general Leveaux.

Bien es cierto que esta situación se produjo tanto por el apoyo que la parte española de la isla prestó a los sublevados —hay que recordar que la corona española había entrado en guerra con la republicana Francia en 1793— como por las divisiones políticas que reinaban entre los colonos blancos a causa de la revolución. Pero lo cierto es que desde la metrópoli se decreto la abolición de la esclavitud (4 de febrero de 1794) y que durante unos años el territorio funcionó en la práctica como un pequeño Estado independiente bajo la dirección de Toussaint Louverture, llegándose incluso a redactar una constitución en 1801. No obstante, bajo el Imperio napoleónico la isla fue ocupada por el general Leclerc y en 1802 la esclavitud fue reinstaurada.

Años después, durante la guerra de Secesión en EE. UU. (1861-1865), tras la batalla de Antietam ganada por el ejército de la Unión, el presidente Lincoln dictó una ley de guerra que confiscaba los bienes del enemigo. Entre esos «bienes» se encontraban los esclavos negros de los rebeldes sureños que pasaron, así, a ser propiedad del gobierno de los Estados Unidos, que los puso en libertad sin pagar ninguna indemnización a sus

propietarios. Pero en Kentucky, Missouri, Maryland, Delaware y Virginia Occidental, los Estados del sur que habían permanecido fieles a la Unión, siguió habiendo esclavitud hasta el final de la guerra, cuando definitivamente fue abolida en todo el país. Y es que guerra y esclavos han estado asociados durante milenios y aunque la guerra hizo a miles de personas esclavas, a través de ella fueron pocas las que consiguieron la libertad.



Fragmento de la *Estela de Naram-Sin* Museo del Louvre (París)

II
El «polemos» griego

La Hélade y la guerra

El pueblo griego, a quien debemos tan trascendentales aportaciones en todos los ámbitos de la cultura, no supo sortear el abismo de la guerra y se entregó a ella con la misma pasión que proyectó en otras actividades. El conflicto interno y externo fue constante a lo largo de la historia de la Hélade y dejó profunda huella en la configuración de la sociedad, la política y el arte. La actividad militar marcó la vida de los griegos incluso en los raros períodos de paz, determinando muchos rasgos de su quehacer diario. Sin la presencia casi cotidiana de la guerra no podríamos comprender buena parte de la decoración cerámica del período clásico, o de su literatura, e incluso de su pensamiento.

A partir del siglo VIII (a. n. e.) Grecia aparece en la historia con un perfil propio como un conglomerado de polis o ciudades-Estado, hecho que va a caracterizar su desarrollo en los siglos siguientes. La polis se definía por su independencia interior (*autonomía*) y exterior (*eleuteria*), y por una pretendida autosuficiencia económica (*autarquía*). Lo que unía a todas estas

polis bajo un denominador común era la lengua, la religión y unas formas de vida y pensamiento más o menos similares.

La fragmentación política será una de las notas más relevantes de esta cultura. En un país con escasos recursos y una accidentada geografía destaca la modesta extensión territorial de las dos principales ciudades-Estado. Atenas, que englobaba toda la llanura Ática, tenía 77 kilómetros noroeste-sudeste por una distancia máxima oeste-este de 56 kilómetros, y Esparta no superaba los 22 por 14 kilómetros, con el núcleo del territorio espartano alrededor de Lacedemonia.

Al principio la polis asimiló la forma de gobierno monárquica que tenían los pueblos sometidos por los griegos, la palabra *basileus* = rey no es de origen griego. Pero muy pronto esta institución regia sólo subsistió en Lacedemonia, Argólida, Arcadia y Elide. En las restantes regiones, la nobleza terrateniente, casta de los guerreros, derrocó a los reyes y se hizo con el poder apoyándose en sus numerosos vasallos y esclavos.

Durante los siglos VII y VI (a. n. e.), una serie de individuos procedentes de la nobleza se convirtieron en tiranos con ayuda de las clases dominadas: artesanos y campesinado, poniendo en práctica programas de lucha contra el latifundio y en defensa de los intereses del pueblo (*démos*). Este nuevo proceso terminó por desembocar en la instauración de una democracia esclavista. El ciudadano, al liberarse del trabajo gracias a la mano de obra esclava, disponía de ocio suficiente para dedicarse a la acción política y a la reflexión filosófica.

También desde el mismo siglo VIII comenzó un amplio proceso de colonización que contribuyó a consolidar un sentimiento panhelénico entre las polis. Las colonias nacidas de la colonización mantenían una estrecha vinculación con la metrópolis (= ciudad madre), si bien dentro de una total independencia político-administrativa. Los dos focos de asentamiento fueron el sur de la península Itálica y Sicilia (la llamada Magna Grecia) y las costas de Asia Menor (Jonia) en las que la próspera ciudad de Mileto desarrollará un papel muy importante fomentando la expansión helénica por las riberas del Mar Negro y siendo el puerto de referencia en un activo comercio con Oriente.

En el conglomerado de polis destacaban dos: Esparta y Atenas. Esparta no era un solo núcleo urbano sino la fusión de cuatro poblaciones

rurales dorias en el valle del río Eurotas. Su política belicista y conquistadora con las comunidades del entorno pronto la convertirá en la principal potencia de la península del Peloponeso.

Esparta se constituyó como un Estado militar por excelencia regido por una monarquía dual. La población lacedemonia quedó dividida socialmente en tres categorías. Los espartanos propiamente dichos: clase dirigente a la que le estaba vedada cualquier ocupación que no fuese la guerrera. Los periecos, descendientes de los antiguos habitantes de la zona, que eran libres pero carecían de derechos políticos; y por último, los hilotas, población muy numerosa sin personalidad jurídica alguna, pues eran propiedad del Estado y trabajadores de las tierras de los espartanos.

A la cabeza de la superestructura política figuraban dos reyes sobre los que recaían atribuciones jurídicas, militares y religiosas. Su actuación estaba asesorada por el Consejo de ancianos (*Gerusia*), integrado por 30 ciudadanos de más de sesenta años (*gerontes*) elegidos de modo vitalicio. Sus decisiones eran ratificadas a su vez por la asamblea del pueblo, en la que tomaban parte todos los espartanos de más de treinta años. Ambas instituciones estaban controladas por los jefes de ciudad (*eforos*).

En Atenas durante el siglo VII el arcontado sustituyó a la monarquía. Los arcontes eran magistrados elegidos por períodos anuales: el *arconte basileus*, encargado del culto; el *arconte epónimo* con amplias atribuciones; y el *arconte polemarco*, jefe del ejército. Diversos legisladores como Dracón o Solón legislaron en medio de tremendas tensiones sociales hasta que el tirano Pisístrato se hizo con el poder (560 a. n. e.) y desarrolló una política que favorecía al campesinado acometiendo grandiosas obras públicas para proporcionar trabajo e ingresos a los ciudadanos que lo habían encumbrado. Pero será Clistenes (510-507) con sus reformas quien dé paso a una democracia basada en la teórica igualdad política para todos los ciudadanos (quedaba excluida la mayor parte de la población: los extranjeros (*metecos*), las mujeres y los esclavos). Un Consejo de los Quinientos (*Bulê*), cuyo órgano directivo (*pritanio*) cambiaba cada 36 días y la Asamblea de los ciudadanos, junto con el ejecutivo del arcontado, estructurarán el poder político de la polis ateniense.

El gran desafío al que tuvieron que hacer frente los griegos en este momento de su historia fueron las Guerras Médicas, sostenidas contra los

medopersas a lo largo del siglo V (a. n. e.). La actuación conjunta de distintas polis, con la participación al frente de Esparta y Atenas, consiguieron hacer fracasar tres intentos de invasión persa. El primero fue abortado en sus inicios, cuando apenas los invasores se hallaban en el territorio de los brigios y la flota a la altura del promontorio del monte Atos. El segundo, ordenado por el emperador persa Darío I, se estrelló tras la derrota en la batalla de Maratón (490), mientras que el tercero acabó igualmente en un fracaso cuando el poderoso ejército de Artajerjes, tras derrotar a los espartanos en el desfiladero de las Termópilas, fue vencido por los atenienses en el encuentro naval de Salamina (480) y en la batalla terrestre de Platea, librada un año después.

De estas confrontaciones surgió como primera potencia la polis ateniense que, contando con una poderosa flota, impulsó la fundación de la Liga de Delos (477) para defenderse del peligro persa. Sus miembros tenían que pagar un impuesto de 460 talentos, que ingresaban en un fondo común custodiado en el templo de Apolo en Delos, sede de la Liga. Hay que tener en cuenta que el talento era una unidad monetaria y en el siglo III (a. n. e.) venía a equivaler aproximadamente 27 kg. de plata.

Pero la posición predominante de Atenas y sus actitudes imperialistas condujeron a una creciente enemistad con la otra gran potencia, Esparta. Sobre el año 461, Atenas concluyó tratados bilaterales con los rivales de Esparta, al tiempo que llegaba al poder como arconte ateniense Pericles, que impulsará medidas democráticas a las que eran reacios los espartanos. La rivalidad entre ambas potencias estalló definitivamente en las Guerras del Peloponeso (431-404) que resultaron devastadoras ya que la flota ateniense y el ejército espartano asolaron los territorios del enemigo y sus aliados. La virtual ganadora del largo conflicto fue Esparta pero realmente toda Grecia quedó destrozada.

En los años siguientes sólo Tebas ejercerá un breve periodo de hegemonía en el mundo griego a raíz de la victoria del general Epaminondas sobre las falanges espartanas y atenienses en las batallas de Leuctra y Mantinea (371 y 362 a. n. e.), aunque el triunfo tebano fue efímero ya que pronto aparecerá un nuevo poder: el reino macedónico.

Macedonia era un país «barbaro» helenizado al norte de la península. Estaba gobernado por Filipo II (359-336) y la política expansionista de

este monarca, que contaba con un poderoso ejército, le permitió conquistar toda Grecia. En el 338 (a. n. e.), tras la batalla de Queronea, la victoria de Filipo era casi total, pero el rey macedonio murió asesinado a los 47 años de edad sucediéndole su hijo Alejandro, de sólo veinte años. Alejandro, tan belicoso como su padre, comenzó una campaña contra Persia con el pretexto de vengar la violación de los santuarios griegos que los persas habrían profanado años atrás.

Esta expedición de tipo imperialista unió a los griegos, que vieron en ella la oportunidad de salir de la tremenda crisis generada por las Guerras del Peloponeso emprendiendo una política de conquistas. La primera victoria de los ejércitos griego-macedónicos fue conseguida en Granico (334 a. n. e.) y tras ella, Alejandro penetró en las ciudades del Asia Menor como liberador de la opresión y tiranía persas. Al año siguiente, ya en Siria, el macedonio presentó batalla en Issos al grueso del ejército persa derrotándolo de tal forma que Darío III huyó, dejando tras sí hasta su propia familia. Seguidamente, Alejandro prosiguió su avance conquistando Sidón, Biblos y Tiro para adentrarse después hasta el delta del Nilo (330 a. n. e.). Allí se granjeó la amistad de los sacerdotes a los que prometió salvaguardar sus privilegios; celebró ritos a los dioses egipcios y fue finalmente coronado Faraón.

El éxito de esta campaña significaba la seguridad de contar con los suministros necesarios, gracias al trigo egipcio, para iniciar la penetración en Mesopotamia. En 331 tuvo lugar la batalla decisiva de la campaña contra Persia librada en la llanura de Gaugamela. La victoria de Alejandro fue total, más aún cuando Darío III, que había vuelto a huir, fue asesinado por el propio gobernador persa de una de sus provincias. Alejandro continuó sus conquistas hasta la India; sin embargo, la tropa, cansada de ocho años de movimientos y batallas no estaba dispuesta a seguir adelante por lo que se optó por iniciar la retirada (326 a. n. e.). En pocos años, el macedonio y sus ejércitos habían configurado un imperio que se extendía desde el Nilo hasta el Indo y desde el mar Caspio hasta el Mar Rojo, pero en el camino de regreso hacia Babilonia, Alejandro, ya «dueño de Asia», y ya «Magno» por sus proezas, cayó enfermo de unas fiebres que acabaron con su vida. Murió en 323, a la edad de treinta y tres años.

Las conquistas alejandrinas introdujeron importantes cambios en la estructura del mundo griego. Todo el cercano y medio Oriente se heleni-

zaron, bajo una misma lengua y una misma cultura. El dominio de riquísimas y feraces áreas permitió amplios excedentes que dieron lugar a que la ciencia y la tecnología se desarrollarán de manera notable en ciudades como Pérgamo o Alejandría; desde éstas y otras se dirigía la explotación de los países dominados. No obstante, a la muerte de Alejandro su imperio quedó dividido entre sus generales, los llamados epígonos, que constituyeron sendos reinos helenísticos. El de los Antigónidas, conformado por Macedonia y Grecia, el de los Seleucidas en Siria y el de los Tolomeos o Lagidas en Egipto. Sobre ese mundo helenizado del Mediterráneo oriental terminará abatiéndose una nueva potencia conquistadora: Roma.

Desde época legendaria encontramos que los griegos se vieron envueltos en conflictos bélicos por causas económicas, aunque los poetas buscarán razones más nobles y heroicas. Uno de los mejores conocedores del mundo homérico, Goffrey Kirk (1976: 45-60) estima que la guerra de Troya fue en realidad una empresa destinada a obtener un rico botín que aliviara una situación económica comprometida que padecían los micénicos. Todas las pruebas parecen converger en apoyo de esta hipótesis. Así pues, la epopeya homérica, en las raíces del mundo griego, habría buscado ennoblecer una aventura de saqueo al darle al móvil económico de la guerra una dimensión épica.

En la historia de la Grecia clásica las causas que movieron a conflictos bélicos fueron en primer lugar las rivalidades entre las diferentes polis que configuraban el abigarrado mosaico de la Hélade. De ahí que la guerra constituyera el tipo normal de relación entre las ciudades-Estado, que conocían la paz como una interrupción de los enfrentamientos. Separadas por el golfo Sarónico, Atenas y Egina sentían la misma hostilidad que Lagash y Umma a cada lado del foso del que hablábamos en el capítulo anterior.

Pero si los problemas económicos movían las guerras con el vecino también alimentaban sangrientas querellas internas. Las relaciones entre distintas facciones estaban fatalmente destinadas a adquirir carácter explosivo en unas ciudades-Estado de reducida extensión en las que los recursos eran limitados y el peso de la población, sumado al desigual reparto de la propiedad, era un problema constante.

Las polis fueron pues escenario frecuente de *stasis*, término con el que se designaban los conflictos internos que afectaban a los diferentes segmentos de una sociedad configurada como comunidad política. Sólo a través de estos conflictos podemos explicarnos tanto el proceso colonizador como la aparición de los legisladores especiales (Solón, Licurgo, etc.) o de los tiranos. No obstante, después de la empresa de racionalización política de las tiranías, en el último tercio del siglo V, las pasiones volvieron a exacerbarse acrecentadas por la Guerra del Peloponeso. Los grupos que enfrentaban a aristócratas y demócratas impulsaban a las distintas facciones a recurrir a la ayuda de los vecinos que participaban de su misma ideología, con lo que muchos conflictos externos se teñían de guerra civil, y los conflictos civiles podían propiciar la guerra en el exterior.

Pero las grandes conflagraciones griegas con el exterior, hasta la época de Alejandro, se concretaron en las Guerras Médicas, cuyas causas han sido mil veces analizadas. Por su situación geográfica, los griegos del continente se vieron durante mucho tiempo libres de presiones y ataques extranjeros dirigidos directamente contra sus territorios. No les ocurrió lo mismo a las colonias que, aparte de sus frecuentes choques con pueblos más primitivos, como los escitas al norte o los tracios al oeste del mar Negro, se vieron enfrentadas a poderosos imperios. En el Asia Menor, los griegos hubieron de aceptar, a lo largo del siglo VI, primero la soberanía de los lidios y, después, la de los persas. En Sicilia fueron invadidos repetidas veces por Cartago, que mantenía un punto de apoyo en el extremo occidental de la isla pero nunca consiguió hacerse con el resto. El desarrollo del imperialismo persa terminó por hacer inevitable una gran confrontación con el mundo heleno.

El oro que afluía al imperio persa como tributo del conglomerado de pueblos sometidos era el que mantenía su poder imperial. La aristocracia persa se esforzaba en someter y explotar a los pueblos vecinos que le proporcionaban tierras y esclavos. Los consejeros reales, el estamento militar y la legión de funcionarios que administraban las tierras conquistadas constituían el grupo social dirigente interesado en el mantenimiento de esa política. Para los griegos del continente, especialmente para Atenas y Esparta, someterse a los persas significaba mucho. Fue así como en Atenas comenzó a perfilarse una tendencia política a la que podría denominarse «partido marítimo». Su jefe era Temístocles, hijo de una rica e influyente

familia. Temístocles y sus partidarios pensaban que los atenienses debían orientar sus principales esfuerzos a la creación de una flota marítima, pues la lucha contra los persas sólo culminaría triunfalmente si los atenienses se hacían fuertes en el mar, lo que posibilitaría, por otra parte, iniciar una política de expansionismo comercial; pero si los persas seguían controlando los estrechos la viabilidad de tal política era prácticamente nula.

El programa de Temístocles estaba sostenido por aquellos estratos de la población relacionados con la actividad artesanal y con el comercio marítimo y, en consecuencia, desvinculados de la tierra. Contra esta política se pronunció inicialmente la aristocracia terrateniente de Atenas y una parte del campesinado. Pero muy pronto los terratenientes que dirigían lo que podríamos llamar el «partido agrario» fueron conscientes de que su sometimiento a Persia no sólo supondría el pago de elevados tributos sino muy posiblemente también la incautación de las mejores tierras de cultivo, que pasarían a ser explotadas por la aristocracia persa. Estas mismas razones fueron las que llevaron al alineamiento espartano frente a la amenaza aquemenida y las que, en definitiva, condujeron a unas guerras, en principio defensivas, de las que los griegos salieron victoriosos.

Atenas, después de las Guerras Médicas, en las que contribuyó más que ninguna otra ciudad a la derrota de los invasores, trató de atribuirse la hegemonía en Grecia. Para establecer y conservar el dominio sobre las islas del mar Egeo y muchas de las ciudades marítimas de la costa de Asia y para garantizar su abastecimiento de cereales que, procedentes en gran parte del Ponto Euxino, debían atravesar los estrechos, Atenas se valía de una numerosa flota comercial y una poderosa marina de guerra. Desde Salamina (480 a. n. e.), la talasocracia ateniense dominó efectivamente toda la cuenca oriental del Mediterráneo.

La Liga de Delos, que lideraba Atenas, limpió de barcos persas el Egeo en el espacio de un decenio. Con ello, la Liga se convirtió en un imperio y el símbolo de tal cambio fue el traslado de sus organismos directivos y de su tesoro, en el año 454 (a. n. e.), de Delos a Atenas. Esto quería decir que Atenas podía manejar y controlar, virtualmente, la totalidad de la flota aliada y gozar de unas contribuciones muy elevadas. Un indicio de la cuantía del tributo anual que manejaba es que igualaba, aproximadamente, los ingresos públicos que obtenía Atenas de sus recursos internos.

Los impulsores de esta política imperialista fueron los demócratas atenienses. Las aspiraciones de la burguesía comercial y artesanal, apoyadas por los sectores populares, sostén de ese partido, se orientaban hacia el mantenimiento de una dominación sobre el mar que procurara posibilidades de enriquecimiento individual en tiempos de paz y sueldos en tiempos de guerra. El objetivo era el control de las islas egeas, de la Calcídica y de la costa de Asia y no respondía más que a la adquisición de fuentes de materias primas y de mercados. En ese sentido, podemos decir que el imperio marítimo ateniense respondía a las exigencias de los medios comerciales e industriales; suscitando así muy a menudo la hostilidad de los aristócratas y la «*intelligentsia*» del Ática.

Con el tiempo esa hostilidad se hizo extensiva a muchas de las polis sometidas a la Liga y, por supuesto, despertó los recelos de Esparta, que vio su papel de gran potencia cuestionado por Atenas. Tucídides, el historiador de las Guerras del Peloponeso, dedicó largo tiempo a meditar cuál habría sido la causa profunda del conflicto que acabó enfrentando a los griegos entre sí en esta gran conflagración. La conclusión a la que llegó fue que «el auge del poder de Atenas y la alarma que inspiraba en Esparta hicieron inevitable la guerra» (1, 23, 6). Probablemente, el ateniense Pericles, elegido arconte en sucesivas ocasiones, pensaba así también, pues se dedicó a atesorar grandes reservas de dinero, práctica ésta muy poco común entre los Estados griegos que, de ordinario, solían gastar en seguida cuanto ingresaban.

La crisis desatada por las desastrosas Guerras del Peloponeso explica la salida imperialista que le dio Alejandro Magno. La aventura de conquista alejandrina no tiene otra explicación que el botín y los tributos que se podían obtener de los pueblos sometidos. Esta mecánica de guerra victoriosa = riqueza, tuvo su continuidad en los reinos helenísticos surgidos de la desmembración del imperio alejandrino, y con los reinos helenísticos no dejaron de aumentar las incitaciones económicas a la guerra.

Los sucesores de Alejandro hicieron de la guerra el principal sostén de sus reinos. El profesor Lévéque (1999) ha expuesto claramente cómo la conquista financiaba entonces a la conquista, y un paro en las empresas guerreras podía provocar la ruina de un Estado. Esto ayudaría a explicar la larga serie de «guerras sirias» entre lágidas y seléucidas, que se disputaban

unas zonas de fuerte significación económica, por ser encrucijada del comercio marítimo mundial y de los caminos del negocio con el continente asiático.

Para justificar estas empresas se invocaban motivos que no eran siempre la causa profunda de la guerra. En general, las consideraciones económicas que tenían en mente los beligerantes se referían menos al comercio que al pillaje y a la conquista de territorios de los que podían obtenerse riquezas que habrían de servir para mantener los ejércitos. Pero más allá de esto, se encontraba también una intensa actividad comercial y productiva vinculada a la madera de Macedonia y del Líbano para la construcción de flotas, a la riqueza triguera de Egipto o Sicilia para alimentar a la población o a la captura de esclavos. Causas que, desde luego, estaban en el fondo como motor de estas confrontaciones.

Falange y hoplitas

Como ya hemos dicho, la historia de la antigua Grecia está determinada sobre todo por la fragmentación política de la Hélade, lo que permite explicarnos tanto la naturaleza constante de algunos enfrentamientos armados como su magnitud.

La polis ideal de Platón debía contar con 5.000 ciudadanos. La Atenas de Pericles (s. V a. n. e.) tenía 40.000. Mileto, Tebas, y Corinto, contaba con 10.000 ciudadanos y Esparta con 8.000 en el momento de su apogeo, y sólo con 2.000 en el siglo IV. Estos datos nos permiten hacernos una idea de la escala de efectivos que se podían movilizar en caso de conflicto. En ese sentido el factor demográfico, el tipo de hombres aptos para la guerra según su condición social —por ejemplo los esclavos quedaban excluidos— y los recursos económicos condicionaban los contingentes de guerreros en disposición de combatir. De todo ello se puede deducir fácilmente que se trataría siempre de ejércitos reducidos.

Atenas no alineó a más de 9.000 hombres en la batalla de Maratón (490 a. n. e.); y al inicio de la guerra del Peloponeso (431 a. n. e.), la polis ateniense poseía un ejército activo de 13.000 hoplitas y 1.000 jinetes, al que se podía sumar una milicia territorial de número equivalente; en total, unos 27.400 hombres. La confederación beocia, restablecida después de

Queronea (338 a. n. e.) contó con, aproximadamente, los mismos medios. Y en el caso de Esparta, Estado militar por antonomasia, estas cifras aún resultan más significativas, ya que la polis espartana no sumó nunca más de 6.000 hoplitas movilizados.

Los hoplitas espartanos eran admirables como guerreros pero escasos en número; y de esta realidad eran conscientes las propias autoridades lacedemonias, que consideraban su ejército un instrumento tan sumamente precioso que la principal meta de su diplomacia consistía en evitar tener que utilizarlo. Las razones de este hecho hunden sus raíces en la realidad económica y social de esa polis. La casta de los Iguales, de la que surgían los hoplitas espartanos dependía para su existencia material de las propiedades rurales (*cleros*) cultivadas en su provecho por las clases sometidas. Un número excesivo de hijos acarreaba a la familia problemas económicos. Hesidodo (*Trabajos y días*, 375-380) recomendaba no tener nada más que un hijo, y se procuraba, por diversos procedimientos, un cierto control en el número de miembros de la unidad familiar. Eso se traducía en unos efectivos menguados que, sometidos a largos conflictos como fueron las Guerras del Peloponeso, se iban reduciendo sin cesar. En la batalla de Platea (479 a. n. e.) había cinco mil hoplitas espartanos, acompañados por cinco mil guerreros de la clase de los periecos. Un siglo después, en la batalla de Leuctra (371 a. n. e.), habrá ya tan sólo setecientos hoplitas de Esparta.

Cuando se producían alianzas o confederaciones que sumaban los ejércitos de diferentes polis, los contingentes movilizados eran lógicamente mayores pero nunca, ni en las Guerras Médicas, debieron superar los 45.000 hombres, siempre muy inferior al numeroso ejército persa que, lejos de las fantásticas cifras que barajaba Herodoto (VII, 61-99), llegó a sobrepasar, sin embargo, los 100.000 soldados.

En el siglo IV (a. n. e.) el guerrero mercenario se convirtió en el tipo de tropa más frecuente y los efectivos en conjunto fueron algo más numerosos. No obstante, podemos hacernos una idea de la media de fuerzas en los ejércitos griegos al evaluar el contingente de mercenarios protagonistas de la *Anabasis* de Jenofonte. Junto al ejército persa de Ciro el Joven, formado por 100.000 hombres, se encontraban allí 11.000 hoplitas y 2.000 peltastas griegos que luchaban por la paga.

La ruptura con el enanismo militar de las ciudades-Estado se produjo con la entrada en escena de Macedonia. La constitución guerrera de ese reino, cuya dimensión territorial no tenía ningún punto en común con la polis clásica, fue obra de Filipo II. En su origen, Macedonia tenía una extensión que no sobrepasaba los 100 x 100 kilómetros; pero Filipo supo anexionar numerosos territorios edificando así un Estado que, finalmente, alcanzaría una superficie superior a 600 x 150 kilómetros. Este reino pudo movilizar un importante y eficaz ejército que le permitió someter con facilidad a unas polis griegas desunidas y debilitadas por las Guerras del Peloponeso. Su hijo Alejandro el Magno continuaría su labor construyendo uno de los imperios más poderosos de la historia pero, a pesar de todo, conquistó Asia con menos de 50.000 hombres entre macedonios, súbditos y mercenarios.

Después de Alejandro los efectivos movilizados por los reinos en los que se fragmentó su Imperio aumentaron considerablemente. Unos 60.000 soldados representaban un mínimo para un ejército helenístico. Cuando Antígono y Demetrio marcharon contra Egipto en 306 (a. n. e.), llevaban cerca de 90.000 combatientes. En el enfrentamiento entre Antíoco III y Ptolomeo IV que tuvo lugar en Rafia en 217 (a. n. e.), el Lágida puso en línea de combate a 73 elefantes, 70.000 infantes y 5.000 caballeros. Sabemos que, al margen de unos 3.000 libios y 20.000 egipcios, el resto de los hombres habían sido reclutados en su mayor parte en Grecia el año anterior. Por su parte, Antíoco contaba con 62.000 infantes, 6.000 caballeros y 102 elefantes (Polibio, V, 79). Sus tropas eran de un origen étnico muy dispar y comprendían incluso un contingente de 10.000 árabes. Pero, al menos 5.000 mercenarios eran originarios de Grecia y 2.500 eran cretenses. Si añadimos a esto los escuderos, libres o esclavos, podemos evaluar en cerca de 100.000 el número de hombres que partieron de Grecia y que se distribuían en ambos bandos.

Los ejércitos griegos en época clásica estaban compuestos casi exclusivamente por ciudadanos y en las dos principales polis, Atenas y Esparta, la recluta y el entrenamiento de los jóvenes que debían convertirse en guerreros estaban perfectamente regulados. En Atenas esta institución era la *efebía* y en Esparta el *irenado*.

A los dieciséis años, el joven ciudadano ateniense debía seguir los cursos del gimnasio público (formación pre-militar). En la palestra, el joven

ateniense se ejercitaba con regularidad ya que la gimnasia era considerada la preparación normal para el soldado: lucha, carrera, salto y lanzamiento de disco desarrollaban la fuerza física y la elasticidad; en cuanto al lanzamiento de la jabalina, se trataba ya de un ejercicio puramente militar.

De los dieciocho a los veinte años el muchacho se convertía en efebo y durante dos años estaba ocupado por entero en su instrucción militar: por esta misma razón, se hallaba exento de cualquier deber político e incluso de comparecer ante la justicia; aunque era ciudadano desde el mismo momento de su ingreso en la efebía.

A comienzos del año ático, en Hecatombeon (julio), los aspirantes a efebos se inscribían como *demotas*, es decir, como miembros del *demo* (tribu) de su padre. La asamblea del demo comprobaba su edad y si eran hijos legítimos de condición libre. Cualquier impostura en este sentido podía acarrear la inmediata venta por el Estado del joven como esclavo. Tras una revisión sobre sus condiciones físicas, los efebos prestaban juramento, con la mano extendida sobre el altar de la diosa Aglauro, en el templo que se alzaba al norte de la Acrópolis.

Para dirigir a los efebos, el pueblo elegía a un *sofronista* por tribu, de una lista de tres nombres propuestos por los padres de los efebos. El *sofronista* recibía dinero para los efebos de su tribu (cuatro óbolos por cabeza y día) y compraba lo necesario para la alimentación de todos, pues comían por tribus. También se nombraba a un *cosmeta*, jefe de todo el cuerpo efébico que, a su vez, designaba a los instructores de los efebos (*pedotribas*) y a los maestros especiales que les enseñaban a luchar como hoplitas (*hoplomaquia*) a tirar con el arco y a lanzar la jabalina.

El año de instrucción se iniciaba dos meses después del comienzo del año civil. *Cosmeta* y *sofronistas* empezaban por llevar a sus efebos a visitar los santuarios del Ática que deberían defender y luego eran acuartelados en el Pireo. Tal vez, en ese momento, se establecía ya la división entre infantería y caballería, lo cierto es que el cosmeta debía preocuparse por convertir a los efebos en buenos jinetes y en buenos soldados.

De este modo transcurría el primer año de instrucción, al final del cual se celebraba en el teatro una asamblea del pueblo, donde se pasaba revista a los efebos en movimientos de orden cerrado y el Estado les daba un escudo redondo y una lanza. Tras esto los reclutas hacían marchas mili-

tares por el Ática y quedaban acuartelados en las fortalezas. Durante el segundo año los efebos realizaban labores de vigilancia como *peripoloi*, esto es, como milicia territorial.

La polis está dividida en 10 tribus, cada una de ellas de 10 *taxis*. El *taxi* proporciona una compañía de 100 hombres al ejército en campaña y todo el contingente de la «tribu» está bajo las órdenes de un estratego. Todo ateniense tenía que servir a su patria de los dieciocho a los sesenta años. De los veinte a los cincuenta años formaba parte del ejército activo como «hoplita del catálogo» (lista de reclutamiento) o como jinete. De los cincuenta a los sesenta años pasaba a ser veterano (*presbytatoi*). Estos veteranos, con los efebos y los *metecos* (extranjeros) de cualquier edad, integraban una especie de ejército territorial encargado de defender las fronteras y las plazas fuertes del Ática.

En Esparta, la formación militar aún era mucho más rigurosa, lo que convertía a esta polis en una auténtica potencia terrestre. Todo el sistema educativo desde la infancia estaba totalmente orientado a la preparación para la guerra. A los siete años el niño era entregado por sus padres para que fuera adiestrado en la obediencia, la resistencia al sufrimiento, las privaciones y las fatigas. Esta educación obligaba también a desarrollar la astucia ya que contemplaba lo que hoy denominaríamos «cursos de supervivencia», lo que obligaba al muchacho a vivir sobre el terreno ejercitando incluso el robo.

Extraños ritos, que se remontaban a la más remota antigüedad, buscaban también curtir al futuro ciudadano. Al pasar de la infancia a la adolescencia, el muchacho sufría un año de retiro cerca del santuario de Ortia. Durísimos combates —en los que estaban permitidos todos los golpes— se organizaban en Platanistas (islote del Eurotas) entre dos grupos de la misma edad. Ante el altar de Artemis, un grupo intentaba coger unos quesos, protegidos por otro grupo armado de garrotes. El remate de estas iniciaciones eran las Gimnopedias, durante las cuales los muchachos soportaban una agotadora estancia de pie, desnudos a pleno sol, entre los coros de danza.

De los dieciséis a los veinte años, el adolescente se convertía en *irene* de primer, de segundo, tercer o cuarto año, dos más que la efebía atenien-

se. A los veinte años todo espartano se incorporaba al ejército activo. La unidad de encuadramiento también la constituía la tribu (*mora*), que proporcionaba 400 hombres, agrupados en 4 *lóchoi* de 100 guerreros. Pero la formación militar del espartano no concluía con el *irenado* ya que se era guerrero hasta los sesenta años.

De los veinte a los treinta, estos soldados, aunque estuvieran casados, seguían viviendo con sus «camaradas de tienda», y seguían comiendo todos juntos (*sissitías*). Todavía no se les permitía el acceso al Ágora, ni podían ejercer sus derechos políticos. Para ellos la vida familiar no podía empezar hasta después de los treinta años, pero alterada además por la costumbre de esas comidas en grupo. A los sesenta años el espartano quedaba al fin liberado del servicio militar y podía formar parte del Senado (*Gerousia*), pero seguía pasando mucho tiempo en los gimnasios vigilando los ejercicios de los niños y las luchas de los *irenes*. A lo largo de toda su vida al espartano le estaba vedado el trabajo ya que se le consideraba entregado en cuerpo y alma a la actividad militar o política.

La dirección de la guerra, en aquellos casos en que la polis era una monarquía, estaba a cargo del monarca, al que se consideraba fundamentalmente un guerrero. En Esparta, que era una monarquía dual, la comandancia del ejército recaía en uno de los reyes. Filipo II de Macedonia o su hijo Alejandro fueron fundamentalmente guerreros, así como los sucesores de Alejandro en los reinos helenísticos que surgieron de la desmembración del Imperio. Buena prueba de la naturaleza guerrera de estas monarquías es que de catorce reyes de la dinastía de los seléucidas, diez murieron en campaña.

En las polis republicanas como Atenas se elegía al comandante en jefe entre los nueve *arcontes* del Estado. Era el *arconte polemarco* quien estaba encargado del mando del ejército. La singularidad del hecho radica en que al ser todas las funciones, militares y civiles, electivas y temporales, cualquiera, teóricamente, podía comandar las tropas. La realidad era otra ya que la elección siempre recaía sobre figuras de prestigio pertenecientes a la oligarquía económica, —Pericles lo fue quince veces— aunque esto no garantizaba ni conocimientos militares ni experiencia guerrera. No obstante, el jefe, investido de la confianza ciudadana, debía justificarla y no se le permitía ser vencido. La salvación de la polis era ley suprema y el rigor

establecía mantener a cada uno en los límites estrictos de sus atribuciones y obtener un pleno rendimiento. Milcíades, vencedor en Maratón en el año 490 (a. n. e.), fracasó al año siguiente en una expedición de castigo que él mismo había aconsejado; por su derrota se le condenó a una multa considerable y se le encerró en prisión.

En Atenas la escala siguiente en el mando también era electiva. El cuerpo de los hoplitas atenienses estaba dividido en diez unidades que incluían a la infantería de las diez tribus, mandadas a su vez por los diez estrategos, oficiales electos, cuyos mantos estaban bordados con anchas franjas púrpura. Estos diez estrategos formaban el Estado Mayor del polemarco y cada taxiarca designaba a los jefes de sección (*locagós*). Sólo a partir de 487 (a. n. e.) los estrategos asumieron el mando del ejército, desplazando de sus funciones al arconte polemarco.

El prestigio social del soldado de infantería nunca ha sido tan alto como en el mundo griego antiguo. Servir en la falange como hoplita era un honor y la posición más ambicionada era hacerlo en la primera fila. El servicio de las armas era un privilegio, más que un deber, de todo ciudadano libre. Sólo la oligarquía y la clase media podían combatir como hoplitas ya que la recluta se hacía en función de la riqueza y el soldado debía correr con los gastos del equipamiento. Según la reforma de Solón en 594 (a. n. e.) se había dividido a la ciudadanía en cuatro clases. La primera era la de los *pentacosiomedinmos* que podían pagar 500 *medinmos* de grano como contribución (1 *medimno* = 50 litros); la segunda la formaban los *hippeis* o caballeros (de 300 a 500 *medimnos*), estos componían el escaso y escogido cuerpo de caballería, aunque también podían integrarse como hoplitas. La tercera eran los llamados *zeugitas*, labradores prósperos que, al menos, debían poseer una yunta de bueyes; estos formaban el grueso de la falange hoplita, al poder pagar 200 *medimnos*. Por último, estaban los más numerosos llamados *thétes*: jornaleros; clase sin bienes raíces y campesinos de escasos recursos. Contribuían al esfuerzo de guerra como remeros en las trirremes o como tropas de apoyo en la infantería ligera.

Así pues, el número de guerreros ciudadanos que formaban las falanges de hoplitas debía ser más bien reducido, no llegando a una tercera parte de los ciudadanos y a una proporción mucho menor del conjunto de la población. Se ha calculado que el costo de la armadura hoplítica ascen-

día a 30 dracmas (Detienne, 1999); equivaliendo el dracma antiguo a una tasa normal de 4,250 gramos de plata, podemos pensar que muchos campesinos que se librasen de aquella carga darían gracias a su buena suerte. En este sentido sigue siendo exacto decir que, en Atenas, el ejército era una institución de las clases altas y no popular.

En cambio la escuadra era diferente por completo. El mando de las naves se repartía entre los ciudadanos más ricos que con su fortuna hacían frente a una parte considerable del mantenimiento de los buques, pero la tripulación estaba formada por marineros a sueldo. Parece ser que con este fin se contrataba cada año a unos 12.000 hombres por ocho meses; así los pobres de la ciudad tuvieron siempre en la flota un medio muy importante de ganarse la vida ya que el salario era de un dracma al día más gastos de sustento. «Es el demos —escribía en el siglo V (a. n. e.) un panfletista oligarca— quien conduce las naves y presta al Estado su fuerza» (Finley, 1980: 75). Aquí la palabra «demos» no debemos entenderla como pueblo sino como el populacho.

La intendencia y la logística en estos ejércitos eran elementales. La actividad guerrera solía desarrollarse en verano, tras la cosecha y, aunque el ejército vivía sobre el terreno, era prudente que el soldado llevara algunos víveres para subsistir hasta llegar a territorio enemigo. Por eso, cada ciudadano ateniense movilizado debía poner en su zurrón algo para alimentarse al menos durante tres días: sobre todo pan, queso, aceitunas, cebolla y ajo. Esta es la razón por la cual Aristófanes habla de «ese macuto que huele a cebolla» (*La paz*, 528-529).

A partir del siglo IV (a. n. e.) en Atenas, el equipamiento del soldado empezó a plantear problemas cuando los efebos comenzaron a recibir del Estado un armamento completo, lo que suponía un enorme gasto. Posiblemente, en Esparta las armas fueron siempre atribución estatal, lo que nos indica que la guerra no les salía barata a las polis y debían resarcirse de su coste con triunfos que aportaran botín o ventajas económicas.

El guerrero por excelencia era el hoplita, nombre derivado del *hoplon*, un gran escudo redondo. Constituía la infantería pesada de Esparta o de Atenas, que mantendrá su supremacía en los campos de batalla durante todo el siglo V (a. n. e.) e incluso durante más tiempo. El primer ejército

verdaderamente hoplita fue la fuerza argiva en la batalla de Hysiae (699 a. n. e.). Al cabo de veinte años ese modo de combatir se había generalizado en todas las polis.

La «panoplia» del hoplita estaba formada por armas defensivas y ofensivas y se calcula que podía llegar a pesar 23 kilos o más, por eso el guerrero era acompañado por uno o varios esclavos que portaban la impedimenta hasta el campo de batalla. El armamento defensivo consistía en el casco (*kórus*), generalmente de bronce, basado en el modelo corintio, aunque adornado con una cimera. Este casco estaba formado por una semiesfera metálica que adoptaba la misma curva de la cabeza y descansaba sobre un gorro de fieltro, contaba con protectores de mejillas articulados y, a veces, también con nasal y guardanuca.

La coraza (*thoórax*) era de bronce, la componían dos piezas —peto y espaldar— unidas por los costados con dos grapas o ganchos; terminaba un poco más abajo de la cintura, dejando los muslos al descubierto. Con frecuencia el peto estaba adornado con dibujos o con líneas que subrayaban los músculos del tórax. Las piernas iban cubiertas, desde la rodilla al tobillo, por las grebas (*kneemídes*), unas canilleras de bronce que se ajustaban por presión. Su finalidad era evitar que en el choque con el enemigo el propio escudo hiriera las espinillas. Su uso fue desapareciendo a lo largo del siglo V.

El escudo (*aspís*) solía ser redondo y de unos 90 cm. de diámetro aproximadamente. Estaba hecho de varias capas de cuero cosidas unas con otras, sujetas por una montura de madera y rematado en la cara externa con placas de metal. La cara exterior, siempre convexa, llevaba en el centro un saliente (*ómfalos*) sobre el que solía campar una divisa, generalmente la letra inicial del nombre del Estado a que pertenecía el infante o el adorno de una cabeza de la Gorgona, que tenían un valor apotropaico de protección mágica. En la cara interna dos empuñaduras permitían que el hoplita metiese la mano y el brazo izquierdo para sujetarlo.

Las armas ofensivas del guerrero hoplita consistían en lanza (*dóru*) y espada (*xifos*). La lanza era un arma de choque confeccionada con una larga vara de madera de fresno, de unos dos metros más o menos, con punta de hierro o bronce, a veces plana en forma de hoja, otras veces

maciza, en forma de pirámide muy alargada. El asta estaba cubierta de bandas de cuero por las que se sujetaba; en la parte inferior tenía un contrapeso metálico que, en algunos casos, también era puntiagudo, de tal modo que el arma se podía utilizar entonces por los dos extremos. La espada, con guarda trasversal, tenía una hoja rectilínea con doble filo y lo mismo servía para dar tajos que para pinchar; podía tener una longitud total, puño incluido, de 60 cm.

El lugar ocupado por las tropas ligeras en los ejércitos era ínfimo y sólo a partir de 450 (a. n. e.) se produjo una evolución con la aparición del peltasta tracio, equipado con una jabalina, un pequeño escudo de mimbre (*pelta*) en forma de creciente y desprovisto de armadura. El estratego ateniense Ifícrates, en el siglo IV, debe su fama a las mejoras que introdujo en el equipamiento de los peltastas. La jabalina de guerra (*akontion*), una especie de lanza de reducidas dimensiones, estaba provista de un propulsor que potenciaba la fuerza con la que se arrojaba. El dardo podía ser lanzado con mortal puntería a veinte o treinta metros, siendo también útil para clavarlo en formaciones cerradas. El pelta o escudo se podía atar con correas al antebrazo, liberando la mano izquierda para ayudar a sujetar los venablos. Ificrates puso especial atención en la disciplina, la instrucción y las maniobras, dando a sus tropas un enfoque más agresivo en las situaciones tácticas.

Inicialmente los griegos desdeñaban el arma arrojadiza ya que consideraban que el valor no podía desplegarse más que en el combate cuerpo a cuerpo con la espada y lanza, pero cuando comenzaron a comprobar la eficacia de la infantería ligera incorporaron arqueros y honderos. En Maratón el ejército ateniense no contaba ni con arqueros ni con jinetes, no así el ejército de Jerjes, en el que eran numerosos; su eficacia obligó a Atenas a formar cuerpos de tropas similares. En Salamina y en Platea lucharon arqueros atenienses; y en la época de la guerra del Peloponeso, ya alcanzaban a ser un efectivo de 1.600 hombres. Estos arqueros, que se reclutaron entre los ciudadanos más pobres, manejaban el arco compuesto (*toxon*).

La honda (*sfendonê*) estaba confeccionada por dos cordoncillos de lana o de crin a los que se sujetaba un bolsillo de cuero donde se colocaba una piedra o una pelota de arcilla, de plomo o de bronce en forma de huso; el tirador imprimía al conjunto un rápido movimiento giratorio y luego lanza-

ba con brusquedad el extremo de uno de los cordones. La piedra o pelota lanzada por la fuerza centrífuga llegaba incluso hasta una distancia de casi doscientos metros. Algunas naciones solían descollar en el manejo de estas armas. Los cretenses y los rodios eran renombrados arqueros y honderos.

Excepto en Tesalia y en Beocia —únicos países de Grecia que contaban con extensas llanuras— la caballería nunca fue un arma muy importante hasta los tiempos macedónicos. Hacia el final del siglo VI (a. n. e.), Atenas ni siquiera disponía de 100 combatientes montados; fue después de Maratón cuando se creó un cuerpo de jinetes, que primero tuvo 300, luego 600 y finalmente 1.000 caballos. Este cuerpo se reclutaba entre las dos clases del censo más acomodadas. El Estado no aportaba el caballo y la cría de equinos era un privilegio de los atenienses ricos. El *hiparco*, jefe supremo de la caballería ateniense, elegido por el pueblo durante un año, era el que reclutaba a los jinetes en la efebía. El hiparco tenía bajo sus órdenes a los diez *filarcas* que mandaban el escuadrón de una tribu, es decir, a unos cien hombres aproximadamente. El jinete ateniense iba armado con dos venablos y una espada, por lo general curvada como un sable (*copís*). Montaba a pelo, sin silla ni estribos, y el caballo estaba tan sólo enjaezado, sin protección.

Pueblos como los beocios y los tesalios disponían de fuerzas a caballo más numerosas. En la confederación beocia, reconstituida después de Queronea (338 a. n. e.), cada distrito debía proporcionar 100 jinetes por cada 1.000 hoplitas. Tesalia poseía entre 5.000 y 6.000; en cambio Esparta, que confiaba plenamente en sus hoplitas, sólo contó con una caballería muy exigua. Pero quienes introdujeron la caballería como arma diferenciada fueron los macedonios. Antes de la reforma de Filipo, el único y verdadero potencial de Macedonia era su caballería noble, que siguió siendo un componente esencial del nuevo ejército como fuerza pesada —los *hetairos*—, flanqueada por una caballería ligera quizá no macedonia.

El ejército ateniense incluía también toda clase de servicios auxiliares, como el de los correos, llamados *hemerodromos*, porque para cumplir sus misiones de contacto o llevar noticias a Atenas debían ser capaces de correr durante todo un día antes de entregar el mensaje a otro corredor. También había médicos militares para cuidar a los heridos y adivinos, cuya función era muy valorada.

Como en los antiguos ejércitos egipcios, sirios y persas, la infantería pesada era la única en la batalla capaz de producir el choque o de resistirlo, gracias a un dispositivo macizo y profundo. Las tropas ligeras desprovistas de protección individual cubrían los flancos y secundaban el encontronazo. Por consiguiente, la táctica era de lo más elemental.

La falange griega estaba organizada y articulada tomando la fila como referencia. El *lochos* (sección de 24 hombres) permitía combinaciones que aseguraban una anchura de 24, 16 u 8 hombres. Las distintas unidades maniobraban con total flexibilidad para pasar de la formación de marcha en columna a la formación de combate en línea: un movimiento de conversión ponía al instante a todas las secciones a la altura de la sección de cabeza, que se había detenido; si en ese momento apareciera por detrás una tropa enemiga, cada fila llevaría a cabo una contramarcha para que los mejores soldados estuvieran siempre frente al enemigo en primera línea. Pero incluso los espartanos, famosos por su forma de realizar las maniobras, preferían evitar esos movimientos. Se ponían en formación antes de atacar al enemigo y la conservaban mientras duraba la acción, salvo en casos de absoluta necesidad, ya que cualquier cambio de posición en contacto con el adversario era peligroso.

La falange se presentaba, pues, como un rectángulo con algunos centenares de metros de frente y una profundidad, por lo general, de 6 a 8 metros; no era un ariete, sino un muro que caminaba o esperaba. La mayoría de las batallas campales de la época clásica se resolvían en choques brutales de falanges que se atacaban de frente a paso de carrera, cantando el *peán* (himno guerrero) bajo el sonido de las flautas, como hicieron los atenienses en Maratón. Esta carga a la carrera tenía como finalidad reducir el tiempo durante el que podían causar bajas las armas arrojadizas lanzadas por las tropas ligeras del enemigo, y también para que el choque de las lanzas fuera más violento e irresistible.

En el interior de esta masa, cada hoplita tenía el espacio justo que le permitía, mediante dos gestos elementales, cubrirse a la derecha al mismo tiempo que procuraba proteger el flanco descubierto. Este gesto repetido por cada uno de los guerreros producía un fenómeno constante: la falange tendía inevitablemente a un movimiento oblicuo hacia la derecha. La causa era que el soldado que ocupaba la posición más extrema en la dere-

cha de la línea iniciaba la desviación, en un esfuerzo inconsciente por esconder el lado en que no llevaba escudo, con lo cual arrastraba tras de sí a sus compañeros. Esa posición de escoramiento oblicuo no se debía, como algunos sostienen, a que ése fuera el lado noble de la espada sino simplemente al temor de todos los guerreros que ocupaban esa posición, tal y como ya apreciara certeramente Tucídides (V, 71).

Con esa disposición, lo que solía suceder era que el flanco izquierdo de cada masa quedaba destrozado por la derecha adversaria. Entonces las alas derechas triunfantes, en movimiento giratorio, se enfrentaban una a otra, y su encuentro decidía la suerte de la batalla, en la que, por lo común, no se pretendía aniquilar a los adversarios derrotados. Lo único que se procuraba era obligarlos a admitir su derrota mediante el recurso, por ejemplo, de pedir licencia para enterrar a sus muertos.

El gran desarrollo de la táctica acontecido en el siglo IV (a. n. e.) está asociado al nombre del general tebano Epaminondas. El tebano, en vez de emplear una línea de profundidad uniforme y de hacerla cargar simultáneamente como era la costumbre, decidió engrosar su izquierda, configurando un bloque con más filas de profundidad. Ese bloque compacto estaba destinado a atajar y luego aplastar el ala derecha enemiga como si de un mazo se tratara. A la vez, el centro y la derecha propia se limitaban simplemente a detener el choque del adversario, manteniéndolo comprometido en la lucha. La infantería ligera y la caballería seguían sin ser tenidas prácticamente en cuenta.

Esta fue la táctica que tan buen resultado dio en la batalla de Leuctra el año 371 (a. n. e.) frente a los temidos espartanos. Epaminondas adoptó el dispositivo siguiente: en su izquierda formó un bloque con 48 filas de 50 hombres de profundidad, mientras que el centro y la derecha sólo tenían 12 filas. Además, el ala izquierda estaba reforzada por la caballería y por el famoso Batallón Sagrado de 300 jóvenes especialmente entrenados y mandados por Pelópidas. El dispositivo en el centro y en la derecha formaba como un «escalón escaqueado» a modo de casillas en el ajedrez; su misión era fijar al enemigo que estaba en frente y retardar el enfrentamiento girando ligeramente hacia atrás, de donde resultará un frente oblicuo. La batalla se inició con un breve choque de la caballería, que fue favorable a los más hábiles jinetes tebanos. Luego, el ala izquierda cargó sobre la derecha

espartana, llevándola sobre su propio centro en virtud de su superioridad numérica. Los espartanos se vieron desconcertados por este choque masivo que no era lo habitual y, a pesar de que su ejército era superior en número, fueron derrotados.

Las dos principales innovaciones que introdujeron los macedonios fueron algunas modificaciones en la falange tradicional y el importante uso de la caballería, esta última reclutada en la propia Macedonia y también en Tesalia. La caballería había sido la endémica debilidad de los ejércitos griegos y Filipo la convirtió en la fuerza medular de su nuevo ejército nacional. Organizó a sus nobles en una guardia personal que denominó los hetairos, con ocho escuadrones o *ilai*, cada uno con 200 o 300 jinetes a las órdenes de un oficial. Estaban armados con coraza y una lanza arrojadiza corta (*xyston*). Esta caballería se convirtió en el martillo de la táctica bélica macedonia utilizándola sobre todo para los ataques de flanco.

También se creó un cuerpo de elite en la infantería: los *hipaspistas*, soldados de a pie, probablemente armados de la misma forma que los hoplitas, pero distinguidos como una elite profesional. Estaban divididos en tres batallones, cada uno de 1.000 hombres. Filipo también mejoró la falange proveyéndola de una lanza más larga y extendiendo su profundidad de ocho a dieciséis filas. Según Polibio (XVIII, 29) la *sarisa* o lanza macedonia tenía 6'50 metros de longitud, un tercio como mínimo más que la tradicional. Esta pesada arma debía manejarse con ambas manos pero presentaba la ventaja de que cuando se la enristraba para el ataque, sobresalía al frente desde la quinta fila en adelante y presentaba una auténtica muralla de púas contra el enemigo, mientras que las filas restantes imprimían a sus sarisas una inclinación de 45 grados con el fin de desviar los proyectiles lanzados sobre sus cabezas.

En terreno llano, esta fortaleza humana móvil era invencible, pero la formación presentaba un lado endeble que el propio Filipo fue el primero en percibir. Sus flancos y retaguardia se hallaban expuestos al ataque, y tal cuerpo compacto solamente podía maniobrar con presteza en la llanura. Como remedio a ambos defectos Filipo formó una infantería ligera de apoyo formada por tropas disciplinadas y de confianza, en contraste con las habituales irregulares. Estas unidades protegían las alas de la falange, procurándole movilidad y defensa en los flancos. Constituidas principal-

mente por peltastas, estas formaciones incluían: arqueros, saeteros, honderos y lanzadores de jabalina. El ejército que recibió Alejandro como herencia era un ejército en el sentido moderno de la palabra, incluyendo un Estado Mayor y cuerpos de ingenieros e intendencia, además de las tres armas concurrentes de infantería, caballería y primitiva artillería.

También en la estrategia la actividad militar parece haber madurado en este período. Durante las Guerras Médicas fue el ejército persa quien obtuvo un éxito notable en este campo al coordinar una acción en la que decenas de miles de hombres fueron capaces de recorrer más de 1000 km en Asia Menor, franqueando el Helesponto en siete días, y atravesando Tracia, Macedonia y Grecia. Toda esta operación supuso, sin duda, una preparación previa, unos objetivos precisos y una coordinación entre diferentes unidades de mando.

Así mismo, Pericles, durante las guerras del Peloponeso, destacó como estratega al evitar la batalla frontal y realizar incursiones devastadoras, contando sobre todo con los factores políticos y económicos para desgastar al enemigo. En el bando contrario el general espartano Brásidas, en 424 (a. n. e.), no atacó directamente a Atenas sino que le arrebató primero sus colonias y le privó de las fuentes de avituallamiento en Calcídica.

Epaminondas, en 370 (a. n. e.), invadió el Peloponeso con tres columnas convergentes. Este dispositivo es casi único en la guerra antigua ya que el ejército, por numeroso que fuera, marchaba siempre unido. Luego de esta maniobra Epaminondas juntó sus columnas a 30 km de Esparta, evitando la ciudad; después avanzó por detrás y, en lugar de atacar, creó con la mitad del territorio de Esparta el nuevo Estado de Mesenia. La maniobra debilitó al enemigo al oponerle en su propio territorio un nuevo adversario, combinando así la acción militar con la política.

Con los griegos asistimos, pues, al nacimiento de una estrategia cada vez más elaborada, que no buscaba siempre la batalla inmediata, sino que era capaz de recurrir a la amenaza de las comunicaciones y de las bases de aprovisionamiento, o la ruptura política y moral del adversario para debilitarlo. En ese sentido, podemos decir que con los griegos la guerra dejo de ser un fenómeno exclusivamente brutal para obedecer a las leyes de la inteligencia.

La batalla: Salamina

Salamina y Gaugamela tienen una enorme importancia histórica por su trascendencia y sirven, en el caso de la primera, para ejemplificar la forma del combate naval en la antigüedad, en tanto que Gaugamela permite exponer la conducción de una batalla por parte de uno de los grandes mitos de la estrategia militar, como es Alejandro Magno.

Salamina fue una batalla naval de profundas consecuencias, en la que se enfrentaron los trirremes griegos con la flota persa y sus aliados. La guerra en el mar durante siglos estuvo protagonizada por un tipo de nave: el trirreme. Antiguamente los barcos de guerra que construían los griegos eran los pentecónteras, maniobrados por cincuenta remeros colocados en sendas hileras a ambos lados del buque. Sin embargo, en el siglo V (a. n. e.) y hasta la época romana, el navío de guerra normal fue el trirreme, barco de tres hileras de remos. La invención del trirreme, atribuida tradicionalmente a los corintios, tiene una importancia fundamental, no porque se aplicase a la técnica constructiva innovaciones revolucionarias, ni porque tuvieran lugar cambios significativos en el modo de combatir las flotas en el Mediterráneo, sino porque se desarrolló un modelo de buque que, con sucesivas modificaciones y nombre, será el prototipo de navío de guerra en estas aguas hasta el siglo XVI.

Nada podemos decir con total precisión sobre las características del trirreme puesto que lo que ha llegado hasta nosotros son descripciones literarias y restos arqueológicos poco significativos, no obstante se pueden calcular las dimensiones del casco por los diques de Zea, lo que nos permite decir que mediría en torno a unos cincuenta metros de largo por algo menos de siete de ancho. La relación entre la longitud y la anchura era inferior a un séptimo, mientras que en los barcos de comercio, llamados «navíos redondos», excedía de un cuarto. En ese sentido, el trirreme podía ser clasificado como un «navío largo», lo que hacía que el buque pudiera ser considerado rápido. Se calcula que podía alcanzar los 10 nudos a plena boga. El calado de estos barcos era reducido, posiblemente menos de un metro, para facilitar la varada y puesta en seco del casco. Por tanto, largura y calado convertían a esta nave en muy maniobrable y bastante veloz.

Su solidez era un factor fundamental, si se piensa que el combate era, como luego explicaremos, a golpe de espolón, por lo que se debía evitar

que el casco se quebrara al impactar contra el enemigo. La quilla y la cuaderna, o lados, constituían el esqueleto del casco que, en la parte posterior, se curvaba hacia arriba, hasta la altura del puente; mientras que en la parte delantera, presentaba una traba destinada a sostener el espolón.

La madera utilizada procedía generalmente de Macedonia, ya que en el Ática no había bosques de calidad, y todo el buque estaba construido con madera de abeto, excepto la quilla, hecha con fresno o roble, para que resistiera la sirga en tierra, que se solía practicar en la marina antigua. Las juntas se calafateaban con estopa y cera y a todo el casco se le daba una capa de pez, sobre la que se pintaban emblemas. En la parte anterior se solían representar un par de ojos muy grandes, como pertenecientes a una cabeza de jabalí y con valor apotropaico, como los episemas del escudo del hoplita. La popa, con su voluta ascendente en forma de cuello de cisne, formaba el *áflaston*, que, con el espolón, constituía el trofeo naval cuando se capturaba un trirreme enemigo.

Por lo general, el trirreme tenía un solo mástil, con una verga y una vela cuadrada. Cuando no se utilizaba el mástil se colocaba horizontalmente en la cubierta y descansaba sobre unos soportes. En realidad sólo se navegaba a vela cuando la nave estaba lejos del enemigo ya que cuando se quería avanzar con rapidez se utilizaban los remos. El timón estaba formado por dos grandes remos sujetos exteriormente a un lado y otro en la popa, aunque también se podía virar en redondo haciendo bogar sólo a los remeros de babor o estribor.

Uno de los aspectos menos conocidos y más controvertidos entre los historiadores navales es la colocación y uso de los remos en este tipo de naves. Uno de los máximos entendidos (Morrison, 1995) afirma que el trirreme disponía de tres hileras superpuestas de remos por banda, con los bancos colocados de forma escalonada. Lo que sí sabemos por los testimonios literarios es que existían tres tipos de remeros y que eran denominados de modo distinto. Así, según Morrison, los remeros que irían sentados en la posición inferior serían los talamitas (de *thálamos*, cala). Ligeramente por encima de ellos y desplazados estarían los zeugitas (de *zeugon*, bao). Los que ocuparían la posición más alta serían los llamados tranitas (de *tranos*, taburete), situados también en el punto más alejado del eje de la nave. Los talamitas y zeugitas estarían en el interior del casco, mien-

tras que los tranitas se sentarían en el saledizo de la cubierta superior. La trirreme ateniense tenía 170 remeros, 72 de los cuales eran tranitas (31 a cada lado), 54 zeugitas, y otros tantos talamitas.

Esta disposición, con remos individuales, permitiría que éstos no fueran excesivamente largos y evitaría que los remeros se estorbasen entre ellos, del mismo modo que hacía posible retraerlos hacia el interior del casco en caso de abordaje. Como es natural no todos los remos podían tener la misma longitud ya que su tamaño dependería de la altura de cada hilera respecto al nivel del mar: los de los tranitas, que realizaban el mayor esfuerzo, serían de más de 3 metros, mientras que los de los talamitas y zeugitas tendrían 1,60 metros aproximadamente.

En cada trirreme a los ciento setenta remeros se les añadían otras treinta personas que componían el resto de la tripulación: una decena de gavieros (*perioneos*) encargados de las maniobras de los aparejos y sobre todo de las velas, así como del mantenimiento de los achicadores para vaciar el agua que se filtraba en la bodega. También formarían una decena de soldados de marina (*epibatas*) equipados como hoplitas, que estaban colocados en la parte delantera y, en caso de abordaje, debían rechazar al asaltante o saltar al puente del adversario. Al mando estaría el trierarca y su estado mayor: el piloto, el contramaestre (*keleustes*), que transmitía las órdenes y marcaba la cadencia a los remeros con ayuda de un tañedor de oboe (*trieraulos*); el oficial de proa colocado sobre el castillo (*proreus*), el pañolero encargado de la intendencia y algunos prebostes, que vigilaban a los remeros.

La capacidad de carga en estas naves era prácticamente nula: de hecho, apenas cabían provisiones para un par de días. De este modo, la navegación debía ser forzosamente de cabotaje, ya que era imperativo desembarcar en la costa y obtener provisiones. Lo normal sería buscar una playa segura, varar las naves y encaminarse hacia el pueblo más cercano para hacerse con los víveres.

La construcción y mantenimiento de las fuerzas navales en la Atenas clásica, con el objetivo de mantener la supremacía naval y de ese modo obtener el control de la navegación en el mar Egeo, implicó la creación de un enorme mecanismo financiero y logístico. Gran parte de la vida econó-

mica y social de la polis estaba centrada en la escuadra que, en su momento de apogeo, llegó a totalizar unas 400 naves fondeadas en los abrigos de la ancha rada del Pireo y en las dos menores de Zea y Nauniquia. La base de la flota espartana, que era mucho menor, se encontraba en Gitión.

Al principio, la táctica naval consistía sencillamente en el abordaje, para librar sobre la cubierta un cuerpo a cuerpo. Sólo a partir del siglo V (a. n. e.) comenzó a emplearse el mismo buque como arma de ataque. Este cambio es significativo ya que el factor clave dejó de ser el adiestramiento de los infantes de marina para pasar a ser la habilidad en maniobrar y la velocidad para embestir las naves enemigas. Fue entonces cuando se desarrollaron dos tipos principales de maniobra: el *diékplous* y el *períplous*. Consistía el primero en cruzar la línea de barcos enemigos, y luego virar rápidamente y atacarlos por la popa; y el segundo, en girar en torno a los buques adversarios hasta encontrar la oportunidad de abrir una brecha en su flanco por medio del espolón. Así, ésta será el arma por excelencia de las trirremes y la correspondiente defensa consistiría en disponer los barcos en círculo con las proas hacia fuera para minimizar el efecto de posibles embestidas.

Tras la derrota sufrida en Maratón (490 a. n. e.) los persas no volvieron a intentar el sometimiento de la Grecia peninsular hasta diez años después. Fue Jerjes, hijo de Darío I, quien, retomando un proyecto de su padre, preparó durante cuatro años la aplazada invasión. La operación fue el mayor despliegue logístico del que tenemos noticia hasta ese momento. Se abrió un canal en la península de Salónica para que pasaran las naves persas, se acumularon provisiones a lo largo de la ruta por Tracia para un ejército que superaba los cien mil hombres y se construyeron dos puentes con barcazas en Sardes para cruzara el estrecho de los Dardanelos.

Durante ese tiempo, los griegos tampoco permanecieron inactivos. En Atenas la facción política de los grandes comerciantes, encabezada por Temístocles, temerosa de un nuevo intento de invasión por parte del Imperio persa, desarrolló una amplia campaña política para dotar a la polis ateniense de una poderosa flota, como único instrumento capaz de conjurar ese peligro. Sus propuestas se vieron favorecidas por el hallazgo en 483 de un rico yacimiento de plata en Laurión, al sur de Atenas. Temístocles convenció a la Asamblea de que los beneficios obtenidos se gastaran en

construir la armada que él y sus partidarios proponían. Con las ganancias de las minas se armaron en Atenas doscientos trirremes.

En el invierno del año 481, Jerjes inició su campaña contra Grecia cruzando el Helesponto por los puentes construidos con pontones. Las 31 polis griegas confederadas, presididas por la poderosa Esparta, decidieron enviar su flota a Artemision, en la costa noroccidental de la isla de Eubea, y al ejército, mandado por Leónidas, rey de Esparta, al paso de las Termópilas. Pero los persas derrotaron a los griegos, muriendo en el famoso desfiladero, de forma heroica, Leónidas y sus hoplitas.

En agosto de 480 (a. n. e.), la situación era desesperada para los griegos, sobre todo para los atenienses, que tenían al ejército persa a las puertas de su ciudad. Sin embargo, en lugar de pensar en rendirse, evacuaron Atenas trasladando a sus habitantes a las islas de Egina, Salamina y Trecena, mientras que el ejército griego se retiraba tras el muro de 6 kilómetros de largo que cruzaba el istmo de Corinto, protegiendo la entrada al Peloponeso. Los espartanos, con Euribíades a la cabeza, creían que era preferible presentar batalla en Corinto para tener espacio para replegarse en caso de derrota; sin embargo, Temístocles apostaba por hacer frente a la flota persa en Salamina. Mientras se decidía algo tan crucial como la estrategia a seguir, batalla terrestre o batalla naval, Atenas era destruida y saqueada por el enemigo, y la flota persa echaba anclas junto al puerto ateniense de Falero.

Conocemos cómo fue el encuentro decisivo de Salamina gracias a las referencias que aparecen en la tragedia de Esquilo *Los persas*. Se cree que el dramaturgo participó personalmente en el combate, aunque no hay certeza al respecto; no obstante, la principal fuente de información sobre la batalla es Herodoto (VIII, 76-96). El historiador nos narra cómo Temístocles envió un esclavo al campamento de Jerjes para engañarle. El mensaje que llevaba hacía referencia al desacuerdo existente entre los griegos y a la verosímil deserción que se produciría entre los atenienses iniciada la lucha. Jerjes cayó en la trampa. Conocedor de antemano de las disensiones existentes entre sus adversarios y complacido porque las noticias que le traían se ajustaban a sus planes, el persa creyó al espía. Ansioso por contemplar la victoria, el emperador aqueménida mandó colocar un trono en lo alto de un monte situado al norte del Pireo desde donde se divisaba el escenario de la batalla que se iba a producir.

La isla de Salamina se encuentra al sur de la bahía de Eleusis, a la que se llega por el este y el oeste pasando por dos estrechos canales, uno de ellos entre Salamina y Megara, y el otro entre el promontorio de Cinosura y el Pireo. Este último se encuentra partido en dos por la isla de Psitalea, formando dos canales: el oriental, de unos ochocientos metros de anchura, y el occidental, de poco más de un kilómetro y medio.

La flota aliada griega se había congregado junto a Salamina. Según dice Esquilo, estaba formada por un total de 310 navíos, de los cuales 110 eran atenienses. La posición ocupada por los griegos era excelente, en una bahía que penetraba profundamente en la costa oriental de la isla. Esta posición no sólo permitía defender la isla, en la que había una multitud de refugiados atenienses, sino que impedía a los ejércitos terrestres de los persas el avance hacia las fortificaciones erigidas en el istmo de Corinto.

En esa angosta franja de agua, entre la isla y el continente, al sur del islote de Psitalea, se alinearon en tres filas las naves persas, mientras que en el islote fue desembarcado un fuerte destacamento aqueménida. El resto de la flota formaba una triple línea desde el sur del promontorio de Cinosura hasta el Pireo. Hacia la salida occidental del estrecho, Jerjes envió un contingente egipcio de 200 navíos para rodear Salamina y cortar a los griegos la posibilidad de retirada. El ejército terrestre de los persas también fue desplazado hacia la costa, a la retaguardia de las principales fuerzas de la armada. Al parecer, dichos movimientos quedaron completados poco antes del amanecer del día 23 de septiembre.

Obligados así al combate al saberse rodeados, los griegos mandaron rápidamente una flotilla corintia al canal occidental para enfrentarse a los egipcios. Luego situaron a sus buques en línea de batalla en el canal oriental. Las naves se alineaban en el siguiente orden: a la derecha, el espartano, Euribíades, almirante nominal de la flota, con 16 barcos; a la izquierda, los atenienses, con más de la mitad de la flota completa, y en el centro, el resto de los aliados.

Por su parte, los persas contaban con más de 1.300 embarcaciones pero de diversos tipos, incluidas las de transporte y carga. Esta poderosa armada estaba compuesta por buques procedentes de las naciones bajo dominio persa, siendo el contingente fenicio el que aportaba mayor núme-

ro. Las naves fenicias eran también las más cualificadas y constituían la columna vertebral de la flota junto con las egipcias y los trirremes griegos, procedentes de ciudades helenas controladas por Persia.

Los fenicios se habían colocado en el ala derecha, los jonios ocupaban la izquierda, mientras que el resto de las naves persas se situaban en el centro. Además habían reservado un número elevado de barcos que permanecerían en una posición más retrasada como retaguardia.

El 28 de septiembre del año 480, sobre las tres o las cuatro de la madrugada, los griegos que componían la dotación de la armada comenzaron a embarcar. Al alba la flota estaba lista para la batalla. Los persas por su parte habían pasado toda la noche en los barcos, con sus remeros manteniendo la posición de bloqueo en el estrecho, así que tenían que encontrarse cansados y hambrientos. Sobre las siete de la mañana la armada griega en formación de batalla fue la primera en avanzar. Los persas, que esperaban ver una flota desperdigada iniciando la huida, recibieron por contra una embestida de trirremes que se acercaban remando al compás del sonido de los silbatos que marcaban el ritmo de boga.

Los fenicios empezaron a avanzar en columna para rebasar la isla de Psitalea, tratando de rodear a los atenienses pero, éstos, protegidos por una segunda línea en retaguardia, impidieron que el enemigo los envolviera. Apenas se hubo iniciado dicho movimiento, como Temístocles había planeado, la estrechez del canal impidió a los ágiles trirremes fenicios maniobrar debido a su número. Además la brisa del canal comenzó a soplar llevando de costado a los barcos persas que eran embestidos por los espolones de los trirremes griegos.

La acción decisiva se libró en el ala izquierda griega. Los Atenienses, acercándose a la playa y a la vista de Jerjes, rodearon a los fenicios y los arrojaron contra el centro persa. Las columnas fenicias empezaron a deshacerse iniciándose un combate en el que llevaron la mejor parte los buques más pesados, y no los más rápidos. Cuando las naves persas de vanguardia tuvieron que retroceder, cayeron sobre las que las seguían aumentándose aún más la confusión, mientras los buques atenienses, sólidamente construidos, arremetían contra los adversarios, rompiéndoles los remos de una banda para impedirles maniobrar y volviéndose luego con-

tra ellos para embestirles por el centro. En cuestión de horas los atenienses habían roto el flanco derecho persa.

Pero en la zona central y el flanco izquierdo los jonios que combatían del lado iranio se mantenían aún en posición. La derecha griega, que había avanzado con demasiada celeridad, era a su vez atacada de flanco. Aunque gradualmente la oleada victoriosa avanzó de izquierda a derecha de la línea griega, hasta que el cerco del centro persa realizado por atenienses y eginetas amenazó con coger por retaguardia a la izquierda enemiga. Fue entonces cuando los jonios empezaron a retroceder, lo que precipitó el final de la batalla, tras una dura lucha de siete u ocho horas.

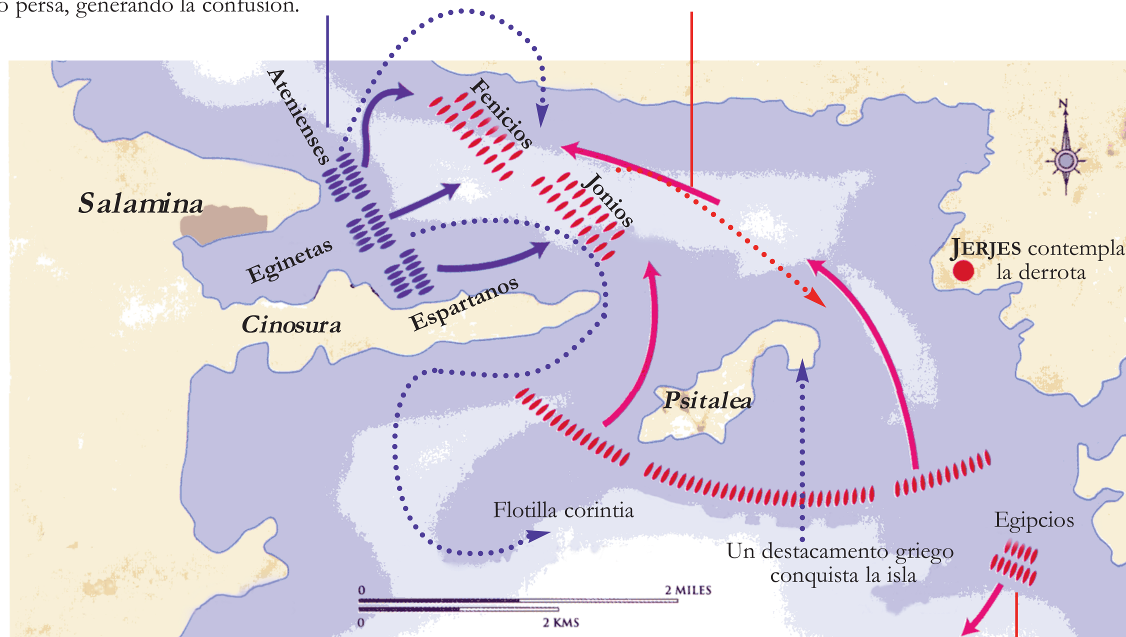
Mientras tanto una avanzadilla de la infantería ateniense había desembarcado en Psitalea masacrando a los persas allí destacados y posteriormente a todo náufrago asiático que consiguiese arribar al islote. Muchos persas murieron ahogados, pues la mayoría no sabía nadar.

Jerjes, desde su trono en lo alto de la colina, contemplaba el deprimente espectáculo de sus barcos huyendo hacia Falero, perseguidos por los trirremes griegos. Al llegar la noche todo había acabado: la enorme flota persa estaba deshecha, destruida casi por completo. Las naves restantes no se hallaban en condiciones de emprender ninguna operación seria. Tras todo un día de batalla y según Diodoro (XI, 19) los griegos perdieron cuarenta navíos y los persas doscientos, sin contar los capturados.

Después del desastre Jerjes se preocupó especialmente de la suerte que podían correr sus puentes en el Helesponto por lo que envió inmediatamente la flota a Asia para proteger la costa oriental del Egeo y días más tarde se puso en marcha hacia el norte con su ejército, dejando en Grecia un contingente de ocupación de 300.000 hombres al mando de Mardonio.

Salamina fue una victoria mediocre en cuanto a la táctica pero crucial en la estrategia de la guerra. Destrozó la base misma del plan persa, cuyo éxito dependía de la estrecha cooperación entre ejército y flota. Tras la debacle, Jerjes y el grueso del ejército regresaron a Asia. El persa ya no disponía de una flota capaz de avituallar a tan numerosas tropas. Así mismo, y aunque por aquel entonces no fuera debidamente apreciado por ambos bandos, Salamina significó el final de la hegemonía marítima persa en el Egeo y su relevo por Atenas, que resultó la auténtica ganadora. En la polí-

BATALLA DE SALAMINA (480 a. n. e.)



tica ateniense la victoria supuso la asunción de un papel que ya la ciudad consideraba propio, o sea, el de confiar al mar su comercio y su defensa. Atenas salió del conflicto con el doble de prestigio al haber contribuido de modo decisivo a la derrota persa pero, sobre todo, de haberlo hecho apuntándose el mayor éxito militar: Salamina.

Toda la vida económica y social ateniense salió renovada con el triunfo. En primer lugar, la explotación de las minas del Laurion, que había servido para la construcción de la armada, se reemprendió tras la guerra con gran intensidad. En segundo lugar, la ciudad destruida ofreció ocasiones para su renovación y para la conexión con su puerto, el Pireo que, en pocos años, se convertiría en el centro del mundo mediterráneo.

Por primera vez en su historia, Atenas estaba en condiciones de plantearse una política de aprovisionamiento de grano no vinculada a opciones obligadas. Al reanudarse la vía de acceso al mar Negro pudo restablecer ese flujo que la amenaza persa había interrumpido. Pero, sobre todo, la tranquilidad que Atenas empezó a disfrutar en el Egeo permitió a sus habitantes buscar nuevas fuentes de cereales en Occidente, en Sicilia y en el Adriático, fomentando a su vez la exportación de productos artesanales.

Como consecuencia de las Guerras Médicas, Atenas se fue transformando en una ciudad de artesanos y comerciantes, llena de factorías y negocios. Esto supuso que el contacto con la tierra, como primera fuente de recursos, se hiciera cada vez menos importante terminando por simbolizar un tipo de vida vinculado al pasado, lo que se tradujo en un progresivo abandono del campo. Al inicio de las guerras del Peloponeso, cerca del 20/25% de los atenienses ya no poseían ningún tipo de predio agrícola, floreciendo así nuevas formas de enriquecimiento y nuevos tipos de vida vinculados a la producción artesanal y a los intercambios económicos. Ese fue el más importante legado diferido de la victoria de Salamina.

Gaugamela

Gaugamela, en la aventura alejandrina, ocupa un lugar destacado, no tanto desde el plano militar sino por su significado político, ya que señala el fin del Imperio persa y la total derrota del adversario, seriamente erosionado en confrontaciones anteriores. Después de la batalla de Issos, en 333 (a. n. e.), Darío III había ofrecido paz y alianza, pero Alejandro había desdeñado la sugerencia, replicando a su enemigo que debía dirigirse a él como «señor de Asia». El propósito del macedonio era claro: acabar con el poderío persa.

En la primavera del año 331 (a. n. e.), Alejandro dejó Egipto regresando a Tiro, previamente conquistada tras un asedio histórico y que ahora servía como base de la flota griega. De allí se dirigió a Antioquía, cruzando el valle del río Orontes para llegar al Éufrates a la altura de Tapsaco donde estableció su depósito de suministros. El 19 de septiembre cruzó el Tigris y se dirigió hacia el norte bordeando la ribera oriental del río. Cuatro días después los exploradores le dijeron que el ejército enemigo estaba acampado en la llanura próxima a Gaugamela. Darío había decidido combatir.

Gaugamela se encuentra a unos 27 kilómetros al noreste de Mosul y a 52 de Arbela, de ahí que la batalla sea también conocida con el nombre de esta localidad. Darío había elegido Gaugamela para esperar a Alejandro porque era una amplia llanura que favorecía a sus numerosas fuerzas montadas. Incluso procedió a nivelar el terreno y eliminar los obstáculos convirtiendo la planicie en un inmenso campo de maniobras apto para que se desplazaran sus carros provistos de guadañas en sus ruedas.

Desde Issos, veinte meses atrás, los persas habían reclutado un numeroso ejército. Lejos de las cifras que manejaron los historiadores de la antigüedad, siempre fabulosas, modernos cálculos estiman que el contingente aqueménida debía rondar los 100.000 hombres. Decididamente sobrepasaba en número a sus oponentes pero estaba formado por una amalgama de veinticuatro nacionalidades que le restaba eficacia. Casi una cuarta parte de los combatientes eran campesinos reclutados a toda prisa y prácticamente sin entrenamiento, por lo que su utilidad en el campo de batalla resultaba casi nula.

La parte mejor del ejército persa era su caballería, en especial los guardias montados reales y los capadocios, unos 20.000 jinetes considerados propiamente como una caballería pesada y profesionalizada, cuyo núcleo más impresionante lo formaban los llamados catafractos de Saca, con pesadas armaduras para jinetes y corceles. Para completar estas unidades, Darío había puesto de nuevo en servicio los carros de guadañas, largo tiempo en desuso, aunque no había tenido tiempo para adiestrar adecuadamente a los aurigas. Así mismo contaba con 4.000 mercenarios griegos y 8.000 soldados de infantería pesada. Alejandro disponía del mayor ejército que jamás mandara, en total 40.000 infantes y 7.000 jinetes. La caballería pesada, los hetairoi, formada por la nobleza macedonia, componía la elite de sus tropas y estaba comandada por el mismo Alejandro.

Conocemos los pormenores de la batalla por distintos relatos de historiadores antiguos, en la mayor parte de los casos muy posteriores a los hechos narrados. Las dos narraciones más fiables y pormenorizadas, aunque diferentes en numerosos aspectos, son las de Quinto Curcio Rufo (s. I) en su obra *Historia de Alejandro Magno* (IV, 13-16) y las de Arriano (s. II) en la *Anábasis de Alejandro Magno* (III, 9-16).

Al anochecer del 30 de septiembre de 331 ambos ejércitos se encontraban apostados en el campo de batalla, preparados para la confrontación. Darío mantuvo en alerta a sus hombres durante toda la noche porque temía un ataque nocturno; Alejandro, por el contrario, ordenó a sus tropas descansar.

Las formaciones que se alinearon en la llanura del Gaugamela a la mañana siguiente eran impresionantes. Darío quería aprovechar su superioridad numérica para presentar un largo frente con dos poderosas alas de caballería. Él mismo dirigía las operaciones en el centro, detrás de los 1.000 guardias montados y de la guardia de lanceros. Delante del escuadrón real había también 50 carros con guadaña y 15 elefantes indios, pero no existe noticia de su empleo en la batalla. A la izquierda, al mando de Bessus, estaban los destacamentos de caballería procedentes de las provincias orientales del Imperio, incluidos los catafractos. En el ala derecha, mandada por Mazaeus, se hallaba la caballería occidental y los capadocios. Las unidades de infantería estaban a retaguardia de la caballería y al frente formaban alineados unos 200 carros en total.

El macedonio dispuso a los hetairoi a la derecha de su formación. La extrema derecha la componía también la caballería, incluidos los veteranos mercenarios de Cleander, y al frente de ella colocó a lanzadores de jabalina y la mitad de los arqueros macedónicos. Situó en el centro seis batallones de la falange y los hipaspistas, mientras que en el ala izquierda se encontraba la caballería tesaliense mandada por Parmenio, la mitad de la caballería aliada y algunos arqueros e infantería mercenaria. Una segunda línea de hoplitas mercenarios resistiría la táctica envolvente de las alas persas. Detrás de ellos estaban los bagajes y prisioneros entre los que se hallaban la misma familia de Darío, custodiados por infantes tracios. A unos 10 kilómetros a retaguardia se encontraba el campamento griego.

La disposición de las tropas griegas respondía a un planteamiento lógico en función de lo previsible y del número de efectivos disponibles. Era casi seguro que el enemigo pretendería flanquear al ejército griego, mucho menos numeroso, y que la línea frontal de caballería y carros persas atacaría en masa al iniciarse la batalla. Por tanto Alejandro dispuso un orden defensivo. Su dispositivo central lo formaba una falange de solamente la mitad, aproximadamente, de la longitud de la línea enemiga. La novedad de la formación macedonia fue la colocación de una reserva tras esa primera línea. Esta segunda formación en los flancos estaba alineada formando ángulo con el frente y dispuesta a desplazarse en sentido oblicuo para enfrentarse a la posible maniobra envolvente. Según Curcio éste era un orden de batalla que daba frente a todas partes.

Cuando hubo levantado el día, Alejandro puso en marcha a su ejército, pero rápidamente se percató de que los hetairoi se hallaban enfrentados a los carros persas. Entonces, en un movimiento oblicuo, desvió su avance a la derecha dirigiéndolo hacia el ala izquierda persa, con objeto de situar a la infantería frente a los carros. Esta maniobra llevó a los griegos casi hasta el borde del terreno allanado.

Darío comprendió que debía detener el movimiento del enemigo, porque de lo contrario sus carros resultarían inútiles, por eso ordenó que su ala izquierda contuviera el avance lateral de Alejandro realizando una salida envolvente. Así pues, lanzó a los catafractos de Saca, seguidos por la caballería bactriana, contra la extrema derecha griega.

Alejandro a su vez inició un ataque hacia el centro de las tropas envolventes. De este modo dio comienzo una serie de ataques y contraataques en una dura lucha, en el curso de la cual el macedonio fue empleando hábilmente nuevas unidades de refresco hasta que los hetairoi pudieron contener a los persas, que terminaron siendo rechazados después por los lanceros.

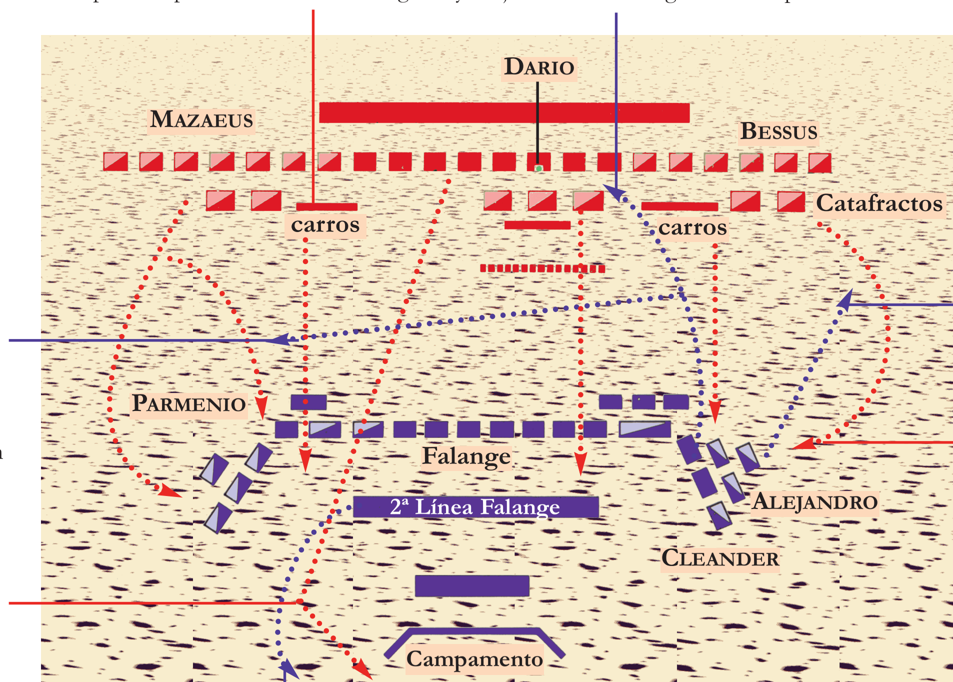
Casi simultáneamente Darío envió sus carros contra la falange para sembrar el desorden en ella, pero la infantería macedonia de primera línea los recibió con una lluvia de jabalinas y flechas para luego abrir sus filas quedando aisladas las cuadrigas que terminaron atravesando las primeras formaciones para encontrarse con la segunda línea de infantería.

Fue entonces cuando el rey persa cometió el mayor de los errores, ya que envió a su caballería del sector central a la carga contra la derecha griega, producto de lo cual se abrió una brecha en el dispositivo frontero de su formación. Alejandro se percató de inmediato de la situación; al frente de sus hetairoi galopó hacia la brecha abierta en la línea persa penetrando en ella como una cuña para dirigirse contra el puesto de mando donde se encontraba el mismo Darío, que abandonó el campo presa del terror ante la embestida del macedonio. La caballería persa del ala izquierda, que estaba siendo atacada por las reservas griegas, también emprendió la huida, siendo perseguida y masacrada.

Debido al impetuoso avance oblicuo de Alejandro, su ala izquierda se encontraba retrasada con respecto a la derecha, lo que provocó una brecha entre ambas alas. La caballería de la guardia persa se lanzó entonces por esta brecha, cortando en dos la falange. Pero en vez de ayudar a Mazaeus a destrozar la izquierda griega, optaron por seguir hacia el tren de bagajes macedónico con el propósito de rescatar a la familia de Darío, fue entonces cuando la falange de reserva, en segunda línea, giró sobre sí misma atacando a los persas por la retaguardia y matando a gran número.

Estos éxitos parciales no se correspondían con la situación que se estaba viviendo en el ala izquierda griega enfrentada a otra maniobra envolvente desplegada por el ala derecha de la caballería persa. Parmenio no pudo contener la presión y estaba siendo rodeado, por lo que se apresuró a enviar un mensaje a Alejandro informándole de su crítica situación.

Batalla de Gaugamela (331 a. n. e.)



1 Alejandro desvía su caballería hacia la derecha pra evitar los carros falcados persas

2 Dario intenta un movimiento envolvente con los catafractos para frenar el desplazamiento griego. Pero son rechazados

3 Darío hace avanzar sus carros que sobrepasan la primera línea de la falange

4 Los persas han abierto una brecha en su dispositivo, y Alejandro realiza un giro oblicuo para atacarlo

5 La guardia persa y Mazeus atacan la izquierda griega y rompen la 1ª línea de la falange. Pero su éxito se pierde cuando se desvían para llegar al tren de bagajes

6 La senguanda línea de la falange inicia un movimiento envolvente cerca del campamento

7 Parmenio, que se encuentra en apuros, recibe ayuda de Alejandro, que en un asombroso avance cruza en diagonal el campo de batalla

Éste inmediatamente cesó la persecución de Darío y se lanzó con su caballería al otro lado de la zona de combate para socorrer su ala izquierda. Los soldados persas, que empezaban ya a percatarse de que Darío los había abandonado, perdieron el ánimo y su ala derecha terminó por hundirse, mientras que lo que quedaba de la izquierda, bajo el mando de Bessus, se batió ordenadamente en retirada.

Es imposible calcular las bajas de esta batalla. Los historiadores antiguos van desde la exorbitante cifra de 300.000 persas muertos y sólo 100 macedonios y 1.000 caballos, hasta otros cálculos más modernos que las estiman en 25.000 muertos persas y 500 macedonios. Tampoco podemos precisar cuál fue su duración, aunque se podría deducir que la confrontación acabó antes del atardecer.

La de Gaugamela es una de las grandes batallas de la historia, no sólo por la leyenda de gran genio militar que envuelve la figura de Alejandro sino, sobre todo, por sus consecuencias en otros muchos planos. La derrota persa dejó al descubierto el corazón del Imperio aqueménida e hizo de Alejandro el dueño de Asia. Tras la victoria, el macedonio prosiguió su marcha para tomar los grandes centros persas de Babilonia, Susa y Persépolis, que se rindieron fácilmente. En el invierno del año 330 (a. n. e.) partió de Persépolis a Ecbatana siempre en persecución de Darío. Por fin, cuando dio alcance a la comitiva de su gran enemigo, fue para enterarse de que éste había sido asesinado por Bessus. Con la muerte de Darío se cumplió el objetivo político de Alejandro de convertirse en el único emperador indiscutido hasta los confines de Asia, aunque su pasión conquistadora continuó hasta el mismo corazón de la India, donde tuvo que abandonar por el agotamiento de sus tropas. Su imperio fue efímero pero los reinos helenísticos que surgieron de él se fraguaron en victorias como la de Gaugamela.

Filosofía y pensamiento militar en el mundo clásico

Una de las grandes creaciones de la cultura griega fue esa particular manera de interrogarnos sobre nosotros mismos y lo que nos rodea llamada filosofía. Ese tipo de reflexión no pudo soslayar el fenómeno de la guerra como tema de análisis y especulación, mientras que otros autores clásicos, lejos de poder ser considerados filósofos, escribieron también sobre la guerra. Algunas obras de estos tratadistas y soldados tuvieron un enorme impacto en el mundo antiguo y con el tiempo fueron recuperadas en el Renacimiento, como las de Jenofonte o César, que han sido leídas en clave militar hasta el presente. De toda esta producción clásica sobre el tema, merece una especial mención la obra *Epitome rei militaris* de Vegecio, que puede ser considerada como el primer tratado sobre la guerra escrito en Occidente.

El filósofo Heráclito de Éfeso, del que sabemos muy poco, es uno de esos pensadores clasificado por los estudiosos como «presocrático». Su gran aportación a este campo del saber reside en haber sido el primero que teorizó sobre la naturaleza conflictual de la realidad, en ese sentido se le considera el «padre de la dialéctica». Para Heráclito, todo está en un constante cambio o devenir y el motor de ese eterno movimiento es la lucha de los contrarios. En esa dialéctica cósmica quien engendra todo es «Guerra», con mayúscula. «Guerra es padre de todos, rey de todos: a unos ha acreditado como dioses, a otros como hombres, a unos ha hecho esclavos, a otros libres» (22 B 53) *Hipól.*, IX 9, 4). Evidentemente Heráclito no se está refiriendo al conflicto bélico. Guerra es el apelativo que el filósofo le da al demiurgo que hace funcionar el universo. No obstante, resulta significativo que utilice este término, y es que para Heráclito la guerra de los hombres es un buen símil de la lucha y la mudanza constante que experimenta todo lo que nos entorna.

No sabemos con precisión qué pensaba de la guerra Sócrates, —que no dejó nada escrito— aunque sí sabemos que la hizo. En año 432 (a. n.

e) el filósofo participó en una expedición militar contra la polis de Potidea y durante la lucha salvó a Alcibíades, que había sido herido (Platón, *Banquete*, 220 d-e). Una década después, Sócrates, aún se encontraba en activo como hoplita ateniense combatiendo en las guerras del Peloponeso. A través de la obra de Platón conocemos algunas opiniones de éste singular pensador y soldado. En el diálogo titulado *Protágoras*, Sócrates admite que la guerra es «bella» y por tanto «buena», mientras que en otro diálogo define la virtud del valor y alaba la instrucción militar como la mejor forma de educar a un joven (*Laques*). Por diversos textos podemos también deducir que Sócrates daba una especial importancia al mando, basándose en los ejemplos famosos de Milcíades y Temístocles vencedores en Maratón y Salamina.

Tanto Sócrates como su discípulo Platón se opusieron al pensamiento sofista que ejercía una gran influencia en la Grecia de su tiempo. Los sofistas eran relativistas culturales capaces de defender cualquier argumento y su contrario en función de las circunstancias. Para ellos, la guerra estaba perfectamente justificada puesto que a través de la confrontación se dirimía quién debía imponer la ley. En un dialogo de Platón, el sofista Calicles argumenta que la naturaleza prueba que es el más capaz quien debe vencer al que lo es menos (*Gorgias*, 483 e / 485 c). Este tipo de argumentación nos habla de cómo también para los sofistas la guerra desempeñaba un papel fundamental en la configuración del mundo tal y como ellos lo concebían.

Platón, que frente a estas ideas pretendía fundar su filosofía sobre principios esenciales e incuestionables, tampoco rechazaba la guerra a la que consideraba como parte de la vida. En su obra *Las Leyes* (625 c / 626 e), el filósofo encomiaba al antiguo legislador de Creta por como preparaba a su comunidad para la lucha armada, puesto que «todos los hombres de una ciudad, durante toda su vida, tienen que sostener una guerra continua contra todas las demás ciudades».

Este filosofo, en otro de sus textos, *La República* (373 d/375 b), teoriza sobre la sociedad ideal y la concibe como una unidad orgánica cuyo mayor peligro es la disgregación. Para Platón la disgregación puede ser interna, cuando se produce el conflicto social (*stasis*), o externa, cuando la polis se halla enfrentada a la guerra contra el «otro». Para conjurar esos

peligros el filósofo propone la creación de un estamento específico: los guardianes guerreros, cuya principal virtud deberá ser el valor. Estos guerreros profesionales se dedicarían exclusivamente a preservar la integridad de la polis. En esta propuesta parece como si Platón desechara la figura del guerrero ciudadano, aunque en *Las Leyes*, afirmaba que «la educación proporciona la victoria», defendiendo en cierto modo la efebía, que tenía como finalidad formar a los ciudadanos como hoplitas.

También en *La República* (469 c / 470 e), Platón alude a que el concepto de guerra como tal sólo es aplicable al enfrentamiento bélico con los «bárbaros», mientras que el conflicto entre griegos tendría otra naturaleza. Para el filósofo la discordia entre griegos uniría más que enfrentaría a los contendientes, en función de un sustrato cultural común. La rivalidad entre Esparta y Atenas se habría traducido en alianza ante la amenaza del peligro extranjero, generando al mismo tiempo un vínculo de hábitat compartido. Con este argumento, Platón, no sólo buscaba exaltar el orgullo heleno por encima de los enfrentamientos, sino también minimizar, aunque sólo fuera en el terreno de las conciencias, el devastador efecto que estaban teniendo las Guerras del Peloponeso en el momento en que vivió el filósofo.

Aristóteles, el otro gran filósofo griego, preceptor de Alejandro Magno, sostenía formulaciones muy parecidas. En su obra *La Política* (1256 B), también admite dos tipos de guerra: el conflicto interno y la confrontación con el enemigo exterior. Para prevenir el enfrentamiento social en el interior de la polis propone el gobierno de la clase media, que evitará caer en los excesos tanto de la oligarquía como del populacho. Respecto a la guerra exterior, Aristóteles la entendía como el hecho más natural y como un procedimiento de adquirir riquezas para la polis, aunque también la consideraba como una mediación para una finalidad más noble, ya que «la guerra existe en vista de la paz...» (*Política*, IV).

Como Platón, también Aristóteles distingue a los griegos de los bárbaros, y considera que cuando estos caen prisioneros tras la batalla se les puede esclavizar, al estar acostumbrados a ser siervos de los déspotas. Sin embargo, no se puede esclavizar a los griegos aunque se les haya capturado, ya que es imposible rebajar a la servidumbre a quienes por naturaleza son ciudadanos libres. Por eso hay que hacer la guerra para no ser esclavi-

zados. En todas sus reflexiones el filósofo contempla la guerra desde su dimensión económico-social y la valora como el instrumento adecuado para la obtención de esclavos, base del sistema productivo griego.

Como podemos apreciar buena parte del elenco argumentativo del que se nutrirá el discurso militarista durante siglos queda ya expuesto por los grandes filósofos de la antigüedad. La consideración de la guerra como un hecho natural, su enjuiciamiento positivo como escuela en la que se forja el carácter del individuo y se fragua el amor patrio, la exaltación del mando unida a los valores de la disciplina, son elementos comunes a ese ideario. También el canto a la camaradería que se fragua en el combate, —presente ya en la *Ilíada*— será recreado en nuestros días, por muchos; entre otros, de modo magistral, por Ernest Junger (1920/2005). Así mismo, la sensación de peligro que corría la cultura occidental frente a las otras culturas consideradas «bárbaras» encontrará ecos en un pasado reciente, como lo podemos apreciar en la obra de Spengler (1923/1998).

En un plano más práctico y menos ideológico que estas reflexiones filosóficas sabemos que en Atenas se impartieron cursos de táctica a cargo de ciertos pensadores, como Dionisodoro (Jenofonte, *Mem*. III, 1). También ha llegado hasta nosotros una obra sobre el tema, el Tratado de defensa de las plazas (*Poliorcetica*) del general Eneas el Táctico. Pero no fueron este tipo de aportaciones las que tuvieron más repercusión en la teoría militar, siendo mucho más significativos, por ejemplo, los escritos de Jenofonte.

Jenofonte (430-350 a. n. e.), discípulo de Sócrates, no sólo fue un soldado en activo sino también un pensador que abordó los temas más diversos, desde el económico y político hasta el militar. En su obra, *Ciropedia*, el ateniense compuso algo muy parecido a un tratado sobre el mando y la conducción de la guerra. Tomando como referente a Ciro el Viejo, fundador del imperio persa, Jenofonte recrea sus dotes como jefe fundiéndolas con las de otros prestigiosos soldados que el autor había conocido, como Clearco o Agesilao, rey de Esparta. De este retrato literario surge el perfil del generalato ideal, que recuerda en muchos aspectos al ya apuntado por su maestro Sócrates. Pero su obra más influyente en este terreno será la *Anábasis*, el relato de su propia experiencia como general ocasional.

Jenofonte, enrolado como mercenario en el ejército del persa Ciro el Joven, nos relata en esa obra, —en forma de diario de campaña— la odisea que le tocó vivir junto a otros diez mil griegos cuando, tras ser derrotados en la batalla de Cunaxa (401 a. n. e.), se vieron obligados a retirarse hasta llegar al mar para poderse reembarcar y regresar a sus hogares. Elegido estratego por sus compañeros, Jenofonte que contaba a la sazón con treinta años, condujo con habilidad a sus tropas, sorteando numerosos obstáculos y peligros, hasta ponerlas a salvo, en una expedición épica que ha hecho historia. La *Anábasis*, un libro vibrante y ameno, se convirtió muy pronto en un clásico de la literatura militar, siendo estudiado por Alejandro Magno, por Escipión el Africano, y consultado todavía en los siglos XVII y XVIII.

En la misma línea de éxito y de tipo de relato debemos mencionar las obras de Julio César: *La guerra de las Galias* y *La guerra civil*. Los dos textos son considerados obras maestras de la prosa latina por su estilo sobrio y cuidado; pero también, aunque eso sea más discutible, han sido estudiadas como importantes tratados sobre la guerra. Realmente, ambos libros, no son tratados militares ya que pertenecen al género que los romanos denominaban *comentarii*.

El reto que se le planteaba a César al escribir estos comentarios era hacer verosímil su exposición sin que pareciera tendenciosa ni sesgada a su favor, de forma que, bajo una capa de «objetividad», consiguiera atraer las simpatías del lector. Para alcanzar este propósito Cesar redactó ambas obras en tercera persona. También procuró ser prolijo y minucioso en las descripciones e intentó valorar positivamente las virtudes morales de sus enemigos.

La guerra de las Galias es, sin duda, el más perenne y el que ha alcanzado mayor reconocimiento. Bajo este nombre se agrupan los siete libros que César dedicó a contar las campañas desarrolladas por él en las Galias durante siete años (58 al 51 a. n. e.). A cada año le corresponde un libro. Este conjunto se completa con un octavo libro del que no es autor César sino su lugarteniente, Aulo Hircio, que con su aportación, compuesta después de la muerte de César, pretendía enlazar el final de *La guerra de las Galias* con el inicio de *La guerra civil*.

El mayor valor del relato es el profundo conocimiento de la psicología del soldado que tenía César, convirtiendo la obra en una guía para cualquier estudioso sobre los problemas del mando. De entre la multitud de ejemplos que se podrían citar al respecto baste con uno solo, no recogido por Cesar pero citado tanto por Plutarco (*César*. I, 2) como por Suetonio (*César*. 70). Cuando en el año 47 (a. n. e.) Cesar se disponía a pasar a África, se amotinaron las legiones. El general redujo la sedición de inmediato con sólo pronunciar una palabra. Se dirigió a los soldados llamándoles *quirites* «ciudadanos», en lugar de la expresión usual *commilitones* «camaradas», dando con ello, por supuesto, que aceptaba sus reivindicaciones y los licenciaba. Los soldados se sintieron ofendidos, protestaron reclamando su condición militar y se avinieron seguir a sus órdenes.

La obra de César no sólo ha sido traducida a lo largo de los siglos por los escolares que aprendían latín en todo el mundo, sino que también ha sido leída en el ámbito militar con auténtica devoción, convirtiéndose en lectura obligada en algunas Academias militares hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo, ni Jenofonte ni Julio César cultivaron el género que los romanos conocían como *de re militari*, con el que designaban los tratados de teoría militar.

En la obra de los historiadores antiguos podemos encontrar numerosísimas referencias a los ejércitos y a las prácticas guerreras, sobre todo en Polibio, que llegó a escribir un libro llamado *Táctica* que sólo conocemos por referencias. No obstante, tenemos noticia de este tipo de obras específicas, *de re militari*, en el mundo romano. Durante la República el célebre Catón el Censor (234-149 a. n. e.) compuso, según nos dice Vegecio, una obra titulada *De disciplina militari*. Sabemos también que en época imperial, Sexto Julio Frontino (30-104) fue el autor de un tratado que tituló *Strategemata*, en el que agrupaba fragmentos de autores griegos y romanos, y que estaba destinado a servir a la formación de los oficiales. En el siglo II el griego Eliano el Táctico, que residía en Roma, escribió un estudio en 23 capítulos sobre la táctica de la falange. Así mismo, conocemos otro tratado anónimo, *De rebus bellicis*, opúsculo de unas quince páginas redactado seguramente entre el 366 y el 375 de nuestra era. Pero la obra más importante en este tipo de literatura es la de Flavio Vegecio (¿383-450?) titulada *Epitome rei militaris* (Tratado resumido sobre ciencia militar) que constituye

el más importante manual de esta naturaleza que nos ha llegado íntegro de la Antigüedad Clásica.

Vegecio, del que sabemos muy poco, no era militar ya que se calificaba a sí mismo como: *vir illustris et comes* (hombre ilustre de la corte). Suponemos que se trataba de un noble cercano al emperador y que posiblemente escribió su obra en honor de Teodosio el Grande (375-395), con ocasión de su visita a Italia en los años 388-391.

El librito, en el que se describen los usos militares del ejército romano en épocas pasadas, está dividido en varias partes que Vegecio expone en su prefacio. Todo el escrito se caracteriza por la nostalgia del glorioso ejército de los tiempos republicanos y, a lo largo del mismo, el autor hace un especial hincapié en la necesidad de la disciplina y el entrenamiento para salvar a Roma de la ineficacia militar. «La victoria en la guerra no depende completamente del número o del simple valor; sólo la destreza y la disciplina la asegurarán. Hallaremos que los Romanos debieron la conquista del mundo al continuo entrenamiento militar, la exacta observancia de la disciplina en sus campamentos y el perseverante cultivo de las otras artes de la guerra» (I, I).

La obra de Vegecio, por ser eminentemente práctica y breve, tuvo un especial predicamento en Europa a lo largo de toda la Edad Media y el Renacimiento; de hecho, se considera que es el tratado militar que más influjo ejerció en Occidente durante siglos. El benedictino alemán Rabano Mauro (siglo IX), se basó en los libros I y II de Vegecio para la redacción de su *De procinctu romanae miliciae* (Sobre el orden de batalla del ejército romano).

El *Epitome rei militaris*, que fue uno de los textos más traducidos del latín durante el Medievo, al ser vertido a las lenguas vernáculas logró una enorme difusión entre la nobleza guerrera. La primera versión en romance apareció en Francia en torno a 1254. Bono Giamboni lo tradujo al toscano, a finales del siglo XIII, y en España la primera traducción se realizó durante el siglo XIV, siendo impreso por primera vez en Utrecht el año 1473.

A partir del siglo XVI la reputación de Vegecio como fuente histórica comenzó a decaer por el descubrimiento de otros autores como Polibio

y por las objeciones que se le hacían al mezclar confusamente las instituciones de diversos períodos del Imperio Romano.

De modo anecdótico se puede medir el impacto de la obra por la vulgarización alcanzada por una frase del texto: *Si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz prepara la guerra), aunque realmente la que aparece en el prólogo del libro tercero de Vegecio es: *Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum* (Así pues quien desea la paz, prepare la guerra). La máxima, aunque parezca un tópico, ha alimentado algunos de los presupuestos estratégicos hasta el presente. La carrera armamentística en el siglo XX y la estrategia de la disuasión nuclear durante la Guerra Fría se basaban en el principio de Vegecio. Como podemos apreciar, buena parte del pensamiento filosófico-militar del mundo clásico ha seguido vivo hasta nuestros días.

III
Roma y la guerra

La guerra como trabajo

Si una civilización se ha forjado y engrandecido gracias a la guerra, ésa ha sido la civilización romana. Roma es la culminación del imperialismo antiguo, pero a diferencia del imperio de Alejandro, el romano se construyó en un dilatado espacio de tiempo para durar, no obstante, mucho más. Esa construcción se llevó a cabo con enorme esfuerzo, a través de numerosos fiascos militares de los que Roma supo aprender ya que los romanos se convirtieron en auténticos «trabajadores» de la guerra, acometiendo siempre la lucha con más tenacidad que entusiasmo. Lo heroico en la guerra romana está presente como algo anecdótico frente a la perseverancia, la disciplina, el método y, sobre todo, la voluntad de vencer cualquier adversidad.

A pesar de la leyenda, Roma ni aportó grandes innovaciones a la estrategia ni produjo brillantes generales, pero perfeccionó unas rutinas tomadas de otras culturas y supo incorporar esos aportes adaptándolos de modo flexible a cada circunstancia. Llama la atención que ni el armamento ni los equipos de los guerreros a los que Roma se enfrentó eran tan

diferentes a los del legionario romano. Sin embargo, con parecidos recursos bélicos pudo combatir con éxito a esos pueblos, obteniendo victorias que sucesivas generaciones supieron administrar, aunque también es cierto que esas mismas victorias acabaron cambiando la naturaleza del pueblo que las logró.

Roma, fundada según la tradición en el 753 (a. n. e.) fue dominada en sus orígenes por los etruscos, que le impusieron un sistema monárquico. Es en el siglo VI (a. n. e.), cuando pudo sacudirse el dominio etrusco, comenzó a definir unas instituciones republicanas basadas en un sistema censatario y esclavista, muy parecido al de las ciudades-Estado griegas.

Ciudadanos y territorio quedaron divididos administrativamente en distritos o tribus, de los que cuatro eran urbanos y 17 (posteriormente 31) rurales. Estos distritos constituirán la base para la tributación y el reclutamiento. Consecuencia de esta división nacerán los Comicios Centuriados, cuyo origen estaba en la formación del ejército por centurias, basadas en las distintas clases sociales según la fortuna de los individuos. Estos Comicios o asambleas militares se convirtieron posteriormente en asambleas populares que decidían la guerra y la paz, elegían a los funcionarios superiores: cónsules, pretores y censores; ratificaban las leyes y administraban justicia penal. No obstante, las votaciones se realizaban de tal forma que las decisiones siempre las adoptaban las clases más ricas.

La mayor parte de las magistraturas se nombraban por un año y eran colegiadas a fin de evitar el despotismo de un solo individuo, aunque también se contemplaba la posibilidad de una dictadura en circunstancias excepcionales y por un período máximo de 6 meses.

Una institución fundamental fue también el Senado, integrado por 300 miembros pertenecientes a los cabezas de linaje (*patres*) y por los antiguos consules. Sus funciones eran asesorar a las magistraturas y ratificar los acuerdos populares, pero sus decisiones terminarán siendo vinculantes.

Este proceso de configuración institucional se desarrolló en medio de tensiones muy agudas entre dos estamentos sociales muy antiguos: patricios y plebeyos. Estos últimos, marginados por las familias patricias, irán arrancando concesiones que desembocaron en la creación de asambleas de plebeyos, presididas por los tribunos de la plebe, elegidos en el seno

de estas mismas asambleas. Los tribunos de la plebe eran inviolables y ejercían la protección de este estamento frente a actos arbitrarios por parte del poder.

Será a partir de esta constitución primigenia cómo la pequeña ciudad-Estado de Roma comenzará un proceso de expansión que acabará por convertirla en el mayor y más durable Imperio de la antigüedad. En 509 (a. n. e.), el territorio romano comprendía sólo unos 800 kilómetros cuadrados. La misma ciudad amurallada estaba siempre en peligro de ser atacada por los extranjeros. Las asambleas del pueblo se interrumpían si se izaba una bandera en la colina del Janículo, junto al Tíber, para indicar que las fuerzas invasoras estaban a la vista.

Cinco siglos después, aproximadamente en el año 27 de nuestra era, toda Italia era ya romana y todos sus habitantes libres eran ciudadanos. Centenares de miles de personas con derecho de ciudadanía vivían también en las provincias allende el mar. El poder romano se extendía entonces desde el Canal de la Mancha al Sahara y desde el estrecho de Gibraltar al Éufrates; la mayor parte de esta superficie, excepto la Galia y el interior del Asia Menor, estaba ya bajo control de los romanos hacia 146 (a. n. e.). Por entonces, Roma había superado con mucho las proporciones naturales de una ciudad-Estado, pero seguía manteniendo las instituciones correspondientes a esa forma política que la había hecho dueña de buena parte del mundo conocido.

Este proceso de expansión se desarrolló en tres largas etapas que le llevaron a apropiarse: primero de la península Itálica; en una segunda fase, del Mediterráneo occidental, para culminar con el dominio casi total de la cuenca oriental del Mare Nostrum hacia finales del siglo I (a. n. e.).

Hasta mediados del siglo III (a. n. e.), Roma llevó a cabo una serie de campañas contra sus vecinos más próximos: etruscos e italiotas, así como otras que le enfrentaron con las ciudades de origen griego del sur de la península (Magna Grecia), al mismo tiempo que tuvo que sostener encarnizadas guerras de naturaleza defensiva frente a las tribus galas que amenazaban con extenderse por el norte de Italia.

La conquista y destrucción de la ciudad etrusca de Veyes abrió la expansión romana hacia el norte, mientras que las duras guerras contra los

samnitas (343-282 a. n. e.) permitieron a Roma afianzar su dominio en la Italia central. En la lucha con las ciudades griegas del sur, los romanos tuvieron como enemigo a Pirro, rey de Epiro, llamado en su ayuda por la población de Tarento. Esto dio comienzo a una guerra que duró desde 281 hasta 275 (a. n. e.) y en la que los ejércitos de Pirro consiguieron sobre Roma victorias tan costosas —«victorias pírricas»— que, a la postre, significaron derrotas. El definitivo triunfo romano sobre sus vecinos meridionales completó el dominio de toda la península (272 a. n. e.), abriéndose así el capítulo de la expansión por el Mediterráneo occidental, donde Roma iba a chocar con la que sería su más temible adversaria: Cartago.

La presencia de los cartagineses en Sicilia, Córcega y Cerdeña suponía tanto una amenaza sobre la hegemonía romana en la zona, como una barrera para su engrandecimiento. La confrontación entre estas dos potencias se resolvió en tres guerras denominadas púnicas. En 264-241 (a. n. e.), Cartago intentó extender su dominio por toda Sicilia. Varias ciudades de origen griego, situadas en la mitad oriental de la isla, pidieron ayuda a Roma. La derrota del general cartaginés Amílcar dio lugar a que Cartago entregara a los romanos sus posesiones en Sicilia, Córcega y Cerdeña.

La Segunda Guerra Púnica se libró de 218 a 201 (a. n. e.) e inicialmente fue cuidadosamente preparada por Cartago, que utilizó la península Ibérica como plataforma de apoyo para su avance sobre Italia. El general cartaginés Aníbal, tras superar los Alpes con un numeroso ejército, se adentró en el valle del Po y obtuvo importantes victorias (Cannas, 216 a. n. e.), pero no consiguió la alianza de suficientes pueblos italianos como para aventurarse a un ataque abierto contra la ciudad de Roma.

Esto permitió al general romano Escipión marchar con la flota sobre Cartago. Sus victoriosas campañas en el norte de África hicieron que Aníbal fuera requerido para la defensa de su ciudad, por lo que se vio obligado a abandonar Italia. Finalmente, la victoria romana en Zama (202 a. n. e.) decidió el final de la guerra, quedando Cartago obligada a entregar a Roma sus posesiones en España, así como al pago de una fuerte indemnización.

La Tercera Guerra Púnica fue declarada en virtud de las exhortaciones que Catón dirigió al Senado, en el sentido de que no se debía permitir

en modo alguno que Cartago recobrase su perdida prosperidad ya que volvería a convertirse en un enemigo mortal para Roma. El Senado accedió a sus peticiones y Cartago fue definitivamente arrasada y convertida en provincia romana (146 a. n. e.).

La expansión hacia el Oriente llevó a los romanos a enfrentarse, inicialmente, con los macedonios y los sirios. En guerras libradas con Filipo V de Macedonia y su hijo Perseo, Roma logró derrotar definitivamente a los helenos en la batalla de Pidna (168 a. n. e.). Años después Grecia sería incorporada al imperio romano como una provincia. En 133 (a. n. e.), el rey Atalo III de Pérgamo legó a Roma su reino, que se convirtió en el núcleo de la futura provincia de Asia. Tras sostener distintas guerras (88-66 a. n. e.) con Mitridates, rey del Ponto, los romanos consiguieron reorganizar sus dominios en el Próximo Oriente: Ponto, Siria y Cilicia se convirtieron en provincias, mientras que Armenia, Capadocia, Galacia, Cólquida y Judea pasaron a ser estados vasallos (64 a. n. e.).

En los dos últimos siglos de la República, Roma vivirá numerosos problemas internos. Tendrá que enfrentarse a sus aliados itálicos que le reclamaban el derecho de ciudadanía (91-89 a. n. e.) que Roma acabará concediendo tras un cruento conflicto. Deberá, también, aplastar diferentes levantamientos de esclavos, pero, sobre todo, padecerá también distintas guerras civiles. Esta crisis interna no impedirá a los romanos hacer frente a los desafíos exteriores. Roma logrará durante estos difíciles años hacerse con el control de buena parte del reino de Numidia, enfrentándose en guerra abierta contra Yugurta (111-105 a. n. e.). También conseguirá someter a la Galia (58-51 a. n. e.), conquistada por César. Pero los conflictos internos por el poder en el seno de la misma Roma centrarán la actividad militar en la segunda mitad del siglo I (a. n. e.).

Dos triunviratos de personalidades político-militares se sucederán, enzarzados en luchas intestinas, por controlar el gobierno de la agonizante República. En el primero de estos Triunviratos, Pompeyo, Craso y César pugnarán por el poder. Tras la derrota de Pompeyo por las tropas de César en la batalla de Farsalia (49 a. n. e.), éste último se hará nombrar dictador por 10 años, aunque terminó siendo asesinado solamente cinco años más tarde.

El segundo Triunvirato formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido también se resolvió por medio de la confrontación bélica entre los dos aspirantes más poderosos. Marco Antonio, aliado con la reina de Egipto Cleopatra, será derrotado por Octavio en la batalla de Accio (31 a. n. e.) lo que le abrirá a éste último la posibilidad de nombrarse emperador.

Con Octavio Augusto comienza el Imperio Romano y también la *Pax Romana* que garantizará una relativa estabilidad a todos los territorios bajo su control durante los dos primeros siglos de nuestra era. Eso no quiere decir que Roma renunciara a seguir su política expansionista (Britania, Dacia, etc.) y que no tuviera que defenderse de sus enemigos exteriores (germanos, partos, persas…) pero el sistema imperial se mantuvo con altibajos hasta la crisis del siglo III.

En parte, esa estabilidad se debió a que el Imperio se protegió tras unas fronteras fortificadas. Cuando el contorno del Imperio se delimitó, el «limes» o frontera tomó el aspecto de un camino de vigilancia y de una línea aduanera. Su puesta en práctica comenzó bajo los emperadores de la dinastía Flavia y alcanzó su máxima perfección bajo Adriano (120 d. n. e.). Sus características variaban mucho de una región a otra. En Germania, la parte norte de la frontera no estaba fortificada; era en Coblenza donde comenzaba el «limes» hasta el Danubio con una longitud de 550 kilómetros. Primero fue una simple empalizada, reforzada a continuación con un foso de 6 m de ancho. Un poco más atrás, un camino paralelo a la línea de combate facilitaba la vigilancia. La misma barrera estaba salvaguardada por puestos de combate avanzados, destacamentos de vanguardia que jalonaban la ruta, y por una línea de «castellae» ocupados por pequeñas guarniciones. En Gran Bretaña, el «limes» fue un auténtico muro de piedra bautizado como «Muro de Adriano.» El muro era relativamente alto y estaba coronado por un camino de vigilancia que jalonaban torres de centinela. En intervalos, más o menos regulares, tenía puertas, y los caminos o rutas que daban al exterior estaban vigilados por fortines aislados. Las legiones acampaban en el interior, en York y Chester.

No obstante, durante unos dos siglos y medio hasta mediados del siglo III, no hubo amenazas externas de importancia para el Imperio romano: las tribus germánicas estuvieron más o menos controladas y, por mucha angustia que causaran los partos, no dejaron de ser más que una

molestia intermitente en Siria y Palestina. Los germanos marcomanos y cuados resultaron bastante molestos en época de Marco Aurelio, entre los años 160 y 170, pero nunca supusieron un gran peligro. Sin embargo, a partir de mediados del siglo III, la presión de los bárbaros sobre las fronteras del imperio se volvió más acusada. Aunque fuera a rachas, también el reino persa de los Sasánidas (224-636) se convirtió en una fuerza más poderosa de lo que habían sido antes los partos y supuso una seria amenaza para algunas provincias orientales. La derrota y captura del emperador Valeriano a manos de Shapor I en el año 260 marcó un hito en las relaciones existentes entre el mundo romano y sus vecinos. La decadencia de Roma como potencia militar había comenzado.

A lo largo de sus mil años de historia, Roma recorrió casi todos los *casus belli* conocidos. Inicialmente los conflictos de vecindad debieron responder a los propios de una pequeña comunidad que afirma su independencia y pugna por ampliar su área de dominio e influencia. La leyenda, incluso nos habla de enfrentamientos con los sabinos por raptar a sus mujeres, en una guerra más de naturaleza tribal que de otro tipo.

Sin duda, conforme iba creciendo la población, se debieron emprender campañas por «hambre de tierras», apropiándose los romanos de las riquezas de otras comunidades próximas. Pero muy pronto los latinos comenzaron a tantear el camino de un expansionismo más meditado, recurriendo a la fórmula del sometimiento y la alianza prevalente sobre otros pueblos italiotas. Este proceder permitió a Roma contar, gracias a esas alianzas, con un apoyo militar que duplicaba sus efectivos movilizables.

Estas guerras contra samnitas, voloscos y otros, así como las defensivas frente a los galos, no alcanzaron en ningún momento una escala suficiente como para que Roma se planteara un imperialismo de envergadura. Esa posibilidad debió nacer a raiz de la lucha contra los griegos del sur de Italia y con la primera Guerra Púnica. La pugna con otra gran potencia, como era Cartago, por el control de Sicilia, fue lo que condujo a Roma por el camino del expansionismo de largo alcance. El costoso triunfo de la Segunda Guerra Púnica reveló a los romanos que fueran cuales fuesen las motivaciones reales de las guerras éstas, si se ganaban, podían ser muy rentables para la prosperidad de Roma.

Sobre las causas de la Segunda Guerra Púnica detectamos un empeño de los historiadores filoromanos (Tito Livio, XXI; Polibio, III) por culpabilizar a los cartagineses acusándoles de haber violado el «Tratado del Ebro» al ocupar la ciudad de Sagunto, aliada de Roma. Más alla de los debates historiográficos sobre el sentido del famoso «tratado» (Nicolet, 1982: 531, Mangas, 1988: 215-216) lo que podemos apreciar es que en la Tercera Guerra Púnica se han desvanecido ya los escrúpulos justificativos de los romanos. Cartago debía ser destruida por lo que argumentaba Catón el Censor.

Catón resumía a la perfección el peligro potencial del rival cartaginés cuando, enseñando al Senado un higo traído de Cartago, decía: «Esta magnífica fruta ha madurado a tres días de mar de Roma» (Plutarco, *Catón*, XXVII, l). Su permanente llamamiento: «Hay que destruir a Cartago», se fundamentaba en que la prosperidad de la vecina potencia era una amenaza a la prosperidad romana. Este argumento a favor de una «guerra preventiva» por razones económicas estará presente en la mayor parte de los conflictos que sostenga Roma, pues como afirma el historiador Nicolet (1982), fueran cuales fuesen las motivaciones que llevaban a un conflicto, la guerra por sí misma era ya para los romanos un fenómeno más económico que político.

Las guerras en el Mediterráneo oriental respondieron a causas aparentemente diversas en las que se mezclaban la pugna entre potencias por el control de zonas de influencia con campañas defensivas para preservar el propio territorio. La intervención temeraria, a la vez que insuficiente, de Filipo V de Macedonia al lado de Aníbal, entre 216 y 205 (a. n. e.), despertó en Roma la obsesión del peligro macedonio. Por esta razón, y apenas sometida Cartago, Roma emprendió en el año 200 (a. n. e.) una acción preventiva contra el sucesor de Alejandro, acción que la arrastraría a lo largo del siglo II a la conquista del mundo helenístico. No obstante, todas las campañas que se sucedan desde entonces tendrán ya un común denominador de fondo: las riquezas que las tierras conquistables atesoraban y la dinámica económica que la misma guerra generaba para Roma. No serán otras las razones que muevan su política exterior en los siglos siguientes.

Pero Roma conocerá también otras causas de conflicto. Se verá envuelta guerras con sus aliados itálicos (*sociis*), enfrentamientos que reci-

birán el nombre de Guerras Sociales y cuyo resultado redefinirá el mismo concepto de «romano», al verse obligada la ciudad-Estado a reconocer el derecho de ciudadanía a todos los pueblos de la península Itálica. Tendrá también que enfrentarse a importantes sublevaciones de esclavos, que los romanos denominarán «guerras serviles». Y en el último siglo de la República, Roma padecerá dolorosas guerras civiles, como manifestación extrema de la lucha de clases entre los hombres libres, o como producto de la ambición de importantes personajes con ascendiente sobre sectores del ejército. En este amplio abanico causal sólo las motivaciones religiosas estarán ausentes, el resto de las causas que pueden mover a una guerra fueron ya exploradas por los romanos.

Efectivos y recluta

A lo largo de los mil años de historia de Roma los efectivos de su ejército fueron muy distintos en función de su propio proceso de expansión como potencia imperial. En sus inicios, siglo VI (a. n. e.), los contingentes que podía movilizar eran parecidos a los de una ciudad-Estado helénica; sin embargo, durante las Guerras Púnicas, Roma se convirtió en la mayor fuerza militar del mundo antiguo en cuanto al número de hombres bajo las armas, número que no pudo disminuir en los siglos siguientes en la medida en que la anexión de nuevos territorios iba aumentando. Ni siquiera durante el largo período de la *Pax Romana* pudo prescindir de un numeroso ejército que velara por la salvaguardia del Imperio. No obstante, en el transcurso de los siglos se experimentaron distintas fluctuaciones que, en ocasiones, nos resultan difíciles de precisar, tanto en lo referente al número de tropas como a la composición social y geográfica de las mismas.

Roma no movilizó al principio más que dos legiones, alrededor de 9.000 hombres. En el año 310 (a. n. e.), a causa de las necesidades de expansión en Italia, el reclutamiento normal alcanzó cuatro legiones romanas, a las que vinieron a añadirse cuatro «alas», formaciones bastante análogas que aportaban los aliados, es decir, los italiotas que no poseían derecho de ciudadanía. Estas fuerzas quedaron divididas en dos ejércitos idénticos: dos legiones, más dos alas, mandadas cada una por un cónsul. Pero desde finales del siglo III (a. n. e.) los contingentes romanos habían creci-

do de tal forma que constituían ya el ejército más numeroso de cuantos habían operado en la cuenca del Mediterráneo.

No obstante, debemos distinguir entre los efectivos movilizables y las tropas realmente movilizadas en cada ocasión. En el primer caso, y tomando como referencia todos los varones del censo sin tener en cuenta su condición social, nos encontraríamos frente a una cifra realmente impresionante para la época que podía rondar los 300.000 movilizables. Polibio (XI, 23, 9), recogiendo una información de Fabio Pictor, aporta la cifra de la totalidad de los efectivos movilizables por Roma y sus aliados italiotas en el año 225 (a. n. e.), con ocasión de la guerra contra los galos, y llega a la impresionante cantidad de 768.000 hombres, infantes y caballeros, cifra que sin duda se debe a un error de cálculo, aunque en aquel momento se encontraban en armas 210.000 hombres. Fue esta superioridad numérica en las reservas lo que permitió a Roma emprender guerras en Occidente (Hispania), en África y en Oriente al mismo tiempo. Durante los primeros años de la Segunda Guerra Púnica (hasta el año 215) puede considerarse que Roma movilizó el 12 o 13% de su población total, lo que constituye un porcentaje considerable y se aproxima al de las grandes guerras actuales.

Con las guerras civiles del siglo I (a. n. e.) los efectivos en los ejércitos combatientes se incrementaron considerablemente. Según estimaciones, entre los años que van del 49 al 32 se reclutaron sólo en Italia 420.000 hombres, y Augusto llegó a tener bajo su mando medio millón, cifra verosímil ya que sabemos que después de la batalla de Accio tuvo que desmovilizar a unas 30 legiones, más de 190.000 soldados.

En el reinado de Nerón, estaban operativas 28 legiones de unos 6.000 hombres, aunque los cuerpos auxiliares duplicaban ese número. Así pues, nos encontraríamos con un ejército que podía alcanzar los 300.000 soldados, si bien es cierto que estos contingentes tendieron a estabilizarse.

A lo largo de los primeros siglos del Imperio las legiones disponibles fluctuaron entre 25 y 30, suficientes para cubrir las necesidades de tan vasto territorio como llegó a dominar Roma. Estas fuerzas se repartían principalmente en cuatro zonas; alrededor de un 10% estaba acuartelado en Britania; en el Rhin se desplegaba un 20% de las legiones; un 40% pres-

taba servicio en el Danubio, mientras que el 30% restante se hallaba acantonado en Siria. Estas legiones seguían estando reforzadas por cuerpos auxiliares de aliados, lo que aumentaba el número de componentes. Por ejemplo, la tercera legión «Augusta», acampada en Labesa (Numidia) sumaba con sus auxiliares unos 12.000 hombres.

Como podemos apreciar la casi totalidad de las legiones quedaban repartidas entre las provincias fronterizas mientras que las del interior estaban prácticamente desprovistas de tropas, con la excepción de Roma e Italia, donde tenían su guarnición las cohortes pretorianas. Estas últimas, verdadera guardia imperial y tropas de mantenimiento del orden fueron un fermento de anarquía pues por medio del amotinamiento dieron el poder a varios emperadores, aunque también los ejércitos del Danubio y de Oriente impusieron igualmente en algunas ocasiones a sus candidatos al trono.

Con la crisis del siglo III, aunque los datos que poseemos son escasos, el número de legiones aumentó pero parece ser que los efectivos por unidad disminuyeron. En el año 270 habría ya 40 legiones desplegadas, llegando hacia el año 400 a 170 pero de solamente 1.000 hombres cada una, más otras 400 unidades de auxiliares con unos 100.000 hombres y 300 de caballería con 65.000, lo que vendría a totalizar unos 335.000 soldados, un número inferior al movilizado a finales del siglo I (a. n. e.).

La composición social y la procedencia de las tropas también variaron sustancialmente a lo largo del tiempo. En los primeros siglos de la República el ejército romano se componía, en parte, de ciudadanos y, en parte, de los contingentes aliados, reclutados conforme a la fórmula *togatorum* por la cual los aliados de Roma, especialmente los latinos, se veían obligados a contribuir de forma masiva, regular y perpetua al esfuerzo de guerra romano tanto en el plano militar como en el financiero. Respecto al primer rango, el correspondiente a los ciudadanos de pleno derecho, la recluta era por conscripción y censataria lo que reflejaba la división en clases de la sociedad romana, y respondía por completo al tipo de ejército cívico de las ciudades griegas de la época clásica.

Según la tradición fue Servio Tulio (siglo VI) quien reglamentó el reclutamiento. No debía ni podía defender la ciudad más que el hombre

libre, el ciudadano, el propietario. El modelo descansaba en que sólo se peleaba si había algo que defender, entendido como fortuna personal o propiedad territorial. Los ciudadanos se repartieron en varias clases según un «censo» determinado. En circunstancias normales sólo estaban obligados a prestar servicio los ciudadanos de las cinco clases censales. Eso quiere decir que en el siglo II (a. n. e.) sólo se movilizaba a los que poseían como mínimo una fortuna de por lo menos 12.500 u 11.000 *ases* que estaban encuadrados en la quinta clase, quedando así excluidos los *proletarii* y los *capite censi*, que no alcanzaban esa determinada calificación censataria. Hemos de tener en cuenta que dieciséis *ases unciales* equivalían a 3'89 grs de plata.

No obstante, en caso de peligro se realizaban reclutamientos en masa e incluso los más pobres podían ser llamados a filas. Al ciudadano que desobedecía el llamamiento se le consideraba desertor, como si él mismo abandonase su calidad de ciudadano y era vendido como esclavo. En el año 216 (a. n. e.), tras el desastre de Cannas, se enroló incluso a contingentes de esclavos comprados por el Estado a los que se les prometía concederles la libertad. Hasta a los condenados que cumplían prisión se les permitió alistarse. Medidas excepcionales de este tipo se tomaron también durante la Guerra Social y las Guerras Civiles.

Fuera de la excepción, todos los ciudadanos de las cinco clases estaban sujetos al servicio de armas entre los 17 y 46 años, eran los *júniores*. De los 46 a los 60 años se pasaba a la reserva (*séniores*) pudiendo ser movilizados como milicia territorial. Los primeros debían responder a la llamada del magistrado con *imperium*, casi siempre el cónsul, que los convocara. Todos los años, según las necesidades, se hacía una leva de tropas (*dilectus*), en principio para el tiempo de duración de una campaña. En el mes de marzo, al comenzar la primavera, se les formaba en el Campo de Marte y se procedía a la constitución de las unidades y a la designación de los jefes. El ejército no tenía carácter permanente y era licenciado tan pronto como volvía la paz o al iniciarse el otoño en el mes de octubre. Así, la legión nacía y moría, cambiaba de nombre o de número en cada reclutamiento y no poseía ninguna tradición. Sólo a finales del siglo IV (a. n. e.), y especialmente durante las Guerras Púnicas, se comenzó a mantener a los soldados de año en año para un número determinado de campañas. Cada año el

Senado, al igual que decidía la cuantía de la leva, acordaba también conceder la licencia (*missio*) a ciertas tropas reclutadas años antes. A este respecto, no existía una ley fija, sino tan sólo la costumbre.

A finales del siglo II (a. n. e.), el ejército dejó de ser censatario. Según algunos autores, durante la Segunda Guerra Púnica comenzaron a producirse disminuciones progresivas en las cuantías censales, tal vez para atender a las necesidades de una larga contienda. La disminución habría sido significativa, según Polibio se habría reducido a 4.000 ases (VI, 19, 1). Para Cicerón (*De Rep.*, 11, 40) habría sido mucho mayor, quedando fijada en 1.500 ases. Por fin, en el año 107 (a. n. e.), un cónsul, Cayo Mario, aceptó por primera vez, para una leva limitada de 5.000 hombres, a todos los que se presentaron, aunque fueran proletarios.

Lo cierto es que los proletarios pronto formarían el elemento fundamental, lo que hizo decir al historiador Piganiol que fue el ejército de los pobres quien forjó el Imperio. Así, el ejército pasó a ser en parte voluntario y profesional aunque no completamente ya que el servicio militar siguió siendo obligatorio. Todavía se recurría a la conscripción en la época de Augusto, por ejemplo, a raíz del desastre de Varo. Publio Quintilio Varo era el legado en Germania cuando en el año 9 (d. n. e.) el ejército que guarnecía la región de Westfalia fue atacado por los queruscos, que se habían rebelado. Varo se internó imprudentemente en territorio hostil, con tres legiones, la XVII, la XVIII y la XIX, que fueron masacradas tras una sangrienta emboscada en el bosque de Teutoburgo. Varo, herido en la batalla, optó por suicidarse arrojándose sobre su espada.

Pero excepto circunstancias puntuales, el ejército se fue nutriendo cada vez más del alistamiento voluntario y el servicio para los legionarios se planteó por un largo plazo ya que Augusto lo amplió de 16 a 20 años. Se acentuaba así su carácter permanente, con un prolongado período de prestación. Resulta significativo que bajo Tiberio (14 d. n. e.) las tropas de Germania se rebelaran, exigiendo para los viejos soldados una licencia más temprana que cifraban en 16 años de servicio como máximo.

Las consecuencias de la llamada reforma de Mario fueron numerosas, por de pronto la transformación profunda del carácter del ejército al aparecer el soldado profesional vinculado estrechamente a sus jefes por lazos

de interés. También supuso la permanencia de ciertas legiones, lo que posibilitó el nacimiento de una tradición y de un espíritu de cuerpo. En un plano más concreto e inmediato la medida facilitó la formación de cuadros subalternos experimentados.

Respecto a la composición geográfica de la tropa hemos de tener en cuenta que desde sus orígenes el ejército romano era en su mayoría, entre el 55 y el 66 %, italiota. Cada legión de ciudadanos quedaba prácticamente doblada por un contingente equivalente de aliados procedentes de diversas comunidades peninsulares vecinas de Roma. En la península itálica existían entre 153 y 174 comunidades aliadas de Roma, cada una de las cuales debía aportar un contingente mínimo de 630 y luego de 450 hombres, aunque no forzosamente todos los años. Un senadoconsulto determinaba cuáles eran las que estaban obligadas a hacerlo y, parece ser que los romanos habían previsto que existiera un turno cada cuatro años.

Desde comienzos del siglo II (a. n. e.) los contingentes aliados adquirieron una importancia considerable y llegaron a constituir los dos tercios de las tropas; pero con la concesión del derecho de ciudadanía a toda Italia en el año 89 (a. n. e.), se acentuó el carácter «nacional» del ejército romano. En todas las épocas se tuvo preferencia por los soldados de origen campesino, y después de las Guerra Sociales las legiones comenzaron a nutrirse preferentemente con levas efectuadas en las zonas rurales. También se reclutó en las provincias; por ejemplo en las campañas de Oriente o Hispania, Roma utilizó contingentes locales, más o menos equivalentes a los mercenarios, tropas ligeras que, en ocasiones, constituían cuerpos especiales como los arqueros cretenses (*sagittarii*) o los honderos baleares (*funditores*).

En las guerras civiles lucharon tropas de origen muy diverso, ejércitos formados casi exclusivamente por voluntarios y profesionales, como el ejército de las Galias de César, reclutado en gran parte entre los ciudadanos de la Cisalpina, o ejércitos movilizados apresuradamente de forma coactiva, como las tropas pompeyanas de Italia levadas en el año 49 (a. n. e.), o algunas de las legiones formadas en Hispania y llamadas vernáculas. Con Augusto solamente los italianos y algunas ciudades de Hispania y de la Galia poseían el derecho de ciudadanía. Cuando las posibilidades de reclutamiento disminuyeron, para salvar el principio y vincular a los solda-

dos por un lazo cívico, se optó por hacer ciudadano a todo alistado en el momento en que firmaba su compromiso.

La legión y el legionario

La unidad estratégica y táctica de estos ejércitos era la legión y como tal quedó definida posiblemente antes de la Segunda Guerra Púnica, aunque ignoramos si en época anterior recibía ya este nombre. Lo que conocemos de ese período temprano como legión manipular lo sabemos por Tito Livio (VIII, 8) y Polibio (VI, 19-43) y, aunque en sus descripciones constatamos alguna discrepancia, podemos reconstruir con bastante precisión cómo se configuraba esa formación militar.

La célula básica de la legión era el manípulo, unidad táctica, de mando y administrativa, formada por dos centurias que, inicialmente, como indica su denominación, debieron estar constituidas por cien hombres pero que, en un momento impreciso, pasaron a formarla unos 60 legionarios. La característica principal de los manípulos era que en la formación de combate, cuando la legión se hallaba desplegada, estas unidades se disponían separadas por intervalos y además dispuestas al tresbolillo. En ese sentido, el manípulo estaba concebido como una unidad autónoma entrenada para realizar ataques y retiradas alternativamente, y así es como la entendieron tanto Tito Livio como Polibio. Constituía, por tanto, un progreso en cuanto a la flexibilidad en el combate y significaba, al menos en parte, el abandono de la táctica de la línea hoplita. Con las reformas introducidas por Mario, el manípulo perdió esa función, aunque lo cierto es que hasta el Imperio fue la base administrativa de la legión y sobrevivió como unidad con un fuerte espíritu de cuerpo. Cada manípulo poseía una insignia (*vexillum*), instrumento de mando y conexión a un tiempo en el campo de batalla para transmitir las órdenes, aunque también operaba como lazo psicológico y religioso entre los hombres.

Treinta manípulos, más la infantería ligera, —unos 1.200 hombres denominados *velites*— constituían una legión de en torno a 5.000 hombres. Pero lo cierto es que los efectivos de cada manípulo eran diferentes, según la categoría (la «línea») a la que pertenecían, ya que dentro de la legión había diferentes rangos (*órdines*) que, en un principio, respondían a las dis-

tinciones censatarias y a las diferencias de armamento, de ahí los viejos nombres: *príncipes*, primeros; *hastati* los que iban armados con el hasta o lanza; y *triarii* los que ocupaban la tercera línea. En los siglos III y II (a. n. e.) aunque subsistieron estos nombres ya no guardaban relación con el rango social. En realidad, los *hastati* pasaron a ocupar la primera línea y eran soldados jóvenes de veinticinco a treinta años, los *príncipes* formaban la segunda, con hombres maduros de edades que oscilaban entre treinta y cuarenta años. La mitad de la tercera línea estaba constituida por los *triariis*, veteranos ya en su última campaña y, la otra mitad, por *velites*, reclutas de diecisiete a veinticinco años.

A cada legión se sumaba un cuerpo de caballería dividido en 10 escuadrones (*turmas*) compuestos cada uno de ellos por tres *decurias*, en total unos 300 jinetes. Al conjunto se añadían unidades de artillería, ingenieros y músicos militares, más las tropas aliadas y los auxiliares. También, cada legión disponía de unas 500 acémilas para el transporte de las máquinas bélicas y de las tiendas de cuero para levantar el campamento.

La legión manipular suponía una ruptura frente a la formación tradicional de la falange. Fuera cual fuese su número, la falange siempre entraba en acción como una unidad. La nueva formación romana, por el contrario, consistía en treinta unidades combatientes que formaban en tres líneas separadas entre sí por unos 75 metros, desplegándose sobre un frente de 350 metros. Cada manípulo se constituía como una pequeña falange de 12 filas y 10 hileras que ocupaba un frente aproximado de 18 metros con una profundidad de 13, proporcionando al soldado amplio espacio para el libre uso de sus armas. Una distancia igual a su propio frente separaba a cada una de estas unidades de la vecina, con el fin de permitir la maniobra en terreno accidentado. Los manípulos de la segunda línea se hallaban formados tras la primera en disposición ajedrezada, lo que les posibilitaba moverse fácilmente hacia adelante cuando convenía, ocupando los claros y presentando así un sólido frente de falange al enemigo. De la misma manera, cuando era necesario, las unidades de la primera línea podían retirarse a los claros de la segunda. En la tercera línea, 10 unidades de infantería ligera se alternaban con otras tantas de reserva. Este tipo de disposición ofrecía una mayor movilidad y permitía pasar con rapidez de la columna de marcha a la línea de despliegue.

Las ventajas e inconvenientes de la legión y la falange fueron ya entonces objeto de reflexión para los escritores militares del mundo antiguo. Polibio, preceptor de Escipión Emiliano, era partidario de la legión, a pesar de su origen griego, aunque bien es cierto que había sido tomado como rehén por los romanos tras el desastre macedónico en la batalla de Pidna, perdida por los griegos por la indiscutible ventaja táctica de la legión manipular.

Se suele atribuir la desaparición de la legión manipular a las reformas que introdujo Mario en el ejército. Lo cierto es que ya en el curso de la Segunda Guerra Púnica y sobre todo en el siglo II (a. n. e.) había hecho su aparición un nuevo tipo de unidad llamada a tener un gran futuro: la cohorte. La cohorte nacía al agrupar 3 manípulos (uno de cada orden), esa nueva unidad táctica pasaba a estar constituida por 600 hombres. Se conservaron los antiguos nombres de *hastati*, *príncipes*, *triarii* por respeto a la tradición, pero el armamento fue uniforme cobrando importancia el venablo (*pilum*) y la espada (*gladius*). Las 10 cohortes de cada legión, numeradas y, lo que es más importante, jerarquizadas según el rango de los que las mandaban, formaban en 3 líneas. En la primera los *triarii* o *pilani*, por ir armados con el *pilum*; en la segunda los *príncipes* y, finalmente, los *hastati*. Se trataba del antiguo orden de batalla pero invertido.

Cuatro cohortes se emplazaban en la primera línea y tres en la segunda y tercera respectivamente. Los claros quedaban reducidos creando un frente de 320 metros para una legión de 3.600 infantes. Una fuerza de 25.000 soldados de infantería, o sea siete legiones en tres líneas, ocupaba alrededor de 2,5 kilómetros de frente. Esta formación era falangita, ya que lo propio de la cohorte era presentar de nuevo, como en el antiguo ejército basado en la falange, un frente continuo.

Diez cohortes componían las legiones de César y aunque los contingentes variaban mucho, una fuerza de 360 hombres puede ser considerada como un buen promedio para una cohorte sobre el terreno. A estos 3.600 soldados de infantería pesada se agregaban suficientes contingentes de infantería ligera y caballería hasta formar un total de cinco o seis mil hombres. Aunque una fuerza de 300 jinetes apoyaba a cada legión, la caballería romana siguió contando poco y el jinete legionario, sin silla ni estribos, puede ser considerado simplemente como un dragón, o sea, como un infante montado.

La práctica de combinar una legión romana con otra italiota cayó en desuso, y ambas clases de ciudadanos se mezclaban en las filas como soldados de fortuna. A cada legión, concebida ahora como una unidad permanente y autónoma, fue necesario proporcionarle también todos los elementos administrativos y artesanos necesarios. Así mismo a partir de Mario cada legión tendrá como insignia un águila, que será objeto de veneración y reforzará el espíritu de cuerpo de cada unidad.

La Legión romana adoptó, al menos desde la Segunda Guerra Púnica, sin duda por necesidad, las técnicas de asedio mediante el uso de la artillería. Las máquinas de asedio habían hecho su aparición hacia el 400 (a. n. e) en el mundo helenístico. Fue muy comentado el uso de las mismas que Alejandro hizo en el famoso sitio de Tiro (332 a. n. e.) pero no terminaron de perfeccionarse hasta el siglo I (a. n. e.) con el ejército romano. Podemos conocer con bastante exactitud este tipo de piezas gracias a los restos arqueológicos hallados, a algunos fragmentos que nos quedan de un tratado de arquitectura y mecánica militar, escrito por Filón de Bizancio, en el siglo II (a. n. e.), pero, sobre todo, gracias a la descripción que de ellas hace Vitruvio en su obra *Los diez libros de la arquitectura* (X, 15-22). En este tratado, el autor romano nos describe desde el ariete, —cuya invención atribuye a los cartagineses en el sitio de Gadir (¿?)— hasta cómo deben construirse las torres de asalto móviles, citando como su inventor a Diades, ingeniero en el ejército de Alejandro Magno. Pero las máquinas que nos explica con más precisión y detalle son las de tiro, dando incluso las dimensiones de las diferentes piezas para su fabricación y ensamblaje.

Este tipo de armas se pueden clasificar en dos grandes grupos: las armas de tiro tenso del tipo catapulta y las armas de tiro curvo tipo balista. Hemos de aclarar que vulgarmente, e incluso algunos autores documentados, suelen confundir el nombre de estas dos piezas denominando como catapulta a una máquina de tiro curvo. El término catapulta procede del griego y literalmente se podría traducir como «lanza-venablos». En el caso de los ejércitos romanos sólo las catapultas arrojaban este tipo de proyectiles que denominaban *pila*, *muralia* o *trifaces*. Las balistas, por el contrario, arrojaban piedras u otro tipo de objetos.

Las máquinas de tiro tenso, tipo catapulta, funcionaban como una ballesta gigante y eran capaces de lanzar venablos de entre 50 y 100 kgs de

peso, a distancias de 400 o 500 metros. Filipo de Macedonia disponía de 150 catapultas; Escipión el Africano encontró en Cartago, una vez hubo ocupado la ciudad, 120 de estas máquinas de gran tamaño y otras 281 más pequeñas. En el sitio de Jerusalén (70 d. n. e.) los romanos contaron con 300 catapultas.

Las catapultas servían tanto para el asedio como para la defensa de los sitiados ya que, provistas en la punta de sus proyectiles de material inflamable, servían para incendiar las torres de asalto o las «tortugas» y «galerías» que podían utilizar los atacantes. Éstas eran refugios provistos de ruedas y cubiertos de pieles, a modo de casetas móviles, que servían para proteger a un grupo de asaltantes que empujaban el armatoste para aproximarse a la muralla.

Las balistas funcionaban por la torsión de cuerdas, que Vitruvio aconseja estuvieran fabricadas con tendones de animales o cabellos de mujer. Al distenderse el brazo que en su base estaba amarrado a ese tipo de cordaje, la máquina era capaz de arrojar a 225 m proyectiles de 20 o 30 kgs. El «escorpión» y el «onagro» eran dos variantes más reducidas de este tipo de armas.

Esta artillería no poseía una organización autónoma, se fabricaba y accionaba por parte de los legionarios pero con la ayuda de obreros especializados, los *fabri*. Sólo en la época de Trajano llegaría a ser hipomóvil. A fines del Imperio cada Legión estaba dotada con 55 balistas servidas cada una por 11 hombres.

Con el Imperio, la legión no sufrirá muchas modificaciones. La primera cohorte pasó de seis centurias, como era lo habitual, a estar configurada simplemente por cinco, aunque se aumentaron sus efectivos hasta 800 hombres. Así mismo, cada legión quedó numerada y se la bautizó con un nombre (Augusta, Gallica, etc.) y un calificativo (*pia*, *felix*, etc.) que conservaron a lo largo del tiempo. Las legiones derrotadas nunca eran sustituidas con el mismo nombre o número.

Los cuerpos de infantería auxiliar, compuestos por indígenas, también fueron agrupados en cohortes y se reorganizó la caballería apareciendo cuatro cuerpos diferenciados: la caballería mixta, que combinaba un 25% de jinetes con infantería; la caballería legionaria, que reproducía la existen-

te en época anterior; la caballería de las alas, formada por unos 500 efectivos de profesionales reclutados entre los que poseían el derecho de ciudadanía y, por último, la caballería indígena, que no tenía carácter permanente y estaba compuesta por mercenarios extranjeros.

El mando de las legiones en los primeros siglos reflejaba la jerarquía de las clases sociales en la atribución de los grados, pero también la escasa distinción entre lo político y lo militar; lo segundo era en Roma prolongación de lo primero hasta que, con la crisis de la República en el siglo I (a. n. e.), se invierta de algún modo esta relación. En el ejército más antiguo las legiones eran conducidas por los dos cónsules electos, máxima autoridad ejecutiva de la República, que ostentaban el mando supremo de la formación militar en días alternos. Tal planeamiento, poco eficaz desde el punto de vista estratégico, perseguía el objetivo de refrenar las tendencias caudillistas, y el cónsul que actuaba como comandante en jefe era responsable de todos sus actos ante el Senado. En suma, el ejército romano de época republicana era una milicia formada por oficiales de reserva, sin ningún núcleo permanente que pudiéramos equiparar con un estado mayor. Éste es el tipo de legión que afrontará las Guerras Púnicas saliendo airoso de estas contiendas a pesar de sus debilidades.

En los mandos habrá que distinguir entre cuadros superiores y subalternos. Entre los primeros estaban los legados, los cuestores y, por supuesto, los generales con *imperium* (pretores y propretores, cónsules y procónsules) que se hallaban, evidentemente, a caballo entre lo político y lo militar. Eran magistrados o exmagistrados que, por tanto, obtenían la jefatura, al menos indirectamente, de las elecciones que se realizaban en Roma. Los legados aparecieron de forma estable sólo después de la reforma de Mario, todos ellos eran senadores y era el Senado quien los designaba.

Por debajo de estos cuadros figuraban seis tribunos militares, cuya autoridad puede compararse a la de los coroneles. En un principio, estos oficiales eran nombrados por el comandante en jefe (Tito Livio, VII, 5, 3). Posteriormente, el pueblo adquirió el derecho a elegir algunos de ellos (*Lex Atilia* del año 311; Tito Livio, IX, 30, 3) pero a finales del siglo II, la *Lex Rutilia* (105 a. n. e.) estableció que parte de los tribunos volvieran a ser nombrados por el mando superior entre aquellos que hubieran prestado servicio militar durante cinco o diez años, en un intento de rentabilizar la veteranía. Por turno cada uno de ellos comandaba la legión.

Los tribunos militares, elegidos por el pueblo, lo eran en los comicios tributos, que les confería el grado por un año. Todos eran jóvenes pertenecientes a buenas familias de la clase senatorial o de la clase ecuestre (*equites* o caballeros). Los tribunos senatoriales eran llamados *laticlavii* y los otros *angusticlavii*. Para los primeros, el mando militar era un paso más en la carrera política, mientras que para los procedentes del *ordo* ecuestre ser tribunos militares era una forma de promoción social. Eran los tribunos militares o los prefectos quienes mandaban cada uno una cohorte o un ala de caballería, y eran quienes nombraban a los centuriones. Al prestigio que esto suponía hemos de añadir que, en el último siglo de la República, obtenían importantes recompensas económicas.

De entre los subalternos los que mejor conocemos y los más populares eran los centuriones; su figura es central en la historia del ejército e incluso de la sociedad romana. Un centurión mandaba un *orda* o centuria, por tanto había dos por manípulo y 60 por legión. El más antiguo ostentaba a la vez la jefatura de la centuria derecha y del manípulo, el otro mandaba la centuria de la izquierda.

Por lo general, los centuriones procedían de la clase de tropa, y hasta la época del Imperio el grado se obtenía por mérito, pudiéndose apreciar con el paso del tiempo una clara tendencia a la profesionalización. La permanencia en filas, la experiencia y el oficio proveyeron el lote de cuadros de carrera a los que se accedía por escalafón. Los mejores soldados podían aspirar al grado de centurión y la gran mayoría de los tribunos escogidos por el general en jefe provenían del centurionado.

El centurión de mayor grado era el *pilus prior* (*primipile*) de la primera cohorte, que gozaba de gran autoridad y prestigio, tanto social como militar. Los centuriones de la primera cohorte formaban parte, al menos desde el año 89 (a. n. e.), del *consilium* del general que mandaba la legión. Andando el tiempo, el sistema se hizo más flexible a medida que las clases aristocráticas se apartaban cada vez más de un servicio prolongado; los oficiales de carrera pudieron gradualmente ascender a la dignidad del orden ecuestre, que les abría las puertas de los grados superiores. Bajo Septimio Severo (193-211) los oficiales de escalafón pudieron ambicionar los más altos puestos.

Durante todo el período republicano la forma de reclutamiento de los generales y jefes tuvo como consecuencia la casi inexistencia de un órgano técnico permanente —un estado mayor— que centralizara y coordinara todo. En teoría era el Senado el que desempeñaba colectivamente ese papel con todas las deficiencias e inconvenientes que se puedan imaginar. Por otra parte, la profesionalización del ejército se concretaba con menos claridad en la cima de la jerarquía que en la base, lo que produjo un doble efecto. Muchos nobles huían de prestar ese servicio para centrarse en una carrera política meramente civil, mientras que otros apreciaban en los triunfos militares un acceso, algo aventurado pero rápido, a las más altas magistraturas. Esta evolución, paralela a una cierta relajación de los poderes del Senado, terminó en la separación casi total de las carreras civil y militar.

En suma podemos definir al ejército romano como un ejército esencialmente de infantes, que libraba los combates decisivos en tierra por medio de la infantería y tanto en campo abierto como cerrado seguía siendo básicamente una lucha individual en la que el vigor y la habilidad eran factores determinantes. Sin embargo, las etapas del combate y los movimientos colectivos eran lo bastante típicos o repetitivos como para que sea posible juzgar su eficacia.

La legión manipular una vez entraba en contacto con el enemigo acostumbraba a tomar la iniciativa, aun contra fuerzas superiores en número. Los *velites* iniciaban la acción lanzando una andanada de jabalinas antes de retirarse a la retaguardia. La formación masiva no podía esperar pasivamente el choque bajo una lluvia de proyectiles, por eso las falanges o a las legiones marchaban rápidamente al encuentro unas de otras para escapar a estas armas mortíferas. Seguidamente, los manípulos de *hastati* emprendían una carga, arrojando sus lanzas y arremetiendo a la carrera con sus espadas antes que el enemigo tuviera tiempo de recobrarse. Y, en rápida sucesión, les seguían los *príncipes*, que añadían un segundo choque al debilitado adversario. Si se encontraban en dificultad, los *hastati* se retiraban lentamente a los claros de la segunda línea, formando temporalmente una falange o bien, en caso de extrema necesidad, los veteranos *triarii* de la reserva acudían en su ayuda. Esa circunstancia se producía raramente ya que existía una expresión, para designar lo encarnizado de la batalla, que era: «la lucha llegó a los *triarii*» (*res ad triarios venit*).

En este sentido la legión era una formación en que la utilización inicial de la masa debía conducir al cuerpo a cuerpo y al combate individual con la espada a sabiendas de que cada combatiente podía ser relevado cuando se encontraba fatigado, ya que había una alimentación en profundidad en el sentido de cada fila. A esta continuidad de la lucha en el interior de una misma «fila» debía añadirse otra al entrar en acción las «líneas» siguientes que se cerraban sobre la primera para acentuar la presión en caso de éxito, o la recibían y se aprestaban a ofrecer una resistencia mayor.

Durante mucho tiempo la táctica romana siguió siendo primaria y rutinaria. El sistema legionario ofrecía posibilidades nuevas con su relativa flexibilidad, con sus tres líneas de manípulos en cuadros alternados, con sus intervalos que permitían el acoplamiento de las líneas siguientes, la facilidad de los movimientos de los combatientes y la combinación venablo-espada. Pero fuera de esto la táctica básicamente no evolucionó, la mayor parte de aquellos generales ocasionales, que eran los cónsules, se apegaban, faltos de iniciativa, a la tradición, y lo mismo ocurrió con quienes les sucedieron.

Con las reformas de Mario, la introducción de la cohorte y la profesionalización del ejército en el Imperio, tampoco se produjeron grandes cambios y las tácticas de combate difirieron poco de las anteriores. El bajo y macizo soldado romano continuaba ganando batallas pasando bajo las lanzas que se le oponían e hiriendo con su espada. El único cambio consistió en el incremento del uso de armas arrojadizas con la finalidad de debilitar al enemigo mediante una prolongada descarga de venablos. Colocándose a la distancia de tiro de jabalina, las filas de retaguardia avanzaban al frente para arrojar sus lanzas, mientras que las tropas ligeras suministraban un constante abastecimiento de armas. El *scutum* o escudo probó ser tan adecuado como el *pilum* ya que en estos intercambios de proyectiles se producían escasas bajas romanas, mientras que los legionarios abrían a menudo boquetes en la línea enemiga.

Con la introducción de la cohorte, si bien la legión había perdido mucho de su movilidad, la nueva formación podía constituir rápidamente el cuadro para una desesperada resistencia. La primera, segunda y tercera cohortes continuaban de frente, mientras que la quinta y sexta giraban para alinearse a la derecha, la cuarta y séptima a la izquierda, y la octava, novena y décima a la retaguardia.

Esta formación militar que fue la legión, la más perfecta según algunos hasta el advenimiento del ejército napoleónico, descansaba, no obstante, en los soldados que la formaban. Sobre el aspecto físico del legionario romano tenemos una descripción idealizada que Vegecio ofrece en su obra para orientar a los que realizaban la recluta: «Los soldados jóvenes deben tener una mirada despierta, llevar la cabeza erguida, su pecho debe ser ancho, sus hombros musculosos y fuertes, sus dedos largos, sus brazos fuertes, su cintura pequeña, sus piernas y pies tan nervudos como flexibles. Cuando tales señas se encuentran en un recluta, una estatura pequeña puede dispensarse…» (I, I).

El autor reconoce que en épocas anteriores, posiblemente en la República, se exigía una estatura mínima de un metro sesenta y dos centímetros pero que, al dedicarse la flor de la juventud romana al servicio civil del Estado, resultaba mucho más difícil discriminar en función de ese criterio, lo que obligaba a ponderar como más importante que el legionario fuera fuerte antes que alto.

Sin llegar a saber cómo serían estos hombres lo que sí podemos deducir es que, en general, eran más bajos que el soldado moderno, aunque tremendamente resistentes, según se desprende del adiestramiento al que eran sometidos y de la actividad que desplegaban en campaña.

Antes de ser encuadrados en el servicio activo, los legionarios habían de pasar por un período de ejercicios preliminares, consistente en carreras, saltos y escaladas. Luego, ya en sus unidades, los instructores les sometían a una preparación militar específica: lanzamiento de jabalina, esgrima contra maniquíes y marchas. No obstante, los simulacros de combate eran la prueba favorita, y Polibio dice que las armas con las que se practicaban pesaban el doble de las empleadas en la batalla real. Sobre estos entrenamientos es proverbial la frase de Flavio Josefo que afirma que «estas maniobras eran como combates sin sangre y sus combates como maniobras sangrientas» (B.J. III, 74). Fuera cual fuese la duración del servicio, el entrenamiento del legionario no cesaba nunca. Trabajos públicos a veces innecesarios o marchas sin utilidad alguna eran ordenadas simplemente para el mantenimiento de la disciplina y la dureza corporal.

Polibio alababa del legionario sobre todo su disciplina, que comparaba con la del combatiente griego que luchaba con valor, pero no trabaja-

ba; se entregaba a una causa, pero no obedecía. El romano, por el contrario, se entregaba y combatía; trabajaba y obedecía. Vegecio, por su parte, se encarga de prevenir a los mandos ante el ardor guerrero de los jóvenes, muy poco conveniente para una acción eficaz y de conjunto en el campo de batalla. De todo esto se desprende que el primitivo legionario, con su rapada cabeza y su pardo capote debía estar muy alejado de las cualidades que se resumen con la expresión de «espíritu militar» en un sentido heroico, ya que ante todo debía ser disciplinado y con poca iniciativa, sufrido y, sobre todo, resistente. Su fortaleza y resistencia quedaba avalada por la impedimenta que debía portar y que comprendía capote, escudo, coraza, casco, armas, hacha, azada, hoz, olla para cocinar varias raciones y dos gruesas estacas para montar el campamento. En total no menos de 25 kilos. Los útiles y las provisiones, dentro de un petate, colgaban de una pértiga ahorquillada a la que se llamaba «mula de Mario» y que facilitaba el acarreo.

El armamento del ejército al que hace referencia Tito Livio se componía de un gran escudo redondo de bronce (*clipeus*), el casco, la armadura y las grebas. Las armas ofensivas eran la lanza (*hasta*) y la espada de hierro. Pero los autores romanos afirman, siguiendo una tradición que se remonta a Fabio Pictor, que sus ejércitos siempre supieron adoptar las armas de sus adversarios cuando les parecían eficaces. Hubo en este sentido tres cambios fundamentales: la sustitución del escudo, la adopción del *pilum* y de la espada corta hispánica.

El escudo redondo primitivo fue sustituido por el *scutum*, escudo largo de forma rectangular (125 x 75 cm) y semicilíndrica, construido con madera, cuero y metal. El *pilum*, tal vez de origen galo, era un venablo de unos 200 cm, confeccionado con madera y con una larga punta de hierro a modo de arpón. Algo más de la mitad era el asta y el resto una delgada varilla metálica alanceolada en el extremo. Su peso rondaba los 1.200 grs y podía alcanzar los 30 m cuando era arrojado. Si se utilizaba una correa propulsora (*amentum*) llegaba a alcanzar el doble de distancia. Estaba muy bien equilibrado y se utilizaba para ser lanzado antes del cuerpo a cuerpo, hiriendo al enemigo o inutilizándole el escudo ya que su punta se doblaba al clavarse; aunque también podía ser usado como bayoneta.

La adopción, al menos en el siglo III (a. n. e.), de la espada corta (*gladius*) completó el armamento característico del legionario romano. Esta

espada de unos 55 cm tenía doble filo, hoja ancha y afilada punta. En calidad y acabado, las armas eran superiores a cualquiera de las producidas hasta entonces en el mundo antiguo. El *pilum* era capaz de penetrar en la más recia armadura, lanzado desde una distancia corta, y Tito Livio relata que la hoja del gladius podía cercenar limpiamente un brazo o una pierna del adversario.

La coraza de escamas y la greba en la pierna derecha formaban igualmente el equipo defensivo. La cota de malla estaba también muy generalizada. Los cuatro legionarios del llamado «Friso de Domicio Ahenobarbo» que se conserva en el Louvre y que data, sin duda, de los últimos años del siglo II (a. n. e.), si bien simbolizan las cuatro clases del *census*, están todos protegidos con ese tipo de coraza.

La infantería ligera contaba con armamento específico. Mientras que los *triarii* portaban una pica de 3 a 4,20 metros de longitud, los *velites* estaban armados con jabalinas y dardos para las escaramuzas, se protegían con un casco de cuero (*galea*) y con un escudo pequeño y redondo (*parma*). La caballería llevaba el mismo escudo y una lanza ligera (*contus*). Se han encontrado también puntas de flecha utilizadas por los arqueros de las tropas auxiliares y un número bastante elevado de *glandes*, proyectiles de piedra, barro o metal que lanzaban los honderos y con los que podían alcanzar los 180 m.

La alimentación del legionario era fundamentalmente el trigo (*res frumentaria*) que, molido diariamente y convertido en tortas o gachas, era el alimento básico de la tropa. Se les distribuía cotidianamente o una vez al mes, descontando su coste de la paga. El aceite de oliva estaba considerado como necesario al régimen de comidas, mientras que para beber preparaban la *posca*, una mezcla de vinagre y agua, ya que el vinagre era apreciado como tónico y terapéutico, así como mitigador de la sed. El *prandium* o la comida ordinaria del soldado se podía componer de 850 grs de trigo, 100 grs de tocino, 30 grs de queso y medio litro de vino.

Reparar fuerzas era obligado ya que la vida del soldado en campaña comenzaba antes del amanecer. Si la legión debía desplazarse se iniciaba la marcha en formaciones preestablecidas que siempre se respetaban. El *ordo agnimis* se establecía destacando a un cuarto de la formación en vanguar-

dia, compuesta por tropas de infantería y caballería. Tras ella desfilaba el grueso de la legión, la mitad de la infantería dividida en dos cuerpos protegía entre ellos el tren de bagajes. La retaguardia se componía de las mismas unidades que la vanguardia.

Si el terreno era peligroso por la presencia próxima del enemigo se variaba la formación y se recurría al *agmen quadratum*, lo que suponía destacar patrullas de exploración que se guiaban por la información suministrada por los espías. En esos casos la columna en marcha se componía de otro modo: en vanguardia las unidades de caballería, tras ellas el tren de bagajes, flanqueando por ambos lados por la infantería y, en la retaguardia, el resto de las tropas a caballo. La disposición era distinta, pues en vez de marchar en columna las tropas rodeaban completamente los bagajes constituyendo una especie de cuadro, de ahí el nombre latino de este tipo de formación.

El legionario que cargaba con su armamento y la impedimenta podía realizar en una jornada normal unos 25 km, pero en muchas ocasiones se recurría a las marchas forzadas, *maxima itinera*, una construcción latina tremendamente familiar a los que han aprendido latín traduciendo a César, lo que indica cómo, mucho antes que Napoleón, el romano ya sabía que la victoria podía depender más de las sandalias de sus soldados que de sus espadas.

Al término de una larga marcha, el fatigado soldado era puesto a cavar zanjas para levantar el campamento ya que no se podía pernoctar sin haber habilitado ese vivac fortificado. El lugar había sido previamente escogido con el mayor cuidado por los exploradores. Delimitado y limpio el espacio, que podía ser de unas 45 hectáreas para albergar a dos legiones, las tropas de caballería y la mitad de la infantería rodeaban al resto de los efectivos que, despojados de armas e impedimenta, se ponían a cavar un foso. En un campamento de marcha ordinario, con el enemigo aún lejos, el foso solía tener un metro de profundidad pero, en territorio adverso y si el enemigo estaba próximo, podía tener unos tres metros de profundidad y cuatro de anchura. La tierra extraída se iba apilando en un lado para formar un terraplén de una altura de 1,25 metros aproximadamente. La zanja y el terraplén (*agger*) corrían a lo largo de unos 700 metros y formaban uno de los lados del campamento. Sobre el mon-

tículo o terraplén cada soldado clavaba en la parte superior las dos estacas que había llevado durante la marcha, atándolas todas ellas entre sí por el centro para formar una empalizada.

En su forma, el campamento solía ser un cuadrado con puertas a cada lado. Las dos avenidas principales del poblado militar tenían siempre el mismo nombre y situación. La *Via Principalis*, de 30 metros de anchura, se hallaba bordeada por las tiendas de los tribunos y centuriones, cada cual frente a su cuerpo de mando. Al otro lado de esta vía, se alineaban las tiendas de los soldados, teniendo las tropas asignado el mismo lugar cada noche. Cada manípulo ocupaba unos diez metros cuadrados y la caballería tenía terrenos aparte para la estacada. Las dos legiones, aliada y romana, se hallaban divididas por la *Vía Pretoriana* que se cruzaba con la *Principalis* formando una cruz cuyos lados desembocaban en las puertas.

El soldado hallaba tan familiar este recinto que podía formar en filas hasta en la más oscura de las noches. Cada hombre tenía el número de su cohorte pintado en su escudo, siendo además identificadas las unidades por diversos colores. Los toques a la trompa o cuerno, antecesores de la corneta, resonaban por las calles de tiendas para convocar y reunir las tropas.

Una vez establecido el campamento y apostados los centinelas, el legionario podía gozar del breve placer de cenar recostado, una verdadera delicia en contraste con la comida que había engullido en pie durante el día, pero hasta tal privilegio podía serle retirado por la más leve falta o error.

La disciplina a la que estaba sometido el legionario era muy rigurosa y sirvió de modelo a muchos ejércitos hasta finales del siglo XVIII. El temor que pudiera inspirar el adversario debía ser menor que el experimentado por el soldado ante la dureza de los castigos que recibiría por debilidad o desobediencia. Así, la disciplina se basaba en el miedo a los oficiales y en las privaciones cotidianas a las que estaba sometido el legionario. Un general romano elevaba la moral de sus tropas no por el entusiasmo sino por la rabia, esperando que en el instante crítico estallara sobre el enemigo, aunque en más de una ocasión se volvió contra ese tipo de mando despótico. Tácito (*Ann*, I) relata algunos motines de esta naturaleza. Las legiones de Germania se sublevaron y decidieron vengarse de los crueles centuriones, azotándolos con varas 60 veces a cada uno, para igualar el número de

estos oficiales en la legión. No era raro que de forma habitual la tropa sobornara a los centuriones con el fin de prevenir sus crueldades y conseguir la rebaja de servicios.

Y es que los azotes eran administrados a la tropa por la más mínima falta y este castigo lo aplicaba el centurión con un haz de sarmientos que, a la vez, era el símbolo de su grado. La pena de muerte se imponía con todo rigor por cobardía o insubordinación. En ocasiones se practicó el diezmo, que suponía ejecutar a uno de cada diez hombres por haber mostrado debilidad en el combate (Tito Livio, II, 59). La simple ausencia a la revista podía ser definida como traición y castigada con la crucifixión.

Esta dura vida no era compensada por la paga. El soldado romano de los primeros siglos no recibía salario, sin embargo debía estar en campaña durante períodos cada vez más dilatados, por eso se hizo necesario asignarle una pequeña compensación. El ejército romano pasó a depender del Tesoro público a partir del siglo IV (a. n. e.). También, durante los siglos III y II, el armamento unificado lo proveía el Estado, al menos las primeras armas que se entregaban al legionario, que asimismo recibía la alimentación de base —los cereales— aunque debía pagar por ellos hasta finales de la República y aún en tiempo de Augusto (Tácito, *Ann*., 17, 6).

Sobre el monto de la soldada en la época republicana nos informa Polibio (VI, 39), que habla de dos óbolos diarios por infante, cuatro para los centuriones y un dracma para los caballeros. Los dos óbolos de Polibio representarían de hecho un sestercio por día; una moneda de plata con un peso aproximado de 0,974 grs. A finales del siglo II esta soldada habría aumentado levemente. Podemos deducir que el legionario habría recibido primero un denario cada cuatro días y después un denario cada tres días, unos 120 denarios anuales. El denario era también una moneda de plata con un peso aproximado de 3,898 grs, y equivalía a cuatro sestercios. Una paga muy escasa si se calcula que el salario de un peón era, hacia el año 80 (a. n. e.), de 12 ases diarios (Cicerón, *Pro Roscio Comoedo*, 28). Hemos de tener en cuenta que 16 ases equivalían a un denario. Estas pagas debían dar lo suficiente para vivir y no mucho más; incluso después de que César elevara el salario a 225 denarios, la paga del soldado se siguió considerando magra.

Durante el Imperio, al profesionalizarse definitivamente la milicia, los sueldos aumentaron siendo de unos 500 denarios en el siglo III, si bien es cierto que la moneda estaba sufriendo un serio proceso de devaluación. No obstante, el botín, los donativos y los repartos de tierra se combinaban para hacer el servicio más atractivo. El botín podía ser sustancioso pero no era un ingreso regular ni seguro. Por ejemplo, con ocasión de la tercera guerra de Macedonia, en el año 171, hubo un gran entusiasmo con respecto a la leva: «muchos se ofrecían porque veían que quienes habían servido en la primera guerra de Macedonia o contra Antíoco, se habían hecho ricos» (Tito Livio, XLII, 32, 6). Sin embargo, en el año 170, la situación había cambiado por completo (XLIII, 14). En el reparto, el comandante y sus colaboradores tenían siempre la parte del león. Pompeyo trató a sus hombres en el Oriente con excepcional liberalidad y, en una ocasión, los tribunos militares recibieron allí 120 veces lo que percibieron los soldados rasos.

Durante el Imperio, el legionario recibía al licenciarse una paga de unos 3.000 denarios y podía acceder a un lote de tierras en alguna parte del Imperio. Esta prima de licencia procedía de recursos especiales de origen fiscal, el *aerarium militare*, que se financiaba por los derechos de sucesión que pagaban los ciudadanos.

La consideración social del soldado romano varió según las épocas y en función del medio en el que actuó. En el origen, su imagen se confundía con la del ciudadano con derechos y fortuna, por tanto era respetada por todos en la medida en que su condición militar era transitoria. No obstante, el ejército formado inspiraba recelo, de ahí que durante siglos no se permitiera la entrada en la ciudad de Roma de las legiones antes de ser licenciadas, prohibición que violentó por primera vez Sila en el 87 (a. n. e.).

Por supuesto, el soldado romano no gozaba de la misma consideración entre los pueblos a los que vencía, ocupaba y dominaba. La guerra a la romana era sin piedad. El *milites* era quien confiscaba las tierras, disolvía las comunidades y las reducía a la esclavitud. Nos encontramos con distintos testimonios, por ejemplo los de Flavio Josefo (B.J. II), que evidencian cómo el legionario era rapaz e irrespetuoso con las costumbres de los pueblos sometidos, aunque éstos culturalmente fueran superiores a los romanos. No lo eran menos los mandos, cuya rapiña en las provincias conquis-

tadas hizo intervenir en ocasiones al mismo Senado romano en defensa de las poblaciones indígenas.

Cuando las campañas se alargaban y el legionario republicano permanecía varios años fuera de Italia se podía adocenar, su disciplina se relajaba y su imagen podía avergonzar incluso a sus compatriotas. Es el caso de las tropas que sitiaban Numancia cuando se hace cargo de ellas Publio Emilio Escipión, que tuvo que expulsar del campamento a 2.000 prostitutas y requisar el ajuar cosmético de los legionarios. En otros casos, la soldadesca se podía mostrar pendenciera y revoltosa, e incluso en la misma Italia podía dar problemas con la población civil. La realización de calzadas y otras obras públicas la debemos contemplar también como una manera útil de tener ocupados a unos hombres entrenados para la acción que, lejos de sus hogares, debían enfrentarse a largos períodos de escasa actividad militar.

Otro problema que ya se apuntaba entonces y que heredarán muchos de los ejércitos en los siglos posteriores es el de la reincorporación a la vida civil tras un largo período de campañas militares. Así, el soldado del final de la República, cuando era licenciado se encontraba desplazado socialmente. Los veteranos agotaban pronto los ahorros obtenidos de la paga y el botín, convirtiéndose en parásitos. Era entonces cuando para poder sobrevivir terminaban convirtiéndose en clientes de las grandes familias, algunas de las cuales eran las de sus antiguos jefes. Estas clientelas ejercían una fuerte presión sobre la política de la ciudad en medio de altercados callejeros que jalonaron la crisis de la República, ofreciendo una imagen del ex-soldado pendenciera y alborotadora.

En clave satírica, Juvenal ridiculiza a la soldadesca mofándose de su fanfarronería y prepotencia. Por ejemplo, advierte del riesgo que supone enfrentarse a los militares en una querella judicial; de la dificultad de encontrar testigos que se atrevan a declarar y de la intimidación a la que deben enfrentarse. Con la mordacidad e ironía que caracterizan al autor, tacha de «mula» al denunciante que se aventura a enfrentarse así al ejército y compara sus tan sólo dos piernas con tantas botas militares con sus miles de clavos a las que se atreve a desafiar: «Mejor podrías presentar un testigo falso contra un paisano que uno verídico contra los intereses y el honor de un militar» (*Sat.*, XVI, 34).

Otra consideración tenían los jefes, que podían añadir al prestigio del vencedor, cargado de todas las implicaciones religiosas e ideológicas que la antigüedad atribuía al éxito militar, el reconocimiento que les otorgaban los servicios prestados a todos sus compañeros de expedición, oficiales y soldados. Pocas cosas entusiasmaban más a la plebe romana que aclamar en un desfile triunfal al general victorioso.

La batalla: Cannas

La batalla de Cannas en el 216 (a. n. e) supuso una estrepitosa derrota del ejército romano a manos de un táctico genial como Aníbal; sin embargo no fue determinante en el desenlace de la Segunda Guerra Púnica, ganada por los romanos gracias al despliegue de una estrategia a largo plazo mucho más eficaz que la del cartaginés. No obstante, Cannas es un magnífico ejemplo de táctica envolvente y, con el paso de los siglos, muchos generales han intentado realizar maniobras semejantes que les diesen un triunfo parecido al de Aníbal. El «Plan Schlieffen», diseñado por el Estado Mayor alemán, que finalmente se pondría en marcha al comienzo de la Primera Guerra Mundial, era el esquema de Cannas a gran escala. En efecto, desde esta célebre batalla el concepto del doble flanqueo envolvente ha sido una piedra de toque para muchos estrategas.

Cuando, en 218 (a. n. e.), se inició en la península Ibérica la Segunda Guerra Púnica entre Roma y Cartago. El ejército de Aníbal, compuesto por cartagineses, númidas, iberos y galos, se abrió camino hacia el norte y, en pleno invierno, atravesó los Alpes para invadir Italia. Al necesitar reaprovisionarse, Aníbal marchó hacia el sur de la península itálica. Allí, en el centro de la región de la Apulia, se hallaba Cannas. Esta ciudad era el depósito de víveres más importante de los romanos y su pérdida podía suponer para ellos un grave problema. En la primavera del año 216, Aníbal ocupó Cannas e instaló su campamento en la orilla derecha del río Ofanto, al sur de la ciudad.

La caída en manos de los cartagineses de este centro neurálgico reforzó la decisión del Senado romano de dar una batalla decisiva que pusiera fin a la guerra. Se reforzó el ejército que operaba en Apulia y se confió a los cónsules la misión de vencer a Aníbal. El cartaginés ya había inflingido a los romanos dos serias derrotas y, ahora que las reservas de cereales parecían perdidas, Roma exigía que se expulsara a los invasores. El Senado reunió el ejército más grande que se había puesto en pie hasta la fecha. Compuesto a partes iguales por romanos y aliados, marchó sobre Cannas a las órdenes de dos cónsules, Publio Emilio y Terencio Varrón, que ostentaban el mando un día cada uno, por turno.

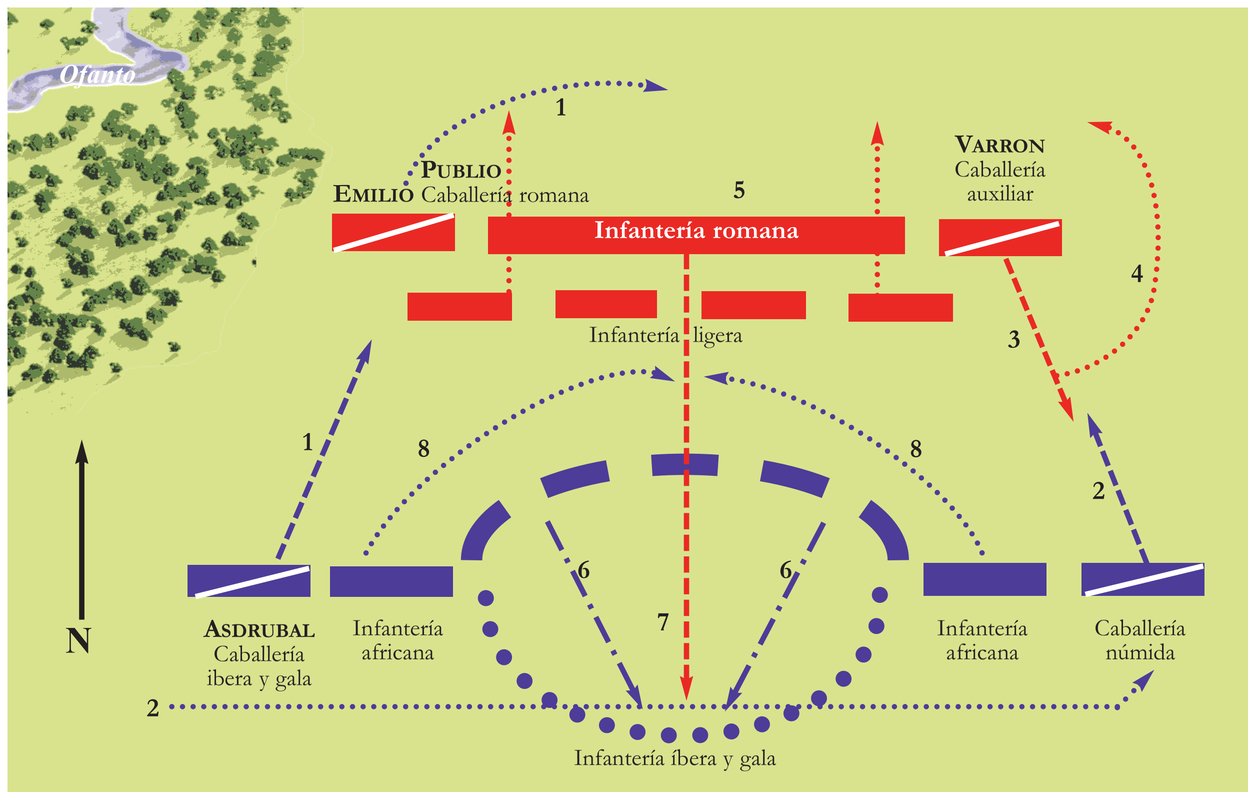
A finales de julio y durante tres días, los ejércitos se dispusieron frente a frente sobre la llanura que atravesaba el Ofanto, librándose las prime-

ras escaramuzas bajo un sol abrasador. La literatura histórica no concuerda en el número de combatientes de ambos bandos. Podemos estimar con Polibio que las fuerzas romanas llegaban a 80.000 infantes y alrededor de 6.000 jinetes, mientras que las cartaginesas reunían algo más de 50.000 hombres entre infantería y caballería. Pero, presumiblemente y teniendo en cuenta la marcha y el resultado de la batalla, es muy posible que los contingentes fueran menos numerosos y dispares: unos 40 o 50 mil romanos y alrededor de 35.000 cartagineses; aunque es cierto que Cannas no habría causado tanto estupor en los contemporáneos y no habría pasado a la historia si la relación de fuerzas no hubiese sido netamente favorable a las legiones de Roma.

Lo cierto es que el ejército romano adoleció desde el primer momento de las deficiencias propias de un mando dividido y alterno. Ya en el campo de operaciones, surgieron numerosas diferencias entre los cónsules responsables. Publio Emilio, de origen patricio, —podríamos decir aristocrático— y con mayor experiencia como soldado, se mostraba prudente. Juzgaba que la llanura de Cannas era un terreno propicio para el despliegue de la caballería cartaginesa, mucho más potente que la romana, y por ello aconsejaba rehuir la batalla optando por desplazarse hacia el sur en busca de una posición defensiva sobre las colinas. Por el contrario, Terencio Varrón recelaba de las intenciones de su colega en las que creía ver una reedición de la táctica dilatoria que se había venido siguiendo en la primera fase de la guerra, apoyada por la clase senatorial. Ese prejuicio, nacido de las tensiones sociales que Roma padecía, llevaba a que Varrón planteara la batalla campal inmediata. El desacuerdo entre los máximos responsables terminó por reflejarse en la moral de los oficiales y los soldados, ya que las discusiones se prolongaron por algún tiempo, hasta que Terencio, confiando en la superioridad numérica romana en un día en que le correspondía el mando, decidió librar combate.

El famoso encuentro tuvo lugar el 2 de agosto de 216 en la llanura cercana a Cannas. En medio de un calor tórrido, bajo un intenso viento del sudoeste que levantaba nubes de polvo, los ejércitos se dispusieron en orden de batalla. Conocemos con bastante precisión cuál fue el desarrollo del combate gracias a las obras de Polibio (III, 106-118), Tito Livio (XXII, 47-55) y Plutarco (*Fabio Máximo* 14-17).

Batalla de Cannas (216 a. n. e.)



Parece ser que, según nos dicen Polibio y Tito Livio, el ala derecha romana estaba apoyada en el río Ofanto y que su frente estaba en dirección sur, aunque existen serias dudas al respecto. De admitirlo, la disposición de las tropas habría sido la siguiente: en el flanco derecho de los romanos se hallaría desplegada la escasa caballería de ciudadanos mientras que el grueso de los jinetes aliados se concentraría sobre el ala izquierda, mirando hacia la llanura. La infantería se encontraría alineada en el centro, formando un conjunto compacto, con los intervalos entre manípulos muy reducidos, buscando más la profundidad en el despliegue con el propósito de poder golpear con la mayor contundencia el dispositivo central del enemigo; y en primera línea, a una prudente distancia, estaría formada la infantería ligera. De aceptar esta posición los romanos habrían tenido el frente hacia el sur, con lo que el fuerte viento reinante desde esa dirección arrojaría sobre ellos las nubes de polvo levantadas por los cartagineses.

Hasta aquí nada nuevo. La disposición del ejército romano era la usual: lo sorprendente fue el alineamiento que Aníbal concibió para sus tropas. El cartaginés tenía *in mente* un plan asombrosamente audaz que apuntaba a beneficiarse de la gran superioridad numérica del enemigo. Lejos de atemorizarse por el impresionante despliegue romano, Aníbal dispuso, tras una pantalla de tropas ligeras, al grueso de su infantería formada por iberos y galos en formación de media luna, con la parte convexa orientada hacia el adversario. Sobre los dos flancos de este dispositivo, y metida hacia adentro, colocó a la infantería líbica, que era considerada su mejor tropa de a pie. La caballería gala y la ibera estaban junto al río, en el extremo del flanco izquierdo, comandadas por Asdrúbal, mientras los jinetes númidas se encontraban en el ala derecha.

La idea táctica que animaba esta rara concepción descansaba en un gran arco humano destinado a soportar el peso de todo el ejército romano. Pero el plan de Aníbal no terminaba ahí, ya que pretendía que el centro convexo no solamente se enderezara, sino que se retrasara adoptando una posición cóncava, para convertirse en terrible tenaza que se cerrase sobre el adversario.

Montross (1963) nos dice que todas las maniobras tácticas, por muy complejas que sean, pueden dividirse en tres movimientos básicos de ataque. El ataque de flanco, que produce el efecto de una gigantesca maza

humana abatida sobre el lado más débil del enemigo. En segundo lugar, la pugna de penetración, en la cual un ejército mete una profunda cuña en la línea opuesta, normalmente en el centro del dispositivo adversario con intención de quebrarlo. Y, por último, la batalla envolvente, semejante a tenazas que ejercen presión desde ambos lados sobre los flancos del enemigo. Es evidente que en Cannas, el general cartaginés optó por este último supuesto.

El verdadero combate no se inició hasta que Aníbal dio orden a su caballería pesada, situada a su izquierda, de atacar a la caballería romana que dirigía Publio Emilio (1, mapa pág. 143). El choque fue implacable a lo largo de las orillas del Ofanto y la elite del ejército romano no tardó en ser dominada y rechazada, lo que permitió a Asdrúbal enviar parte de sus efectivos en apoyo de los númidas (2) que, mientras tanto, habían sido atacados por la caballería auxiliar romana (3). La caballería númida, una vez reforzada, dispersó a la de los aliados de Roma, mandados por Varrón, obligándoles a una desordenada fuga (4).

En el centro, la infantería ligera romana, tras hostigar el dispositivo cartaginés, se replegó para dejar paso al grueso de las legiones que se arrojaron con todo su peso sobre el arco formado por las tropas del enemigo (5). Bajo la fuerte presión, el centro cartaginés comenzó a retroceder de modo tal que la línea convexa del frente se iba transformando en una concavidad en la que se adentraban entusiasmados los romanos (6) que veían la maniobra como un avance fulgurante y victorioso. A medida que los legionarios se hundían en la formación enemiga, su columna se estrechaba en los costados, aumentando su longitud (7). Aníbal esperó a que los romanos hubieran penetrado en el interior de su media luna, que para entonces tenía forma de «U», para hacer intervenir a la infantería líbica, que atacó con fuerzas frescas los flancos de las legiones (8).

El cerco se completó en la retaguardia cuando el resto de la caballería de Asdrúbal acudió desde el flanco izquierdo para cortar la única retirada posible que quedaba a los romanos. Dentro de la tenaza los legionarios no tenían espacio siquiera para empuñar sus espadas. Amontonados, privados de libertad para maniobrar, los romanos se habían convertido en un blanco fácil: ninguna piedra, ninguna flecha erraban ahora el golpe, y sus pérdidas fueron impresionantes. Tito Livio y Plutarco calcularon el número de

muertos en 50.000, mientras que Polibio estimó la cifra de 70.000; cifras ambas muy poco creíbles.

Los cartagineses, que sólo sufrieron 6.000 bajas, de las cuales 4.000 fueron galos, habían infligido a los romanos una aplastante derrota que eliminó a buena parte de la clase dirigente de la República. Publio Emilio fue una de las víctimas pero, ironías del destino, Varrón pudo salvarse.

Después de Cannas, en Roma no había familia que no llorara algún muerto y la población fue presa del pánico al ir conociendo la magnitud del desastre. Pero el Senado adoptó drásticas medidas: se prohibió a las mujeres detenerse en lugares públicos y llorar a sus allegados; se eligió a un dictador que dispuso el reclutamiento general de todos los hombres capaces de llevar armas e incluso, de modo excepcional, el Estado compró a los particulares esclavos con los que formó dos legiones, aunque se tuvo que recurrir a los trofeos de guerra custodiados en los templos y los pórticos para armarlas.

Pero esta aplastante victoria no supuso el triunfo del general cartaginés, que en los años siguientes tuvo que contemplar cómo los romanos cortaban sus líneas de aprovisionamiento y minaban su retaguardia en Hispania. Aníbal permaneció 13 años en Italia antes de volver a Cartago, llamado para rechazar una invasión de los romanos. Fue derrotado por Escipión en la batalla de Zama, en 202 (a. n. e.); más tarde, pasó a los reinos de Asia menor y resistió los embates de una Roma conquistadora. Cuando la fortuna se volvió contra él, prefirió envenenarse antes que caer en manos de sus enemigos. No obstante, su derrota personal no empaña la grandeza como táctico que supo desplegar en Cannas.

Alesia

La importancia del cerco y conquista de la ciudad gala de Alesia en el plano político fue muy importante, ya que el triunfo de César sobre Vercingetórix supuso para Roma el definitivo sometimiento de la Galia y le abrió al general romano el camino a la dictadura, acelerando la crisis de la República y la ulterior instauración del Imperio. Sin embargo, desde el punto de vista militar Alesia sólo es una brillante muestra de las formas de asedio y sitio desarrolladas por los romanos. En ese sentido, nos ha parecido pertinente no cerrar los capítulos dedicados a la guerra en el mundo antiguo sin exponer un ejemplo de este tipo de combate tan frecuente durante siglos.

Alesia es un ejemplo de confrontación bélica vinculada al cerco o sitio de una fortaleza o población amurallada. El asedio fue muy frecuente en el mundo antiguo, sólo debemos recordar que el primer gran poema épico de la literatura occidental, *La Ilíada*, recrea un episodio del largo cerco al que los griegos sometieron a la próspera ciudad de Troya antes de tomarla por medio de una estratagema que se ha hecho clásica.

Las tácticas de ocupación de un recinto fortificado, más o menos bien documentadas, se remontan al mundo asirio. Las fortificaciones en estos siglos se reducían a gruesos muros y torres defensivas que se elevaban a una cierta altura, estando el conjunto, normalmente, construido sobre un promontorio o colina que hacía más difícil el acceso. El atacante, por tanto, debía salvar ese desnivel y protegerse a un tiempo de los proyectiles que los sitiados pudieran arrojarle. Los asirios fueron los primeros en acometer el problema construyendo rampas y utilizando parapetos móviles hasta poder superar la muralla.

El parapeto móvil dio origen a las «tortugas» o «galerías,» y de modo más perfeccionado a las torres de asalto, que permitían aproximarse a la fortificación con protección y a la altura de las almenas que debían ser asaltadas. Otro procedimiento simple era abrir una brecha en el recinto por medio de arietes o socavando los cimientos de la construcción en algún punto por medio de túneles y minas.

También debemos tener en cuenta que las plazas fuertes, por lo general, albergaban población civil y no sólo combatiente; este hecho agudiza-

ba el problema del aprovisionamiento de víveres y agua para los sitiados, cuestión fundamental ante la circunstancia de tener que soportar un asedio. Si el sitiador disponía de tiempo y recursos, la confrontación la podía dirimir la escasez o penuria de los atrapados en el cerco. Ésa fue la táctica preferida de los romanos. En cierta ocasión, un general romano fue informado por un parlamentario de que el poblado que se disponía a sitiar contaba con víveres suficientes para resistir diez años. Entonces, el romano replicó con displicencia que lo tomaría el undécimo. El resultado fue la inmediata capitulación de la ciudad. No obstante, en cualquier caso siempre se producían enfrentamientos, o bien en campo abierto, al intentar los asediados romper el cerco, o bien en un asalto final sobre unos defensores más o menos debilitados.

Los romanos llegaron a ser auténticos especialistas en este tipo de lucha: *Romanus sedendo vincit* (Varrón, I, 2, 2). El asedio de Siracusa en el año 211 (a. n. e.), el de Cartago en el 146 (a. n. e.), de Numancia en el 133 (a. n. e.), de Alesia en el 52 (a. n. e.), el de Jerusalén en el 70, o el de la fortaleza de Massada en el 73, todos ellos bien descritos y bien conocidos muestran perfectamente la habilidad que los romanos habían adquirido en la técnica de circunvalación y sitio.

El final heroico de algunos de estos asedios ha servido, siglos después, a la historiografía patriótica para cimentar leyendas de corte nacionalista. Es el caso de Numancia en España o el de Massada en Israel. Sin embargo el cerco de Alesia en Francia es más controvertido, entre otras razones porque no se ha podido determinar con exactitud dónde se encontraba la ciudad que César conquistó. Sólo en 2004, y gracias a la arqueología aérea, parece ser que se ha identificado definitivamente el lugar con Alise-Sainte-Reine. Sin embargo, en el cómic de Asterix, *El escudo arverno*, las dudas sobre la localización de Alesia son abordadas en clave de humor, parodiando el «orgullo galo». Mientras que Asterix y Obelix, hablando con otros galos, recuerdan la victoria de Vercingetórix en la batalla de Gergovia, rechazan hablar de la derrota en Alesia, alegando que nadie sabe dónde está ese lugar. Pero a despecho de Asterix, César fue el vencedor.

Durante la República romana era habitual que los cónsules, los magistrados de mayor rango elegidos en Roma, al final de su año consular, fuesen nombrados por el Senado gobernadores de alguna de las provincias

romanas. A César se le confirió el mando de la Galia Cinsalpina y Transalpina, con un *imperium proconsular* que lo convertía en la autoridad absoluta en estos territorios.

Julio César llegó a la Galia en el año 58 (a. n. e.) y rápidamente se percató de la oportunidad que se abría ante él. La Galia que César encontró estaba compuesta por un gran número de tribus celtas, algunas de las cuales tenían suscritos pactos y alianzas con Roma, estando las otras sujetas a intermitentes turbulencias de tipo político o militar. A esto cabía añadir las inmensas riquezas del país, claramente intuidas por César, y la ingente capacidad de aportar tropas auxiliares al ejército romano.

Buscando pretextos de todo tipo, César inició una serie de campañas militares con la finalidad de someter todo el territorio galo bajo el control romano. Sabía que un triunfo de esa magnitud le abriría las puertas del poder político, que era lo que más ambicionaba. Una a una, César fue derrotando a tribus galas, como la de los Helvecios, los Belgas o los Nerviones, y logró juramentos de alianza de otras muchas. El éxito de la guerra en las Galias supuso un enorme aumento de riquezas para la República en forma de botín y de nuevas tierras sobre las que imponer impuestos. César mismo se hizo inmensamente rico puesto que, como general, se beneficiaba de lo obtenido por la venta de prisioneros como esclavos.

Pero cuando el sometimiento parecía definitivo, se despertó el espíritu de resistencia entre los galos. En un concilio de caudillos de diferentes tribus celebrado en Bibracte en el año 53 (a. n. e.), por iniciativa de los Eduos, anteriormente leales a César, se decidió unir las fuerzas para combatir a los romanos. Sólo los Remos y los Lingones prefirieron mantener su alianza con el invasor. El concilio declaró a Vercingetórix, comandante de los ejércitos unidos de la Galia.

Al tener noticia de esto, César en persona se dirigió en persecución de Vercingetórix con seis legiones y su caballería germana aliada. Los dos ejércitos se encontraron en la colina de Gergovia, donde Vercingetórix mantenía una posición defensiva muy fuerte. César se vio obligado a retirarse derrotado, tras sufrir muchas bajas. En el verano del año 52 hubo varios enfrentamientos entre ambas caballerías. Vercingetórix decidió que

no era el momento para una batalla a gran escala, y se reagrupó en la fortaleza de Alesia, a la que César llegará, pisándole los talones, un día después. Esta maniobra nos indica la impericia del galo, que haciendo frente, en primer lugar, a las legiones en batalla organizada, optó después, imprudentemente, por encerrarse en una plaza fuerte demasiado pequeña para su ejército.

La batalla de Alesia ha sido descrita por varios autores, aunque la fuente principal sigue siendo el propio César en su obra *La Guerra de las Galias*. La credibilidad del texto de César, como es de suponer, debe ponerse en tela de juicio pero es la que ha servido de base al resto de los relatos, por ejemplo al de Plutarco.

Alesia, fortaleza de los mandubios, estaba situada sobre una meseta en forma de rombo de 1.500 metros de longitud, 1.000 de anchura y 150 de altura. Según el romano: «La base de la colina estaba bañada por dos corrientes de agua por los dos lados. Delante de la ciudad se extendía una llanura de unas tres millas; por los demás lados la colina estaba rodeada a poca distancia de alturas cuya altitud igualaban la suya» (BG VII, 69). El poblado propiamente dicho sólo cubría su parte occidental; la otra mitad la ocupaba el campamento de los hombres de Vercingetórix y la llanura que se extendía a sus pies era el único lugar donde podía maniobrar una fuerza de caballería.

Dado que un asalto frontal sobre la fortaleza resultaba imposible, César tuvo que sitiarla. Si aceptamos, como nos dice en su obra, que había cerca de 80.000 hombres fortificados dentro de Alesia junto con la población civil, el hambre y la sed forzarían rápidamente la rendición de los galos. No obstante, las excavaciones arqueológicas revelan que el lugar era demasiado pequeño como para acoger semejante número de cercados y que, posiblemente, fueron menos.

Para garantizar un bloqueo perfecto, César ordenó la construcción de un perímetro de fortificaciones que rodeasen y aislasen la ciudadela. Los detalles de los trabajos de ingeniería que se encuentran en el libro de Julio César han sido parcialmente confirmados por las excavaciones arqueológicas en la zona.

Tras acampar con sus legiones en las colinas circundantes, César señaló la línea que ocuparían las fortificaciones. En primer lugar, se excavó al

pie de la meseta un foso de seis metros de anchura con el fin de prevenir cualquier ataque sobre los hombres que levantarían las defensas principales. A una distancia de 400 metros más allá se abrieron dos zanjas de cinco metros de anchura y donde era posible se hacía pasar agua por la más interna. También se construyeron 23 fuertes a lo largo de toda la línea que rodeaba completamente la ciudad, en un perímetro de 17 kilómetros.

La tierra extraída de las zanjas era apilada para formar un terraplén sobre el que se levantó una empalizada con torres de 25 metros de altura, siguiendo las técnicas de castramentación tradicionales. En la parte superior del terraplén se clavaron estacas afiladas, dispuestas en diagonal hacia fuera. Como muchos de los hombres fueron enviados a recoger maderos y provisiones, las tropas disponibles para la defensa de las obras quedaron considerablemente mermadas y para compensar esta carencia César ordenó excavar cinco zanjas más de 1,5 metros de profundidad, en cuyo interior se colocaron ramas puntiagudas que formaban un cercado espinoso.

Frente a dicho cercado se añadieron ocho hileras de hoyos, cada uno de ellos con una estaca afilada clavada en su interior. Los soldados los conocían como «lirios», debido a la similitud que presentaban con estas flores. A continuación, fueron cubiertos con maleza para ocultarlos al enemigo. Más allá de los hoyos fueron plantados pequeños tarugos de unos 30 centímetros con ganchos de metal en la punta, de forma que sólo la extremidad de las mismas afloraba del suelo; y todo esto en el tiempo récord de tres semanas.

Antes de que los romanos pudieran completar la empalizada, Vercingetórix decidió desprenderse de su caballería, inútil en esas circunstancias, y ordenó romper el cerco para volver con un ejército de socorro. Así, diferentes destacamentos pudieron escapar de la ciudad por una de las secciones no finalizadas. César, previendo la llegada de tropas de refuerzo, mandó construir una segunda línea defensiva exterior para proteger sus posiciones. El nuevo perímetro de 21 km era similar al construido y debía prevenir cualquier ataque de los galos por la retaguardia. Así mismo, mandó hacer acopio de heno, alimentos y materiales para 30 días a la espera de acontecimientos.

Las condiciones de vida en Alesia iban empeorando cada vez más ya que, al comenzar el cerco, los alimentos almacenados sólo permitían un

mes de resistencia. Con los soldados y la población local había demasiada gente dentro de la fortaleza para tan poca comida. Vercingetórix luchaba por mantener el ánimo, pero se enfrentaba a la amenaza de rendición por parte de sus hombres. Sin embargo, las fuerzas de liberación llegaron en la hora más desesperada, fortaleciendo la moral de los asediados para resistir y luchar.

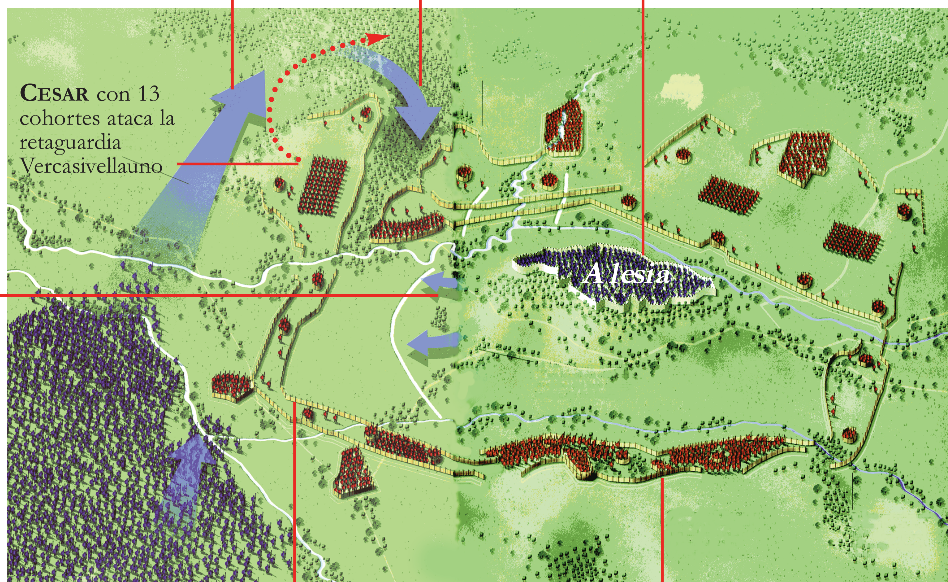
Los galos con gran esfuerzo habían logrado reunir un ejército que César cifra en 240.000 infantes y 8.000 unidades de caballería, cantidad sin duda exagerada. A finales de septiembre, las tropas de refresco comenzaron a atacar las murallas exteriores de César. Vercingetórix ordenó otro ataque simultáneo desde dentro de la ciudadela. Sin embargo, estas acometidas no tuvieron éxito y a la puesta del sol la lucha había acabado.

Al día siguiente del primer ataque, las tropas galas de refresco se dedicaron a construir escalas, y a medianoche, en medio de un gran griterío para alertar a los sitiados y que hicieran una salida al mismo tiempo, volvieron a asaltar las posiciones romanas. Pero la presencia de trincheras, que los hombres de Vercingetórix tenían que llenar para avanzar, les retrasó lo suficiente como para evitar la sorpresa, siendo rechazados, cerca ya del alba, por los legados Marco Antonio y Cayo Trebonio.

Para entonces, la situación del ejército romano también era difícil. La comida comenzaba a racionarse y los hombres estaban casi exhaustos. El día 2 de octubre, Vercasivellauno, un primo de Vercingetórix, lanzó un ataque masivo con 60.000 hombres a un punto débil de las fortificaciones romanas que César había tratado de ocultar hasta entonces pero que había sido descubierto por los galos. El área en cuestión, al norte de la ciudadela, era una zona con obstrucciones naturales en la que no se podía construir una muralla continua y que estaba defendida por dos legiones. La acometida de nuevo se produjo combinando las fuerzas del exterior con las de la ciudad. Vercingetórix, en una maniobra de distracción, atacó desde todos los ángulos las fortificaciones interiores, mientras los hombres de Vercasivellauno, desde el exterior, intentaban explotar el punto débil que hemos mencionado. La posición romana parecía comprometida.

La caballería de Labieno fue enviada a aguantar la defensa del área en donde se había localizado la brecha de las fortificaciones. César cada vez

Batalla de Alesia (52 a. n. e.)



más presionado, se vio obligado a contraatacar la ofensiva interna, y logró hacer retroceder a los hombres de Vercingetórix. Sin embargo, la sección defendida por Labieno se encontraba a punto de ceder. Fue entonces cuando César realizó una brillante maniobra: al frente de 13 cohortes de caballería, unos 6.000 hombres, decidió atacar el ejército de Vercasivellauno por la retaguardia. La acción sorprendió tanto a atacantes como a defensores.

La maniobra envolvente de la caballería fue un factor determinante para la victoria. En esta ocasión César desarrolló perfectamente una táctica ensayada ya en anteriores batallas basada en el principio de la reserva móvil, que depende exclusivamente del general en jefe y que éste moviliza en un momento crítico. Durante el asedio de Alesia, en cualquier sector, existía esta reserva diseminada por los puestos aislados y campamentos, dispuesta para acometer el ataque decisivo en el lugar y momento precisos.

Los hombres de Labieno, al apreciar la operación de auxilio, redoblaron sus esfuerzos y en las filas galas pronto empezó a cundir el pánico. Pero como solía ocurrir en la antigüedad, un ejército en retirada era una presa fácil y los galos fueron masacrados. César anotó en sus *Comentarios* que sólo el hecho de que sus hombres estaban completamente exhaustos salvó a los enemigos de la completa aniquilación. Vercingetórix, que era testigo de la derrota del ejército exterior, enfrentado tanto al hambre como a la desmoralización, optó por rendirse. Al día siguiente, el líder galo presentó orgullosamente sus armas a Julio César, poniendo fin al asedio de Alesia.

Las cifras exactas sobre el tamaño de los ejércitos que tomaron parte en la batalla así como de las bajas son muy difíciles de saber, dado que los únicos relatos de los hechos son romanos, y están presumiblemente sesgadas. Ya hemos dicho que César en su *Guerra de las Galias* se refiere a una fuerza de liberación gala de un cuarto de millón de hombres; sin embargo los historiadores modernos opinan que es más creíble una cifra de entre 80.000 y 100.000 efectivos. El único hecho es que cada hombre en las legiones de César recibió un galo como esclavo, lo que nos da como resultado unos 40.000 prisioneros. La fuerza de liberación probablemente sufrió graves pérdidas, como cualquier otro ejército que pierde el orden de batalla y se retira huyendo bajo la persecución de la caballería.

Alesia demostró ser el final de la resistencia generalizada y organizada a la invasión romana por parte de la Galia. A partir de entonces pasó a ser una provincia romana. No volvería a haber ningún movimiento independentista nuevo hasta el siglo III. Para César, Alesia fue un éxito personal enorme, tanto militar como político. En el año 50 (a. n. e.), cruzó el Rubicón, precipitando la Guerra Civil que le llevó a la dictadura hasta su asesinato. Vercingetórix fue hecho prisionero y tratado con honores de rey durante los siguientes cinco años, esperando ser exhibido en el cortejo triunfal de César. Cuando aquél por fin se celebró en Roma, al final de la procesión tal y como era costumbre en la época, el caudillo galo fue trasladado a la prisión mamertina, y siguiendo el ritual, fue estrangulado.

El precio de la victoria

La guerra siempre repercute en la situación interna, política y social de las comunidades contendientes. La convulsión bélica impacta en múltiples aspectos de la vida de los pueblos: la destrucción material, la merma demográfica, la marcha de la economía, los sentimientos de las gentes y sus mentalidades son sólo algunos de los parámetros que se ven afectados por los conflictos bélicos y, según su magnitud, esas alteraciones alcanzan una mayor o menor profundidad, pudiendo las sociedades sobreponerse a ellas en períodos de tiempo más o menos dilatados, aunque la huella de la guerra pervive de formas muy distintas a lo largo de generaciones.

Una instancia especialmente sensible en la guerra contemporánea es la política. Los gobiernos envueltos en conflictos armados con otros países se convierten en particularmente vulnerables en función de la fortuna que corren sus tropas en el frente de batalla, y en muchos casos su pervivencia en el poder depende del resultado del conflicto. En ocasiones, los gobiernos cuestionados por sus propios pueblos, debido a su política interior, buscan mejorar su posición apelando a los sentimientos patrios y, en una huida hacia delante, embarcan al país en guerras exteriores. Tenemos algunos ejemplos relativamente recientes de ese tipo de políticas con resultados catastróficos para los que las han aplicado.

A comienzos del verano de 1974, la llamada Dictadura de los Coroneles, en Grecia, se encontraba acorralada por una oposición interior que, a pesar de moverse en la práctica clandestinidad, había conseguido restarle la mayor parte del apoyo social al gobierno golpista de los militares. En un intento por mejorar su imagen y prestigio, los Coroneles auspiciaron un golpe de estado en la isla de Chipre contra el Presidente, arzobispo Makarios. Los sublevados, que contaban con todo el apoyo logístico del ejército griego, pretendían la «Enosis» o anexión de la isla a Grecia, despreciando a la población turca y desafiando abiertamente al gobierno de Ankara que defendía a la minoría turco-chipriota. Pocos días después del hecho, paracaidistas turcos tomaron puntos neurálgicos de la isla y el gobierno griego se vio obligado a amenazar con la guerra. Cuando el 14

de agosto los turcos desembarcaron en la costa norte de Chipre ocupando un tercio del pequeño país, la dictadura de los militares ya había sido derrocada en Atenas.

Un caso similar se dio con la dictadura argentina, en abril de 1982, que decidió invadir las islas Malvinas bajo soberanía británica. La fugaz exaltación patriótica de los argentinos se esfumó cuando en poco menos de dos meses los ingleses recuperaron el minúsculo archipiélago e infligieron al inoperante ejército argentino una derrota vergonzosa. Poco después, el general Galtieri y su gobierno abandonaban el poder para dar paso a unas elecciones democráticas.

Las guerras para prestigiar gobiernos, más o menos cuestionados, deben ir siempre acompañadas de la victoria. La apoteosis del fascismo italiano se alcanzó en mayo de 1936 con la ocupación de Addis Abeba que, teóricamente, culminaba la invasión de Etiopía. A pesar de la condena internacional y de las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones, el júbilo que reinaba en Roma, y en todo el país, era auténtico, como nunca lo fuera en el pasado. Los meses que siguieron a la guerra de Etiopía marcaron un punto culminante en la adoración del pueblo italiano por Mussolini. Los campesinos se arrodillaban ante él en el campo, las mujeres sostenían en alto a sus hijos para que los bendijera. A buen seguro, el dictador se hallaba convencido de ser en aquellos momentos una figura de talla más heroica y gigantesca que la de cualquier estadista europeo contemporáneo.

Sin embargo, la derrota siempre cuestiona la estabilidad política del vencido. En los últimos doscientos años, aunque el gobierno derrotado no haya sido el directo responsable del conflicto, su relevo está casi asegurado y, en muchos casos, su caída arrastra incluso un cambio de régimen. Napoleón III, prisionero tras la batalla de Sedan, abrió el camino a la Tercera República francesa y al estallido revolucionario de la Comuna de París. El fiasco de las Potencias Centrales hacia el final de la Primera Guerra Mundial supuso el derrocamiento de la monarquía alemana y austrohúngara y el desmembramiento como Estado de la segunda. Los ejemplos se podrían multiplicar confirmando lo dicho como regla frente a contadas excepciones.

Pero junto a este tipo de cambios, fácilmente perceptibles, la guerra propicia otras transformaciones en ocasiones más profundas, cuyos efectos se dilatan en el tiempo y que pueden afectar tanto a vencedores como a vencidos. Un ejemplo de lo que estamos diciendo sería el papel que han desempeñado las dos guerras mundiales en el proceso de emancipación de la mujer en los países más desarrollados. Al finalizar el siglo XX muchos sociólogos e historiadores consideraban que una de las grandes transformaciones operadas a lo largo de la centuria era el cambio de rol experimentado por la mujer en la sociedad moderna. Sería ofensivo para el movimiento feminista, y errado en el análisis, inferir de modo directo estos cambios de lo acontecido en ambas conflagraciones mundiales; sin embargo la contribución directa de la mujer al esfuerzo económico de la guerra nos ayuda a explicar esa importante transformación social.

En los dos conflictos mundiales, muchos gobiernos involucrados se vieron obligados a recurrir a la utilización masiva de mano de obra femenina para paliar el vacío producido en la industria por la movilización general. Esta apertura del mundo laboral a la mujer hizo surgir en ella nuevas expectativas en su lucha por la emancipación. Contribuyó a demostrar su capacidad en el desempeño de labores que hasta entonces les estaban vedadas y, sobre todo, les ofreció la posibilidad de reconocer la importancia de la autonomía económica en su propia definición social. Los efectos no se pudieron apreciar de inmediato. El final de las guerras supuso el retorno al hogar para gran parte de estas mujeres, pero el camino andado les abría perspectivas de futuro y, por ejemplo, en el caso de las sufragistas británicas su participación en la contienda contribuyó a la obtención del derecho a voto.

Durante la Primera Guerra Mundial la líder sufragista Mrs. Pankhurst acordó con el gobierno de Lloyd George apoyar desde su movimiento de mujeres la guerra que acababa de comenzar. Su revista, *The Suffragette*, llevaba como lema: «Luchar contra el káiser a favor de la libertad es para las sufragistas un deber». A lo largo del conflicto las feministas organizaron el reclutamiento para las fábricas de producción de armamento y otras empresas. Su recompensa fue el derecho al voto para las mayores de treinta años, logrado en 1918.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial el proceso de incorporación de la mujer al mundo del trabajo se aceleró. En EE. UU., quince años des-

pués de acabada la contienda, un 42% de las mujeres en edad laboral trabajaba ya fuera de casa, y muchas de ellas lo venían haciendo desde la guerra. A su vez, y en un efecto circular, la mujer tuvo que acabar siendo admitida como elemento combatiente en algunos ejércitos. Por ejemplo, en el ejército español durante 2007 sobrepasaban el 12,4% de los efectivos, aunque su papel en la cadena de mando sigue siendo, hoy por hoy, irrelevante.

Estos procesos de interacción entre guerra exterior y situación interna en los Estados beligerantes se daban ya en el mundo antiguo. La derrota podía suponer el fin de la comunidad, pero la victoria también podía comportar cambios profundos para el pueblo vencedor. La expansión romana fue el resultado de guerras sostenidas contra el extranjero, pero el desenlace victorioso de estas guerras y las conquistas realizadas por Roma terminaron por transformar la economía de Italia y contribuyeron primero a resolver y luego a exacerbar el conflicto social y político en su seno.

Desde los primeros tiempos de su historia, la fuerza de Roma radicó en la existencia de un campesinado mediano propietario que explotaba directamente sus tierras, cuya producción era básicamente el cereal. Este amplio segmento social había conformado el núcleo de los ejércitos romanos y había hecho posible la victoria sobre Aníbal. Pero esa misma victoria iba a señalar el inicio de su declive como clase social. Una vez terminada la guerra, este sector de la población quedó diezmado. Podemos estimar en unas 60.000 las bajas sufridas por Roma. Muchos campos se convirtieron en eriales, mientras que los supervivientes que retornaron a sus propiedades tuvieron que enfrentarse con el inmenso trabajo que representaba la puesta a punto de la tierra después de años de ausencia.

Los que a pesar de todo lograron abandonar la espada para retomar el arado se encontraron con múltiples y nuevas dificultades. El trigo, base ancestral de su producción, comenzaba a llegar de Sicilia con regularidad y podía venderse en el mercado más barato que cualquier trigo italiano. Con el tiempo, y las nuevas conquistas, se sumaron las aportaciones de otras provincias incorporadas al Imperio, como Egipto, lo que aún hizo más feroz la competencia en el mercado frumentario. Esta concurrencia de trigo barato llevó a que los grandes propietarios optaran por transformar sus cultivos reemplazando los cereales por la viña, el olivo o la ganadería.

Como dijo el historiador Toynbee: Dionisos terminó por desterrar a Ceres de los campos de Italia.

Pero estos cambios en los cultivos eran muy costosos, pues la plantación de viñas u olivos requería de fuertes inversiones para obtener beneficios sólo a largo plazo. Los pequeños y medianos propietarios que osaron arriesgarse por esta senda pronto se vieron endeudados con sus vecinos más ricos. Para la mayoría la aventura terminó en catástrofe debiendo malvender sus tierras a causa de las deudas.

Fue así como se produjo un proceso de concentración de la riqueza agraria y la consolidación de un tipo de explotación ya existente, el latifundio, que pasó a ser dominante con el transcurso del tiempo. Los grandes propietarios contrataron a veces a los antiguos campesinos libres como *politores*, que trabajaban sus tierras y daban al señor una parte de su cosecha, o bien como *mercenarii* u *operarii*, es decir, como obreros agrícolas empleados solamente cuando los trabajos del campo lo requerían. Pero estos dos tipos de trabajadores pronto se encontraron con la competencia de la gran masa de esclavos que las guerras victoriosas proporcionaban.

Ya durante la primera guerra con Cartago se nos dice que en África (256 a. n. e.), 20.000 prisioneros fueron sometidos a la esclavitud. Encontramos también referencias de que Emilio Paulo vendió 150.000 epirotas (167 a. n. e.) y que César hizo un millón de esclavos en la Galia. No podemos confiar en estas cifras, especialmente en la última, pero nos ilustran sobre el número de esclavos que los contemporáneos hallaban creíble.

La mayor parte del trabajo que se realizaba en muchas grandes propiedades lo efectuaban exclusivamente cuadrillas de esclavos. Así, el pequeño propietario, arruinado por el servicio cumplido en el extranjero, experimentaba cómo los frutos de sus victorias se volvían contra él. Ese destino fue el de muchos soldados después de la guerra con Aníbal y siguió siendo el de otros hasta el final de las contiendas civiles.

Otra salida que podía abrazar el exlegionario arruinado era emigrar a la gran ciudad. A lo largo de los años buena parte de los desarraigados afluyeron a Roma, cuya población aumentó en inquietantes proporciones. Fue el comienzo de numerosos problemas en lo concerniente a la vivienda y al empleo. La ciudad era incapaz de proporcionar trabajo, ya que los

numerosos artesanos de Roma sufrían también la funesta concurrencia de los esclavos. Así, esta plebe urbana que vivía en la pobreza sólo podía escapar de ella convirtiéndose en clientela de las ricas familias.

El sistema de la clientela existía ya desde el origen de Roma, pero el desarrollo progresivo del pauperismo provocó cambios sustanciales en su función. La relación clientelar se asentaba en derechos y deberes recíprocos: el patrón debía alimentar y vestir a su cliente quien, a cambio, tenía la obligación de ayudar en cualquier ocasión al patrón. Una ayuda fundamental que el cliente brindaba era a través del sufragio: los pobres votaban por sus amos. Pero los clientes no sólo votaban por su patrón, —que en más de un caso había sido antes su general— sino que también organizaban su campaña electoral y favorecían su propaganda. La plebe urbana se convirtió muy pronto en un engranaje esencial de la vida política romana contribuyendo al aumento de la tensión social.

Pero si la guerra había empobrecido a muchos, unos pocos se habían enriquecido con ella. Al escribir sobre las condiciones que prevalecían en víspera de las tensiones sociales del siglo II (a. n. e.), Salustio decía que: «unos pocos hombres lo controlaban todo en la paz como en la guerra; disponían del tesoro, las provincias, las magistraturas, los hombres y los triunfos; el botín obtenido en la guerra iba a parar a manos de los generales y unos pocos más. Entretanto, los vecinos poderosos despojaban de sus hogares a los padres o los hijos de los soldados» (*La guerra de Yugurta*, 42).

La opinión de Salustio fue compartida por otros autores, así Apiano (*Guerras civiles*, I, 7) decía que los impuestos y campañas habían empobrecido al campesinado, y Plutarco se lamentaba de que los hombres que habían luchado por Italia se hubieran convertido en vagabundos sin hogar junto con sus mujeres e hijos (Plutarco, *Tíberio Graco*)

Estas enormes transformaciones, producto de las victorias en los campos de batalla, habían dado un vuelco a la economía romana. La agricultura no era ya la principal razón de la inmensa riqueza de Roma. Aún menos lo eran el comercio y la industria. Las actividades más lucrativas de los romanos eran la guerra y el expolio. El tesoro se alimentaba principalmente de los ingresos provinciales. Hacia el año 84 (a. n. e.) estas contribuciones llegaron a 50 millones de denarios por año, y en el 62, después

de las anexiones en Oriente, a 135 millones. En un principio la guerra tenía que pagarse; más tarde se pagaba con creces por sí misma aunque alimentaba las desigualdades sociales.

Desde hacía mucho tiempo la elite de las familias plebeyas se había asociado a las familias patricias y, gracias a estas alianzas y al acceso a las magistraturas, se había formado una nobleza patricio-plebeya, la *nobilitas*. La riqueza de esta *nobilitas* era fundamentalmente territorial. Estos nobles eran los grandes propietarios del centro de Italia y fueron ellos los que desarrollaron los latifundios en detrimento de los pequeños campesinos. Pero entre los romanos existía también otra clase de ricos. En el sistema censal los caballeros se caracterizaban por ser los ciudadanos más ricos agrupados en las dieciocho centurias ecuestres. En realidad, los *equites* o caballeros no formaban una clase tan distinta a la *nobilitas*, sino que ambas estaban íntimamente unidas por el mismo género de vida y por vínculos familiares. Eran también grandes latifundistas, pero no desempeñaban ningún papel político importante, salvo aquellos que conseguían honores militares.

Como observara Salustio, estas clases superiores se habían enriquecido escandalosamente. Los senadores obtenían enormes beneficios de los botines, donativos en concepto de gastos y tasas ilícitas impuestas al pueblo. Por su parte, los ricos que no estaban en el Senado, los *equites*, se beneficiaban de los contratos para obras públicas, el abastecimiento del ejército y el cobro de los impuestos provinciales. En el siglo I (a. n. e.) sólo las tierras de Marco Craso se evaluaron en 50.000.000 de denarios; Pompeyo y César eran más ricos aún y solía decirse que nadie podía considerarse rico a no ser que pudiera mantener un ejército con sus ingresos. La expansión de Roma profundizó el abismo entre las clases.

El enfrentamiento triangular entre las clases populares, los *equites* y la *nobílitas* senatorial se concretó en una lucha cada vez más enconada. Esa confrontación conoció a lo largo de los siglos II y I (a. n. e.) dos momentos de máxima tensión. El primero giró en torno a las reformas agrarias propuestas por los Graco y tuvo un claro contenido popular. El segundo desató las guerras civiles enfrentando a diferentes sectores de las clases dirigentes.

La cuestión de las reformas agrarias tuvo su origen en el reparto del *ager publicus*. Desde el punto de vista jurídico, la conquista otorgaba al vencedor

el conjunto del territorio vencido, suelo y habitantes; así la tierra se convertía en propiedad del pueblo romano. Roma solía tomar un tercio de la tierra de los pueblos itálicos que conquistaba y, de tiempo en tiempo, dividía parte de esta tierra entre los romanos. Pero la gran beneficiada en estos repartos fue la *nobilitas*. El Senado, que era el que parcelaba y repartía el *ager publicus*, lo adjudicó a sus propios miembros sin dividir las tierras en pequeñas lotes; de esta forma, la *nobilitas* se convertía en su propietaria casi exclusiva.

Los Graco, Tiberio y Cayo, tribunos de la plebe, defendieron ante el Senado un programa que constaba esencialmente de tres puntos. El primero era limitar la concentración latifundista a costa del *ager publicus*. El segundo proponía entregar tierras a los campesinos desposeídos utilizando las de propiedad comunal o las de los territorios dominados en cualquier punto del Imperio. Por último, defendía que el Estado debía comprometerse a distribuir entre la plebe urbana los alimentos necesarios al precio de coste. Del programa de los Graco sólo el tercer punto fue contemplado de modo parcial, llegando el Estado a repartir trigo gratuitamente entre los pobres.

La defensa que hicieron los Graco de la absoluta necesidad de estas reformas les granjeó el odio del Senado, que pasó a acusar a los tribunos de anticonstitucionales. En 133 (a. n. e.) Tiberio Graco y trescientos de sus partidarios fueron asesinados por una turba de sicarios senatoriales. En el 121 Cayo Graco también encontró la muerte a manos de un esclavo. Tras la desaparición de los Graco, la tensión política quedó polarizada entre los *equites*, cuya única ambición era la prosecución de la expansión romana como única vía de enriquecimiento personal, y el Senado conservador que, dispuesto a defender los privilegios de los terratenientes, veía que si la expansión romana continuaba, le sería imposible mantener su autoridad sobre un territorio tan vasto.

No obstante, la maquinaria bélica no podía ya parar, lo que hacía que el Senado ejerciera un control cada vez menor sobre los cónsules y pretores que mandaban los ejércitos lejanos. Frecuentemente, el Senado se encontraba ante la obligación de prorrogarles su mandato; así la independencia de los jefes militares iba en aumento. Algunos generales mostraron muy pronto que sus intereses personales sobrepasaban a los del Estado.

Fue el partido senatorial el primero en recurrir a la intervención del ejército contra las propias instituciones valiéndose de Sila, un ambicioso general. En el año 87 (a. n. e.) Sila, al frente de seis legiones, marchó hacia Roma. Este fue el primer caso en que soldados romanos forzaron la situación política en la ciudad. Las legiones rebeldes, aunque fueron recibidas por una población que les arrojaba piedras y ladrillos desde los tejados, lograron aplastar a los partidarios de Mario, el reformador del ejército, convertido, hasta cierto punto, en el continuador de la política de los Gracos. Con este golpe, Sila abrió la carrera por el poder utilizando el ejército como ariete.

Las guerras civiles que estremecieron a Roma en el último medio siglo de la República fueron la pugna de políticos ambiciosos que, valiéndose del prestigio militar y apoyándose en sus ejércitos, quisieron convertirse en dictadores perpetuos: César es el mejor ejemplo. Finalmente, Octavio Augusto fue el triunfador y, por tanto, el primero en proclamarse emperador romano, bien es cierto que para ello tuvo que apoyarse en sus tropas y desarrollar una política populista que le garantizara la adhesión de la plebe urbana. Augusto, según opinión de Tácito, se ganó a los soldados con regalos, al pueblo con grano y a todos con las delicias del orden.

Los soldados empezaron a recibir regularmente tierras o dinero al retirarse. Durante la época anterior no había habido un sistema que garantizara recompensas de este tipo para los veteranos. Con Augusto cambiaron las cosas. El emperador sostuvo que, con las medidas que adoptó sobre el reparto de tierras o indemnización en metálico, había pagado a 300.000 hombres que le juraron obediencia. Los beneficiados incluían también a muchos provincianos que fueron destinados a las colonias de ultramar.

El precio pagado por casi trescientos años de victorias romanas fue la caída del sistema político que las logró. Si, como hemos visto, los gobiernos autoritarios pueden encontrar su fin en un fiasco bélico, no es menos cierto que el triunfo imperialista puede conducir en un sentido inverso la política interior de una gran potencia.

Los cambios que hemos narrado no se produjeron en un corto espacio de tiempo pero fueron de enorme profundidad. Las libertades que se

habían dado a sí mismos los ciudadanos de la República romana fueron sacrificadas, y el precio por las victorias fue el práctico sometimiento de las instituciones a una eficaz maquinaria de guerra convertida en árbitro de la sociedad.



El Emperador Marco Aurelio a caballo recibe
la capitulación de unos caudillos bárbaros
Museo del Capitolio (Roma)

IV
La guerra altomedieval

La guerra en lo albores de la Edad Media

Los avatares y evolución de los conflictos bélicos en el largo período medieval han sido tradicionalmente minusvalorados por algunas de las grandes figuras de la historia militar del siglo XX que, por otra parte, recogen un tópico que tiene sus orígenes en el Renacimiento. Así por ejemplo, John Fuller (1985, T. I, 323), evocando las invasiones bárbaras, muestra su nostalgia por la eficaz organización guerrera del mundo clásico y fía a la bravura, en su forma más primitiva, el resultado de las guerras que se librarán en ese nuevo ciclo histórico del medioevo. Por su parte, Liddell Hart (1946: 97) estima que en Occidente, durante la Edad Media, el espíritu de la caballería feudal fue rebelde a cualquier forma de organización militar, aunque la «oscuridad de su estúpido desarrollo se ilumine a veces con algunos fulgores brillantes».

Si relativizamos, como es necesario, estas opiniones influidas por una concepción excesivamente institucional sobre los ejércitos, propia de estos historiadores que, a su vez, eran militares de carrera, debemos reconocer que la Edad Media no ofrece ni la coherencia ni la magnitud que el con-

flicto armado manifestó en algunos momentos del mundo antiguo. Sin embargo, se introdujeron novedades sustanciales que perdurarán durante siglos y, sobre todo, la Edad Media evidenció, como en ningún otro período de la historia, que la estructura económico-social condiciona las formas de entender y hacer la guerra.

Durante los mil años que separan las invasiones bárbaras de la caída de Constantinopla a manos de los turcos, la profusión y variedad de conflictos que acontecieron resulta tan prolija que impide siquiera plantearse su mera enumeración, por esa razón abordaremos este período de forma estructural, atendiendo a las grandes líneas generales y sólo prestando una atención más particularizada a momentos o aspectos concretos. En este capítulo abarcaremos desde la caída del Imperio Romano en el siglo V hasta la formación de la sociedad feudal (siglo X al XII) para tratar en el siguiente la Baja Edad Media y la evolución de la guerra en los orígenes de la Modernidad.

El Mediterráneo había sido el eje del Imperio romano y su principal vía de comunicación. Al unificarlo militarmente, los romanos habían puesto en contacto civilizaciones distintas y les habían dado una cierta unidad política y cultural, pero no económica. La parte del Mediterráneo oriental (Egipto, Siria, Asia Menor, Grecia) mantuvo una economía dinámica propia de los antiguos reinos helenísticos con grandes ciudades artesanales y comerciales como Alejandría, Antioquía o Pérgamo. Sin embargo, la parte occidental, Italia, Galia, Hispania, Britania o el África occidental, no llegó nunca a superar una estructura económica agrícola-ganadera de consumo.

Desde comienzos del siglo III las muestras de agotamiento del sistema impuesto por la *Pax Romana* se hicieron evidentes. La economía basada en los grandes latifundios, trabajados por la mano de obra esclava, y en la seguridad de las rutas comerciales se resintió, al encontrar sus límites la política expansionista practicada por Roma los siglos anteriores. El oro y la plata procedentes de las conquistas afluían con menos regularidad y abundancia, y lo mismo sucedía con los esclavos. La moneda se adulteró para salir al paso de la escasez de numerario, provocando una primitiva inflación que hizo más difícil la vida de las gentes, agobiadas por un pago de impuestos cada vez más elevados. La ciudad ya no ofrecía las oportunidades de antaño y se inició un lento pero inexorable proceso de ruraliza-

ción. Por otra parte, la presión de los pueblos bárbaros sobre los limes imperiales se combinó con una cada vez mayor anarquía política. Del año 235 al 297 más de 46 emperadores y pretendientes al trono murieron de muerte violenta, producto de las luchas intestinas por el poder.

Así, la crisis del siglo III puso al descubierto de modo muy acusado la diferencia entre el Oriente y el Occidente del Imperio, en beneficio de éste último, más rico y poblado. A principios del siglo IV los emperadores abandonaron Roma, la vieja capital, por una nueva ciudad en Oriente, Constantinopla, lo que acabó estableciendo una división administrativo-militar entre las dos partes del Imperio, que culminó, a la muerte de Teodosio (395), con la creación de dos Estados repartidos entre sus hijos: el Imperio Romano de Oriente (Arcadio) y el Imperio Romano de Occidente (Honorio). Mientras que el primero pudo sobrevivir como tal durante siglos bajo la denominación de Bizancio, el segundo sucumbió pocos años después ante la emigración de los pueblos germanos.

La zona occidental del Imperio Romano conoció diversos tipos de invasiones a lo largo de quinientos años (s. III-VIII), de las que nacieron toda una serie de reinos bárbaros. En primer lugar podríamos hablar de una penetración pacífica y continuada de pequeñas bandas nómadas que eran acogidas en la propia estructura militar romana como tropas auxiliares (federados) o que se instalaban en áreas vírgenes como colonos. Pero durante el siglo III Roma padeció dos invasiones violentas que señalaron el comienzo del fin en su estabilidad como Imperio. En el año 257, los alamanes y francos llegaron a la Península itálica e Hispania atravesando la Galia, aunque fueron rechazados por el emperador Póstumo que logró restablecer transitoriamente el control.

No obstante, durante los años 276-277 otra invasión germánica devastó todo el territorio de la Galia. En ese mismo siglo las cosas no fueron mejor en Oriente. Los partos, seculares enemigos de Roma, nunca habían sido totalmente derrotados, limitándose las legiones a contenerlos y a soportar humillantes derrotas como la del año 53 (a. n. e), en la que Craso y sus cohortes fueron aniquilados en Carrae; o la del 36 de nuestra era en la que fue derrotado Antonio. Pero en el siglo III los desastres son de mayor magnitud, si cabe. En 232, Alejandro Severo corrió la suerte de sus antecesores y, en 258, Valeriano fue también vencido y hecho cautivo con todo su ejército.

No obstante, fue el siglo V el de la primera oleada de grandes invasiones en Occidente, que se repartieron en dos corrientes imparables. Una procedente del Rhin fue empujada en su desplazamiento por los hunos. Los hunos eran originarios de la estepa asiática y, comandados por Atila, habían penetrado por Hungría, atravesando Austria, Baviera y la Galia, y llegaron a amenazar París tras haber asediado Orleans. Un ejército coaligado de romanos y federados logró derrotarlos en la batalla de los Campos Catalaúnicos (451), inflingiéndoles una severa derrota. En su empuje, los hunos desplazaron también a vándalos, alanos y suevos que atravesaron la Galia y penetraron en Hispania, en tanto que los francos se fijaban en la Galia y los Burgundios en el valle del Saona.

La segunda corriente invasora procedía del sudeste y estaba compuesta por federados visigodos en rebeldía contra Roma que, comandados por Alarico, ocuparon la Italia del norte llegando, en agosto de 410, a saquear e incendiar la ciudad, lo que provocó un enorme impacto en el mundo de la época, ya que Roma no había sido tomada por ningún enemigo desde el año 387 (a. n. e.). No obstante, los visigodos, reconciliados con el Imperio, se desplazarán a Hispania para expulsar a los alanos, suevos y vándalos, consiguiendo que estos últimos pasaran al norte de África donde se establecieron en la zona de Cartago.

En Italia, los hérulos de Odoacro, que habían depuesto al último emperador romano de occidente, fundaron un reino en 476, que fue remplazado en 493 por otro de los ostrogodos de Teodorico que procedían de la Panonia (Hungría). Por su parte Britania, abandonada por los romanos, había sufrido la invasión de los yutos, los anglos y los sajones, que arrinconaron a los primitivos britanos en la zona de Gales.

Así, el Imperio Romano de Occidente, que no existía sino teóricamente desde 395, se vio fragmentado en reinos bárbaros, en tanto que el Imperio oriental, con el nombre de Bizancio, mantuvo durante un tiempo su poder como potencia político-militar, e incluso con el Emperador Justiniano, en el siglo VI, se propuso recuperar la unidad perdida con Occidente. Este emperador, gracias a las dotes estratégicas de generales como Belisario y Narsés, reconquistará por un tiempo África, Italia y una parte de Hispania pero el intento fue efímero ya que a finales del siglo VI los lombardos, procedentes de Germania y después los francos, venidos de la Galia, ocuparán toda Italia.

A partir del siglo VII, con la aparición del Islam y el acoso de otros pueblos vecinos como los búlgaros, Bizancio no pudo impedir que su territorio se fuera reduciendo poco a poco, viéndose obligado a adoptar frente a sus enemigos una política puramente defensiva.

Por último, los musulmanes procedentes de Oriente Medio y el norte de África ocuparán la península Ibérica en el siglo VIII tras derrotar a la monarquía visigoda y aunque intentarán continuar su avance al otro lado de los Pirineos serán rechazados por el franco Carlos Martel en la batalla de Poitiers (732). Pero el mar quedaba libre. Desde España y el Magreb, los piratas musulmanes ocuparon primero las islas del Mediterráneo occidental, las Baleares, Córcega a partir del 806, y luego Sicilia, metódicamente conquistada entre los años 827 y 902. Desde ellas lanzaron periódicas expediciones de saqueo sobre todas las costas cristianas.

De todo el abigarrado e inestable mosaico de reinos bárbaros nacido de las invasiones el que destacará sobre los demás, convirtiéndose en una potencia, será el de los francos. Uno de sus reyes, Carlomagno, llegará a ser coronado como emperador en la navidad del año 800, pero a su muerte su efímero imperio se desmembrará repartido entre sus hijos.

La segunda gran oleada de invasiones que sufrirá Europa se producirá en los siglos IX y X y afectará ya a estos nuevos reinos bárbaros. Germania será atacada por los eslavos, paganos de los países bálticos, y los checos de Bohemia, así como por un pueblo de raza amarilla, los húngaros, de la misma familia que los hunos y los ávaros. Se trataba de jinetes llegados de las estepas que se habían establecido antes del 906 en la llanura de Panonia y desde allí lanzaron rápidas expediciones de pillaje en los valles del Danubio y el Rhin; penetrando hasta Italia llegarán al mismo corazón de Francia. Por fin, en el año 955, muy cerca de Ausburgo serán derrotados por el rey Oton I. Por su parte, los normandos o vikingos, procedentes de los países escandinavos, asolarán las costas de la Europa atlántica durante un siglo, para terminar fijándose en Inglaterra y en Normandía.

La debilidad administrativa de estos Estados, el proceso de decadencia urbana y el declinar del comercio, unido a la cada vez más acusada ruralización de la vida económica, propició la aparición del feudalismo en los

siglos X al XII. Sistema económico, social y militar, el feudalismo marcará la vida de Europa en las centurias siguientes con la legitimación ideológica del cristianismo, que habrá terminado por imponerse entre bárbaros y paganos.

Las rivalidades entre reinos, pero también entre señores, así como la confrontación con el Islam, la otra gran religión monoteísta, alimentarán la guerra en este período. En 1066 el conde de Normandía, pretextando derechos de sucesión, invadirá Inglaterra derrotando al rey Harold en la batalla de Hastings y, treinta años después, se iniciará una gran expedición militar para, teóricamente, rescatar los Santos Lugares del dominio musulmán. Este tipo de incursiones en la zona del Oriente Próximo, denominadas Cruzadas, se repetirán durante un siglo y medio. Así, las causas de la guerra en la época analizada reproducirán buena parte de los supuestos de siglos anteriores; aunque algunos de ellos cobrarán un perfil propio, otros se presentarán de forma singularizada y algunos no se darán.

A excepción de sus inicios, la Edad Media occidental no conoció el fenómeno de la invasión-migración, entendida como un desplazamiento masivo de población. Tampoco la Alta Edad Media conoció las guerras serviles como en la Antigüedad, ya que las clases sometidas fueron incapaces de articular formas de resistencia con una cierta entidad durante mucho tiempo. También fueron escasas las guerras hegemónicas o imperialistas, que desembocarán en la dominación de un pueblo o de una dinastía sobre inmensos territorios, aunque la expansión y la conquista estuvieron siempre presentes, bien en el interior de la cristiandad latina, bien en su exterior, a expensas del mundo pagano, del Islam o de Bizancio.

Sin embargo, cobrarán gran importancia las querellas de vecindad movidas por intereses concretos entre poderes próximos, aunque las motivaciones pretextadas se ajustasen al código de valores propio del medioevo. A ellas contribuirá la debilitada autoridad de las monarquías, generalizándose una acusada situación de inseguridad. Cada individuo, cada grupo social o familiar tuvo que preocuparse de defender su integridad, sus derechos y sus intereses por medio de las armas, o conseguir que alguien próximo lo hiciera en su nombre. Desapareció, así, la diferencia entre la guerra pública y la privada, entre la *vendetta* y la campaña dirigida por el rey en nombre de su pueblo.

Este tipo de encontronazos privados entre señores feudales serán muy frecuentes, aunque en general de escasa envergadura. Unos cientos, en ocasiones algunas decenas de jinetes armados, se enfrentaban en choques poco decisivos que prolongaban estos conflictos durante largos períodos de tiempo, llegándose a convertir en un mal endémico de la época. Las monarquías, conforme vayan recuperando su poder y autoridad, buscarán canalizar estas luchas que dispersaban el potencial guerrero del Estado. Felipe Augusto de Francia (1165-1223) decretó la «cuarentena del rey» que prohibía se abriesen hostilidades entre señores después de una «ofensa» antes de cuarenta días, al objeto de poder intervenir como mediador en el conflicto entre sus vasallos. Medidas parecidas fueron adoptadas por la monarquía inglesa y por las Cortes de Castilla. Luís IX de Francia llegó a prohibir la guerras entre señores, a fin de aunar todas las fuerzas para las guerras emprendidas por la monarquía, aunque el edicto debió ser renovado varias veces por sus sucesores.

Bien es cierto que estos enfrentamientos entre familias, según cual fuera el potencial de éstas, podía derivar en luchas de entidad. Entonces la magnitud del conflicto era de orden bien distinto ya que tan poderosos fueron algunos de estos grupos familiares que, en ocasiones, llegaron a imponer su voluntad en un Estado, o en lo que en aquella época se consideraba un Estado. Grandes guerras, como las reñidas en Francia entre los Plantagenet y los Capeto, o en Inglaterra entre los York y los Lancaster, fueron en parte disputas entre familias rivales por ocupar cargos y por el poder.

Las guerras entre reinos o por la sucesión dinástica encontrarán, en muchos casos, justificación en el ámbito del derecho. A diferencia del Mundo Antiguo en el Medioevo se dejará sentir la herencia conjugada de tres aportes significativos en este terreno. Por un lado, el peso del derecho romano; por otro, la codificación y filtraje de ese derecho a través de las leyes consuetudinarias del mundo germánico. Por último, se dejará sentir también el predominio ideológico del cristianismo, con lo que suponía de sanción divina en la adopción de una postura de beligerancia.

Así, los pretextos para el *casus belli* buscarán justificación entre cristianos en la compleja casuística del derecho romano barbarizado. La herencia, la legitimidad, la sanción eclesiástica y un largo etcétera servirán para

enmascarar los viejos intereses de siempre: ambición personal, poder político, expansión territorial, control económico, mero expolio… Este escrúpulo por la pretendida legalidad de la causa se conjugará más de una vez con la reparación del honor ofendido, con la justa respuesta a la felonía perpetrada por aquél que no respeta el código de las relaciones de vasallaje, con aquellos que violan el juramento prestado o con los que simplemente se rebelan contra el orden establecido por Dios.

Para finalizar, mencionaremos la motivación religiosa, que no es nueva pero sí poco frecuente en época anterior. La invocación religiosa como causa de la guerra se circunscribe a una serie de conflictos concretos y no excesivamente numerosos. Cosa bien distinta es el amparo de los poderes eclesiásticos que todos los contendientes cristianos buscaban para legitimar sus pretensiones en cualquier clase de contienda. No obstante, el imperio ideológico de lo religioso magnificará enfrentamientos como las Cruzadas o la lucha de los reinos hispánicos contra el poder musulmán, convirtiendo engañosamente estos conflictos en la quintaesencia de la guerra medieval.

Los motivos más profundos que impulsaron estas guerras hunden sus raíces, en la mayor parte de los casos, en realidades más bien materiales que podían ser de naturaleza muy distinta, así por ejemplo los persas batallaron contra los bizantinos en interés de sus mercaderes por el control de las rutas comerciales a la India y China, ya que la seda se llegó a convertir en causa de disputa entre los grandes imperios civilizados, y la invocación a las diferentes creencias religiosas sólo servía para movilizar las conciencias de los pueblos implicados.

Los nuevos guerreros a caballo

La caída del Imperio romano no fue fundamentalmente un fenómeno militar. La debilidad económica y el languidecimiento de las ciudades, el descenso de población, la asimilación de las culturas provincial y bárbara, la adopción del cristianismo y el establecimiento de una nueva capital imperial en Constantinopla fueron causas todas ellas más profundas y síntomas más significativos de la decadencia de la antigua Roma que su fiasco militar ante los bárbaros.

Teóricamente, hacia finales del siglo IV, defendiendo el Imperio había 250.000 hombres en las fronteras y 50.000 como ejército de maniobra, siendo estos últimos los más operativos. Pero el limes no era entonces más que una frontera abierta, aunque las ciudades pudieran defenderse mejor dentro de sus estrechos recintos.

El soldado romano solía ser un bárbaro germano y prácticamente se daba la paradoja de que el ejército estaba ya en manos de sus invasores. Por eso, a medida que los diferentes pueblos iban ocupando las provincias del Imperio dejaba claro que el poderío militar de Roma, del que había dependido esa civilización durante siglos, tocaba a su fin, al menos en Occidente. Por esa razón el factor militar, aunque no fue determinante, también influyó y algunos de los hitos más significativos en ese proceso de desintegración se produjeron en los campos de batalla.

Uno de los acontecimientos clave en ese colapso militar fue la derrota del emperador Valente a manos de los godos en Adrianópolis en 378. En 376 los visigodos (godos del Oeste), bajo la presión de los hunos, habían suplicado al emperador Valente que les permitiera establecerse en el interior del Imperio a lo que accedió con la condición de que se desarmasen. Entonces los ostrogodos (godos del Este) hicieron la misma petición y esta vez el emperador, temeroso de su número, rehusó. Fue entonces cuando se produjo un alzamiento generalizado de este pueblo y Valente tuvo que enfrentarse con los godos coaligados en Adrianópolis.

En esta batalla el ejército imperial cayó sobre los godos que se hallaban acampados y protegidos por carros. Valente había dispuesto sus fuerzas de forma convencional, agrupadas las legiones en el centro y ocupando las alas los escuadrones de caballería auxiliar. Pero un fallo en la información le impidió saber al emperador que el grueso de los jinetes godos estaba fuera del recinto, dedicados al forrajeo. Advertidos los bárbaros de lo que sucedía se reagruparon apresuradamente y cargaron sobre la izquierda romana cuando la batalla estaba en todo su apogeo. La caballería romana del flanco izquierdo se desintegró instantáneamente ante este inesperado ataque, y los godos pudieron emprender una maniobra envolvente sobre la infantería romana. Así las legiones se vieron aplastadas en el centro por la acción concertada de la caballería goda desde la izquierda y de su infantería enfrente.

Adrianópolis no fue el final del imperio pero señala el principio del fin del poderío militar romano, y aún tiene una significación mayor por ser la primera victoria de la caballería sobre la infantería. Fueron los jinetes godos quienes primeramente cruzaron el umbral de la guerra medieval. A partir de entonces y hasta la Baja Edad Media la caballería comenzará su ascenso hasta llegar a reinar en los campos de batalla de Europa.

Si atendemos a los efectivos, los guerreros bárbaros que terminaron con el Imperio romano occidental nunca constituyeron una fuerza muy numerosa. Por ejemplo, en la batalla de Adrianópolis, la coalición de hunos, alanos, ostrogodos y visigodos que aplastaron a las tropas de Valente se elevaba aproximadamente a unos 18.000 hombres, de los cuales unos 10.000 debían de ser visigodos. En el año 429, el vándalo Genserico cruzó a África con solamente unos 16.000 combatientes para terminar fundando un reino. Los visigodos que penetraron en la península Ibérica no debieron superar el número de 80.000, lo que equivalía a un 2% de la población hispanorromana que, por entonces, se debía elevar a unos 4.000.000 de habitantes.

Si tenemos en cuenta que la costumbre entre los pueblos bárbaros, eminentemente guerreros, era considerar combatientes a todos los adultos varones, desde los quince o dieciséis años hasta el momento en que comenzaban a fallarles las fuerzas, el número de guerreros visigodos en el territorio hispano se pudo elevar a unos 25.000, cifra que casa con otras que poseemos relativas a otros ejércitos de la época. Así, por ejemplo en los primeros años de la reconquista de Italia por Justiniano, el rey ostrogodo Vitiges sólo pudo hacer frente al ejército de Belisario con unos 25.000 hombres, que eran, sin embargo, más que los propios bizantinos. En la segunda fase de la guerra, unos veinte años más tarde, Totila, sucesor de Vitiges, no llegó a reunir más hombres que su antecesor. En resumen, podríamos decir que los principales pueblos bárbaros no dispusieron más que de una cifra de guerreros que oscilaba entre los 10.000 y los 30.000 efectivos.

Tampoco fue mucho más elevada la cifra de combatientes que pudieron movilizar el Imperio bizantino o el carolingio. Bizancio, que conoció acusadas oscilaciones en este terreno a lo largo de su historia, no era capaz en el momento de la expansión con Justiniano (siglo VI) de

contar con ejércitos operativos que superaran los 25.000 hombres. Belisario no dispuso más que de 15.000 guerreros para destruir el reino vándalo, y de 25.000 para arrebatar Italia a los ostrogodos, aunque no lo consiguió. Con las reformas introducidas por Heraclio en el siglo VII, el número total que podía componer el ejército bizantino pudo sobrepasar los 100.000 hombres, aunque en ninguna campaña se empeñaron la totalidad de estos efectivos.

Lo mismo sucedió con el ejército de Carlomagno que en cómputos ya clásicos como los realizados por Lot (1946) no se estimaba, incluso en sus momentos de apogeo, en más de algunos miles de combatientes. En estudios más recientes y con nuevos métodos de evaluación se ha calculado que el Imperio carolingio podía convocar unos 35.000 caballeros sólidamente equipados, a los que se podía añadir una masa de infantes y auxiliares que alcanzaría quizá los 100.000 hombres. Pero hemos de tener en cuenta que en las operaciones importantes, como la campaña del 796 contra los ávaros, las tropas de Carlomagno sólo debieron de alcanzar la cifra de entre 15.000 y 20.000 hombres.

Así, las empresas más audaces del período fueran acometidas por algunos miles de combatientes, en número muy inferior a los efectivos movilizados en los grandes acontecimientos bélicos de la Antigüedad. La ocupación musulmana de la Península Ibérica fue llevada a cabo por unos 32.000 hombres que se repartieron en dos oleadas sucesivas y distanciadas en el tiempo. La invasión de las islas británicas por los normandos no implicó a más de 7.000 guerreros embarcados en unas 500 naves, y las Cruzadas, en el momento de su máximo apogeo, no pudieron movilizar ni a 60.000 hombres. Los cronistas exageran considerablemente el número de los cruzados y dan a veces cifras fantásticas. A los autores de los siglos XI y XII les gustaba comparar las muchedumbres de guerreros cristianos con nubes de langostas, con las arenas del mar o con las estrellas del cielo; sin embargo las «incontables muchedumbres» que pudieron ver estos cronistas, por regla general, no pasaban de las 12 o 15.000 personas. Parece seguro, sin embargo, que las tropas auxiliares de a pie eran bastante numerosas, mientras que los hombres a caballo sólo eran unos cuantos miles y en ocasiones solamente unos pocos centenares de jinetes contaban con una montura capaz de participar en una carga.

Respecto a la recluta encontramos marcadas diferencias entre el modelo seguido por el Imperio bizantino y los reinos bárbaros de Occidente. En Bizancio durante la época de Justiniano, el ejército imperial comprendía a los federados, es decir, clientes vasallos de los que el Imperio obtenía asistencia armada. Estos contingentes, de lo más variado, conservaban sus jefes, sus costumbres, y su organización militar. Por otra parte, estaban los encuadrados de los cuerpos imperiales, constituidos en la mayoría de los casos por tropas mercenarias integradas en el ejército. Por último, se contaba con las milicias locales para la defensa de los puestos y plazas fortificadas.

Hemos de tener en cuenta que la línea más o menos continua, pero sin profundidad, del limes romano había sido sustituida por una red escalonada de puestos fortificados que protegieran las colonias agrícolas en las que residían obligatoriamente los *limitanei*. Éstos eran soldados campesinos que conformaban el grueso de la milicia local. A estos contingentes podríamos añadir algunas formaciones que anunciaban ya la recluta feudal, se trataba de soldados «domésticos» o *hypaspistes*, reclutados y pagados por los jefes superiores como guardia personal.

Con el emperador Heraclio (575-641) se introdujo una profunda reforma en la recluta y composición del ejército que tuvo notables implicaciones en la estructura económica y social del Imperio bizantino. Heraclio partió de una premisa: el Imperio en su totalidad se había convertido en una provincia fronteriza y Asia Menor era el área de reclutamiento más importante; por lo que acometió una reorganización de la administración imperial que supuso la creación de los *themas*.

Cada unidad fundamental del ejército bizantino, acuartelada en un determinado distrito, se convirtió en un *thema* a las órdenes de un estratego. La reorganización reunió varias de las antiguas provincias en distritos militares y administrativos en los que el estratego, subordinado al emperador, recibía todo el poder ejecutivo; no sólo mandaba sobre las tropas estacionadas en su *thema*, sino que también se ocupaba de la administración, la justicia y la burocracia financiera de ese territorio.

Esta reforma impulsó el desarrollo del campesino libre que, a su vez, hacía las veces de soldado. Los soldados que pertenecían al *thema* como

unidad militar recibían, a cambio de servir en el ejército de forma obligatoria, unas tierras que podían heredar sus descendientes. Estos *stratiotai* o *estratiotas* no eran meras milicias locales como antaño lo eran los *limitanei*, tampoco eran mercenarios o siervos, sino campesinos libres asentados en sus propias tierras, cuya renta les aseguraba su mantenimiento y el equipo, no precisamente barato, de un soldado de caballería pesada.

La disolución del ejército mercenario, con sus inevitables debilidades, y la creación de un ejército compuesto por soldados-campesinos cuyos intereses reales estaban en el territorio que debían defender no sólo aumentaron sensiblemente la capacidad militar de Bizancio sino que permitió el nacimiento de una nueva clase de propietarios rurales. Hasta el siglo VI el latifundio había ido cobrando cada vez más importancia, pero ahora las comunidades rurales libres aumentaron su número de modo considerable. Con los *estratiotas* se había creado también un estamento que para el gobierno central significaba una reserva social, política y militar contra las tendencias centrífugas de los grandes propietarios provinciales.

En los reinos bárbaros de Occidente las formas de reclutamiento fueron distintas. Partían del viejo principio nacido en los pueblos bárbaros que consideraba a todo varón adulto un guerrero, de ahí la obligación de todos los hombres libres de acudir a la convocatoria a las armas hecha por el rey y servirle mientras durase la campaña, sufragando ellos mismo su alimentación y equipo militar. Cualquier ausencia llevaba consigo una pena, que se traducía en el pago de una fuerte multa. Incluso personas tan al margen del resto de la sociedad como eran los mercaderes quedaban sometidos.

Una ley dictada por Astolfo (750) se refería a los hombres que se ocupan del comercio y especificaba que debían tener un armamento conforme a su riqueza. Hasta los esclavos, propiedad de los germanos o de los romanos, eran movilizables. En un pasaje de una ley de Ervigio (680-687) se dice: «Por un decreto especial, decidimos que todo hombre, godo o romano, que acuda al ejército, tendrá que ser acompañado durante la campaña por lo menos por uno de cada diez de sus esclavos, de manera que esta décima parte no esté desprovista de armas, sino que tenga diferentes tipos de armas, de tal forma que una parte de los que lleve al ejército tenga armaduras y la mayor parte escudos, espadas, cuchillo, lanzas y flechas» (Contamine, 1984: 22-23).

Los únicos que se libraban de esta especie de movilización general eran los clérigos y los monjes. Sin embargo, ocasionalmente, aparecen en las fuentes literarias clérigos a los que se relaciona con episodios guerreros a los que se debían sumar de modo voluntario aunque, en otras ocasiones, era precisamente el rey quien les obligaba a luchar. Así el rey visigodo Wamba, tras una campaña en Septimania (673), promulgó una ley que castigaba severamente a quienes no habían contribuido a la defensa del país en las regiones amenazadas por vascones y francos, fuera cual fuese su condición social, incluidos los eclesiásticos.

Este tipo de llamamiento universal se modificó con el tiempo, sobre todo debido al peso, cada vez mayor, que cobraba la caballería en los campos de batalla y al costo elevado de la dotación del combatiente montado. Según la antigua ley franca todo hombre libre era soldado; pero al final del reinado de Carlomagno eran necesarias las contribuciones de 2, 3, 4 o 6 hombres para proporcionar al rey un solo combatiente. Así, el Imperio carolingio terminó por establecer el servicio militar sobre la base de la renta de las tierras.

Una capitular del año 807 explica cúal era el sistema seguido. Todo hombre libre que fuera propietario de cinco, cuatro o tres «mansos» debía aportar un combatiente armado y equipado. El manso era la denominación de una unidad de cultivo cuya extensión solía oscilar entre las 10 y las 15 hectáreas. Los que contaran simplemente con dos mansos debían ponerse de acuerdo para que uno de ellos equipara al otro y el más apto debía incorporarse a la hueste. Incluso los que sólo poseían medio manso debían agruparse para que cinco de ellos equiparan a un sexto provisto de lanza y adarga. Los condes, abades y obispos, así como los grandes terratenientes tenían el deber de proveer su justa proporción de vasallos con sus correspondientes yelmos y corazas.

Las autoridades locales llegaron a menudo a establecer un turno entre el personal movilizable, y cuando Carlomagno, para llevar a término una campaña, mantuvo su ejército bajo las armas más allá del tiempo normal, —un año en el caso de la conquista de Lombardía y el sitio de Pavía— tuvo que sufragar la dotación y el avituallamiento de sus tropas.

Un sistema parecido regía en Inglaterra poco tiempo antes de la invasión normanda (1066). Existía una institución con el nombre de *fyrd* que

suponía una movilización general de todos los hombres libres para defender las regiones amenazadas. La *fyrd* constituía el grueso del ejército inglés que se reclutaba sobre la base de un hombre por cada 120 acres, aunque sólo podía convocárseles para dos meses de servicio cada vez. Había otra clase de hombres llamados *tehgns*, cuya posición social estaba por encima de los ciudadanos ordinarios sin ser aristócratas, y cada uno de ellos debía el servicio militar directamente al rey. La convocatoria en los diferentes distritos corría por cuenta de los condes y *sheriffs*; y los combatientes así seleccionados podían ser, en ocasiones, campesinos ordinarios.

Durante los siglos XI y XII la recluta en Occidente siguió los patrones del sistema feudal. Las querellas dinásticas de los sucesores de Carlomagno debilitaron el poder central y las invasiones normandas aceleraron ese proceso obligando a las pequeñas comunidades rurales o urbanas a replegarse y a vivir sobre sí mismas al abrigo de un cercado defensivo, en base a una economía cerrada. Poder político, reparto territorial, vida económica, todo se fragmentó y la organización militar siguió la misma regla centrífuga; así la movilización de los combatientes pasó a depender de las relaciones de vasallaje.

Los príncipes del siglo XII, como los Plantagenet y los Capeto, hicieron la guerra con sus propias mesnadas y con las de los grandes nobles que les debían servicio directo por sus feudos. Complementaban estas fuerzas con bandas mercenarias compuestas en gran parte por escuderos de a pie o a caballo. El servicio militar de los caballeros ordinarios y de los ciudadanos era requerido solamente de modo muy ocasional para la llamada defensa del reino. Con las Cruzadas, este tipo de movilización feudal, impulsado por los monarcas que participaron en ellas, se entremezcló con la prestación voluntaria de todo tipo de personas de la más variada condición, movidas a convertirse en soldados de la cristiandad.

El combatiente de los siglos que separan la caída del Imperio Romano de la completa instauración del sistema feudal ofrece perfiles muy diferentes que varían del guerrero bárbaro al caballero medieval. El guerrero bárbaro podía ser un combatiente a pie o a caballo, de cualquier modo era una figura que inspiró un ambiguo sentimiento en el mundo tardorromano, mezcla de admiración y terror

Sidonio Apolinar escribió que los burgundios tenían más de dos metros de estatura, mientras afirmaba de los piratas sajones que sólo la muerte podía abatirlos pero jamás el miedo, ya que su valor sobrevivía a su último suspiro. Amiano Marcelino describía a los hunos como de miembros fuertes, armoniosos y de espléndidos cuellos, aunque añadía que eran portentosamente feos y tan corcovados que se los tomaría por una especie de bestias bípedas. El mismo autor veía a los alanos esbeltos y rubios, siendo su mayor placer, según el romano, los peligros y la guerra. A estas expresiones de fascinada admiración se unían otras que delataban un terror paralizante ante este tipo de enemigo.

El autor anónimo del tratado *De rebus bellicis*, hacia el 375, describía el impacto que provocaban las invasiones hablando de los furiosos rugidos de los pueblos que presionaban sobre el Imperio Romano y de la astucia de los bárbaros, ocultos en sus escondrijos naturales, y asaltando por todas partes sus fronteras. Una generación más tarde, San Jerónimo decía en una carta: «No podría, sin horror, enumerar todas las calamidades de nuestro siglo. Hace ya más de veinte años que entre Constantinopla y los Alpes Julianos se derrama diariamente sangre romana. Eseitia, Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia, Tesalia, Acaya, Epiro, Dalmacia y ambas Panonias están en poder de los godos, sármatas, quades, alanos, huneg, vándalos, marcomanos, que las saquean, las devastan y las destrozan» (Contamine, 1984: 3-4)

Lo cierto es que los bárbaros conformaban comunidades fundamentalmente orientadas hacia la guerra. La organización social y la militar en esas culturas se encontraban estrechamente vinculadas, y la mayor parte de los valores reconocidos eran de naturaleza belicosa, lo que queda patente en la onomástica germánica como podemos apreciar en nombres tan comunes como: Richard (*Rik-hard*: poderoso-audaz); Armand (*Heri-man*: hombre de guerra); Guillaume-Guillermo (*Wile-Helm*: voluntad-casco); Gerard (*Ger-hard*: lanza fuerte), etc.

No obstante, estos guerreros combatían de forma rudimentaria. Carentes de disciplina militar no se les puede considerar como ejércitos organizados, sino como pueblos en movimiento dispuesto a guerrear por el botín o por nuevos asentamientos. Las carretas, los bagajes, el ganado, las mujeres, los niños y los ancianos que llevaban consigo limitaban su

movilidad y les planteaban frecuentes problemas de avituallamiento. Castigados por el hambre, los bárbaros se veían a menudo obligados a dividirse en pequeñas tropas que saqueaban las zonas agrarias, cuya vulnerabilidad era muy grande.

Las formaciones tribales en el combate eran masivas, no articuladas, y adoptaban generalmente el dispositivo «en bloque». Su sistema favorito para la batalla era lanzarse bruscamente contra el enemigo en formación de cuña, como una V, para romper de un golpe el centro de las líneas contrarias. El éxito residía en el número, en la masa y en el valor individual.

Los francos parecieron los herederos de las tácticas de la infantería romana más primitiva, y desarrollaron unos métodos de combate muy semejantes al choque frontal de las antiguas legiones. Tomaban la iniciativa siempre que era posible, haciendo una pausa en su arremetida sólo para disparar la terrible «francisca», un hacha de batalla que podía traspasar escudo o casco. Luego se arrojaban sobre sus enemigos en masa a lo largo de toda la línea con sus jabalinas o su corta espada, semejante al *gladius*.

Los vikingos aplicaban un rudimentario procedimiento para romper la cohesión del orden masivo de los francos, simulaban la huida y caían luego sobre las formaciones deshechas por la persecución. Si ésta revestía cierta peligrosidad, se dispersaban para reunirse luego en un lugar previamente convenido. Su capacidad para el asedio era considerada deplorable por los mismos romanos y, generalmente, se mostraban incapaces de fabricar y utilizar las máquinas de asalto. En definitiva, los pueblos bárbaros en su conjunto practicaban una forma de hacer la guerra muy elemental e instintiva que prescindía de la sofisticación alcanzada a lo largo del Mundo Antiguo.

Su armamento era bastante eficaz y, aunque introducía relativas innovaciones respecto al romano, básicamente se componía de los mismos elementos que habían presidido la guerra en los siglos anteriores. La espada presentaba dos variantes: por un lado nos encontramos con una espada larga de unos 90 cm, simétrica y de doble filo, con hoja bastante fina y poco ancha, unos 6 cm, utilizada posiblemente por el guerrero a caballo. La espada corta, de una longitud media de 40 cm, era la denominada *sax* o *scramasax* y se caracterizaba por tener un solo filo, a modo de un sable corto o machete, ya que su anchura no era superior a los 7 cm.

La lanza era la tradicional asta de madera con un trozo corto de hierro de punta ancha y muy afilada por ambos lados. La variante original fue el llamado *angón*, una especie de jabalina utilizada por los francos e inspirada en el *pilum* romano. Tenía una parte del asta fabricada de hierro bastante fino, torneada en sección, unas veces circular y otras poligonal, cuya longitud oscilaba entre 80 y 125 cm. Su punta estaba conformada por una cabeza de flecha, guarnecida de espolones y ganchos. En el otro extremo, el asta metálica se prolongaba mediante un mango de madera. El angón servía para ser arrojado pero, también, era adecuado para la lucha cuerpo a cuerpo. Su mayor eficacia radicaba en las puntas ganchudas que, al penetrar en el cuerpo, producían una profunda herida. Si se quedaba incrustada en el escudo enemigo lo inutilizaba, ya que no se podía cortar el asta metálica con la espada para poderlo desprender de la defensa, obligando el adversario a prescindir de él.

No obstante, una de las armas ofensivas preferidas por muchos pueblos bárbaros fue el hacha. En el caso de los francos se trataba de un hacha pequeña y arrojadiza llamada en los textos *francisca*. Aunque también podía utilizarse en la lucha cuerpo a cuerpo, su mayor eficacia se obtenía al lanzarla haciéndola girar sobre sí misma. Una francisca, con un peso de 1,2 kg, un mango de unos 40 cm y una hoja de 18 cm podía alcanzar a un adversario situado hasta a 12 m. También, se utilizaban las tradicionales hachas de combate con hoja mucho más ancha y corte casi semicircular. Esta era el arma preferida por los vikingos, conocida como «hacha danesa». Con un largo mango de madera podía descargar golpes que provocaban cortes terribles ya que el peso de su hoja podía oscilar entre los 300 y los 900 gramos.

También estos pueblos hicieron un uso abundante del arco compuesto. Los hunos eran tan hábiles manejando esta arma como montando sus caballos, desde los que eran capaces de hacer blanco con sus certeras flechas en plena cabalgada. Notablemente corto para su gran potencia, el arco de los hunos estaba fabricado con asta —un material de la estepa— y cortos trozos de madera ensamblados de dos en dos.

El armamento defensivo era así mismo el tradicional. El escudo se consideraba tanto un arma como un símbolo. Constituía la pieza que se entregaba al guerrero germano en el momento en que se le reconocía

como combatiente. Abandonarlo suponía el mismo deshonor que para el hoplita griego y, como entre los helenos, si el guerrero moría en el combate, era llevado sobre su escudo por sus compañeros. En las asambleas se adoptaban las decisiones por aclamación entrechocando los escudos y cuando se elegía un rey o caudillo se le consagraba como tal elevándolo sobre el escudo. Generalmente estos escudos presentaban una forma redonda o elíptica con unos 90 cm de diámetro, estaban formados por planchas de madera recubiertas de cuero y en su centro solían tener un machón metálico.

Los yelmos eran casquetes hechos con bandas de metal; algunos tenían gorjal y carrilleras, otros una visera, y otros estaban adornados con cabezas de animales o cuernos. También usaron cotas de malla y los más variados tipos de petos, como eran las anchas bandoleras de cuero con remaches metálicos.

No obstante, la gran innovación que estos pueblos aportarán, condicionando la manera de hacer la guerra los siglos siguientes, será el uso eficaz de la caballería gracias a la paulatina implantación del estribo que junto con la silla, la herradura y la espuela suponen verdaderos hitos en la historia de la técnica militar. El estribo era desconocido en el mundo grecorromano y, probablemente, tuvo su origen en Oriente en el siglo IV (a. n. e.). En las esculturas budistas del siglo II (a. n. e.) se reproducen jinetes cabalgando con estribos de lazos. Debió ser traído a Occidente, junto con un tipo más vigoroso de caballo, por los escitas y sármatas de Asia en el siglo I (n. e.).

Hace algunas décadas, el historiador estadounidense Lynn White (1973) señaló la enorme importancia de esta pieza en la evolución de la guerra. Si imaginamos por un momento a un jinete que sube sin estribo a un caballo y que, en lugar de silla, lleva una manta podremos suponer acertadamente que buena parte de sus movimientos en un encuentro armado estarían condicionados por mantener el equilibrio. Aun con una silla pero sin estribos, el caballero sólo podría asegurar su estabilidad mediante la relativa presión de las piernas sobre el cuerpo del corcel pero no podría enfrentarse al choque con un adversario. En este supuesto el uso de la espada y sobre todo de la lanza quedarían muy limitados.

De hecho, todo jinete combatiente tiene cuatro formas diferentes de emplear la lanza: puede arrojarla desde su montura, puede emplearla para golpear de arriba abajo, dirigir lanzadas directas sin soltarla y puede sujetar el arma con el brazo bajo el codo ligeramente doblado para arremeter con ella. Pero el cuarto procedimiento sólo es factible si cuenta con un sólido apoyo que le garantice la estabilidad, y ese apoyo sólo se lo proporciona el estribo.

El jinete provisto de estribos, anchos y sólidos, los puede calzar a fondo para hacer cuerpo con su montura; se acomoda en la parte posterior de la silla e inclina el cuerpo hacia delante, después de haber colocado bajo su axila derecha el asta de su lanza, conformando así un conjunto monolítico. Es entonces cuando nuestro caballero está en disposición de acometer un choque con su lanza que, combinado con la velocidad del corcel, puede herir gravemente al adversario o al menos hacerle «perder los estribos» derribándolo de su montura. En esto consistió la gran innovación técnica de la Edad Media que convirtió al caballero en el dueño del campo de batalla durante siglos.

La fecha de la introducción de la silla de montar y el estribo en Europa occidental no puede determinarse con exactitud, aunque es seguro que se realizó, lo más tarde, en la segunda mitad del siglo IX. Sabemos que durante la primera mitad del siglo VIII se dejó sentir con particular intensidad la necesidad de combatientes montados; esto sólo se explica si admitimos que, de forma paralela, el estribo estaba conociendo una rápida difusión en el seno de la sociedad franca. En los *Annales Fuldenses*, al referirse a la batalla del Dyle que se libró en el año 891, se nos dice que los francos no sabían ya combatir a pie; y aunque el sentido de esta expresión se ha cuestionado, lo cierto es que ese cambio de tanta trascendencia se operó en el transcurso del siglo VIII, cuando el ejército franco, hasta entonces una tropa de infantería, se transformó en un ejército de jinetes.

Sin embargo, los bizantinos debían de conocer el estribo desde el siglo VI. A través de toda la historia militar del Imperio romano de Occidente la proporción de la caballería respecto al conjunto del ejército se había estabilizado en un 10% aproximadamente; sin embargo, en Oriente alcanzó el 40% en los ejércitos de operaciones y fue más fuerte aún en las tropas de cobertura. Por eso después de Adrianópolis los bizantinos pudie-

ron empezar a estructurar sus métodos combativos sobre la caballería. Sabemos que Belisario instruyó a sus hombres para sostenerse en la silla mediante los estribos y a dirigir los movimientos del caballo con las rodillas. Así mismo, en el *Strategicon*, un tratado escrito hacia el año 590, ya se subrayaba el valor del estribo para el guerrero montado.

La revolución técnica del estribo nos ayuda a comprender una serie de fenómenos fundamentales para la época. Tal vez, el más importante sea cómo ese nuevo tipo de lucha permitió a los vasallos de fortuna convertirse, en tanto que guerreros a caballo, en un factor fundamental de un nuevo orden social.

De todo el período analizado sólo Bizancio y el Imperio carolingio fueron capaces de sostener ejércitos mínimamente organizados. Los bizantinos mantuvieron una estructura estable que se fue adaptando a las circunstancias en función de las necesidades y con el paso del tiempo. Bajo Justiniano, la unidad táctica mayor fue de 300 a 400 hombres, asemejándose a un batallón moderno. Tras las reformas de Mauricio (582-602), aparecieron agrupaciones flexibles que podían llegar a abarcar de 6.000 a 8.000 hombres. El siguiente paso se basó no tanto sobre unidades arbitrarias como sobre las necesidades estratégicas reales del territorio a defender bajo el modelo de los *themas*. Un distrito fronterizo, por ejemplo, tenía generalmente un contingente de 8.000 a 12.000 hombres, mientras que en un *themas* interior podía contar con la mitad. Los *themas* llegaron a un número de 30 en el siglo IX y, aunque el *strategos* no se atrevía nunca a desguarnecer su provincia, en caso de emergencia nacional estaba obligado a reforzar el ejército principal.

La nueva organización militar de los *themas* creó un instrumento de defensa flexible y leal que muy pronto demostró su importancia. Los *estratiotas* componían en cada provincia unas milicias de caballería que podían ser movilizadas en un breve período de tiempo. Este ejército de campaña fue completado con las tropas de guardia de la capital o *tagmata*, compuestas por mercenarios, así como con un servicio de tropas de refuerzo y de información. Ni siquiera faltaba un cuerpo de ambulancia en una organización militar que no tuvo paralelo moderno hasta el siglo XVII. Un cirujano asistía a cada grupo de 250 hombres, junto con seis u ocho camilleros para recoger a los heridos graves.

Tal vez, producto de esta eficacia bizantina fue la aparición de un arma singular y legendaria, el llamado «fuego griego». Su invención se atribuye a un arquitecto sirio llamado Callinico y fue utilizado por primera vez hacia el 673 cuando una gran expedición combinada por tierra y mar fue lanzada contra Constantinopla por los musulmanes. Existen referencias del exitoso empleo del «fuego griego» en el 677 y en los años 717 y 718, también contra la flota musulmana. Mientras que en el año 941 o en 1043 el arma fue utilizada contra los navíos rusos.

Estas referencias hacen alusión a lo que parece un primitivo lanzallamas cuyo uso debió quedar limitado a los combates en el mar y para la defensa a corta distancia de las plazas.

El «fuego griego» era un arma secreta y pesaba un anatema sobre quien revelara la fórmula de la sustancia que provocaba las llamas y el funcionamiento del aparato. El secreto fue tan celosamente guardado que terminó por perderse. Se trataba al parecer de una mezcla de nafta, azufre y resina que se inflamaba en contacto con el aire e incluso con el agua. Debido a esta característica, el fuego griego fue a veces denominado «fuego de mar» o «fuego húmedo». Posiblemente fuera la cal viva el ingrediente que distinguía el arma bizantina de los ingenios lanzallamas de los antiguos chinos. Una composición de materias tales como el petróleo y el azufre entraba posiblemente en combustión al contacto con la cal viva cuando se bombeaba agua del mar al interior de los tubos, verificándose así tanto la ignición como la propulsión de las llamas.

No obstante, el sistema de proyección del «fuego griego» no es suficientemente conocido. Parece ser que de las proas de las galeras y también de las murallas de las ciudades bizantinas sobresalían tubos de bronce que, a veces, tenían sus bocas talladas con cabezas de dragón u otras figuras fantásticas y en ellas desembocaban «aparatos flexibles», probablemente una tubería conectada a una especie de bomba impelente. El artilugio despedía chorros de fuego líquido y nada servía contra aquellas llamas que el agua avivaba en lugar de extinguir. Los sarracenos teorizaron que los únicos agentes de extinción eran la arena, la orina o el vinagre. Los contemporáneos hacían también alusión a fenómenos de combustión espontánea y a explosiones violentas con desprendimiento de una humareda espesa. Es posible que utilizando la misma composición existieran proyectiles de

mano basados en el mismo principio, como pucheros de barro o granadas de vidrio que podían ser lanzados por medio de una ballesta.

A diferencia de Bizancio, las monarquías bárbaras no conocieron el «fuego griego» ni dispusieron de un ejército regular. Sólo durante el largo reinado de Carlomagno vemos el intento de organizar lo que parecía un caos, aunque en ningún momento el ejército carolingio contó con una estructura estable. No obstante, la importancia que la legislación concedía a los problemas de intendencia nos habla de una cierta organización. Una capitular que data de los últimos años del reinado obligaba a cada conde a reservar en sus tierras las dos terceras partes de la hierba para las necesidades de la hueste. El propio Carlomagno, en una carta dirigida a un vasallo importante, el abad Fulrad, en 806, le invitaba a conseguir carretas llenas de utensilios de todo género, de víveres para tres meses y de armas y vestidos para seis meses. Los dominios reales, por su parte, estaban obligados a proporcionar carros de una dimensión corriente, cubiertos de cuero e impermeabilizados para cruzar cursos de agua.

Hubo también otras soluciones fragmentarias para la defensa de las fronteras del imperio, inspiradas en Roma, pero gravadas por la ausencia de tropas permanentes. Frente a los pueblos más turbulentos de los confines, Carlomagno creó territorios militares, las «marcas», ocupados por guarniciones reclutadas por un tiempo entre los sometidos a servicio, y colocadas a las órdenes de un «conde de la marca» (*margrave*), que reunía poderes civiles y militares.

La muerte de Luís el Piadoso (840), uno de los herederos de Carlomagno, significó un cambio decisivo en la historia del Imperio carolingio ya que no se volvió a restablecer la antigua unidad de forma duradera y se produjo una época de acentuado fraccionamiento de los poderes. Se multiplicaron los ducados, marquesados, condados, baronías o simples señoríos que gozaron de una cuasi-soberanía. Éste es uno de los rasgos más característicos del complejo fenómeno que los historiadores designan con el nombre de feudalismo. Cantidades ingentes de posesiones de todo tamaño llegaron a convertirse en centros de un sistema militar independiente y en este nuevo sistema el combatiente montado era prácticamente el único que contaba para la contienda.

El guerrero, en los textos latinos de la época, seguía denominándose simplemente «soldado» (*milites*), pero en la mayor parte de los dialectos populares de Occidente ya era designado como jinete, «caballero». El caballero de los primeros tiempos fue esto, y nada más: un soldado de profesión sin encuadramiento en un ejército regular. Se equipaba por su propia cuenta, se ponía al servicio del rey o de un señor, como caballero doméstico (formando parte de una guarnición fija y permanente), o como caballero poseedor de un pequeño dominio. La guerra fue su industria, igual que lo había sido para sus antepasados bárbaros. Alquilaba sus brazos y sus armas lo mismo que un mercenario, aunque no por una soldada, ya que al escasear la moneda de forma generalizada los poderosos optaron por asegurar el mantenimiento de los guerreros a su servicio mediante la entrega de tierras a cambio de cierto número de obligaciones de carácter militar.

La esencia del sistema consistía en que el «señor», el rey o un gran hombre, otorgaba un pedazo de tierra y su protección al «vasallo», a cambio de un compromiso jurado de prestar servicios específicos, a veces de carácter civil, pero generalmente de índole guerrera. Así, a cambio de ese feudo o «beneficio» territorial, la principal contribución que los vasallos-caballeros debían a sus señores era el servicio militar, bajo sus diferentes formas: «cabalgada» (patrulla), «estancia» (guardia en el castillo), o «hueste» (expedición de guerra). La costumbre fijaba con precisión la duración del servicio de armas, que solía ser de cuarenta días al año para las huestes, así como el equipo de que tenía que proveerse el vasallo.

Cada soldado debía, en efecto, armarse según su fortuna y, por esta causa, el grupo de los combatientes profesionales fue al principio una clase económica. Hacia el año 1000, para formar parte de ella era necesario disponer en primer lugar de un caballo con todos sus arreos, de armas adecuadas, amén de haberse adiestrado en su manejo. Por último, se debía tener la disponibilidad para poder responder a las convocatorias de las expediciones militares, motivo por el que sólo podían ser caballeros los propietarios rústicos, los que percibían las rentas de un dominio, al menos de unos quince o veinte mansos, cultivados por una servidumbre bastante numerosa. Así los caballeros, que monopolizaban en su beneficio la técnica y el prestigio militar, no eran solamente especialistas de la lucha sino que se convirtieron también en una pieza clave del orden social. Paralelamente,

las capas inferiores de la sociedad fueron quedando excluidas de las principales funciones guerreras, por lo que la masa campesina fue calificada de *imbelle* o *inerme*.

En sus orígenes, la caballería fue un medio relativamente abierto al que podían sumarse todos aquellos hombres libres capacitados para la lucha y con un cierto grado de riqueza, pero con el tiempo la clase caballeresca tendió a cerrarse y a convertirse en casta hereditaria. En esta evolución, cuando llegó a su término, sólo contó la sangre y no la fortuna, ni el valor. Desde entonces los hijos de caballeros, y sólo ellos, —con exclusión de advenedizos, aventureros o campesinos enriquecidos— heredaban la calidad caballeresca. Sólo los hijos de caballero, cuando salían de la adolescencia, eran admitidos en el grupo de especialistas en el combate. Estos jóvenes, tras haber cumplimentado una ceremonia de iniciación muy simple y familiar, la de «ser armados caballeros», en el curso de la cual se probaba su capacidad militar, recibían su armamento de manos de un caballero adulto de su linaje.

Entre los caballeros las desigualdades de fortuna y poder fueron notables. Algunos poseyeron un castillo y por ell199 el derecho de mandar y castigar a los rústicos; pero esos grandes señores eran una minoría restringida. La mayoría, instalados en una casa rural, llevaban una existencia similar a la de un mediano campesino; y no faltaron segundones de familias demasiado numerosas que para mantener sus armas tuvieron que lanzarse a correr aventuras; fueron muchos de estos los que nutrieron las filas de los cruzados. En el curso de los siglos X y XI, la mayor parte de los simples caballeros pasaron a llamarse legítimamente nobles. Esto significaba que podían conservar sus feudos hereditariamente, que sólo podían ser juzgados por sus iguales, que estaban exentos de la mayor parte de los impuestos, excepto de la ayuda feudal, —es decir, el rescate de su señor en el caso de que cayera prisionero— y algunas otras prestaciones ocasionales.

Este guerrero a caballo no era un individuo muy alto, lo sabemos por las armaduras que han llegado hasta nosotros, pero sí debía de ser muy vigoroso, a tenor del peso que soportaba a causa de la misma armadura y por el manejo de las armas con las que combatía. Su aprendizaje en el oficio de la guerra comenzaba pronto. Para que se fueran entrenando mientras servían, los jóvenes se incorporaban a las cortes de los príncipes o de

los grandes señores hacia los catorce años; así cuando se hacían mayores pasaban a formar parte de la mesnada militar del señor que los había acogido. Las mesnada no sólo constituía el grupo más selecto de un ejército medieval sino que estaba compuesta por jóvenes que habían de complacer a sus señores a fin de obtener un feudo adecuado. Los grandes nobles todavía dependían de los reyes o príncipes, del mismo modo que los caballeros menores dependían de los grandes nobles para lograr un «beneficio».

Normalmente un jóven se armaba caballero a los veintiún años pero, por ejemplo, Enrique III de Inglaterra lo fue a la edad de nueve, como privilegio de su condición. El entrenamiento de estos alevines se acrisolaba en los torneos. Como escribía Roger de Hovedon, un cronista medieval: «El joven debe haber visto correr su propia sangre, haber sentido quebrarse y crujir sus dientes ante el golpe de un contrario, haber sido derribado a tierra... y haberse levantado otras veinte veces, con más ímpetu que antes. Sólo entonces estará preparado para enfrentarse con la verdadera guerra con esperanzas de victoria». (Williams, 1970: 84).

El armamento del caballero era costoso. En los inicios de la institución, la principal protección corporal del jinete guerrero seguía siendo la cota de malla, llamada *hauberk*, que se llevaba sobre una casulla de tela para evitar que rozara directamente la piel o tirara del vello con las consiguientes incomodidades. Esta loriga metálica se hacía retorciendo hilo de acero alrededor de una barra de hierro y ensartando las piezas redondeadas. Los terminales de cada fragmento se aplanaban y se practicaban unos agujeros en los mismos, por donde pudieran pasarse los remaches. Los eslabones se enganchaban entre sí y se remachaban, logrando una malla que podía ser muy resistente.

Una vez conseguido que cada eslabón fuese pequeño, un hábil herrero podía hacer una prenda bastante flexible y, doblando el espesor de la malla, convertirla en una relativa defensa frente a las espadas y las flechas; especialmente porque debajo de la malla había un paño almohadillado o un chaleco de cuero, que constituía una segunda protección. Su compleja elaboración nos indica que una loriga debía de ser muy cara. Tenemos noticia de que en el siglo XII llegaba a costar hasta 150 «dineros». Para hacernos una idea de lo que este precio suponía debemos tener en cuenta que los ingresos totales de un caballero con una hacienda bastante extensa podían alcanzar unos 36.000 «dineros» al año.

Con el tiempo, la cota de malla se amplió con una capucha, el almófar, que cubría la cabeza pero dejaba el rostro al descubierto. Sobre el almófar se asentaba el casco, que podía presentar una enorme variedad de formas. El ovoide se confeccionaba con una serie de varillas que se unían en el vértice superior, con los espacios libres cubiertos por placas de cuerno o de metal. Un rasgo distintivo de este modelo era la pieza nasal, muy ancha y que llegaba probablemente hasta la punta de la nariz. Otro más simple era el denominado «caldero», por su semejanza con este cacharro de cocina. Su forma era semiesférica y su estructura muy similar al ovoide. Con el tiempo, el yelmo se hizo cilíndrico y completamente cerrado y contaba únicamente con las aberturas indispensables para ver y respirar.

El caballero también cubría con mallas metálicas otras partes de su cuerpo. Los pies quedaban sin proteger, aparte las botas de cuero, en las que prendía un par de sencillas espuelas que eran poco más que un clavo sujeto a la parte posterior de una pieza metálica (acicates) en forma de horquilla y atadas al pie. Aunque sus mallas le conferían buena protección, el lado izquierdo del jinete era vulnerable. Por tener la mano derecha ocupada con sus armas, había de sostener las riendas con la izquierda, y poco podía hacer para proteger esa parte, razón por la que el caballero completaba su armamento defensivo con un escudo cuyas formas podían variar. El escudo adoptado por los normandos tenía forma de cometa y una longitud suficiente para cubrir a un jinete desde el hombro hasta el pie; estaba confeccionado de madera pero contaba con refuerzos metálicos.

Sus armas ofensivas eran la espada y la lanza. La primera era muy parecida a la de sus antepasados germanos, con una hoja de doble filo que se estrechaba hasta la punta, una simple guarda transversal y podía llegar a pesar un kilo y medio. La lanza era el arma principal para el caballero, con un asta de madera de entre 2,50 y 2,80 metros de longitud y terminada en una ancha punta de hierro. La Regla del Temple precisaba que el equipo completo debía constar de una coraza, calzas de hierro, un yelmo o sombrero de hierro, una «espaldera» que protegiera los hombros, escarpes para cubrir los pies, un jubón de armar o cota de armas, que se ponía encima de la cota de mallas, y escudo. Como armas ofensivas: una lanza, espada, una «maza turca» y un machete.

Aparte del coste de este equipo, no le resultaba fácil al caballero hacerse con lo principal: un corcel idóneo, lo bastante vigoroso para llevarle

sobre sus lomos totalmente armado, lo bastante adiestrado para no desbocarse en plena batalla y lo bastante veloz para participar en una carga a todo galope. Un corcel semejante tenía que ser especialmente criado y entrenado. Incluso el gasto de darle cuadra y procurarle forraje era considerable. Además, un caballero había de tener, por lo menos, dos servidores: uno para ocuparse de sus armas y otro para cuidar de su corcel. Sabemos que un caballo de guerra debidamente amaestrado podía costar de 4.000 a 6.000 «dineros». Estos gastos hacían de la guerra un oficio de señores y nunca hasta entonces la práctica guerrera había estado tan vinculada a la situación económica y social.

Según la hipótesis de Stanislav Andreski (1968) sobre la *Military Participation Ratio* (M. P. R., Proporción de la Participación Militar) se produce una fuerte relación entre el grado de participación de una sociedad en la guerra (es decir, la proporción de individuos utilizados militarmente entre la población total) y el grado de distribución de ganancias, estatus y prestigio sociales. Una M. P. R. alta, por ejemplo, presupone una nivelación de los rangos superiores de la pirámide social. Si en algún momento se ha cumplido esta teoría ha sido en las sociedades feudales de Europa, que se caracterizaron por una M. P. R. muy baja.

Durante el Medioevo la mayor parte de los individuos no podían adquirir el equipo propio de un guerrero y, por supuesto, la posesión de un caballo estaba fuera del alcance de otros tantos. Por esta razón ésa era una sociedad con desigualdades bien marcadas donde un pequeño estrato de guerreros profesionales recibía los beneficios de una M. P. R. baja siendo mantenido por el resto de la población. A su vez esta M. P. R. baja determinaba la naturaleza técnica de la guerra. Durante el Mundo Antiguo el combatiente-ciudadano reflejaba su fortuna censal en el puesto de combate. Ahora era la fortuna real la que determinaba cómo se debía combatir, y en la mayor parte de los casos el combate se reducía al arrojo personal del guerrero a caballo.

La hueste era una amalgama de combatientes armados y aglomerados en una masa. Por las mismas razones tampoco existía ninguna preparación entre los jefes, que se contentaban con batirse al frente de sus hombres y más bravamente que ellos. Por supuesto no existía un estado mayor ni unos servicios. Se trataba, en resumen, del tipo más elemental de ejército,

que se resentía aún de sus orígenes bárbaros. Cuando apuntaba algún tipo de organización ésta respondía a la jerarquía social con un respeto absoluto a los lazos feudales. Cinco o seis caballeros constituían una «bandera» mandada por un abanderado, y la «batalla», como se denominaba a una formación masiva, agrupaba a los caballeros de un mismo linaje o de una misma región en torno a su señor.

Bajo todos estos presupuestos la eficacia del caballero sólo era real en el ataque frontal. Aislado o atacado de costado era vulnerable, ya que la táctica elemental de la caballería residía en una carga en bloque a la mayor velocidad posible para barrer irresistiblemente al adversario que se tenía enfrente.

El guerrero de a pie, a pesar de su papel subalterno, distaba mucho de haber desaparecido y, en ocasiones, era numéricamente superior al de caballeros. Aunque despreciada, esta infantería estaba compuesta de lanceros y arqueros mal equipados y poco protegidos. Se le prohibía llevar armas caballerescas; no se la mencionaba nunca en las crónicas y sus pérdidas en la batalla no eran siquiera merecedoras de ser contabilizadas, debiendo los historiadores adivinar su papel real a través del sesgo del combate según las crónicas.

Sin embargo, estos peones desempeñaban una función fundamental en la guerra alto-medieval al ser los encargados de prender fuego a los edificios de bardas o de madera; eran los «incendiarios», y como decía el rey inglés Enrique V: «Una guerra sin incendio es como un asado sin mostaza». Estos infantes, armados con cuchillos y porras, también se desparramaban por el campo de batalla para rematar a los heridos o desvalijarlos. Y es que este tipo de guerra no ahorraba en brutalidades y violencia aunque, teóricamente, se distinguiera entre *bellum hostile*, guerra entre caballeros cristianos occidentales, y *bellum romanum*, guerra contra infieles, bárbaros o campesinos insurrectos. Se consideraba que la *bellum hostile* estaba sujeta al código caballeresco y se regía por reglas estrictas, mientras que la *bellum romanum* era una guerra sin ley.

Las tropas de Carlomagno, en el año 782, tras aplastar un gran levantamiento del noble westfaliano Widukind, decapitaron en un solo día a 4.500 sajones en Verden. El monarca bizantino Basilio II (958-1025),

enfrentado al imperio búlgaro que amenazaba a Bizancio por el oeste, se ganó el sobrenombre de *Bulgaróctonos* («matador de búlgaros») porque, después de derrotar en 1014 al zar Samuel, mandó cegar a 15.000 cautivos, dejando sólo un tuerto por cada cien hombres para que guiarán el terrible cortejo que diera noticia de la derrota.

Ricardo Corazón de León, tras la toma de San Juan de Acre en agosto de 1191, hizo degollar a tres mil cautivos. Un cronista anónimo de la primera Cruzada escribió: «Nuestros peregrinos, entrados en la ciudad, perseguían y mataban a los sarracenos hasta el templo de Salomón, en donde ellos se habían agrupado… finalmente… los nuestros se apoderaron en el templo de un gran número de mujeres y niños y mataron o dejaron con vida a los que les placía… Después, completamente dichosos y llorando de alegría, fueron a adorar el sepulcro de nuestro salvador Jesús» (Le Goff, 1971:128).

Los desmanes de los cruzados iban acompañados de la codicia, al punto de que abrían el vientre a los muertos para extraer las monedas de oro que las víctimas se habían tragado en vida para conservarlas... Pero mientras los soldados comunes podían ser liquidados sin consideración alguna, los caballeros eran hechos prisioneros y canjeados por un rescate. Un hombre de armas podía enriquecerse derribando y apresando la persona de algún gran noble y ni tan siquiera los reyes eran exceptuados de la norma del rescate.

El caballero protagonista de tanta crueldad podía ser juzgado muy duramente por algunos de sus contemporáneos; así, el culto Alan de Lille se lamentaba: «En nuestros días no hay soldados, sino ladrones y violadores; no hay defensores, sino más bien invasores» (Mundy, 1980: 237). No obstante, esta opinión no refleja la alta consideración que en general tuvo el guerrero en esta época.

Con el Imperio carolingio aparece una interpretación del orden social que perdurará durante siglos. En ella se consagra la existencia de tres «órdenes» sociales claramente delimitados y estables, puestos por Dios mismo desde la creación, para asegurar el buen funcionamiento del mundo. Cada uno de estos «órdenes» se correspondía con un «estado» particular, con una misión especial. En la primera clase figuraban los que reza-

ban, cuya función era cantar la gloria de Dios y conseguir la salvación de todos; venían a continuación los que combatían, encargados de defender a los débiles y luchar por la cristiandad; por último, por debajo de esas dos minorías, se situaban los que laboraban, quienes, a tenor del plan providencial, debían contribuir con su trabajo a mantener a los especialistas de la oración y del combate. Tal es el esquema que, implantado en la conciencia colectiva alrededor del año 1000, se expresaba en todas partes, en los tratados didácticos o los sermones y que, transmitido de generación en generación, se convertirá durante siglos en el armazón fundamental de la sociedad occidental.

En este esquema, la carrera de las armas gozaba de la más alta estimación. Así la evolución de la clase marcial de Europa llegó a un punto en que la orden de caballería era tan valorada que reyes y príncipes rivalizaron para entrar en ella. A este fenómeno contribuyó el papel que, a partir de un momento determinado, comenzó a atribuirle a la caballería tanto la Iglesia como la poesía juglaresca. Desde el siglo XII la figura del caballero iba a evolucionar hacia un tipo idealizado que combatía por la fe y obedecía a un pretendido código de honor.

La Iglesia tuvo una influencia profunda en la fijación de las mentalidades guerreras, ya que ella proponía e imponía un ideal nuevo de soldado cristiano, esforzándose tanto por exaltar las virtudes militares cuando llegaba la ocasión de combatir contra los infieles, como depurándolas cuando se trataba de luchas intestinas. El acto militar de ser armado caballero se cristianizó por medio del rito religioso de la investidura, una conmovedora ceremonia en la que el aspirante debía velar sus armas rezando y meditando la noche previa a recibir el espaldarazo que lo confirmaba como ordenado.

Los poetas y literatos, como Chrétien de Troyes, también influyeron en el ennoblecimiento de la imagen del caballero por medio de las canciones de gesta, que ofrecían una interpretación depurada e idealizada de la violencia. La noción de la guerra por la guerra o por el afán de lucro se vio penetrada de estas nuevas ideas: la defensa de la cristiandad; la protección de la viuda, del huérfano, del pobre contra el malhechor, o el amor y el respeto por las damas que, en vez de ser violadas, eran objeto de platónica devoción. Se trataba de sustituir por una conducta más humana la matan-

za de los vencidos o, al menos, de proyectar esa imagen al conjunto de la población.

Pero la realidad social era muy otra. La importancia del hombre de armas no venía dada ni por la bendición eclesial ni por la poesía, ni siquiera por su eficacia militar, sino por la economía política de una época que consideraba la vida más barata que la propiedad. Su corcel y armadura representaban una suma tal de dinero que apenas podría haber sido concebida por los siervos campesinos. Embutido como estaba en hierro, mirando la vida desde lo alto del corcel, el caballero tendía a desplegar una arrogancia totalmente desproporcionada con su valía militar. En época posterior, los menospreciados campesinos y los burgueses iban a demostrarle que tal jactancioso orgullo se hallaba ampliamente fuera de lugar. Pero durante siglos el caballero de la cota de malla continuó dominando desde su superioridad social el reducido campo de batalla medieval.

En este limitado panorama, la teoría militar fue escasa y de escaso valor. La supremacía militar de la caballería fue proclamada en una célebre obra de finales del siglo VI, el *Strategicon*, atribuida generalmente y con poco fundamento al emperador bizantino Mauricio. El libro es una reunión, a veces densa, de principios, máximas, prescripciones tácticas, detalles de organización bastante minuciosos que hace pensar en nuestros modernos reglamentos más que en un tratado militar al uso de lo que entendemos como tal.

Toda la estrategia de la obra está basada en una idea defensiva, como parece lógico ante la situación de un Bizancio amenazado. El fraude, la astucia o las derrotas fingidas son sugeridos sin aparente empacho, se puede sobornar a un enemigo siempre que el tributo sea menos elevado que el costo de la guerra; y es que Constantinopla debía practicar una drástica economía de medios si esperaba sobrevivir ante unos adversarios abrumadores en número.

En el *Strategicon* también se prescribe acabar con los mercenarios extranjeros cuya contratación agota el tesoro. Así mismo se exalta el valor de la disciplina y del mando único. Las tropas deben fidelidad al reino y no a sus oficiales; a su vez, éstos tienen que ser designados por el gobierno central, ante el cual serán responsables. El general, por su parte, tendrá que

ser precavido y minucioso ya que, en los asuntos ordinarios un error puede ser reparado, pero en la guerra lo que se hace no puede ser deshecho.

El manual comprende también un anexo de mayor interés que la obra ya que informa con detalle sobre la naturaleza, las costumbres, y los recursos y procedimientos de combate de los pueblos vecinos del Imperio, enemigos en potencia, lo que supone una preciosa información para el historiador. En el anexo se adapta un plan de campaña particular para cada uno de estos adversarios, aunque se previene al lector sobre una aplicación esquemática de las recomendaciones que en él se dan. Bien es cierto que muchas de ellas resultan de dudosa eficacia en el plano militar, aunque alguna parece un anticipo de la moderna guerra psicológica, como la que recomienda, frente a las incursiones de los pueblos asiáticos de las regiones desérticas, contraatacarles con tiempo lluvioso, pues su voluble carácter se hallaba sujeto a depresión en los días oscuros.

El libro tuvo una gran influencia en la evolución del pensamiento militar bizantino. Fue revisado por primera vez por León III el Isaurico a principios del siglo VIII, y más tarde a principios del siglo X. No obstante, las revisiones sólo afectaron al anexo, incluyendo al nuevo adversario: los sarracenos. La segunda revisión, atribuida a Constantino VII Porfirogénito, abrevió sensiblemente el *Strategicon* que se transformó en un *Tratado de Táctica* e hizo de los «Informes» una obra independiente.

La batalla: Hastings

Una batalla que por su magnitud y sus repercusiones ocupa un lugar destacado en la historia de la Alta Edad Media es la batalla de Hastings, librada en el año 1066 entre normandos y sajones. La victoria de Guillermo de Normandía marcó el destino dinástico de Inglaterra durante mucho tiempo y contribuyó a consolidar el sistema feudal en la isla.

Guillermo, duque de Normandía, llamado primero el Bastardo y más tarde el Conquistador, era descendiente de aquellos escandinavos a quienes la monarquía franca concedió como feudo en 911 un ducado. El tratado, firmado por el rey Carlos el Simple y el duque Rollon, fijó este pueblo en los territorios del Sena inferior y de Cotentin, donde lograron transformarse en una sociedad bien organizada y sedentaria, al mismo tiempo que conservaban sus tradiciones guerreras.

Medio siglo antes de lo que vamos a narrar, el ducado de Normandía había experimentado un poderoso crecimiento demográfico y económico. Más pronto que sus vecinos, se implantó entre ellos el sistema de los feudos hereditarios y las relaciones de vasallaje, siguiendo un plan de conjunto. Así mismo, los normandos adoptaron y perfeccionaron los métodos guerreros que hallaron en Francia y se convirtieron en los máximos exponentes europeos de la caballería pesada y la fortificación estratégica.

En este proceso había desempeñado un importante papel la política seguida por el duque Guillermo que, en el año 1066, ya llevaba gobernando tres décadas y había adquirido reputación de buen general y hombre implacable en la ejecución de sus propósitos. En 1047, Guillermo había aplastó una revuelta de barones en Valdes-Dunes, cerca de Caen y también se había apoderado en 1064 de Le Mans. Así pues, cuando en 1066 el duque reivindicó sus derechos sobre el trono de Inglaterra no lo hizo de modo impulsivo, sino siguiendo una política de expansión largo tiempo preparada y bien ejecutada.

Cuando Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra, murió el 5 de enero de 1066, Guillermo se declaró heredero del trono pretextando, entre otros motivos, que esa era la voluntad del fallecido. Sin embargo, Harold, conde de Wessex, el hombre más poderoso de Inglaterra alegó lo mismo

y consiguió que el 6 de enero fuera proclamado como sucesor por el *witan* o consejo nacional, y coronado como nuevo monarca, relegando así a su hermano Tostig y al duque normando que, de inmediato, comenzó a preparar una expedición militar para ocupar las islas y hacer valer sus pretensiones.

La preparación de la campaña normanda, que ha sido considerada como la mayor expedición anfibia desde la época romana, supuso un enorme esfuerzo tanto diplomático como militar que abarcó ocho meses. En el terreno puramente político, Guillermo consiguió ganarse en este tiempo el apoyo del papado, que terminó regalándole un estandarte de guerra y brindándole su bendición. También logró la aprobación a sus planes del emperador germano, lo que suponía contar con el aval de los dos mayores poderes simbólicos de la época en Occidente.

En el plano militar, Guillermo también tuvo que trabajar intensamente para levantar un ejército y adquirir una flota de, por lo menos, 450 barcos. En 1066, los caballeros normandos estaban perfectamente habituados a servir bajo Guillermo y las obligaciones feudales estaban claramente establecidas. Pero el contrato de vasallaje decretaba que el servicio de los caballeros se limitaría a cuarenta días dentro de las tierras del ducado y estaba claro que ese período de prestación no bastaría para la conquista, y que la acción se iba a desarrollar en un país extranjero. Sin embargo, la mayoría de los caballeros y nobles se mostraron dispuestos a acompañar al duque en su aventura, ya que la ocupación de un rico país como Inglaterra resultaba tentadora, especialmente para un pueblo que empezaba a sentir la presión económica de una población creciente. Así Guillermo consiguió voluntarios y mercenarios no sólo de Normandía, sino de todos los lugares de Francia, y hasta de los aventureros normandos del sur de Italia. Por este medio, reunió entre 2.000 y 3.000 caballeros, de los cuales 1.200, por lo menos, eran normandos y constituyeron más tarde el núcleo duro de su ejército.

Por su parte, al rey Harold se le acumulaban los problemas, ya que la amenaza normanda no fue la única que tuvo que afrontar; también había peligro en el Norte. Tostig, hermano de Harold, se había aliado con el rey de Noruega, Hardrada, y juntos preparaban una expedición contra Inglaterra. Considerando Harold que la amenaza de Guillermo era con mucho la más grave, ordenó la movilización de la milicia del reino, la *fyrd*,

y convocó a su limitada fuerza naval para que patrullara el canal entre Dover y la isla de Wight durante los meses de junio, julio y agosto.

A comienzos de septiembre, la flota inglesa se vio obligada a abandonar su vigilancia en el canal por falta de provisiones, al tiempo que se recibía la noticia de que 300 naves noruegas se habían presentado en la costa de Yorkshire. A Harold no le quedó más remedio que dejar indefensa la costa meridional y marchar con sus tropas hacia el Norte a toda prisa. En la tarde del 25 de septiembre trabó batalla con los noruegos en Stamford Bridge obteniendo una aplastante victoria, en la que resultaron muertos Hardrada y Tostig.

Mientras tanto a finales de agosto, Guillermo había conseguido concentrar su ejército en la desembocadura del río Dives con intención de cruzar el canal a la primera oportunidad, cuando el tiempo se lo permitiera. Por fin, en el atardecer del 27 de septiembre, el ejército normando pudo embarcar y la flota atravesó el canal aquella misma noche. A la mañana siguiente, Guillermo desembarcó en la desierta playa de Pavensey Bay, unas millas al oeste de Hastings. En ese mismo día, Harold y su ejército estaban a 250 millas de distancia descansando en York, celebrando su triunfo sobre los noruegos, y no recibieron la noticia del desembarco normando hasta el 1 de octubre. A marchas forzadas, Harold llegó a Londres una semana después, aunque tuvo que esperar mientras su ejército se reagrupaba. Sólo al atardecer del 13 de octubre el inglés pudo acampar en las inmediaciones de Hastings, cerca de la actual ciudad de Battle, instalándose al norte de una colina de 1.500 metros de longitud y 300 de ancho.

Los ejércitos que se iban a enfrentar en aquel lugar presentaban similitudes y diferencias. Las fuerzas de Guillermo, aunque estimadas por los contemporáneos en 60.000 efectivos o más, en realidad podían elevarse a unos 7.000 hombres. A los caballeros montados que el duque había convocado se debía sumar una fuerza de infantería de 3.000 o 4.000 soldados, compuesta por arqueros y peones armados de pica y espada. Los soldados de infantería normandos, a diferencia de la mayoría de los *fyrd* ingleses, estaban protegidos por cotas de mallas, así como los caballeros, que iban armados de una larga espada que colgaba del lado izquierdo de su tahalí y no del arzón, y de una lanza con una longitud de 3 metros. Estos guerreros montados eran considerados como los mejores jinetes de Francia.

El ejército inglés combatía a pie, los soldados iban armados con lanza y jabalina, aunque la espada y la lanza sajonas habían sido complementadas con la adopción del escudo en forma de cometa y el hacha de dos manos, introducidos ambos por los vikingos. El rey tenía una fuerza personal de profesionales, los *housecarls*, que esperaron con él en Sussex durante el verano de 1066. Sus efectivos podían totalizar unos 6.000 o 7.000 hombres, aproximadamente los mismos que los normandos.

Guillermo sabía que su posición era precaria, operaba contrarreloj y necesitaba obtener una victoria decisiva en el menor tiempo posible; por eso, y desde el mismo momento del desembarco, inició una devastación sistemática de Sussex, ya que ese territorio formaba parte del condado de Wessex, propiedad de Harold, con lo que consiguió que éste se aprestara a combatir de inmediato sin haberse repuesto de la reciente batalla librada con los noruegos. El rey inglés cayó en la trampa. Con un ejército menguado y sin poder contar todavía con una flota que atacase a las naves normandas recogidas en la bahía de Hastings, se aprestó a presentar batalla sin sopesar los riesgos de esa estrategia.

Las principales fuentes históricas para nuestro conocimiento de la conquista y de la batalla son normandas. Contamos con el relato de Guillermo de Poitiers, cronista normando que a la sazón era el capellán del duque Guillermo: a él se debe una biografía de su señor titulada *Gesta Guillelmi II ducs Normannorum*, con una detallada, aunque tendenciosa, descripción de los hechos. La otra fuente inestimable es de naturaleza gráfica: se trata del «Tapiz de Bayeux», que muestra a través de sus bordados preciosas imágenes de los guerreros y de su lucha.

La mañana del 14 de octubre de 1066, las tropas de Harold se hallaban situadas en una fuerte posición defensiva en la cresta del cerro antes mencionado, con un bosque tras ellas y un declive semejante a un glacis delante. La línea de batalla se extendía a todo lo largo de la eminencia, haciendo difícil que los normandos les sorprendieran por los flancos o la retaguardia. En el centro se hallaban las tropas más selectas, con sus dos estandartes, el «Combatiente» y el «Dragón de Wessex» desplegados, formando los *housecarls* a ambos lados de los mismos mientras que en las alas se alineaban las milicias de los condados. Densamente concentrados, «escudo contra escudo, hombro contra hombro»; cada hombre de la línea

frontal debía de ocupar probablemente unos 70 centímetros, siendo la profundidad total de 10 o 12 filas.

Muchos de los hombres de Harold estaban fatigados tras la marcha forzada desde Londres el día anterior, y algunos no habían sido adecuadamente reequipados desde Stamford Bridge. Parte de las tropas del *fyrd* meridional tampoco tenían mucho con qué luchar, excepto cachiporras, picos y palos. Cuando estuvo formada la línea de batalla, Harold cabalgó a lo largo de ella, recordando a sus hombres que todo iría bien mientras se mantuviese la solidez del valladar de escudos.

Según cronistas posteriores, los normandos emplearon la noche del 13 de octubre en orar y prepararse para la batalla. Esto es un cliché narrativo propio de estos relatos, que se mantuvo vivo durante largo tiempo y que nos habla del peso que había cobrado la religión en las guerras. El ejército victorioso siempre pasaba la noche anterior al encuentro rezando y por su devoción terminaba contando con el favor divino que le premiaba con el éxito en la batalla.

Los normandos se habían desplegado en tres cuerpos: a la izquierda, los bretones mandados por el conde Alan de Bretaña; a la derecha, los franceses y otros mercenarios al mando de Eustace de Boulogne; y en el centro, los normandos, bajo el mando personal de Guillermo. Había tres líneas en cada división: primero, los arqueros; luego, la infantería pesada y, finalmente, los caballeros. Al frente del ejército ondeaba el estandarte papal. Con el fin de mantener su ficción de legalidad, Guillermo envió a Harold una embajada para buscar un arreglo pacífico de última hora y aprovechó la oportunidad para practicar la guerra psicológica diciéndoles a sus enemigos, plausible aunque inciertamente, que habían sido excomulgados. Por último, Guillermo, cerca de las nueve de la mañana, se colgó al cuello los huesos que eran las sagradas reliquias de Bayeux y ordenó que sus formaciones se desplegaran hacia afuera de modo que cubriesen toda la línea de los ingleses.

El duque Guillermo inició el combate con una lluvia de flechas y la carga de sus soldados de infantería pero, como los arqueros normandos disparaban cuesta arriba, la mayoría de sus dardos pasaban sobre las cabezas de los ingleses o se hincaban en sus escudos. Por su parte la infantería,

que seguía a los arqueros, se encontró con una dura resistencia, facilitada por la fuerte posición que ocupaban las huestes de Harold, y que les permitió mantener sus formaciones intactas (1, Mapa pág 205).

Finalmente, los soldados de a pie y los caballeros bretones, dominados por el pánico, iniciaron la huida. Fue entonces cuando una parte de las inexpertas tropas condales, probablemente sin recibir órdenes precisas, emprendieron la persecución abandonando sus líneas y corriendo cerro abajo hacia el valle (2). Esta oportunidad la supo aprovechar Guillermo. Reagrupando a su caballería tras él, les hizo virar grupas y cargar contra sus perseguidores sembrando el caos y la confusión (3).

No obstante, aunque parte del ala derecha inglesa se había desprendido en la persecución, el resto de la formación permanecía firme. En las horas siguientes el combate se limitó a continuos y confusos asaltos en masa, pero las cargas de caballería no podían abrir brecha. En las primeras horas de la tarde, Guillermo probó una añagaza. Recordando cómo la retirada de su izquierda por la mañana había impulsado a la derecha inglesa a adelantarse y perder su cohesión, resolvió ejecutar una retirada simulada en el otro flanco. El truco funcionó admirablemente y la mayor parte de la izquierda inglesa emprendió la persecución ladera abajo repitiéndose lo acaecido horas antes (4). No obstante, los *housecarls* en el centro y en esta ocasión parte de la izquierda inglesa permanecieron firmes.

Sólo fue al atardecer cuando se rompió la inercia de un combate que tenía trazas de acabar en tablas y con ambos ejércitos extenuados, lo que hubiera supuesto una victoria inglesa. Debió ser Guillermo quien dio orden a sus arqueros de que corrieran colina arriba y a un centenar de metros de la formación inglesa tiraran oblicuamente, hacia lo alto, para que las flechas, cayeran verticalmente, como granizo, sobre el enemigo (5). Los arqueros, que formaban una larga línea con intervalos, dejaban pasar trotando a los caballeros normandos que iban detrás de ellos. En el desconcierto que siguió a la lluvia de flechas y a la carga de la caballería, el rey Harold recibió una herida mortal de flecha en el ojo, lo que fue definitivo, ya que en este tipo de combates la muerte del caudillo equivalía en la práctica a la desaparición de lo que en la actualidad sería todo el estado mayor, mientras que en el plano psicológico suponía un desánimo generalizado entre las tropas.

Con el ataque, la izquierda inglesa se agrietó ante los hombres de Eustace de Boulogne y, finalmente, todo el valladar de escudos empezó a desintegrarse, emprendiendo muchos veloz huida. Solo los *housecarls* se retiraron en buen orden, aunque Guillermo los persiguió y dispersó. Al regresar al campo de batalla, el duque de Normandía, hasta entonces el Bastardo, halló el cuerpo de Harold semidesnudo y acuchillado al punto de ser casi imposible su identificación. Apiadándose de un enemigo al que había conocido personalmente dio órdenes para que fuera enterrado cerca de la playa.

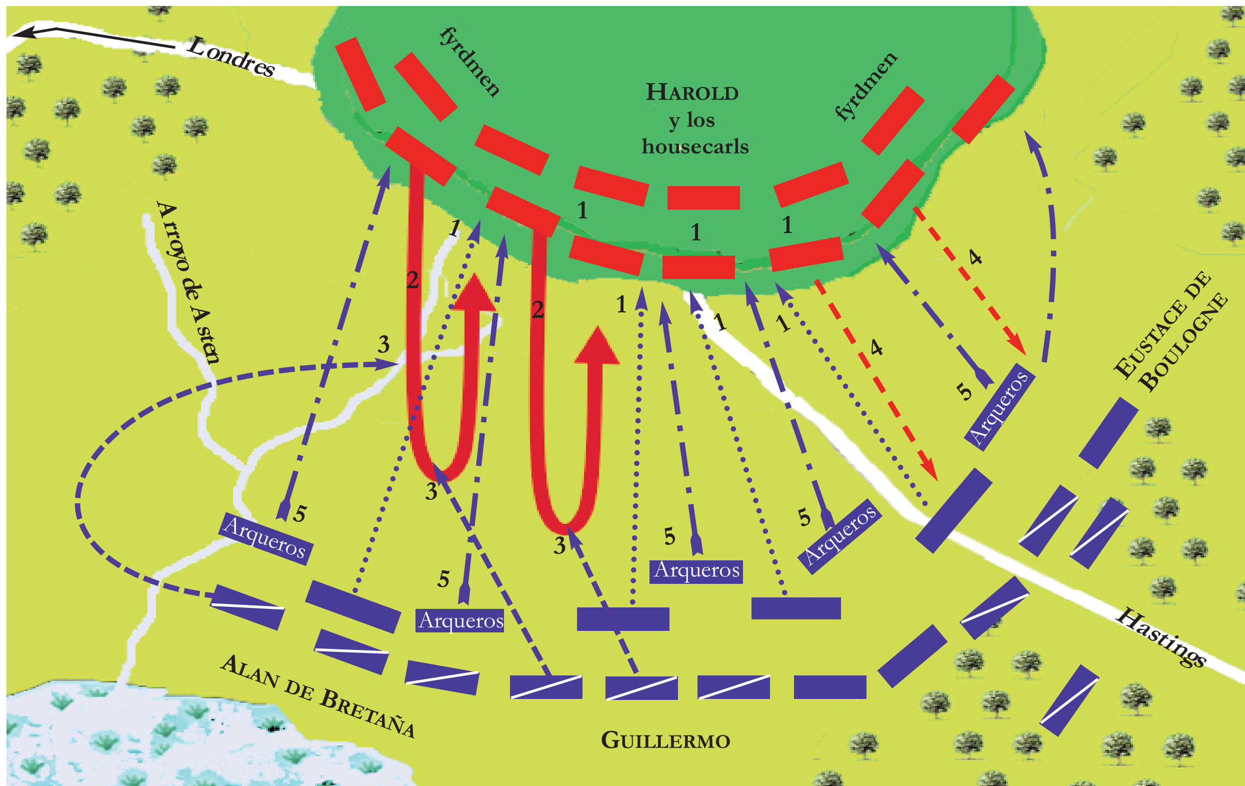
Aunque no conocemos cuál pudo ser el número de bajas, sí podemos evaluar las repercusiones del encuentro. Podemos considerar, como se ha venido haciendo, que Hastings consolidó definitivamente el predominio del jinete acorazado en los campos de batalla; así quiso verlo al menos la opinión contemporánea que, no obstante, reflejaba todos los prejuicios de la clase dominante. La realidad es que la victoria de los jinetes normandos sólo se explica por la eficaz intervención de los arqueros a pie, ya que ni siquiera la infantería pesada se mostró decisiva frente a su homóloga inglesa.

Desde la derrota de los hacheros anglosajones en Hastings hasta el siglo XIV, el soldado de caballería iba a ser la figura dominante en la escena bélica, y es que el feudalismo sólo podía concebir al caballero montado como el único combatiente útil ya que representaba la aristocracia que dominó Europa tanto en lo político como en lo social los siglos siguientes.

En el terreno más concreto, Guillermo de Normandía, ahora el Conquistador, fue coronado en la abadía de Westminster en la Navidad de ese mismo año. La política que desplegó supuso que la Historia y la civilización de Inglaterra se entroncaron íntimamente con las de Francia, quedando Inglaterra totalmente feudalizada en beneficio, primero del rey y luego de los señores normandos.

En el siglo XII, el Imperio normando llegó a ser la potencia más grande de Europa, aunque su poder terminó viéndose enfrentado, no tanto a un rival político y militar sino al desarrollo de nuevas fuerzas sociales que comenzaban a aflorar en el continente.

Batalla de Hastings (1066)



La guerra y lo sobrenatural

Creencias sobrenaturales y guerras han estado estrechamente vinculadas desde los orígenes de unas y otras. Los pueblos primitivos en sus rituales preparatorios para el combate, por medio de prácticas mágicas o invocaciones a fuerzas superiores, ya buscaban protección y éxito en la batalla. Los indios de la pradera americana, cuyas costumbres conocemos bien por el temprano nacimiento de la investigación antropológica en EE. UU., no sólo pintaban sus cuerpos con pigmentos específicos o danzaban antes de emprender una guerra, también fumaban en unas pipas fabricadas a tal efecto para que su humo propiciara a los espíritus que debían hacerlos fuertes y valerosos.

La magia o la religión han sido útiles al combatiente desde los tiempos más remotos. En el antiguo Oriente Próximo los pueblos se enfrentaban bajo la protección de sus dioses totémicos, dioses que luchaban entre sí en fabulosas mitologías tan llenas de violencia como las sociedades humanas que las imaginaban. Muy pronto en esos poblados panteones aparecieron deidades especializadas en las prácticas bélicas, tantas que resultaría difícil su enumeración. Por lo curioso, citaremos a la primitiva diosa egipcia Neith, una divinidad increada, a la que se le atribuía la virginal maternidad del dios solar Re, pero que sobre todo era adorada como diosa de la guerra y representada en forma de una mujer con la corona del bajo Egipto llevando en la mano un arco y dos flechas. Sin embargo, era considerada un dios masculino que actuaba como mujer, o bien como una mujer que actuaba como hombre.

Aunque resulte extraño, la representación andrógina de la divinidad guerrera aparece en numerosas culturas. Griegos y romanos tributaron particular veneración a Atenea-Minerva que, siendo diosa del conocimiento y de las artes, se presentaba armada con casco, escudo y lanza de hoplita, y los romanos, que especializaron a sus divinidades hasta extremos increíbles, crearon a Belona como la diosa de la guerra.

De esas antiguas civilizaciones orientales la que más estrechamente relacionó su intensa actividad militar con el culto y protección de un dios

fue la cultura asiria. Los asirios adoraban al severo dios Assur al que se le representaba en medio de un disco alado con un arco tensado y listo para disparar. Assur era una divinidad nacionalista y, aunque no encarnaba específicamente al dios de la guerra, era un deidad belicosa. El deber de su sirviente, el rey asirio de turno, consistía en que se reconociera la gloria de Assur por parte de otras naciones. Eso obligaba o justificaba que los asirios destruyeran al enemigo que no acatara su soberanía divina y sus órdenes. A los pueblos vecinos se les efectuaba una oferta política para pasar a formar parte del imperio o se les declaraba la guerra. A la vuelta de su campaña, el rey daba gracias a Assur, le ofrecía la parte más rica del botín y le informaba por escrito. Este texto se leía al pueblo para ser depositado después en los archivos del templo.

Esta particularidad de invocar a una divinidad para justificar las actividades bélicas resultaba hasta cierto punto original y era compartida por los israelitas. No obstante, lo habitual en el resto de las culturas se reducía a propiciar la ayuda de los dioses y rendirles tributo por su protección. En tiempos primitivos incluso se ofrecían sacrificios humanos con tal fin. Los practicaron los israelitas según se desprende del texto bíblico (2 Reyes, 23, 10), los griegos antes de embarcarse en la aventura troyana debieron realizarlos, tal y como nos cuenta el drama de *Ifigenia*. Los cartagineses escandalizaron incluso a sus enemigos, al ser niños la víctimas de estas sangrientas ofrendas; pero los romanos las recuperaron en momentos de apuro ya que tras la derrota de Cannas (216 a. n. e.) enterraron vivos en el foro a dos griegos y a dos galos.

A los dioses también se les solía invocar para que fueran testigos sagrados en los tratados de paz, como el firmado entre hititas y egipcios durante el reinado de Ramses II. Pero eran fundamentalmente israelitas y asirios los que recurrían a motivaciones religiosas en sus guerras. Bastó que la ciudad de Arinna «despreciase al dios Assur» para que fuese destruida y sus habitantes degollados en un rito religioso. Sin embargo, fueron los hebreos quienes de modo continuado y durante más tiempo utilizaron la religión como móvil o justificación del conflicto armado.

El Yahweh del Pentateuco era un dios guerrero y despótico que acaudillaba a un pueblo inseguro, embarcado en la conquista de una tierra poblada por enemigos idólatras. En definitiva, podemos decir que era un

dios recreado a la medida de las necesidades de las tribus hebreas en su etapa inicial de formación como comunidad estructurada. Desde su aparición en la escena histórica como pueblo nómada hasta su definitiva diáspora tras la fracasada rebelión de Bar Kochba contra Roma, en el 133 de nuestra era, los israelitas lucharon siempre, como conquistadores o como pueblo oprimido, en nombre de su dios, pero supieron adaptar sus creencias a las necesidades bélicas.

Para Israel la guerra estaba bajo el patrocinio del dios nacional. El libro biblico de los Números (21, 14) hace alusión a su vez a un «Libro de las guerras de Yahweh» que debía de ser una recopilación de relatos épicos. El jefe al mando de las operaciones staba siempre poseído por el «espíritu de Yahweh», como ocurre con Gedeón en Jueces (6, 34) o con Saúl en el Primer Libro de Samuel (11, 6). El combate se preparaba igualmente con medidas de tipo religioso y los guerreros santificaban las operaciones militares absteniéndose de relaciones sexuales (I Sam., 21, 6; 11 Sam., 11, 11) y adoptando un peinado ritual: la cabellera flotando al viento (Jue., 5, 2). Este último detalle caracteriza en especial a determinados individuos particularmente consagrados a la guerra: los *nazareos,* entre los que destacó Sansón, único a quien los textos mencionan (Jue., 13, 5), y de los que se esperaban las más brillantes hazañas.

Este peso de la religión tenía sus limitaciones. Durante la rebelión asmonea contra el imperio seleúcida, un grupo de judíos se negaron a defenderse en sábado por ser día sagrado y no poder realizar ningún tipo de trabajo, lo que supuso que fueran eliminados por el enemigo. Desde entonces se decidió que en sábado los israelítas podían defenderse de un ataque directo pero no atacar. Permitían al enemigo poner sus catapultas a tiro pero no contraatacaban a menos que hicieran fuego directo sobre ellos.

La cultura clásica mantuvo un distanciamiento más funcional respecto al asunto, y se ajustó al patrón de buscar el apoyo de los dioses sin utilizarlos como justificación, aunque también encontramos algún caso de lo contrario. Por ejemplo cuando las *anfictionías*, ligas de polis con carácter religioso, declaraban la guerra sagrada.

En Grecia el dios de la guerra fue Ares, aunque es más conocido su trasunto romano, el Marte guerrero. Desde la época homérica, Ares apare-

ce como el dios belicoso por excelencia. Encarna el espíritu de la batalla, que se goza en la matanza y la sangre. Ante Troya, combate casi siempre al lado de los troyanos, aunque poco le importa la justicia de la causa que defiende; por eso puede ayudar perfectamente al otro bando. Se le representaba con coraza y casco y armado de escudo, lanza y espada. Su talla era sobrehumana y profería gritos terribles. Generalmente combatía a pie, pero también se podía verle sobre un carro tirado por cuatro corceles. Lo acompañaban su esposa, la diosa Aglauro y sus hijos Deimo y Fobo (el Temor y el Terror) que le servían de escuderos; también eran hijas suyas las Amazonas. El poder de Ares representaba la fuerza bruta, motivo por el que la mitología griega lo muestra en más de una ocasión vencido por Atenea que es la encarnación de la lucha inteligente.

Marte, el *alter ego* del Ares helénico, es muy antiguo en las religiones itálicas y existía con anterioridad a la introducción del dios griego en la religión romana. El dios guerrero de los romanos ofrecía una imagen más atractiva que el brutal Ares ya que Marte no sólo era el dios de la guerra sino también el dios de la primavera, porque la estación guerrera empezaba al terminar el invierno. También era el dios de la juventud, porque la guerra es una actividad propia de aquella. Eso hacía que el Marte romano estuviera más asociado a la vida y al vigor que a la muerte o la destrucción.

Fueron los mitógrafos antiguos los que edificaron la historia de Marte como padre de los gemelos Rómulo y Remo, que habrían nacido de su unión con Rea. Los dos niños amamantados por una loba se convertirían en el símbolo de una cultura belicista por antonomasia.

Estas divinidades de la guerra protegían a los soldados griegos y romanos. En Atenas el juramento de los efebos ante la diosa Aglauro y su visita a los santuarios daba un carácter religioso a la entrada en la carrera de las armas. En los ejércitos de todas las polis existían numerosos ritos que jalonaban el comienzo de cada campaña militar y las distintas etapas de la guerra.

Antes de decidir una guerra, se consultaba a los oráculos de los grandes santuarios o a los adivinos locales. Es famosa la consulta al prestigioso oráculo de Delfos ante la inminente invasión de Jerjes en el 481 (a. n. e.). Parece ser que el oráculo, convenientemente corrompido por el oro

persa, desaconsejó ir a la batalla pero los griegos, ritualistas aunque algo descreídos, optaron por luchar. Una vez decidida la contienda, no empezaba la campaña hasta que el heraldo, personaje investido de un carácter sagrado, hubiera procedido a la declaración de hostilidades. El ejército preparado para partir, no podía ponerse en camino cualquier día ya que las expediciones iniciadas en un día nefasto terminaban en catástrofe y los griegos procuraban evitar esas fechas por si acaso. Los espartanos llegaron a Maratón después de la batalla, porque un escrúpulo religioso les prohibía entrar en combate antes de la luna llena o, al menos, utilizaron eso como pretexto.

También era preceptivo el sacrificio inicial y los adivinos acompañaban en todo momento al ejército en campaña ya que sus vaticinios eran contemplados junto con la opinión de los estrategos. Podía ocurrir que se produjeran momentos de confusión si los dioses no se habían pronunciado con claridad. En la batalla de Platea, el ejército espartano, inmóvil, con las armas a los pies y el escudo en el suelo, recibió una lluvia de flechas mientras esperaba que los dioses hablaran. No obstante, tras caer las primeras víctimas, los dioses les indicaron que era más prudente cubrirse.

En la lucha, como ocurrirá hasta bien entrada la Edad Moderna, los dioses y los héroes no abandonaban a sus fieles. En la batalla de Maratón frente a los persas, muchos soldados atenienses creyeron ver el fantasma de Teseo en armas que se lanzaba a la cabeza de las tropas contra los bárbaros, como si fuera un antecedente del Santiago Matamoros de nuestras leyendas medievales.

En los tiempos antiguos, los prisioneros podían ser inmolados al finalizar el combate, ya que los dioses tenían derecho a ese sacrificio humano y aunque esta práctica se prolongó durante mucho tiempo, pronto se vio que resultaba mucho más rentable reducir a la mayoría de los cautivos a la esclavitud. A los enemigos muertos y a los prisioneros se les quitaban las armas y con ellas se construía un trofeo sagrado, objeto de culto que se dedicaba a los dioses. Erigir el trofeo era mostrarse victorioso ante los demás. Éste es el origen de esos monumentos a menudo fastuosos, grupos de estatuas o tesoros que se apiñaban a lo largo de las vías sagradas de los santuarios panhelénicos, por ejemplo en Delfos.

En Roma los rituales y las prácticas religioso-militares fueron muy similares a las de los griegos. Todo lo relacionado con la guerra estaba salpicado de supersticiones y religiosidad. Únicamente sacerdotes especiales, los *feciales*, podían declarar la guerra justa. Uno de ellos lanzaba simbólicamente una jabalina en la dirección de la comunidad enemiga, después se abrían las puertas del templo de Jano y permanecían abiertas hasta que la contienda hubiera acabado.

El planteamiento de una batalla debía obedecer también a cierto número de preceptos. Ya hemos señalado que no se podían iniciar las hostilidades en un día nefasto o sin alcanzar el acuerdo de los dioses; se aseguraban ese apoyo mediante la lectura de los auspicios o por el examen de las entrañas de las víctimas sacrificales. También se purificaba al ejército mediante ceremonias lustrales. En la Columna Trajana se observa cómo el emperador inicia cada campaña con una *suovetaurilia*, sacrificio de un cerdo, un cordero y un toro, que se ejecutaba al son de la música militar. Antes de que el ejército penetrara en territorio enemigo, era necesario purificarlo (*lustratio*) y ceremonias análogas señalaban igualmente el fin de cada periodo bélico. En la época republicana se practicaba el sacrificio de un caballo en octubre, el *equus october*.

Únicamente podían combatir los soldados que hubieran sido marcados por el *sacramentum*, con lo que el soldado quedaba ligado por imprecaciones como un iniciado. La fórmula de execración de origen itálico hacía «maldito» a quien la violara. El juramento, muy antiguo, fue recogido en una forma nueva en el año 216 (Tito Livio, XXII, 38, 3; Polibio, VI, 21, l), y ligaba de forma absoluta al soldado con el Estado y con sus superiores, convirtiendo en legales todos los actos, de otro modo culpables, que pudiera realizar el combatiente (Ciceron, *De Off.*, 1, 36). Esta fórmula, en su momento, propició los golpes de Estado, estableciéndose así las bases de un poder incontestable de las milicias. No obstante, en los inicios del Imperio, ese ritual de juramento sufrirá una relativa laicización y el *sacramentum* se convirtió en un simple *iusiurandum*. Después, en el siglo III el contenido sagrado se reafirmó de nuevo, sin duda bajo los efectos de la crisis y, quizá también, por influencia del cristianismo.

Los trofeos en el campo de batalla tenían un sentido mágico y conjuraban las almas de los soldados muertos. El desfile triunfal tras una victo-

ria, organizado por un *curador*, era una celebración religiosa que formaba parte de la categoría de las procesiones. El general victorioso constituía el elemento esencial, pues encarnaba al mismo Júpiter. Subido en un carro, al general se le revestía con una túnica púrpura, puesta bajo una toga sembrada de estrellas doradas; llevaba en las manos un cetro coronado por un águila y un ramo de laurel; portaba en la frente una corona hecha con hojas de la misma planta y un esclavo, situado tras él, sostenía sobre su cabeza otra corona, ésta de oro. Durante toda la procesión el esclavo debía repetir —a fin de no provocar los celos del verdadero Júpiter— que el vencedor era un simple mortal. Con este nuevo héroe marchaban los senadores y los soldados, quienes debían burlarse de su jefe para rebajar la envidia que podían llegar a sentir los dioses. A César se le dijo, por ejemplo, lo siguiente: «ciudadanos, guardad a vuestras esposas, traemos a un calvo adúltero» (Beard, 2009: 17)

Los combatientes romanos esperaban una particular protección de un conjunto de potencias llamadas «dioses militares» que les asistían en su vida cotidiana, en particular en el campo de maniobras y, más aún, en las batallas. Estos dioses y genios podían ser muy numerosos, aunque Marte ocupaba el lugar más destacado entre ellos. Resulta curiosa la utilización en plena guerra del recurso a la *evocatio*, que consistía en hacer llamamiento a Roma de los dioses del adversario en un intento de propiciar favorablemente a las divinidades del enemigo hacia la causa romana, aunque esta práctica apenas está atestiguada en el Imperio.

Con la crisis del siglo III aumentó el culto a dioses orientales entre las filas del ejército romano. El principal de ellos fue Mitra, el dios de origen iranio convertido en *Sol Invictus*. Su culto gustaba a la soldadesca, pues era en parte concebido como una milicia. El tercero de los siete grados de iniciación daba derecho al título de «soldado de dios». Los militares construyeron numerosas capillas o *mithraea* bajo esta advocación.

El cristianismo en sus inicios sólo manifestó algún signo belicista herencia del apocaliptismo judío, pero su legalización fue acompañada de la espada. Según la leyenda, el emperador Constantino, —que con el Edicto de Milán en 313 autorizó el cristianismo en todo el Imperio— antes de la batalla contra su rival Magencio en el puente Milvio, tuvo un sueño en el que se le apareció la cruz, al tiempo que oía una voz que le

decía: *In hoc signo vinces* (Lactancio, 44, 5). Tras su victoria, el emperador mandó erigir una gran cruz en Gólgota y consiguió que se fuera imponiendo una lectura teológica de este signo como símbolo de la pasión y de la salvación, con lo que la relación entre la cruz y la espada entrará en la Historia.

Pero si la nueva religión cristiana podía dar la victoria también serviría, de modo fatalista, para excusar la incompetencia militar. Así, San Jerónimo, ante la incapacidad del Imperio romano para contener el empuje de los bárbaros, dirá: «Son nuestros pecados… son nuestros vicios los que producen la inferioridad de los ejércitos romanos» (Contamine, 1984:15). Y todavía en 1915, ante la penetración imparable del ejército alemán en el frente ruso, el ministro de la guerra, general Polivanov, confiaba como fórmula para detener el desastre en: «la dilatada extensión intransitable del territorio, en los pantanos infranqueables, y, sobre todo, en la misericordia de San Nicolás, protector de la Santa Rusia» (Trotsky, 1973, Tomo I, 29).

El cristianismo vendrá a sustituir o a superponerse a las viejas creencias en el ámbito militar. Nuevos o parecidos ritos a los utilizados por el paganismo seguirán brindando protección divina a los combatientes. Durante la Guerra de los Treinta Años muchos oficiales y soldados llevaban al cuello un tálero de Mansfeld como amuleto y algunas hojas de espadas tenían grabados distintivos cabalísticos, entre ellos la cifra mágica de 1414 que remitía al Libro de Job (14, 14) en el que se dice: «Si un hombre muere, vivirá de nuevo». Estas prácticas llegan hasta los famosos escapularios con la inscripción *¡Deténte bala!* que utilizaron muchos soldados franquistas durante la Guerra Civil Española (1936-1939).

No obstante, como religión monoteísta, el cristianismo introducirá un acusado grado de intolerancia frente al resto de las religiones, ya que la nueva doctrina heredará del mundo judío la motivación religiosa para la guerra, convirtiendo la fe en causa de conflicto o, al menos, en su justificación sobrenatural.

Las mismas motivaciones y explicaciones bélico-religiosas las encontraremos en la religión musulmana que aparecerá en el siglo VII en la península arábiga. Mahoma convertido en profeta logró que su mensaje

encontrara eco entusiasta en un grupo de fieles. El profeta era un hombre profundamente religioso, convencido de que la misión que se le había encomendado consistía fundamentalmente en lograr que los árabes reconocieran la grandeza de Alá. Pero para llegar a ese fin más deseable que ningún otro, había que emplear medios que no podían ser los de la simple predicación. A la resistencia de los impíos había que contraponer la fuerza de los creyentes. Y esa lucha, tarde o temprano, desembocaba en la guerra.

La sociedad árabe no tenía nada contra la guerra y Mahoma demostró ser un buen jefe militar, capaz de elegir inteligentemente un plan de campaña o un plan de batalla, tomando las decisiones adecuadas frente a las vicisitudes del combate. Fue, como siglos más tarde diría Maquiavelo, «un profeta armado», el único tipo de profeta al que el florentino auguraba la victoria. El éxito religioso y militar de Mahoma explica que cuando se codificó la doctrina islámica se prescribiera la guerra santa (*jihad*).

El Corán es muy explícito en este punto. Durante ocho meses al año, ya que en los restantes cuatro se prohíbe hacer la guerra, los musulmanes deben luchar contra los incrédulos o contra quienes honran a diferentes dioses. En el islamismo histórico todos los no musulmanes eran infieles (*giaur*) y debían ser aniquilados o sometidos.

El mandamiento de la guerra santa evidencia claros rasgos de fanatismo e intolerancia, aunque posteriormente los teólogos musulmanes hayan querido interpretar de distinta manera ese precepto. La razón de esta intransigencia debe ser entendida como la justificación ideológica de un proceso de expansión y conquista militar emprendido por el pueblo árabe en el siglo VII. La sura XXXIII del Corán en sus aleyas 25 a 27 desvela bien a las claras cuál es el auténtico fundamento de ese impulso religioso: «El apoyo del brazo de Dios ha bastado a los creyentes durante el combate… Os ha permitido que matáseis a una parte (de los idólatras) y que hiciérais cautivos a los demás. Os ha dado el dominio de sus tierras, de sus casas y de sus riquezas. Poseéis ahora un país que jamás habían medido vuestros pasos. El poder de Dios es infinito» (Sura XXXIII, *De los creyentes*, 25-27).

La colisión de esas dos religiones monoteístas, cristiana y musulmana, conferirá a la guerra durante la Edad Media una marcada dimensión reli-

giosa, llegando el bizantino Nicéforo Focas a proponer que un Concilio de la Iglesia proclamara «mártires» a todos los soldados cristianos caídos en combate. La religiosidad impregnará así todos los conflictos bélicos durante estos siglos. Fueran cuales fuesen sus causas, las guerras se hicieron invocando explícitamente a la divinidad o estuvieron presididas por ese espíritu.

La gran confrontación armada medieval en nombre de la religión fueron las Cruzadas. Durante casi dos siglos, de 1096 a 1270, por múltiples y diferentes motivos, un sector de la sociedad Europa Occidental convocado por la Iglesia se lanzó a conquistar los países que hoy denominamos Oriente Próximo. A comienzos del siglo XIX e influidos por la tradición eclesiástica católica, los estudiosos veían en las cruzadas una manifestación de la profunda religiosidad de los pueblos. Las interpretaciones actuales han desechado esa ingenua e interesada explicación. En este caso, como en otros, las motivaciones religiosas se fundamentaban en diferentes fenómenos de la vida económico-social de los siglos XI a XIII. La difícil situación de la masas populares de Europa Occidental bajo el régimen de servidumbre, los intereses comerciales de las ciudades del norte de Italia, la necesidad de prestigiar al papado en su enfrentamiento con los emperadores germanos, habrían sido realmente algunos de los móviles profundos de esas guerras.

Es cierto que las cruzadas movilizaron a gentes imbuidas de un profundo fervor religioso y convencidas de que su lucha y sacrificio contribuiría al triunfo de la cristiandad, pero otros muchos, y sobre todo la nobleza feudal, se embarcaron en estas empresas para alcanzar también otros objetivos de naturaleza poco espiritual como quedó en evidencia en el desarrollo de la cuarta cruzada. A principios del siglo XIII, comenzaron en Europa los preparativos para la que iba a ser la cuarta cruzada. Los cruzados resolvieron concentrarse en Venecia y desde allí, en naves venecianas, trasladarse al Oriente. En ese tiempo había choques entre Venecia y Bizancio. Los venecianos aprovecharon las fuerzas de los cruzados para acabar con Bizancio, su rival comercial más importante. Por instigación de los venecianos, los ejércitos cruzados, en vez de luchar por Jerusalén, se encaminaron a Constantinopla y la tomaron por asalto en el año 1204, sometiéndola a un saqueo terrible. Esta aventura en busca de botín contra

un rival económico mostró bien a las claras que los cruzados estaban dispuestos a saquear a los cristianos lo mismo que a los musulmanes.

No obstante, la invocación a la cruzada no se hizo únicamente contra el infiel, también se empleó para combatir militarmente las desviaciones heréticas de la ortodoxia religiosa. El papa Inocencio IV (1243-1254) dio su aprobación a la doctrina según la cual la sola existencia de herejes irreductibles constituía en sí motivo de guerra. Por el contrario, según el papado, el que estaba fuera de la Iglesia no podía en ningún caso llevar a cabo una guerra justa. Así, el llamamiento a la cruzada sirvió para aplastar cualquier signo de rebeldía contra los poderes establecidos. Ejemplo de esto fue la cruzada contra los albigenses o cátaros, que tuvo lugar entre 1209 y 1244 por iniciativa del papado pero sostenida por los Capetos, dinastía reinante en Francia. La cruzada cátara pretendía aplastar un movimiento religioso que se había desarrollado desde el siglo XII, sobre todo en el sur de Francia en torno a los territorios feudales del Languedoc. La guerra, en la que desempeñaron un destacado papel los condes de Toulouse y la misma corona de Aragón, quedó decidida tras la derrota de los albigenses en la batalla de Muret (1213) y sirvió sobre todo para favorecer la expansión hacia el Sur de la monarquía capeta y sus vasallos.

El pretexto de la cruzada también fue utilizado en ocasiones para combatir el descontento, fuera cual fuese su naturaleza u origen; ejemplo de ello es la cruzada que convocó en 1234 el obispo de Bremen contra los *stedinger*, campesinos que se oponían a su gobierno y se negaban al pago de diezmos. El prelado contestó a las reivindicaciones populares como si se tratase de una herejía y con ello mostró con qué facilidad podía desvirtuarse el llamamiento a la guerra por la cristiandad. En una batalla entre caballeros cruzados, convocados por el papado, y campesinos fueron exterminados 6.000 de estos últimos y sus casas y haciendas repartidas entre los primeros, tal y como se había acordado con anterioridad.

No obstante, nunca se ha renunciado del todo a la idea simplista de las cruzadas como una lucha entre dos religiones, el cristianismo y el Islam, o como una lucha «entre la cruz y la media luna», según expresión del historiador alemán Siebel; en definitiva, como una lucha entre el Bien y el Mal. Esta idea maniquea, de raíz claramente religiosa, ha permanecido viva y se ha proyectado bajo diversas formas y manifestaciones hasta el presen-

te. El término «Cruzada» como guerra bendecida por Dios en lucha contra el Mal fue reivindicado por el fascismo español en la contienda civil que se desarrolló de 1936 a 1939. En este caso, el Mal, con mayúsculas, era el comunismo y toda la secuela de «enemigos de la Patria» que ponían en peligro el poder y los privilegios de las clases dominantes.

Pocos años después, Dwight Eisenhower, que fue el comandante supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada que desembarcó en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial y, con el tiempo, el trigésimo cuarto Presidente de los Estados Unidos, publicó en 1948 un libro autobiográfico que tituló *Cruzada en Europa*.

En este caso, la guerra contra el Mal era la guerra contra el totalitarismo encarnado por los nazis hasta 1945 y por los soviéticos desde 1947. De hecho, la política exterior de Eisenhower como presidente se basó en la Doctrina de Represalias Masivas, también conocida como «Doctrina Eisenhower». Esta doctrina, inscrita en el contexto de la Guerra Fría ponía el énfasis en el uso de las armas nucleares y en la intervención en cualquier conflicto donde se observara la influencia soviética. Eisenhower fue el primer presidente de los EE. UU. en hacer una visita a España en 1959, dando un espaldarazo al régimen dictatorial y represivo de Franco, convertido entonces en un aliado por su oposición al comunismo. Resulta obvio que la idea de cruzada operaba en ambos estadistas.

A mediados de la década de los ochenta del siglo XX, el presidente de los EE. UU. Ronald Reagan seguía designando a la Unión Soviética como «El imperio del Mal», y la Administración americana no se recataba en utilizar el apelativo «Eje del Mal» para aludir a algunos países díscolos a sus intereses, cuya lista podía variar según la coyuntura concreta. En los últimos años, el renacer del fundamentalismo islámico ha contribuido a que la eterna lucha contra el infiel o contra el «cruzado», por parte de los radicales islamistas, y contra el Mal, por parte de los pretendidos defensores de la cultura cristiana, devuelva al presente los ecos de los viejos enfrentamientos de raíz religiosa medieval.

Al calor del espíritu de cruzada aparecieron en la Europa del Medioevo y con entidad individualizada en la historia de la guerra las fraternidades religioso-militares. Fue entonces cuando nacieron realmente las

órdenes de caballería. La principal característica de las órdenes militares era la combinación de modos de vida guerreros y monásticos a un tiempo. Sin embargo, los religiosos podían estar, y de hecho a menudo estaban, subordinados a hermanos legos no ordenados. Prácticamente la mayoría de los miembros de estas órdenes eran seglares pero su fundamento era la religión entendida como un servicio de armas.

Aunque resulta difícil precisar con rigor cuándo surgen en el Occidente cristiano estas curiosas instituciones, sabemos que las primeras, de las que poseemos datos precisos, datan de mediados del siglo XI, y que su origen está estrechamente vinculado al espíritu de lucha contra el infiel. Lo cierto es que pronto tuvieron su réplica en organizaciones parecidas en el mundo musulmán como los *ribat*, comunidades guerreras acuarteladas en recintos fortificados que unían la vida religiosa con la lucha contra los enemigos del Islam.

El papel y la función de las órdenes militares a menudo ha sido casi exclusivamente enjuiciado por su intervención en Oriente Próximo, pero estas organizaciones tenían posesiones y miembros a lo largo de toda Europa y llegaron a alcanzar un extraordinario poder tanto político como económico. Los Templarios, la más conocida de estas instituciones, llegaron a adquirir tal fuerza que la monarquía francesa los eliminó, acusándolos de prácticas satánicas, lo que ha servido para convertirlos en objeto de atención en los círculos esotéricos modernos. Y es que la imagen del monje guerrero, del iniciado entregado a la lucha como experto soldado que convive con otros iguales en una fraternidad de armas, ha tenido siempre un enorme atractivo, por eso se ha querido asociar a los Templarios con sectas y sociedades secretas aparecidas en otras culturas y momentos.

Las órdenes militares o los cruzados no fueron las únicas instancias militares en las que la iglesia cimentó su poder a lo largo de la Edad Media. En el siglo VIII, el Papado se afirmó como un poder temporal legitimado por la famosa «Donación de Constantino». Este falso documento hacía constar que el emperador Constantino había hecho entrega a la Iglesia de los emblemas imperiales de la ciudad de Roma y «todas las provincias, todos los territorios y las ciudades de Italia y las regiones de Occidente». Aunque la falsedad de tal «donación» fue ya denunciada en el siglo XV por Nicolás de Cusa y por el humanista Lorenzo Valla, la Iglesia no la recono-

ció hasta el siglo XIX. No obstante, será este documento el que andando el tiempo sirva para legitimar la creación de los Estados Pontificios, una unidad política y militar encajada en el complejo mosaico de la península Itálica. Esta singular monarquía eclesiástica actuará durante siglos sobre un territorio variable con epicentro en Roma, de la que el Papa será obispo y rey. Para el mantenimiento de su poder político el Papa recurrirá en ocasiones al apoyo militar de otros reinos más poderosos, como el de Francia; pero en la Baja Edad Media se dotará de un ejército de mercenarios con el que participará y alentará todo tipo de aventuras guerreras.

Ya en el Renacimiento, Papas como Alejandro VI o su sucesor, Julio II, pretenderán someter a la mayor parte de Italia por la fuerza de las armas. Alejandro VI, a través de su hijo César Borgia, luchará por establecer un reino hereditario vinculado a su familia bajo la bendición papal, aunque fracasará en sus propósitos. Julio II, del que se dirá que había arrojado las llaves de San Pedro al Tíber para empuñar la espada de San Pablo, participó personalmente en las campañas militares para engrandecer y consolidar los territorios papales y se le recuerda subiendo por una de las escaleras de asalto en el momento de tomar la fortaleza de Mirandola en 1511.

Con la Reforma protestante, las guerras de trasfondo religioso asolarán Europa durante décadas. Casi ningún conflicto en los siglos XVI y XVII se emprenderá en el continente sin invocar como pretexto la fe. Los enfrentamientos entre los grandes Estados cobrarán en muchas ocasiones tintes de lucha entre protestantes y católicos, como las guerras que mantuvo el Emperador Carlos para doblegar a la levantisca nobleza alemana convertida al protestantismo. Lo mismo sucederá con las revueltas de los Países Bajos para sacudirse el yugo de la dominación austro-castellana.

Las llamadas Guerras de Religión que azotaron el reino de Francia escondían una querella dinástica, enfrentaron a dos sectores de la nobleza con intereses distintos: los hugonotes protestantes, más vinculados a intereses comerciales y a una cierta movilidad social dentro de su estamento, y los católicos, apegados a la riqueza territorial y a la vieja tradición de la nobleza de espada. La misma revolución inglesa de 1640 se hizo al amparo de la querella religiosa, aunque en este caso chocaron dos facciones distintas dentro de la misma iglesia protestante.

En todos estos conflictos los ejércitos se harán acompañar por sacerdotes o predicadores, en una tradición que continuará viva hasta nuestros días. Resulta revelador que cada uno de los Tercios hispanos del siglo XVI contaran con 13 capellanes para atender a unas 3.000 almas, y con 3 médicos para atender al mismo número de cuerpos. El conflicto más largo y terrible que estremeció el continente en el siglo XVII, la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), aunque respondía a presupuestos geoestratégicos y económicos entre las potencias europeas, puede ser leído de modo trasversal como un enfrentamiento en nombre de la religión en el que se vieron implicados poderoso Estados. A lo largo de todo el período los intereses económicos proporcionaron la energía, y la religión el pretexto.

Con la Revolución francesa y la llegada de la contemporaneidad, la vieja vinculación guerra-religión no pudo ser totalmente superada. La sublevaciones realistas de la Vendée y la *Chouannerie* (1792) contra la joven República francesa prendieron en algunos departamentos donde la masa campesina, fanatizada por los curas «refractarios» y, sobre todo, especialmente afectada por la introducción de las nuevas prácticas económicas capitalistas, terminó por alzarse frente al gobierno de París al grito de: *Dieu et le Roy*. Lo mismo sucedió años más tarde en España. Las guerras carlistas movilizaron también determinadas zonas del país que con las medidas centralizadoras impulsadas por los liberales perdían sus viejos derechos territoriales. La invocación a Dios, al rey y a los fueros levantó en armas durante décadas a los absolutistas españoles. La guerra contra el liberal era la guerra contra la modernización y suponía la defensa a ultranza de la religión como punta de lanza en esa lucha.

De la misma naturaleza fue la batalla librada por el Papado en defensa de su reino terrenal. En 1848, cuando toda Europa fue sacudida por una serie de revoluciones democráticas y nacionalistas, la Roma papal fue temporalmente ocupada por los revolucionarios y en ella se proclamó una república, pero la intervención de austriacos, españoles y franceses devolvió el trono al Papa. Hubo que esperar a la derrota de Napoleón III, —convertido en protector de los Estados Pontificios— en la Guerra Franco-prusiana para que el joven reino de Italia pudiera completar su unificación ocupando militarmente la Ciudad Eterna. El deslavazado ejército papal de unos cinco mil mercenarios, entre los que figuraban incluso turcos, fue

fácilmente derrotado en una corta escaramuza en Porta Pía (1870) poniendo así fin a siglos de poder temporal defendido mediante las armas. No obstante, la resistencia armada de la Iglesia católica a la laicización y modernización de las sociedades aún escribiría nuevas páginas.

La última guerra emprendida en Europa pretextando una motivación religiosa fue la Guerra de Crimea. Tras una serie de pequeños incidentes que oponían a monjes latinos y ortodoxos respecto a la custodia de los Santos Lugares de Belén y de Jerusalén, la política rusa se mostró agresiva y desafiante frente a Turquía. En febrero de 1853, el Zar exigió del Sultán una solución a la cuestión de los Santos Lugares y una convención que reconociese el protectorado religioso ruso sobre las poblaciones ortodoxas del Imperio turco. A Nicolás I no le desagradaba lanzar al mundo una especie de reto, erigiéndose en protector de la Cristiandad contra el Islam al tiempo que conseguía una posición ventajosa frente al decadente imperio turco.

Pero la política rusa se enfrentó con la resistencia conjunta de Francia y, sobre todo, de Gran Bretaña que, independientemente de las cuestiones religiosas, no estaban dispuestas a consentir la hegemonía rusa sobra esa zona del Mediterráneo. Los intereses económicos eran de importancia decisiva para tal firmeza. Los industriales ingleses estaban descontentos con la política aduanera rusa que, para proteger a una industria todavía incipiente, sometía la importación de los tejidos de algodón a derechos triples o cuádruples que los de la tarifa austríaca o germana. Por otra parte, el Imperio otomano se había convertido, a partir del tratado de comercio de 1838, en un buen comprador de productos manufacturados ingleses y en un buen proveedor de cereales. Las exportaciones británicas a Turquía habían pasado de 1.394.000 libras en 1829, a 11.816.000 en 1848. Fueron estas cuestiones y no la preponderancia ortodoxa en los Santos Lugares las que condujeron realmente a la guerra.

Durante el siglo XIX las guerras coloniales fueron animadas en la mayor parte de los casos por motivaciones religiosas que sin ser la causa profunda de las mismas sí que servían para propiciar el estallido de la sublevación frente al colonizador blanco. Baste recordar la fracasada rebelión de los cipayos en 1856 que contribuyó a asentar definitivamente la dominación del Imperio británico sobre la India. El detonante de la

revuelta —protagonizada por las tropas indígenas al servicio de los ingleses— fue la introducción de un nuevo rifle. Por esta época el ejército británico fue armado con el rifle Lee-Enfield. El cartucho que utilizaba el arma estaba cubierto por una membrana grasosa que debía cortarse con los dientes para ser cargado al fusil. Circulaba el rumor de que esa grasa provenía de vacas o de cerdos, lo que era ofensivo tanto para los soldados hindúes como para los musulmanes, dado que consideraban el consumo de cualquier producto derivado de vaca o de cerdo como algo prohibido por sus principios religiosos. Cuando algunos soldados se negaron a utilizar los cartuchos fueron arrestados, lo que provocó definitivamente la sublevación.

La Rebelión Taiping (1851-1864) enfrentó en China a las fuerzas imperiales de la decadente dinastía Quing con los rebeldes partidarios del Reino Celestial de la Gran Paz (Taiping). Aunque el conflicto respondía a una revuelta milenarista de corte religioso, el telón de fondo sobre el que se desarrolló la lucha era la miseria del campesinado chino y el descontento frente a la penetración colonial por parte de las grandes potencias occidentales. En la Primera Guerra del Opio (1839-1842), China había tenido que ceder Hong Kong a los británicos, facilitando la apertura del país a los europeos mediante el Tratado de Nanking. Estos hechos provocaron que la mayoría de la población considerase a la dinastía Quing, que ocupaba el trono desde 1644, como un gobierno ineficaz y corrupto. El resentimiento se agravaba sobre todo en el sur donde la pobreza de la población rural era más acusada. Hong Xiuquan, un visionario carismático de religión cristiana, aprovechó este fermento para instaurar el Reino Celestial de la Gran Paz en una extensa zona del país. Hong Xiuquan, que se creía el nuevo Mesías y hermano menor de Jesucristo, pretendía haber sido enviado por Dios para liberar China de los demonios, causa de todos sus males. La guerra, que fue larga y cruenta, provocó más de veinte millones de muertos y sólo la intervención de las potencias occidentales a favor del Imperio Quing permitió al gobierno aplastar la sublevación.

A finales del siglo XIX, Muhammad Ahmad se proclamó el Mahdi (especie de Mesías para los chiítas) y promovió una amplia revuelta en el Sudán anglo-egipcio. Bajo su autoridad religiosa se unieron diferentes tribus y emprendieron la *jihad* con la pretensión de establecer una repúbli-

ca islámica que terminara con la ocupación otomana, británica y egipcia. El popular general inglés, Gordon, intentó defender Jartum pero fue derrotado y muerto tras ser ocupada la ciudad (1895). El movimiento de Ahmad perdió mucha fuerza con su muerte, acaecida después de la toma de la capital, quedando circunscrito a las fronteras de Sudán hasta que fue definitivamente aplastado por los británicos en la batalla de Omdurman (1898).

Los rebeldes «boxers» (1899-1901), que asediaron las legaciones occidentales en Pekín, encabezando una sublevación contra las potencias extranjeras en su país, creían que estaban protegidos de las balas por determinados ritos mágicos. Posiblemente, la última manifestación con una cierta entidad en cuanto a la influencia de lo sobrenatural en las creencias del guerrero para obtener una protección especial la protagonizó la guerrilla del Mau Mau, en su lucha frente a los ingleses por la independencia de Kenia en la década de los cincuenta del siglo veinte. Los kikuyo, etnia que sustentó esta revuelta, brutalmente aplastada, se juramentaban antes de entrar en acción y confiaban en una serie de rituales para salir indemnes de la lucha.

Todavía a comienzos del siglo XX se produjo una gran sublevación en defensa de la catolicidad. La Guerra Cristera, también conocida como Guerra de los Cristeros, fue un conflicto armado que de 1926 a 1929 estremeció al Méjico de Plutarco Elías Calles, cuando los sectores más intransigentes de la Iglesia de ese país a los gritos de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva Santa María de Guadalupe! se alzaron contra el gobierno federal para impedir la aplicación de las leyes constitucionales que suponían la efectiva separación Iglesia-Estado. Los que se conocían como «cristeros» fueron capaces de articular rápidamente una serie de descontentos locales, sobre todo campesinos, utilizando símbolos religiosos profundamente arraigados en las prácticas y creencias colectivas del pueblo mejicano.

Pero el fin de los cristeros no supuso que las creencias mágicas o religiosas dejaran de ser un poderoso revulsivo para los hombres enfrentados al trance de la guerra. Hasta los países más avanzados y más reacios a ese tipo de prácticas han recurrido a ellas en los conflictos bélicos. La URSS, que desde la revolución de 1917 había establecido una radical separación entre la iglesia y el Estado, propició un acercamiento a la jerarquía ortodoxa en plena Segunda Guerra Mundial. En septiembre de 1943, el mismo

Stalin recibió a los metropolitanos de Moscú, Leningrado y Kiev y ordenó a los clérigos que convocaran inmediatamente a la Conferencia Episcopal para restablecer el Patriarcado de Moscú y elegir al patriarca. La Conferencia emitió un llamamiento a los creyentes pidiéndoles sacrificarse en la «sagrada lucha por la patria bolchevique» y Stalin ordenó crear seminarios y academias superiores, fábricas de velas e imprentas para publicar libros religiosos.

El hecho religioso ha continuado pesando en los conflictos bélicos recientes. Las festividades más señaladas, como la Navidad cristiana, han servido para acordar treguas entre los mismos combatientes al margen del mando, tal y como ocurrió en algunos frentes durante la Primera Guerra Mundial, aunque también han podido ser utilizadas para lo contrario. La ofensiva del Tet desencadenada en 1968 por Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur y las tropas americanas aprovechó justamente la celebración del inicio del nuevo año budista para desconcertar a los sorprendidos adversarios. También, las fuerzas egipcias se valieron de la sorpresa, en octubre de 1973, al atacar a los israelíes mientras celebraban la fiesta judía del Yom Kippur (día de la expiación), la más importante de esta religión.

En los últimos años la religión como elemento del conflicto bélico parece haber renacido y de nuevo surgen combatientes capaces de inmolarse en nombre de la divinidad como en épocas pasadas. Hoy como ayer, las auténticas causas de los enfrentamientos suelen tener una naturaleza bien distinta pero, hoy como ayer, la religión establece una línea divisoria clara entre las comunidades antagónicas y alimenta las posturas más dogmáticas y belicistas. Irlanda y Kosovo, —cerca de nosotros— musulmanes sunnies frente a chiitas, y yihadistas frente a infieles en general, hindúes contra budistas en Sri Lanka y contra musulmanes en Cachemira son ejemplos de un largo etcétera que nos indica cómo los dioses siguen teniendo sed y prefiriendo la guerra a la paz.

V
La guerra en el otoño de la Edad Media

Una guerra defensiva

Desde el siglo XI, el Occidente europeo comenzó a experimentar un relativo crecimiento económico. Se roturaron nuevas tierras y aumentó la producción, sobre todo debido a la implantación de algunas mejoras en las técnicas de cultivo. Con la invención del collarón pectoral se sustituyó en muchos lugares a los bueyes por los mulos en la yunta de tiro, lo que permitió acelerar el proceso de labranza. Así mismo, comenzó a generalizarse el uso del arado normando con ruedas, reja de hierro y vertedera, que volteaba la tierra esponjándola. Estas innovaciones unidas a la práctica del barbecho de rotación permitió mejorar el rendimiento de los campos. Ese aumento de la producción propició también la aparición de los molinos de agua, que facilitaron la molienda y abrieron la posibilidad de aplicar los mismos principios de su funcionamiento a otras actividades como la forja del hierro por medio de martinetes, o de los batanes en la industria textil.

El excedente social aumentó, lo que facilitó un renacer del comercio a pequeña y gran escala por medio de mercados locales o ferias internacionales. Desde el siglo XIII dos grandes rutas marítimas, la del Mar del

Norte y la mediterránea, relanzan el comercio a larga distancia, traficando con el mundo escandinavo la primera y con Oriente Próximo la segunda. La vinculación entre ambas rutas se realizaba por vía terrestre contribuyendo a ello el desarrollo de grandes ferias regionales de las que una de las más importantes fue la surgida en la región francesa de Champaña. Muy pronto aparecieron zonas de desarrollo más avanzadas en las que florecieron industrias artesanales vinculadas al trabajo del textil y del metal. Flandes, en la cornisa atlántica, y el norte de Italia en la zona del Mediterráneo, se destacaron en la producción y en el uso de nuevas formas mercantiles propias de un capitalismo incipiente.

Estas transformaciones económicas supusieron la recuperación, todavía focalizada, de la vida urbana y contribuyeron a un crecimiento de la población. Viejas ciudades de época romana cobraron nuevos bríos al tiempo que nacían otras nuevas al calor del comercio o de la producción artesanal. Como resultado de todos estos cambios surgió una nueva clase social de hombres no sujetos a los lazos feudales. Los burgueses, denominados así por estar asentados en los burgos de esas ciudades, carecían de consideración social pero empezaban a tener un cierto peso económico relacionado con el aumento de la circulación monetaria. Esta nueva clase social, aún muy incipiente, no tardó en colisionar, en la defensa de sus intereses, con el orden feudal y la aristocrática sociedad caballeresca.

Hacia finales de este período (s. XIV-XV) se puede comprobar que el dinamismo del sistema señorial estaba llegando a su término. Las posibilidades de roturar nuevas tierras habían alcanzado su límite y la actividad agrícola dejó de ser la casi única fuente de riqueza. El señor feudal, integrado en los nuevos circuitos económicos, terminó transformando en aportaciones monetarias los viejos impuestos feudales pagados hasta entonces en especies o en trabajo gratuito. Pero, aunque no se produjo un cambio de la renta feudal en sí, la dinámica económica terminó por erosionar las fortunas señoriales.

La nobleza, sobreexcitada ante las dificultades, se fue esclerotizándo cada vez más, al tiempo que las «monarquías feudales» buscaban a restablecer por encima de los señores la unidad política del reino. En este proceso de sometimiento de la nobleza a la corona los monarcas entablarán alianzas con las burguesías municipales. Estas alianzas pondrán las bases

para la destrucción del régimen feudal y la aparición de fuertes Estados monárquicos en el marco de Europa.

Las causas y naturaleza de las guerras en los siglos bajo medievales siguen siendo muy parecidas al período anterior. La «guerra guerreante», en expresión de la época, protagonizada por las querellas de la más diversa índole entre los señores locales, se entremezcla con contiendas de mayor envergadura. En la Península Ibérica se culminará el proceso de expulsión de los musulmanes, mientras surgen importantes reinos en los que distintas ramas dinásticas pugnan por hacerse con la corona.

La aventura oriental derivada de las Cruzadas da sus últimos coletazos para dejar paso al enfrentamiento entre los nuevos reinos de la cristiandad. No obstante, en todos ellos la guerra sólo responderá al deseo y las ambiciones de los poderosos. El afán de acumular tierra de un monarca, compartido con los grandes señores, no dependía para ser satisfecho del consentimiento de sus campesinos y siervos. «Todos sabemos —escribía Honoré Bonet en el *Árbol de las batallas*, a finales del siglo XIV— que en la cuestión de decidir una guerra, de declararla o de realizarla, los pobres no tenemos que preocuparnos en absoluto» (Hale, 1970: 184). Esto no era menos cierto un siglo después.

Sin duda, la contienda más significativa de todo el período será la bautizada por los historiadores como Guerra de los Cien Años, en la que, de modo intermitente, colisionarán los reinos de Inglaterra y Francia, aunque la violencia no dejará de estar presente durante estos siglos en otros muchos conflictos. La lucha contra las herejías, los enfrentamientos dinásticos, las revueltas campesinas… jalonarán el final de la Edad Media al tiempo que la nueva dinámica social impondrá nuevas formas de hacer la guerra.

Los principios defensivos fueron los dominantes en la guerra medieval. Si buscáramos un perfil del conflicto bélico en estos siglos de Cruzadas, Reconquista y Guerra de los Cien Años, encontraríamos operaciones limitadas en el tiempo y en el espacio, avances lentos en los ataques y en las campañas, elevado grado de incoherencia estratégica y enorme reticencia a la batalla en campo abierto. El propio sistema económico y social, con la debilidad del Estado y la escasez relativa de recursos, permiten explicar este tipo de guerra.

Así, el temor a la batalla frontal y lo que se ha llamado el «reflejo obsidional», una reacción automática en responder a un ataque yendo a encerrarse en los puntos fortificados de la región, resumen buena parte de lo esencial de los enfrentamientos militares del período. Se puede señalar también la frecuencia con la que el tema del miedo aparece en la literatura de la época. Beaumanoir (1250-1296), un autor coetáneo, muestra su característico sentido caballeresco del derecho cuando en una de sus obras intercala un discurso sobre la huida permisible y la no permisible, recordando a sus lectores que quien huye corre mayor riesgo de morir que quien resiste. Por otra parte, el *Roman de Sidrac*, del siglo XIII, observa que «una buena huida es mejor que una mala resistencia».

Sin embargo, el mito forjado en torno a la caballería por la poesía juglaresca, unido a las ulteriores leyendas sobre el tema, —recreadas por el relato histórico-romántico y nacionalista— han permitido durante mucho tiempo que algunos episodios aislados se magnificaran y generalizaran hasta conseguir proyectar una imagen totalmente distinta sobre los conflictos bélicos en este período.

Realmente la guerra se resumía en pillajes, frecuentes asedios y a veces batallas. Además, muchos proyectos no podían ponerse en práctica por falta de medios económicos, humanos o materiales. Las campañas que llegaron a realizarse según un propósito premeditado fueron la excepción, mientras que la regla consistió en operaciones improvisadas interrumpidas por la escasez de recursos.

Esta concepción fundamentalmente defensiva de la guerra se materializó en la construcción de fortalezas y en la evolución experimentada por el armamento del caballero medieval. En cuanto al primer aspecto se ha de señalar que entre 1000 y 1300 la arquitectura militar se desarrolló vigorosamente. Los hombres preferían sentirse seguros dentro de poderosas fortificaciones antes que correr riesgos en operaciones en campo abierto y el número de castillos, sin llegar a ser nunca muy elevado, no cesó de aumentar.

La fortaleza medieval sufrió un lento proceso de evolución. Hacia mediados del siglo XI, los normandos habían desarrollado e introducido en la mayor parte de Europa un nuevo tipo de fortificación: la

«mota». La mota era una eminencia de tierra apilada rodeada por una empalizada de madera en el centro de la cual se levantaba una casa-fortaleza que dominaba todo el conjunto, y que era la residencia y baluarte del señor, su familia y su séquito. Contaba también con un antepatio protegido por un foso y otra empalizada, siendo su propósito original proteger a los animales domésticos. La entrada exterior se efectuaba mediante un puente levadizo de tablas que podía ser retirado por los defensores en caso de ataque. Aunque muchas de estas motas se construían en emplazamientos naturales: una punta rocosa, una meseta o una colina aislada, en todas se ha podido constatar la presencia de tierra transportada con el fin de elevarlas algo más.

Las dimensiones de estos promontorios o motas eran reducidas. Sabemos por la arqueología que, como media, tenían unos 30 metros de diámetro en su base y 10 en la parte más alta, con una altura de cinco o seis metros, aunque había también motas más impresionantes que podían doblar estas medidas. En sus orígenes estas defensas eran casi todas de madera lo que obligaba a un constante mantenimiento y las convertía en vulnerables al fuego; por eso desde finales del siglo XI, las motas dieron paso a los castillos de piedra.

Esta fortificación también buscaba edificarse sobre una eminencia natural y se construía con piedra de una forma más compacta . El edificio central, conocido como «torre del homenaje», se hacía rectangular y el conjunto ya no se elevaba sobre un montículo de tierra sino con una sólida cimentación en suelo firme. También las dimensiones comenzaron a variar por ejemplo el castillo de Dover, comenzado a edificar en el año de 1180, contaba con murallas de 25 metros de altura, torreones cuadrados en las esquinas que se alzaban cuatro metros más, y una compleja obra hidráulica a través de cañerías de plomo que alimentaba el foso y surtía de agua al interior en caso de sitio.

Las siguientes modificaciones vinieron dadas por la vulnerabilidad de las torres del homenaje rectangulares. Estas partes de la fortaleza, teóricamente el último y más seguro refugio, tenían una desventaja, ya que el enemigo asaltante solamente podía ser rechazado desde un lado, quedando protegido por las propias esquinas de la torre que atacaba. Por eso comenzaron a construirse murallas circulares o multiangulares para contrarrestar

este peligro. A mediados del siglo XII, la forma de la torre ya estaba cambiando. Los torreones redondos y saledizos en las esquinas permitían batir con proyectiles toda la longitud de los muros exteriores. También se abrieron troneras en torres y murallas, más efectivas que las almenas, puesto que los defensores podían disparar contra el enemigo permaneciendo ellos mismos protegidos. Las primeras troneras fueron aspilleras, largas aberturas verticales, pero después se construyeron en forma de cruz para proporcionar al arquero o ballestero una amplia visión lateral.

Hacia finales del siglo XII, los elementos básicos del castillo medieval ya estaban diseñados y las mejoras consistieron en perfeccionarlos. Las cortinas de muralla se multiplicaron, así como los patios de armas interiores, mientras las murallas exteriores se reforzaban también con torres circulares saledizas. Las ventajas de los muros concéntricos frente la muralla única eran evidentes, pues la victoria no parecía ya tan probable cuando un asaltante, al hacer brecha en la barrera exterior, se encontraba con otras líneas defensivas.

Muchos de estos castillos no estaban integrados en una red más amplia de fortalezas que sirvieran de frontera periférica de la célula política a defender, ya que el principal objeto de los mismos era proporcionar protección a los que en ellos vivían y controlar a la población de los alrededores.

Desde el punto de vista político, estos castillos se dividían en tres categorías: los primeros eran aquéllos que controlaba el poseedor de los poderes públicos (rey, duque, conde o simple señor). En segundo lugar, estaban los que habían sido otorgados en investidura, bajo la forma feudal, a oficiales, parientes, fieles o vasallos de los grandes señores. Finalmente se alzaban las fortalezas privadas, fraudulentas, erigidas ilegalmente o sin el correspondiente permiso del príncipe territorial, generalmente por otros poderosos señores. La inversión económica que suponía esta estrategia defensiva era, como es lógico suponer, muy elevada. La edificación de la torre de Dover, a la que antes hemos hecho mención, costó casi 4.000 libras esterlinas.

Estas fortalezas, cuando eran atacadas, podían rendirse o resistir. La resistencia daba generalmente paso al asedio o sitio. Los sitios ordinaria-

mente solían ser muy costosos, porque se precisaba un ejército mucho mayor para rodear el castillo que para librar una batalla de acometida. Durante todo el tiempo que duraba el cerco, ese ejército sitiador tenía que ser abastecido, cosa bastante difícil; además debía construir o transportar máquinas de asalto, montadas y manejadas por especialistas. Aun así, la historia de los siglos XII y XIII nos da cuenta de largos asedios de castillos, aunque sólo una escasa proporción de los mismos tuvieron éxito. Fue excepcional el sitio y captura, tras cinco meses, del Château Gaillard por parte de Felipe Augusto en 1203-1204; o la del Krak de los Caballeros en Tierra Santa, que sucumbió a los musulmanes tras un largo asedio, en el curso del año 1271; o la resistencia cátara en Montségur, que se prolongó durante un año (1244).

La conquista de una plaza suponía tener que recurrir a procedimientos indirectos o directos. Los indirectos eran psicológicos y políticos a un tiempo, una mezcla de amenaza y de clemencia. En otras palabras, implicaba la promesa de respetar la vida y los bienes de los sitiados si se producía la rendición, o de lo contrario, si se ofrecía resistencia, amenazar con la perspectiva de una matanza generalizada, de incendios y pillajes sistemáticos, todo lo cual solía tener como consecuencia la capitulación negociada de los cercados.

Los procedimientos directos se basaban en minar la resistencia de los defensores o intentar el asalto. Como en todas las demás épocas, los asaltantes hallaban más fácil rendir una ciudad por la traición o por el hambre que atacándola. A lo largo de la historia de la guerra el bloqueo ha resultado ser una de las armas más eficaces para el sitiador. La escasez de víveres, el envenenamiento del agua o, incluso, la propagación de epidemias solían dar mejor resultado que el asalto frontal.

Cuando ya no se vislumbraba otra posibilidad que recurrir al asalto se utilizaban máquinas de aproximación, una especie de contrafortificaciones que permitían dañar las defensas y aproximarse a las murallas. La mayor parte de estas máquinas, que solían desplazarse sobre ruedas, podían transportar en su interior a infantes y ballesteros. La *Chanson de la Croisade albigeoise* nos refiere la utilización de una torre de asalto que por sus dimensiones es comparada con un temible monstruo, capaz de transportar dentro a 400 caballeros y 150 arqueros.

Había también otras máquinas destinadas a romper, perforar, hacer temblar o agrietar las murallas. El más desarrollado de estos artefactos fue el llamado «trabuco», que apareció hacia finales del siglo XII. Durante el período de 1180 a 1220 se produjeron grandes avances en los procedimientos de sitio gracias a la utilización de estas máquinas de tiro que, a diferencia de épocas anteriores, no estaban basadas en el principio de la torsión, como las balistas romanas, sino en el mecanismo del péndulo o contrapeso.

El trabuco consistía en un brazo horizontal que giraba sobre dos montantes verticales. Un extremo se hallaba provisto de un portador o cavidad en forma de cuchara destinada a contener el proyectil. Del otro extremo colgaban pesos de hierro o piedra para procurar la fuerza de propulsión cuando se los soltaba súbitamente dejándolos caer. Así, el proyectil describía una curva parabólica en su vuelo antes de estrellarse contra el objetivo. Una cabria volvía de nuevo la cuchara al suelo para ser recargada, mientras que un disparador simple servía para soltar los pesos. En *L'album de Villard de Honnecourt*, tratado de arquitectura e ingeniería del siglo XIII, se recogía un dibujo y la descripción de un trabuco que reproducía fielmente lo que era la máquina.

Por supuesto, el tamaño y la velocidad del proyectil dependían de la magnitud del contrapeso. Modernos experimentos han demostrado que un trabuco manejado por 50 hombres y con un contrapeso de 10 toneladas podía lanzar a 150 metros piedras de entre 100 y 150 kilos mientras que, en el mejor de los casos, una balista de tipo romano sólo podía lanzar a 225 metros una piedra de 20 o 30 kilos.

El ritmo de tiro de un trabuco variaba según el tamaño de la máquina y del proyectil. Sabemos que se hicieron algunos trabucos de enormes dimensiones y a muchos de ellos se les dio nombre propio, como más tarde ocurriría con los primeros cañones. No obstante, a través de alguna referencia podemos hacernos una idea del ritmo de tiro de estas máquinas. El 6 de junio de 1296, Eduardo I se presentó con su ejército ante la abadía de Holyrood, cerca de Edimburgo, instalando tres trabucos que lanzaron en tres días un total de 158 piedras de gran tamaño. Estas máquinas de tiro fueron poco numerosas durante el siglo XIII o comienzos del XIV, no superando el número de veinte como máximo incluso en los grandes ase-

dios. La primitiva artillería de trabuco comenzó a declinar cuando empezó a ser eficaz el uso del cañón de pólvora.

La aparición en Occidente de la pólvora estuvo envuelta en el mito, e inicialmente se atribuyó su descubrimiento al maestro Bertrán, un misterioso personaje al que se consideraba «gran nigromántico» y alquimista, queriendo así subrayar el carácter «diabólico» del invento. Esta unión de magia y artillería estaba aún presente hacia 1437, cuando las crónicas hablaban del «bombardero» de Metz, llamado Camoufle, del que se decía «que disparaba tres veces aquellos días que quería y que empleaba artes mágicas».

En 1493, Antonio Cornazano dio forma a la leyenda diciendo que había sido un monje alquimista de origen alemán el que había enseñado el uso de la pólvora a los venecianos. Finalmente, se hizo vivir a este monje imaginario a finales del siglo XIII dándole el nombre de Berthold Schwartz, oriundo de Friburgo. Sin embargo, las fuentes españolas nos ofrecen otra versión más verosímil sobre la introducción del explosivo en Europa, según la cual fueron ya los musulmanes los que utilizaron la pólvora en 1343 en la guerra contra Alfonso XI.

La invención y uso bélico de este compuesto se debe sin duda a los chinos y llegó a Occidente a través del mundo musulmán. La primera receta de fabricación de pólvora conocida en Europa data de 1267 y queda recogida en un escrito de Roger Bacon. La fórmula utilizada a finales del siglo XV era ya muy parecida a la que actualmente se considera la correcta (74’64% de salitre, 11’85% de azufre y 13’51% de carbón vegetal).

Los modelos más antiguos de armas alimentadas con pólvora se encuentran en dos manuscritos de Walter de Milimete (1326), capellán de Eduardo III de Inglaterra. En el manuscrito titulado *De Secretis Secretorum*, se muestra un cañón en forma de tinaja colocado sobre un soporte de madera con cuatro patas, y en el *De Nobilitatibus, Sapientiis et Prudentiis Regun*, se puede apreciar que el cañón tiene una flecha en el interior a modo de proyectil. En ambas ilustraciones un precavido soldado aproxima al fogón un trozo de yesca o mecha atada al extremo de un largo palo.

Este nuevo tipo de artillería comenzó a utilizarse en los sitios a ciudades y fortalezas a partir de mediados del siglo XIV. Con ella se lanzaban

balas de piedra con un corto alcance, que se utilizaban para batir puertas o muros. Sin embargo, como estos cañones eran pequeños y no estaban bien fabricados, resultaban menos eficaces que el trabuco. A esa desventaja había que sumar que en ocasiones reventaban matando a sus propios servidores. Conocemos su utilización en la guerra de Metz, en 1324, y también para el sitio de Calais (1346-1347), en el que los ingleses hicieron enviar de Londres diez cañones, balas de plomo y pólvora.

Conforme se fue perfeccionando su fabricación se extendió su uso. Los artesanos, que habían hecho campanas y otras fundiciones metálicas, se convirtieron en hábiles fundidores de cañones. Los mejores cañones eran de bronce y se fundía en una sola pieza, vertiendo el metal derretido en un doble molde especial. A veces el ánima del cañón era de hierro fundido y su cobertura exterior de hierro forjado o dulce. Se empleaban cañones de todos los tamaños, desde los «cañones de mano», antecesores del arcabuz, hasta los más gigantescos como el llamado «Mensajero», de dos toneladas, hecho en la Torre de Londres en 1408.

Pero incluso los mejores de estos cañones eran artificios muy inseguros. Los tubos eran cortos para su calibre y sus proyectiles de piedra distaban mucho de ser esferas perfectas. También era complejo el arte de graduar la cantidad y tipo de pólvora lo que hacía que su alcance y puntería fueran relativamente limitados.

Tampoco ayudaba a su difusión el costo de esta nueva artillería. Sabemos que una gran pieza de hierro, llamada «Mons Meg», mandada fundir en 1449 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, costó 1.536 libras y dos sueldos. El precio de la pólvora era así mismo elevado, aunque con el tiempo se fue abaratando. Hacia 1380 una libra de pólvora costaba diez sueldos torneses mientras que cuarenta años más tarde había descendido a la mitad. La munición tampoco era barata: una bala de piedra, tallada por un picapedrero, en 1480, costaba tres sueldos torneses, mientras que por las mismas fechas una de hierro fundido podía ascender a cinco sueldos.

Por último se ha de tener en cuenta que el salario de un experto artillero en 1359 se podía elevar a 12 libras mensuales, lo que representaba más dinero del que un labrador podía ganar en un año. Sin duda, tan buena paga estaba en relación con la pericia y, sobre todo, con el riesgo que corrí-

an estos primitivos artilleros. En la obra del siglo XV *Livre du Secret de l'Art de l'Artillerie et Cannonrye* se recalcan estos peligros. «En primer lugar, —el artillero— debe honrar, temer y amar a Dios, y tenerle siempre presente ante sus ojos, cuidando mucho de no ofenderle, más que otros soldados, pues cada vez que prende fuego a una bombarda, cañón u otra pieza de artillería, o se halla ocupado en hacer pólvora, la pieza puede estallar y, aunque esto no suceda, se halla también en peligro de ser quemado por la pólvora, que sólo respirarla es ya mortal veneno para los hombres» (Montross, 1963: 124).

En este tipo de guerra de sitio, las ciudades constituían, en definitiva, obstáculos más insuperables que los castillos aislados. No se trata de que las ciudades estuviesen técnicamente mejor equipadas que los castillos; por el contrario, sus fortificaciones eran frecuentemente mucho más sencillas, pero contaban con espacio y con recursos materiales y morales favorables para una resistencia prolongada. Por otra parte, cualquier conquistador podía dejar de lado sin problemas un castillo inaccesible, mientras que tenía que intentar controlar forzosamente esos centros económicos, administrativos y humanos que eran las ciudades. La importancia de las ciudades en la estrategia de la época no se explica tanto por razones militares como por el hecho de que los centros urbanos y no los castillos se constituían ya en los verdaderos puntos clave del espacio socio-político.

Si la fortificación en castillo o ciudad fue la clave defensiva del territorio, la armadura de placas lo fue del guerrero individual. La armadura corporal del caballero medieval revela un igual énfasis en su actitud defensiva frente al combate a costa de otros valores militares.

En el siglo XIII se introdujo la primera armadura de plancha, que vino a completar primero y luego a sustituir a la cota de malla. En principio, la intención era simplemente aumentar el resguardo de las partes expuestas, tales como espinillas, codos y rodillas. Luego se completó con el peto o plancha pectoral que, junto con su complemento posterior, paso a denominarse coraza. En el siglo XIV el blindaje ya cubría todo el cuerpo, incluyendo manoplas o guanteletes, y los escarpines o zapatos, hechos también de hierro.

La armadura era ahora tan complicada que al caballero le resultaba prácticamente imposible revestirse para el combate sin ayuda y tenía que

recurrir a un escudero para armarse. Se colocaba pieza por pieza, empezando por los pies. Tras los escarpines, sujetos por cordones de cuero, se colocaban las grebas, también atadas. Venían después los quijotes, o defensas de los muslos, asegurados a un cinturón. Las rodilleras eran debidamente ajustadas en su lugar y a continuación se colocaba la coraza, que se sujetaba por el costado derecho y a través de los hombros. Seguían los guardabrazos con sus codales, junto con las hombreras. Por último se remataba el conjunto con un yelmo cerrado. Ese yelmo se colocaba sobre una caperuza redonda de cuero almohadillado, con todo su peso descansando sobre la parte más alta de la cabeza del combatiente. Posteriormente, se inventaron yelmos más complicados con visores movibles, que podían abrirse o cerrarse.

En la segunda mitad del siglo XIV se incorporó en el lado derecho del peto un gancho llamado ristre, que tenía como finalidad apoyar la lanza en el momento de la carga. El ristre servía para absorber el golpe del impacto y para soportar parte del peso de un arma larga, a la que el jinete sólo podía dedicar un brazo y una mano. Un relato de la batalla de Sempach (1386) dice que Leopoldo III ordenó a sus hombres que «enristrasen» las lanzas y ésta es la primera referencia que tenemos de este artilugio.

Las armas del caballero continuaron siendo las mismas que antaño aunque en la segunda mitad del siglo XIII se produjo un alargamiento de las espadas que se utilizaban a lomos de un caballo y un aumento también de tamaño de su empuñadura. Después del año 1300, las hojas se alargaron todavía más, de 100 cm pasaron a longitudes de 115 a 130 cm. En esta evolución aparecieron los mandobles, que requerían de ambas manos para su uso aunque quedaron reservados para combates singulares. El tamaño de espada más utilizado hasta el siglo XVI fue la espada «bastarda», llamada así porque ni era para ser manejada con dos manos ni se prestaba mucho para empuñarla con una mano sola. No obstante, la «bastarda» conservó las demás características de la espada medieval que le había precedido y solía tener una guarnición sencilla de cruz, de gavilanes rectos o curvos hacia la hoja.

Para protegerse contra el sol o la lluvia, el caballero se ponía encima de su armadura un sobretodo de paño liso, evitando así que el metal se enmoheciese con la lluvia o que se calentase excesivamente estando al sol.

En ocasiones este sobrepaño estaba adornado con los colores y el blasón del caballero. Como en la batalla ya no podían verse los rostros de los contendientes, algunos caballeros decidieron pintar diferentes divisas sobre sus escudos, a fin de que la identidad del guerrero pudiera ser reconocida en el fragor del combate. Estos dibujos heráldicos o «blasones» se convirtieron en escudo de armas de sus familias, y con el tiempo pasaron a sus herederos.

Era necesario ser un verdadero experto para conocer y reconocer los centenares de blasones exhibidos en escudos o estandartes. Se desarrolló así un lenguaje especial para describir los colores y las divisas empleadas y cómo estaban dispuestas. Su identificación se convirtió en otro de los estudios que debía hacer un escudero para poder reconocer los blasones que veía. El primer tratado europeo sobre heráldica fue *De insigmis et armis*, de Bartolo de Sassoferrato (1313-1357).

En el siglo XV la fabricación de armaduras era una artesanía especializada que nos indica el gran desarrollo de las fuerzas productivas en aquella época. Una cota de malla podía ser hecha por un mañoso herrero con paciencia y un algo de práctica, pero las piezas de la armadura que entraban en un traje de plancha únicamente podían ser fabricadas por armeros altamente especializados. A esto había que sumar que el artesano necesitaba ciertas materias primas: hierro, carbón mineral o vegetal y, además, energía hidráulica. Aunque gran parte del trabajo se efectuaba cuando el metal estaba frío, y las planchas se forjaban sobre un molde metálico o de madera, parte de la energía requerida en el forjado procedía de ruedas hidráulicas. Por lo tanto, no es de extrañar que se creasen zonas productoras donde se disponía de estos elementos y cercanas a las rutas comerciales. Augsburgo, Nuremberg, Passau y Solingen en Alemania, París en Francia y Milán en Italia adquirieron fama por la calidad de sus armas y armaduras.

Una armadura completa era, desde luego, muy cara y no a todo caballero le resultaba posible equiparse con ella. Prueba de esto es que, finalizada la batalla, una de las primeras tareas de los soldados de a pie consistía en buscar piezas de armadura como parte del botín. La nobleza solía encargarlas a la medida y para la tropa se disponía de versiones producidas en serie con diseños muy ingeniosos para adaptarlas a cualquier talla.

Encerrado en su caja de acero, el caballero gozaba de relativa libertad y, contrariamente a lo que se cree en general, podía efectuar cualquier movimiento indispensable, ya que era capaz de echarse, levantarse, sentarse, montar y desmontar sin ayuda. Pero la armadura del caballero también terminó siendo vulnerable, como los castillos y fortalezas, y lo fue por armas de tiro portátiles manejadas por villanos y burgueses mucho antes de que se generalizara el uso de la pólvora.

El declive de la caballería

La ballesta era conocida desde hacía siglos pero su uso había sido escaso y casi limitado a la caza. Era un arma que constaba de una larga pieza de madera, llamada fuste, con una culata. En la parte delantera se hallaba montado, formando ángulos rectos con el fuste, un fuerte arco compuesto al que se le denominaba verga. La cuerda del mismo, muy gruesa, era tensada inicialmente de tirón, pero a medida que los arcos se iban haciendo más y más fuertes —llegaron a ser de acero—, fue necesario primero montar un estribo metálico delante del arma, para que así pudiera ser sujetada con el pie mientras se tensaba y, finalmente, acoplarle un sistema mecánico con el que tensionar la cuerda hacia atrás por medio de ganchos pequeños unidos a unos cables que eran recogidos por un torno acoplado a la parte trasera de la culata. Así la cuerda de la ballesta era retenida hasta engancharla en una pieza pequeña y giratoria con forma de uña, llamada nuez, mientras se insertaba una flecha corta y gruesa, el virote, en una hendidura con forma de media caña que recorría todo el fuste.

Una vez cargada la ballesta, el ballestero podía apuntar el arma sin tener que soportar ninguna tensión. Se disparaba apretando un gatillo alojado en la parte inferior de la culata que hacía girar la nuez y liberaba la cuerda, que impulsaba el virote con una fuerza suficiente como para atravesar incluso las mejores armaduras de malla y así acabar con la superioridad absoluta de las clases guerreras formadas por los más ricos y poderosos.

La ballesta era un arma barata pero eficaz, de difícil manejo pero muy exacta, y el ballestero no tenía que tener la fuerza del tirador de arco. Además ofrecía la gran ventaja de quedar cargada y a punto hasta el

momento oportuno, y podía ser disparada cuerpo a tierra, siendo sus proyectiles (punta de hierro, asta de madera corta y «plumas» de cuero) más baratos y menos voluminosos que las flechas.

Las principales desventajas de la ballesta eran su peso, hasta 10 kg, su escasa utilidad si las cuerdas estaban húmedas, su ritmo lento de tiro —no más de dos flechas por minuto—, su alcance relativamente corto —no se logra puntería a más de cien metros— y la indefensión del ballestero mientras volvía a cargar su arma. Esto último fue resuelto, hasta cierto punto, haciendo acompañar a los ballesteros, siempre que era posible, por compañeros que les protegían con un gran escudo mientras recargaban. La ballesta funcionaba muy bien en la guerra de sitio, cuando el ritmo de disparos no era de primordial importancia; pero en una acción en el campo de batalla el ballestero era tremendamente vulnerable.

Sin embargo, la ballesta fue la primera arma que hizo tambalear el poderío militar basado en el orden feudal. Para los caballeros acorazados se convirtió en un peligro, no sólo para sus vidas, sino para su preeminencia social que empezaba a resquebrajarse ante los ballesteros, según ellos, una banda organizada de plebeyos, más bergantes que soldados.

Naturalmente, a la nobleza caballeresca le interesaba impedir que se extendiese el uso de esta arma. La Iglesia, aliada social de la nobleza, llegó a anatemizar su empleo. En 1139, el II Concilio de Letrán condenó a excomunión a todos aquellos que se sirvieran de la ballesta, a menos que fuera contra los infieles. La decretal XXIX del Concilio era explícita: *Deo odibilem ballistorium adversus Christianos et Catholicos exerci de coetero sub anathema prohibemus*. Esta prohibición, aunque expuesta en términos religiosos, perseguía el propósito de impedir que se alterase el orden social existente por el uso de la ballesta.

La intervención de la Iglesia al respecto tuvo eficacia sólo por poco tiempo. Ricardo Corazón de León o Felipe-Augusto admitieron a los ballesteros en su ejército y Luís IX de Francia les otorgó a la vez un estatuto legal y una soldada mayor. Pero el arma estuvo sobre todo vinculada a la nueva clase burguesa y a la defensa de sus intereses en el marco de las libertades ciudadanas, siendo muy utilizada por las milicias urbanas: por eso los italianos del norte destacaron como ballesteros. Muchos jefes mili-

tares asalariaban a ballesteros de Génova o de Pisa, que, situados en las alas de un ejército, hacían considerables estragos con los dardos de sus potentes armas.

Pero si el arma de Guillermo Tell, el héroe popular suizo, en su lucha contra la nobleza, fue la ballesta, otro héroe, en este caso del folclore inglés, Robin Hood, utilizó el arco largo para atentar contra el poder del caballero feudal. El arco largo era un arma de campesinos y bandoleros y los barones ingleses habían probado durante las revueltas populares sus terribles efectos. Por eso, en la batalla de Crecy (1346), lo volvieron contra sus enemigos exteriores diezmando a la caballería francesa con esta arma.

En el siglo XIV, los mandos ingleses habían comenzado a emplear arqueros de Gales, quienes usaban un potente arco. El *long bow* era un arco de 1’80 m de longitud, fabricado con madera de tejo o de olmo que, en el centro, tenía una anchura de unos 38 mm y un grosor de 32. Era plano en la parte exterior y redondeado en el vientre; en los extremos unas piezas de asta con una muesca servían para sujetar la cuerda, que solía ser de cáñamo envuelta en lino. Con el *long bow* se lanzaban flechas de unos 90 centímetros, de pequeña punta y guarnecidas por tres medias plumas de ganso.

El arma, tal como nos refieren las crónicas, podía atravesar una cota de malla como si fuese de tela. Era inútil que las armaduras se hubiesen hecho más gruesas y más resistentes; el «dardo de yarda de tela» (llamado así porque el *ana*, o sea la medida de una yarda de paño, tenía 31 pulgadas, y la otra sólo 27) se abría paso por cualquier abertura de la coraza, por ejemplo, la parte de la axila del guerrero, que sólo estaba cubierta por cota de malla, o la abertura de los ojos en el yelmo. A esto había que sumar que cada arquero podía lanzar seis flechas en un solo minuto o lo que es lo mismo tres flechas mientras un ballestero tensaba la cuerda de su arma.

Mucho más tarde, en 1550, cuando las armas de fuego eran cosa corriente, Eduardo VI decidió que se efectuaran pruebas de la eficacia del viejo arco y comprobó que sus saetas podían atravesar una tabla de madera dura de dos centímetros y medio de espesor. Aquellas flechas alcanzaban una trayectoria de 250 metros. Shakespeare, en su obra *Enrique IV*, menciona como un hecho notable un alcance de 280 a 290 metros. Claro

está que ese arquero había de ser un hombre alto, de fuertes brazos y buen ojo ya que se ha calculado que para tensar el arma se tenía que desarrollar una fuerza muscular de unos 50 kilos.

En su mayoría, los arqueros ingleses pertenecían al grupo social de los llamados *yeomen*, miembros de una clase intermedia entre el hidalgo y el villano y, aunque pudieran desempeñar otros oficios, por lo común se trataba de propietarios agrícolas. Por tanto, para la nobleza, el arco largo era otra arma plebeya y desleal como la ballesta, que permitía a cualquier «cobarde» a cubierto arrojar un proyectil ciego contra el valiente caballero, quien, lanza en ristre, buscaba confiadamente el combate singular con un igual a lomos de su corcel.

Con el tiempo, a estas armas hubo que sumar el cañón de mano accionado por pólvora cuyo proyectil también podía atravesar la coraza. A fines del siglo XV, el cañón de mano o arcabuz se había perfeccionado. Seguía siendo un arma incómoda, pero con su uso las tropas de infantería podían desplazarse de un lugar a otro rápidamente y lanzar andanadas de disparos allí donde fuera necesario, para desarticular una carga.

Esta panoplia, que permitía a un siervo matar al señor, puso fin al predominio de la caballería en el campo de batalla. Durante un tiempo los nobles, perfectamente conscientes del peligro y del escándalo que suponían estas innovaciones, se resistieron a ellas. Se mutilaba sistemáticamente a los tiradores y se seguía alabando las virtudes del caballero. Ariosto, Milton, Shakespeare consideraban el uso de la pólvora deshonroso y criminal. Cervantes pone en boca de Don Quijote (I, XXXVIII) una requisitoria contra las armas de fuego que permitían al «cobarde y vil» dar muerte al más bravo de los hidalgos. Pero, inexorablemente, al margen de estos ataques literarios, se estaba abriendo un nuevo ciclo en la historia de la guerra en el que la infantería volvería a cobrar importancia.

En el siglo XIII, el ejército medieval era un ejército de caballeros atendidos por numerosos sirvientes a pie a los que no se consideraba como guerreros, puesto que eran inofensivos plebeyos a quienes se podía asesinar a placer. Incluso sus propios amos los despreciaban hasta tal punto que el cronista francés Froissart relata que Felipe VI de Valois ordenó en Crecy a sus caballeros abrirse paso a través de su propia infantería a la orden de: «Ahora, matad a toda esta canalla, pues nos bloquea el camino sin razón».

Pero, ya en aquellas fechas, las contradicciones sociales más la revolución en el armamento comenzaban a propiciar un cambio radical en la forma de hacer la guerra. El sistema de reclutamiento feudal empezaba a quebrarse, aunque en principio los ejércitos del rey de Francia continuaron reclutándose de este modo incluso durante la Guerra de los Cien Años. Las obligaciones de los vasallos para con sus señores se habían hecho confusas y el sistema feudal resultaba irregular y poco digno de confianza. Por otra parte, los nuevos usos económicos estaban afectando a la nobleza, que veía retroceder sus rentas con la cada vez más abundante circulación de numerario. De ahí que muchos caballeros empezasen a descuidar sus obligaciones militares para atender de modo preferente sus haciendas.

Siegfried Helbling, poema anónimo de finales del siglo XIII, describía a los caballeros menores austriacos poniendo en su boca que los torneos no eran para ellos y que lo que realmente deseaban era aumentar la producción de leche de sus vacas. En lugar de beberse el vino que producían sus viñas, lo vendían. Si estallaba la guerra, era mejor que terminase para la época de la cosecha, porque para entonces debían estar en casa. Y lo mismo podría decirse de los nobles rurales ingleses o de otras partes.

La nueva economía urbana, con su prosperidad, estaba también comenzando a impulsar nuevas formas de lucha. Los prósperos municipios pudieron organizar milicias urbanas encargadas del servicio de policía y de la defensa de la ciudad. En los enclaves más ricos, como Flandes o el norte de Italia, esas milicias burguesas estaban comenzando a defender sus propios intereses enfrentándose a los grandes poderes nobiliares. En muchas urbes importantes hubo una burguesía aristocratizada que, imitando a los caballeros, fue a la guerra con equipo similar y algo de su espíritu marcial, pero fueron los peones de las clases populares quienes terminaron por desempeñar un papel fundamental en estos enfrentamientos.

Los acontecimientos desarrollados durante el siglo XIV confirmaron este cambio de tendencia y la primera batalla en la que se concretó de modo victorioso esa nueva forma de hacer la guerra fue la de Courtrai (1302). En su política expansionista el rey francés Felipe IV el Hermoso puso sus ojos en Flandes, rica y próspera región gracias a su industria textil. En 1300, los Valois se apoderaron de todo Flandes y encarcelaron al conde Guido de Dampierre, lo que produjo una reacción en distintas ciu-

dades de la zona, sobre todo Brujas, donde, dos años después, se hizo una degollina entre las tropas francesas ocupantes, que fue la señal para la sublevación de los flamencos. Comenzada la guerra, los sublevados se propusieron defender la ciudad de Courtrai. Las milicias municipales flamencas se situaron en una meseta que dominaba la llanura de un río y cavaron trampas de agua, las «loberas», frente a sus líneas, mientras que el ejército francés, muy superior en número, se disponía a aniquilar a tan vil adversario con gran rapidez.

La mañana del 11 de julio de 1302, los flamencos formaron un arco de circunferencia detrás del río. El enfrentamiento se inició con una descarga de los ballesteros franceses que hizo retroceder a los flamencos, cosa que los hombres de a pie aprovecharon para preparar el asalto. Pero el francés Roberto de Artois, fiel al principio de la caballería según el cual «cien jinetes valen más que mil infantes», lanzó su caballería a la carga. Las mesnadas de caballeros no tardaron en quedar bloqueadas en las «loberas» flamencas, donde los jinetes fueron derribados y luego aniquilados. Para los franceses la derrota fue total. Los flamencos recogieron los estandartes y las espuelas de los franceses muertos y con ellas cubrieron paredes enteras de la iglesia de Groninga. La «Batalla de las Espuelas de Oro», como fue denominada, había terminado y por primera vez en los campos de batalla europeos un ejército de plebeyos había acabado con los orgullosos caballeros.

Un segundo descalabro de la caballería, comparable al de Courtrai, fue la victoria de los lanceros confederados suizos sobre sus dominadores austriacos. En este sector montañoso, hasta entonces aislado del resto de Europa, se confirmó la inversión de los valores militares que se estaba produciendo. Un pequeño pueblo, el suizo, logró lentamente su independencia a base de asombrosas victorias basadas en el uso de las tropas de a pie. Los tres cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden se habían federado en 1291 contra el dominio señorial austriaco. Estos montañeses rudos, armados con alabardas, arcos y ballestas, infligieron a la caballería austriaca una contundente derrota en el desfiladero de Morgarten (15 de noviembre de 1315) en el que, haciendo tabla rasa de toda concepción caballeresca de la guerra, prepararon una gran emboscada en la que cayó el ejército del duque Leopoldo.

En 1339, en Laupen, se repitió la hazaña y gracias a la utilización adecuada de la infantería las milicias de Berna y de los cantones federales agrupadas en una columna profunda erizada de alabardas, volvieron a desarticular las cargas repetidas de la aristocracia feudal del Jura y del cantón de Vaud. Los campesinos suizos capturaron 27 estandartes feudales y 70 empenachados yelmos.

La confirmación del giro que se estaba produciendo vino dada cuando la propia monarquía feudal inglesa asimiló la nueva estrategia en la batalla de Crecy (1346) y para derrotar a la caballería francesa utilizó fundamentalmente a sus arqueros. No obstante, la definitiva rehabilitación del infante se confirmó en el escenario suizo, cuando en 1386 el duque de Austria dirigió una nueva expedición con los contingentes feudales de Suabia y del Tirol contra las fuerzas de los cuatro cantones en la batalla de Sempach (1386).

En este encuentro, el duque Leopoldo adoptó una medida poco frecuente e hizo desmontar a sus caballeros para atacar a las falanges suizas. El noble supuso que si sus hombres combatían a pie, forzosamente despedazarían con su equipo más pesado a los mal armados campesinos. Pero el peso de sus armaduras agotó a los austriacos antes de que trabaran siquiera combate. Los caballeros se encontraron pronto en situación de inferioridad frente a una infantería ligeramente equipada y con más facilidad de maniobra. El experimento de luchar a pie los caballeros, sin el adecuado apoyo de otras unidades de infantería ligera, resultó en esta ocasión un auténtico desastre.

Aquí nació esa terrible infantería suiza que iba a reinar en los campos de batalla del siglo XV. Habiendo hecho su aparición en la Historia poco después del brillo fugitivo de las milicias comunales flamencas, los infantes suizos confirmaban sus cualidades de organización y de táctica en el declinar de la caballería señorial.

En Laupen, los suizos todavía utilizaron la alabarda, un hierro de lanza y un gancho destinado a desmontar de su silla a los jinetes. Pero la alabarda no tenía más que dos metros y medio de longitud y era demasiado corta contra una carga de caballeros armados de lanzas, ya que éstas penetraban fácilmente en las filas de los alabarderos. Era necesario detener

a los caballos a distancia; y éste fue el origen de la pica suiza de cinco metros y medio, un asta de fresno con una punta de acero de 25 centímetros de longitud que, sostenida horizontalmente a la altura del hombro, frenaba las cargas de la caballería.

En batalla, los suizos presentaban un frente erizado e impenetrable al proyectarse juntas las picas de las cuatro primeras filas, como siglos antes hacían las falanges macedónicas. Dicho seto de púas era igualmente eficaz formando un muro defensivo que en un avance en masa. También su ligera armadura permitía a los piqueros suizos una gran movilidad y, generalmente, eran ellos quienes tomaban la ofensiva. Marchaban en brigadas en orden de combate y fueron las primeras tropas modernas en marcar el paso al compás de la música.

En este lento declinar de la caballería feudal la composición de los ejércitos fue cambiando. En todas partes se dependía cada vez más de los mercenarios. En Inglaterra, el rey aceptó con gusto que sus vasallos sustituyesen su servicio feudal por el pago de un impuesto llamado *scutage*. Con estos fondos podía alquilar aventureros mercenarios con sus respectivas tropas. La oferta era abundante en el mercado internacional porque la guerra —en su forma habitual de saqueo sistemático— seguía siendo la industria más rentable. La pequeña nobleza alemana, sin recursos, del otro lado del Rin, los aventureros de Cataluña e Italia, los hijos menores sin tierra, los prófugos del régimen de servidumbre se ofrecían como soldados de fortuna a los capitanes. Así, el siglo XIV vio nacer a verdaderos empresarios de la guerra. Eran profesionales expertos y adiestrados, habituados a trabajar juntos. Servían al amo que les pagaba durante todo el tiempo que se les pidiese aunque, en ocasiones, podían convertirse en un gran problema cuando llegaba la paz, ya que estos ejércitos privados podían transformarse en cuadrillas de bandidos que vivían a costa de los campesinos.

Mercenarios y soldados de fortuna existían ya en la Antigüedad, pero no se puede calificar como tal a un combatiente por el simple hecho de que reciba, en una u otra forma, una soldada. Podríamos definir el perfil social del mercenario como el de un soldado profesional cuya conducta resulta, principalmente, no de su vinculación a una comunidad política sino del afán de lucro derivado de su oficio. Como decían de los mercenarios suizos en la Edad Moderna: *Point d'argent, point de Suisse* (Si no hay dinero, no

hay suizo) por la actitud inflexible que ante los salarios mostraban estos soldados en el ajuste con sus patronos. En resumen, el mercenario para ser considerado como tal debe reunir la triple condición de especialista, apátrida y estipendiado.

Varias son las causas que pueden explicar el recurso a la utilización de mercenarios por parte de los Estados. La primera es de orden puramente militar: la especialización en el manejo de un tipo de armas o en una forma de lucha, o simplemente su valor y experiencia podían otorgar reputación a un grupo de combatientes para ser considerados por el contratante como útiles a sus planes. Pero tampoco conviene olvidar otra parte de la cuestión: utilizar mercenarios supone que los contratantes dispongan de recursos económicos para valerse de sus servicios. La Baja Edad Media, gracias al desarrollo económico, posibilitó su renacimiento.

La aparición y andanzas de la Compañía Catalana de Roger de Flor sugieren que el resurgimiento del mercenariado como fenómeno histórico de primera magnitud en ese período sólo puede explicarse tanto por el juego de las estructuras políticas como por el trasfondo económico y social. Los almogávares de Roger de Flor habían servido como tropas mercenarias para la corona de Aragón. Cuando Federico II de Sicilia quiso deshacerse de ellos, el antiguo templario Roger de Flor formó la Compañía Catalana para prestar servicios al emperador de Bizancio en su lucha contra los turcos. A lo largo de buena parte del siglo XIV estas tropas cosecharon numerosas victorias, algunas de ellas sobre sus empleadores, lo que posibilitó que la Corona aragonesa controlara durante un tiempo, y a través de estas tropas, los ducados de Atenas y Neopatria.

Pero fue en la Italia de los siglos XIV y XV donde este tipo de combatientes alcanzó su forma más acabada. La acusada fragmentación política de Italia y las constantes querellas de vecindad imposibilitaron que ningún poder peninsular pudiera imponerse netamente sobre el resto, perpetuándose así un elevado nivel de conflictividad entre pequeños Estados que libraban guerras limitadas. La mayoría de los reinos de Europa tenían ya por entonces a su cabeza príncipes cuyos recursos militares sobrepasaban, con mucho, los que pudiera ofrecer un aventurero mercenario, pero no ocurría lo mismo con los pequeños Estados italianos.

Las repúblicas del norte de la península se servían, en un principio, de sus propios ejércitos de ciudadanos pero, a mediados del siglo XIII, mercenarios franceses, alemanes e italianos de otras regiones ya eran llamados con frecuencia en demanda de ayuda. No obstante, lo más importante para explicarnos este fenómeno era el enorme desarrollo económico alcanzado por muchos de estos pequeños Estados gracias a actividades basadas en el comercio a larga distancia, la industria de paños y la banca. Florencia, Milán o Venecia, tan avanzadas en el plano económico, encontraban absolutamente inadecuado el modelo de milicia civil. Para ellas era más sencillo —en comparación con ciertas regiones de Europa— encontrar dinero que hombres preparados para el combate, por eso optaron por delegar sus obligaciones militares en manos de especialistas.

Por otra parte, las nuevas armas y tácticas de lucha permitían que un número relativamente reducido de hombres entrenados y convenientemente armados pudieran vencer tanto a una mesnada de caballeros como a una multitud de patriotas inexpertos. Por eso resultaba más rentable alquilar en bloque los servicios de un ejército mercenario, a un precio fijado de antemano, para acometer una determinada empresa. Parece lógico que en la cuna del capitalismo incipiente naciera esta forma meramente mercantil de hacer la guerra y apareciera allí la figura del «condotiero».

Es el carácter exclusivamente profesional y comercial lo que constituye la nota dominante de los condotieros y del mercenariado italiano, y la denominación que recibieron estos jefes militares lo evidencia. La palabra *condotta*, de la que deriva condotiero, designaba el contrato realizado entre un capitán independiente y el gobierno —cualquiera que fuera— que alquilaba sus servicios. Dichos *condotta* eran acuerdos precisos, con cláusulas que fijaban los términos de las prestaciones militares y de los emolumentos a percibir. Podían referirse a un período de tiempo breve o largo. Podía estipularse una campaña ofensiva o bien una misión meramente pasiva, en cuyo caso la paga era menor. Podían ser únicamente negativos: el condotiero convenía, por razones particulares, no combatir durante un cierto tiempo contra los que le ofrecían dinero, cualesquiera fueran los gobiernos a los que sirviera en aquellos momentos.

Otras cláusulas concertaban los efectivos, el tipo y el equipo de tropas que el condotiero estaba obligado a proporcionar. En el caso de que otros

jefes de partida fueran incluidos en la misma campaña, había que precisar si les correspondía el grado de comandante supremo o bien se sometían a las órdenes de su colega. Sus derechos complementarios —como por ejemplo su parte de botín y de rescate— se establecían en riguroso secreto. En realidad, la *condotta* era un contrato personalizado y variable y comportaba todo un entramado de opciones, obligaciones, fechas de pago, derechos y responsabilidades.

Fue precisamente la naturaleza puramente profesional y mercantil de este tipo de soldados la que posibilitó las formas de lucha que desarrollaron. El condotiero en muchas ocasiones se enfrentaba con un colega que mañana podía ser su aliado. Esta circunstancia fomentaba una camaradería corporativa que se trasladaba, aun sin querer, al campo de batalla, lo que daba como resultado, en muchos casos, limitar el derramamiento de sangre. El mercenario tratará siempre de ganarse la vida sin buscar una muerte heroica por eso la rendición no tenía nada de humillante. De igual modo, en caso de victoria, lo que se trataba era de hacer prisioneros de rango para pedir rescate y no de masacrar fugitivos que podían vender caras sus vidas si se sentían acorralados.

Por tanto, la eficacia de este tipo de tropas radicaba fundamentalmente en una profesionalidad y veteranía de la que el enemigo podía carecer aunque, también, en el caso de los condotieros italianos, sus guerras se podían convertir en una mera opereta. En la batalla de Zagonara, en 1423, dos considerables fuerzas de jinetes mercenarios pugnaron todo el día resultando muertos, Ludovico degli Obizi y dos de su gente, por haber caído de sus corceles en un cenagal.

Sin embargo, en la Edad Moderna los mercenarios suizos se dejaban matar por la soldada, como demostraron en más de una ocasión. Eran muy apreciados por ser una fuerza de combate especialmente efectiva, y todavía perviven como mercenarios en la guardia papal. También alcanzaron reputación los lansquenetes alemanes, que eran contratados por todas las potencias en Europa y luchaban frecuentemente en bandos opuestos.

La profesionalización de los ejércitos se inició con la creciente dependencia respecto a los mercenarios, y la evolución económica hizo aún más necesaria la especialización en el curso del siglo siguiente. La crisis finan-

ciera y económica de la Guerra de los Cien Años había reducido fuertemente la renta del caballero pequeño y medio y, pronto, para vivir según su clase estos hombres tuvieron que volver a un lejano pasado, ya olvidado, y alquilar sus servicios como guerreros ahora por un salario.

Allí donde la monarquía se afirmaba vemos aparecer las grandes líneas de un ejército permanente, y en esto Francia llevó ventaja. En 1448, Carlos VII sustituyó las milicias municipales por 32 compañías de «franco-arqueros» (de 500 hombres cada una), formados mediante bando por las parroquias, a razón de un hombre por cada 50 hogares. Algunos cuerpos de mercenarios, arqueros genoveses y escoceses primero, luego suizos completaron estos efectivos en los que la infantería era numéricamente preponderante. Los «franco-arqueros» siguieron siendo una milicia popular poco segura, y fueron licenciados por Luís XI (1423-1483) que los reemplazó por una tasa parroquial destinada a pagar 10.000 arqueros o lanceros mercenarios, divididos en compañías o «enseñas» de 500 hombres.

En los Estados de los duques de Borgoña también se buscó la estabilidad y permanencia del combatiente. Las tropas estaban pagadas desde su entrada en campaña y las parroquias proporcionaban un infante equipado por cada 15 hogares, aproximadamente. Pero todavía no tenemos sino el embrión de los ejércitos permanentes de época posterior.

El número de los efectivos tampoco fue muy elevado. Como simple estimación, se puede decir que a mediados del siglo XIII, en Tierra Santa, a orillas del Báltico, en Castilla y en Portugal, las órdenes militares en conjunto podían poner en campaña entre 5.000 y 10.000 combatientes, de los cuales 1.500 combatían a caballo. En Inglaterra, un censo de 1339 nos da un total de 1.400 caballeros, 5.600 personas de a pie y otros tantos arqueros, lo que parece un número muy elevado, sobre todo si tenemos en cuenta que a estos efectivos se deberían sumar los contingentes proporcionados por los territorios franceses bajo soberanía inglesa.

Poniendo las cosas en su justo medio, los ejércitos movilizados raramente sobrepasaron los 10.000 hombres. Durante el último cuarto del siglo XV, la monarquía francesa mantuvo, por término medio, unos efectivos permanentes de 20.000 a 25.000 hombres, lo que equivale, calculando una población de unos 10 millones de personas, aproximadamente a un 1% de los varones adultos entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años.

Todos estos cambios debemos dimensionarlos correctamente. No se puede concluir que se produjera una quiebra generalizada de la clase caballeresca en el sentido más amplio por la simple desintegración del *auxilium feudal*, ya que la caballería pesada de los ejércitos siguió estando compuesta por esta clase social. No obstante, el retroceso experimentado por el caballero en el campo de batalla fue evidente y se tradujo en otros órdenes, como el de su consideración y prestigio en el seno de la sociedad.

El estamento militar siguió gozando de ciertos privilegios. Incluso en las ciudades italianas, los litigios entre caballeros o sus familias eran juzgados por tribunales formados por miembros de su clase, y a cambio del mantenimiento de armaduras y caballos quedaban exentos de ciertos impuestos. Pero, como los privilegios de los caballeros estaban justificados sobre la base de su especial servicio de armas, podían perder su posición si descuidaban su profesión. Las ordenanzas de la ciudad de Fréjus de 1235 establecían que si un caballero empleaba la mayor parte de su tiempo arando, cavando, acarreando leña o estiércol, o haciendo cualquier otro trabajo agrícola, no disfrutaría de los privilegios de caballero (Mundy, 1980: 242).

Los panegiristas y poetas defensores del viejo orden feudal también siguieron glosando y enalteciendo la figura del caballero, e incorporaron nuevos tópicos influidos por la cultura del momento. Jorge Manrique (1440-1479) en las *Coplas a la muerte de su padre* recrea la figura del viejo caballero vinculándola a la «vida de la fama». Esta «vida» en el recuerdo le permitía al caballero seguir «viviendo» tras su muerte en la memoria de todos gracias a sus gestas. El argumento, más filosófico que militar, se repite en la pluma de otros apologistas.

Pero no todos compartían estas alabanzas. Con el nacimiento de las universidades, al calor del desarrollo urbano, aparecen voces críticas en el ámbito de la cultura que se alzan frente a la pretendida preeminencia del caballero, volviendo a renacer así la vieja pugna entre «escribas» y «guerreros». En un tratado moral del siglo XIII se recrea esta diatriba y el letrado le contesta al soldado con el que polemiza que la guerra no es un mero «ejercicio» ya que, a veces, ha de emprenderse solamente porque es una clara necesidad pública. Y añade orgulloso de su condición: «Yo preferiría alcanzar mérito en la sabiduría (*scientia*) que alcanzarlo en las armas»

(Mundy, 1980: 239), repitiendo así un argumento que tendrá amplio eco a lo largo de siglos.

En realidad, los profesores y juristas de la *militia litterata* o *togata* no se sentían satisfechos igualándose con la *militia armata*, sino que se consideraban por encima de ella. Bartolo de Sassoferrato, que escribió en 1355, decía: «Los abogados militan en las leyes como los soldados en las armas, y… son más necesarios para la república que los soldados» (Mundy, 1980: 248).

No sólo eran los clérigos o los juristas quienes ponían en duda las virtudes de la clase militar. También lo hacían los buenos burgueses, a los que les ofendía el orgullo de los caballeros y sus correrías. Por ese motivo, allí donde la burguesía tenía más peso como en las ciudades italianas, comenzó a producirse un lento desplazamiento de la clase caballeresca en la jerarquía social. En Bolonia, un estatuto de 1301 establecía que las procesiones formales habían de ser presididas por el podesta, capitán del pueblo, y otros funcionarios electos de entre las familias más ricas de la ciudad, seguidos inmediatamente por los jueces y doctores, tras los cuales continuarían los caballeros y las gentes comunes.

En el campo de la teoría de la guerra no se produjeron durante este período aportaciones significativas aunque comenzó a aparecer una literatura culta sobre el tema, que consistió principalmente en la copia y traducción de la obra de Vegecio. En el *Pulcher tractatus materie belli*, de finales del siglo XIII, puede verse una primera adaptación de este antiguo texto para un tipo específico de guerra: la guerra de las repúblicas urbanas italianas.

Durante el siglo XIV verán también la luz algunos tratados didácticos consagrados a la guerra, a la disciplina militar y a la organización de los ejércitos. Se pueden citar, como ejemplos, el tratado que hacia 1327 publicó Teodoro Paleólogo (1291-1338), segundo hijo del emperador bizantino Andrónico II, escrito originariamente en griego y más tarde traducido al latín y al francés, con el título de *Enseignements et ordenances pour un seigneur qui a guerres et grans gouvernemens a faire*.

El *Guión de las Guerras*, escrito durante el reinado de Carlos IV (1294-1328), en el período más turbulento de la Guerra de los Cien Años, es sólo un corto discurso sobre las cualidades requeridas por el caballero, con

algunos preceptos elementales de táctica feudal. La figura del caballero también era la protagonista de *Le livre des fais d'armes et de la chevalerie*, escrito por Christine de Pizan en 1410. *El Rosal de las Guerras*, redactado antes de Carlos VIII (1470-1498), encierra algunos preceptos didácticos siempre centrados en la caballería, mientras que *El Árbol de las Batallas* enuncia más bien puntos de vista sobre los conflictos armados pero formulados desde el Derecho, y está inspirado en gran medida en la obra del jurista italiano Juan de Legnano

De mediados del siglo XV data el *Jouvencel* que Jean de Bueil (1406-1477) escribió o mandó escribir hacia 1460-1470 y en el que resumía su larga experiencia militar. Bueil fue uno de los compañeros de Juana de Arco y había participado con ella en la campaña de 1429 que culminó con el exitoso asedio de Orleans. En su carrera militar, llegó a tener el cargo de Almirante de Francia y Gran Maestro de los Ballesteros del Reino, pero cayó en desgracia con la llegada al poder de Luis XI. Podríamos decir que su libro es un tratado de táctica novelado que condensa, en páginas a menudo pintorescas, las aventuras vividas por este personaje. Aunque la obra es un elogio al «muy noble y muy excelente estado de la caballería» al que pertenecía el autor, no puede ocultar en ella que las cosas están cambiando en el campo de batalla y que «cada día más, crecen los artefactos de los hombres y se renuevan las maneras de obrar», así la forma de hacer la guerra es ahora «artificiosa y sutil» (Wanty, 1972, T. I, 88).

A pesar de esta fugaz y leve constatación de las transformaciones que en la manera de combatir se estaban operando, pocas de estas obras aportan algo nuevo y en ninguna de ellas encontramos una seria reflexión sobre esos profundos cambios. En el otoño de la Edad Media, la teoría de la guerra seguía mirando al pasado.

La batalla: Crécy

La llamada Guerra de los Cien Años duró en realidad ciento dieciséis (1337-1453) y se trató de una serie de intermitentes contiendas entre el reino de Francia e Inglaterra. El pretexto que movió a tan largo conflicto tuvo su origen en 1328, cuando falleció sin sucesión directa Carlos IV Capeto. Eduardo III Plantagenet, rey de Inglaterra, poseía plenos derechos sucesorios al trono de Francia pero, al ser aplicada la ley sálica que niega la herencia de la corona por linaje femenino, el trono fue ocupado por Felipe VI, hijo de un hermano de Carlos IV, con el que se inauguró en el país galo la dinastía Valois.

Como trasfondo podemos apuntar que ambos monarcas perseguían unificar sus reinos y consolidar su poder dinástico. Así mismo, la corona francesa deseaba controlar los territorios que los ingleses poseían en el norte de Francia y el rico e industrializado condado de Flandes, cuyos telares se proveían, casi exclusivamente, de lana inglesa. Esta última circunstancia había motivado una estrecha vinculación de la corona inglesa con la burguesía flamenca. Sin embargo, el conde de Flandes y su nobleza buscaban el apoyo de Francia frente a las pretensiones políticas de los pañeros flamencos. En 1337, Eduardo III de Inglaterra aceptó de Jacobo Artevelde, líder de los burgueses de Flandes, la invitación para desembarcar en ese condado con el fin de apoyar sus reivindicaciones, al tiempo que reclamaba de Felipe VI de Valois el trono francés.

En esa colisión de intereses, ambas naciones, para poder triunfar, necesitaban controlar la navegación del canal de la Mancha. La victoria naval de La Esclusa (noviembre de 1340) sobre los franceses dio al reino de Inglaterra el temporal dominio del estrecho. Entretanto, la guerra en Francia se desarrollaba con periódicas razias o *chevauchées* en las zonas de Gascuña y del norte, interrumpidas por treguas, como la de Esplechin, en 1340, y la de Malestroit, en 1343. No obstante, las hostilidades alcanzaron su máxima intensidad en 1346, con una serie de asedios y contraasedios en la región de Aquitania.

Eduardo III, consciente de que para acabar con el francés debía emprender una ofensiva en toda regla, obtuvo fondos suficientes del Parlamento y con ellos pudo preparar un ejército en el que más de la mitad

de sus componentes eran arqueros, tropas en las que el rey confiaba plenamente. El monarca inglés, por decreto real, había obligado a sus súbditos, bajo pena de prisión, a ejercitarse en el manejo del arco largo. En beneficio de esa práctica, que se desarrollaba al finalizar la misa del domingo, había prohibidó otras distracciones como el frontón, el balompié o el hockey. Por eso, cuando en 1346 Eduardo preparó su fuerza de invasión, disponía de millares de expertos arqueros que se iban a integrar en su ejército.

El ejército de Eduardo, cuando pasó revista en Portsmouth, sumaba un total aproximado de unos 10.000 hombres pagados por su rey. Simultáneamente a los preparativos militares, el inglés inició una campaña de propaganda contra los franceses en el curso de la cual denunció a Felipe por querer prohibir la lengua inglesa en la Normandía, fiando a los frailes predicadores la propalación desde el púlpito de semejante infundio. Además, Eduardo rechazó toda intervención por parte del Papa Clemente VI en favor de la paz. Tampoco Felipe perdía el tiempo en la lucha diplomática y escribió al rey David de Escocia, tradicional enemiga de Inglaterra, instándole a atacar a su poderosa vecina.

El 11 de julio de 1346, una vez todo estuvo dispuesto, la expedición inglesa se hizo a la mar y, según las crónicas, en la travesía del Canal, un refugiado normando convenció a Eduardo para desembarcar en Normandía. Así, al día siguiente, la flota arribó St. Vaast-la-Hogue, en la península de Cotentin, en la que los ingleses tardaron seis largas jornadas en el desembarco de su ejército. Al frente del cuerpo expedicionario, Eduardo III inició su marcha sobre París no sin antes armar caballero en la iglesia de Quettehou a su primogénito Eduardo de Woodstock, príncipe de Gales, que hacía sólo dos meses había cumplido los diecisiete años y que pasaría a la historia con el legendario nombre de Príncipe Negro.

El 18 de julio, Eduardo se dirigió hacia Valognes. Los barcos enemigos y las instalaciones enclavadas a lo largo de la costa fueron sistemáticamente destruidos, llegando con su ejército a Caen el 26 de julio. La ciudad, que carecía de murallas, fue saqueada a conciencia. Según el cronista Froissart durante tres días los ingleses fueron dueños de esa villa, mataron más de mil ciudadanos y se hicieron con un enorme botín en paños, joyas, oro y plata. También capturaron a 60 caballeros y a 300 burgueses, con el fin de obtener buenos rescates. Eduardo ordenó entonces que los

heridos y la captura fueran embarcados en la escuadra, fondeada en la boca del Orne, sin saber que, entretanto, parte de las tripulaciones se habían amotinado, poniendo proa a Inglaterra. Esto planteaba un problema ya que el inglés no tenía a sus espaldas comunicaciones seguras y al mismo tiempo, un gran ejército francés se aproximaba desde el Sur. No le quedaba a Eduardo otra solución que dirigirse al Este para establecer contacto con sus aliados flamencos.

Tomada esta decisión, condujo rápidamente a su ejército Sena arriba, hasta encontrar un punto por donde cruzar el río, cosa que hizo en Poissy, cerca de París el 16 de agosto. Mientras tanto nada había hecho Felipe para tratar de impedírselo, e incluso, ante la consternación de los habitantes de París, el ejército francés se retiró a Saint Denis. Eduardo se dirigió entonces hacia el Somme a toda velocidad alcanzando Abbeville el 22 de agosto, donde sus exploradores le notificaron que todos los puentes y vados más arriba de esa ciudad estaban inutilizados o defendidos. Pero Felipe ya estaba en Amiens.

El día 23 la retaguardia inglesa dejó la localidad de Airaines solamente dos horas antes de que llegaran los primeros franceses. Ante esta circunstancia, la situación de Eduardo se había vuelto muy comprometida ya que tenía que cruzar el Somme y era preciso encontrar un vado. El 23 de agosto ofreció una cuantiosa recompensa a quien le señalara un paso practicable. Un lugareño guió a los ingleses en el curso de la noche hasta Blanche-Taque, sobre el Somme, a quince kilómetros por debajo de Abbeville, por donde se podía atravesar el río con la marea baja. Como Felipe seguía ahora de cerca a su adversario, no había un momento que perder y Eduardo partió a medianoche, llegando al vado a primeras horas del día 24 de agosto. Tuvo que esperar a que la marea descendiera y, bajo la protección de sus arqueros, atravesó la corriente llevando al otro lado a todo su ejército. Mientras, Felipe decidió regresar a Abbeville para cruzar el Somme por su puente.

Eduardo, ya en la otra orilla, unos 16 km al norte, encontró una posición defensiva perfecta para el empleo concentrado de sus arqueros en Crécy-en-Ponthieu, y fue allí donde decidió entablar la batalla ya que Flandes se hallaba solamente a tres días de marcha al Norte y no había ningún obstáculo natural que bloquease la retirada si las cosas no iban bien.

El 25 de agosto, el ejército inglés descansó en el lindero del bosque de Crécy y a la mañana siguiente tomó posiciones sobre el terreno.

Eduardo III eligió una fuerte posición defensiva desplegando a sus hombres a lo largo de dos kilómetros en una colina orientada en dirección suroeste-nordeste entre los pueblos de Crécy y Wadicourt. Detrás de la colina estaba el bosque de Crécy Grange; delante, un terreno que descendía en una suave pendiente despejada. Un arroyo llamado Maye iba de Este a Oeste, pasando por Crécy. La derecha inglesa estaba bien protegida en el flanco por el pueblo y el arroyo y aunque la izquierda era mucho más débil, no importaba puesto que los franceses tenían que avanzar a lo largo del camino Abbeville-Hesdin por la derecha. En un cercado próximo al bosque los ingleses establecieron un parque donde dejaron los caballos, junto con el bagaje.

Por regla general, Eduardo disponía a sus caballeros en tres «batallas» o divisiones, como se las denominaba en la época, pero hacía descabalgar a dos de ellas, formándolas en falange, tanto para rechazar los ataques de la caballería enemiga como para proteger a sus propios arqueros; la tercera «batalla» permanecía a retaguardia, montada o dispuesta a montar y mantenida en reserva.

Los arqueros formaban en los flancos de las dos primeras «batallas» en posición oblicua. Las dos filas centrales de arqueros quedaban unidas por el vértice y las exteriores se apoyaban, a ser posible, en algún obstáculo, como un bosque, un arroyo o un poblado, a fin de protegerse. Así mismo los arqueros excavaban casi siempre trampas colocando frente a ellos estacas reforzadas con hierro y hundidas en el suelo.

El ejército de Eduardo fue dispuesto del modo acostumbrado. La «batalla» de la derecha, es decir, la más próxima a Crécy se hallaba bajo el mando nominal del Príncipe de Gales, pero sus verdaderos jefes eran el conde Marshal y los de Oxford y Harcourt. La división de la izquierda iba mandada por Northampton, el Condestable y el conde de Arundel, y se hallaba desplegada al sur de Wadicourt. La división de retaguardia estaba bajo el mando de Eduardo, que estableció su cuartel general en un molino de viento, junto al extremo de una altura, por la parte de Crécy. Los arqueros fueron colocados en los flancos de cada división de vanguardia, for-

mando los destacamentos exteriores ángulos cuyos extremos se apoyaron en los pueblos de Crécy y de Wadicourt, mientras los interiores cubrían el intervalo entre las dos divisiones formando una V cuyo vértice señalaba hacia el Este. En total unos 8.500 hombres. El puesto de mando era el molino de viento, en el punto más alto de la elevación, a unos 630 metros de Crécy. Desde allí, Eduardo dominaba toda la línea inglesa así como la presunta ruta de aproximación de los franceses a lo largo de la carretera desde Abbeville.

Una vez terminado el despliegue, Eduardo —sin casco ni armadura y vestido de terciopelo verde— acompañado por sus mariscales, cabalgó al paso por delante de sus hombres, arengándolos. Hacia mediodía no había señal del enemigo por lo que se dio permiso a la tropa para romper filas y comer. Una vez terminado el rancho, formaron de nuevo en orden de batalla, sentados en el suelo con los cascos y arcos ante ellos de modo que el enemigo los encontrara descansados cuando se aproximara. A la hora de vísperas, a eso de las cuatro y media, cayó un repentino chaparrón y los arqueros se apresuraron a cubrir las cuerdas de sus arcos. Pero todavía no había señal de los franceses.

Entretanto, Felipe había reunido a su ejército en Abbeville. Las huestes feudales del francés estaban mandadas por una abigarrada galaxia de príncipes y nobles. Con él formaban el casi ciego rey Juan de Bohemia y su hijo Carlos, rey de los romanos; Jaime III de Mallorca; Luis de Flandes; Juan de Hainault; Rodolfo, duque de Lorena, y casi todos los caballeros de Francia. Nunca hasta entonces, en todo el curso de la Edad Media, se había visto a tanta nobleza reunida en un campo de batalla. Según el historiador Ferdinand Lot, los guerreros franceses sumaban 8.000, apoyados por 4.000 infantes que incluían un cuerpo de arqueros genoveses, al mando de Odone Doria y de Carlo Grimaldi. Los combatientes franceses iban también agrupados en tres «batallas» o divisiones; la primera, mandada por el rey de Bohemia y los condes de Alençon y de Flandes; la segunda, por el duque de Lorena y el conde de Blois, y la tercera, por el propio Felipe y el rey de los romanos.

Conocemos bien el desarrollo de la batalla gracias a distintas crónicas y relatos escritos por ambos bandos. No obstante, es el cronista francés Froissart el que tradicionalmente ha servido de base para la reconstrucción

de los acontecimientos. El clérigo Jean Froissart (aprox. 1337-1404?) fue uno de los más importantes cronistas de la Francia medieval y una de las fuentes principales para la primera mitad de la Guerra de los Cien Años.

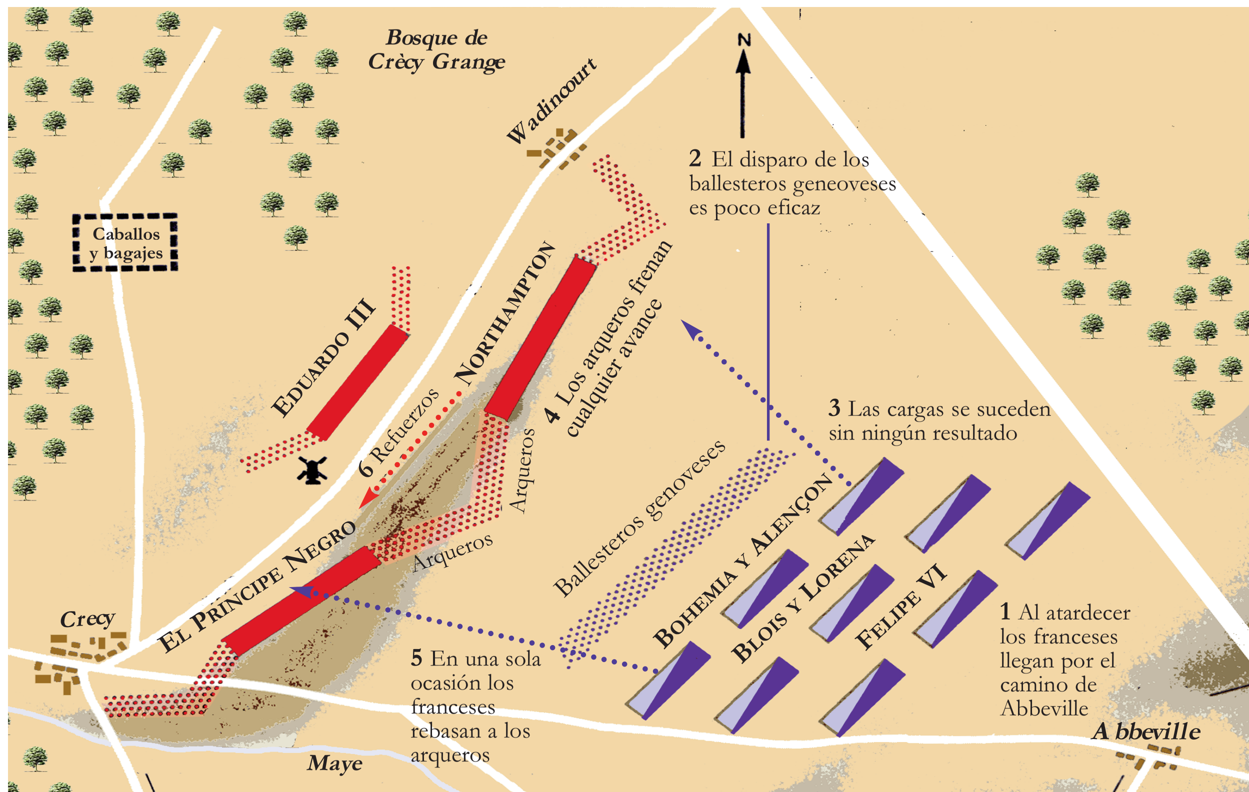
Por Froissart sabemos que en la mañana del día 26, el monarca francés estaba desorientado por su servicio de información y había supuesto que los ingleses se hallaban más cerca del Somme. Solo después que cesara la lluvia, empezaron a marchar los franceses desde la dirección de Abbeville hacia la corriente del Maye. Finalmente, mediada la tarde, un vigía apostado en el molino de viento anunció el avance de los franceses. Sonaron las trompetas y los soldados ingleses ocuparon rápidamente sus puestos. La confusión reinaba en las filas galas que llegaban por el camino de Abbeville. Felipe VI pensaba vivaquear a la vista del enemigo y no librar la batalla hasta el día siguiente, por considerar que era demasiado tarde y sus huestes estaban cansadas; pero el ímpetu de los caballeros franceses, creyéndose invencibles, era tal que el propio Felipe fue incapaz de detenerlos. Impacientes por luchar, se lanzaron hacia Crécy a la carga y en el más completo desorden.

El rey de Francia intentó improvisar un plan coherente de batalla y mandó avanzar a los mercenarios genoveses armados con sus voluminosas ballestas. La batalla, pues, comenzó con una lluvia de dardos disparados por los italianos a unos 150 metros de la línea inglesa, pero como las cuerdas de sus ballestas se habían distendido por el agua de la lluvia, las flechas apenas alcanzaron los pies de los arqueros.

A los franceses les daba en los ojos el bajo sol de la tarde, una tremenda desventaja en el combate. Cuando los genoveses se pusieron a tiro del arco largo, lo cual sucedió antes de que pudieran tocar a su enemigo, los ingleses lanzaron la primera andanada de flechas. En el primer minuto, genoveses y franceses recibieron una lluvia de más de 100.000 dardos. Froissart dice en su crónica que el cielo se oscureció y parecía que granizaba.

El mayor alcance y la mayor cadencia de tiro del arco largo no tardaron en hacer efecto. Escasos minutos bastaron para sembrar la confusión entre los genoveses, que comenzaron a huir desordenadamente. Los arqueros ingleses continuaron disparando, y pronto sus flechas cayeron entre los

BATALLA DE CRECY (1346)



primeros jinetes franceses, cuyos caballos retrocedieron, introduciendo aún mayor desorden entre los genoveses en fuga, muchos de los cuales fueron pisoteados por aquéllos.

Sin tener en cuenta lo que estaba sucediendo y compitiendo entre sí en su afán por alcanzar la vanguardia enemiga, los caballeros franceses se abrieron camino entre los fugitivos italianos, a los que abatían con sus espadas sin tener en cuenta que eran sus propias tropas. Probablemente, ni un solo hombre de la primera división francesa llegó jamás a tener a los ingleses al alcance de su brazo. Pero ya la siguiente oleada de su caballería cargaba a través de la carnicería que se estaba producido entre los de delante.

La continuación de la batalla no fue más que una sucesión de cargas suicidas realizadas por los hombres de armas franceses. Los ingleses calcularon después que, desde el principio hasta el fin, habían rechazado quince ataques sucesivos. Solamente en una ocasión los franceses debieron rebasar a los arqueros britanos, cargando contra las divisiones desmontadas inglesas del ala derecha, por lo que Eduardo III envió al obispo de Durham y a treinta caballeros para que reforzasen la división de su hijo ante esa situación.

No se dio cuartel y, cuando al anochecer los franceses lanzaron la última carga de caballería en la que fue herido su rey Felipe VI, comenzó la gran matanza. Los peones y cuchilleros ingleses, que no sabían mucho de leyes caballerescas, se dedicaron a degollar a cuantos caídos o heridos encontraron, sin tener en cuenta si eran condes, duques, barones o marqueses, lo que causó un gran disgusto al monarca inglés ya que no se podía pedir rescate por un muerto.

Completamente confiado en sus disposiciones tácticas, Eduardo observó todo el desarrollo de la acción desde su molino. Sin necesidad de emplear su reserva central, mantuvo en armas a sus hombres durante toda la noche en el campo de batalla y por la mañana dispersó a unas escasas reservas francesas que desconocían la verdadera situación. No hubo persecución. El 27 de agosto fue un día brumoso, y los ingleses lo pasaron despejando el campo de batalla.

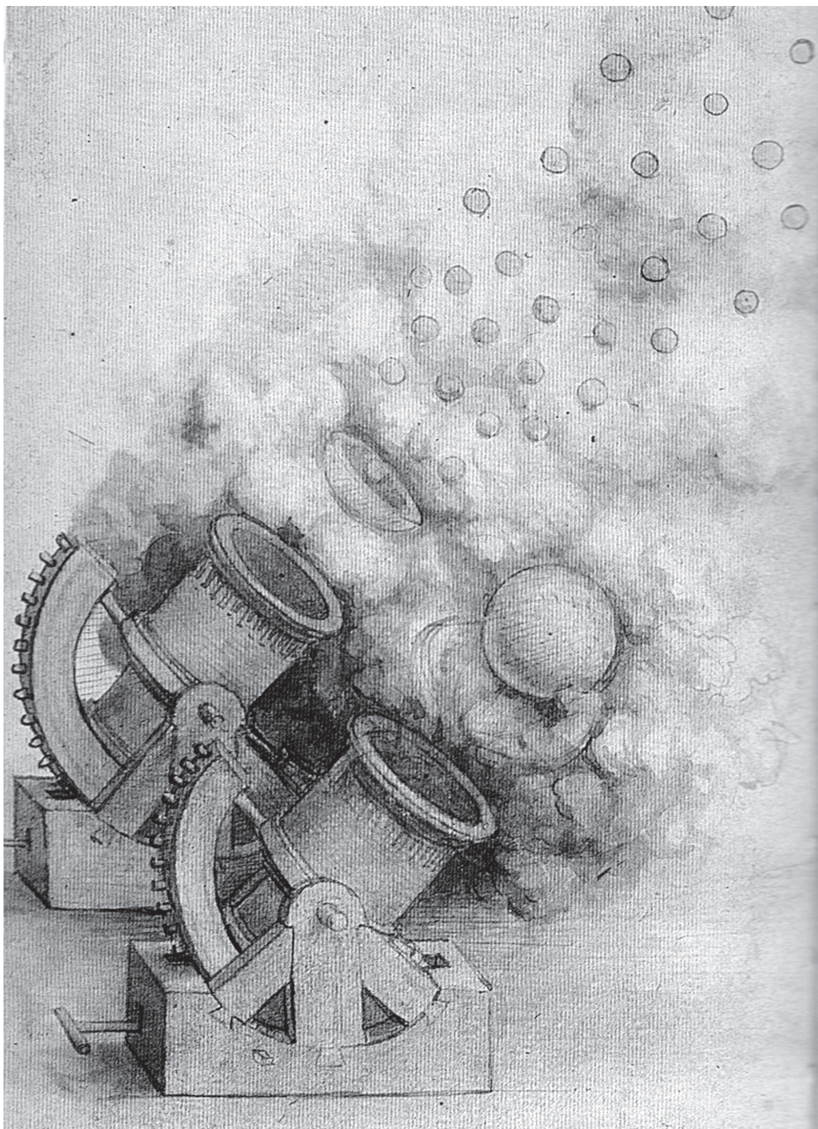
Entre los 1.542 caballeros y grandes señores aniquilados por las flechas de villanos y campesinos se encontraban el rey Juan de Bohemia, los

condes de Alençon y Blois, hermano y sobrino de Felipe VI, el duque de Lorena, los condes de Flandes, de Harcourt, de Auxerre, de Blamont y un largo etcétera que incluía a 43 duques y 83 barones. A estas aristocráticas víctimas había que sumar, según Froissart, otras 10.000 de gente común. Mientras las bajas mortales inglesas no pasaron de varios centenares, aunque esta cifra tan reducida resulta dudosa.

El lunes 28 de agosto, Eduardo avanzó desde Crécy a Montreuil y desde allí, en fáciles etapas, prosiguió hasta Calais, llegando ante los muros de la misma el 4 de septiembre. Como la fortaleza estaba protegida por un doble muro y fosos inundados, no se la podía tomar al asalto. En consecuencia, la rodeó por la parte de tierra al tiempo que la bloqueaba por mar. El sitio, tras un largo año de cerco, tuvo el desenlace más común en la época. El 4 de agosto de 1347, Jean de Vienne rindió la fortaleza. El 29 de septiembre, se firmó una tregua entre todos los aliados de ambos bandos y Eduardo regresó a Inglaterra.

Calais constituyó la única ganancia estratégica de la campaña y la única ventaja real obtenida por los ingleses en toda la Guerra de los Cien Años. Eduardo la convirtió en un provechoso centro comercial, ya que ordenó que no se exportara mercancía alguna de Inglaterra al Continente por otra ruta que la de Calais. La plaza perteneció a Inglaterra hasta que fue reconquistada por el duque de Guisa en enero de 1558.

La importancia de la batalla de Crécy interesa más a la historia militar que a la política. Aunque fue la victoria de una monarquía feudal sobre otra, la concepción social de la guerra que tenían ambos contendientes era distinta. La aristocracia inglesa supo integrar a las clases populares en nuevos planteamientos estratégicos, rompiendo con los esquemas de la guerra caballeresca, entendida como duelo entre elites. En ese sentido, y al tratarse de una confrontación de envergadura, podemos considerar que Crécy fue el encuentro de mayor relieve que señaló el inicio del declive del caballero feudal en el campo de batalla.



Dibujo de Leonardo da Vinci. *Bombarda arrojando proyectiles explosivos.*
Codex Atalanticus, 33r. Biblioteca Ambrosiana (Milán)

La mirada del artista

En el abrigo rocoso del Roure en Morella nos encontramos con una curiosa pintura. En ella un conjunto de figuras esquematizadas, al punto de quedar reducidas a meras siluetas, parecen representar dos grupos de guerreros que se enfrentan entre sí armados con arcos. De ser éste el sentido de la escena, posiblemente, nos halláramos ante una de las primeras manifestaciones «artísticas» que tienen como tema la «guerra».

El estilo de la pintura y su localización nos indican que se trata de arte rupestre levantino del período mesolítico. Las imágenes estilizadas y monocromáticas formando escenas, así como su tamaño y exagerada dinamicidad, las situarían, según los especialistas, en torno a 4000 a. n. e.

Quien trazó estas figuras no era un artista, ni al pintarlas pretendía hacer arte, al menos en el sentido en que hoy lo entendemos; tampoco en esa escena estaba reflejando lo que podríamos considerar un conflicto bélico; no obstante abría, aun sin saberlo, una temática iconográfica que



Abrigo del Roure en Morella, (Castellón).
Calcos de E Benítez, J. B. Porcar, H. Obermaier y H. Breuil.

iba a recorrer toda la historia del arte hasta nuestros días. La mirada del artista se ha fijado en la confrontación armada a lo largo de los siglos, ayudándonos a comprender cómo cada época ha querido representar en imágenes la lucha entre los seres humanos. En este apartado, haremos un breve repaso a esa mirada, complaciente o crítica, pero siempre reveladora, del artista sobre la guerra.

Una de las primeras muestras iconográficas con temática bélica nos la ofrece el arte sumerio en la *Estela de los buitres*, hoy conservada en el museo del Louvre. Se trata de un relieve sobre una piedra caliza de 1,80 metros de altura por 1,30 de anchura, trabajada por ambas caras, en la que se conmemora la victoria del rey Eannatum de Lagash sobre la vecina ciudad de Umma, y que se puede fechar hacia 2450-2425 a. n. e.

En los fragmentos del anverso vemos una figura imponente de larga barba que sujeta con su poderosa mano una red en la que se debaten pequeños hombrecillos que representan los enemigos de la ciudad. El personaje central es Ningirsu, la deidad protectora de Lagash, presto a aniqui-



Estela de los buitres, Museo del Louvre (París)

lar con su maza a los cautivos. En el reverso se narra, en cuatro registros, la victoria del soberano de Lagash sobre los soldados Umma. En el fragmento de mayor tamaño, que es también el mejor conservado, Eannatum, vestido con su *kaunakes*, falda de borlas de lana, avanza al frente de sus tropas sobre un campo cubierto de cadáveres enemigos, pasto de los buitres.

Igual de explícitas son las imágenes que decoran el llamado *Estandarte de Ur*, una caja de madera de forma trapezoidal con función conmemorativa y taraceada con conchas, cornalina y lapislázuli. En el anverso de la caja se representa una batalla; mientras que en el reverso figura el banquete posterior que celebra la victoria sobre los enemigos. La pieza, que puede fecharse hacia el año 2500 a. n. e., se conserva en el Museo Británico y ofrece algunas variaciones temáticas respecto a la *Estela de los buitres*. Así, en el Estandarte, aparecen primitivos carros de guerra sumerios y los enemigos vencidos no son masacrados sin más, sino que, reducidos a la esclavitud, desfilan en el cortejo triunfal.

En ambas piezas no sólo encontramos valiosa información sobre las prácticas bélicas, sino que podemos apreciar también toda una serie de rasgos formales y estéticos propios del arte del Próximo Oriente antiguo. En las dos obras el espacio está enmarcado y dividido en franjas, para facilitar una narración secuenciada que se desarrolla sobre un fondo plano. Así mismo, podemos ver cómo las imágenes responden al principio básico del contorno como elemento fundamental de la figuración. El contorno supone la representación en perfil, ya que el perfil es lo más característico de cualquier ser vivo, objeto o cosa. Pero la norma del perfil no es aplicable a



Estandarte Real de Ur, Museo Británico (Londres)

todas las partes del cuerpo humano cuando se toma éste como modelo. Así, en un rostro de perfil, el artista siempre mostrará el ojo visto de frente, en su plenitud significativa y lo mismo sucederá con los hombros. Otro rasgo común es la utilización del «canon jerárquico», recurso mediante el cual el rango de los personajes se traduce en el tamaño de la figura. En la *Estela de los buitres*, el rey Eannatum sobrepasa con mucho la escala de sus propios soldados que, a su vez, destacan frente a la pequeñez de sus enemigos. También la vestimenta y la posición en la escena contribuirán a subrayar las distinciones sociales.

Otro elemento muy característico en este tipo de estética es la preferencia por el ritmo, basado en la repetición casi exacta de las figuras, que no están yuxtapuestas, produciéndose escasas superposiciones. Por este motivo, en el *Estandarte de Ur*, el soldado del carro va detrás y no al lado del jinete que controla los caballos, como era lo normal. A pesar de la rigidez de estos códigos representativos ambas obras evidencian una clara voluntad realista de describir los detalles de las vestimentas y del ornamento.

Pero más allá de los aspectos puramente formales encontramos otros ideológicos, apropiados a esta temática, que se repiten reiteradamente en distintas culturas a lo largo de milenios. Así, este tipo de obra será concebido como la celebración de la victoria y como la exaltación del caudillo triunfante, capaz de aplastar o someter al adversario siempre con el apoyo de los dioses.

Estas notas definitorias se magnifican en el caso del arte imperial, que siempre es un vehículo de propaganda para exaltar la grandeza y poderío del Estado que lo patrocina. En ese sentido, la guerra, como forjadora de esa grandeza, se convierte en uno de sus temas preferidos. En el caso de Egipto, la naturaleza teocrática del sistema faraónico hace que la exaltación del rey-dios sea apoteósica en todas sus manifestaciones, y de modo particular en los triunfos militares. El faraón es el dominador del mundo y vence al caos, simbolizado por los adversarios de Egipto, por eso se le representa frecuentemente en una escena arquetípica, la del «abatimiento de los enemigos». Esta escena es un motivo tópico del arte egipcio de temática bélica y la podemos hallar, con escasas variaciones formales, a lo largo de toda la historia de la plástica en esta cultura.





A la izquierda: *Paleta de Narmer*, Museo Egipcio (El Cairo).
A la derecha: *Tutmosis III*, pilono del templo de Karnak.
Ambas imágenes recogen el tema del «abatimiento del enemigo»

Una pieza clásica que recoge el «abatimiento de los enemigos» es la llamada *Paleta de Narmer*, producida hacia el año 3100 a. n. e, y conservada en el museo de El Cairo. Este objeto ceremonial realizado en pizarra y de pequeño tamaño (64 por 42 centímetros) nos muestra, en un fino bajorrelieve, uno de los primeros ejemplos de este tópico iconográfico. En ambas caras, la paleta, que está dividida mediante líneas horizontales en varios registros, nos ofrece escenas de las victorias de Narmer sobre un territorio del Bajo Egipto. En el anverso podemos ver al faraón, de grandes dimensiones, agarrando al enemigo caído por los cabellos, mientras blande una maza que va a descargar sobre el vencido.

El «abatimiento de los enemigos» lo hallamos repetido, con diferentes protagonistas pero con los mismos rasgos, en los más diversos soportes y tamaños. Así, en el templo de Amón-Re en Karnak (hacia 1450 a. n. e.), nos encontramos con un pilono de 63 metros de anchura que refleja en

huecograbado los triunfos de Tutinosis III. De nuevo el faraón, en la misma pose, sostiene la maza en alto para abatir en este caso un gran número de adversarios. Bajo sus pies están inscritos en tres hileras los nombres de las ciudades y pueblos vencidos por él. Este tema servía como motivo decorativo incluso en piezas de joyería del ajuar femenino, como ocurre en el pectoral de la princesa Mereret conservado en el Museo de El Cairo, dándonos una idea de la importancia simbólica que tenía la escena en el arte egipcio.

Esa fijación reiterativa de los modelos debemos entenderla como una manifestación del peso de la tradición en esta cultura obsesionada por el inmovilismo. No obstante, las innovaciones en el terreno militar terminaron por influir en las representaciones artísticas. Así, desde 1550 a. n. e., la introducción del carro de guerra como arma decisiva en el ejército egipcio dio origen a una nueva imagen del faraón victorioso, apareciendo un nuevo cliché artístico que es muy abundante en el Imperio Nuevo. Un buen ejemplo de este nuevo arquetipo iconográfico lo encontramos en las pinturas que decoran un arcón hallado en la tumba del joven faraón Tutankhamón (hacia 1325 a. n. e.) En ellas se recogen dos escenas de guerra y dos de caza en las que el rey-dios se presenta sobre su carro como vencedor del caos. En una de ellas, enmarcada en un friso de rosetas y franjas paralelas escaqueadas, se muestra la lucha de Tutankhamón contra los nubios, que huyen en desbandada dejando tras de sí un amasijo de cadáveres. Frente a ellos contrasta la clara disposición en orden de batalla de las tropas egipcias, con el faraón sobredimensionado sobre su carro de guerra, dominando todo el campo de la imagen.

La crueldad de algunas de estas imágenes guerreras son mucho más explícitas que las ingenuas representaciones del «abatimiento de los enemigos». Las escenas que decoran la pared sur del segundo patio del templo funerario de Ramsés III en Tebas (hacia 1175 a. n. e.) describen el recuento de bajas causadas a los adversarios tras la batalla. La macabra contabilidad es de doble partida. En uno de los paneles, los egipcios amontonan manos cortadas y en otro el falo amputado a sus víctimas. Más allá de que el número de enemigos muertos fuera la base de cálculo para determinar las primas y los ascensos debemos ver en este tipo de representaciones un terrible mensaje de advertencia a futuros enemigos.

Pero las escenas de mayor crueldad en el mundo antiguo nos las proporciona el arte asirio. Los asirios fueron autores de espléndidos relieves bélicos, llenos de detalles curiosos y precisos sobre su forma de hacer la guerra, así como magníficos propagandistas de su enorme poderío como imperio. En la gran sala de recepción del palacio de Khorsabad, las escenas allí representadas muestran algo difícil de imaginar para la mentalidad actual, ya que en ellas se puede ver al propio monarca asirio presidiendo la tortura y ejecución de los enemigos derrotados. Las imágenes no dejan lugar a la duda respecto de las consecuencias que acarreaba no acatar la sumisión al imperio asirio.

En el arte griego la temática bélica, aun siendo muy abundante, es tratada de un modo totalmente distinto. A partir del siglo VIII a. n. e., en el período denominado «arcaico». encontramos ya imágenes de guerreros individualizadas que no forman parte de ningún conjunto. En general, son estelas funerarias o esculturas conmemorativas en honor a los combatientes caídos, como en el caso de la estatua esculpida en mármol del joven



A la izquierda: *Recuento de manos cortadas*. Templo funerario de Ramses III.
A la derecha: *Empalamiento de soldados enemigos*.
Palacio de Senaquerib, Museo Británico (Londres)

Kroisos, muerto en combate, o la estela del hoplita Aristion (s. VI a. n. e.), ambas en el Museo Nacional de Atenas. En ellas se nos muestra al guerrero casi desprovisto de sus atributos militares. En el casos de Kroisos, el joven está totalmente desnudo, y en el de Aristion el combatiente sólo porta su lanza y ninguna otra arma. Son imágenes hieráticas e inexpresivas que responden a una técnica aún muy primitiva; no obstante reflejan preocupación por un tratamiento realista de la anatomía humana que remarca la musculación propia del atleta preparado para la lucha.

Este tipo de representación individualizada del guerrero contrasta con el arte del Próximo Oriente, ya que la escultura griega no recreará hasta época muy tardía la imagen de reyes o caudillos. Se trataba con ellas de honrar al simple ciudadano-soldado, identificado como héroe y singularizado respecto al conjunto combatiente, prestando escasa atención a la formación guerrera. No obstante, como magnífica excepción, podemos citar el *Olpe Chigi*, una cerámica procorintia (640 a. n. e.) conservada en la Villa Giulia de Roma. En ella podemos admirar dos formaciones en falange a punto de trabar combate bajo los sones de un flautista. La estética sigue siendo muy primitiva, al mostrarnos un perfil orientalizante de los soldados, pero la pintura aporta datos interesantes sobre el armamento. Los hoplitas, que avanzan en apretadas filas, van tocados con cascos corintios adornados con cimera, blanden las lanzas sobre sus cabezas y se protegen con pectorales, grebas y escudos redondos, donde campan dibujos apotropaicos.

Pero frente a esta imagen de conjunto son mucho más abundantes las del guerrero aislado, reproducido abundantemente en pequeñas figuras de bronce, posiblemente exvotos religiosos, como la del hoplita hallado en Dodona y actualmente conservado en Berlín. En este tipo de representación podemos apreciar las diferentes concepciones del soldado y del ejército existentes entre los pueblos del Próximo Oriente y el mundo de la Hélade. El ciudadano guerrero era profundamente respetado en su medio social y reclamaba una atención diferenciada del artista, mientras que en las realezas orientales la soldadesca se convertía en mera comparsa del único héroe posible: el rey o el faraón.

Otra peculiaridad llamativa de la temática guerrera en el arte griego estriba en la mitologización de la lucha. La inmensa mayoría de las escenas



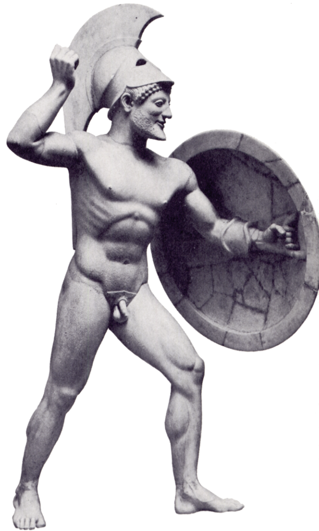


Izquierda: *Olpe Chigi,* Villa Giulia (Roma).
Derecha: *Hoplia de Dodona,* Antikenmuseum (Berlín).

sobre combates o batallas no hacen referencia a episodios históricos sino a enfrentamientos imaginados por la mitología o la literatura homérica. Las escenas reproducen formas de lucha, indumentarias y armamentos propios del período en que fueron realizadas las obras, sin embargo, sus protagonistas transcienden la historia. No existe ningún afán de crónica realista, y sólo se busca la plasmación de la belleza trágica e intemporal del combate.

El conjunto de esculturas del Templo de Afaía en Egina, construido en la punta más alta de la isla, conmemora la batalla de Salamina (480 a. n. e,), en la que Temístocles, con ayuda de los eginetas, destruyó la flota persa. Curiosamente, la decoración del santuario no guarda ninguna relación con los términos reales del combate, y los frontones del templo recrean antiguas glorias de eginetas míticos en la guerra contra Troya. Los guerreros que aparecen podían ser hoplitas contemporáneos a Salamina, pero su tratamiento se corresponde con las convenciones propias de las representaciones de héroes establecidas por el arte griego del período clásico. La diferencia estética respecto al arte oriental de la misma época se hace evidente si comparamos las imágenes de Egina con la plástica persa que se puede apreciar en el llamado *Friso de los arqueros* del palacio de Persépolis.

Esta tendencia estética del período clásico griego se verá hasta cierto punto alterada en la etapa helenística. Las transformaciones experimenta-





A la izquierda: un guerrero del Templo de Afaia en Egina.
A la derecha: un fragmento del *Friso de los arqueros* del palacio de Persépolis.

das por las conquistas de Alejandro dejarán como saldo en el arte un realismo más descarnado. El helenismo convertirá la obra plástica en más pasional y sensitiva, lo que contribuyó a reflejar de modo más intenso y realista los avatares de la lucha, tal y como podemos apreciarlo en la escultura del *Galo moribundo*.

La impresionante escultura del *Galo moribundo*, hoy en el Museo del Capitolio en Roma, es una copia en mármol de un original atribuido a Epígonos. En este caso nos encontramos ante una réplica romana, aunque es muy posible que fuera realizada por artistas griegos reducidos a la esclavitud tras la conquista de la Hélade por Roma. La estatua original formaba parte del exvoto escultórico en bronce del templo de Atenea Polias, en Pérgamo, realizado en homenaje a las victorias de Atalo I contra los celtas gálatas entre 297 y 242 a. n. e. En dicho conjunto escultórico aparece un tratamiento de los vencidos que supone una auténtica novedad respecto a la imagen habitual del derrotado. El enemigo aquí no es un ser miserable, humillado y masacrado; conserva su dignidad en el sufrimiento y en el

drama de la derrota, y anticipa un tópico del arte militar que será recreado en numerosas obras: el vencido con honor.

Roma heredó del mundo griego las formas y la técnica en la producción artística pero supo imprimirles una singularidad nacida de su peculiar idiosincrasia como pueblo. El romano se caracterizó por su pragmatismo, lo que le impulsó a interesarse por lo real, lo inmediato y lo útil. Resultado de esto será la aparición del relieve histórico concebido como una narración minuciosa y detallista de los hechos. Así mismo, Roma, gracias al éxito de sus conquistas, se verá como grandiosa, y eso se traducirá en una tendencia a lo monumental, convertidas sus obras en un vehículo de propaganda del Estado o de los individuos poderosos.

Los romanos, muy dados a los fastos de sus victorias militares, idearon monumentos específicos para ellas, como fueron el arco del triunfo y las columnas conmemorativas. Este tipo de construcción ornamental de naturaleza militar se recreará a lo largo del tiempo hasta comienzos del siglo XX. En los arcos y columnas romanas, el relieve histórico desempeñaba un importante papel, informando al espectador de la marcha y los logros de las guerras. El arco triunfal se construía aislado y se decoraba para que bajo él desfilase el general victorioso seguido de una procesión



Galo moribundo, Museo del Capitolio (Roma)

con los triunfos y despojos de los vencidos. Un ejemplo de este tipo de monumento es el arco de Tito en Roma, que fue dedicado a este emperador por su hermano y sucesor, Domiciano, para conmemorar la victoria en la campaña judaica del 70 de nuestra era. En él se puede apreciar el cortejo vencedor pasando a través de la Porta Triunphalis. Sobre literas se transporta el botín obtenido del Templo de Jerusalén (el candelabro de siete brazos, las trompetas de plata y el altar de oro), mientras algunos personajes conducen tablillas con asas en las cuales debían de figurar los nombres de las ciudades conquistadas.

El emperador Trajano (98-117), que había construido en Roma un nuevo foro, mandó levantar en su centro una gran columna de 40 m de altura y casi 4 m de diámetro, para celebrar su victoria sobre los dacios. En ella se despliega en espiral un friso ininterrumpido que tiene una longitud de unos 200 metros en el que se narran las dos campañas llevadas a cabo en 101-102 y 105-106 de nuestra era. El relato ilustra minuciosamente todas las fases de las guerras, encuadradas en un preciso contexto geográfico. Las escenas de batallas están espaciadas por representaciones de marchas, emplazamientos de campamentos, construcción de puentes y carreteras, alocuciones a las tropas, asedios, deportación de enemigos derrotados y otras tantas escenas más. La intención documental es evidente, ya que en el friso están representadas cerca de 2.500 figuras, y Trajano aparece unas sesenta veces, siempre junto a sus hombres, pero siguiendo la «escala jerárquica» que le confiere un tamaño ligeramente superior al de los que le rodean. Sin embargo, el conjunto adopta el carácter de crónica fiel a los hechos y nos ofrece numerosísimos detalles de las prácticas bélicas en la época del Imperio.

Durante la Alta Edad Media el arte se empobreció, el hundimiento del Imperio Romano y el prolongado impacto de las sucesivas oleadas invasoras hizo que la producción artística se resintiese, tanto desde el punto de vista formal como del volumen y empaque de lo producido. Por otra parte la religiosidad se convirtió en tema dominante en el ámbito de la creación cultural y la temática guerrera experimentó un retroceso respecto a épocas anteriores. No obstante, algunas armas que han llegado hasta nosotros recogen la rica tradición en el trabajo de los metales propia de los pueblos bárbaros, y se pueden considerar verdaderas obras de arte las espadas y



Fragmento del fuste de la Columna Trajana

hebillas de época merovingia halladas en Troyes (Francia) o la famosa espada de Childerico, hallada en Tournai, y hoy en el Museo del Louvre.

Pero más allá de estas ricas piezas de metalurgia, durante estos primeros siglos de la Edad Media la imagen de los guerreros y de las guerras llegó a escasear, aunque la actividad bélica era continua; por eso la producción artística no podía obviar esa realidad y nos ha legado algún vestigio sobre la misma de innegable valor, como es el *Tapiz de Bayeux*, llamado así por conservarse en esa localidad de Normandía. Realmente esta pieza, que data de la segunda mitad del siglo XI, no es un tapiz, ya que se trata de una tela bordada a mano, aunque única en el mundo por sus enormes dimensiones. Su altura no es superior a los 50 cm. pero alcanza casi los 70 m de longitud, narrándonos en esa enorme superficie, con todo lujo de detalles, la conquista de Inglaterra llevada a cabo por Guillermo, Duque de Normandía, en 1066. A lo largo de todo el tapiz se suceden, en secuencias perfectamente hilvanadas, cientos de figuras que componen gran número de escenas, con las correspondientes explicaciones bordadas en latín para poder seguir el relato de la campaña. Hombres, construcciones, barcos y

multitud de armas e instrumentos se despliegan ante nuestros ojos. La narración de los hechos está hábilmente dividida en secuencias delimitadas cada una de ellas por distintos recursos: en algunos casos se utiliza una construcción, en otros es el enramado de los de los árboles lo que nos indica que nos hallamos en otra escena del relato. Las imágenes correspondientes a la batalla, más expresivas que realistas, recogen de modo muy dinámico los movimientos del combate.

No sabemos dónde ni quién realizó esta espectacular obra. Lo que sí recogen las crónicas es que fue expuesta por primera vez en la catedral de Bayeux en 1077, solamente diez años después del hecho que narra. La leyenda cuenta que fue la reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, quien bordó la tela, por eso también se conoce como el Tapiz de la Reina Matilde, aunque realmente se trata de una obra colectiva, posiblemente bordada en uno o varios conventos de monjas de la zona de Normandía. El tapiz buscaba una finalidad propagandística, como era legitimar la conquista de Inglaterra por parte de los normandos, narrando de modo sencillo pero atractivo las razones que llevaron al duque a ocupar las islas británicas.



Fragmento del *Tapiz de Bayeux*. Batalla de Hastings (Bayeux)

La guerra también ocupará un lugar en el mundo de las imágenes de la Baja Edad Media. Los testimonios de esta temática son escasos en la pintura mural, aunque contamos con algunas brillantes muestras ejecutadas con esta técnica en los palacios urbanos que se hicieron construir los nobles, como es el caso de los frescos que adornaban la casa Aguilar en Barcelona (s. XIII), en los que se pueden ver escenas de la conquista de Mallorca por Jaime I. Pero va a ser en el mundo de la miniatura donde los temas guerreros encuentren su soporte ideal durante ese período.

A mediados del siglo XIII, el manuscrito ya no es ejecutado solamente en los *scriptoria* monásticos, sino también en talleres laicos donde los maestros miniaturistas aparecen agremiados constituyendo un nuevo oficio que es alentado por las universidades y el mecenazgo de los reyes y la nobleza. Las ilustraciones de estos códices tienen hoy para nosotros un valor independiente del texto y, frecuentemente, mucho mayor que él, tanto por su calidad artística como por ser un reflejo de la vida, usos, trajes y armas de aquellos tiempos.

En el tema que nos ocupa cabe destacar la llamada *Biblia de Maciejowski* que recoge las mejores escenas de guerra que nos han llegado del siglo XIII y nos proporciona, con sumo detalle, el ajuar bélico y de las técnicas de combate en aquella época. En el siglo XIV muchas de estas miniaturas se caracterizan por su refinada gama cromática, en la que abunda el oro, y por una acusada estilización a la que el artista somete todas las formas, desde siluetas y ropajes, hasta árboles o rocas. Este estilo es conocido por los historiadores del arte como Gótico Internacional. Será en estas miniaturas y en este estilo donde las imágenes bélicas ocuparán un lugar destacado.

A través de estampas, como las que ilustran la Crónica de Inglaterra de Jean de Wawrin (s. XV), tenemos imágenes de las nuevas armas, como la ballesta o la bombarda, así como de las formas de lucha que se impusieron en el otoño de la Edad Media. Para recrear estas escenas, el miniaturista preferirá un punto de vista elevado que le permita reflejar el campo de batalla o la fortaleza sitiada en su conjunto. Los combatientes adolecerán en muchos casos de una cierta inexpresividad, lo que no impedirá al autor plasmar las brutalidades del encuentro con gran profusión de sangre y heridas, como era también habitual en las representaciones dedicadas al martirio de los santos en las obras religiosas.



Fragmento de una miniatura de la *Biblia de Maciejowski*,
The Pierpont Morgan Library, (Nueva York)

El Renacimiento como movimiento artístico pasará de puntillas sobre los temas bélicos. Durante el Quattrocento, Paolo Ucello pintará tres magníficas tablas conservadas hoy en la National Gallery de Londres, en la Galleria Degli Uffizzi, Florencia, y en el Museo del Louvre en París sobre

la batalla de San Romano, que libraron florentinos y sieneses en 1432. Un año después la Signoría de Florencia encargó al pintor que inmortalizara su triunfo sobre la vecina rival. Los detalles en cuanto a vestimenta, heráldica, armamento y a los incidentes del combate, que conocemos con bastante exactitud por las crónicas de la época, son fieles al hecho. Las ballestas y las alabardas que se ven en el fondo de la tabla de los Uffizzi son armas usadas por los ciudadanos florentinos reclutados por la Signoría y testimonian un momento preciso de la vida de la República y del ajuar militar en el siglo XV.

El Renacimiento reivindicó al individuo y recreó la imagen de los personajes más importantes por medio del retrato. En la agitada Italia de la época, algunos de los que ganaron fama para ello fueron soldados de fortuna. Los condotieros supieron en ocasiones labrarse una aureola de gloria que, merecida o no, les sirvió para ser inmortalizados por los grandes artistas del momento. Así ocurrió con el mercenario inglés John Hawkwood, conocido por el sobrenombre de Giovanni Acuto, que fue



Fragmento de una miniatura de la *Crónica de Inglaterra*.
Jean de Wawrin. Biblioteca Nacional, (París)

pintado por Paolo Ucello en 1436 en un retrato ecuestre de factura clásica que adorna uno de los muros de la catedral de Florencia. Andrea del Castagno, en 1456, imitó este tipo de retrato con la imagen de otro conocido condotiero, Niccolo da Tolentino, para que formara pareja con el realizado por Paolo Uccello.

Pero las obras cumbre en la representación de estos guerreros de fortuna son dos magníficas esculturas ecuestres realizadas por Donatello y Verrochio que modelaron y fundieron en bronce sendas estatuas, de imponente factura, para honrar la figura de dos mercenarios más conocidos hoy por estas obras que por sus triunfos militares.

A finales de 1443, Donatello acometió la realización de un mausoleo cuyo remate sería una estatua ecuestre del condotiero Erasmo de Nardi,



Fragmento de *La batalla de San Romano*, Paolo Ucello, 1433, National Gallery (Londres)

más conocido por el sobrenombre de Gattamelata, que significa algo así como «Gata Melosa», quien fue jefe de los ejércitos mercenarios al servicio de Venecia. Fue la primera estatua ecuestre de gran tamaño ejecutada en bronce desde época romana. Inspirada, sin duda, en el retrato a caballo de Marco Aurelio, el condotiero es concebido por el artista como un emperador romano, aunque lleva una armadura del siglo XV y una enorme espada que cuelga del cinto. La pose refleja más bien la aspiración de usar la simbología del poder por parte de un soldado de fortuna que el deseo de reproducir fielmente el modelo antiguo.

El monumento ecuestre que hizo Verrocchio para el condotiero veneciano Bartolomeo Colleoni destaca por su impresión de nobleza y poder. Bartolomeo Colleoni fue otro famoso mercenario al servicio de Venecia y llegó a ejercer tanta influencia sobre la Serenísima república que pretendió que la obra, encargada por él mismo, se colocara en la Plaza de San Marcos. El Dux se negó y relegó la escultura al lugar donde hoy se encuentra. Ambas esculturas van a fijar el modelo de retrato ecuestre que se realizará en los siglos siguientes y servirán también de inspiración para este tipo de tema en la pintura.

De los grandes genios del Renacimiento sólo Leonardo y Durero se interesaron por los temas militares y no precisamente en su producción pictórica. El alemán llegó a escribir un tratado sobre las fortificaciones (*De urbibus, arcibus, castellique contendis*) que se imprimió en 1535. De Leonardo sabemos que, en 1503, la Signoría de Florencia le encargó una pintura mural de la batalla de Anghiari para conmemorar la victoria de los florentinos sobre los milaneses en 1440. Simultáneamente se le encomendó al joven Miguel Ángel otra pintura de tema análogo para el mismo lugar, pero Miguel Ángel no pasó de realizar el cartón y Leonardo abandonó su obra en 1506, y ambas terminaron desapareciendo.

La rica aportación de Leonardo a la temática bélica nos llega a través de los diseños de sus máquinas y construcciones militares. En este campo trabajó para César Borgia como ingeniero militar y dedicó buena parte de su genio creador a idear aparatos de combate y asedio. Algunas de estas máquinas fueron dibujadas por el artista y forman parte de distintos códices, como el Códice Atlántico, conservado actualmente en Milán, o el Winsord, depositado en la Royal Library de Londres. En esos dibujos nos



El condotiero Bartolomeo Colleoni, Andrea Verrocchio,
Campo dei Santi Giovanni e Paolo en Venecia.

encontramos con bombardas especiales que disparan proyectiles de racimo o granadas incendiarias y fumígenas. Hallamos carros blindados y artillados, con ballestas de tiro rápido, precursoras de la ametralladora y con otros complicados artefactos, la mayor parte de los cuales no llegaron a construirse jamás. Leonardo nos ofrece en estos dibujos una visión moderna del armamento al diseñarlo por piezas desmontables para facilitar su trasporte, al preocuparse por los elementos de puntería, que en aquella época eran casi inexistentes, al extremo de que los artilleros solían guiarse por su propio dedo pulgar como alza, o dar prioridad a la efectividad sobre el ornamento, cosa poco usual en su tiempo.

Durante el siglo XVI, con la consolidación de las monarquías modernas, se encargarán, por parte de los reyes y grandes nobles, ciclos pictóricos para decorar sus palacios. En estas grandes pinturas los temas bélicos ocuparán un lugar destacado. No obstante, estos murales o enormes lienzos serán de valor muy desigual. De entre esa producción podríamos destacar el impresionante cuadro de Albrecht Altdorfer titulado *La batalla de Alejandro*. En 1528 Altdorfer recibió el encargo de Guillermo IV, duque de Baviera, de pintar la victoria de Alejandro Magno sobre Darío en la batalla de Issos. La obra habría de formar parte del ciclo de historias antiguas y bíblicas con las que el duque quería decorar su casa de recreo cerca de Múnich, ciudad en la que hoy se expone el cuadro.

El pintor, adoptando un punto de vista aéreo, refleja en la tela, con un abigarramiento indescriptible, un campo de batalla en el que enormes masas en movimiento chocan entre sí, teniendo como fondo un paisaje idealizado. Sobre un cúmulo de inquietantes nubes, entre un sol de ocaso y una luna que despunta, campa una cartela en la que con grandes letras doradas se puede leer tanto el sentido del cuadro como la magnitud de la derrota del persa, expresada incluso con el número de bajas sufridas según los autores antiguos.

Altdorfer, no obstante, vistió a los combatientes con los elegantes atuendos de los caballeros o de los lansquenetes de su tiempo. En lo que respecta a los movimientos de las tropas también se produce un evidente anacronismo pues el artista se deja llevar por las noticias más recientes sobre la batalla de Pavía. Esta batalla, ganada por el Emperador Carlos V, pocos años antes de que el alemán pintara su obra tuvo gran significación en el arte europeo de aquel tiempo. Cuadros como *La Batalla de Pavía*, de Ruprecht Heller (Estocolmo), no debieron ser desconocidos para Altdorfer a la hora de pintar su lienzo.

El siglo XVII conocerá el nacimiento de nuevos géneros pictóricos como el bodegón o el paisaje y junto a ellos se consagrarán los ya clásicos, -de formatos más grandes y de una atención más cuidada- como el género histórico militar. Las obras de esta temática se van a multiplicar, con una calidad estética en muchas ocasiones mediocre. Así, las pinturas de batallas llenarán las paredes de los palacios aportando pocas novedades, -excepto las variaciones en el estilo- al esquema compositivo ya conocido: visión



La batalla de Alejandro, Albrecht Altdorfer, 1528, Alte Pinakothek (Múnich)

panorámica del campo de batalla, abundantes figuras y momento crucial del encuentro entre los contendientes, resaltando en ocasiones alguna anécdota destacable. Nos limitaremos a mencionar dos aportaciones muy distintas correspondientes a este período: *La rendición de Breda*, obra del genial Velázquez, y la colección de grabados *Les grandes miseres de la guerre* de Jacques Callot.

En el año 1634 Velázquez llevó a cabo el programa decorativo del Salón de Reinos en el nuevo palacio del Buen Retiro. Constaba de doce escenas de batallas; en las que las tropas españolas habían resultado victoriosas. En este ciclo intervinieron diversos artistas de prestigio y Velázquez sólo incluyó un cuadro suyo titulado *La rendición de Breda*, aunque es más conocido por el nombre de *Las lanzas*. El lienzo conmemoraba el décimo aniversario de la rendición al ejército español, mandado por Ambrosio de Spínola, de la plaza fortificada holandesa de Breda, que cayó vencida por hambre tras nueve meses de asedio sin que los españoles hubieran disparado un solo cañonazo. La escena recogía el momento en que eran entregadas las llaves de la ciudad al general victorioso. Realmente esa entrega nunca tuvo lugar pero le sirvió al artista para simbolizar la victoria. Cuando el cuadro fue pintado los dos principales protagonistas ya habían muerto, y dos años después de ultimar la pintura, Breda, volvió a ser recuperada por los holandeses.

El cuadro se ajusta a los cánones del género y nos ofrece una visión caballeresca de la guerra que no se correspondía con la realidad. Spínola actúa como un auténtico caballero frente a su enemigo vencido. Con su mano sobre el hombro de Justino de Nassau quiere mostrar comprensión ante el adversario derrotado en justa lid. Tanto la temática de la rendición honrosa como el esquema compositivo de la escena inspirarán numerosas obras en época posterior, por ejemplo la rendición del general francés Dupont a Castaños tras la batalla de Bailen, pintada por Casado del Alisal en 1864.

Pero la guerra no es como la imagina el pintor cortesano y eso lo sabe reflejar muy bien un artista menor, Jacques Callot, con su colección de grabados *Les grandes miseres de la guerre*. Jacques Callot (1592-1635), considerado uno de los maestros de la técnica de grabado en metal, siempre trabajó por encargo y para el poder. Los reyes y señores acudieron en este siglo a los grabadores como vehículo de propaganda; papel que durante el reinado de Luis XIV asumió el taller real con la publicación de grabados que glorificaban el poderío del monarca y que llegaron a formar los 23 volúmenes de grabados del Gabinete del rey.

Callot, que se formó en Italia con Antonio Tempesta (1555-1630), especialista en pinturas y grabados de batallas, siguió a su maestro en el

género, aunque supo darle un toque de cruel verismo que anticipaba los alegatos artísticos contra la guerra. En su colección de dieciocho planchas realizada en 1633 con motivo de la invasión de Lorena por las tropas francesas, el artista nos muestra las atrocidades de la contienda centrándose en lo terrible de la devastación y las represalias. Podemos decir que Callot fue el primero en la historia del arte que en lugar de celebrar la guerra representó sus horrores y miserias con un cierto espíritu crítico. En la bibliografía consagrada al genial grabador y dibujante lorenés se suele comparar a Callot con Goya. Desde mediados del siglo XIX la confrontación de las dos famosas series *Les grandes miseres de la guerre* y los *Desastres de la Guerra*, obra del aragonés, ha sido constantemente repetida por la crítica.

Durante el siglo XVIII se continuará con la tradición de pinturas de batallas exaltando las victorias de los monarcas absolutos, siguiendo por lo general las reglas del género: gran formato, punto de vista elevado para abarcar el campo de batalla y posicionamiento de las figuras principales en el primer plano de la escena. Un ejemplo de este tipo de pintura destinada a los grandes salones palaciegos es *La batalla de Fontenoy*, pintada por Pierre Lenfant por encargo de Luis XV.



Grabado de *Las Miserias y desgracias de la guerra*,
Jacques Callot, 1633, Biblioteca Nacional (París)

Mucho más auténtica, impactante en lo formal y moderna será la visión que nos ofrezca Goya de la guerra. Firme creyente en las ideas de la Ilustración el pintor aragonés vivió la lucha contra las tropas napoleónicas como un retroceso a la barbarie primitiva que liberaba los más atávicos instintos del ser humano. En la serie de 82 estampas que realizó entre 1810 y 1815, bajo el título de *Los desastres de la guerra*, publicadas sólo tras su muerte, Goya no deja entrever ni el menor atisbo de heroicidad o de patriotismo. Todas las imágenes de estos aguafuertes son de una descarnada dureza y muchas de ellas recogen atrocidades únicamente comparables a las crueldades de la iconografía asiria o egipcia.

El mismo sentido crítico hemos de apreciar en sus dos grandes cuadros: *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos del 2 de mayo*, que aunque pintados para congraciarse con el monarca absoluto Fernando VII, dejan traslucir el horror y la amargura que le produjo al pintor la contienda. *La carga de los mamelucos* representa el momento en que, en la Puerta del Sol de



Fragmento de *La batalla de Fontenoy*. Luis XV señala al vencedor, el mariscal de Saxe. Pierre Lenfant, 1776, Palacio de Versalles.

Madrid, las tropas egipcias al servicio de Napoleón cargaron contra la multitud en la mañana del 2 de mayo de 1808. Lo que más impresiona del cuadro es la violencia y el ahogo que produce ese caos vertiginoso de cuerpos que arremeten unos contra otros. Todo se mueve con rapidez y violencia dentro de un espacio asfixiante.

El segundo de los cuadros que Goya pintó recoge el tema de la represalia ejercida por los franceses la misma noche del levantamiento en la que fueron fusilados una serie de paisanos. La pintura fue ya abocetada en el grabado nº 2 de la serie de *Los desastres* y ponía de relieve la crueldad de las represalias contra la población civil. Los ejecutores del pelotón no muestran los ojos, ni siquiera la cara. Las cabezas de estos soldados de larga casaca están inclinadas sobre sus armas en la acción de apuntar, gesto que resulta superfluo dada la proximidad de los condenados. Es evidente que el pintor ha querido reflejar la ritualización que acompaña a este tipo de actos en la que los verdugos se ven obligados a adoptar toda una serie de posturas determinadas siguiendo las voces de mando.

Tanto por su temática como por el tratamiento que Goya le imprime, la pintura de *Los fusilamientos* ha sabido plasmar la tragedia de nuestro tiempo en el que la violencia es recreada con absoluta frialdad por el hombre racional y moderno. Su influencia directa en pinturas posteriores es evidente. El pintor Manet recogerá el tema, de modo mucho más anecdótico, en la ejecución del Emperador Maximiliano en Querétaro. Muchos años después, y en un estilo totalmente diferente, Picasso volverá a pintar un fusilamiento de civiles en el marco de la Guerra de Corea. En este caso las víctimas son todas mujeres, algunas embarazadas, y niños, lo que hace más dramática la escena.

Mientras surgía este alegato artístico contra la guerra, la temática bélica se impondrá en la pintura del siglo XIX. A lo largo de toda la centuria se vivió una auténtica apoteosis del género. Pequeñas estampas, grabados de todo tipo, lienzos de los más diferentes tamaños recrearán el espíritu militar con una profusión nunca antes vista, contribuyendo a ello la cada vez más abundante difusión de periódicos y revistas ilustradas. Desde presupuestos estéticos academicistas, el historicismo pictórico y escultórico alimentó a lo largo del siglo este tipo de producciones en todas las latitudes. Impulsado por el heroísmo romántico y por el nacionalismo patrióti-



El 2 de mayo o La carga de los mamelucos, Francisco de Goya, 1814, Museo de El Prado (Madrid)

co, este género pintó en los diferentes países kilómetros de historia bélica. Muy clásica en cuanto a las formas esta pintura recogía tanto las gestas del pasado como los acontecimientos militares contemporáneos, ampliando la gama temática tradicional y ensayando nuevos y atrevidos formatos.

En el tratamiento de los combates, la visión del artista ofrecía la más amplia variedad. Las vistas de conjunto sobre el campo de combate se hicieron en ocasiones panorámicas, con formatos de lienzo extraordinariamente alargados. En otros casos, el artista prefería la focalización de una escena de detalle que presentaba algún hecho heroico. El realismo clasicista y la dinamicidad, por ejemplo en los ataques y cargas de caballería, se generalizaron frente a las imágenes más estáticas del siglo anterior. Los rostros de los combatientes se volvieron más expresivos mostrando la exaltación, el horror, la rabia, el temor o la desesperación según fuera la circunstancia que el pintor quisiera reflejar. El armamento, los uniformes y las incidencias de la lucha reproducían con mayor exactitud que nunca los hechos que se querían describir. Esta enorme producción de imagine-

ría bélica heroificada dejó como saldo obras de calidad muy distinta. Citaremos dos autores emblemáticos del género, como ejemplos muy diferentes de este período tan rico del arte militarizado.

Horace Vernet (1789-1863) fue el pintor francés de batallas por excelencia en la primera mitad del siglo. Sus representaciones eligieron de modo preferente las campañas napoleónicas como motivo, y fue uno de los primeros en presentar sus obras a gran escala. Sus cuadros recorren prácticamente todas las grandes victorias de Bonaparte, desde la Batalla del puente de Arcole, en la campaña de Italia, hasta la derrota prusiana en Jena. También, como cronista gráfico de guerra, Vernet acompañó al ejército francés en la expedición a Crimea, recogiendo en sus lienzos diferentes acciones como la batalla de Alma. Amante de lo oriental, participó, así mismo, en la conquista de Argelia, inmortalizando la captura por los franceses del Paso de Mouzia. Su obra, escasamente innovadora, presenta una buena factura, y varios de sus cuadros se pueden admirar hoy en el Museo de Versalles.

El también francés Paul Philippoteaux (1846-1884), más ilustrador que pintor, sucederá a Vernet, en la segunda mitad del siglo XIX, como el pintor de batallas por excelencia. Philippoteaux recreará escenas de la Guerra de Crimea, que aconteció siendo él aún niño, pero también abordará con sus pinceles los grandes conflictos de su tiempo: la Guerra Franco-prusiana o la Guerra de Secesión americana. De esta última nos dejará un impresionante ciclorama sobre la batalla de Gettysburg.

Los cicloramas fueron la culminación de la pintura bélica verista y estuvieron muy de moda a finales del siglo. Se trataba de reproducir con el máximo detalle todos los acontecimientos de un frente de combate recogiendo la pintura los 360 grados en los que se desarrollaba la acción. El ciclorama de Philippoteaux es impresionante, pintado sobre tela al óleo, mide más de 47 metros de largo y pesa tres toneladas, aunque no es la mayor de este tipo de pinturas ya que el artista ruso Franz Rubó pintó con motivo del centenario de la batalla de Borodino un ciclorama de la misma de 115 metros de largo.

A comienzos del siglo XX el arte popular vinculado a la guerra se convierte en propaganda, y el vehículo de la propaganda por entonces era



El Emperador tras la batalla de Friedland, H. Vernet, 1835 (Versalles)

el cartel. Fue el mundo industrializado y el desarrollo comercial de finales del siglo XIX el que dio vida y configuró el formato inicial del cartel. Entre 1870 y la Primera Guerra Mundial, los carteles se asociaron al arte y al comercio. Pero con excepción de la obra de Chéret y de los carteles de artistas como Toulouse-Lautrec, la mayoría reflejaban generalmente los estilos de moda en decoración y utilizaban un lenguaje sencillo destinado al gran público. Durante la guerra el formato del cartel propagandístico se ajustó a esas convenciones establecidas.

Los carteles bélicos de la Primera Guerra Mundial presentaban invariablemente el conflicto de modo maniqueo, sin medias tintas. Los había de tres amplios tipos: los que llamaban al reclutamiento, los que instaban a la suscripción de bonos de guerra y los que advertían a la población para que acomodara sus hábitos a las necesidades del conflicto. Además estaban los carteles que divulgaban las atrocidades de guerra, en los que cada bando presentaba al otro como un villano. En este sentido, los de este últi-



Fragmento del ciclorama de la batalla de Gettysburg,
P. Philippoteaux, 1882 (Gettysburg)

mo tipo no correspondían a la habitual fórmula comercial y recurrían más a la caricatura o al tremendismo.

El cartel de reclutamiento que más veces fue copiado es el diseñado en Gran Bretaña por Alfred Leete, con el eslogan: *Your Country Needs You* (Tu país te necesita), en el que el dedo casi acusador de Lord Kitchener señalaba directamente al público instándole directamente al alistamiento. Otros diseños como el del francés Faivre con su cartel *On les aura!* de 1916 se inspiraban en modelos clásicos como era la famosa pintura La libertad guiando al pueblo de Delacroix.

La producción colectiva de carteles reaparecerá en las obras republicanas y comunistas realizadas en Madrid y Barcelona durante la Guerra Civil Española. Estos carteles se caracterizaban ya por la incorporación de nuevas técnicas, como el fotomontaje y, en algunos casos, alcanzaron un gran nivel artístico como los realizados por Josep Renau.









Parte superior izquierda: Alfred Leete, *Your Country Wants You*. Superior derecha: Dimitri Moore, *¿Te alistas voluntario?* Inferior izquierda: Abel Faivre, *On les aura!*. Inferior derecha: Cartel británico de denuncia sobre la crueldad del ejército alemán

Pero la Primera Guerra Mundial dará un giro radical a las relaciones entre el arte con mayúsculas y la guerra. Es cierto que se continuarán pintando cuadros de batallas pero la aparición de la fotografía y el cine restarán buena parte del interés testimonial que aquéllos tenían antes. Por otro lado la tecnificación de la guerra que se libraba y las nuevas tácticas de combate convertirán en menos heroica la lucha en el frente. Las máquinas desplazarán al hombre, los uniformes se vulgarizarán perdiendo el colorido de antaño, la confrontación a la descubierta prácticamente desaparecerá y la brillante estética de los combates del pasado se esfumará, perdiéndose la aureola que había envuelto al género.

La batalla, difícil de representar, dejará paso a los escenarios desolados del frente, a las escenas posteriores al combate o previas al mismo, a los hospitales de campaña, a los heridos, a los muertos e incluso a las escenas en retaguardia relacionadas con el conflicto. La técnica en estos lienzos seguirá siendo realista y académica, aunque en algunos autores se deja sentir la influencia de corrientes innovadoras, como ocurre con los británicos John Nash, Wyndham Lewis o Christopher Nevinson.

No obstante, será lo horrible de la guerra moderna con toda su fealdad lo que dé pie a un nutrido sector de las vanguardias artísticas para realizar una crítica feroz de las guerras y sus efectos. El impacto de la contienda fue tan estremecedor que, excepto algunas corrientes intelectuales como los futuristas italianos, la mayor parte de los movimientos artísticos iniciaron un camino antibelicista que llega hasta nuestros días.

A la cabeza de esta reacción nos encontramos con los expresionistas alemanes y con la también escuela alemana de la Nueva Objetividad. Fundamentalmente serán dos artistas, Otto Dix y George Grosz, los que nos dejarán obras de denuncia impresionantes sobre el conflicto. Dix había sido soldado de 1914 a 1918 y a este período corresponden sus «Actas del infierno» y la fundación, junto a George Grosz, del colectivo Nueva Objetividad. Inspirándose en Goya como antecedente, Otto Dix realizará una serie de 50 grabados, publicada en 1924 bajo el epígrafe *Der Krieg* (La guerra), que recrean el espanto y la morbidez de la contienda que le tocó vivir.

Junto a estos grabados, Dix pintará cuadros igualmente impactantes con la misma temática y sentido. Tanto él como Grosz no se limitarán a



La carretera de Arras a Baupame 1917, Christopher Nevinson, Imperial War Museum (Londres)



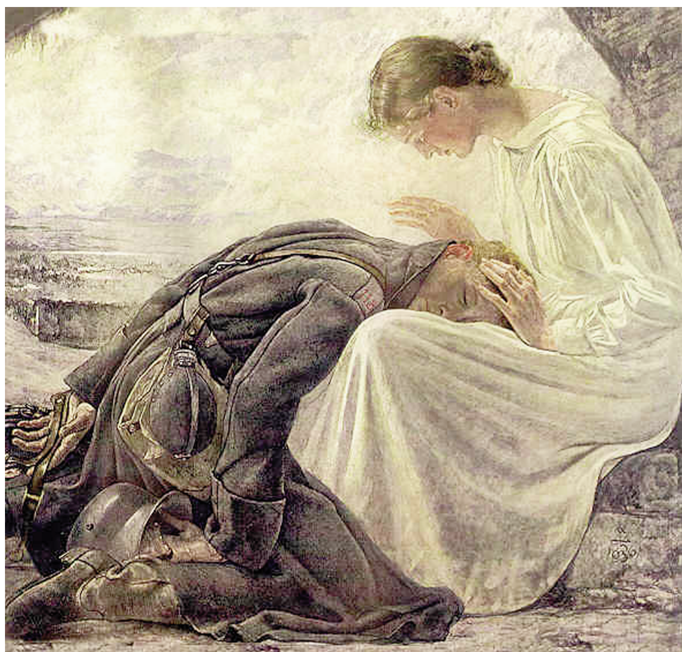
Panel del tríptico *La guerra.* Otto Dix, 1929-1932, Gemaldegalerie (Dresden)

expresar en imágenes su repulsa al combate sino que realizarán también una crítica social sobre los que buscan y se benefician de las guerras, así como del desamparo en el que quedan muchos excombatientes. Con un trazo esquemático y descarnado, distorsionando las figuras, exagerando muecas en los rostros y utilizando de un modo subjetivo llamativos colores, estos artistas nos ofrecerán un estremecedor repertorio en el que los cadáveres en descomposición de los soldados en las trincheras encontrarán su correlato posbélico en los mutilados que piden limosna en las aceras.

La Segunda Guerra Mundial aportará escasas innovaciones respecto a la pintura bélica en el plano formal aunque se puede apreciar una influencia de la cartelística en muchos de los cuadros. La producción, más escasa que la de la Gran Guerra, persigue la exaltación patriótica, remarcando el esfuerzo, la camaradería y sacrificio del soldado, como se puede apreciar en la mayor parte de las obras de factura soviética o alemana. Un buen

ejemplo de lo que estamos diciendo nos lo ofrecen las pinturas del ruso Alexander Deineka. Aunque también es cierto que junto a este tipo de escenas heroicas aparecen otras en las que se vincula al combatiente con el hogar, los sentimientos y la familia. Las esposas o novias de las que el soldado se tiene que despedir, o con las que se reencuentra tras el combate, señalan el contrapunto a la guerra y el deseo de paz y normalidad que añoran los hombres involucrados en el conflicto, aunque la llamada del deber es inexorable. Una de estas recreaciones, de excelente factura academicista, es la del pintor alemán Hans Adolf Bühler en la que, acorde con la ideología nazi, se presenta el tema de la mujer como descanso del guerrero.

Pero el arte con mayúsculas del siglo XX será en general antibelicista. Posiblemente el cuadro más emblemático de la centuria sea el *Guernica* de Picasso en el que se funden las nuevas formas de expresión plástica con el



El retorno del soldado, Hans Adolf Bühler, 1940
Haus der Deustchen Kunst (Munich)

rechazo a la guerra. De hecho este genial artista, paradigma de la más profunda innovación plástica experimentada desde el barroco, producirá de modo masivo y popularizará de forma universal sus famosas «palomas de la paz» todo un símbolo del cambio de sensibilidad experimentado en los últimos años por el artista frente al conflicto bélico.

Esta nueva forma de relación arte-guerra llega hasta nuestros días y sigue dando sus frutos entre las tendencias más avanzadas. En la vigésimo quinta edición de ARCO en Madrid el artista español Óscar Seco expuso una maqueta en la que se representaba a Jesucristo con un misil en la mano ante soldados de la Infantería alemana que portaban a hombros, como un paso de Semana Santa, un vehículo blindado. El trabajo de Seco, muy ligado a la crítica tanto religiosa como militar, causó un cierto revuelo.

En la misma línea, Mark Wallinger obtuvo en 2007 el acreditado premio Turner, posiblemente uno de los más prestigiosos a nivel mundial, con una recreación del campamento de protesta contra la guerra en Irak instalado frente al Parlamento británico. *State Britain*, la instalación de Wallinger, recreaba de forma meticulosa las pancartas con eslóganes como «Asesinos de bebés» o «No más guerras», banderolas y otros objetos reunidos por el pacifista Brian Haw, que se manifestó durante seis años contra la guerra de Irak frente a los edificios del Parlamento.

De la exaltación a la crítica, el arte ha acompañado a la guerra a lo largo de los siglos; así como la guerra ha convertido las obras de arte en objeto de botín o destrucción. Desde la antigüedad, las esculturas, los grandes vasos decorados, las joyas y más tarde las pinturas han sido objeto de rapiña por parte del vencedor.

Los romanos ya saquearon Grecia transportando muchas de sus obras artísticas al corazón del Imperio y el expolio fue continuado por quienes les sucedieron. Los impresionantes caballos de bronce, de clara factura helenística, que hoy adornan la Plaza de San Marcos en Venecia fueron robados de Bizancio a raíz de la Cuarta Cruzada (1204), para siglos después ser arrebatados por Napoleón, que los trasladó a Francia, hasta que el Congreso de Viena acordó que fueran restituidos a la ciudad de los canales. Fue proverbial la codicia artística de los ejércitos napoleónicos. Algunas de las obras que hemos comentado fueron confiscadas con las





Izquierda. Fragmento de la maqueta *El Cristo de los misiles*, Óscar Seco.
Derecha. Mark Wallinger delante de su instalación *State Britain*.

conquistas y engalanaron los palacios del vencedor, como la de Albrecht Altdorfer que, durante años, estuvo colgada en el cuarto de baño de St. Cloud para recreo de Napoleón. Pero el caso de expolio más sistemático fue el practicado por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Las estadísticas varían. No obstante, se calcula que se expoliaron más de 650.000 obras antes del fin de la guerra. En ocasiones, los robos eran a la carta. Algunos miembros del círculo de Hitler y Goering llegaron a hacer listas con instrucciones de las obras a obtener. De 1939 a 1945, Hitler y los nazis saquearon los países ocupados del continente extrayendo centenares de miles de pinturas, dibujos y esculturas, cientos de miles de muebles y millones de libros y manuscritos. De Francia y sobre todo de París, entonces la capital mundial de la cultura, los nazis robaron en cuatro años de ocupación más de 100.000 pinturas. La envergadura del expolio se puede apreciar si tenemos en cuenta que la colección principal del Museo de Arte Moderno de Nueva York, el MOMA, que comienza con Cézanne y Seurat, incluye a Picasso y Matisse y culmina con Léger, Dalí, Miró y los surrealistas, se compone de unas 2.500 piezas.

Pero sin duda el aspecto más terrible de la guerra respecto al arte ha sido la destrucción de millares de obras perdidas para siempre. Sólo a modo de ejemplo podemos citar que el monumento más emblemático del arte occidental, el Partenón, fue casi totalmente demolido a causa de la guerra mil cien años después de haber sido erigido, cuando en 1687 el

general italiano Morosi mandó bombardearlo sabedor de que los turcos lo estaban utilizando como polvorín.

Realmente es imposible calcular cuántas obras de arte han desaparecido irremisiblemente como efecto de las contiendas, lo que sí podemos apreciar es que estos desastres de la guerra no se han atemperado en la actualidad. El mundo pudo contemplar en la primavera de 2003, a través de los informativos, cómo soldados estadounidenses, apoyados por tanques, observaban impasibles oleadas de saqueadores que destruían el patrimonio cultural de Irak, ello a pesar de que las Convenciones de Ginebra obligan a las fuerzas ocupantes a garantizar el orden en las zonas y ciudades capturadas. Así fue expoliado el Museo Nacional de Irak, que contenía uno de los acervos históricos más importantes de la humanidad, con reliquias de las culturas babilónica, sumeria y asiria, entre otras, testimonios de la región que fue cuna de la civilización. De hecho, el museo, que se asemejaba en riqueza al de El Cairo, al Louvre y al Museo Británico, albergaba algunas de las muestras más antiguas de escritura que se conocían.

El mundo tuvo que contemplar, impotente, cómo su rica herencia histórica y cultural desaparecía en las ávidas manos de los saqueadores y se volatizaba en llamas y cenizas. Como si se produjera un bucle en el tiempo, allí donde nació la civilización y donde se desarrollaron las primeras guerras organizadas, la guerra volvía para borrar las huellas de esa historia de arte y cultura.

VI
El triunfo de la pólvora

La «revolución militar»

En la última década del siglo XV y la primera mitad del XVI se producirá una auténtica revolución en la forma de hacer la guerra. La importante utilización de las armas de fuego romperá con el monopolio milenario del arma blanca. Espadas y lanzas pervivirán todavía durante siglos en el campo de batalla pero su uso cada vez será más secundario y simbólico que operativo. En los trescientos años siguientes todos los adelantos técnicos en el terreno del armamento estarán encaminados a mejorar y perfeccionar la artillería y la fusilería en general, y sólo a comienzos del siglo XX se producirán transformaciones significativas respecto a los principios tecnológico-armamentísticos introducidos durante el Renacimiento.

También en el ámbito de la guerra naval se operó la misma revolución. Las viejas naves mediterráneas, inspiradas todavía en la trirreme romana, terminaron siendo superadas por los nuevos buques artillados, los galeones, que convirtieron los grandes océanos en el escenario de su confrontación, mundializando, por primera vez en la historia, los conflictos entre potencias. Pero todas estas transformaciones de enorme envergadu-

ra sólo fueron posibles en el marco de un siglo expansivo en el que Occidente comenzó a desempeñar un papel hegemónico a escala planetaria, introduciendo las nuevas prácticas económicas del capitalismo mercantil en vastos territorios del globo bajo la forma de dominación colonial.

El siglo XVI señala el comienzo de la expansión europea y su punto de partida tiene origen en el descubrimiento de América, llevando ventaja en esta fase inicial del proceso españoles y portugueses. Los españoles sometieron con facilidad a los indígenas del nuevo continente e iniciaron la explotación sistemática de los territorios que iban conquistando. En un primer momento quitaron a los indios todo el oro y la plata acumulados y se repartieron sus tierras, pero pronto empezaron a explotar ricos yacimientos mineros en busca de más metales preciosos. Obligando a los mismos aborígenes a trabajar en calidad de siervos, los conquistadores extraían toneladas y toneladas de plata y oro que embarcaban para España. Por su parte los portugueses en la India lograron desalojar a los árabes —que durante mucho tiempo no habían permitido penetrar allí a ningún europeo— y se convirtieron en los monopolistas del comercio de Europa con Oriente. El descubrimiento de América y de la ruta marítima a la India tuvo consecuencias enormes para el ulterior desarrollo económico de Europa. Las colosales riquezas, que ahora afluían de las colonias, aceleraron en el viejo continente el desarrollo del capitalismo mercantil, lo que permitió consolidar las monarquías autoritarias y asentar las bases materiales para las nuevas prácticas bélicas.

Los españoles y los portugueses no eran pueblos económicamente muy desarrollados. Ni España ni Portugal poseían una industria importante, ni una burguesía consolidada, y para organizar el comercio con las colonias se vieron obligados a recurrir a las ricas firmas bancarias del sur de Alemania o del norte de Italia. Tampoco poseían un mercado interno, el campesinado era pobre y su economía se movía en el terreno de la mera subsistencia. Por eso la mayor parte de las riquezas que arribaban a la península rápidamente se canalizaban a otros lugares del continente. De este modo, las primeras consecuencias de los nuevos descubrimientos geográficos fueron el rápido desarrollo del comercio y de la industria, y la nueva organización del crédito. También se produjo la llamada «revolución de los precios». La aparición en Europa de una cantidad enorme de meta-

les preciosos provocó un alza generalizada de los precios en todo tipo de mercancías que terminó afectando de forma desigual a clases sociales y territorios, saliendo claramente beneficiada la burguesía mercantil.

No obstante de esta inyección de numerario también se aprovecharon las grandes monarquías feudales, que habían terminado por doblegar, tras décadas de confrontación, a sus poderosas e insumisas clases nobiliares, imponiendo en cada uno de los reinos el poder autoritario de la corona. Sin embargo, en este proceso de forja de los nuevos Estados, las importantes ciudades comerciales italianas, a pesar de la riqueza amasada a lo largo de la Baja Edad Media producto del tráfico mercantil en el Mediterráneo, no fueron capaces de evolucionar hacia un Estado moderno y unificado, tal y como lo hicieron las monarquías feudales en Francia, Inglaterra o España.

Estos monarcas «modernos» continuaron con viejas y nuevas rivalidades, y emprendieron guerras que pretendían la expansión territorial o una cierta hegemonía en el plano geopolítico. Los conflictos entre ellos casi siempre derivaban en guerra, y la guerra cada vez necesitaba más dinero. Los soberanos, para financiar estas contiendas, pedían prestado a las más importantes casas comerciales o bancarias que estaban en disposición de prestárselo —con altísimos intereses dado el riesgo— gracias a la abundancia del oro y la plata americanos. Así la guerra se alimentó y evolucionó al calor de la expansión colonial y del desarrollo del mercado del dinero.

Durante el siglo XVI, hasta las más poderosas estructuras de poder europeas, como la monarquía hispánica, tuvieron que depender del mercado internacional de dinero y crédito para la organización militar. La guerra y los elevados costes de librarla aceleraron todo el proceso. La movilización de hombres y productos a través del mercado avanzó palmo a palmo, muchas veces por la fuerza, disolviendo los modelos económicos y sociales tradicionales. Podemos decir que el mercado galvanizó la guerra, y la guerra dinamizó y extendió el mercado como elemento central de la economía.

Dos años después del descubrimiento de América y solamente tres después de que Vasco de Gama trajera las primeras especias de la India, el

rey de Francia, Carlos VIII, atravesó los Alpes con un ejército de 18.000 hombres para conquistar Nápoles, pretextando derechos sucesorios a la corona de ese reino. La opulencia de la burguesía italiana hacía tiempo que atraía la codicia de los países vecinos. Las guerras feudales y los saqueos no eran ya posibles en el reino de Francia como antes, cuando el poder real era aún débil. Por otra parte, en un mundo fundamentalmente agrario, la avidez se concretaba en la posesión del territorio. Todo el mundo trataba de apoderarse de nuevos pedazos de tierra, por lejos que se hallaran de la propiedad principal, y por improductivos o difíciles de administrar que resultasen. Al igual que los grandes terratenientes de un país, los gobernantes aplicaban las mismas medidas a territorios tan distantes como, por ejemplo, Nápoles y París.

También la estructura social llamaba a la guerra. La nobleza servía ahora en los ejércitos reales y exigía del rey la realización de expediciones para conquistar otros países. Y una vez comenzada la guerra los mismos motivos valían para prolongarla. «¿Qué haremos? —preguntaba el mariscal francés Montluc a un capitán imaginario— ¿Qué haremos si no atesoramos dinero y nos quitan la paga de soldado? Cuando la guerra termine tendremos que ir al asilo, porque ni el rey ni nadie querrá nada de nosotros y somos pobres por nosotros mismos» (Hale, 1970: 184).

La guerra que Carlos VIII inició en 1494 no sólo iba a derivar en un conflicto de larga duración sino que iba a marcar un giro copernicano en la forma de hacerla, que terminó por afectar a todos los ejércitos. La envergadura de esta transformación la supieron intuir ya entonces, de modo sagaz, algunos contemporáneos. El historiador Guicciardini en sus *Ricordi* juzga la primera generación de las guerras italianas como un período revolucionario: «Las guerras anteriores a 1494 eran largas, las batallas incruentas y los métodos seguidos en el asedio de las ciudades lentos e inseguros; y aunque ya se hacía uso de la artillería se manejaba con tal carencia de habilidad que apenas causaba daños... Pero, al invadir Italia los franceses, infundieron tal movilidad a nuestras guerras, que hasta el año 1521, siempre que se perdía una batalla, se perdía el Estado con ella» (Guicciardini, 1530/1977: 127).

En esta primera expedición para invadir Italia los franceses se apoderaron de la mayor parte del país, emprendiendo un saqueo despiadado de

la población. Contra ellos unieron entonces sus esfuerzos varios Estados italianos, y Carlos VIII, temiendo ver cortadas las comunicaciones con Francia, se apresuró a regresar a su patria. Pero las tentativas de conquista las continuaron los sucesores de Carlos. Así se inició una lucha prolongada entre los reyes franceses y los Habsburgo por controlar, sobre todo, el rico norte de la península, y en esa lucha se forjaron las bases de la «revolución militar» de la modernidad (Rogers, 1995).

Italia será por tanto uno de los principales escenarios de conflicto en el primer cuarto del siglo XVI, y uno de los frentes donde librará sus guerras el monarca más poderoso del continente en aquel tiempo, el Emperador Carlos V. Los ejércitos del Emperador serán protagonistas de las dos contiendas más importantes en la primera mitad de la centuria: las guerras italianas contra las aspiraciones francesas y las luchas contra la nobleza alemana que había abrazado las ideas de Lutero, impulsor de la Reforma protestante frente a la Iglesia de Roma. Pero Carlos estará involucrado también en el frente oriental ante los turcos, que tras la conquista de Constantinopla en 1453, habían penetrado por los Balcanes llegando a asediar Viena en 1529. El emperador también se deberá enfrentar a los musulmanes en el norte de África, para intentar frenar las incursiones berberiscas en esa zona. Todo ese despliegue militar sostenido por Carlos V sólo puede explicarse, inicialmente, desde la potencia que el oro y la plata americanos concedían a la corona hispánica sobre todo en forma de créditos bancarios.

En ese llamado: «Siglo de España», el sucesor de Carlos, Felipe II, mantendrá intermitentemente la guerra contra Francia y también contra el turco (Lepanto 1571), y así mismo deberá hacer frente a los intentos de independentismo político-religiosos de sus posesiones en los Países Bajos (1566-1609), sin olvidar que en su afán hegemónico, y velando por el comercio con América, intentará en vano invadir las islas Británicas con una armada que se pretendía invencible (1588), para poner fin al continuo saqueo al que los corsarios ingleses sometían las naves españolas procedentes de las colonias.

Pero en medio de estos enfrentamientos entre potencias, la miseria campesina, las reivindicaciones de la burguesía municipal y las querellas religiosas darán vida también a distintos conflictos armados de naturaleza interna. En el año de 1524 comenzó en Alemania una gran rebelión cam-

pesina que afectó a Suabia, Franconia, Turingia y Sajonia. Aplastada por la nobleza alemana aún hubo un último eco de la misma naturaleza en 1534 y 1535, cuando los artesanos y clases populares de la ciudad de Munster en Westfalia se alzaron contra el poder, instaurando durante un tiempo una especie de comunismo primitivo basado en el Evangelio. En los reinos de Castilla y Aragón, Carlos V también tuvo que aplastar las revueltas de algunos municipios castellanos, convertidos en levantiscas Comunidades de Castilla (1521), así como las llamadas Germanías de Valencia, que en las mismas fechas protagonizaron un movimiento popular con un claro tinte social. Así mismo, Felipe II debió ahogar una revuelta morisca (1567-1571) y un conato de alzamiento de la nobleza aragonesa, que clamaba por sus fueros dos décadas después (1591). No obstante, fue en Francia donde la contienda civil, a causa de la religión, alcanzó una mayor virulencia con las Guerras de Religión (1562-1594) que jalonaron toda la segunda mitad del siglo XVI.

En todos estos conflictos se apuntaron y desarrollaron esas nuevas formas de hacer la guerra que terminaron por suponer una auténtica revolución. El predominio del arma de fuego sobre la lanza o la pica; el incremento significativo del tamaño de los ejércitos en toda Europa; la aparición de estrategias más complejas y elaboradas, así como la cada vez mayor repercusión de la guerra en la sociedad en función del aumento de los contingentes armados, lo que suponía mayores gastos y el nacimiento de una administración destinada a los problemas bélicos, serán los rasgos característicos de esa «revolución militar» que se proyectará durante los siglos siguientes.

Cañón y arcabuz

Fue la Europa renacentista la que empezó a comprender el efecto revolucionario del cañón en el campo de batalla. En 1494 Carlos VIII de Francia, al invadir Italia, ocupó Florencia sin mucho esfuerzo; luego, marchó contra Roma, y al año siguiente, habiendo capturado Nápoles, decidió salir de la península, destrozando antes en Fornovo a un ejército italiano coaligado. El irresistible avance de Carlos y sus victorias se debieron en gran medida a su magnífica artillería.

La artillería había conocido una profunda transformación en el último tercio del siglo XV. El período de experimentación con enormes cañones que no podían disparar más que unas cuantas veces por día había sido superado, y el tamaño dejó paso a la precisión y a la facilidad en el transporte. Así fue como, primero los borgoñones y después los franceses, introdujeron sustanciales mejoras en sus cañones colocándose a la cabeza del resto de Europa en cuanto al empleo de artillería de campaña.

Carlos VIII había confiado a Jacques de Genouillac mejorar el arma para hacerla más operativa. Los primeros cañones que habían aparecido no estaban montados sobre armones sino sobre carros muy grandes que iban tirados por bueyes. Como tales, eran poco adecuados para seguir al ejército, sobre todo si quería operar con éxito lejos de las propias bases. Por eso el francés se propuso desarrollar piezas de campaña más manejables y ligeras, fundidas en bronce y diseñadas para ser cargadas por la boca. Con este fin ordenó que no tuvieran más de 2,40 metros de largo y que fueran montadas sobre carros ligeros pero resistentes, de dos ruedas, tirados por caballos. Al mismo tiempo se introdujeron los «muñones», dos vástagos gemelos que surgían del centro de gravedad del arma. Los muñones facilitaban fijar el cañón al primitivo armón, y, sobre todo, permitían que la boca subiera o bajara por medio de cuñas colocadas bajo la recámara. Se podía así variar su alcance con enorme facilidad, manteniendo una velocidad de tiro relativamente rápida.

También se impusieron como munición habitual en los cañones las balas de metal en lugar de las piedras, ganando en potencia y eficacia, aunque, durante mucho tiempo continuaron subsistiendo numerosos calibres. La primera iniciativa para organizar el caos de los calibres en la artillería hispana partió del Emperador Carlos V que los redujo a 23 diferentes. En 1544 los ingleses todavía usaban artillería de once calibres distintos, cada uno de los cuales precisaba distinta cureña y distinta bala.

La expedición que Carlos VIII condujo a Nápoles fue la maravilla de la época sobre todo por un tren artillero tal como el mundo no lo viera antes. Con más de cuarenta bocas de fuego presentaba una gran versatilidad, desde las piezas mayores, que pesaban 6.000 libras y requerían doce caballos para arrastrar los carros sobre los que estaban montadas, —pensadas para el bombardeo de las fortalezas— hasta las más ligeras culebri-

nas, una pieza de pequeño calibre y cañón largo, capaz de disparar con mucha precisión. Comparadas con las primitivas bombardas del pasado, estas piezas eran delicadas y de elegante diseño, siendo frecuentemente labradas con los más artísticos motivos renacentistas; pero, sobre todo, eran temibles en el combate, lo que llevó a decir al historiador italiano Guicciardini que la artillería hacía del ejército francés un motivo de terror.

Los nuevos cañones revolucionaron las técnicas de asedio y la estrategia defensiva basada en el castillo. Las murallas de las ciudades eran todavía de tipo medieval: altas y muy vulnerables al tiro rasante de la artillería, por eso las plazas italianas no podían realizar una defensa eficaz contra el aparato de asedio de Carlos y se apresuraban a rendirse para minimizar el devastador efecto del asalto. Las viejas defensas que habían resistido, con más o menos fortuna, a las viejas máquinas de sitio ya no eran eficaces. Tan pronto como la artillería, que abría brechas y arruinaba los lienzos de muralla, comenzó a emplearse más que el asalto en escalada, surgió la necesidad de un nuevo tipo de fortaleza más moderno.

Tras la retirada de Carlos, los franceses no volvieron a Italia hasta 1499, con Luis XII, y en sólo ocho meses conquistaron el Milanesado. En esta segunda embestida el tren artillero había aumentado a 58 piezas de distintos calibres que demostraron su poder en la toma de Alessandría. Durante la noche fueron aproximados a 200 metros de las murallas la mayor parte de los cañones. Concentrados y puestos en batería abrieron fuego al alba e hicieron rápidamente una brecha bastante amplia para permitir el asalto de la ciudad.

El efecto de esta nueva artillería hizo que los ingenieros se volcaran sobre el problema de la fortificación. Las medidas que propusieron acabaron por restablecer un cierto equilibrio entre la potencia de fuego del atacante y la defensa amurallada de las fortalezas. Así los cambios más importantes en este período desde el punto de vista técnico fueron los realizados en el diseño y construcción de fortificaciones. El defensor disponía también de bocas de fuego y podía instalarlas a cubierto, pero le era imposible concentrarlas; la altura y la estrechez de las antiguas almenas no se prestaban a ello. Fue necesario, pues, rebajarlas y ampliarlas en forma de plataformas para poder emplazar en ellas las piezas.

Estas nuevas murallas eran compactas, bajas y construidas en talud, de manera que resultasen un blanco más difícil para la artillería, y que en ellas rebotaran las balas esféricas. También debían ser lo bastante gruesas para resistir los bombardeos, así como el retroceso de los propios cañones. Pero al reducirse la altura se perdió para el defensor la ventaja del escalonamiento y quedó también limitado su campo visual, por lo que cada vez era más necesario rodear las plazas fuertes de anchos fosos y parapetos exteriores, a fin de mantener a distancia a los asaltantes y a la vista de los asediados.

Fue así como se impuso la construcción de fortines adelantados o bastiones que permitían hostigar al atacante con un eficaz fuego de flanco cuando intentaba aproximarse a la muralla. El bastión consistía en una sólida construcción que sobresalía desde la cortina del muro, aproximadamente a la misma altura, presentando por regla general un ángulo al campo circundante. En él se asentaban cañones capaces de rechazar cualquier asalto a la muralla y de cubrir los puntos ciegos del bastión cercano, ya que desde estas posiciones, dispuestas en radios, se lograba dominar una amplia extensión de terreno.

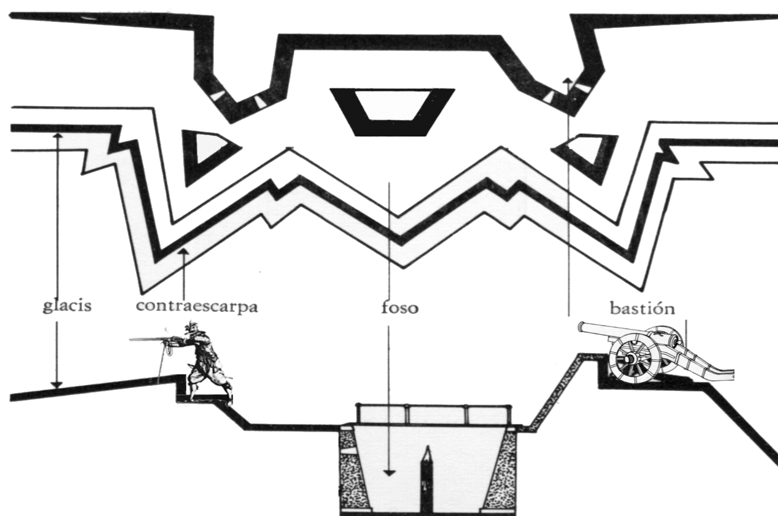
Fueron los arquitectos italianos, como Francesco di Giorgio Martini (1439-1502), los que desarrollaron ese nuevo esquema, por eso a este tipo de fortificaciones se les denominó *trace italienne*. En muchos casos se prefirió modificar las antiguas murallas antes que construir otras que se ajustaran estrictamente al nuevo modelo, dado su elevado costo. Con la remodelación de los viejos muros, los sitiados se limitaban en caso de ataque a intentar taponar las brechas con trabajos internos y a defender la posición por medio de la propia artillería a ras de suelo. Durante el siglo XVI no fueron muchas las fortificaciones, como la de Amberes (1540), construidas siguiendo escrupulosamente la nueva planta. En ese sentido se puede afirmar que hacia el final de la centuria la teoría sobre fortificaciones llevaba gran ventaja a la práctica.

No obstante la *trace italienne* alteró el ritmo de la guerra que había impuesto Carlos VIII, por lo que constituye uno de los factores más importante de la estrategia en el siglo XVI. Una vez más las fortalezas, aunque fueran solo remozadas, se hicieron punto menos que inexpugnables. Esto junto con la escasez de fondos, común a todos los gobiernos de Europa, condujo, tras las guerras italianas, al predominio de la estrategia

defensiva, o, al menos, a la estrategia de largo plazo. La gente se atrincheraba en las plazas fuertes y los generales adversarios no se atrevían a seguir la campaña sin reducirlas, desplegando en estos asedios un número cada vez mayor de hombres.

En el sitio de Metz (1552), el ejército atacante llegó a sumar 50.000 efectivos sin que el bloqueo fuera completo. Carlos V reunió para este asedio 60 piezas en una gran batería, que intentó instalar lo más cerca posible del foso y apuntando a uno de los lienzos más débiles del muro. La artillería imperial logró una frecuencia máxima de 1.400 tiros por día. Cuarenta días después de la instalación de la «batería», se habían lanzado más de 8.000 proyectiles sobre la cara sur de la ciudad, batiendo muros y torres; pero las murallas en ruinas dejaban al descubierto la protección de tierra que las reforzaba desde el interior. Finalmente Carlos V tuvo que levantar el sitio. Su ejército se hallaba física y moralmente arruinado por las inclemencias del tiempo y la enfermedad, y el emperador tuvo que renunciar al asalto.

No obstante las guerras de Italia sirvieron para que el cañón se impusiera como arma estratégica y los poderes políticos empezaron a invertir



Esquema de una fortificación de tipo *trace italienne*

en ella. El primer cuarto del siglo XVI conoció la adopción y mejora de importantes parques artilleros. Se introdujo una pólvora más grosera, que ardía rápidamente y lanzaba el proyectil con más fuerza. Mediante técnicas más precisas en la fundición y el taladro se aumentó la precisión de las piezas, y se hizo un esfuerzo por reducir la variedad de calibres. Francisco I y Enrique II de Francia establecieron seis tipos de calibre en su artillería. Podemos decir que estructuralmente este tipo de cañón que nació entonces permaneció básicamente inalterado durante trescientos años. No obstante el arma no entusiasmaba a todos. Escritores como Maquiavelo o Fourquevaux, en sus descripciones de batallas imaginarias, no permitían a la artillería hacer más que una o dos descargas antes de quedar fuera de combate por el asalto de la caballería enemiga.

Sin embargo, y a pesar de estas reticencias, el fuego de la artillería no sólo modificó el trazado de las fortalezas sino que también contribuyó a revolucionar la táctica de la batalla en campo abierto. A comienzos del siglo XVI los grandes protagonistas del combate seguían siendo los piqueros y la caballería; ambos cuerpos chocaban con primitiva violencia e intentaban abrir brecha en las filas contrarias.

Los suizos gozaban en esa época de una tremenda reputación en Europa como piqueros y creían ser los mejores soldados del mundo. Recibían un concienzudo entrenamiento en las guarniciones antes de ser enviados a la lucha, eran duros y acostumbrados a las privaciones, y su disciplina era severísima ya que la vida del piquero dependía de la entereza de sus compañeros. Su costumbre de no hacer prisioneros, su negativa a sacrificar el orden al botín, su implacable castigo a las vacilaciones los convertían en un modelo del profesional de la guerra bien preparado. El emperador Maximiliano había introducido en sus ejércitos cuerpos de piqueros, llamados lansquenetes, que muy pronto adquirieron la destreza y el prestigio de los suizos.

A comienzos del siglo, los piqueros suizos todavía seguían apuntándose sonadas victorias. Su triunfo sobre los franceses en Novara (1513) confirmó su fama cuando al avanzar las tres columnas de piqueros en *échelon* (escalonadas) causaron estragos en la caballería francesa. Ésa era su táctica habitual. Articulados en tres columnas profundas y en paralelo, una ligeramente detrás de la siguiente, se sostenían mutuamente gracias a su

escalonamiento en profundidad, procurándose así protección en los flancos y una reserva para la columna atacante más destacada.

Novara fue, no obstante, la última victoria importante de los piqueros en masa. Francisco I en 1515 se enfrentó a ellos con 72 cañones en Marignano. Los suizos, inferiores en número y virtualmente sin caballería, se lanzaron al ataque, pero los cañones franceses abrieron grandes boquetes en sus filas. Tras 28 horas de lucha, algo inusual en la época, las crónicas nos dicen que sólo 3.000 suizos escaparon con vida de una fuerza total de 25.000, diezmados por la artillería. Marignano fue el colofón de la leyenda suiza de invencibilidad. Tras una o dos experiencias más de ataques frontales contra el cañón, el antiguo prestigio de los confederados se derrumbó para siempre, aunque siguieron siendo apreciados como sólidos mercenarios y no se pudo prescindir de sus picas durante mucho tiempo.

Pero no sólo fue el cañón de campaña quien contribuyó a este cambio, ya que el arcabuz cumplió también su función. Las primeras armas de fuego individuales aparecieron en la segunda mitad del siglo XIV, y consistían en pequeños cañones en miniatura. Montadas sobre un pie de madera, que era clavado al suelo, el soldado debía aplicar una mecha al fogón del arma para producir el disparo, con lo que la precisión de tiro y su manejo dejaban mucho que desear; de hecho se requerían dos hombres para dispararla. Los principales problemas que planteaban estas armas se centraban en el método de disparo y en su peso, ya que para lograr perforar las armaduras el calibre debía ser bastante grueso.

Una solución parcial al primer problema se dio con la invención en el siglo XV del serpentín. Se trataba de una pieza basculante en forma de Z que giraba sobre su eje central. Esta pieza estaba montada en el lateral del cañón y era coincidente, en uno de sus extremos, con el fogón donde estaba depositada la pólvora. Si se oprimía la parte inferior de este primitivo disparador, la superior se movía adelante y atrás. En la parte superior del serpentín se fijaba un trozo de mecha confeccionada con cuerda de lino o cáñamo empapada en una solución de salitre y puesta a secar. Como ardía con lentitud y producía un ascua muy viva, era ideal para encender la pólvora cuando el soldado hacía bascular suavemente la pieza hacia el fogón.

También se incorporó al arma una culata como la de la ballesta, con lo que el serpentín podía ser accionado por la misma mano que la empu-

ñaba, logrando así un mejor control del arma y permitiendo apuntar con más precisión al apoyarla en el hombro. Se logró así mismo reducir el peso, en torno a unos 14 kilogramos, y se alargó el cañón a más de 90 centímetros, reduciéndose el calibre y proporcionándole mayor alcance y precisión.

El paso siguiente consistió en el descubrimiento de un sistema mecánico para accionar el serpentín, conocido como «llave de mecha». En realidad se trataba de un muelle y un resorte operado por un gatillo: al ser disparada el arma, el serpentín, automáticamente, basculaba hacia delante y luego hacia atrás, quedando listo para el siguiente disparo, pudiendo usarse en el manejo ambas manos y apuntar con mayor facilidad. El arma de fuego dotada con llave de mecha se conocía con el nombre de arcabuz, y en los comienzos de las guerras italianas estaba ya en uso.

El hombre que primero reconoció la potencialidad del arcabucero y quien primero lo integró en un sistema táctico fue Gonzalo de Córdoba, más conocido por el Gran Capitán, que en 1495 había sido enviado a defender los intereses aragoneses en el sur de Italia. La innovadora apuesta de Gonzalo por este tipo de arma cosechó los mejores resultados frente a los franceses en la batalla de Cerignola (1503). Las unidades españolas de infantería —unas pocas filas de arcabuceros delante y los piqueros detrás de ellos— estaban atrincheradas en un viñedo, tras empalizadas. Esta posición, tan poco común, y la confianza puesta en la potencia de fuego de la nueva arma, convirtieron este encuentro en un punto de inflexión respecto a la batalla en campo abierto de época anterior.

En Cerignola, Gonzalo indujo al enemigo a atacarle, hostigando a la formación francesa por medio de la caballería ligera. La infantería francesa y los piqueros, mercenarios suizos en *échelon*, se lanzaron al ataque de cabeza, creyendo que su embestida quebraría la tenue línea española. Pero cuando estuvieron a tiro, los arcabuceros españoles abrieron un fuego graneado. Los asaltos franceses se repitieron, pero con el mismo resultado, y hasta el general, Nemours, fue muerto por una bala. En el momento en que la desmoralización cundió entre las filas francesas, los españoles contraatacaron, rematando su acción con las picas y capturando el tren de artillería del enemigo, que no había sido puesto en funcionamiento.

Los efectos de Cerignola pronto se hicieron notar. Se siguió perfeccionando el arma de fuego individual y el arcabuz evolucionó al mosquete, al tiempo que todos los ejércitos planificaron incorporar arcabuceros en sus filas. El prestigio de la nueva arma quedó refrendado por el hecho de que los arcabuceros de primera clase comenzaron a estar mucho mejor pagados que el piquero más destacado, y las batallas de Bicocca (1522) y Pavía (1525) terminaron de consagrar lo revolucionario del arcabuz en los enfrentamientos armados del siglo.

En su evolución hacia el mosquete los cañones de los arcabuces se alargaron hasta unos 120 cm de longitud y la culata adquirió una forma más adecuada. La llamada «culata española» tenía sólo una leve curva, y se estrechaba para permitir asirla con firmeza pasando el pulgar por encima de ella. El extremo posterior del cañón requería la mayor resistencia, puesto que allí se producía la explosión; por lo tanto, esta parte solía ser octogonal y gradualmente adoptaba forma circular hasta un tercio de la longitud del arma. La llave también se perfeccionó incorporando una cazoleta junto al fogón. La cazoleta tenía una tapa giratoria que podía cerrarse sobre la pólvora de cebo y protegerla contra el viento y la lluvia. El serpentín estaba montado ahora en la parte frontal de la llave y cuando se accionaba el gatillo, retrocedía hacia la cazoleta prendiendo la pólvora del cebador para luego volver a su posición.

Pero el mosquete de llave seguía siendo pesado y su manejo lento. Se debía introducir la pólvora por la boca, seguida por una bala esférica de plomo, para la que el cañón resultaba bastante holgado. La bala pesaba algo menos de 40 gramos y tenía un diámetro de 20 a 25 mm. Era esencial que la bala fuese bien atacada hacia abajo y contra la pólvora, pues si quedaba un espacio entre ambas podía resultar peligroso, por eso se solía envolver la bala en un pedazo de tela para que entrara a presión. Para realizar esta operación se utilizaba una baqueta o varilla, inserta en un canal practicado en la caja de madera debajo del cañón, que después de comprimir pólvora y bala se metía de nuevo en ese lugar.

Todo esto obligaba al arcabucero, o mosquetero, a llevar una bolsa con balas, una mecha, material de limpieza, la baqueta y pólvora en unos tubitos colgados de una bandolera, por lo general en número de 12, y conocidos por eso como «los doce apóstoles», amen de una horquilla

sobre la que se apoyaba el arma para hacer más preciso el tiro, aunque la precisión no estaba entre sus cualidades. No obstante el arcabuz corriente se mostró sumamente efectivo contra formaciones a distancias de hasta 100 metros. El principal problema venía una vez efectuado el disparo, ya que el soldado se hallaba indefenso, pues la carga por la boca implicaba, en 1620 y según las ordenanzas, 44 movimientos, lo que reducía su cadencia de tiro a unos cuarenta disparos por hora, con lo que el mosquetero necesitaba de piqueros que le protegiesen mientras volvía a recargar.

El uso generalizado de la pólvora también revolucionó los enfrentamientos navales y contribuyó a afianzar el proceso colonizador europeo. Hasta la apertura de las rutas americana y asiática, por españoles y portugueses, el principal escenario de confrontación continuó siendo el Mediterráneo y las tácticas de combate no habían variado sustancialmente desde la antigüedad. La embarcación por excelencia del Mediterráneo era la galera, impulsada por remos y con una simple vela latina. Su rasgo distintivo era el espolón, porque la táctica de la galera aún consistía en intentar abrir una vía de agua en el casco enemigo, o bien recurrir al abordaje.

El único cambio introducido en las galeras desde el siglo XIII había consistido en un incremento del tamaño y del armamento. Una gran galera de guerra desplazaba, a comienzos del siglo XVI, unas 170 toneladas, y medía 40 metros de eslora y nueve de manga, siendo impulsada por 75 remos. Contaba también con cañones emplazados en la proa y en la popa, ya que los remos impedían su montaje en los costados. Básicamente era una nave de baja borda diseñada para aguas tranquilas y poco viento, ligera, rápida y manejable, pero con una tripulación muy numerosa que podía llegar a los 400 hombres.

Una variante mejor armada era la galeaza que llevaba hasta 30 cañones montados en una cubierta sobre los remeros, dos en la proa, seis en la popa, y 11 cañones más ligeros en cada costado. Pero el peso de los enfrentamientos seguía recayendo en los soldados que se apiñaban sobre el puente de cubierta, prestos para abordar la galera enemiga.

Éstas fueron las naves que protagonizaron, en palabras de Cervantes: «la más alta ocasión que vieran los siglos», al enfrentarse en el golfo de Lepanto las galeras turcas y las de la coalición cristiana mandadas por Don

Juan de Austria, en octubre de 1571. Lepanto fue la última gran batalla naval de este tipo de buques. Algunos estudiosos achacan la victoria cristiana a la mayor potencia de fuego de los barcos aliados, mejor artillados y con un mayor número de infantes armados con arcabuz.

Pero la galera, aunque podía surcar aguas oceánicas, no estaba pensada para las nuevas rutas comerciales que se estaban explorando. Las irresistibles correrías de los europeos por todos los mares del mundo en este período fueron posibles por el desarrollo del barco de vela conocido como galeón, armado con cañones en sus costados.

Los marinos europeos comprendieron rápidamente que los cañones que estaban revolucionando espectacularmente la guerra en tierra podían hacer lo mismo en el mar. Los barcos de construcción sólida, como los en uso en las aguas del Atlántico, podían convertirse en plataformas flotantes de artillería, comparables en cuanto a su potencia de fuego a los bastiones de las murallas en las ciudades. Estos nuevos buques hicieron que la artillería resultase decisiva tanto en la defensa como en el ataque. El impacto de un cañoneo en barcos de construcción ligera era mucho más catastrófico que el de los mismos cañones sobre los muros de un castillo, ya que su resultado podía suponer el hundimiento del adversario. Las nuevas tácticas navales, como el empleo de fuego de costado y la sustitución del abordaje por fuego de artillería, se comenzaron a apuntar en el siglo XVI, imponiendo que la lucha a distancia terminara siendo la más efectiva entre navíos a vela.

El perfeccionamiento de este nuevo tipo de buque fue lento. El peso de los cañones era elevado si se quería lograr un alcance eficaz en torno a los 200 metros. Unido a esto el retroceso de la pieza podía ser muy peligroso para la tripulación e incluso para la misma embarcación que la empleara. Hubo por tanto que introducir importantes modificaciones en la artillería naval. Los cañones, por su peso, tuvieron que desplazarse hacia la línea de flotación, lo que obligaba a abrir troneras en los costados de la nave que tenían que poderse cerrar de modo estanco cuando no hubiera enfrentamiento a la vista. Este desplazamiento del cañón, para que asomase por la tronera, guardaba relación con el problema de la absorción del retroceso tras el disparo y con la carga por la boca de la pieza.

Los primeros en dar solución a estas cuestiones fueron los ingleses. Adoptaron un nuevo tipo de cureña para el cañón naval, con cuatro pequeñas ruedas en vez de dos, capaz de absorber el retroceso rodando hacia atrás sobre el puente y llevando de este modo la boca del cañón dentro del casco para recargarlo cómodamente. El retorno a la posición de disparo exigía que la tripulación impulsase el cañón hacia adelante con un aparejo especial por medio de poleas. Ya en 1514, un buque de guerra construido para el rey Enrique VIII de Inglaterra sentó las bases de este diseño. Parece ser que una de las razones del fracaso de la Armada Invencible radicó en el lento proceso de adopción de este nuevo sistema a las naves españolas.

Con estos cambios, la adaptación de los navíos de alta mar a la revolución artillera quedó completada eficazmente. En adelante, los barcos europeos pudieron contar con una aplastante superioridad en los encuentros armados con los buques de diferentes diseños en cualquier océano de la tierra. Cañones pesados, transportados por barcos mercantes, posibilitaron la rápida expansión del predominio europeo en aguas americanas y asiáticas. El fácil éxito de los portugueses frente al puerto de Diu en la India contra una flota musulmana mucho más numerosa (1509) demostró decisivamente la superioridad que las armas de largo alcance otorgaban a los marineros europeos ante enemigos cuyo concepto de una batalla naval seguía consistiendo en el acercamiento y el abordaje.

Toda esta revolución militar fue impulsada por el desarrollo del capitalismo mercantil. En tierra fueron las riquezas que arribaban de las colonias las que financiaron las nuevas formas de hacer la guerra. En el mar fue la nueva forma de hacer la guerra la que garantizó el flujo de la riqueza a favor de una u otra corona, y en beneficio de las distintas burguesías mercantiles.

En este período perduraba una estrecha relación entre la marina mercante y la armada. No había armada lo bastante numerosa para prescindir de buques mercantes, ni había país lo bastante rico para dedicar sus buques de guerra exclusivamente a la lucha. En Inglaterra, por ejemplo, el tráfico mercante de cierta envergadura estaba subvencionado por la corona con vistas a utilizarlo para reforzar a la armada, y en tiempos de paz los buques de la escuadra eran alquilados a los comerciantes.

Esta estrecha simbiosis entre mercaderes y ejércitos se cimentó en el triunfo de la pólvora, porque como decía un soldado imaginario en la obra de Robert Barret *Theory and practice of modern wars*, un tratado militar de 1598: «Señor, lo pasado, pasado está, y… las guerras han cambiado mucho desde que aparecieron por primera vez las llameantes armas» (Parker, 1990: 38)

Ejércitos y Tercios

Uno de los efectos de la revolución militar fue el aumento de los efectivos en todos los ejércitos. La ampliación de las operaciones, la concurrencia en distintos frentes o la difusión de la *trace italienne* explican en parte ese fenómeno. Sobre todo el último factor obligaba a la movilización de importantes contingentes. Las plazas fuertes, cuando ofrecían resistencia, absorbían una gran cantidad de efectivos en el cerco. Si a esto sumamos que los teatros de operaciones podían estar muy alejados del propio territorio y que se debía velar por mantener las comunicaciones protegiendo las rutas con destacamentos diseminados a lo largo de ellas, se explica el crecimiento de los efectivos.

Los ejércitos debieron rondar en la mayoría de los casos los 50.000 hombres. Durante el reinado del emperador Carlos V, en el año 1552, se calculaba que las arcas reales debían sostener una caballería de 22.200 hombres y una infantería de 87.000 en Alemania y los Países Bajos, junto con más de 24.000 soldados en Lombardía y al menos otros 15.000 en Nápoles, Sicilia, África del Norte y España, lo que hacía un total de 148.000 hombres. Esta cifra se mantuvo, o se incrementó ligeramente, bajo el reinado de Felipe II y no fue superada por ningún otro Estado europeo a lo largo del siglo.

Las monarquías más poderosas siguieron acariciando la idea de un modelo de ejército permanente y fue Francia, de nuevo, el Estado que más porfió en ello, intentando vitalizar la leva de arrendatarios que debían servicio militar a cambio de sus feudos; aunque su utilidad fue decayendo a medida que la infantería, especialmente los arcabuceros, ganaba en importancia.

Francisco I creó en 1534 siete legiones provinciales de 6.000 hombres cada una, armados y equipados por cuenta del Estado. La analogía con la

legión romana, influencia de Vegecio, era evidente. Pero a pesar de estas tentativas las levas nunca dieron resultado, y los expertos militares siguieron considerando que las guerras del siglo no se ganaban enfundando a paisanos en un uniforme y dándoles un nombre romano.

En realidad los ejércitos descansaban sobre una mezcla de soldados profesionales, —enganchados a filas por distintos procedimientos— y cuerpos mercenarios. La extracción social de los primeros basculaba entre los desheredados de las clases populares y los marginales proclives a la delincuencia. El cronista militar Brantóme (1540-1614) era consciente de este hecho, aunque consideraba que, con su incorporación a filas, los reclutados experimentaban un proceso de regeneración: «Antiguamente no se hacía ningún caso de la infantería de Francia porque en su mayor parte estaba compuesta de bribones y pícaros, mal armados, mal constituidos, holgazanes, salteadores y explotadores del pueblo. Se les llamó bandidos, asalariados, ladrones, palurdos, lacayos, aventureros de guerra... Luego, estos nombres se convirtieron en el hermoso nombre de soldados...» (Wanty: 1972: 111). Lo cierto es que, más allá de la arrobada admiración del francés, la naturaleza social de estas tropas ofrecía pocas dudas. Cuando Felipe II necesitó desesperadamente soldados para la guerra de Flandes, formó un tercio de bandoleros catalanes a quienes perdonó sus penas con la condición de que entraran en el ejército de su majestad.

Tanto para el soldado enganchado como para el mercenario, su compromiso con la lucha radicaba en la paga, razón por la que el mantenimiento de un ejército numeroso durante largos períodos de tiempo se convertía en una onerosa carga para los Estados. La falla en la puntual recepción de haberes podía acarrear graves problemas de indisciplina que en ocasiones derivaban en motines de imprevisibles consecuencias; como en 1576, cuando las tropas españolas al no recibir sus soldadas, saquearon la ciudad de Amberes para resarcirse, provocando la ruina de la población y el odio entre sus habitantes. También los lansquenetes alemanes, después de ayudar a la salvación de Viena cercada por los turcos, exigieron paga triple y amenazaron con asaltar ellos mismos la capital si no se les concedía lo que habían solicitado. En este extremo no se pueden establecer diferencias entre los cuerpos mercenarios y las tropas de enganche, lo único que les preocupaba era el dinero.

El ejército español en Flandes se amotinó cuarenta y cinco veces entre 1572 y 1609. MacNeill (1988) ha llegado a comparar los motines militares del siglo XVI con las huelgas obreras de época posterior, ya que resultaban un método eficaz de presionar a las autoridades para obtener demandas salariales. Las tropas «leales» no solían atacar a sus compañeros amotinados; y puesto que prácticamente todas las unidades en campaña tenían pagas pendientes, era peligroso tratar de reducir a una unidad rebelde lanzando a otras en su contra: por tanto, al final, lo mejor era satisfacer sus reivindicaciones.

El soldado que predominaba en estos ejércitos era el infante, bien piquero o arcabucero. Pertrechados fundamentalmente con el arma que les daba el nombre, completaban su equipo de modo heterogéneo. Podían portar un casco o yelmo abierto, una coraza, con peto y espaldar, y llevaban también espada y daga. La indumentaria varió sustancialmente respecto al caballero medieval. Era posible, desde luego, fabricar corazas lo suficientemente recias para resistir el impacto de las balas, pero habían de ser gruesas y pesadas, por lo que las complejas y trabajadas armaduras a la antigua, que nos han llegado de esta época, sólo eran empleadas para la exhibición. Por otra parte la movilidad en el combate, tanto para el manejo de la pica como para la carga del arcabuz, exigía un equipamiento liviano, lo que terminó por desterrar la vieja imagen del guerrero acorazado.

También se modificó la tradicional espada, larga y pesada, aligerándose considerablemente. La hoja se estrechó, disponiendo el arma para la estocada más que para el tajó, y la empuñadura se afiligranó en las guardas, que se convirtieron en algunos casos en un primoroso envoltorio de volutas y varillas muy trabajadas y altamente decorativas, embellecidas con cincelados y damasquinados en metales preciosos. No obstante, la espada de combate era más sencilla y solía tener una hoja de doble filo y punta, con una guarnición simple, casi siempre con guarda levemente curvada hacia abajo o con una simple cazoleta o taza, y varilla horizontal que la atravesaba. Otras armas como el arco o la ballesta desaparecieron de los campos de batalla ante la eficacia de la pólvora.

Pero sin duda el hecho más revolucionario en la composición de los ejércitos fue el predominio de la infantería sobre la caballería. La caballería pesada medieval prácticamente se extinguió y la proporción de jinetes

respecto a los infantes decreció ostensiblemente en todos los ejércitos, pasando, como media, a ser un jinete por cada siete infantes. En 1494 la caballería representaba aún los dos tercios del ejército francés; sin embargo, en 1528, esta proporción había descendido hasta llegar a constituir solamente un décimo de los efectivos. Tan marcada era esta tendencia que, hacia 1536, la caballería española contaba sólo con 5.300 jinetes, o sea, la duodécima parte del contingente de infantería.

Las armas tradicionales de la caballería, lanzas o jabalinas, también desaparecieron casi totalmente, siendo sustituidas por la pistola, un invento alemán del que se tiene noticia militar por primera vez en la campaña de Mühlberg (1547). El adelanto técnico que permitió la aparición de la pistola fue la invención de la «llave de rueda». Este mecanismo funcionaba de una forma muy similar al que se utiliza para producir chispas en un moderno encendedor. Cuando se tiraba del gatillo, un muelle muy tenso hacía girar a gran velocidad una rueda fresada contra una sustancia como la pirita o el pedernal que hacía saltar chispas. Al disponerse este mecanismo en el costado de la pistola, cercano al fogón y a la cazoleta que contenía la pólvora de cebado, las chispas producían el disparo. Por medio de una palanca, el tirador volvía a tensar el fleje de la rueda para poner de nuevo a punto el arma.

Como la llave de rueda era delicada y costosa, apenas fue empleada para mosquetes y arcabuces, pero sirvió para armar a los jinetes, que gracias a ella podían manejar la pistola con una sola mano mientras sujetaban las riendas con la otra. Así todos los ejércitos la adoptaron rápidamente como arma principal de la caballería. Quienes mejor la manejaban eran los alemanes, conocidos por *reiter*. Cada jinete, que se protegía con una armadura negra, llevaba dos pistolas enfundadas en estuches de silla. La característica maniobra táctica de los *reiters* era el «caracol». Formados en varias líneas cada una de ellas cabalgaba sucesivamente hasta el enemigo, disparaba y volvía grupas para cargar de nuevo sus pistolas y formar otra vez en la retaguardia del escuadrón. Era un sistema azaroso, puesto que la complicada maniobra podía provocar confusión, pero resultaba más eficaz que la primitiva lanza.

A pesar de su decadencia la caballería ligera siguió siendo indispensable para reconocimientos, incursiones y para hostigar a fuerzas que estu-

vieran ya en combate, mientras que los escuadrones de caballería pesada, donde continuaban figurando los nobles del reino, se reservaban las cargas decisivas en la batalla espada en mano.

La consideración social de estas tropas variaba según quien las enjuiciara. Las clases altas y, en general, el mundo de las letras enaltecían la figura del soldado como antaño lo hicieran con el caballero. Los viejos mitos del noble guerrero se adaptaban a la realidad presente para ensalzar las virtudes militares del combatiente, y el poder político adulaba a la tropa como no lo había hecho antes. En los discursos pronunciados por las autoridades en 1528 ante las milicias florentinas, a fin de despertar su entusiasmo por la actividad militar, Pier Filippo Pandolfini ensalzó la disciplina de las armas diciendo que superaba todas las otras ciencias y virtudes, y Luigi Alamanni les exhortó a experimentar ante ese servicio la misma reverencia que pudieran sentir por el servicio divino.

Por el contrario la opinión del pueblo llano siguió considerando a la soldadesca como lo había hecho siempre: con temor a los desmanes que pudiera cometer y con el deseo de mantenerla lo más alejada posible. Cuando un caballero, en el *Discourse of the Common Weal* (1549), lleno de admiración describe las legiones francesas a un labriego inglés, el rústico le responde: «No permita Dios que caigan entre nosotros tales tunantes, pues se dice que en tierras de Francia toman a los pobres sus gallinas, sus cerdos y otras provisiones sin pagar como no sea cometiendo la villanía de seducir a su esposa o a su hija» (Hale, 1970: 333). El temor del pueblo estaba más que justificado ya que la guerra en los teatros de operaciones seguía siendo tan brutal como en el pasado.

La estrategia desarrollada por estos ejércitos fue bastante rudimentaria. Por lo general, el orden de batalla de masa contra masa, basado en la tradición, se mantuvo, aunque se impusieron modificaciones tácticas. El arcabuz convirtió a la infantería en el cuerpo más importante en el combate, siendo piqueros y arcabuceros complementarios en esas nuevas tácticas en las que resultaba imprescindible combinar las dos armas. La pica sola era vulnerable a las armas de tiro. Los arcabuceros solos podían ser destruidos por un cuerpo de caballería que cargara sin ofrecer demasiado blanco. Si se contaba con picas para frenar la carga de los jinetes y dar tiempo a los arcabuceros para volver a tener lista su arma, las posibilidades de éxito estaban del lado de la infantería.

Una vez asimilados estos cambios derivados del uso generalizado de la pólvora se libraron pocas batallas campales a gran escala. El legado de Gonzalo de Córdoba y *trace italienne* hicieron normal la guerra defensiva. Los generales preferían la maniobra, fintando y buscando el modo de atacar al enemigo sobre la marcha, para cortar sus comunicaciones o hacerle rendirse por hambre, antes que los ataques frontales. Quedó subordinada así la estrategia a la toma o el levantamiento del bloqueo en fortalezas o ciudades. Porque no hay que olvidar el papel importante que pudieron desempeñar toda una red de plazas fortificadas, aunque sus defensas fueran mediocres, dentro de unas regiones pobres en comunicaciones por las que debían evolucionar unos ejércitos que sólo podían vivir sobre el terreno.

Un ejemplo notable de este tipo de guerra lo tenemos en la defensa de la Provenza contra la invasión de un fuerte ejército imperial, en 1536. Dos plazas: Marsella y Arlés, se prepararon para soportar el asedio. Un ejército, a las órdenes del condestable Anne de Montmorency, creó un campo atrincherado delante de Aviñón; un segundo ejército se estableció en Valence. Todas las demás ciudades fueron desmanteladas. Se organizó el éxodo sistemático y total de la población hacia las montañas; se destruyeron los víveres, los molinos, los hornos, se cegaron los pozos. Fue verdaderamente la táctica de «tierra quemada», calcinada y sin agua. Bandas de guerrilleros no cesaron de operar sobre la retaguardia de los imperiales que asediaban Marsella. Después de dos meses de esfuerzos, reducidas por el hambre, diezmadas por las epidemias, las tropas de Carlos V debieron efectuar una retirada desastrosa bajo los ataques de la población, dejando en Provenza cerca de la mitad de sus efectivos.

La «revolución militar» afectó en mayor o menor medida a todos los ejércitos europeos durante el siglo XVI, pero a lo largo de la centuria fue el ejército español el que destacó sobre todos los demás por su infantería, cuya superioridad constató ya Maquiavelo y cuya pujanza sobrevivió hasta el final de la guerra de los Treinta Años. Durante el primer cuarto de ese siglo, los ejércitos españoles fueron capaces de tender un puente que enlazaba las tácticas del pasado con las modernas técnicas de hacer la guerra, y en este proceso de transformación nacieron los Tercios, como innovadoras unidades en las que se acrisolaban muchos de los cambios que se estaban produciendo. Estas unidades de infantería de los reyes de España fueron la elite del ejército durante cien años.

El origen de su nombre, Tercios, resulta dudoso, aunque el maestre de campo Sancho de Londoño, en un informe dirigido al duque de Alba, afirmaba que procedía de ser tres mil hombres, —la mitad de una antigua legión— los que componían la dotación de estas unidades. Fueron oficialmente creados por Carlos I tras la reforma del ejército de 1534, como guarnición de las posesiones españolas en Italia y para operaciones expedicionarias en el Mediterráneo. Así nacieron el Tercio de Lombardía, el Tercio de Nápoles y el Tercio de Sicilia, que fueron los primeros y más antiguos de todos los que se crearon.

El Tercio era una unidad administrativa y en ese sentido incorporaba una innovación, el Estado Mayor o Estado Coronel. Este Estado Mayor, de 29 miembros, desempeñaba papeles administrativos como servicio de intendencia o de pagamento. Pero el Tercio era también una unidad táctica, y el Estado Mayor era responsable de la dirección militar de la unidad, que presentaba un buen balance entre armas de fuegos y armas blancas.

En un principio este tipo de unidades estaban compuestas por unos 3.000 infantes, divididos en doce compañías de unos 250 hombres cada una, repartidas entre piqueros y arcabuceros. La realidad es que a lo largo de su historia los efectivos rondaron casi siempre la mitad de esas cifras, y la relación entre tiradores y piqueros, con distintas oscilaciones, por unidades o a lo largo del tiempo, fue de un 60% y un 30% respectivamente.

El maestro de campo (coronel) mandaba el Tercio, asistido por un sargento mayor (comandante) y un furriel mayor (ayudante), así como por otros oficiales de la plana mayor. Las compañías estaban también divididas en escuadras de 25 hombres al mando de un cabo. Se puede añadir que había otra subdivisión, las llamadas «camaradas», que tenían de 6 a 12 hombres. Estas «camaradas» no eran realmente una estructura de combate sino un grupo de hombres que compartían la comida, el alojamiento, etc.

Los ejércitos españoles de aquel tiempo estaban formados por soldados reclutados en todos los dominios de los Habsburgo, amén de otros territorios donde abundaban los mercenarios: alemanes, italianos, valones, suizos, borgoñones, flamencos, ingleses, irlandeses, etc. Con ellos se formaba el llamado Ejército de las Naciones. Bajo Carlos I sólo el 16,7% de la infantería era de origen español, mientras que en el Ejército de Flandes

la media de españoles era del 14,4%. Ahora bien, inicialmente, sólo los originarios de la Península Ibérica estaban agrupados en Tercios y durante todo el período de funcionamiento de estas unidades se mantuvo vigente la prohibición de que en dichos Tercios se encuadraran soldados de otras nacionalidades, aunque en los años 80 del siglo XVI se constituyeron los primeros Tercios de italianos, y a principios del siglo XVII se crearon los Tercios de valones.

Por tanto los soldados del Tercio eran voluntarios reclutados sobre todo en el reino de Castilla. La Real Hacienda hacía un contrato con un capitán, cuya reputación garantizaba su capacidad para alistar el número necesario de efectivos, y los inspectores gubernamentales vigilaban que se hubieran cumplido las cantidades establecidas en el contrato, antes de pagar al capitán. Los reclutas pasaban una revista de inspección, en la que el «veedor» comprobaba sus cualidades y admitía o expulsaba a los que servían o no para el servicio.

A diferencia de otros ejércitos, en el de los Tercios, el soldado no estaba obligado a jurar fidelidad y lealtad al rey. El alistamiento era por tiempo indefinido, hasta que el rey concedía la licencia, aunque también los capitanes generales podían licenciar a la tropa. Los reclutas bisoños eran adiestrados por los veteranos bajo la dirección del cabo de la escuadra; una vez eran considerados aptos para el servicio activo se les mezclaba con tropas experimentadas para completar su formación y minimizar su inexperiencia en el campo de batalla.

El ascenso para hacer carrera militar, teóricamente, se debía al mérito, pero primaban la antigüedad y el rango social. Para ascender de soldado a cabo se solía tardar como mínimo cinco años, uno de cabo a sargento, dos de sargento a alférez y tres años de alférez a capitán. El capitán de una compañía de Tercio era el mando supremo que debía rendir cuentas ante el sargento mayor, que a su vez era el brazo derecho del maestre de campo, designado directamente por el rey.

La vida en los Tercios era dura para la tropa. Sin uniformar y debiendo vestirse por su cuenta, el soldado solía llevar una cruz roja cosida sobre la casaca para identificarse como perteneciente al ejército español. Tenía asegurada la comida que consistía en un kilo aproximado de pan o bizco-

cho, una libra de carne y media de pescado seco, y una pinta de vino, más aceite y vinagre, lo que aportaba de 3.300 a 3.900 calorías diarias. El rancho se lo debía preparar él mismo, aunque esta función solía correr a cargo de uno de los miembros de la «camaradas», o de alguno de los numerosos civiles que acompañaban a la formación.

La estricta disciplina, los peligros del combate y un salario que si se pagaba puntualmente, no llegaba a los tres escudos al mes para un piquero, tampoco contribuían a mejorar las condiciones. Todo esto explica que el número de pérdidas mensuales para un Tercio del mismo ejército, entre 1586 y 1620, diera una media de 1,6%. En ejércitos extranjeros las perdidas mensuales variarían del 2% al 7%. Generalmente en un Tercio disciplinado el 50% de las pérdidas eran debidas a deserciones y sólo el resto lo eran por enfermedad y combate. Al final, durante la segunda mitad del siglo XVII, la tasa de deserción en los Tercios provinciales llegó a aumentar de modo considerable oscilando entre 30 y el 40%. En 1694 el Ejército de Cataluña estaba perdiendo por mes una media del 3,1% de su infantería por deserción.

Tampoco era muy halagüeño el retiro que esperaba a estos hombres de armas. En los últimos años del siglo XVI, las quejas sobre el abandono en que se tenía a la profesión militar, en contraste con las ricas prebendas que obtenían los que seguían carreras civiles, fueron apartando a la nobleza del servicio. El gobierno hacía poco caso de los viejos soldados, y sólo algunos privilegiados obtenían la alcaldía de un castillo o cualquier otro cargo subalterno que les permitiera vivir.

A mediados del XVII, el marqués de Aytona describía así el triste fin de los veteranos: «Unos se van despechados a sus tierras, al abrigo de algún pariente, resueltos a pasar en suma miseria primero que volver a servir. Otros vuelven desesperados al ejército, y no sólo amotinan a los demás por la mala voluntad con que ya sirven sino que me han asegurado que por esto los años 1644, 45 y 46 se fueron a servir a venecianos, a Florencia y otras partes más de 1.500 veteranos y 200 reformados, y muchos toman partido por nuestros enemigos. Otros se envilecen, y por vivir se ponen a servir en oficios bajos. Muchos se entregan a los vicios. Otros piden limosna en los conventos, y aun en la calle, y otros perecen de necesidad» (Domínguez Ortiz, 1973: 47).

Los Tercios actuaban en el campo de batalla como un gran cuadro formado por los piqueros que configuraban el centro del dispositivo táctico, escoltados por formaciones más reducidas de arcabuceros y mosqueteros, que se denominaban «mangas», aunque también solían dejar libres a algunos grupos de tiradores, para hostigar al enemigo. Sobre esta estructura básica se podían organizar diferentes variantes en función de las necesidades tácticas en cada caso. Esas variaciones dieron pie a una técnica bautizada por los españoles como «arte de escuadronar».

Se consideraba que en el escuadrón cada hombre ocupaba un espacio de 0,32x0,32 m, unas medidas que nos indican la naturaleza teórica de la suposición. La distancia entre piqueros de una misma hilera era 0,64 m, mientras que para los arcabuceros se concebía algo mayor, 0,96 m. Así la distancia entre dos hileras era de 1,92 m. Sobre estas cifras los tratadistas de la época se afanaron en plantear fórmulas y tablas para componer distintas formaciones.

El escuadrón mas conocido era el llamado «cuadro de terreno», un gran cuadrado de piqueros de unos 60x60 metros, que agrupaba a unos 1.500 hombres, flanqueado en sus cuatro esquinas por sendas «mangas», formadas también en cuadro, de arcabuceros, a razón de unos 250 tiradores por manga. Esta formación era la más empleada en campo abierto, transmitiéndose las órdenes a través del sargento mayor a los sargentos de compañía y sus capitanes, que la desplazaban a la tropa. Todos los movimientos se realizaban en absoluto silencio, de modo que sólo en el momento del choque estaba permitido gritar «¡Santiago!» o «¡España!».

La superioridad del tercio sobre el modelo del cuadro compacto suizo radicaba en que era muy difícil de romper, ya que los piqueros estaban resguardados por el fuego de los arcabuceros y la artillería, que se situaban en lugares separados. Así se obtenía un sistema donde los tiradores disminuían la potencia del enemigo con su fuego antes del choque de las picas. De la misma manera los piqueros creaban una fortaleza donde los tiradores podían protegerse de la caballería. Por otra parte su eficacia se basaba también en la fluidez táctica que favorecía la disposición combativa del infante, al tener una mayor capacidad de dividirse en unidades más móviles hasta llegar al cuerpo a cuerpo individual.

El fuego a discreción inicial, que tan certeramente empleó la infantería española en batallas como Pavía, cedió paso con el tiempo a las descargas hechas a la orden de mando. Fue así como nació la táctica de «fuego por hileras» marchando hacia el enemigo. Los hechos demuestran que los Tercios, en su madurez, eran capaces de mantener un fuego continuo rotando las hileras, es decir que cuando una hilera de arcabuceros había disparado iba atrás para recargar moviéndose gradualmente hacia adelante con las sucesivas descargas hasta que le volvía a tocar su vez. Debido a la lentitud del proceso de recarga, se precisaba una formación de muchas filas de profundidad para procurar tiempo suficiente para dicha operación. Así los tiradores eran desplegados de 3 a 12 filas según el tipo de fuego que querían disparar, fuego continuo o fuego de precisión.

Muchas de las acciones de guerra en las que participaron los Tercios no fueron grandes batallas, sino una sucesión de golpes de mano, escaramuzas, pequeñas batallas y asedios. En todos estos casos, los Tercios resultaron muy eficientes. Especialmente en los ataques por sorpresa denominados «encamisadas». No obstante, durante muchos años su superioridad quedó tan bien establecida que ningún ejército podía hacerles frente en condiciones de igualdad.

Dos elementos que entornan la guerra desde la antigüedad también experimentaron profundos cambios durante este período. Nos referimos a la diplomacia y al espionaje. La diplomacia se estructuró y dio sus primeros pasos hacia una forma de organización moderna. Las embajadas puntuales que en el pasado enviaban los Estados para mantener contactos esporádicos se hicieron ahora permanentes. Al complicarse la política exterior y hacerse más amplia, cada Estado, en especial los débiles, sintieron la necesidad de estar enterados de las intenciones de los demás. Esto sólo podía conseguirse con el mantenimiento de representantes permanentes en las respectivas cortes. Por otra parte, al calor del ideario humanista, surgirán las primeras reflexiones sobre el derecho internacional, fomentando la conveniencia de arreglar las diferencias entre los Estados a través de las vías diplomáticas, lo que aumentó el tiempo dedicado a las negociaciones y contribuyó a consolidar la figura de los embajadores estables.

Pero los embajadores, no podemos olvidarlo, también han cumplido siempre una misión de información. En ese sentido cuanto mejor organi-

zados estuvieran los servicios de información de los Estados tanto más rápidamente podrían ser movilizados los ejércitos. Por eso, las cortes europeas se aprestaron a complementar la labor de las embajadas con la creación de rudimentarias redes de espionaje.

El más antiguo servicio secreto organizado en Europa fue el inglés. Sir Francis Walsingham (1530-1590), secretario de Estado de la reina Isabel, creó entre 1560 y 1575 la primera organización dedicada a esas labores, reclutando a sujetos hábiles en abrir las cartas, en rehacer los sellos, en imitar las escrituras y las firmas. Un tal Thomas Phelippes se encargaba exclusivamente de descifrar las claves secretas y de elaborar otras para sus propios agentes. Walsingham enviaba informadores a las cortes extranjeras y a las universidades, que aprovechaban cualquier ocasión para ganarse la confianza de los embajadores de las pequeños Estados ante las grandes potencias como Francia y España. Uno de sus hombres trabó tan buena amistad con el representante de la Toscana en Madrid, que consiguió introducir a un agente en esa embajada. Así el correo diplomático toscano, convenientemente copiado por el espía inglés, transmitía con puntualidad todo movimiento en los puertos españoles. De esta manera, Walsingham pudo conocer con detalle los preparativos de la Armada Invencible.

Durante el siglo XVI, tan rico en innovaciones, los hombres no sólo cambiaron la manera de hacer la guerra sino que escribieron prolijamente sobre ella. La difusión de la imprenta y las inquietudes literarias multiplicaron las publicaciones de todo tipo dedicadas al tema. No obstante se tuvieron que vencer algunos reparos ya que existía el temor a que este tipo de tratados pudiera caer en manos de los infieles. Pero semejantes reservas respondían más a la existencia de determinados monopolios que a los escrúpulos religiosos. Por ejemplo, mientras se conservaran en Italia los secretos de la fundición de armas y de la construcción de fortificaciones, el resto de las naciones estarían obligadas a recurrir a fundidores e ingenieros italianos.

Los tres países que produjeron la mayor parte de la literatura militar durante el Renacimiento fueron Francia, Italia y Alemania. Al igual que había ocurrido en generaciones anteriores, las obras de Vegecio y Frontino gozaron de gran popularidad, junto con la de los historiadores griegos y

romanos; y es que en plena fiebre humanista a todos los escritores les gustaba refrendar sus opiniones con las citas de un autor clásico.

De entre toda esta ingente producción merece destacar la obra de Maquiavelo, *El Arte della Guerra*, publicada en 1521. El mérito del libro, desde el punto de vista militar, es relativo, pero en él descuella la altura intelectual de su autor, capaz de incardinar el tema en una perspectiva más amplia de lo habitual.

La idea política que guiaba su pluma como tratadista militar era crear una península itálica unida frente al peligro exterior. Consciente de la emergencia de modernos Estados que competían por la hegemonía europea, Maquiavelo llegaba a la conclusión que la guerra adoptaría el carácter de una diplomacia armada que terminaría por enfrentar a los príncipes que pugnaban por la conquista del poder. Intuía, también, que los incipientes nacionalismos de estos nuevos Estados iban reemplazar el ideal medieval de una comunidad cristiana. Partiendo de estos presupuestos, el florentino fue capaz de exponer una acerada filosofía política en la que primaba el realismo y la *raison d'état* sobre las artificiosas razones morales de época anterior.

Sus fuentes eran clásicas: Jenofonte, César, Frontino, y sobre todo Vegecio que los engloba a todos. Influido por ellas Maquiavelo nos dice que los grandes jefes de la antigüedad no consideraban el ejercicio de la guerra como un verdadero arte sino simplemente como una necesidad política. Y aunque nuestro escritor no muestra ningún reparo en aceptar el uso de la fuerza para alcanzar el objetivo deseado, considera que un hombre de bien no debe dedicarse a la carrera de las armas, porque según un viejo proverbio «la guerra crea los ladrones y la paz los conduce al patíbulo» (Lib. I). No obstante admite en último extremo la guerra como algo necesario pero la concibe como una empresa en la que deben ser los mismos ciudadanos los que conscientemente estén «dispuestos a ir a la lucha con el fin de procurarse una paz estable» (Lib. I).

Maquiavelo había visto de cerca las innumerables tropelías de los mercenarios, italianos o extranjeros, lo que unido a su admiración por lo clásico, le lleva a proponer como alternativa a este tipo de ejército la creación de una milicia de ciudadanos soldados, reclutados entre los 18 y los

30 años, e inspirada en el modelo de la legión romana. La nueva legión constaría de 2.000 picas, 1.000 «tiradores» y de 3.000 hombres armados con espada y escudo al estilo romano (Lib. II). Una parte muy secundaria era la reservada a las armas de pólvora, pues el crítico florentino estimaba que la artillería era útil simplemente para abrir una batalla, y las armas pequeñas sólo eran efectivas principalmente en las escaramuzas. También la caballería quedaba reducida a la labor secundaria de exploración o incursiones.

Maquiavelo acertaba al considerar que los modernos ejércitos habían hecho ya anticuado el concepto medieval de la guerra, y se mostraba como un crítico implacable de las extravagancias bélicas de los condotieros, pero era incapaz de aceptar la profundidad de los cambios que se estaban produciendo. En ese sentido *El Arte della Guerra* no pasa de ser un tratado militar más, de los muchos que se escribieron en la época, incitando a un tímido compromiso entre la innovación y las antiguas formaciones, aunque en todo momento deja traslucir su desconfianza por lo moderno. Según él, la artillería no era sino un «mal complementario» que no modificaba fundamentalmente nada el planteamiento de la batalla (Lib. III). Únicamente fue en su visión del reclutamiento por conscripción en lo que Maquiavelo se anticipó trescientos años al futuro militar de los modernos Estados nacionales que estaban despuntando en aquella época.

En el plano estratégico la obra no aporta tampoco novedades sustanciales. No obstante se pueden resaltar algunas ideas que dejan traslucir lo fundamental de sus planteamientos morales en los que priman la sutileza y la astucia que caracterizan tópicamente su obra. Maquiavelo afirma que en la guerra es importante obrar de tal manera que el enemigo se vea sorprendido. La sorpresa es el factor esencial de la victoria. Para obtenerla es conveniente no mostrarse ni arrogante, ni temerario, engañando al adversario e induciéndole a una falsa confianza (Lib. VI). Por otra parte subraya que la sorpresa también puede radicar en la novedad, por eso el caudillo militar debe poseer el arte de saber inventar algo propio que desconcierte y ofrezca ventaja en la lucha.

Junto a Maquiavelo el ejemplo más sobresaliente de un tratado sobre la guerra realizado con sobrio estilo realista es el *Nef des Princes et des batailles*, de Robert de Balsac o Balzac, señor de Entragues. Impreso en 1502,

este libro refleja la experiencia militar de su autor en las campañas de Armagnac y Bretaña acompañando a Luis XI, así como en las guerras de Italia con Carlos VIII. A diferencia de la obra de Maquiavelo, la del francés pone el énfasis en el eficaz uso de las armas de fuego y las formaciones modernas, y concede a la artillería toda la importancia del que ha podido comprobar sus efectos en el campo de batalla.

Su autor también nos informa con detalle sobre la manera de dirigir un asedio, demostrando los conocimientos que posee sobre las nuevas técnicas de fortificación y sitio. Respecto a la manera de conducir la guerra, Balzac no se muestra hipócrita, como los tratadistas militares del medioevo. A pesar del tinte moralista que respiran algunos pasajes del libro, recomienda al príncipe, de modo despiadado, que arrase el campo enemigo siempre que sea necesario.

Aunque se manifiesta partidario de un exacto cumplimiento de los tratados, advierte de que nunca se debe esperar honradez de los demás, en particular durante una tregua, por lo que insta a la utilización de espías antes de la campaña y mientras dure ésta. También trata detenidamente de los peligros de la indisciplina y preconiza un rigor implacable para mantenerla, al tiempo que sugiere que la moral de las tropas debe elevarse, siempre que sea necesario, mediante la circulación deliberada de rumores alentadores aunque sean falsos. Por todo esto la teoría militar de la *Nef des Princes et des Batailles* se nos presenta como un magnífico compendio de la nuevas actitudes ante la guerra y alcanza una proyección en el tiempo mucho mayor que las ideas militares de Maquiavelo.

La batalla: Pavía

La batalla de Pavía sirve para ilustrar el cambio de tendencia que se produjo en los conflictos armados a comienzos de la Edad Moderna: el sitio relativamente prolongado de una plaza fuerte, el papel desempeñado por los arcabuceros, el declive de la caballería pesada, la improvisación y flexibilidad en las tácticas convierten esta batalla en un ejemplo. Pero Pavía fue también un encuentro con hondas repercusiones políticas que, entre otros efectos, señaló el inicio de la hegemonía hispana durante más de cien años en el terreno militar y en el plano internacional.

El enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I, que condujo a la derrota francesa en Pavía, se debió a diferentes causas. El reino de Francia, el más poblado de Europa, había salido de la guerra de los Cien Años, como Castilla y Aragón de la Reconquista, con una tradición combativa y una fiebre expansionista orientada hacia Italia que hacía inevitable la rivalidad entre estas potencias.

Fernando de Aragón, valiéndose del genio militar del Gran Capitán, había conseguido mantener la supremacía española en el sur de Italia y hacer fracasar las tentativas de ocupación llevadas a cabo por Carlos VIII y Luis XII de Francia, pero la pugna por el norte de la Península Itálica continuaba viva. Al heredar las coronas de sus abuelos, Carlos I, se convirtió en un poderoso monarca y en el lógico rival de Francisco I por el control de esos preciados territorios.

Ya en 1515 Francisco I se había apoderado del ducado de Milán, y cuatro años después optó a la corona imperial. Pero el apoyo financiero, brindado por los grandes banqueros en forma de generosos préstamos, apostó por el joven Carlos, que finalmente fue proclamado Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Francisco I no sólo quedó despechado sino que vio así mermado su prestigio, sumando otro motivo más para el enfrentamiento entre ambos monarcas. Aunque lo más grave era que la nueva situación creada colocaba a Francia en una posición geoestratégica complicada, al ver amenazadas sus fronteras al sur por España, y al este por el Imperio, controlado ahora por Carlos.

El principal escenario de la confrontación permanente entre Carlos y Francisco estaba en Italia. Milán, postrer feudo del Imperio germánico,

jugaba un papel clave en el eje hispano-austriaco. Cercano a Génova, representaba un eslabón vital en la cadena de comunicaciones entre los reinos hispánicos y el Franco Condado, y entre aquellos y el Tirol. Por eso, en noviembre de 1521, tropas imperiales junto con las del papa León X restablecieron en Milán a su aliado el duque Francisco Sforza.

No obstante, tres años después, Francisco I atravesó los Alpes y reconquistó Milán en octubre de 1524. Este golpe maestro tomó de flanco al ejército enemigo. La amplitud del plan estratégico, la precisión y audacia en su ejecución, suscitaron la admiración incluso de Carlos y sus aliados. Tras esta jugada maestra a los imperiales no les quedó otro remedio que refugiarse en Alessandría, Lodi y Pavía. Los franceses sabían que esta última ciudad era un punto clave para el control y dominio del ducado de Milán y decidieron ponerle sitio.

Pavía estaba defendida por algunos miles de hombres. Las cifras varían según los autores y oscilan entre 6.000 y 11.000, con una mayoría de lansquenetes de origen alemán y un menor número de españoles. La ciudad quedó bajo el mando de Antonio de Leyva, militar admirado por el Emperador y de reputada solvencia, que completó el dispositivo de defensa interior con amplias y profundas trincheras flanqueadas por las mismas casas de la ciudad. Su resistencia proporcionó a Carlos el tiempo suficiente para reunir un ejército de socorro compuesto por una masa heterogénea, integrada por españoles, alemanes e italianos.

A pesar de que los oficiales de Francisco le recomendaron levantar el cerco, para no quedar aprisionados por las fuerzas que defendían la ciudad y las que se aproximaban, el rey francés, confiando en sus tropas y conocedor de los problemas monetarios del enemigo, decidió mantener la posición.

El cerco se estableció, según el estilo de la época, en un campo atrincherado protegido por una línea de contravalación, —con reductos ocupados por grandes piezas de artillería separadas por cestones— y dispuesta contra la intervención del ejército de socorro. Así las líneas de asedio que rodeaban Pavía presentaban fortificaciones tanto hacia el interior, de cara a la ciudad, como hacia el exterior. En el conjunto del dispositivo, y como fortaleza avanzada, un punto fuerte que dominaba la ruta de acceso: el par-

que amurallado de Mirabello, una amplia reserva de caza cercada por un gran muro de 21 km de largo, 2,5 m de alto y 40 cm de ancho. En el medio del parque había un edificio llamado Castillo de Mirabello que fue elegido por Francisco I como su cuartel general, mientras que el grueso de su ejército acampó en el interior del recinto murado.

El marques de Pescara, general en jefe de los ejércitos imperiales en ese escenario, llegó ante Pavía el 7 de febrero e instaló su campamento, próximo al del enemigo, frente a un punto del parque conocido como Torre del Gallo. Desde el primer momento, se dedicó a hostigar las posiciones francesas, en un tipo de guerra poco «heroica y noble» pero eficaz para distraerlos del cerco. Sin embargo Pescara era consciente de que la situación no se podía mantener por largo tiempo.

El estado en el que se encontraban los defensores de la ciudad era más que comprometido. A los sitiados, —faltos tanto de alimentos como de pólvora— les resultaba cada vez más difícil mantener la posición. Por otra parte, los mercenarios, que llevaban tiempo sin percibir su soldada, empezaban a considerar la posibilidad de rendir la plaza y pasarse en masa al ejército sitiador. Leyva tuvo que utilizar todos los recursos a su alcance para poder aplacar los ánimos, pero era consciente de que si no se producía una rápida y decisiva intervención de Pescara resultaría imposible mantener la defensa de la plaza por mucho tiempo.

Las fuerzas enfrentadas, según a los autores que se lean, aumentan o disminuyen. Entre 35.000 y 20.000 hombres en cada bando, hay todo un margen de cifras, aunque parece ser que estaban más o menos igualados en números totales, con superioridad en caballería pesada y artillería por el lado francés. A los franceses se habían sumado el cuerpo de mercenarios *Della Bande Nere* y distintas fuerzas de varias ciudades italianas, e incluso más de 10.000 hombres pagados por el Papa. Los imperiales habían reclutado lansquenetes, entre otros al famoso Jorge von Frundsberg, señor de Mindelheim, que a pesar de ser luterano mantenía su fidelidad al emperador Carlos. Parece ser que fue la llegada a Italia de los 12.000 lansquenetes de Frundsberg lo que acabó por empujar al fin al Marqués de Pescara a pasar a la ofensiva, antes de que los problemas por la paga se extendieran también en las filas del ejército de socorro.

Lo que pasó en el encuentro lo debemos deducir de las diversas fuentes que han llegado hasta nosotros y en las que no se encuentran ni claridad ni coincidencia. De origen español, una de la más conocidas y extensas es la de Fray Juan de Oznaya o de Oznayo, que antes de ser religioso fue soldado y tomó parte en la batalla. Es esta relación, que insertó casi literalmente el obispo Fray Prudencio de Sandoval en la *Vida* que escribió del emperador Carlos V, de quien fue cronista, la que más predicamento ha tenido, aunque podríamos citar otras como la del arcabucero Martín García Cereceda, testigo y actor del suceso, o la carta dirigida por el marqués de Pescara al Emperador, fechada en Pavía el 24 de febrero de 1525, sobre la que se construyó la *Relación* oficial que el Gobierno del Emperador hizo publicar para conocimiento general sobre lo sucedido.

El Marqués de Pescara consciente de que los franceses no abandonarían sus fortificaciones y de que esperarían cualquier ataque desde las posiciones del campamento imperial, opto por dar un rodeo y atacar a través del inmenso parque amurallado de Mirabello. Los imperiales querían ocupar el castillo en el centro del parque para hacer prisionero a Francisco, desconociendo que éste había desplazado sus reales a un extremo del recinto. Pretendían así mismo combinar su ataque con una fuerza que saliera de Pavía, a la que podrían proporcionar, en el peor de los casos, comida, pólvora y sobre todo dinero para poder mantener la defensa. Si la acción era exitosa, aunque no se capturara al monarca, posiblemente los franceses levantaran el sitio, ya que ellos también comenzaban a notar los efectos del alquiler de tanto mercenario.

Desde el día 19 de febrero, los zapadores del ejército imperial realizaron pequeñas incursiones introduciéndose en el parque para localizar la zona idónea para abrir brecha en el muro. El sitio elegido, aunque no se conoce con total precisión, estaba alejado del campamento de Pescara. En el momento oportuno una pequeña fuerza haría una maniobra de distracción frente a la Torre del Gallo, manteniendo el fuego toda la noche con sus arcabuces y artillería, para entretener a los franceses. Al amanecer, tres cañonazos seguidos serían la señal para que Leyva y sus hombres salieran de Pavía y enlazaran con la fuerza de rescate dentro del mismo Mirabello. Durante la noche, el grueso de los imperiales se habría desplazado sigilosamente desde su campamento hasta las brechas abiertas para penetrar en el parque antes del alba.

A las diez de la noche del día 23 de febrero de 1525, las tropas de Pescara comenzaron una sigilosa marcha para rodear el muro del parque por el norte. Se ordenó a la tropa guardar absoluto silencio y que los soldados llevaran una camisa blanca por encima de sus vestiduras para distinguirse en la oscuridad. El hecho dará origen al término «encamisada» que servirá para designar los golpes de mano con los que se hicieron famosos los Tercios.

Sobre la misma hora en que comenzaba la marcha, el destacamento de gastadores imperiales, que ya se encontraba en el punto elegido, comenzó la tarea de abrir tres brechas en el muro. Se había desechado el uso de la pólvora para no alertar al enemigo. Con todo, el movimiento de las tropas fue detectado por una unidad de caballería ligera francesa, encargada de la custodia de la valla en la zona norte. Pero su jefe, Charles Tiercelin creyó que se trataba de un redespliegue, y solo alertó a la guarnición de Torre del Gallo, pero no tomó ninguna medida más.

Hacía las doce de la noche, los imperiales, al mando del virrey Lannoy, llegaron a la altura de las brechas pero los zapadores aun no habían terminado de forzar la muralla, por lo que se ordenó a los soldados que les apoyaran en su trabajo, ya que cuanto más tardaran, más riesgo corrían de ser descubiertos. Finalmente hacia las cuatro de la mañana, las patrullas de caballería francesa alertaron de ruidos a su jefe. Tiercelin, ahora sí, avisó a su rey. Hacia las cinco de la mañana, el señor de la Flourence al mando de 3.000 piqueros suizos y Tiercelin con unos 1.000 jinetes se dirigieron hacia el norte del parque por donde ya comenzaban a penetrar los hombres de Pescara.

Sobre las cinco de la mañana, una vanguardia de 3.000 arcabuceros españoles e italianos, a la orden del Marqués del Vasto, ya había entrado en el parque y marchaba hacia el Castillo de Mirabello, que ocuparon hora y media después sin encontrar excesiva resistencia, capturando el equipaje de Francisco, pero sin encontrar al rey en el recinto.

En esos momentos Francisco I comenzaba a desplegar más de 30 piezas de artillería pesada, amén de muchas otras de menor calibre. Esta artillería era su principal baza ante los imperiales, ya que los franceses podían mover y emplazar con relativa rapidez sus cañones. Esa, quizás, fue la mayor sorpresa con la que se encontró el Marqués de Pescara, quien segu-

ramente daba por hecho que las baterías de su adversario continuarían apostadas apuntando a Pavía.

Una hora antes de tomar el castillo de Mirabello se habían producido ya los primeros encuentros. La caballería ligera imperial, que había penetrado en el recinto y se desplazaba hacia el sur, junto con algunas piezas de artillería, se topó con los jinetes de Tiercelin y con 3.000 suizos a las órdenes de Flourance. La niebla y la oscuridad que aun reinaba limitaban la visibilidad a poco más de 100-150 metros, cuando ambas unidades de jinetes chocaron, comenzando a librarse un duro combate, mientras que los arcabuceros del Marqués del Vasto pasaron a 100 metros de los suizos sin ser detectados. Finalmente los franceses lograron rechazar a los jinetes ligeros imperiales, que huyeron hacia los bosques cercanos y hacia las brechas por las que habían entrado.

En ese momento se dio la señal para la salida de las fuerzas de Pavía. Los franceses, que preveían un ataque de las posiciones desde las que se les había estado hostigando toda la noche, fueron sorprendidos en su retaguardia por el asalto procedente de la ciudad. Leyva había mandado abrir una brecha en la muralla de Pavía para que la salida de sus hombres fuera más rápida, y dirigía, desde unas andas, la operación, ya que la gota lo tenía inmovilizado.

Mientras, por las brechas abiertas en el muro del parque ya habían pasado los lansquenetes alemanes, unos 8.000 hombres, al mando de von Frundsberg. Formandos en dos grandes cuadros avanzaban hacia el sur, cuando de repente chocaron con los piqueros suizos, los mismos que habían pasado junto a las tropas de del Vasto sin ser vistos. Los lansquenetes, después de 45 minutos de combate, arrollaron a los 3.000 suizos de Flourance, que se retiraron con muchas perdidas, sobre las 7:45 de la mañana, hacia la Torre del Gallo, perseguidos por un escuadrón de 3.000 o 4.000 Lansquenetes.

En estos encuentros los imperiales habían logrado superioridad local en el norte del parque; y la toma del castillo en la parte central impedía la comunicación entre los distintos cuerpos franceses. Pero la principal fuerza francesa era la caballería pesada que estaba con el rey, hacia el oeste, así como su artillería. Fue una batería de unas doce piezas la que, al avistar a

los hombres de Pescara, primero abrió fuego cogiendo a las formaciones imperiales de enfilada y causando muchas bajas.

Para entonces los jinetes franceses ya se habían equipado y organizado un enorme escuadrón, en cuatro filas, presto a entrar en acción. Parece ser que fue el propio monarca el que, de modo impaciente, forzó el ataque y se lanzó a la carga contra los jinetes imperiales en cuanto los avistaron. El resultado del choque sólo podía ser uno. En unos 5 minutos, la caballería imperial fue rechazada y obligada a retirarse, mientras que los infantes buscaban refugio entre los árboles. Francisco I entusiasmado gritó al Mariscal de Foix: «Ahora si soy el Duque de Milán». Tras lo cual ordenó perseguir a los jinetes en retirada.

Pero para realizar la carga, la caballería francesa había tenido que atravesar el frente de su propia artillería a la que no le quedó más remedio que cesar su fuego. Ahora los jinetes de Francisco se encontraban en una situación peligrosa: estaban inmóviles y desorganizados, bloqueando su propia artillería, que ya no disparaba, y aislados de su infantería. Pescara inmediatamente cobró conciencia de la situación, y mandó mensajes a del Vasto para que atacara por el flanco derecho a la masa de caballería francesa, ya que la carga se había dado a escasa distancia del castillo de Mirabello. Del mismo modo, avisó a Frundsberg pidiendo refuerzos, y desplegó a los arcabuceros en el bosque, frente al cual se hallaba detenida y reorganizándose la caballería francesa.

Eran las ocho de la mañana cuando los arcabuceros españoles comenzaron un fuego graneado sobre la masa de jinetes enemigos, apuntando preferentemente a los caballos, ya que un caballero con armadura al caer al suelo era víctima fácil de los de a pie. La infantería francesa que atacó para ayudar a su rey fue bloqueada por los lansquenetes imperiales, y en el violento combate que siguió terminó cediendo frente a los hombres de Frundsberg. En esos momentos la confusión era la nota dominante en todo el campo de batalla y la carnicería estaba siendo horrible.

Los principales señores del reino que rodeaban a Francisco I caían por decenas bajo los disparos de los arcabuceros imperiales. Los jinetes, abatidas sus monturas, apenas podían defenderse, y eran rematados y despojados por los infantes. El mismo monarca fue derribado de su caballo y

hecho prisionero por tres vulgares villanos. Cuentan las crónicas que gentes de la escolta del propio Lannoy, al servicio del Emperador, tuvieron que matar a alguno de los suyos para que no acabaran con la vida de tan noble prisionero, dándonos así una idea de cómo la jerarquía, el rango social y el poder simbólico se imponían sobre cualquier otra consideración. No obstante sobre las 8:30 de la mañana el ejército francés estaba derrotado y huía o se retiraba de la mejor manera que podía, ahogándose muchos de los fugitivos al intentar atravesar nadando el río Ticino que bordea la ciudad de Pavía.

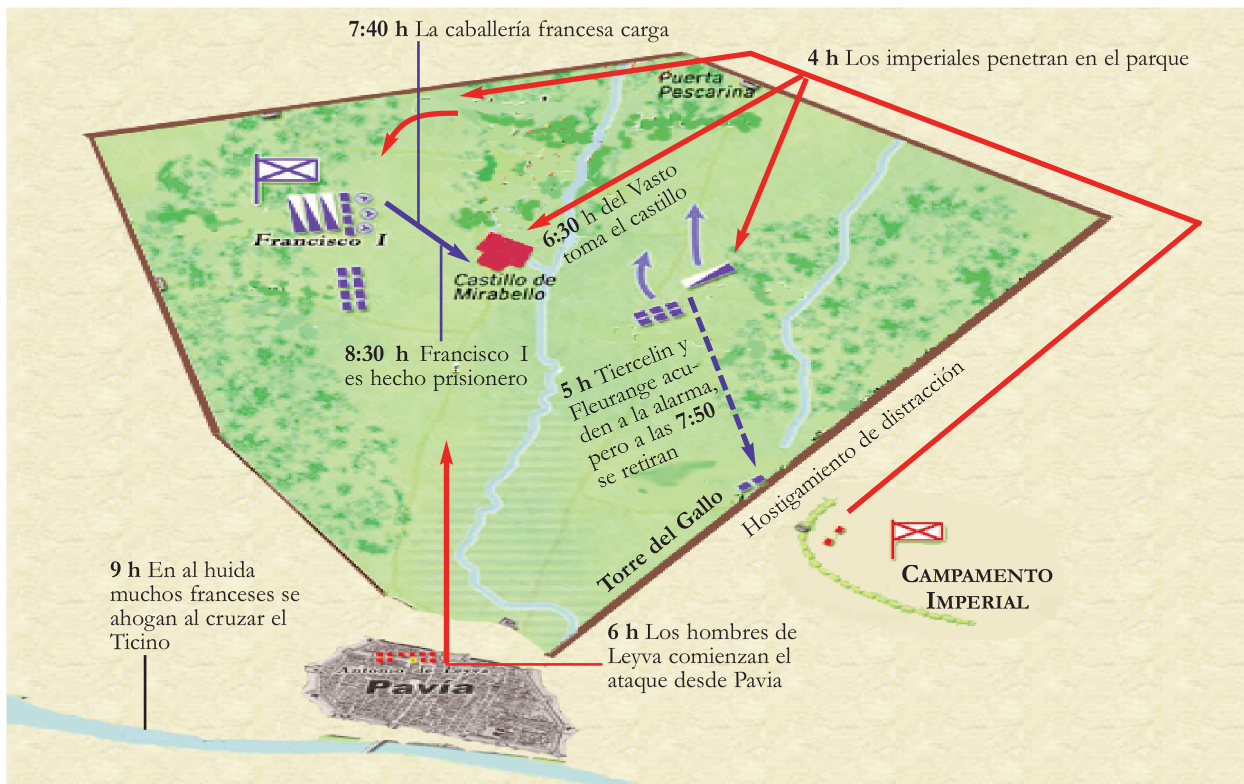
El número de bajas en el ejército derrotado es impreciso, las fuentes mencionan entre 10.000 y 12.000 muertos, cifra que, por la naturaleza y corta duración del combate, parece excesiva. Por el contrario las bajas imperiales se pretende que fueron solamente la décima parte de las francesas. Lo relevante, de nuevo, era la calidad social de muchos de los caídos, ya que nobleza de Francia quedó diezmada o prisionera.

Políticamente la victoria de Pavía supuso que Italia quedara bajo control español y austriaco, —con los naturales altibajos— durante los siguientes siglos. Francisco I terminó recuperando su libertad tras pagar un cuantioso rescate y continuó siendo el rival de Carlos el resto de su vida. El Emperador consolidó su poder y prestigio, legando a su hijo Felipe el papel hegemónico de España en Europa. Pero fue en el plano militar donde Pavía termino de señalar el cambio de orientación en la guerra que se venía fraguando desde hacía tres décadas.

En la batalla quedó demostrado que el empleo del arcabuz hacía necesario modificar las tácticas militares. En Pavía, los arcabuceros, protegidos tras setos y matorrales o defendidos por las picas de sus compañeros, fueron capaces de derrotar a la caballería pesada más prestigiosa de la época. Brantóme cita la frase de un español que subraya la novedad de esta forma de lucha describiéndola como: «modo de pelear por sí nuevo… y sobre todo maravilloso, cruel y miserable» y el mismo cronista opinaba que era un tipo de combate: «confuso y… más fácil de imaginar que de describir» (Hale, 1970: 431).

Pavía fue pues el desmoronamiento decisivo de la caballería con armadura completa y la confirmación de la decadencia de la simple arma

BATALLA DE PAVÍA (1525)



blanca. En definitiva, consagró el triunfo de la pólvora en la batalla terrestre y el predominio de un nuevo tipo de infante. Lo cierto es que después de Pavía, el arcabuz, el cañón de campaña y la *trece italianne* hicieron que las batallas campales fueran escasas, y la guerra se convirtiese casi por entero y durante décadas en una cuestión de maniobras y asedios, eludiéndose las confrontaciones abiertas a gran escala.

Los costos de la guerra

Durante el Renacimiento la guerra comienza a ser contemplada y enjuiciada por numerosos autores no sólo desde el punto de vista militar, político o filosófico. Montaigne (*Ensayos*, XXIII, 1, 11) o Bodin (*De la Républ.*, V, 1, 5) ven en ella un recurso que los Estados utilizan para aliviar su superpoblación. En el mismo sentido Ulrich von Hutten escribía en 1518: «La guerra es necesaria para que la juventud salga y disminuya». Esta atribución de funciones sociales colocaba la reflexión sobre la guerra en el plano de la modernidad. Así el conflicto armado empezaba a ser analizado en relación a otros criterios distintos a los tradicionales. Incluso había algunos, como Robert de Balsac (1505), que con absoluto despego de los viejos valores, sostenían que: «el éxito en la guerra depende de tener suficiente dinero»; apuntando claramente la importancia de lo económico en cualquier contienda.

En este apartado nos aproximaremos a estos enfoques al preguntarnos por los costos de las guerras, a sabiendas de lo dificultoso que es dar una respuesta que no sea especulativa y aproximada a esa cuestión. El primer problema que se plantea es delimitar qué se entiende por «costos». Parece evidente que toda confrontación armada arroja, en primer lugar y de modo trágico, un balance en vidas humanas, supone también un esfuerzo económico y entraña un cierto grado de destrucción material. Sin embargo estos datos, con ser muy significativos, no ofrecen una imagen real del saldo final de un conflicto. Por mencionar sólo uno de los parámetros incuantificables en cualquier guerra podemos hacer referencia a los efectos psicosociales, que siendo muy importantes, sólo se dejan sentir sin poderse cifrar.

Así pues deberemos partir al abordar el tema de las enormes limitaciones que lo envuelven y de la ausencia de información fiable para la mayor parte de la historia de las guerras. No obstante podemos establecer como una obviedad que un factor inherente a todo conflicto armado es el homicidio organizado y convertido en lícito. Sin este factor no hay guerra. En consecuencia, todas las guerras presentan efectos demográficos, al

menos porque acrecientan la mortalidad. La dificultad surge cuando queremos medir ese dato.

La cuantificación estadística de las poblaciones es muy reciente. El conocimiento absolutamente fragmentario de los censos del mundo antiguo o medieval que han llegado hasta nosotros nos plantea problemas de método al estar realizados con unos sistemas de conteo poco rigurosos. Podemos decir que hasta la sistematización de los registros parroquiales establecida por el Concilio de Trento no tenemos series demográficas más o menos fiables, y eso en el ámbito católico. Aun así la información se nos ofrece con enormes lagunas y carencias. A esto debemos sumar que las alteraciones que provoca una guerra aún hacen más difícilmente evaluables estos aspectos por muchas razones: una de ellas es que el registro de bajas en combate no se lleva rigurosamente, resulta también complejo cuantificar el número de civiles afectados, así como las muertes diferidas en el tiempo producto del conflicto.

Un buen ejemplo de lo que estamos diciendo es la disparidad de cifras sobre las víctimas ocasionadas en la última guerra de Irak. En un mundo dominado por la estadística no hemos llegado a saber a ciencia cierta cuántos muertos provocó la invasión de su país en el bando iraquí, mientras que día a día se pudo conocer la cifra exacta de bajas estadounidenses. Así, el día en que se cumplía el quinto aniversario del inicio de las hostilidades, se sabía con precisión que habían sido 3.991 los soldados estadounidenses muertos como efecto de la contienda.

Este hecho nos señala otras dimensiones del problema como es la distinta percepción de las bajas dependiendo de qué tipo de víctimas se trate, o la misma manipulación de los datos con fines políticos. Del primer supuesto podemos citar una anécdota reveladora. Napoleón es un caso particular de cinismo perceptivo ya que mientras se ufanaba de poder sacrificar en sus campañas a 30.000 hombres cada mes, recordaba el impacto que le causó el resultado del asalto al palacio de las Tullerías por el pueblo de París en el que se produjeron unas 1.000 bajas. «Nunca después, en ninguno de mis campos de batalla he tenido la impresión de tantos cadáveres amontonados como la que me ofrecía la masa de Suizos (soldados de la guardia real) en ese patio» (Fayard, 1987: 17). Parece evidente que al Emperador las víctimas del proceso revolucionario se le antojaban más aterradoras que las de las guerras que él provocó.

Sobre la reciente manipulación y control de los datos, por parte de los Estados o de los historiadores, podríamos citar numerosos ejemplos. Así la Guerra Civil española ha sido objeto de enconadas controversias sobre el balance definitivo de muertos que produjo. Dos han sido las cuestiones objeto de debate: el número total de bajas y las víctimas de la represión en cada bando. Respecto a la primera, durante mucho tiempo, y a raíz de la publicación en el año 1941 de la obra de Jesús Villar Salinas: *Repercusiones demográficas de la última guerra civil española,* se habló de 1.000.000 de muertos. Recientes estudios rebajan sensiblemente esta cifra. El número de muertos, aunque sólo puede ser estimado de manera aproximada, debió rondar los 500.000. Esto no incluye a todos aquellos que fallecieron víctimas de la malnutrición, el hambre o las enfermedades engendradas por la guerra. A estos habría que añadir la cifra de no nacidos por la pérdida de población joven. Respecto a la segunda cuestión relativa a las víctimas de la represión, la controversia continúa con un marcado carácter político e ideológico.

También la postura del gobierno estadounidense en los últimos conflictos en los que ha participado revela la preocupación de los políticos ante las presiones de la opinión pública sobre el número de bajas del propio ejército que las modernas sociedades están dispuestas a admitir antes de cuestionar la viabilidad de la contienda. De la guerra del Vietnam el gobierno norteamericano extrajo como conclusión que la cifra de muertos, unida a las atrocidades de la conflagración transmitidas a través de las imágenes de prensa, habían socavado poderosamente la moral de la sociedad americana, contribuyendo de modo decisivo a su derrota.

Resultado de esta convicción es que en las recientes guerras de Irak las autoridades estadounidenses han establecido una férrea censura informativa, sobre todo a nivel de imágenes, mientras que el Pentágono, con las aportaciones de algunos analistas militares, como John Warden (1995), ha llegado a elaborar la absurda teoría de una «guerra sin bajas». Este modelo de guerra fácil, con el éxito asegurado y una buena aceptación por parte de la opinión pública exigiría «cero bajas propias» como norma suprema en el modelo de «combate».

Desde la invasión de Panamá y la guerra del Golfo, y como antídoto al síndrome de Vietnam, Washington ha desarrollado una tecnología

de guerra aérea y misilística, orientada a destruir al adversario desde lejos y fuera del alcance de sus víctimas. De acuerdo con estos criterios, la operación Tormenta del Desierto (1990-1991) se consideró un éxito. En ella sólo murieron 299 soldados estadounidenses, de aproximadamente el medio millón que participó, y menos de la mitad, 148, fueron muertos en combate.

Fue sobre todo la experiencia derivada del ataque a la antigua Yugoslavia (1999) la que sirvió para definir el modelo de «guerra sin bajas». Así, mientras los políticos insistían en conseguir que el índice de pérdidas entre su personal militar fuera mínimo —y a ser posible nulo—, los militares se sumaban al argumento solicitando un constante aumento en la inversión para un armamento cada vez más sofisticado. La realidad de conflictos como el iraquí o el de Afganistán han venido a destruir esta absurda teoría para reafirmar la obviedad de que guerra y muerte están íntimamente unidas sin excepción.

En las pirámides de población, —la forma de representación gráfica más común para indicar la evolución del número de habitantes de una zona en un período de tiempo— las guerras siempre se manifiestan mostrando, más que las víctimas reales del conflicto, los retrocesos en los nacimientos correspondientes a esa generación. No podemos olvidar que un nutrido número de muertos suelen ser jóvenes en su edad más fértil, que constituyen la punta de lanza entre los combatientes.

No obstante, la lectura de estos datos, convertidos en estadísticas, se puede prestar a todo tipo de interpretaciones. Napoleón no fue el primero, ni el último, en sostener lo relativo de las bajas en un conflicto bélico.

El Emperador sostenía que una noche en París compensaba las pérdidas habidas en cualquiera de sus batallas. El afamado antropólogo Marvin Harris nos dice: «Aludiendo a catástrofes como la Segunda Guerra Mundial, Frank Livingstone, profesor de la Universidad de Michigan, ha afirmado categóricamente: *Cuando consideramos que estos sacrificios sólo ocurren aproximadamente una vez por generación, parece inevitable la conclusión de que no tienen efecto alguno en el crecimiento o tamaño de la población.* Una de las razones para esto estriba en que la mujer corriente es muy fecunda y puede parir con facilidad ocho o nueve veces durante los veinticinco a treinta y cinco años en los que puede dar a luz (sic)» (Harris, 1982: 67).

Partiendo de presupuestos semejantes no es difícil relativizar los efectos de las guerras frente a tendencias poblacionales de más larga duración, o subrayar que en el transcurso de los siglos han sido las epidemias los principales agentes de alteración demográfica, aunque en ningún caso se puede soslayar la incidencia de los conflictos bélicos en la demografía. Otra cuestión será establecer su grado de impacto y en qué medida han afectado más a los civiles o a los combatientes.

Así, durante los primeros años de la Segunda Guerra Púnica (hasta el 215 a. n. e.) puede estimarse que Roma movilizó el 12 o 13% de su población total, lo que constituye un porcentaje considerable y se aproxima al de las grandes guerras del siglo XX. Historiadores como Peter Brunt (Nicolet, 1982: 228) cifran en 120.000 el número de romanos que murieron en los años correspondientes a ese conflicto. Si consideramos que durante el mismo período habrían podido fallecer de causa natural unas 70.000 personas, las pérdidas debidas a la guerra no superarían las 50.000 muertes, cifra que no obstante representa el 20% de los varones adultos, más del 6% de la población total, o el equivalente a las pérdidas francesas durante la guerra de 1914-1918.

Si aceptamos las estimaciones de Brunt deberemos plantearnos otro problema como es el relativo al número de bajas que los autores de la antigüedad suelen atribuir al resultado de algunas batallas decisivas en su momento. Por ejemplo parece difícil aceptar, como tradicionalmente se ha venido haciendo, que en la batalla de Cannas, de 80.000 romanos que se nos dice participaron en ella, 70.000 fueron aniquilados por los 50.000 hombres de Aníbal. La contradicción entre los cálculos de Brunt para el conjunto de la Segunda Guerra Púnica y las bajas de este crucial encuentro no casan.

La batalla hasta la época contemporánea era una confrontación que se dirimía a lo largo del día y cesaba normalmente al anochecer. Hasta la generalización del uso de la pólvora en el siglo XVI, para causar una baja se exigía perpetrar una herida al adversario en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, realizada por medio de un arma blanca, o a una distancia relativamente corta al alcance de las arrojadizas disponibles.

En esas condiciones cuesta admitir la enorme matanza que habría supuesto Cannas de aceptar las cifras de Polibio, ya que a cada hombre del

ejército cartaginés, descontadas sus propias bajas, le hubiera supuesto dar muerte al menos a dos romanos antes de acabar el día.

Sin duda hemos de relativizar estos datos en función de otros más recientes y precisos que nos acercan a la realidad del probable número de muertes en estos enfrentamientos. En la batalla de Austerlitz, en la que los dos ejércitos enfrentados sumaban 135.000 hombres, los austro-rusos sufrieron 27.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, mientras que la victoria le costó a Napoleón 8.000 hombres, de los cuales sólo 1.300 cayeron en el enfrentamiento.

Lo mismo sucede, pero con cifras más exactas, si tomamos por ejemplo los estragos de una sola jornada y de un solo contendiente en una batalla de la Primera Guerra Mundial que nos es bien conocida. El primero de julio de 1916, 100.000 británicos salieron de sus trincheras en el Somme para atacar las líneas alemanas; al anochecer, las bajas inglesas en ese día, calificado por algunos como «más negro que la noche», eran de 57.470 hombres, casi la mitad de la infantería implicada, y de entre ellos unos 20.000 habían resultado muertos, siendo éstas las pérdidas más elevadas en un solo combate de toda la historia militar del Reino Unido.

Podemos deducir por estas cifras que el número de bajas en tiempos pasados, por muy cruenta que fuera la batalla, forzosamente debía ser menor al que algunas crónicas refieren.

Los efectivos que se movilizaban en la contienda medieval eran muy reducidos respecto a la población existente; la misma naturaleza del ejército basado en la mesnada feudal, limitaban los períodos de lucha continuos y su extensión geográfica. En ese sentido ninguna de las batallas que se produjeron tuvo la magnitud que tuvieron algunas de la antigüedad y el número de bajas estuvo siempre en consonancia con esa realidad. Por ejemplo en la batalla de Bremula (1119) en la que Enrique I de Inglaterra venció a Luis VI de Francia, se hicieron 140 prisioneros y hubo 3 muertos. El cronista Oderic explica la causa: «Las mallas que los protegían de la cabeza a los pies, el temor que tenían de Dios y el hecho de que desde hacia tiempo existieran entre ellos viejos lazos de camaradería, hicieron que no hubiese matanza» (Caillois, 1972: 34).

Estas escaramuzas entre caballeros se dieron con frecuencia. En la importante batalla de Olmedo, librada en 1455, donde se derrotó a los

Infantes de Aragón, el número de muertos fue de 22, y hemos de pensar que en Crecy, en 1346, considerada la batalla del siglo, en donde los arqueros ingleses aplastaron a la nobleza francesa, la suma de las tropas enfrentadas no llegaba a 18.000 guerreros.

También durante el Renacimiento los mercenarios se batían débilmente y se retiraban a la primera oportunidad. Las batallas de los condotieros eran frecuentemente simulacros y maniobras militares. Maquiavelo (*Istorie…*, Lib. VII) cita cómo en el terreno de Castracaro, en 1467, fue establecida una marca única en los anales militares. Tras varias horas de «furiosas» cargas de caballería, acabó la jornada sin que una sola gota de sangre se derramara por ninguno de ambos bandos. Algunos corceles resultaron heridos y varios hombres hechos prisioneros mas no acontecieron muertes.

Por el contrario, con la constitución de ejércitos permanentes por las grandes monarquías, el número de víctimas producto de la guerra creció hasta alcanzar en ocasiones resultados catastróficos. A pesar de lo relativo de los datos que poseemos, el desastre que supuso la Guerra de los Treinta años en Centroeuropa (s. XVII) es el ejemplo más trágico de ese crecimiento exponencial.

La Guerra de los Treinta Años (1618 a 1648), en la que los ejércitos protestantes de los Estados alemanes y Suecia se enfrentaron a los ejércitos del Sacro Imperio Romano, con la victoria final de aquéllos, fue una de las más cruentas que ha conocido el occidente europeo hasta el siglo XX. La mayor parte de la acción tuvo lugar en Europa central. En el transcurso de este conflicto, extraordinariamente cruel y prolongado, los escenarios en que se desarrolló quedaron devastados. La población de los Estados participantes fue diezmada, sus campos fueron arrasados y las ciudades y aldeas saqueadas.

Cuando se firmó la paz de Westfalia, que puso fin a la contienda, habían perecido al menos unos 5 millones de personas, cifra que representa el 40% de la población de la Europa Central de la época, y un 65% de la población total de varios de los Estados participantes, unas cifras que proporcionalmente superan a los efectos de la terrible Peste Negra de 1348.

Desde la Silesia hasta el Meeklemburgo, y desde Pomerania al Palatinado y al Wurtemberg, amplias zonas perdieron más de los dos ter-

cios de su población. Simultáneamente, desde el Elba hasta el Rin y los Alpes, las pérdidas oscilaron entre 1/3 y 2/3 de sus habitantes. Solamente se salvó la Alemania del Noroeste.

Estos cálculos se han podido establecer gracias a una abundante documentación acerca de los «fuegos» (base de los primitivos censos en función de los hogares), del impuesto rústico, de los nacimientos y defunciones en relación con el número de fieles registrados en las iglesias, y de los trabajos de comisiones de encuesta, realizados hacia 1650. Tras esta catástrofe bélica tuvieron que pasar muchos decenios y varias generaciones para que se restañaran las pérdidas de población.

Aunque en el siglo XVIII aparecen los primeros ejércitos de permanentes, y se produce una cierta mundialización de los conflictos, —al afectar la Guerra de los Siete Años (1756-1763) tanto al nuevo como al viejo continente— las batallas siguen arrojando, en términos absolutos, cifras de bajas más bien moderadas.

Sin embargo esta constante se vio interrumpida con las guerras revolucionarias y napoleónicas (1791-1815). Tras este paréntesis sangriento, el siglo XIX ofrecerá un balance muy desigual al respecto. Lo podemos apreciar si comparamos el número total de bajas y la media de las producidas al día en los principales conflictos de la centuria y lo ponemos en relación con los mismos datos relativos a la Primera Guerra Mundial.

Las cifras señalan una tendencia creciente en cuanto al número de víctimas, tendencia que se dispara de modo alarmante con la primera gran contienda del siglo XX. No obstante los dos conflictos que arrojan un balance más aterrador, tanto a nivel absoluto como relativo, son dos guerras a las que los libros de historia no suelen prestar una especial atención.

La Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) fue la que enfrentó a Brasil, Uruguay y Argentina, formando una coalición, contra Paraguay. En este conflicto faltó muy poco para que Paraguay desapareciera como país y su población quedara exterminada totalmente.

El número de paraguayos al inicio de las hostilidades superaba el 1.300.000 habitantes pero al final de la conflagración había quedado redu-

CONFLICTO	Bajas totales	Bajas diarias
Guerras revolucionarias y napoleónicas (1790-1815)	1.250.000	233
Guerra de Crimen (1854-1856)	772.000	756
Guerra de Secesión EE. UU. (1861-1865)	730.000	486
Guerra Franco-prusiana (1870-1871)	250.000	1.388
Guerras Balcánicas (1912-1913)	142.000	249
Primera Guerra Mundial (1914-1918)	8.500.000	5.509

Cifras extraídas de Bouthoul, G. y Carrère (1977)

cido a 200.000 personas de las cuales aproximadamente sólo el 10% eran hombres, en su mayoría niños y ancianos, mientras que el resto de los supervivientes eran mujeres. La reconstrucción del país recayó sobre ellas. Las paraguayas se hicieron agricultoras, comerciantes o industriales, y crearon un género de población poligámica que permitió reponer con lentitud sus pérdidas demográficas. Ésta es la guerra que en términos relativos más afectó a una población concreta a lo largo de todo el siglo XIX.

La rebelión china conocida como el movimiento Tai Ping (1850-1864) causó un impresionante número de bajas difíciles de precisar pero que sin duda totalizan el cómputo más elevado de víctimas de todo el siglo. Las

tropas del Tai Ping hicieron alarde de una gran violencia y realizaron actos de pillaje, y las tropas gubernamentales no se quedaron atrás en cuanto a salvajismo y terror. Entre otros métodos, los soldados afectos a la monarquía Manchú pusieron en práctica tácticas consistentes en quemar la tierra con el fin de obligar a los rebeldes a rendirse por hambre.

Se calcula que la cifra de muertos de ambos bandos fue de entre 10 y 11 millones, un 5% de la población total de la China de aquella época. Especialmente la zona inferior del río Yangtsé —la provincia de Anhwei y parte de las provincias colindantes— quedó completamente devastada, y no recuperó el nivel de población anterior a la guerra ni siquiera cien años después.

El siglo XX fue testigo de numerosos conflictos pero al menos unas dieciocho guerras superaron las 300.000 víctimas mortales, tres de ellas dieron como resultado más de 3 millones, y una ocasionó más de 50 millones de muertos.

La Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, supuso una catástrofe a gran escala, especialmente para Europa, con una enorme pérdida de vidas humanas, tal vez 15 millones o más. Algunos Estados quedaron especialmente afectados, como Turquía, donde murió el 13% de la población, y Servia, con un 24% de víctimas mortales. En esta contienda se produjeron auténticas carnicerías de combatientes en batallas como Verdún en la que, de febrero a agosto del año 1916, hubo 315.000 bajas francesas y 282.323 alemanas, aunque terminó siendo superada ese mismo año por la batalla del Somme en la que, de julio a noviembre, se produjeron 419.654 bajas británicas, más de 200.000 francesas y 500.000 alemanas.

Por la característica de la guerra de trincheras y la práctica inmovilidad de los frentes desde finales del año 1914, la mayor parte de las víctimas de la Primera Guerra Mundial fueron combatientes que murieron por efectos de la lucha y no por enfermedad. En las guerras precedentes, el número de bajas en el frente era por lo general netamente inferior al de bajas por enfermedad.

Durante la guerra de los Siete Años (1756-1763) murieron 1.500 marineros británicos en combates, pero 133.708 murieron por enfermedad o desaparecieron. En 1870-1871 el ejército francés tuvo, por cada 1.000

movilizados, 37 bajas en el frente y 140 bajas por enfermedad. En la guerra de los boers (1899-1902) de los 22.000 británicos que murieron en ella, sólo 6.000 fueron victimas del combate. Sin embargo en 1914-1918, hubo por cada 135 bajas en el frente solamente 20 por enfermedad, mientras que en el ejército alemán estas proporciones fueron aún inferiores al contabilizar 137 caídos en combate por cada 10 muertes por enfermedad.

La Segunda Guerra Mundial, entre 1939 y 1945, trazó una gran línea divisoria en la historia de los conflictos armados con sus aproximadamente 50 millones de víctimas mortales. La cifra resulta sobrecogedora y supone que una de cada 70 personas, el 1,4% de la población mundial, murió prematuramente. Esto, unido a las prácticas utilizadas durante el conflicto, provocó unos efectos en todos los órdenes de la vida de los pueblos cuyas repercusiones llegan hasta el presente.

Para resaltar algunas de las naciones más duramente castigadas, diremos que Alemania perdió al menos el 9% de su población; Yugoslavia, el 11%; la Unión Soviética un 14%, una cifra enorme teniendo en cuenta las dimensiones de este país, y Polonia el 18%, casi un habitante de cada cinco. No obstante, países como Francia, Gran Bretaña o Italia sufrieron muchas menos bajas que en la Primera Guerra Mundial. Entre los supervivientes millones de personas quedaron inválidas de por vida y millones de niños, huérfanos. Otros muchos millones tuvieron que escapar de su país y pasar grandes penalidades físicas y psicológicas para encontrar un nuevo hogar. Además, Hitler persiguió y exterminó a ciertos grupos étnicos —especialmente judíos y gitanos— en las zonas que se encontraban bajo el dominio nazi.

El genocidio no era algo nuevo, el precedente histórico más inmediato se había producido durante la Primera Guerra Mundial cuando el gobierno turco aniquiló a más de 900.000 armenios del año 1915 al 1917. Sin embargo, la fría sistematización empleada en los campos de exterminio nazis convierte esta última atrocidad en un hecho singular.

Para presentar el último ejemplo de los costos demográficos asociados a una guerra, fijémonos en la de Vietnam (1962-1975). En este conflicto desigual, el número de víctimas mortales al final de la contienda ascendía a casi 2 millones de personas de las cuales solamente 58.209 eran

efectivos estadounidenses. De hecho los EE. UU. a lo largo de su historia han sufrido sólo de un modo relativo los efectos de la guerra. La última vez que su territorio fue ocupado por tropas enemigas se remonta al conflicto que sostuvo con Inglaterra entre 1812 y 1814, y el mayor número de bajas experimentadas por este país en un conflicto bélico es el ocasionado por su Guerra Civil (1861-1865), en la que la cifra ascendió a más de 600.000 víctimas.

Los datos de las guerras y de los muertos en las guerras desde 1500 hasta 1990 extraídos de las publicaciones anuales de *World Military and Social Expenditures* hablan por sí solos, aunque en muchos casos estas cifras se quedan cortas al no computar determinado tipo de conflictos o al ignorar los «daños colaterales». Según esos cálculos, en el siglo XVI habría habido 60 guerras y se habrían producido 1,6 millones de muertos; en el XVII 36 guerras y 6,1 millones de muertos; en el XVIII 55 guerras y 7 millones de muertos; en el XIX la cifra subió hasta 211 guerras y 19,4 millones de muertos; y en el pasado siglo XX la humanidad llegó a conocer más de 250 guerras y contabilizó más de 100 millones de muertos.

Pero la guerra no sólo cuesta vidas humanas, también supone la subordinación de la actividad económica a la realidad del conflicto. En el mundo antiguo esta dependencia parece que era menor ya que los contendientes se preocupaban de limitar la actividad bélica al período veraniego, una vez recogida la cosecha, aunque también suponía gasto y destrucción. La evolución de este efecto a lo largo de los siglos ha ido en aumento y cada vez cuesta más «caro» hacer la guerra en términos económicos. Ya Mauricio de Sajonia (1697-1750) decía: «Para hacer la guerra se necesitan tres cosas. La primera, dinero, la segunda, dinero; y la tercera, dinero», afirmación que aún resulta más evidente en los modernos conflictos.

A comienzos de 2008 la guerra de Irak, de acuerdo con un estudio realizado por el *Congressional Research Service*, costaba al gobierno de EE. UU. unos 2.000 millones de dólares a la semana, un 20% más que el año anterior. El Pentágono gastaba al mes una suma que excedía el promedio de 5.100 millones (ajustados a términos reales) de las operaciones estadounidenses en Vietnam entre 1964 y 1972. A pesar de que en Irak había menos soldados, las armas que usaban y sus salarios eran más caros que en tiempos de Vietnam. A ese ritmo de gastos, Washington podría llegar a

desembolsar más de 700.000 millones de dólares si la guerra durara más de 10 años, 100.000 millones más que el costo total del conflicto vietnamita.

Comparativamente y teniendo en cuenta lo especulativo de las cifras, en la época de la Segunda Guerra Púnica, una legión romana debía costar alrededor de 250.000 denarios anuales (1 denario = 3,89 gr de plata). En el momento de mayor despliegue de tropas, unas 35 legiones, Roma habría tenido que invertir, al precio de la plata a comienzos del 2008, unos 29.000.000 de dólares anuales en financiar sus unidades. Por supuesto estas magnitudes no son comparables. Ni la naturaleza, ni el volumen de la economía romana se pueden equiparar con las de EE. UU., pero al menos podemos deducir dos conclusiones: una, que la inversión era mucho menor ayer que hoy; y otra, que ya entonces la actividad guerrera también suponía un gasto enorme.

Durante la Edad Media para los nobles beligerantes el sostener un ejército durante los cuarenta días usuales de servicio feudal podía representar una suma más que considerable. Cuando el conde Balduino de Hainault marchó a la guerra, en 1181, el coste de su campaña durante algo más de un mes fue de 1.850 marcos de plata; calculando a 1.200 «dineros» por marco, hay que imaginarse la cantidad de plata que tuvo que disponer. Y aunque es casi imposible determinar el valor equivalente de la moneda medieval respecto a la actual, podemos tener una idea aproximada del valor de un «dinero» por el hecho de que un cerdo cebado costaba 192 dineros, y una camisa de tela fina cuatro dineros.

Como durante este período la guerra estuvo basada en principios defensivos y monopolizada por los señores feudales, una importantísima inversión bélica fue la realizada en castillos y fortalezas. Un castillo de medianas dimensiones podía costar en la Inglaterra del siglo XIII unas 1.000 libras esterlinas o más, pero cuando se quería construir una fortaleza modélica según los criterios de la época, el gasto se disparaba a cifras astronómicas, equiparables en la actualidad a las unidades navales más caras.

El Château-Gaillard, entonces conocido por *Bellum castrum de Roka*, mandado edificar en la Normandía a finales del siglo XII por Ricardo Corazón de León, se elevó a la suma de 21.203 libras esterlinas. Para cali-

brar la importancia de estas cantidades, se puede calcular que el conjunto fortificado de Château-Gaillard representó el equivalente al costo de 2.544.436 jornadas de infantes de a pie. Estos gastos tenían que ser pagados por los terratenientes de los señores feudales, llegando hasta los más míseros campesinos. Así, en último término, era la gente vulgar y corriente la que tenía que pagar las guerras que los arruinaban.

En las monarquías bajomedievales el coste económico de la guerra se elevó. Las diferentes operaciones militares que ocuparon a Eduardo I de 1294 a 1298 costaron a las finanzas inglesas un total de 750.000 libras esterlinas (que equivalían a unos tres millones de libras tornesas) esa cantidad podía corresponder a unos 11.850 kg de plata. En tiempos de Felipe el Hermoso, la «capitación de dineros» para la guerra de Gascuña y en el mar de los años 1294-1295 ascendió a 2.125.200 libras tornesas.

Las grandes guerras del Imperio español (s. XVI-XVII) aún resultaron más caras. La belicosa política, tanto de Carlos I como de Felipe II, se tradujo en una impresionante escalada de los gastos militares, tal y como lo reflejan las siguientes cifras (Mcneill, 1988: 121) en las que se aprecia el crecimiento, en millones de ducados por año, que se produjo sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI.

AÑOS	**Millones de ducados**
Antes de 1556	Menos de 2
1560-1569	4,5
1570-1579	8
1590-1599	13

Esa cantidad media de 13 millones de ducados gastada en un solo año para el mantenimiento del ejército suponía una cifra fabulosa, ya que el ducado, que sólo era una moneda de cuenta, equivalía teóricamente a 3,6 gr de oro.

No obstante, Felipe II mantuvo el mayor ejército de la época, y en 1588 reconocía ante las Cortes que estaba gastando 900.000 ducados mensuales en la preparación de la Armada Invencible. Cuando el esfuerzo militar español alcanzó su punto culminante en la década de 1630, los soldados del rey rondaban los 300.000 hombres, aunque por esas fechas todos los tratadistas militares calculaban que costaba cinco veces más poner un soldado en campaña de lo que había costado el siglo anterior.

El oro y la plata americanos ayudaron en un principio a semejante dispendio, pero pronto fueron insuficientes. Hemos de tener en cuenta que las remesas de oro alcanzaron su cota más alta, para el siglo XVI, en la década que va de 1551 a 1560, en la que llegaron procedentes del otro lado del océano 42.620 kg del precioso metal. Pero entre 1503 y 1560 los ingresos públicos procedentes de América sólo sumaron 12.600.000 ducados. Es decir, un promedio anual de 220.000 ducados. Ahora bien, el gasto anual de los ejércitos hispánicos en estos mismos años se acercaba ya e incluso sobrepasaba los 2.000.000 de ducados. La desastrosa campaña de Metz (1552) ya costó más de 2.000.000 de ducados. Sólo el constante aumento de la presión fiscal, las sucesivas bancarrotas de la corona, la alteración de la moneda y el saqueo sistemático permiten explicar cómo los Austrias intentaron enjugar ese desfase.

Para financiar la guerra en Flandes la monarquía española gastó sobre 22 millones de escudos (moneda de oro de 3,4 gr) desde 1567 a 1577, o lo que es lo mismo 186.000 escudos/mes. Con ese dinero los españoles tenían que mantener una flota, fortalezas y un ejército de 65.000 hombres.

Los nuevos métodos de hacer la guerra la habían encarecido. La incorporación nutrida de la artillería al combate suponía un enorme dispendio, no sólo por la inversión de material sino también por su empleo y mantenimiento. Así, con cada nuevo adelanto técnico aumentaba la cuantía del capital enterrado en el ejército. Cañones, cureñas y trenes de municiones representaban un gasto creciente, y aunque el entretenimiento del material debía ser sufragado igualmente en tiempo de paz, el poner un parque artillero en movimiento requería de gastos supletorios por el costo de la munición y el salario de sus servidores, a lo que había que sumar los millares de animales que se debían emplear para su desplazamiento. Un cañón de calibre medio precisaba de diez caballos de tiro, y un cañón pesado, hasta de veinte yuntas de bueyes.

La inversión en la guerra de las monarquías europeas durante la Edad Moderna fue enorme y aunque en términos absolutos no llegó a alcanzar los costos de épocas posteriores, en términos relativos era la principal fuente de gastos de la realeza. Luis XIV llegó a dedicar a la guerra el 75% de los ingresos del Estado, mientras que Pedro el Grande gastaba hasta el 85%. Todavía fue más crítica la situación de la República inglesa durante el decenio de 1650, en el que, al parecer, no menos del 90% del gasto público se dirigió al ejército y la marina, sin cubrir el costo total, ya que los sueldos del *New Model Army* seguían sin ser pagados al final de la década, ascendiendo la deuda a 1,3 millones de libras en atrasos.

Los gastos de los Estados europeos desde 1689 a 1714 llegaron a niveles nunca antes alcanzados en guerras anteriores. Aun tomando los datos que poseemos con toda clase de reservas, el total de lo invertido no debió bajar de 350 ó 400 millones de libras esterlinas.

La capacidad de cada una de las potencias para hacer frente a su «larga factura de guerra» variaba mucho, pero al final de los conflictos los países beligerantes estaban fuertemente endeudados y debían cantidades que podían equivaler a los ingresos de seis años o más. Estas deudas de guerra tenían evidentes repercusiones sociales de mayor o menor alcance. Así en el Estado prusiano, en el que el 90% de los ingresos de Federico el Grande se consumían en sus contiendas, sus oficiales no podían contraer matrimonio porque Federico no podía pagar pensiones a las viudas de los militares.

El caso de endeudamiento de guerra con efectos más profundos fue el de la monarquía francesa hacia el final del reinado de Luis XVI. La factura por la ayuda prestada a los rebeldes norteamericanos en su guerra por la independencia llegó a sumar los 2.000 millones de libras, lo que colocó al reino de Francia al borde de la quiebra y precipitó la convocatoria de los Estados Generales para obtener de esta asamblea financiación extraordinaria, poniendo así en marcha el proceso que desembocó en la Revolución Francesa.

Con la contemporaneidad el crecimiento del gasto bélico en términos absolutos siguió aumentando conforme nos acercamos al presente, como lo podemos comprobar si comparamos los costos económicos en francos

oro de los principales conflictos en los que se vio sumida Francia a lo largo de un siglo. En los años cruciales de las guerras napoleónicas, de 1802 a 1815, los gastos se elevaron, según estimaciones, a unos 5.000 millones de francos oro. La catastrófica derrota experimentada en la guerra franco-prusiana (1870-1871) le supuso al país galo, incluidas las indemnizaciones, entre 14.000 y 15.000 millones de francos oro. La Primera Guerra Mundial le costó a Francia 177.000.000.000 de francos. La serie nos permite apreciar cómo, victorioso o derrotado, el país cada vez tuvo que invertir más en pagar las guerras en las que se vio envuelto.

Ante una situación de conflicto bélico se dispara el gasto y toda la actividad económica de una sociedad se tensiona para ponerse al servicio del único objetivo inmediato: obtener la victoria; pero para ello hay que comenzar por abastecer al combatiente. Los ejércitos son consumidores natos de todo tipo de recursos, y según su volumen lo son en proporciones considerables.

En la Edad Moderna la mayoría de los ejércitos establecían una ración diaria de pan por soldado que rondaba una libra y media, eso quiere decir que cada dos días un ejército de 30.000 hombres consumía 20 toneladas de pan, lo que suponía un suministro muy superior al de la mayoría de las ciudades de la época. La intendencia en la guerra moderna es aun mucho más costosa que antaño ya que puede abarcar desde los productos más superfluos, por ejemplo caramelos, hasta los más elementales. Así las tropas estadounidenses en la última guerra de Irak consumían 1.500.000 litros diarios de agua embotellada, que había que suministrarles.

Los abastecimientos en la guerra juegan un papel fundamental, bien sea para obstaculizar los del enemigo o para aprovisionar al propio ejército. Aislar al adversario de las bases de las que extrae sus reservas, devastar el territorio que lo alimenta, someter al hambre a la población enemiga, bloquear sus costas, poner sitio a sus ciudades e interrumpir sus transportes son procedimientos clásicos que forman parte de la estrategia de guerra desde el mundo antiguo. Pero para llevar a cabo esas acciones hay que costear, al menos inicialmente, el mantenimiento de las propias tropas. Según la tradición clásica, para minimizar ese gasto, los ejércitos vivían en la medida de lo posible a costa del territorio teatro de las operaciones. Por otra parte la dificultad y lentitud de las comunicaciones hacían de dicha

regla una necesidad. De ello resultaba un terrible saqueo de las zonas de contienda.

Con la tecnificación de la guerra el problema se ha hecho más complejo y mucho más costoso puesto que ya no se trata sólo de alimentar a hombres y ganado sino que se han convertido en imprescindibles nuevos productos incorporados al armamento moderno como el petróleo, el wolframio, —que Franco proporcionó a Hitler para mejorar el blindaje de sus tanques— y otros muchos en ocasiones difíciles de conseguir o muy costosos.

A la factura de mantenimiento hay que sumar en el caso de los ejércitos profesionales la paga del soldado. Este factor se convierte en crucial para la buena marcha del conflicto, e incluso lo es en tiempos de paz, si el Estado contratante no quiere enfrentarse al peligro que suponen motines o defecciones. El caso más clásico de este tipo de alteraciones fue el vivido por Cartago al finalizar la Primera Guerra Púnica cuando tuvo que sufrir la revuelta de los mercenarios que describen en detalle Polibio y Diodoro Sículo. Para Polibio la lucha tuvo un especial interés porque era un ejemplo de «guerra sin cuartel» que llegó a sobrepasar en crueldad, según el historiador, a todos los conflictos que él había conocido. La revuelta, con los siglos, terminó por convertirse en materia literaria y constituye la base de la novela *Salammbó* de Gustav Flaubert.

Frente a los ejércitos de pago resultan más baratos los de recluta, constituidos históricamente, en palabras de Federico Guillermo I, por «un excedente de mozos campesinos», aunque las repercusiones económicas de este modelo se pueden manifestar de otras formas.

La tropa de recluta es mucho más numerosa y acrecienta la cuenta del abastecimiento, requiere así mismo de un periodo de entrenamiento que supone gasto, comporta por lo general un peor uso del material con lo que eso conlleva y, por último, el mando suele caer en la tentación de derrochar más atolondradamente las vidas de sus soldados al disponer de abundantes reservas, acarreando en ocasiones efectos parecidos a cuando se deja de pagar al mercenario o al profesional; como ocurrió con los motines del año 1917 en el ejército francés. Podemos decir pues que el ahorro en términos económicos acaba pagándose en vidas humanas o en moral de combate.

Pero sin duda el factor que más ha encarecido la guerra en los dos últimos siglos es el gasto creciente que comporta el moderno armamento. En el mundo antiguo y medieval el arma blanca resultaba relativamente poco costosa e igualaba en ese sentido lo que debían invertir en el conflicto contendientes con economías muy dispares. Sin embargo fue a partir del siglo XIX cuando el impacto de la industria en la guerra y el perfeccionamiento tecnológico aplicado al armamento encarecieron sensiblemente la guerra, marcando una clara distinción entre contendientes mejor o peor armados.

Los costos de las armas modernas no pueden ser asumidos de igual forma por países o beligerantes que disponen de abundantes recursos económicos frente a otros que carecen de ellos. Hoy los ejércitos más poderosos son los mejor armados y en este sentido las diferencias pueden ser abismales, como nunca lo habían sido en siglos anteriores, colocando en clara situación de inferioridad a las economías más débiles.

Disponer de una fuerza aérea con capacidad de respuesta frente a la de las grandes potencias está fuera del alcance de la mayoría de los ejércitos. Los costos de un moderno avión de guerra son elevadísimos. Un F-22 *Raptor* tenía un precio en 2007 de 177,6 millones de dólares la unidad; cada kilo de su fuselaje era más caro que un kilo de oro. Un tanque M1 A1 *Abrams* costaba por las mimas fechas 6.292.808 dólares, y lógicamente aún resultan mucho más costosas las unidades navales, sea cual sea su tonelaje.

Para afrontar los gastos que supone un conflicto los Estados, desde el mundo antiguo, han atesorado en tiempo de paz. La mayor parte de las ciudades-Estado de la Antigüedad poseían un tesoro de guerra depositado en los templos y las inyecciones de metales preciosos podían estimular las políticas belicistas. El descubrimiento de las minas de plata en Laurion posibilitó la actitud desafiante de Atenas frente a la amenaza persa. Lo mismo sucedió con el oro y la plata procedentes de América, que contribuyeron al menos inicialmente a alimentar la política belicista de los Austrias, aunque pronto ese recurso les resultó insuficiente. «Con mi oro tendré soldados, y luego, gracias a mis soldados, tendré más oro» es una frase que resume la postura de muchos gobiernos a lo largo de la historia.

Hoy prácticamente todos los países del mundo destinan una parte de la renta nacional a preparar la guerra. Según las épocas, la potencia econó-

mica del país y la coyuntura política, dicha parte es más o menos importante. En los Presupuestos Generales del Estado español correspondientes a 2007 se destinó a este fin un 12% del total, unos 23.052 millones de euros, 63 millones de euros diarios, un 5,7% más que en 2006. Esta cantidad representaba, comparada con el presupuesto de otros ministerios, 7 veces más que para Industria y Energía, 18 veces más que para Vivienda o 32 veces más que para Cultura; siendo no obstante una cifra muy baja comparada con lo que asigna a estos mismos fines la primera potencia mundial que en 2008 se elevaba a 648.800 millones de dólares.

El presupuesto militar estadounidense, según Richard Betts, director del Instituto Saltzman de Estudios sobre la Paz y la Guerra, equivale a la suma de todos los presupuestos militares del resto del mundo. El segundo país que más invierte es China, a la que el Pentágono le atribuye un gasto de hasta 115.000 millones de dólares anuales.

Pero estas cantidades pueden ser insuficientes si el país se ve envuelto en una contienda. La guerra siempre supone un gasto extraordinario que, dependiendo de su duración o envergadura, requiere de inversiones constantes; es entonces cuando se debe recurrir a medidas excepcionales de financiación. Las medidas más comunes son: la elevación de los impuestos, el recurso a la deuda o la alteración de la moneda. De las dos primeras, la política seguida por los Austrias mayores, Carlos V y Felipe II, es un ejemplo proverbial.

El conjunto de todos los ingresos de Carlos V no cubría ni de lejos los elevados gastos de sus guerras. Por este motivo el emperador se vio obligado a tomar un préstamo tras otro. Pero los tipos de interese eran enormes, llegando a veces al 30% e incluso más. Se estiman las deudas de Carlos V, en el momento de resignar el gobierno, en unos 20 millones de ducados. La mayor parte de los ingresos anuales del Estado eran absorbidos simplemente por el pago de los intereses.

Cuando Felipe II asumió el poder en 1556, la situación financiera era tan embrollada que intentó crear nuevos ingresos mediante impuestos especiales o monopolios como el de la sal. Se sucedieron aranceles especiales sobre la lana española y se produjo un auge floreciente de encomiendas, privilegios nobiliarios y cargas de toda clase que proporcionaban ingresos importantes. En 1566 todos los derechos arancelarios fueron

duplicados; también el comercio con las colonias, hasta entonces libre, fue gravado por impuestos. Pero todo era poco.

Por fin en 1575 se suspendieron los pagos de los intereses hasta que hubiesen sufrido una revisión, declarando sin validez todos los préstamos estatales concluidos desde hacía quince años. Los banqueros más distinguidos bordearon la quiebra, y muchas firmas se hundieron. Al final se tuvieron que reconocer todas las deudas, pero se obtuvo una fuerte disminución de los intereses. Esta técnica gozó de particular predicamento en el caso del tesoro español, que promulgó el «decreto de bancarrota», en 1607, 1627 y 1647; pero también la utilizó el gobierno francés en 1599 y 1648.

La práctica de la financiación de las guerras por medio de la deuda pública la utilizó por primera vez Holanda en el siglo XVI. Inglaterra en el siglo XVIII, que poseía el sistema financiero más desarrollado, recurrió a este mecanismo en más de una ocasión; así en el caso de la guerra de Sucesión española, que costó unos 50.000.000 de libras, tan sólo la mitad de esta enorme suma se consiguió por impuestos, el resto fue deuda pública emitida por el Banco de Inglaterra.

Pero fue sobre todo en los siglos XIX y XX cuando la deuda de los gobiernos en caso de conflicto se hizo pública de modo masivo, mediante los «bonos de guerra». Este procedimiento suponía que cuando la nación era derrotada los efectos de la ruina ya no sólo recaían sobre los bancos prestatarios sino sobre amplias capas de la población, sobre todo las clases medias que patrióticamente habían comprado esos bonos que terminaban careciendo de valor, como fue el caso de Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial. Pero tal vez la medida para recabar dinero de guerra cuyos efectos repercuten de modo más inmediato sobre el conjunto social sea la inflación.

La guerra determina con frecuencia la creación de nuevas monedas o la alteración de las existentes. La historia monetaria de casi todos los Estados en tiempo de contienda se reduce a la continua desvalorización de su unidad monetaria, y los grandes procesos inflacionistas han estado casi siempre vinculados a períodos de guerra.

En el mundo antiguo la inflación monetaria para hacer frente a los pagos derivados del gasto militar se operaba refundiendo la moneda metá-

lica de ley y aleándola con metales no nobles, con lo que se obtenía más piezas con el mismo valor nominal pero con menor cantidad de oro o plata. Un ejemplo avanzado de este proceder es el adoptado por Federico II de Prusia para financiar la Guerra de los Siete Años (1756-1763).

Federico, durante el conflicto, se encontró frente a la aplastante superioridad de las fuerzas de Austria, Francia y Rusia teniendo como aliado sólo a Inglaterra. Esa situación le obligaba a un tremendo desembolso, por eso recurrió a la receta, de probada eficacia, de explotar el privilegio de acuñación rebajando la ley de las monedas. Los subsidios que le pagaba el aliado inglés entraban en ese plan de financiación dado que consistían en oro y plata que se podía utilizar para la reacuñación.

Tras la ocupación de Sajonia utilizó el país conquistado como plataforma para su operación. Las Casas de Moneda sajonas continuaron acuñando moneda con la imagen del Elector de Sajonia pero su valor fue alterado. Doscientos mil *reichstaler* de buena moneda servían para fabricar un millón o más de dinero de guerra, lo que implicaba una disminución de la ley y una «falsificación» consciente de la divisa del país. Al mismo tiempo la expresa prohibición de que las monedas sajonas circularan en Prusia estaba destinada a proteger el sistema monetario prusiano de las monedas malas, ya que de permitir su entrada en el reino se hubiera producido una emigración de las «buenas». Sin duda era una brillante maniobra que permitía colocar esos muchos millones de monedas «infames», como el mismo Federico las llamaba, inundando otros países con «monedas de guerra sajonas»; con ellas Federico pagaba sus cañones.

La guerra de 1939-1945 asistió a un refinamiento de este método. El mando de los ejércitos alemanes de ocupación emitía una moneda de «ocupación», que él banco emisor del país conquistado había de cambiar por moneda legal. Así mismo dicho mando pagaba sus compras y requisas con la moneda de ocupación por él emitida. Por este medio, los alemanes dejaron exangües a todos los países ocupados por ellos. En el año 1944 más del 26% de los gastos totales del Reich eran cubiertos por las aportaciones hechas desde los territorios conquistados.

La generalización del papel moneda ha facilitado este tipo de prácticas sin tener que recurrir a las reacuñaciones de épocas pasadas. No hay

nada más sencillo para un gobierno en apuros por los gastos de la guerra que hacer funcionar la máquina de imprimir billetes. Los famosos «asignados» (bonos del tesoro que terminaron por circular como papel moneda) emitidos por el gobierno francés durante la Revolución sirvieron para pagar las guerras contra Inglaterra y las potencias absolutistas. La creación por EE. UU. de la Reserva Federal del Tesoro en 1913 fue lo que hizo posible su participación en la Primera Guerra Mundial. Sin la habilidad de imprimir billetes, el Gobierno federal no hubiera podido financiar la inmensa movilización de soldados y armamentos que se produjo en el año 1917.

Pero la inflación, metálica o de papel, arrastra inevitablemente alzas de precios con los efectos nocivos que esto supone y el consiguiente descontento social. Durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos (1775-1783) los precios aumentaron a tasas medias del 8,5% mensual. Los Imperios Centrales durante la Primera Guerra Mundial recurrieron también a este procedimiento y la inflación provocó el empobrecimiento de cuantos percibían unos ingresos fijos. Los más gravemente perjudicados fueron los rentistas: las rentas de los títulos del Estado, de todos los valores muebles de renta fija, de los fondos pagados a compañías de seguros o cajas de capitalización, así como las jubilaciones de todas clases, se vieron disminuidas en muchos países, y en los vencidos, cuya moneda se hundió definitivamente, reducidas a la nada.

Desde la aparición de los billetes la moneda misma se ha podido convertir en un arma de guerra más. Si se consigue falsificar y poner en circulación en el país enemigo gran cantidad de esta moneda falsa se puede perjudicar gravemente la economía del adversario. Inglaterra utilizó esos métodos en la guerra que sostuvo contra la República francesa en 1793.

La existencia en el país galo del «asignado» facilitó a los británicos la operación de desestabilización monetaria. La red de información británica, que tan buenos servicios había prestado a Inglaterra durante la Guerra de los Siete Años, se activó con el inicio de la Revolución en Francia. El primer ministro inglés, Pitt el Viejo, que se ufanaba ya a mediados de siglo de que ni un solo disparo podía hacerse en ningún lugar del mundo sin que su gobierno supiera la razón, transmitió a su hijo no sólo el cargo de Premier sino también un buen servicio de información, reorganizado pocos años atrás por el eficaz Willian Eden.

Al ser guillotinado Luis XVI, el gabinete inglés rompió relaciones diplomáticas con la recién nacida República francesa al tiempo que adoptaba un *bill* proscribiendo la circulación de los «asignados» franceses en el Reino Unido. Con la situación de guerra abierta, el servicio de información británico decidió acrecentar la labor que venía realizando con actividades de provocación y sabotaje. Su línea de actuación a través de sus agentes era triple: alterar el orden, infiltrarse en el aparato de poder y poner en circulación millones de asignados falsos con el objetivo de quebrar la economía francesa.

Los «asignados» —que se habían convertido por la inflación generada por la guerra en una especie de papel moneda— debidamente falsificados se transformaron en un elemento clave en la estrategia desestabilizadora practicada por los ingleses y los contrarrevolucionarios. Fabricados a millares primero en Prusia y luego en Inglaterra pretendían hundir el cambio y paralizar la economía provocando la carestía y el descontento popular.

La misma maniobar intentaron los nazis durante la Segunda Guerra mundial con la «Operación Bernhard». Utilizando las habilidades de un falsificador de origen judío preso en un campo de concentración, los alemanes quisieron inundar el mercado británico de libras esterlinas. Desde mediados de 1943 los nazis lograron producir una media de 200.000 billetes al mes de 50 libras, que eran puestos en circulación a través de España y Suiza. A pesar de todo, la operación no surtió los efectos esperados demostrando que la guerra, hoy como ayer, se dirime en los campos de batalla.

Claro está que ningún contendiente piensa en perder la guerra y especula con que será el vencido quien termine pagándola. En el mundo antiguo esto se traducía en la captura del botín. En la Antigüedad los metales preciosos constituían la parte más buscada del botín junto con los esclavos. Los rescates, las contribuciones de guerra y pillajes, directos o indirectos, acaban por expresarse en moneda.

Sabemos que Alejandro Magno, del saqueo de diferentes ciudades ocupadas semanas después de Gaugamela, obtuvo 350.000 talentos, lo que vendría a ser 1.500.000 kilos de plata, y esto tal vez fuera sólo la parte más

llamativa de lo incautado. Las tropas españolas que regresaron a Italia en mayo de 1577, seis meses después del famoso saqueo de Amberes, llevaron consigo 2.600 toneladas de botín, y también enviaron a sus hogares grandes cantidades de dinero en metálico y mediante letras de cambio, en parte producto de los rescates.

En la guerra moderna el botín se obtiene de modo más refinado por medio de las indemnizaciones de guerra planteadas como una reparación destinada a compensar los sufrimientos y gastos de la potencia vencedora. En 1870, Alemania obtuvo de Francia tras su derrota la célebre indemnización de 5.000 millones de francos en oro. Después de 1918, ante el impago de las indemnizaciones por parte de Alemania, Francia y Bélgica ocuparon (1923) la rica zona del Ruhr con el objeto de explotar directamente sus minas de carbón y su industria.

En la actualidad las indemnizaciones han sido sustituidas por el negocio que supone la reconstrucción. Tras la ocupación de Irak, según un informe del programa *BBC Newsnight* hecho público en 2005, las compañías petrolíferas occidentales, con la colaboración del gobierno Iraquí, consiguieron contratos de explotación que suponían para esas multinacionales índices de beneficios sobre sus inversiones que iban del 42 al 162%, y con una duración de los contratos de entre 25 y 40 años. Como podemos apreciar las formas de botín han evolucionado con el tiempo aunque la finalidad sigue siendo la misma: sufragar gastos y rentabilizar la inversión que supone hacer la guerra.

Pero la inversión en guerra comporta inevitablemente el costo de la destrucción material. Desde los tiempos más remotos lo levantado por el hombre con gran esfuerzo ha sido parcial o totalmente destruido por las guerras que ha librado. Ciudades incendiadas, construcciones demolidas, cosechas arrasadas y toda una larga estela de ruina sigue como efecto insoslayable a la contienda, aunque es cierto que de modo desigual.

El impacto a lo largo de los siglos ha quedado focalizado a las zonas de combate y a los puntos de resistencia. La fortaleza sitiada, la ciudad que no se rendía, las aldeas circundantes al paso de las tropas podían temer lo peor y terminar siendo arrasadas hasta prácticamente desaparecer. La historia nos ofrece numerosos ejemplos de este ensañamiento devastador.

Desde la Cartago vencida a la pequeña aldea checa de Lidice, víctima de las represalias nazis durante la ocupación, podemos encontrar un sinfín de lugares destruidos como resultado de las guerras. Sin embargo, durante siglos, amplias zonas de los pueblos enfrentados salían indemnes del conflicto, padeciendo otras penalidades pero escapando del fuego o la piqueta.

La Primera Guerra Mundial, a pesar de su envergadura, es un caso de este tipo de destrucción localizada. Si nos centramos en el frente occidental los efectos devastadores del conflicto se dejaron sentir en una estrecha franja del territorio francés y belga, escenario de las grandes batallas de posición; el resto del país apenas los sufrió. No obstante las cifras en esta zona parecen aterradoras: 4.856 km^2 de bosques devastados, así como 20.720 km^2 de suelo de cultivo. Los edificios destruidos se elevaron a 246.000, entre ellos: 1.550 escuelas, 1.200 templos, 1.000 plantas industriales y 377 edificios públicos. Es cierto que París fue bombardeada en diversas ocasiones por los zeppelines alemanes y por un cañón de largo alcance, pero en total recibió 69.804 kg de explosivos que causaron relativos daños materiales y 533 muertos.

Los efectos en este sentido serán mucho más devastadores durante la Segunda Guerra Mundial. Al finalizar la contienda la destrucción sufrida por Alemania, tras las intensas campañas de bombardeos estratégicos, era enorme y no tenía comparación con ningún conflicto anterior. Para hacernos una idea digamos que de 948 puentes fluviales, 750 había sido destruidos, así como 2.400 puentes ferroviarios y 3.400 kilómetros de vía férrea. De 16.000.000 de viviendas, 2.430.000 habían quedado inhabitables y 4.000.000 seriamente dañadas. En Berlín sólo quedo indemne una cuarta parte de la ciudad y Hamburgo sufrió más daños que los que padeció toda Gran Bretaña a lo largo del conflicto.

Sin embargo las instalaciones industriales fueron menos afectadas de lo que se pudiera suponer. Las más dañadas eran las plantas de carburantes, que fueron arrasadas en un 50%, pero en su conjunto el poderío industrial del país sólo fue destruido en un 20% Por ejemplo la industria metalmecánica fue dañada en un 15% y en un 10 %, la minera. Los vencedores tenían presente que el potencial industrial de Alemania podía llegar a ser muy rentable una vez hubieran finalizado las hostilidades.

No obstante, durante este conflicto se apuntó un cambio cualitativo en los efectos destructores de las guerras ya que a la devastación material de la obra humana se empezó a sumar el arrasamiento ambiental de las zonas afectadas. Impacto ambiental y destrucción de recursos naturales, en mayor o menor grado, se han debido producir a lo largo de la historia de la guerra.

La guerra de conquista y expolio llevada a cabo por los europeos en los continentes colonizados arroja un balance negativo difícil de cuantificar (Crosby, 1988). Sólo debemos pensar cómo el bisonte americano estuvo a punto de desaparecer como especie en el marco de las guerras indias. Un solo ejemplo del efecto directo sobre el mundo animal: en la guerra anglo-boer los británicos sacrificaron en sus operaciones contraguerrilleras más de medio millón de caballos. Este tipo de costo ha ido en aumento desde la Segunda Guerra Mundial.

En esta contienda ya fueron devastados los ecosistemas de muchas islas tropicales del Océano Pacífico, y destruidas unas diecisiete zonas agrícolas de Holanda mediante inundaciones deliberadas de agua salada, recurso que los holandeses ya habían utilizado contra el invasor francés en la guerra de 1672. También se esterilizó sistemáticamente una amplia zona del norte de Noruega. Las depredaciones de la guerra redujeron la productividad agrícola europea en aproximadamente un 40%, e hizo falta una década entera de intensos esfuerzos para recuperar el daño causado. A esto hay que sumar los terribles y duraderos efectos contaminantes por la radiación en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, que inauguraban un nuevo tipo de costo medioambiental.

Durante la posguerra, la aviación inglesa comenzó a utilizar contra los independentistas malasios bombas defoliantes (1948-1963) que entre junio y octubre de 1952 arrasaron 1.250 hectáreas de terreno en ese país. El mismo tipo de artefactos lanzaron los franceses sobre los nacionalistas de Madagascar (1948-1954). En la guerra de Vietnam, parte de la estrategia americana estuvo conscientemente dirigida a esta labor destructora del medioambiente por medio de bombardeos masivos de las zonas rurales, además de la destrucción química y mecánica de los bosques y arrasamiento sistemático a gran escala de los campos de cultivo con métodos mecánicos, químicos y otras técnicas.

Como parte de su programa de guerra química, Estados Unidos arrojó unas cantidades de agentes herbicidas sin precedentes. Más de 90 millones de kg cayeron sobre bosques y terrenos de cultivo en Vietnam. Solamente en Vietnam del Sur los bombardeos de zonas rurales terminaron por destruir aproximadamente un 5% de la masa forestal, y provocaron daños, a mayor o menor plazo, en la mitad de la misma. En 1972 se contabilizó que ya habían sido destruidas 2,5 millones de hectáreas en todo el país. Estas actividades militares dejó improductivo un 20% de los terrenos agrícolas de Vietnam del Sur durante la guerra, y no fue posible alcanzar el nivel de producción de alimentos anterior al conflicto hasta pasados cuatro o cinco años.

El conflicto de Vietnam nos indica una progresión evidente en esa forma de guerra devastadora de recursos y con profundas secuelas como herencia, que se ha puesto de manifiesto durante las últimas décadas, con una capacidad creciente para destruir o dañar grandes zonas de terreno enemigo o de contaminarlas durante décadas. La elevadísima cifra de bombas de fragmentación de alto poder explosivo que se lanzó sobre Vietnam —del orden de 20 millones—, las municiones de onda expansiva (tanto artefactos de explosivo combustible-aire como bombas de conmoción capaces de arrasar una hectárea de una sola vez) fuero casos sobresalientes de este moderno tipo de guerra.

En la Primera Guerra del Golfo, antes de retirarse, los soldados iraquíes incendiaron más de la mitad de los pozos de petróleo de Kuwait. La contaminación del aire que provocó fue la más grave de la historia. La combustión del petróleo produjo y liberó en la atmósfera azufre, óxidos de nitrógeno y de carbono, así como partículas de metales peligrosos. Desde Irán hasta Bahrein, toda la zona se vio afectada por una enorme nube de humo que impedía el paso de los rayos solares y hacía irrespirable el aire. La costa sufrió los efectos de numerosos derrames de petróleo. El alquitrán recubrió amplias zonas rocosas y provocó la muerte de centenares de especies marinas en aguas poco profundas e introdujo en la cadena alimentaria sustancias tóxicas persistentes. A lo largo de kilómetros de distancia, las playas también fueron contaminadas según el movimiento de las mareas.

Estas prácticas no sólo destruyen la vida humana, animal y vegetal, sino que hipotecan su reproducción durante generaciones o siglos. Así en

la guerra de Irak se utilizó munición radioactiva que se había comenzado a emplear ya en 1991, cuando las fuerzas estadounidenses y de la OTAN hicieron uso de munición con uranio empobrecido en Kosovo. Según algunos expertos el armamento de este tipo ha sido lanzado sobre Irak en cantidades tales que se ha llegado a superar en más de diez veces la suma de la radiación liberada durante una prueba nuclear. Debido a la larga vida media del Uranio-238 (unos 4,5 mil millones de años), se puede deducir que los alimentos, el aire y el agua quedarán contaminados para siempre. De hecho, los soldados supervivientes que habían sido alcanzados por munición radioactiva, así como los que la habían disparado, han mostrando en una elevada proporción síntomas de enfermedades radioactivas. De los 700.000 veteranos estadounidenses de la Primera Guerra del Golfo, más de 240.000 terminaron padeciendo incapacidad médica permanente y 11.000 ya habían muerto en 2007.

Como podemos ver la guerra moderna no sólo mata, derrocha riqueza y destruye la creada, como ocurría con las guerras de ayer, sino que ahora se proyecta amenazante sobre los descendientes de los que actualmente las hacen; por eso los costos de la guerra hoy son más incalculables que nunca, aunque sí podemos saber con certidumbre que a cada generación la guerra le cuesta más cara.



Fragmento de un grabado de Hans Burgkmair
Enfrentamiento de piqueros suizos con los de la casa de Borgoña.
Hauts faits de Maximilien Ier, Biblioteca Nacional (París)

VII
La guerra y el Estado moderno

Grandes contiendas y pequeñas guerras

En los siglos XVII y XVIII se desarrollaron y perfeccionaron los cambios operados en la centuria anterior, aunque también se produjeron algunas transformaciones novedosas, de las cuales, sin duda, la más destacada fue la aparición de poderosos y modernos ejércitos regulares organizados por los Estados. En la guerra de los Treinta Años los monarcas que todavía reclutaban grandes fuerzas lo hacían para una sola campaña y raramente las mantenían en tiempo de paz. Sus generales, incluso cuando eran leales, no estaban necesariamente bajo estrecho control del Estado, y en la guerra se entremezclaban los intereses e iniciativas particulares con las directrices de la corona. Sin embargo, en 1789, todas las grandes monarquías europeas tenían ya fuerzas armadas permanentes y su reclutamiento y organización constituían un aspecto importante de la misión de los gobiernos.

La economía en estos siglos continuó el rastro del anterior. La actividad agrícola seguía ocupando al 80% de la población. El comercio y el artesanado se intensificaron contribuyendo a ello la expansión y explota-

ción de las posesiones coloniales. Los ciclos económicos característicos de la época se sucedían. El siglo XVII fue un período de depresión económica y de un cierto estancamiento, mientras que el XVIII estuvo marcado por una acusada prosperidad de la que fue especial beneficiaria la burguesía de algunos países como Inglaterra o Francia. No obstante, la estructura social no varió sustancialmente. La nobleza, con su enorme diversidad, seguía monopolizando junto con el clero buena parte de la riqueza territorial y el poder simbólico, mientras que el estado llano abarcaba tanto a las masas populares campesinas y urbanas como a los sectores más ricos de esa burguesía comercial y manufacturera que comenzaba a reclamar un espacio en el poder político.

Los monarcas ampliaron su control y autoridad sobre sus reinos, apoyándose para ello en aparatos de Estado cada vez más complejos y desarrollados, y en ese proceso la guerra desempeñó un importante papel. Entre 1672 y 1710, la aparición de modernos ejércitos estuvo relacionada con el fortalecimiento del absolutismo, en especial en los países que habían desempeñado papeles importantes en la Guerra de los Treinta Años. De esta manera, el Estado vino a ser cada vez más una organización para librar guerras y las guerras vinieron a ser libradas cada vez más por los Estados. Al asumir plenamente esta competencia, los poderes públicos contribuyeron también a crear muchas de las más importantes estructuras económicas del período, poniendo de manifiesto los efectos de convertir la guerra en una inmensa industria nacional.

Los nuevos ejércitos no sólo estaban entrenados, sino que comenzaban a ser uniformados. La infantería de cualquier país gastaba muchos pares de botas y los ejércitos permanentes se convertían en importantes consumidores de textiles y artículos de cuero, al mismo tiempo que de armamento y utensilios de metal. La construcción naval creó también muchos puestos de trabajo. No es de extrañar que se necesitara una burocracia masiva para mantenerlos y que la labor del gobierno estuviese encaminada sobre todo a asegurar los ingresos necesarios para este importante fin. Esto obligó a una mayor eficacia en la recaudación fiscal e impulsó la economía monetaria.

Durante la guerra de Sucesión española experimentaron un rápido desarrollo las instituciones de banca y crédito. El Banco de Inglaterra había sido fundado en 1694 y en este aspecto, ingleses y holandeses aventajaban

a Francia (la *Banque de France* no se fundó hasta 1800). Por tanto, se puede afirmar que la guerra proporcionó un estímulo al desarrollo financiero así como a la actividad comercial y a industrias tales como la textil, la siderúrgica, la minera y la naval.

El balance bélico de los siglos XVII y XVIII presenta acusadas diferencias. El siglo XVII fue de enorme conflictividad y registró la guerra más devastadora y cruenta hasta aquella época: la Guerra de los Treinta Años. En general, podemos decir que durante esa centuria hubo menos años de paz que en ninguno de los siglos anteriores. En su primera mitad no hubo un año de calendario que disfrutara de una paz completa. Sin embargo, el XVIII fue una época de desórdenes y de conflictos menos largos y menos graves que la precedente y se suele considerar que a lo largo del mismo se impuso un tipo de conflicto que se ha denominado «guerra limitada».

Las dos grandes líneas de fuerza que movieron a la confrontación bélica durante el siglo XVII fueron: el intento de sometimiento y control por parte del Imperio austriaco de sus teóricas posesiones en Centroeuropa y los afanes hegemónicos de Francia como nueva gran potencia emergente. Producto de lo primero fue la larga y devastadora Guerra de los Treinta Años. Entre 1618 y 1648, los países alemanes fueron azotados por una contienda interminable que, en su origen, opuso al emperador Fernando II de Habsburgo (1619-1637) a los príncipes protestantes del Sacro Imperio Romano Germánico. El tinte religioso ocultaba realmente los movimientos centrífugos de muchos vasallos del emperador por librarse de su tutela y rentabilizar sus propios recursos. Poco a poco entraron en el conflicto todas las grandes potencias. Daneses, suecos y franceses, inquietos por las ambiciones de los Habsburgo, aportaron su ayuda militar a los protestantes de Alemania, en tanto que España apoyó al Emperador.

Las victorias suecas de 1630 a 1632 (Breitenfeld, 1631; Lutzen, 1632), logradas por el rey Gustavo Adolfo, colocaron en el primer plano de la escena bélica internacional a esta nueva potencia, que prolongará su poder hasta bien entrado el siglo XVIII. A esas sonadas victorias suecas siguieron las francesas (Rocroi, 1643) que, añadidas al agotamiento del Sacro Imperio, obligaron al Emperador a negociar. Desde 1643 hasta 1648, los representantes de todos los beligerantes se encontraron en las dos ciuda-

des de Münster y Osnabrück, en la provincia alemana de Westfalia, mientras los combates proseguían en numerosas regiones. Los tratados firmados finalmente ratificaron la derrota de los Habsburgo, que se replegaron hacia la zona este de su Imperio renunciando a la tutela del mosaico de territorios alemanes. España, que durante la contienda no pudo evitar un acelerado declive de su poderío militar, aún continuó en guerra con Francia hasta la firma de la Paz de los Pirineos en 1659.

Esa decadencia del imperio hispánico alimentó las ambiciones expansionistas de Francia bajo el reinado de Luís XIV dando lugar, en la segunda mitad del siglo, a tres grandes conflictos. Muerto Felipe IV de España en 1665, Luís XIV alegó derechos territoriales de su esposa María Teresa, ante el incumplimiento de ciertas cláusulas financieras del Tratado de los Pirineos, y solicitó la devolución del Franco Condado, Luxemburgo y Brabante. Mariana de Austria, regente de España durante la minoridad de Carlos II, no aceptó esta petición y Francia le declaró, en 1667, la que fue llamada Guerra de Devolución. Los ejércitos franceses invadieron fácilmente Flandes y el Franco Condado. Holanda, Inglaterra y Suecia, temerosas del expansionismo galo, se aliaron en 1668, prestando su apoyo a España. Luís XIV firmó el Tratado de Aquisgrán prometiendo hacer la paz con España y obteniendo a cambio Lille y otras cuatro plazas flamencas.

En esta coyuntura, Holanda, muñidora de la alianza con Suecia e Inglaterra, mantenía con Francia una gran rivalidad económica. Por ambos motivos, Luís XIV se dispuso a atacarla. En esta ocasión, la Inglaterra de Carlos II apoyó al Rey Sol ya que también padecía la competencia holandesa por la hegemonía marítima en el comercio colonial. En 1672, sin previa declaración de guerra, las tropas francesas invadieron Holanda y tomaron casi todo el país. El emperador Leopoldo I (1657-1705), algunos príncipes alemanes y España acudieron en auxilio de Holanda. El principal teatro de operaciones fue el Rin, donde generales franceses, como Turena, obtuvieron señaladas victorias (Sasbach, 1675). Por la Paz de Nimega (1678), Francia mantenía su prestigio militar y se quedaba con el Franco Condado y numerosas plazas de Flandes, perdidas por España.

La política imperialista de Luís XIV exasperó a Europa y en 1686 una poderosa coalición formada por Austria, España, Holanda, Inglaterra y

Saboya reanudó las hostilidades contra Francia en una larga contienda que se prolongó hasta 1697. Pero el conflicto que señaló el declive de esta política imperialista francesa fue la Guerra de Sucesión por el trono de España, tras la muerte sin herederos de Carlos II.

Luís XIV colocó en el trono español a su nieto Felipe V, pero Inglaterra y Holanda apoyaron entonces las pretensiones a la corona hispana del archiduque Carlos de Austria y declararon la guerra a Francia y España (1701). Pronto, en la gran Alianza de La Haya (1701-1703), se sumaron a la coalición contra los Borbones, Prusia, Portugal y Saboya. Los ejércitos aliados, a cuyo frente figuraban el general inglés Marlborough y el austriaco Eugenio de Saboya, derrotaron varias veces a los franceses (Blenheim, 1704; Ramillies, 1706). Mientras tanto, en España, los territorios de la Corona de Aragón habían abandonado la causa de Felipe V y proclamado rey al archiduque Carlos. Las batallas de Oudenarde (1708) y Malplaquet (1709) agravaron la situación de Luís XIV, pero los triunfos de Felipe V en Brihuega y Villaviciosa, en España (1710) y la victoria alcanzada en Denain (1712) por el francés Villars sobre Eugenio de Saboya acabaron de rehacer la suerte del Rey Sol y la de Felipe V. El conflicto terminó con las paces de Utrecht (1713) y Rastatt (1714), que supusieron algunos cambios importantes en el concierto internacional.

No obstante, durante este período, la mayoría de las guerras decisivas no fueron grandes, y la mayoría de las grandes guerras no fueron decisivas. En ese sentido podemos señalar que el conflicto con más honda repercusión de todo el siglo XVII fue el librado en Inglaterra entre la monarquía absoluta de Carlos I Estuardo y el Parlamento. Esta guerra revolucionaria, ganada por los ejércitos parlamentarios encuadrados en el *New Model Army* y comandados por Thomas Fairfax (1612-1671) y Oliver Cromwell (1599-1658), supuso el triunfo de la burguesía inglesa sobre el régimen señorial y el inicio de un moderno poder político basado en la representatividad, que serviría de modelo e inspiración a la burguesía francesa a finales del siglo siguiente en su propia revolución.

Durante el siglo XVIII, la tensión bélica reflejaba la pugna de intereses expansionistas fuera de Europa, protagonizada por Inglaterra y Francia, y las ambiciones territoriales de Rusia, Prusia y Austria a costa de otros Estados vecinos. Por supuesto, las consideraciones dinásticas y el

principio del «equilibrio» continental también estuvieron presentes en el origen de estos conflictos. Pero estos afanes expansionistas estaban basados en la mayor parte de los casos en ambiciones económicas.

El control del comercio para las potencias de Europa occidental justificaba la existencia de una Armada, y por comercio se entendía básicamente el de los productos que no se producían en el país pero que eran apreciados en él, como el azúcar, el algodón, las especias, los tintes, el tabaco y las pieles. La expansión territorial por los continentes productores de estas materias primas tenía relativamente poca importancia, comparada con los intereses económicos que se movían por controlar su producción y comercialización. Así mismo, la política de conquista en la propia Europa respondía a parecidos principios. Cuando Federico el Grande emprendió la ocupación de Silesia fue con la intención de hacerse con una importante zona industrial que ofrecía impresionantes ingresos al Estado. Sus ambiciones en Polonia se centraron en el control de la cuenca baja del Vístula y, por tanto, del comercio de grano y madera distribuido a través de Danzig; mientras que el expansionismo ruso buscaba ricas tierras productoras de granos.

A lo largo del siglo, dos nuevas potencias militares aflorarán en el panorama continental: Prusia y Rusia. La primera surge como la obra de organización administrativa y social llevada a cabo por los Hohenzollern: el gran elector Federico Guillermo (1640-1688) y el rey Federico Guillermo I (1713-1740). Las dispersas tierras originarias de Brandeburgo y Pomerania eran económicamente pobres y los Hohenzollern deseaban retener la posición política que les había dejado el declinar de los Habsburgo en la guerra de los Treinta Años, para ello se propusieron construir un Estado fuerte basado en un ejército permanente y poderoso.

El gran elector se hizo dueño absoluto de una sola máquina administrativa, centrada en torno a la organización de suministros para el ejército, el *Kriegskommissariat*. Este proceso fue posible merced a un acuerdo entre el monarca y los nobles o *junkers*. En 1653, los *junkers* dieron al elector un poder absoluto y los medios financieros para mantener un ejército permanente, a condición de que el cuerpo de oficiales fuese de su exclusiva competencia y que los campesinos de sus haciendas fuesen reducidos a servidumbre. Tal fue el origen del militarismo y el absolutismo prusianos cuya primera expresión se concretó en la figura del rey Federico II (1712-1786).

En el caso de Rusia, tras un prolongado período de turbaciones sociales y políticas a comienzos del siglo XVII, se logró restaurar el orden en 1613 cuando Miguel Romanov fue elegido por la Asamblea Nacional (*Zemsky Sobor*) para ocupar el trono. Los grandes nobles o *boyardos* cooperaron con los primeros Romanov, permitiéndoles finalizar las tareas de centralización burocrática. Así pues, el Estado requirió los servicios tanto de la vieja como de la nueva nobleza, principalmente en el plano militar. A cambio, los zares permitieron a los *boyardos* completar el proceso de feudalización del campesinado.

Durante el siglo anterior, el Estado había limitado progresivamente el derecho de los campesinos, por lo que los terratenientes poseían el control absoluto sobre ellos, pudiendo comprarlos, venderlos o comerciar con ellos. Además, los comerciantes y artesanos que habitaban las ciudades fueron gravados con más impuestos y, como ocurría con los siervos, también se les prohibió cambiar de residencia. Finalmente, todos los sectores de la población quedaron sujetos a levas militares. El proceso de ascenso del poderío militar ruso culminó con la política desplegada por Pedro I (1672-1725) que convirtió a Rusia en la nación más grande del mundo, con tres veces el tamaño de Europa. Aunque sólo albergaba a 14 millones de habitantes y la producción de grano no alcanzaba las cifras de Occidente, sin embargo, llegó a contar con un ejército de 300.000 hombres.

Las dos grandes guerras de este siglo tenido por «pacífico» fueron la Guerra de Sucesión Austriaca, también conocida como la guerra de la Pragmática Sanción, y la Guerra de los Siete Años. La ambición de Federico II de Prusia desencadenó el conflicto de la Pragmática Sanción, que duró de 1740 a 1748. Aprovechando las desavenencias surgidas sobre la herencia de Carlos VI de Austria, Federico reclamó Silesia a María Teresa de Austria. En 1741 el monarca prusiano obtuvo sobre los ejércitos austriacos una gran victoria en los campos de Mollwitz. Entonces Francia, rival de Austria, se alió con Prusia, y Gran Bretaña apoyó a la emperatriz. Finalmente el Tratado de Aquisgrán (1748) reconoció a Federico II la posesión de Silesia, y a los Borbones españoles los ducados de Parma y Plasencia.

Pero el tratado de Aquisgrán había sido firmado por Austria a la fuerza, por eso buscó el desquite aliándose con Francia, mientras que Prusia,

amenazada, aceptaba el apoyo de Inglaterra (1756). Se había producido así una inversión en las alianzas y comenzaba la Guerra de los Siete Años (1756). Por otra parte, Austria y Francia terminaron contando con un nuevo aliado, Rusia; y más tarde, España intervino en la lucha al lado de Francia (1761). Este nuevo conflicto se dirimió en Europa y en las colonias, siendo la primera guerra que se desarrolló en varios continentes. En el continente europeo las acciones más notables fueron las victorias de Federico II en Rossbach y Leuthen (1757) y sus derrotas en Rochkirch (1758) y Kunersdorf (1759).

Pero de nuevo se produjo la paradoja de que los grandes enfrentamientos que se dieron en Europa tuvieron relativas consecuencias. Sin embargo, los más importantes resultados surgieron de choques menores protagonizados por cuerpos expedicionarios coloniales.

En junio de 1757 los británicos derrotaron en Plassey a un ejército hindú comandado por el *nawab* de Bengala y apoyado por artilleros franceses, sufriendo solamente 65 bajas. No obstante, la victoria supuso el control efectivo por parte de los ingleses de esta importante zona de la India desde donde terminaron por dominar todo el subcontinente. En septiembre de 1759 tropas británicas se apoderaron de la ciudad de Québec, el enclave francés más importante en Canadá. En el cerco y en la batalla final cayeron menos de mil hombres entre los dos ejércitos contendientes pero Canadá pasó a ser un dominio más de la corona británica.

La lucha de las colonias inglesas en América por su independencia frente a la metrópoli fue también un conflicto pequeño en términos militares. Durante los ochos años que duró el enfrentamiento (1775-1783) apenas cayeron tantos hombres en acción como los que quedaron tendidos sólo en la batalla de Kunersdorf durante la guerra precedente. Sin embargo, ni un simple villorrio cambió de manos como resultado de las operaciones de Federico II, mientras que los encuentros de Saratoga (1777) y Yorktown (1781) generaron una nación nueva conocida como los Estados Unidos de América.

Empresas privadas y control del Estado

A comienzos de la Edad Moderna, el incipiente aparato del Estado de las monarquías europeas, —poco desarrollado y falto aún de una sólida maquinaria administrativa— solía delegar buena parte de sus funciones a la iniciativa privada. Por esa razón, a finales del siglo XVI, varios reinos comenzaron ya a reclutar y abastecer a sus ejércitos por medio de contratistas privados. Pero fue, sobre todo, durante la Guerra de los Treinta Años cuando este sistema alcanzó su apogeo. Entre 1630 y 1635 trabajaban en el continente europeo más de 400 empresarios militares en el alistamiento y equipamiento de regimientos, brigadas e incluso ejércitos completos, como era el caso del famoso general Wallenstein (1583-1634) que estuvo al servicio del Emperador durante años. Para ejercer como empresario militar se necesitaba ante todo, y sobre todo, dinero. Wallenstein anticipó a su señor, Fernando II, más de seis millones de táleros entre 1621 y 1628.

El procedimiento de la contrata privada simplificaba al máximo el papel de la corona en la movilización de un ejército. El mecanismo era relativamente sencillo. El reclutamiento se ponía en manos de un general que fuese popular entre los soldados y que tuviese suficiente capital para reclutar y armar a las tropas y, muchas veces, para pagar por anticipado algunos meses de haberes. Las condiciones eran estipuladas en un nombramiento especial (*commission*, *commissie* o *bestallung*, según los países). El general, a su vez, nombraba coroneles o capitanes para que se encargasen en concreto de la leva. Una vez formadas las unidades, y tras algún ceremonial, los regimientos quedaban oficialmente constituidos y listos para emprender la marcha a su destino.

Este sistema tenía la ventaja de proporcionar soldados bien adiestrados, evitando por tanto los gastos de reclutamiento e instrucción; pero presentaba también inconvenientes, como era el fraude en el que se podían ver implicados buena parte de la escala de mandos. Una de las preocupaciones de estos empresarios era asegurarse que la «nómina de soldados» se correspondiera con la realidad de la recluta efectiva. Pero en muchas ocasiones se inventaban toda clase de tretas para burlar al encargado de la revista con el apoyo de los oficiales. Lo más corriente era hacer pasar a todos los muertos, desertores o licenciados, desde la última revista, como soldados presentes y aptos para el servicio; lo hacían sustituyendo a los

ausentes por campesinos o por cualquier persona que quisiera prestarse a cambio de una pequeña compensación. Tales personas eran conocidas como *passevolants*, que, a menudo, se confunden con los *mortepaien* o «nombres falsos» que era otro «sistema» por el que el capitán recibía la paga de algunos hombres más que no existían en realidad. Se puede suponer que este tipo de prácticas era una forma que tenían los mandos de hacerse con unos ingresos adicionales.

No obstante, pocos de estos contratistas, con sus solos recursos, podían proporcionar artillería suficiente y movilizar un tren artillero verdaderamente eficaz, operación que podía aumentar el coste total de una campaña hasta en un 50%. Por esto, la mayor parte de los Estados, aunque utilizaran los servicios de contratistas militares, consideraban esencial crear una reserva de cañones de campaña y de sitio que fuese de su exclusiva propiedad.

Este sistema de contratas militares se fue abandonando conforme se iba afianzando la burocracia estatal y mejorando la fiscalidad de los reinos, lo que permitió a los monarcas plantearse la constitución de ejércitos permanentes bajo su exclusivo control. Entre 1660 y 1670 incluso Inglaterra empezó a crear un ejército permanente de unos 6.000 hombres, con 3.000 más en Escocia y 7.000 en Irlanda, a fin de garantizar la defensa nacional y el orden interno. Cada uno de estos ejércitos permanentes requería una red propia de instituciones militares y servicios auxiliares: tesorerías, tribunales, secretariados, intendencia y avituallamiento. De ese modo la demanda de una administración militar fue un poderoso estímulo para el crecimiento y desarrollo de la burocracia estatal.

Fue Francia, al finalizar la Guerra de los Treinta Años, la que partiendo de la vieja aspiración a tener un ejército permanente asentó las bases de una administración militar moderna, en la línea de centralización y control directo a la que aspiraba la monarquía absoluta de Luis XIV, y fueron Le Tellier (1603-1685) y posteriormente su hijo el marqués de Louvois (1641-1691) quienes se encargaron de llevar a cabo esa reforma en profundidad.

Michel Le Tellier había ocupado desde 1643 el cargo de Secretario de Estado para la guerra. Su origen burgués no le hacía grato a los altos jefes militares de linaje aristocrático, pero eso no le impidió acometer una

amplia reestructuración. La pacificación de 1659 le dio la oportunidad de ejercer, sobre un ejército más reducido, una supervisión burocrática más estricta. Entre 1659 y 1661, Le Tellier licenció muchos regimientos y redujo el volumen y el número de las compañías. Casi todas las unidades «libres», producto de las contratas, fueron disueltas, y se ordenó el acuartelamiento de los regimientos del rey en las ciudades, dando así un importante paso al privar del poder militar a los gobernadores provinciales.

Los uniformes, la instrucción y el equipo se normalizaron al máximo; y los distintivos de la graduación fueron progresivamente introducidos entre 1672 y 1700. El nombramiento, en 1667, del coronel Jean Martinet como inspector general de la infantería inició una época de intensificación en las normas de ejercicios, calibres y uniformes, al menos en algunas secciones de la fuerza armada de Luís XIV, y en 1664, el financiero François Berthelot consiguió el primer contrato por cuenta del Estado para producir municiones a escala nacional.

También, la estructura del mando fue revisada. La famosa *Ordre du tableau*, publicada en 1675, regulaba minuciosamente la jerarquía militar, definiendo claramente los privilegios de cada grado y los méritos para el ascenso. Algunos de los empleos tradicionales, como el de coronel-general de infantería, fueron abolidos; el título de mariscal de Francia se convirtió en un cargo honorífico; y los tenientes coroneles de los regimientos de infantería comenzaron a ser nombrados por la Corona. Esos tenientes coroneles eran, normalmente, los jefes efectivos de sus regimientos ya que el coronel solía ser un aristócrata absentista. No obstante, Le Tellier no pudo acabar con el regateo económico que determinaba los nombramientos de algunas de las viejas categorías, como la de capitán, que tenían un valor en el mercado al poder ser vendidas y compradas.

Le Tellier trató de conseguir que sus comisarios supervisasen todas las operaciones del pago de las tropas y que las deducciones para vestimenta o para medicinas no excediesen de lo que había sido permitido por el secretario de guerra. Más adelante, fue la propia burocracia real la que hacía las deducciones y efectuaba los pagos. Sus intendentes investigaban implacablemente todos los aspectos de la actividad, el *passevolant* que desfilaba en lugar de inexistentes soldados, el coronel absentista, etc. Y un nuevo tribunal militar juzgaba implacablemente los casos de indisciplina y corrupción.

El marqués de Chamlay, como *Maréchal Général des Logis*, fue autor de las disposiciones para asegurar los suministros, las comunicaciones, los mapas y los cálculos logísticos. Con Louvois se creó un Departamento general de intendencia y un comisariado para controlar el precio, calidad y transporte de los suministros, mientras que los intendentes civiles debían resolver todos los problemas de avituallamiento que pudiesen a los comandantes de campo, así como informar directamente a Versalles de la marcha de las operaciones.

La reforma condujo a la mejora de las carreteras por las que tenían que ser conducidos los abastecimientos y al establecimiento de depósitos en los puntos estratégicos para el almacenamiento de amplias reservas alimenticias, de armamentos y municiones. Esta nueva organización por sí sola significaba que un general no tenía ya necesidad de permanecer en el distrito que le proporcionaba provisiones. Con los depósitos de reserva a su disposición, podía maniobrar desde puntos fijos, aunque le resultaba imposible alejarse más de cinco o seis jornadas de estos centros de avituallamiento.

Las reformas convirtieron al francés en el más moderno y poderoso ejército europeo del momento. Con un costo que oscilaba entre los 15 y los 20 millones de *livres* anuales, Luís XIV era el único monarca europeo que podía reunir tal suma en tiempo de paz para mantener semejante maquinaria militar.

El modelo francés pronto fue imitado por otros ejércitos europeos. En Austria el *Generalkriegskommissariat* (comisariado general para la guerra) existía desde 1650, pero el departamento general de suministros (*General proviantamt*) fue el que pasaría a responsabilizarse de los suministros en el campo de batalla. En Inglaterra, la antigua Cámara de Ordenanza (*Board of ordnance*) proveía al ejército de muchas cosas además de lo necesario para la artillería, pero fue ampliada en 1703 con la fundación de la Intendencia del Ejército (*Office of controller of army andaccounts*), responsable de que las tropas marchasen al frente debidamente equipadas y con sus haberes garantizados. Y un histórico decreto real de 1707 prescribió con todo detalle los uniformes y equipo que debía llevar todo soldado.

Esta estatalización de la guerra también sirvió para fomentar y perfeccionar las grandes innovaciones que se habían producido con la «revolu-

ción militar» en los inicios de la Edad Moderna: el cañón, el mosquete y el nuevo tipo de fortificación.

Perfeccionamiento y continuidad

A lo largo de los siglos XVII y XVIII las transformaciones que se operaron desde el punto de vista técnico en el armamento y la defensa estuvieron encaminadas a mejorar y aumentar la potencia de fuego y a racionalizar y aplicar los principios de la ingeniería militar que ya se habían apuntado durante el siglo XVI.

A lo largo de todo el siglo XVII las armas de fuego individuales, en manos de la infantería, fueron aumentando su número en todas las unidades de los diferentes ejércitos y desplazando así, paulatinamente, a los piqueros. Durante la Guerra de los Treinta Años prácticamente todos los tiradores llevaban mosquetes debido a que estas armas, con sus cuatrocientos pasos de alcance, superaban al viejo arcabuz. Los hombres de más talla y fuerza utilizaban el mosquete, y el mosquete *bastardo* era el arma de los «más débiles, chicos y ligeros». El mosquete tenía un cañón de 120 a 140 cm de largo, y cargaba una bala redonda de unos 43 gr Con culata de peral o nogal, se seguía disparando apoyándose en una horquilla debido a su peso.

La primera mejora sobre el mosquete de la que tenemos constancia fue la aparición del cartucho, que combinaba de modo práctico la carga de pólvora y la bala en un solo elemento de fácil manejo. Parece ser que el soldado sueco de los ejércitos de Gustavo Adolfo llevaba ya quince de tales cargas preparadas, además de la correspondiente pólvora de repuesto y balas. El tirador, cuando recargaba el mosquete, sólo tenía que cortar con los dientes el extremo de un cartucho, cebar con un poco de pólvora el fogón del arma, metiendo el resto de la carga en el cañón y retacando luego con la baqueta. El uso del cartucho ahorraba así muchos movimientos y se aumentaba la frecuencia de tiro.

Otra de las innovaciones introducidas en el mosquete se debió a la invención de un nuevo disparador para reemplazar la molesta e insegura mecha de los siglos anteriores. El mecanismo consistía en un martillo o

percutor formado por dos piezas metálicas que se ajustaban por medio de un tornillo regulable. Entre esta «pinza» se sujetaba firmemente una afilada piedra de pedernal que, al saltar por la presión del gatillo, producía en su choque con otra pieza metálica enfrentada las chispas necesarias para inflamar el cebo. Esa segunda pieza metálica era abatible y cubría, antes del disparo, una cazoleta que estaba cerrada, protegiendo así la pólvora contra la lluvia y el viento. Este mecanismo, conocido como *llave de chispa*, permitía un disparo más rápido del arma y evitaba el engorro de la mecha que delataba la posición de los tiradores en la oscuridad.

La estructura del arma también evolucionó reduciéndose su peso y facilitando así la desaparición de la horquilla. Por último, en 1740, Leopoldo de Anhalt Dessau creó la baqueta de hierro para sustituir a la de madera. La simplicidad del «invento» no debe ser minimizada ya que tuvo una enorme repercusión en el uso eficaz del arma. La baqueta de madera se rompía con suma facilidad o bien se combaba en una sola campaña, mientras que el uso de la baqueta de hierro permitía cargar y disparar con doble rapidez. El primer ejército en introducir la nueva baqueta fue el prusiano y pronto demostró su superioridad sobre la de madera, concediendo a la infantería de Federico II una capacidad de fuego que resultó decisiva sobre el ejército austriaco en la campaña de Silesia de 1742.

También resultó fundamental en la generalización del uso del mosquete su abaratamiento. Hemos de tener en cuenta que en la Francia de 1660 un mosquete costaba entre 60 y 135 francos, mientras que cincuenta años después se podía obtener por algo más de 30 francos. El mosquete o fusil con llave de chispa y baqueta de hierro sufrió pocas modificaciones en las décadas siguientes y generó modelos que tuvieron larga vida, como el famoso «Brown Bess», arma reglamentaria del ejército británico desde 1730 a 1830.

No obstante, la mejora más importante que se introdujo fue el acoplamiento al mosquete de la bayoneta. El nombre de bayoneta procede de la palabra francesa *bayoner*, que significa «meterle la espita a un barril». Desde el segundo cuarto del siglo XVII, el término se aplicó con un carácter casi universal para designar a los cuchillos o espadas que permitían convertir un arma de fuego en un arma blanca. El primer tipo empleado fue la «bayoneta de taco» consistente, normalmente, en un cuchillo de un solo

filo con mango de madera ahusado, susceptible de una sólida inserción en la boca del cañón. Pero hacia 1678 se inventó en Francia un sistema mucho más eficaz de sujetar el arma blanca al mosquete, que permitía seguir disparando el fusil con la bayoneta calada. El nuevo artilugio fue conocido como la «bayoneta de cubo» y consistía en una hoja de delgada sección triangular unida por un cuello curvo a un tubo corto, llamado «cubo», que se deslizaba sobre la boca del fusil en la que quedaba fijo mediante un resalte que encajaba en una ranura en forma de Z.

El efecto de la bayoneta fue revolucionario y convirtió en innecesaria la pica que, en 1704, ya había desaparecido del ejército británico. El soldado de a pie podía contribuir a la potencia de fuego de su unidad, a la par que, por la posesión de la bayoneta, se hallaba en disposición de poderse defender contra el masivo ataque de las fuerzas de choque. En 1721, la bayoneta había reemplazado a la pica incluso en el ejército ruso, lo que dio nueva fuerza a la infantería. La batalla de Mollwitz, en 1741, demostró por primera vez que era posible para la infantería resistir a pie firme mientras la caballería era puesta en fuga.

También, el cañón experimentó transformaciones y mejoras técnicas y de uso que comenzaron con Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años. El monarca sueco fue el primer gran comandante que reconoció la importancia de la artillería de campaña, e hizo de ella una tercera arma esencial. Asistido por un brillante general de artillería, Torstensson, introdujo importantes mejoras en el cañón. Gustavo Adolfo comprobó que los avances en la metalurgia hacían posible una pieza de fundición más corta sin sacrificio alguno del efecto o la seguridad. Y en 1624 retiró la mayor parte de su antigua artillería para ser refundida, haciendo que se acortara la longitud en los cañones de campaña y que se les acoplaran cureñas más ligeras, con objeto de facilitar la movilidad, diferenciándolos así de los cañones de asedio.

Redujo, así mismo, el número de calibres y uniformó las piezas. Los cañones de asedio suecos pesaban de 800 a 3.200 kilos, mientras los cañones de campaña pesaban 600, 900 y 1.400 kilos. Las piezas más pequeñas, que disparaban proyectiles de cuatro libras con municionamiento fijo, eran los llamados cañones «regimentales». Estas piezas utilizaban el primer cartucho de artillería que existió, una fina caja de madera que contenía una

carga de pólvora que iba atada con alambre a la bala. Debido a su comodidad en la carga, el cañón regimental lanzaba ocho disparos de metralla por cada seis disparos de un mosquetero. Cuatro hombres o un solo caballo podían ponerlo en acción en los distintos emplazamientos exigidos, mientras que los «cuatro libras» empleados por otros ejércitos pesaban alrededor de media tonelada y su manejo continuaba siendo dificultoso. Cada regimiento de infantería sueco de 1.000 hombres llevaba a la acción su cañón propio y, en fecha posterior, la proporción subió a un cañón por cada 500 hombres.

No obstante en 1742 Benjamín Robins en su libro *New Principles of Gunnery* continuaba diciendo: «La formación de la artillería ha mejorado muy poco en los últimos 200 años» (Reid, 1987: 165) y no le faltaba algo de razón. Las piezas de artillería seguían siendo todavía de calibres muy diferentes y había poco que escoger entre los distintos ejércitos en lo que a tipos y alcance se refería. La artillería de campaña y de regimiento que por lo general llevaba un ejército, incluía piezas de tres, seis y ocho libras, y piezas mayores que podían disparar proyectiles de dieciséis y hasta de veinticuatro libras. El alcance efectivo oscilaba entre los cuatrocientos cincuenta y los seiscientos metros, según el tipo; y una pieza podía efectuar unos 80 disparos en un día. Los ejércitos solían disponer de uno o dos cañones por cada mil hombres, mientras que para los sitios se necesitaban piezas más pesadas que podían disparar balas cuyo peso oscilaba entre las 36 y las 60 libras.

Así mismo, el uso del cañón seguía siendo rutinario. Generalmente se acostumbraba a emplazar la artillería delante del ejército para disparar unas cuantas descargas preliminares y, al desenvolverse la acción, los cañones permanecían silenciosos y estacionarios, aptos para la captura o recuperación, según las cambiantes incidencias de la batalla.

Los cañones de la época de Luís XIV continuaban siendo fundidos con la idea de que, en caso de necesidad, pudieran ser utilizados en el sitio de fortalezas y también en campaña contra las tropas, por lo que sus tubos eran relativamente largos y gruesos, a fin de admitir una potente carga propulsora de pólvora. Pero en tiempo de Luís XV se hicieron ensayos para fabricar piezas más cortas y ligeras que, aunque fuesen menos útiles en operaciones de sitio, resultasen igualmente eficaces en campaña.

Antes de 1740, Jean de Maritz había desarrollado un nuevo procedimiento para perforar una pieza de artillería con un taladro, haciendo más fuerte el cañón y relacionando más exactamente el calibre con la circunferencia del proyectil. El inglés Benjamín Robins había demostrado subsiguientemente que una carga más pequeña y un cañón más ligero podían lanzar el proyectil a la misma distancia. Ambos descubrimientos permitieron una disminución en el tamaño de las piezas sin pérdida de eficacia.

Federico II se preocupó por la movilidad y potencia de fuego de la artillería. Sus cañones movidos con caballos reflejaban algunos de los perfeccionamientos técnicos que en los siguientes años se terminaron de depurar. Caían ya sobre los campos de batalla proyectiles huecos llenos de explosivos, y los de metralla, consistentes en un determinado número de balas de plomo, distribuidas en torno a un eje central. Las piezas de campaña estaban dotadas de cureñas menos pesadas y así resultaban más ligeras, siendo distribuidas en brigadas o baterías. Dejó de utilizarse la cuchara con la que se introducía la pólvora en el tubo y la carga pasó a realizarse con balas montadas sobre «salero», cilindro de madera relleno de pólvora que ajustaba a las paredes de ánima del cañón y reducía la dispersión de gases.

Pero el gran reformador de la artillería fue el general francés Jean Baptiste de Gribeauval (1715-1789). Tras haber servido en Austria durante la Guerra de los Siete Años y en la artillería del príncipe Lichtenstein, fue nombrado inspector general de la artillería francesa en 1765. Gribeauval reorganizó el arma clasificándola en artillería de campaña, de sitio, de guarnición y costera, y normalizando los calibres. También se preocupó de que aumentara el número de cañones; esta medida fue favorecida por el descubrimiento de la fundición de coque, que facilitó cañones de hierro, mejores y más baratos que los de bronce. Con una fundición más precisa, podía reducirse en un 50% la cantidad de pólvora necesaria para disparar las piezas, lo que permitía adelgazar notablemente sus tubos, ya que el esfuerzo a soportar era menor, al tiempo que se hacía más preciso el ajuste de los proyectiles al ánima del cañón. Durante los decenios de 1750 y 1760, el peso de un cañón de campaña de 4 libras bajó desde 590 kg a sólo 272 kg; con este peso podía ser arrastrado por sólo 3 caballos y servido por sólo 8 hombres, por lo que podía moverse a la misma velocidad que los ejércitos más rápidos de aquella época.

Su conocimiento sobre la importancia de la movilidad en la campaña hizo que Gribeauval desterrase del parque de artillería cualquier proyectil de más de 12 libras. Entró en servicio un nuevo tipo de armón de municiones que permitía el transporte de las cargas ya preparadas junto con las balas macizas y las granadas huecas, sustituyéndose la antigua munición de metralla por botes de hojalata repletos de balas de hierro fundido. También se logró que las cureñas corriesen más suavemente y fueron construidas, según modelo uniforme, con la gualdera alargada y el eje de madera dura reemplazado por hierro.

Se procuró que los componentes de los cañones se hicieran intercambiables, gracias a que las fábricas industriales podían producir en serie piezas metálicas idénticas, precisas y de gran duración. Al construirse las ruedas de todos los trenes de artillería de acuerdo con un diseño único se simplificó el problema de los repuestos. Así mismo, se mejoró la movilidad al ser arrastradas las piezas por cuatro caballos emparejados en lugar de hacerlo en reata, como venía siendo habitual. Y para perfeccionar la puntería, Gribeauval introdujo dos mejoras: la primera fue sustituir las cuñas que regulaban el alza por un sistema de tornillo que permitía una mayor precisión y la segunda fue introducir el visor tangencial: una regla de latón graduada, indicadora de ángulos y tangentes, y equipada con una guía de metal para permitir al artillero «apuntar» la pieza por dirección o por elevación. Uno de estos renovados cañones podía hacer 100 disparos en una jornada y alcanzar entre los 800 y los 1.000 metros en tiro efectivo.

Todas estas mejoras dieron como resultado que, a finales del siglo XVIII, se pudiera hablar, por vez primera, de una artillería de campaña potente y a la vez móvil, situándose la artillería francesa muy adelantada con respecto a las de otros ejércitos al comienzo de la Revolución Francesa.

Frente al cañón, la fortaleza siguió desempeñando un papel clave en la guerra a lo largo del período que estamos analizando. En el siglo XVII y buena parte del XVIII las conquistas se hicieron esencialmente por la toma de plazas fuertes. Fue durante esos doscientos años cuando los planteamientos teóricos de la *trace italienne* cobraron cuerpo y ese impulso se debió en gran parte al ingeniero militar más célebre de todos los tiempos: Sébastien Le Prestre de Vauban (1633-1707), general de Luís XIV.

Hijo de pobres terratenientes, a la edad de diecisiete años Vauban se alistó como simple soldado y, paulatinamente, ascendió al rango de teniente. Su talento no tardó en atraer la atención de Louvois. Antes de 1673 había ya construido y tomado fortalezas menores, pero su verdadera fama comenzó con el sitio de la ciudad de Maestricht. Su captura como punto fortificado que dominaba vitales vías fluviales interiores sirvió más a Francia en aquel tiempo que si se hubiera logrado una victoria en campo abierto. Hemos de tener en cuenta que las carreteras del continente se hallaban aún en estado deplorable de manera que los canales y los ríos seguían siendo las principales vías de aprovisionamiento militar y las fortalezas que dominaban estas redes de canales se convertían en nudos neurálgicos en la logística de la época. Su actuación en la toma de este importante enclave le valió el reconocimiento de Luís XIV, que lo nombró comisario general de fortificaciones en 1679 y le encargó la protección de las fronteras.

Vauban tenía desde hacía tiempo planes concretos para racionalizar las defensas francesas. El ingeniero denominó a su ideal el *pré carré* (prado cuadrado). Se trataba de construir o adecuar una red de fortificaciones para dotar a Francia de una frontera que, en lo posible, estuviese trazada en línea recta prescindiendo de numerosos enclaves fortificados del interior. Fundamentalmente el fin que perseguía era la creación de una zona virtualmente desmilitarizada en las provincias no fronterizas, mediante la destrucción o abandono de más de 600 ciudades amuralladas o viejos castillos, lo que suponía liberar grandes contingentes de tropas. Consideraba que 10 fortalezas menos significaban 30.000 hombres más para los ejércitos en campaña. Durante los siguientes treinta años los ingenieros franceses construyeron o reformaron 133 fortalezas que, o bien cerraban al enemigo las diversas vías de acceso al reino, o bien facilitaban el paso de las fuerzas francesas a territorios vecinos. Sus fortificaciones eran lo suficientemente grandes como para albergar suministros y tropas capaces de efectuar operaciones ofensivas o defensivas.

Su nombre fue sinónimo de excelente fortificación, aunque lo único que hizo nuestro ingeniero fue perfeccionar el trabajo ajeno. El «sistema» simple, que se encuentra en todas sus obras, consiste en un mayor desarrollo de la defensa activa que de la pasiva. Vauban fue más allá que los ante-

riores constructores en la previsión del tiro de enfilada. Para contrarrestar los efectos del cañón de ánima lisa, con un alcance máximo de 600 metros, perfeccionó el sistema de bastión inventado por su predecesor Françoise Pagan (1604-1665), empleando hasta el máximo el fuego cruzado para contener los ataques a una distancia de 500 metros y utilizando complicados dispositivos de defensa para proteger los parapetos contra el asalto directo. En cada uno de sus fuertes, consideraba no sólo las posibilidades de defensa ante la artillería, sino también el contraataque de la infantería. Cada posición se disponía para la concentración de las tropas de guarnición en los puntos amenazados, para las salidas y para el combate cuerpo a cuerpo en el momento crítico.

Pero si Vauban fue hábil en la defensa también lo fue en el asedio y conquista. Su sistema de paralelas y *aproches* había de marcar la pauta de la ingeniería de asedio los 150 años siguientes. El método consistía en, tras aislar una fortaleza de toda ayuda exterior, excavar una primera trinchera o paralela, localizada fuera del alcance de la artillería de los defensores. Desde esta protección, se abrían en zigzag nuevas trincheras hasta poder practicar una segunda paralela, enlazada de la misma manera a una tercera, ya a distancia de ataque de las obras exteriores de la fortaleza que se quería tomar.

Las *aproches* se abrían con un trazado sinuoso, especialmente cuando se aproximaban a los cañones de los defensores, con el fin de ofrecer un máximo de cobertura contra sus balas. Este sistema de trincheras procuraba a los atacantes una línea de comunicaciones resguardada en todo el trayecto hacia los bastiones enemigos. Terminada la segunda paralela, las baterías se llevaban hasta ella con el fin de acentuar el esfuerzo de demoler los muros y reducir al silencio las bocas de fuego enemigas. Mientras proseguía el duelo artillero, se excavaban galerías subterráneas desde la tercera paralela y se colocaban minas de pólvora en los sectores elegidos para el asalto.

También se le atribuye a Vauban la introducción del fuego de rebote. Antes de 1692, el francés, para abrir brecha en la escarpa, confiaba en una concentración de fuego artillero mediante una sucesión de disparos que hicieran una grieta en el muro de la fortaleza, pero, a partir de esta fecha, se empezó a generalizar otro tipo de tiro para debilitar las posiciones ene-

migas. El nuevo sistema consistía en cargas reducidas que arrojaban la bala exactamente sobre el parapeto, para que rebotara a lo largo del terraplén, destruyendo a su paso hombres y cañones situados en las defensas inferiores. Si la puntería era precisa, ese fuego podía causar terribles daños,

El único rival de valía que se pudo comparar con Vauban fue el militar holandés Menno Coehoorn (1641-1704), que prefirió en sus construcciones, frente a los complicados terraplenes, una máxima potencia de fuego como mejor sistema de defensa. Las teorías de ambos ingenieros fueron confrontadas en 1692 en la fortaleza de Namur, construida por Coehoorn y defendida por él contra Vauban que tomó la fortaleza en 36 días, al precio de 2.600 bajas entre muertos y heridos, mientras que la guarnición sufrió el doble de pérdidas. Tres años después, Coehoorn atacó su propia fortaleza, aunque Vauban no se hallaba presente en esta ocasión. Y el general holandés necesitó 60 días para lograr la rendición, sufriendo unas 18.000 bajas contra 8.000 por parte francesa.

Tan profundamente influyó Vauban en los sistemas de defensa y de asedio que muchos de sus sucesores se limitaron a calcar sus métodos, convertidos en un modelo clásico. No obstante, a finales del siglo XVIII, el marqués de Montalembert (1714-1800) revisó los principios de fortificación que se habían mantenido inalterados desde Vauban. La más importante innovación fue el desarrollo gradual de la estructura poligonal que prescindía de los bastiones angulares, sustituyéndolos por largas extensiones de parapetos bajos, con los cañones emplazados en sucesivas filas de troneras. Adalid de la defensa «activa» y del fuego a la redonda, Montalembert proyectó una «batería inmensa» destinada a lanzar un fuego superior sobre el sitiador siguiendo el principio de Coehoorn. Su principal continuador fue Lázare Carnot (1753-1823), que con su «muro Carnot», se sumaba a las tácticas de la defensa activa. Como fruto del pensamiento francés, la escuela poligonal de fortificación prevaleció en toda Europa durante las primeras décadas del siglo XIX.

Hacia el soldado regular

Los cambios en el modo de hacer la guerra, conocidos como la «revolución militar», significaron un incremento en su escala. A lo largo del siglo

XVII, entre 10 y 20 millones de europeos se hicieron soldados. En 1600 todavía podían librarse batallas importantes entre ejércitos de unos veinte mil hombres. En Rocroi, que en 1643 se consideró como una gran batalla, unos 23.000 franceses derrotaron a unos 27.000 españoles; pero sesenta y seis años más tarde 80.000 franceses lucharon contra 110.000 aliados en Malplaquet. Esto era un reflejo del general crecimiento de los efectivos, conforme los gobiernos iban perfeccionando sus sistemas administrativos y financieros.

Los principales combatientes en la Guerra de los Treinta Años contaron ya con un número elevado de hombres. El ejército de Wallenstein terminó por sumar más de 100.000 soldados y Gustavo Adolfo llegó a mandar un total de 110.000 hombres, aunque suecos eran solamente menos de la décima parte. Fue a finales de la Guerra de los Treinta Años, y a lo largo del siglo XVIII, cuando se experimentó un crecimiento mayor de las tropas movilizadas.

Luís XIV, a partir de la guerra holandesa, mantuvo casi permanentemente un ejército de 200.000 a 300.000 hombres que creció desde 273.000 en 1691 hasta 395.000 en 1696. Entonces, casi un francés de cada cuatro estaba alistado. Sus enemigos intentaron seguir este movimiento de modo que el número total de soldados existente en Europa en 1710 se ha estimado en 1,3 millones.

El núcleo regular de, aproximadamente, 20.000 soldados prusianos en el año 1675 pasó a 190.000 en 1786, aunque técnicamente el país no había estado en guerra desde 1763. La justificación de tales cifras reflejaba el temor a los 300.000 soldados de los Habsburgo y a los 458.000 de las fuerzas rusas (1796). Hasta un pequeño Estado como Brandeburgo incrementó el número de hombres bajo las armas de 900 a 80.000 en el lapso de un siglo.

Los franceses contaban en la década de 1780 con una fuerza de 187.000 soldados en tiempos de paz, aunque contemplaban aumentarlos a 224.000 en caso de guerra. Los británicos y los holandeses, que tenían una población mucho menor, mantenían, no obstante, un núcleo de militares profesionales para salvar el vacío que pudiera producirse en tiempos de guerra mientras se reclutaban soldados y mercenarios. En Inglaterra, la

cifra más baja se alcanzó en 1698 cuando el Parlamento limitó las fuerzas de la metrópoli a 7.000 hombres y las de Irlanda y ultramar a 17.000; pero, en el momento culminante de la Guerra de Sucesión española, los británicos llegaron a reclutar un total de 75.000 hombres, mientras que las fuerzas de las Provincias Unidas alcanzaban unas cifras similares.

La evolución de la guerra naval fue parecida, ya que las potencias con intereses comerciales o coloniales estaban también obligadas a mantener una marina, aunque sólo Gran Bretaña y Holanda consideraban la armada más importante que el ejército de tierra. El cuasi-equilibrio existente entre las flotas de guerra a fines del siglo XVII se quebró en el siglo siguiente porque Inglaterra progresó con rapidez y pocas pudieron seguirle.

Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, en tiempos de guerra, la marina británica llegó a disponer de unos 80.000 hombres y la francesa de unos 75.000. Los barcos que tripulaban eran buques de guerra y no los buques mercantes apresuradamente transformados del siglo anterior. En 1789 había unos 440 navíos de línea en las marinas de guerra europeas, de los que casi una tercera parte (153) eran ingleses, todos ellos armados con cañones de acero normalizados, fabricados en serie. Pero para 1810, tras casi 20 años de guerra naval continuada, la Royal Navy poseía más de 1.000 barcos de guerra específicos, de los que 243 eran navíos de línea. En total desplazaban 861.000 toneladas y contaban con una dotación de 142.000 hombres. Esto representaba una irresistible concentración de fuerza que podía aplicarse en cualquier lugar del mundo, y es a partir de esta situación de aplastante superioridad naval como Inglaterra pudo forjar su imperio colonial a lo largo de la centuria siguiente.

La recluta sufrió notables transformaciones y presentó una amplia diversidad a lo largo de la Edad Moderna. No obstante, el proceso de estatalización que se fue experimentando hizo que los gobiernos de diferentes reinos terminaran por orientar su política de recluta al sistema de quintas, preparando así el terreno para el método que iba a ser predominante en los ejércitos europeos durante el siglo XIX.

Fue durante estos siglos cuando los monarcas terminaron por abandonar la movilización feudal. Luís XIV convocó por última vez a sus nobles en defensa del reino en 1693 y el rey de Prusia acabó conmutando, por el pago de impuestos, la obligación de prestar ese servicio en 1717.

Todos los grandes ejércitos siguieron empleando profesionales procedentes de las más diversas nacionalidades. El cardenal Richelieu, en su testamento político, se mostraba partidario de un ejército que dispusiese de un 50% de extranjeros ya que consideraba casi imposible emprender con éxito guerras importantes sólo con tropas francesas. No había un solo país que pudiera prescindir de más o menos tropas foráneas como complemento a su ejército «nacional». Por ejemplo, un regimiento bávaro en 1644 contaba con soldados de 16 países distintos, incluidos 14 turcos. En los ejércitos de los Países Bajos había permanentemente tropas inglesas, escocesas, francesas, alemanas y valonas; España hacía sus guerras con italianos, borgoñones, valones, alemanes y suizos; y en el ejército francés durante los siglos XVII y XVIII el componente extranjero no bajó nunca del 20%.

Estas tropas extranjeras se completaban con los «voluntarios» nacionales que se alistaban como profesionales para recibir un salario. De entre estos algunos eran realmente conscriptos, forzados a servir contra su voluntad. El ejército británico en el siglo XVIII se nutría en parte de criminales y deudores, que podían salir de la cárcel a condición de que se alistaran. Las Actas dictadas entre 1739 y 1763 permitían que fueran enganchados forzosos, como pago a las donaciones hechas por las autoridades a las parroquias, «todos los mendigos robustos, gitanos, vagos, desconocidos o sujetos sospechosos, que no posean ninguna estimación» (Robson, 1971: 124).

Junto a estos desgraciados se encontraban otro tipo de reclutas procedentes, también por lo general, de los estratos económicos más desfavorecidos. Un gran número de campesinos y artesanos, cuando los jornales eran más bajos y los precios, rentas e impuestos más altos, se alistaban esperando escapar de la miseria, convirtiéndose así en soldados que luchaban no para morir por su rey sino para sobrevivir al hambre. Tal situación no afectaba a los jóvenes de las familias de propietarios, pues tenían asegurada una hacienda; ni a los hijos de los artesanos que, por derecho hereditario, podían aspirar a un puesto en las rígidas estructuras gremiales de la época, pero el jornalero, el pequeño campesino e incluso las gentes de oficio siempre corrían el riesgo de verse en una situación crítica. En 1707, toda la orquesta de la ópera de Marsella se alistó en el ejército, debido a que, según confesaron, todos ellos estaban muriéndose de hambre.

En sociedades fundamentalmente agrarias y con unos métodos muy rudimentarios de cultivo, dos malas cosechas consecutivas significaban la catástrofe, y el alistamiento a filas podía ser una solución a esa ruina. La intensa actividad propia de la época de las cosechas se veía seguida por la inactividad y la indigencia durante la peor parte del año, por lo que los capitanes de la Europa meridional consideraban conveniente concluir la recluta antes de que los viñedos absorbiesen gran parte de la mano de obra. Como escribiera William Penn en 1693 (Cit. en Chadler 1971: 543) «los pobres se convertían en soldados, en ladrones o se morían de hambre», palabras que reflejan claramente la situación, no sólo en Inglaterra, sino en muchos otros países.

Estos desamparados resultaban presa fácil para viejos suboficiales especializados, charlatanes, pagados por los coroneles propietarios de los regimientos o por los capitanes propietarios de compañías, que recorrían el país, deslumbrando a los jóvenes con promesas de hacer fortuna y arrancándoles bajo los efectos de la embriaguez la firma, o la cruz en su lugar si eran analfabetos, para enrolarlos en los ejércitos. Existió también el enrolamiento de los prisioneros de guerra y hubo así mismo, sin duda alguna, el compromiso verdaderamente voluntario de los candidatos a la aventura y al botín. Por unos u otros procedimientos, pocos gobiernos de la primitiva Europa moderna tuvieron dificultades para reclutar. Entre 1701 y 1713, por ejemplo, 650.000 franceses se alistaron en los ejércitos de Luís XIV.

El primer intento por crear al menos un núcleo de ejército por medio de la conscripción general entre los naturales del país se debió a Gustavo Adolfo. El monarca sueco, en el decenio de 1600, ensayó un sistema de recluta universal entre sus súbditos formando así el primer ejército moderno, pagado, alimentado y equipado por el Estado. Utilizando jurados locales y clero se confeccionaron listas de todos los hombres de más de 15 años de edad y, después de 1620, se estableció un cupo fijo por el que cada parroquia tenía que proveer un soldado, equipado y alimentado, de entre cada diez parroquianos varones. El gobierno determinaba anualmente el número total de reclutas necesarios y asignaba los cupos a cada provincia y parroquia. De este sorteo estaban exentos los nobles, clérigos, mineros, fabricantes de armas y los hijos únicos de viuda, siendo la mayoría de los

reclutados campesinos. Durante la Guerra de los Treinta Años, la palabra *bonde* (campesino) es la que más aparece en las listas de reclutamiento suecas. No obstante, el ejército de Gustavo Adolfo tuvo que seguir valiéndose de profesionales procedentes de otras nacionalidades como fueron los alemanes y escoceses, que constituyeron la fuerza de choque con la que el rey desembarcó en Alemania el año 1630.

En el siglo XVIII, fue el ejército prusiano quien retomó el sistema de conscripción. Existía un mínimo establecido de un tercio de naturales del país reclutados para un servicio militar obligatorio. El reino estaba dividido en cantones y cada cantón tenía a su cargo un regimiento. Los niños eran presentados a la autoridad local por el ministro de bautismo y estaban a disposición del ejército entre los dieciocho y los cuarenta años, con excepción de los hijos únicos, los hijos de viuda, los maestros artesanos, los estudiantes de teología y los campesinos que vivían en granjas aisladas o que tenían familia numerosa. Por medio del *Kanton system*, establecido en 1731, los hombres reclutados pasaban como mínimo tres años de servicio en el ejército. Al extender un reclutamiento de base regional y devolver a sus hogares a los hombres ya instruidos, a los que se llamaba en caso de conflicto, Federico II puso por primera vez en marcha el mecanismo de la movilización moderna. El método pronto fue imitado en Rusia donde cada familia campesina debía proporcionar un recluta; en otras partes se hacía un sorteo entre los aldeanos.

Durante esa centuria se hizo cada vez más patente que los demás procedimientos usados para la leva presentaban inconvenientes. Distintas voces entre los teóricos militares comenzaron a proclamar la necesidad de una recluta nacional. Mauricio de Sajonia (1696-1750), ya en 1732, proponía un sistema de servicio universal, considerando que las economías que se derivaran de suprimir el ejército profesional podrían repercutir en una soldada y un equipo mejores para el conscripto. Prusia, Rusia y Francia fueron las primeras en poner en marcha una especie de quintas; y Austria y España siguieron su ejemplo después de la Guerra de los Siete Años. Podemos decir que durante la segunda mitad del siglo XVIII se estableció el puente entre las formas de recluta del siglo XVII y las dominantes durante la Revolución Francesa.

El perfil de los soldados que combatieron en los siglos XVII y XVIII fue sin duda muy variado en función de los parámetros más diversos,

por ejemplo el de la edad. Aunque fueron muchos los adultos, e incluso los «viejos» para la época, que formaron en las filas de los distintos ejércitos, la mayoría de los enganchados eran jóvenes y adolescentes, dado que la edad de los reclutas decreció gradualmente a medida que era alistado un mayor número de efectivos. En un estudio realizado en una aldea sueca afectada por las levas de Gustavo Adolfo, de entre los conscriptos del año 1639, la mitad sólo tenía 15 años, y los demás, salvo dos, no llegaban a los 18.

Su estatura, —aun teniendo en cuenta que en general el europeo medio de esos siglos medía entre 5 y 7 cm menos que en la actualidad— era más bien baja. Louvois, ministro de la guerra de Luís XIV, se vio obligado en 1685 a eludir las tallas mínimas para los reclutas, con excepción de los regimientos de la Guardia. En 1716 en una muestra aleatoria estudiada de 3.508 soldados, la altura de 1,83 m (6 pies) sólo era alcanzada por 10 hombres; y en el ejército de los Países Bajos austriacos, años después (1786-1787), de 9.655 reclutas, sólo 404 daban esta talla.

Así, la edad y complexión llegaron a ser un obstáculo para algunos en el manejo de las pesadas armas. Los piqueros, mientras existieron, además de llevar una espada colgada del cinto debían blandir, para frenar las cargas del enemigo, una pica de fresno que alcanzaba 4,5 m de largo, y que en el tramo de 1,2 a 1,8 m a partir de la moharra iba reforzada con un entubado de acero y un asidero de tela. No puede extrañarnos, pues, que muchos piqueros procuraran reducir esa carga serrando unas cuartas de su principal arma. Tampoco era mucho más ligero el mosquete. En 1643, el mando del ejército francés tuvo que admitir el uso del mosquete *bastardo* permitiendo su manejo a 25 de los hombres más débiles de cada compañía, por ser esta más liviana que el arma oficial.

En el siglo XVIII, los piqueros y mosqueteros desaparecieron como tales para dar paso a un soldado de infantería armado con fusil y bayoneta. Durante los ciento cincuenta años siguientes, los soldados de infantería habían de luchar únicamente con mosquetes de chispa y bayonetas, llevando bolsas de cuero con 40 ó 60 cartuchos de papel, y sin ninguna clase de armadura corporal defensiva. A este combatiente tipo y mayoritario en todos los ejércitos vinieron a sumarse otras clases de tropas nacidas de la creación de nuevas armas o de la evolución de la táctica.

Aunque ya existían desde hacía mucho tiempo, los artilleros e ingenieros alcanzaron una especificidad propia. El artillero dejó de ser un artesano ducho en el manejo del cañón para convertirse en un soldado regular. A finales del siglo XVIII, el arma de artillería contaba con oficiales con una excelente preparación matemática, a lo que había que sumar que sus puestos se veían libres, al menos en Francia, del monopolio aristocrático que sufrían tanto la infantería como la caballería, lo que daba como resultado una oficialía muy competente. Debemos recordar que el joven Napoleón era artillero. Los ingenieros también ganaron en consideración y dejaron de ser tenidos como la parte más vil de la tropa, estimación que, dados sus cometidos, había predominado durante largo tiempo. Su preparación mejoró y a la oficialía de este cuerpo se debe algo tan importante como la realización de detalladas cartografías sin las cuales no se entenderían algunas de las transformaciones que sufrió la guerra a finales del período estudiado. Junto a estos nuevos tipos de soldados aparecieron otros como los granaderos, producto del perfeccionamiento de las bombas con carga hueca. El granadero, que se seleccionaba entre los hombres más altos de la recluta, vino a convertirse en una especie de tropa de choque y pronto constituyeron regimientos de gran prestigio.

Las exigencias tácticas propiciaron, hacia finales del siglo XVIII, el surgimiento de tropas ligeras, tanto en infantería como en caballería. A los dragones, infantería montada, que ya actuaron en la Guerra de los Treinta Años, se sumaron los coraceros y posteriormente los húsares. Unos y otros actuaban de distintas formas rentabilizando una acción más eficaz de los jinetes en el campo de batalla.

El equipo y la vestimenta de todos estos soldados variaron considerablemente con el tiempo, con el tipo de arma y con el país, aunque la regla general es que se tendió a un proceso de uniformización. En la primera mitad del siglo XVII no había propiamente uniformes y la única manera que tenían los jefes para distinguir a sus tropas era haciéndoles llevar algún signo distintivo: faja, pañuelo, escarapela o penacho, además de un grito de guerra convenido. En estas divisas era fundamental el color: así los soldados de los Habsburgo, fuesen austriacos o españoles, siempre llevaban una prenda de color rojo; los de Suecia, amarilla; los franceses, azul; los holandeses, naranja. Las compañías uniformadas, que pueden encontrarse

mucho antes del final de la Guerra de los Treinta Años, eran producto de que el capitán o el coronel que las formaba había comprado a sus tropas vestimentas del mismo color, no porque hubiese una orden expresa respecto a la indumentaria. Se afirma a menudo que la primera disposición oficial para regular el color de los uniformes vino con la formación del *New Model Army* en Inglaterra, en 1645; el color rojo era obligatorio para todas las tropas. Y éste fue el color que terminaron vistiendo los soldados británicos hasta comienzos del siglo XX.

El combatiente profesional servía allí donde tenía mejores perspectivas, pero lo que le esperaba en cualquier ejército era una vida dura con escasas compensaciones. La mayor parte de los soldados que combatieron en la Guerra de los Treinta Años aceptó servir por sueldos que eran apenas superiores a los jornaleros del campo. En el último tercio del siglo XVII, los soldados rasos franceses percibían 5 *sous* al día, los dragones, 11 y los jinetes, 15. La infantería inglesa percibía 6 peniques y la tropa de caballería, media corona, es decir, 2 chelines y 6 peniques (incluyendo asignación para forraje). En el ejército holandés los soldados de a pie recibían 12 florines y medio al mes y los de a caballo, 28 florines.

En la armada británica la paga siguió siendo la misma desde 1653 hasta 1797. Los marineros especializados recibían 22 chelines y seis peniques al mes, los ordinarios 19 chelines. Se producía la paradoja de que la marina mercante ofrecía mejores salarios ya que un marinero ordinario podía recibir de 50 a 60 chelines mensuales. Esta situación provocó que en 1797 estallaran sendos motines. El de Spithead afectó a la flota del canal de la Mancha y fue seguido por el de la base de Nore en mar del Norte. Las revueltas prendieron en algunas de las mejores naves de combate de la Royal Navy y en un momento difícil de la guerra contra Francia. Los motivos estaban directamente relacionados con los bajos salarios y las duras condiciones de vida de las tripulaciones.

El salario de los marineros no había sido revisado en más de cien años, mientras que las tropas de tierra lo habían visto sustancialmente incrementado en 1795. Con mucha frecuencia a los marinos se les pagaba tarde, e incluso se les retenían los haberes durante años como un recurso disuasorio frente a una posible deserción. Por otra parte, la dura vida en los buques durante el bloqueo naval de los puertos franceses no se veía ali-

viada cuando regresaban a tierra, puesto que en muchos casos no se les permitía desembarcar por miedo a que no volvieran a bordo. También, los castigos arbitrarios y las malas condiciones de la comida y los alojamientos eran motivo de un profundo descontento. A todo esto deberíamos sumar las posibles influencias que desde el continente pudieran ejercer los acontecimientos que se estaban desarrollando en la Francia revolucionaria.

En febrero y marzo de 1797, el Almirantazgo recibió una serie de peticiones anónimas que planteaban un incremento salarial. Al no obtener respuesta, la marinería de los buques atracados en Spithead se negó a obedecer las órdenes, al tiempo que las tripulaciones elegían dos delegados por buque con la misión de negociar con el Almirantazgo. Dado que la situación era complicada, se optó por atender la mayoría de sus demandas e incluso se otorgó un indulto real para todos los amotinados. No obstante, como el Parlamento demoraba los créditos para la aplicación de las mejoras, el motín estalló de nuevo en mayo y la tensión se agravó cuando el almirante Colpoys ordenó a los oficiales de su buque insignia, el *Londres,* abrir fuego contra la tripulación, causando numerosas bajas. Finalmente, la situación pudo ser reconducida y el 15 de mayo el motín de Spithead había terminado, zarpando la flota para continuar con el bloqueo frente a las costas francesas. Sin embargo, por las mismas fechas se produjo otro motín en la base naval de Nore. Las demandas eran parecidas pero la conducción de la revuelta fue mucho más confusa e inquietante para el Almirantazgo. Se izaron banderas rojas en los mástiles y las autoridades decidieron actuar con la máxima energía. Finalmente, la oficialía pudo recuperar el control de las naves y 29 de los amotinados fueron ahorcados. Estos acontecimientos presentan unos rasgos singulares frente a otros hechos parecidos en épocas pasadas. Los motines de Spithead y Nore parecen anunciar el patrón de protesta de las tropas modernas frente a las viejas revueltas mercenarias de los siglos anteriores.

La dureza de la vida militar fue la constante a lo largo de todo el período pudiéndose considerar cierto lo que un comentarista francés escribía ya en 1623: que por cada soldado que se hace rico en la guerra, «se encontrarán cincuenta que sólo ganan heridas y enfermedades incurables» (Parker, 2003: 89). No obstante, seguía existiendo la posibilidad de lucrarse por medio del saqueo y el botín que, en la primera mitad del siglo XVII,

aún se consideraban como recompensas legítimas a las que tenía derecho cada combatiente. El botín se podía obtener de modos muy diversos aunque el más fácil consistía en robar las pertenencias de los paisanos bajo la amenaza de muerte, tortura o destrucción. Las poblaciones situadas en los teatros de operaciones o en las vías de comunicación eran especialmente vulnerables y el soldado podía lograr por estos procedimientos algunos beneficios extras.

La crueldad fue una de las características más sobresalientes en la Guerra de los Treinta Años hasta el punto de hacerse proverbial. Un dicho de la soldadesca era: «Cada soldado necesita tres campesinos: uno para cederle su casa, otro para prestarle su mujer y un tercero para ir al infierno por él». Mujeres y niños eran asesinados cuando se oponían a que sus hogares fueran devastados, y las represalias a gran escala en las poblaciones que se resistían eran terribles. En 1631, Magdeburgo, la mayor y más próspera ciudad de Alemania del norte, fue asaltada, saqueada e incendiada por las incontroladas tropas imperiales, al mando del mariscal Tilly, quedando sólo con vida 3.000 de los 50.000 habitantes de su censo, en una matanza que llenó el río Elba de montones de cadáveres. Los grandes generales como Gustavo Adolfo y Turenne destruían todo lo que encontraban y daban muerte a todo el que se cruzaba en su camino cuando se hallaban en territorio enemigo, sin permitir excepciones.

Durante el siglo XVIII, cuando los ejércitos mejoraron su organización y se crearon centros de aprovisionamiento para las tropas en ruta, quedó prohibido a los soldados el saqueo, lo que dulcificó algo las prácticas bélicas. Pero, aunque esta centuria se considera de «guerras limitadas», las crueldades se siguieron prodigando. Los habitantes sospechosos eran expulsados de sus territorios; los moradores de los pueblos desde los que se había disparado contra las tropas eran ahorcados. Se tomaban rehenes, que respondían con su vida de la integridad de las guarniciones. En 1744, los austriacos invitaron a los habitantes de la Lorena a someterse: los que se resistiesen serían ahorcados «después de haberles obligado a cortarse ellos mismos la nariz y las orejas».

Federico II de Prusia, en sus instrucciones secretas a los oficiales, bordea por momentos el sentimentalismo al hablar de cierta clemencia. Sin embargo, en cuestiones que implicaban una ventaja militar, el rey era

capaz de escribir este consejo: «En los países donde el pueblo se os opone..., es muy difícil mantenerse informados sobre lo que ocurre… Apresad cualquier… alcalde de un poblado donde acampéis, y obligadle a tomar un hombre disfrazado, que hable el lenguaje del país, y que lo conduzca bajo cualquier pretexto como servidor suyo al campo enemigo. Amenazadle que si no devuelve sano y salvo a vuestro hombre cortaréis el pescuezo a su mujer e hijos… y que también incendiaréis su casa» (Montross, 1963: 257).

Las brutalidades cometidas, unidas a la extracción social de la tropa, convirtieron a la soldadesca, durante toda la Edad Moderna, en un segmento social temido y despreciado. Descartes, que participó en la Guerra de los Treinta Años, decía: «Experimento una gran dificultad en dar un puesto entre las profesiones honorables al oficio de las armas, al ver que la ociosidad y el libertinaje son los dos principales motivos por los que lo abrazan la mayor parte de los hombres» (Descartes, 1971: 136).

Los dos grandes teóricos de la guerra durante estos años eran conscientes de quiénes componían los ejércitos y lo expresaban con dureza. Para Mauricio de Sajonia la sociedad extraía a los elementos más viles y más miserables para convertirlos en soldados, y para Guibert los ejércitos de Europa los nutrían «la más vil y miserable clase de ciudadanos.... onerosos a sus naciones en tiempo de paz, e insuficientes para procurarlas tranquilidad en tiempo de guerra» (Montross, 1963: 297). El mismo poder político, que se valía de esas tropas, las consideraba el báratro social. El británico Thomas Pitt, al presentar un proyecto de ley en 1750 en el Parlamento de Londres para limitar el periodo de enganche, opinaba que «el alistamiento de un hombre en el ejército nunca puede proceder de una medida de prudencia o de discreción o de un acto deliberado de la mente; porque ningún hombre que esté en su sano juicio puede atarse de por vida a servir a otro hombre» (Robson, 1971: 131). Lord Barrigton declaraba en el mismo debate que la holgazanería, la extravagancia y la disolución eran las causas que enviaban más corrientemente a los hombres a servir en el ejército.

El conde Saint-Germain, ministro de la guerra en Francia, escribía: «Sería de desear, sin duda, que se pudieran formar los ejércitos con hombres seguros, bien escogidos y de la mejor especie; pero no se debe des-

truir la nación para formar un ejército, y sería destruirla privarla de lo mejor que tiene. En el actual estado de cosas, los ejércitos sólo pueden estar compuestos por el fango de las naciones y por todo lo que es inútil a la sociedad…» (Wanty, 1972, I: 143). Con estas opiniones no puede extrañarnos que hasta la Revolución, en Francia, algunos edificios ostentasen el rótulo: *Ni perros, ni lacayos, ni soldados.*

Pero era ese «fango de las naciones» el que se veía sometido a los efectos de combates cada vez más cruentos. En la batalla de Marston Moor, en 1644, quizá un 20% del ejército realista fue aniquilado por los parlamentarios en un solo día, lo que suponía unos 4.000 hombres. Pero ésta era una cifra pequeña en comparación con lo que fue habitual en las guerras de Luís XIV con ejércitos mucho más numerosos. En Malplaquet, en 1709, los victoriosos aliados perdieron aproximadamente un 25% de sus hombres, y en la batalla de Zorndorf, librada ocho meses después de Leuthen, Federico II sufrió pérdidas de un 38% y los rusos casi del 50%, siendo la proporción de muertes asombrosamente elevada. Las descargas cerradas de mosquetería o el cañoneo a corta distancia en formaciones perfectamente alineadas, frente a frente, causaban verdaderas carnicerías que el soldado de época moderna soportaba a causa de una durísima disciplina impuesta por un mando despótico.

En líneas generales, las fuerzas armadas reflejaban una estructura social rígidamente jerarquizada, en la que la mayor parte de la riqueza y del poder se concentraba en manos de la aristocracia. En la sociedad feudal, el servicio militar había estado estrechamente relacionado con la posición económica y social; en el ejército moderno la nobleza seguía considerando la carrera de las armas como un derecho propio y en su conjunto nutría la oficialía. Por eso, los ejércitos estaban muchas veces dirigidos, e incluso mandados, por príncipes soberanos, y su oficialidad integrada por miembros de las distintas capas de la nobleza. Así, sobrevivía en Occidente un retazo del pasado feudal en la idea de que la nobleza más rancia debía su estatus a su condición de caballeros armados. Esta creencia permitió al estamento nobiliar gozar de una situación favorable en el seno de los ejércitos regulares, por eso la aristocracia, en cuya lealtad podían confiar los monarcas, mandaba las flotas y las tropas.

No obstante, en las unidades formadas por los «empresarios de la guerra», como Wallenstein, la diferencia no radicaba tanto en el origen

social del mando como en la relación establecida entre aquellos que enrolaban y pagaban, y los soldados que de ellos dependían. En esta relación los «empleadores» eran, por consiguiente, los oficiales: coroneles de regimientos y capitanes. A pesar de todo, estos cargos eran ocupados con frecuencia por hijos de la pequeña nobleza campesina, para los que el servicio en la guerra suponía una forma de vida y una feliz oportunidad de promoción.

La nueva jerarquía de los mandos, defendida por Le Tellier y por Louvois en su reforma del ejército francés, modificó parcialmente la procedencia social de algunos grados. También la venalidad de los cargos, existente en Gran Bretaña, Francia y España contribuyó a que la burguesía pudiera acceder a algunos puestos de mando. Hacia el año 1750, en Francia, una tercera parte de los oficiales de infantería eran hombres procedentes del estado llano, que habían adquirido sus empleos mediante la compra o que habían ascendido desde soldados. Aunque las tropas, que estaban integradas en su inmensa mayoría por los estamentos no privilegiados, sólo podían aspirar en la mayor parte de los casos a llegar a cabos o sargentos.

No era por tanto el mérito sino el nacimiento y el dinero los que determinaban los grados. La realidad es que en Francia, a partir de 1714, el número de burgueses que accedían a la oficialidad, —a excepción de la artillería— sufrió un retroceso considerable. Prueba de ese frenazo al mérito es que, todavía en 1781 un Real Decreto ordenaba que todos los candidatos a un cargo de oficial demostrasen ante los genealogistas de la corte la posesión de dieciséis cuarteles de nobleza. En vísperas de la Revolución Francesa existían cinco clases distintas de oficiales: los grandes nobles escogidos para ser presentados al rey y que tenían que aportar pruebas de nobleza que se remontaran algunos siglos atrás; los nobles, que poseían dieciséis cuarteles de nobleza, pero que no pertenecían al círculo cortesano (los nobles rurales); los oficiales burgueses y, finalmente, los procedentes de la tropa, que habían asegurado sus cargos antes que la puerta al ascenso se cerrara por el decreto de 1781. Los procedentes de los dos últimos grupos nunca pasaban de alférez, ni podían mandar una compañía.

En todos los ejércitos de Europa la situación era parecida y el caso más extremo lo representaba la Prusia de Federico II donde los oficiales

eran en su inmensa mayoría prusianos de noble cuna. A cambio de sus privilegios, los *junkers* o nobles terratenientes esperaban de la corona el reconocimiento de ese derecho y servían de buen grado como oficiales, manteniendo así una reminiscencia del viejo sistema feudal. Cada familia de linaje enviaba, por lo menos, un hijo a la escuela de cadetes, donde se les inculcaba el *esprit de corps*, el patriotismo y la disciplina.

Estos mecanismos de selección social presentaban, entre otros, el inconveniente de provocar una auténtica hipertrofia en el mando. El ejército francés, con un oficial por cada quince hombres, tenía mayor cantidad que el prusiano. De un total de 170.000 hombres en 1775, 60.000 eran oficiales y, aunque solamente una sexta parte cumplía con su obligación en los regimientos, las pagas y pensiones que percibían suponían más de la mitad del presupuesto militar.

Este tipo de mando, totalmente segregado y extraño a la tropa, delegaba en la suboficialía para imponer una dura disciplina, tal y como exigía la guerra moderna en la que la eficacia en la batalla descansaba en una precisa acción combinada de todos los efectivos en juego. A estas exigencias tácticas había que sumar la misma naturaleza de la soldadesca, siempre tentada a la deserción en las situaciones comprometidas, de ahí que el rigor disciplinario fuera la nota dominante en todos los ejércitos. En un informe librado a Lord Chatham en 1766 se decía que el ejército prusiano «se preocupaba más de las medidas de precaución para evitar las deserciones, que del mismo enemigo» (Robson, 1971: 128). Lo cierto es que los prusianos para evitar la deserción tenían unas normas sumamente estrictas. Las tropas no podían acampar cerca de grandes bosques; las operaciones nocturnas debían evitarse siempre que fuera posible, y cuando las tropas iban a forrajear o a bañarse debían ir formadas y conducidas por un oficial.

Para hacer eficientes fuerzas tan diversas y poco motivadas se redactaron ordenanzas militares que se inspiraban en la severidad romana, siendo las más extremas las prusianas, en las que el objetivo perseguido era que el soldado temiera más a su oficial que al adversario. Los azotes, los bastonazos y la carrera a la baqueta eran castigos corrientes, y los sargentos prolongaban hasta la tortura la durísima instrucción del orden cerrado a fin de convertir a los hombres en piezas de una maquinaria de relojería con un exacto y regular movimiento. El soldado prusiano era mirado por sus

superiores con absoluto desprecio y desconfianza. No se podía confiar en él ni como individuo, ni en grupo separado, ni fuera de la vigilancia de sus mandos. Para Federico II, la disciplina rígida y el servicio continuo se consideraban esenciales para hacer del ejército un instrumento de una sola mente y una sola voluntad, por eso la más mínima vacilación debía ser castigada con la máxima dureza. «Si durante una acción un soldado parece en trance de huir, o se coloca fuera de la línea —ordenaba Federico en 1745—, los oficiales sin mando que estén tras él pueden atravesarle con su bayoneta y matarlo inmediatamente» (Robson, 1971: 128).

De la masa a línea

Los ejércitos de los siglos XVII y XVIII se organizaban de manera muy similar, siendo la compañía, al mando de un capitán, su unidad básica de encuadramiento. El número de hombres que integraban una compañía podía variar. En los Países Bajos, en el siglo XVII, las compañías tenían de 113 a 150 efectivos, número muy similar al de las compañías inglesas que contaban con 150 hombres; sin embargo en Alemania estas unidades estaban compuestas por 300 hombres.

Por encima de las compañías, y agrupando varias, nos encontramos con unidades superiores como regimientos, batallones o brigadas. Mientras que la formación de batallones o brigadas era aleatoria y distinta según épocas o países, el regimiento se daba en prácticamente todos los ejércitos y estaba mandado por un coronel. El número de compañías de un regimiento también podía variar. En 1635 dentro del ejército holandés cada regimiento tenía entre 9 y 30 compañías. En Prusia, un siglo después, un regimiento de infantería constaba de cinco mil mosquetes, y uno de caballería de mil ochocientos caballos. En la batalla de las Dunas (1658) los batallones franceses estaban formados por 1.200 hombres; cuarenta años más tarde lo componían sólo 800. En 1702 el batallón inglés tenía aproximadamente unos 500 hombres, y los batallones suecos los formaban unos 600 soldados.

Con la guerra de Sucesión de Austria (1740-1748) se introdujo la que con el tiempo sería la mayor innovación organizativa en los grandes ejércitos: la división. Pierre de Bourcet en su *Principios de la guerra de montaña*,

escrito en el decenio de 1760, fue el primero en teorizar que el ejército ideal debería estar formado por tres columnas independientes, cada una de ellas a un día de marcha (o menos) de las demás, de forma que el enemigo nunca pudiera saber dónde se concentrarían las fuerzas para atacar. Pero fue sólo en 1787-1788 cuando los franceses se decidieron a adoptar la división como unidad administrativa básica, con lo que unos 12.000 hombres en unidades de infantería, caballería y artillería, junto con grupos de ingenieros y de otros servicios, se organizaron bajo un solo jefe y su Estado Mayor. Sin embargo, la estructura divisionaria no se normalizó en Francia hasta 1796 a causa de la falta relativa de vías de comunicación y de cartografía que pudieran facilitar a un gran ejército su dispersión, la coordinación de sus movimientos y la rápida concentración.

Durante la Edad Moderna la guerra continuó en la mayoría de los casos siendo estacional. Las carreteras y el transporte utilizable en la mayor parte de Europa apenas eran mejores en 1750 que en 1550 y resultaba prácticamente imposible sostener una campaña de invierno. Caminos cenagosos o impracticables por el barro detenían la marcha de los cañones y el pesado transporte de los suministros, de tal modo que no podía asegurarse el abastecimiento. Por eso las operaciones se interrumpían durante el invierno y se dedicaba la mala estación a instruir a los reclutas. La campaña se reiniciaba en junio, cuando los pastos permitían alimentar a los caballos.

Los infantes del pasado habían combatido en cuadro debido a la necesidad de combinar los piqueros con los mosqueteros, y la infantería de las Guerras de Religión solamente pudo maniobrar en grandes masas. Con la adopción de las nuevas armas se evolucionó hacia las formaciones en línea.

Durante el siglo XVI, la profundidad de la unidad de infantería había dependido del tiempo que empleaba el mosquetero o arcabucero en retroceder a segunda posición para efectuar la recarga, mientras era protegido por los piqueros. Se necesitaban como mínimo ocho relevos de mosqueteros para mantener un fuego continuado. Una de las primeras modificaciones que se introdujo fue la de formaciones más adaptables, impulsada por Mauricio de Nassau, estudioso de los autores clásicos, especialmente de Vegecio, pero también de contemporáneos suyos como Giusto Lipsio (1547-1606), el gran admirador de los romanos. En ellos se inspiró el

holandés para desarrollar formaciones lineales que sustituyeran a las formaciones en cuadro, basándolas en un perfecto adiestramiento de los soldados y en pequeñas unidades capaces de rápidos movimientos tácticos. Estos batallones de entre 500 y 1.000 hombres, acompañados por escuadrones de caballería de unos 100 jinetes, se disponían en diez y en cinco filas respectivamente y toda la fuerza de combate se desplegaba en tres líneas, con la caballería en los flancos. Para ser eficaces, las unidades de infantería dispuestas así necesitaban mucho entrenamiento y disciplina. Este nivel de preparación se consiguió volviendo a sistemas de instrucción permanentes, como en época romana. Estos métodos de adiestramiento de la tropa fueron la base de la reforma del ejército de Nassau, y su importancia excede a la de su eficacia en el campo de batalla ya que, en el fondo, se trataba de crear un soldado totalmente distinto al del pasado, que fuera capaz de actuar de modo uniforme a las órdenes de mando.

Gustavo Adolfo se inspiró en Mauricio y adoptó las técnicas militares holandesas, lo que le permitió reducir el número de filas de sus batallones pasando de las dieciséis habituales a diez y, en caso de necesidad podía dejarlas en tres. Esta modificación no impidió que los soldados de Gustavo llegaran a doblar la capacidad de fuego. Consecuencia natural del mayor poder de fuego fue la creciente tendencia a disponer las tropas en líneas con una menor profundidad que antaño. Normalmente, estas formaciones operaban con los piqueros en el centro, los mosqueteros a los flancos y con «calles» que permitían el paso a la retaguardia desde la primera fila a la última para volver a cargar a cubierto. Con este método, la brigada sueca adoptaba una formación que recordaba la T mayúscula. Un bloque central y avanzado de piqueros constituía la punta de lanza en el ataque, mientras las otras unidades de piqueros cubrían los flancos de los mosqueteros. Estos últimos, plenamente protegidos, podían disparar andanadas contra el frente enemigo haciendo converger el fuego desde diferentes ángulos.

Además del fuego de mosquetería, Gustavo supo utilizar con habilidad la artillería de campaña móvil. Sus cañones regimentales, con su rápida cadencia de tiro, completaban el fuego de la infantería y eran sumamente eficaces contra formaciones apiñadas. El rey sueco también reorientó el uso de la caballería. Se abandonó el «caracol» de los jinetes armados de pistola y fue sustituido por una carga al galope, con el sable como arma prin-

cipal. En realidad, la esencia de las reformas holandesa y sueca consistió en una estrecha integración de todas las armas bajo un mando coordinado y con tropas perfectamente instruidas.

En el siglo XVIII las formaciones de combate estaban ya basadas en tenues líneas de tropa, forma de despliegue que supuestamente aumentaba la potencia de fuego. Como todavía tenían que realizarse una serie de complejos movimientos en las acciones de disparo y recarga, la máxima eficacia sólo se obtenía con el mantenimiento estricto de las lineales. Así, los soldados debían efectuar todas las operaciones «codo con codo», ateniéndose a una disciplina de tiro según las voces de mando.

En el ejército francés, los regimientos formaban de cuatro en fondo y cada hilera de soldados disparaba a un tiempo. En cambio, el regimiento inglés estaba dividido en 18 pelotones, de tres en fondo. Seis pelotones disparaban a un tiempo, concentrando así el fuego en determinados puntos del frente enemigo, mientras los otros cargaban el arma. El fuego de pelotón tenía varias ventajas: se conseguía mayor continuidad y precisión, y el enemigo no tenía respiro a causa del fuego continuado, ya que una tercera parte del batallón estaba siempre disparando.

En esta manera de operar la rapidez, y no la precisión, era el objetivo supremo. Los soldados de Federico II, formados en tres filas, fueron capaces de sostener el mismo ritmo ininterrumpido de fuego que antes había logrado el ejército de Mauricio de Nassau formado de diez en fondo. En la batalla de Leuthen, en 1757, algunos de los mosqueteros prusianos dispararon contra el enemigo hasta 180 tiros. A esta velocidad la precisión era imposible, y los manuales de instrucción prusianos no incluían ninguna orden de «¡apunten!», ni sus armas poseían puntos de mira, como ocurría con el fusil inglés Brown Bess.

Solo la rígida disciplina y la continua instrucción permitían que la columna y el orden de formación empleado en la plaza de armas fueran la misma táctica de formación y movimientos que se utilizaban en el campo de batalla. Hay que tener en cuenta que para formar un perfecto soldado en tácticas lineales eran precisos meses e incluso años de adiestramiento.

Para librar el combate cuando era posible se escogía una fecha importante para el príncipe: el aniversario de su nacimiento o de su matrimonio,

cuya celebración el general al mando se esforzaría por realzar con el homenaje de una victoria. Cuando llegaba la batalla, se preparaba a la tropa como para una revista en un sitio abierto y accesible. A lo sumo, se instalaban sobre alguna elevación de terreno que pareciera dar una cierta ventaja. En el momento señalado, se disponía a las unidades en orden lineal y rígido, de manera que presentasen un frente geométrico impecable que no debía romperse bajo ningún pretexto. Los movimientos para formar una línea de combate eran lentos y complicados. La línea debía constituirse a una prudencial distancia del enemigo y, una vez realizada la formación, era peligroso intentar cambiarla. La instrucción de las tropas se encaminaba a enseñar a los hombres a componer la línea con prontitud y precisión, pero la primera preocupación de un general era mantener intacto su orden de combate. Esto no era nada fácil teniendo en cuenta que una irregularidad del terreno podía llevar la confusión a los batallones, y la formación lineal sólo permitía avanzar en bloque o retroceder en bloque. Por eso una vez formada la línea, las tropas avanzaban hacia el enemigo deteniéndose con frecuencia para rectificar la alineación. Un exceso de prisa era considerado fatal; «lento pero seguro» era la norma.

Por lo demás, nadie pensaba en poner a los combatientes a resguardo, o que se tiraran al suelo. Tras un duelo artillero inicial las dos líneas paralelas se enfrentaban siguiendo un ritual inalterable. Los hombres se colocaban hombro con hombro y con el pecho descubierto; a cada coronel se le asignaba un punto de mira hacia el cual enviaba la bandera escoltada por un oficial. Las banderas y, por consiguiente, los regimientos mantenían una formación exacta. Después todo se resumía en avanzar a ochenta pasos por minuto acompasados por el batir de los tambores y hacer descargas cerradas a intervalos regulares con la culata apoyada en la cadera (tiro en jeringa), para así poder andar más deprisa y evitar magulladuras en el hombro por efecto del retroceso del arma. Para dar más eficacia a la primera descarga la infantería debía avanzar sin tirar hasta encontrarse a la distancia óptima. No se concebía ninguna variante: los soldados se limitaban a ejecutar, a la orden de mando, gestos automáticos siempre iguales de avance, carga y disparo. Por último, al llegar a veinte pasos del enemigo, la infantería disparaba la última descarga y luego se atacaba a la bayoneta, esto si alguna de las dos formaciones no había huido antes.

El papel de la caballería era aún importante, pero menos decisivo que antiguamente, aunque bien utilizada podía dirimir la batalla. Tras el desgaste del defensor por la infantería, los escuadrones de caballería podían arremeter contra el punto de menor resistencia para así quebrar la línea enemiga. Pero por lo general la caballería, colocada en las alas, según los «cánones», no se hallaba sostenida por formaciones repartidas de infantería y solía dispersarse tras la carga.

En este tipo de táctica lineal, la acción del mando central se hacía más compleja. En épocas pasadas, el general había mandado fuerzas de 15.000 a 30.000 hombres en formaciones masivas que presentaban un centro de infantería entre dos alas de caballería. Con tal disposición cubriendo un frente pequeño se podía inspeccionar todo con detalle y dar las órdenes oportunas con celeridad. Pero con ejércitos de 40.000 a 100.000 hombres en línea los frentes llegaban a abarcar siete kilómetros o más, lo que plantea nuevos problemas en la conducción del combate. El mando seguía siendo personal y directo, y un general en jefe tenía dificultades para inspeccionar toda su zona de batalla y transmitir órdenes con rapidez. Durante el curso del combate solía permanecer sentado en su caballo y si era posible en una elevación del terreno que le facilitara la visión de conjunto; con frecuencia, bajo el fuego enemigo y oteando la acción con ayuda de algún catalejo. Por medio de correos transmitía las órdenes a los oficiales que se hallaban en medio de la humareda que envolvía el campo de batalla. En estas circunstancias el general tenía que confiar no tanto en la iniciativa de los oficiales, como en su disciplina para ajustarse al plan previamente trazado dando poco margen a la improvisación.

La ritualización del combate en campo abierto se reproducía en los asedios; de hecho las instrucciones a los jefes de las fortalezas, corregidas por Luís XIV en 1705, estuvieron en vigor para el ejército francés hasta 1792 y eran sumamente minuciosas. Un sitio era una operación artillera asistida por las tropas de infantería y basada en la táctica de las «paralelas» de Vauben. Al comenzar a excavarse la primera «paralela» ante la fortaleza a conquistar tenía lugar una formalidad indispensable: las tropas sitiadoras se dirigían al punto donde se iba a abrir la trinchera redoblando los tambores y con las banderas desplegadas; llegadas al lugar clavaban sus colores sobre el parapeto en señal de desafío. Cuando se terminaba la primera

«paralela», una gran trinchera situada a unos 500 metros de la fortificación enemiga, se comenzaban a abrir las trincheras en zigzag o *aproches* que debían conducir al lugar donde se abriría la segunda «paralela».

Luego de terminar la tercera «paralela», y cuando la artillería había abierto una brecha en los muros de la fortaleza que fuera practicable para la entrada del ejército asaltante, se intimidaba al comandante de la plaza amenazándole con que si no se rendía antes de que el asalto tuviera lugar, no se tendría clemencia con la guarnición, la ciudad sería entregada al saqueo y él mismo condenado a muerte.

En las instrucciones francesas antes mencionadas se obligaba al jefe de la fortaleza asediada a tener que repeler únicamente un asalto una vez abierta una brecha en la muralla. El honor quedaba así a salvo. La rendición era así mismo una cuestión sumamente formularia. Los honores de guerra estaban garantizados por un ejército sitiador a la guarnición que se rindiera después de haberse defendido valerosamente. Cuando comenzaba la evacuación los tambores y trompetas tocaban al salir una marcha enemiga para demostrar que los que entregaban la plaza no habían sido humillados. Por el contrario, el comandante que mantenía la resistencia innecesariamente cuando se le habían ofrecido condiciones honrosas era tratado con todo el rigor de la ley de la guerra por no haber jugado correctamente la partida. Si una plaza capitulaba antes de que se hubiera producido el asalto, los soldados no estaban autorizados para el saqueo. Pero si la plaza se tomaba al asalto, era costumbre abandonarla a la soldadesca por un número establecido de días o de horas.

La erudición como teoría

La teoría militar en el siglo XVII no dejó ningún aporte significativo: eso no quiere decir que disminuyera la producción literaria sobre el tema que había comenzado el siglo anterior, sobre todo en el sur del continente, donde el Renacimiento había llegado antes que al norte. No obstante, muchos de los trabajos, aunque eran realmente notables por erudición y conocimiento de los clásicos, se basaban en la imaginación de los autores, que proyectaban formaciones y estrategias desprovistas de todo valor práctico. También los altos mandos, educados en la cultura clásica, hacían

gala en las mismas campañas de su erudición. Así Condé, el general francés, se dedicará a leer a sus subalternos, durante el sitio de Lérida (1647), los comentarios de César y la *Farsalia* de Lucano. Sin embargo, los capitanes, que sí tenían un conocimiento directo y práctico del combate, mostraban en general escasa inclinación por la lectura, estando entre ellos bastante extendida la idea de que la guerra no se aprendía en los libros.

Por todo lo dicho no puede extrañarnos que las aportaciones más importantes en el campo de la teoría durante la primera mitad del siglo XVII se cifraran en los manuales de instrucción y en el conocimiento de lo que iba acaeciendo en los campos de batalla. En ese sentido fue importante la influencia que se ejerció desde Holanda y Suecia.

Como ya hemos dicho Mauricio de Nassau fue influido por el humanista Giusto Lipsio (1547-1606) autor del libro *De Militia Romana* (1595), en el que se combinaban las tesis neoestoicas con elogios sobre la vida militar y la disciplina. A su vez, las reformas que el mismo Mauricio introdujo fueron teorizadas por Jean de Middelste (Juan de Nassau, 1561-1623), que participó en las más importantes campañas emprendidas por el príncipe holandés y acumuló una notable experiencia que se tradujo en varios escritos dedicados al «arte de la guerra», que son una de nuestras principales fuentes de información acerca de las reformas del ejército de Nassau. Middelste fue el compilador del primer libro europeo de instrucción en el que por medio de láminas se enseñaba a los hombres a utilizar las armas adecuadamente mostrando por separado cada una de las posiciones para cargar un mosquete, que eran 42, así como los 32 movimientos necesarios para empuñar una pica correctamente. Bajo su dirección, el grabador Jacob de Gheyn (1565-1629) publicó en 1607 su libro *Ejercicio de armas*, en el que las láminas están explicadas en seis idiomas. A este mismo género de manual de instrucción ilustrado pertenece la obra de Jacob van Wallhausen (1580-1627), editado en 1616. La tremenda influencia de Gustavo Adolfo sobre su época también se puede notar en el seguimiento que se hizo de sus campañas a través de la publicación *El Mensajero Sueco*, que proporcionaba una buena idea de las reformas que estaban revolucionando la guerra en el continente.

Wallhausen fue también el primer director de la escuela militar que Jean de Middelste fundó en 1616, en Siegen, para los hijos de los nobles.

Esta institución desapareció pronto, pero su fundación nos indica la preocupación de determinados sectores de la milicia y el poder por la formación teórica de los mandos. En el último tercio del siglo XVII, Felipe IV creó en Madrid una academia del mismo tipo, y en Prusia, mucho más tarde, Federico Guillermo I reorganizó en 1722 el cuerpo de cadetes, que llegó a ser un semillero de cuadros. En Rusia, la emperatriz Ana estableció una escuela de cadetes bajo los consejos de instructores prusianos. Por entonces, en Francia sólo existían escuelas particulares, sin carácter oficial. Madame de Pompadour y el economista Paris-Duverney tuvieron la idea de abrir una escuela militar en el Campo de Marte en 1756, que acogió a 500 nobles pobres, dando prioridad a los hijos de oficiales muertos en la guerra. En 1776, el conde de Saint-Germain, siendo ya ministro del ramo, abrió 12 escuelas militares en las que se impartía una instrucción básica, tras la cual los jóvenes entraban como cadetes-nobles en los regimientos. Esa será la vía seguida, en la escuela de Brienne, por Napoleón Bonaparte.

A finales del siglo XVII proliferaron los ensayos sobre temas militares. Todos ellos buscaban la receta infalible para alcanzar la victoria. Generalmente estas «recetas» se apoyaban en las matemáticas y en la geometría. El racionalismo, que comenzaba a aflorar en esta época, hacía mella en el «arte» de la guerra y se afanaba por convertirlo en «ciencia».

A comienzos del siglo XVIII se publicaron dos tratados militares, discutidos por toda la oficialía europea durante la primera mitad de la centuria: *Memoires de la Guerre* del marqués de Feuquiéres (1648-1711) y *Commentaires sur l'Histoire de Polybe* del caballero de Folard (1669-1752). El primero se propuso enseñar la guerra mediante lecciones históricas, mientras que el segundo fue un ardiente defensor del retorno a la formación en columna a modo de una falange moderna. De estos dos autores tal vez el caballero de Folard, fue el más original al ir contra la corriente de su tiempo. Sus profundos estudios sobre Tito Livio y Polibio, sobre el orden griego y el orden romano, le llevaron a preconizar las excelencias de la columna de ataque y el valor del choque. Realmente lo más relevante de su libro reside en su prefacio que incluye un *Traité de la colonne et de l'ordre profond*, que dio lugar a las más vivas controversias.

En medio de este mediocre panorama sobresale una obra que no pretende ser teórica pero que incluye numerosas e innovadoras reflexiones

sobre la guerra. Nos referimos a *Mes Reveries* de Mauricio de Sajonia, el general francés más brillante en la guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748), que en 1745 logró su victoria más célebre a costa de los británicos en Fontenoy.

Mientras que su propia generación se esforzaba por seguir una norma prusiana de rigidez, Mauricio de Sajonia preveía la flexibilidad de la guerra futura y criticaba el conservadurismo basado en la costumbre y el prejuicio. Fue el primero en establecer claramente el principio de la movilidad, es decir, la rapidez de movimientos es condición previa para el éxito decisivo. Se anticipó a Napoleón al sostener que «la parte principal depende de las piernas y no de las armas». Su ejército ideal tenía que ser reducido y barato, unos 46.000 hombres, ya que «las multitudes solamente sirven para confundir y embarazar». Tal ejército estaría flexiblemente organizado sobre un sistema divisional, encuadrando tropas con armamento ligero. Cuando se estableciera contacto con el enemigo, las oleadas de infantería ligera deberían cubrir todo el frente en pequeños y elásticos destacamentos, y aprovechar la protección natural para diezmar al enemigo con fuego de fusilería. Mauricio de Sajonia tenía preferencia por el fuego a discreción, preferible a una descarga a la voz de mando que le impedía al soldado precisar la puntería. Tras el primer contacto los escaramuzadores deberían retroceder y dar paso al avance de la infantería pesada en línea dispersa, acompañada por cañones de campaña arrastrados a mano y escuadrones de caballería. Estas teorías, que venían a desterrar las tácticas lineales, terminaron por cuajar medio siglo después de la muerte de Mauricio.

Pero, sin duda, el teórico militar de mayor proyección en todo el siglo y uno de los más relevantes de la historia fue Jacques-Antoine-Hippolyte Comte de Guibert (1734-1790) que, en 1770 publicó su famoso *Essai général de tactique*, obra que en el plazo de pocos años fue traducida a numerosos idiomas, incluido al persa. En su libro anuncia y clama por un ejército nacional, patriótico y motivado como el que poco tiempo después nacería de la Francia revolucionaria.

Guibert abogó básicamente por el sistema divisionario para una nueva guerra de movilidad. En su defensa de la división como un cuerpo autónomo y operativo se inspiró en Pierre de Bourcet y en su elogio a la movilidad tomó como referencia a Mauricio de Sajonia. La clave para él residía

en grandes unidades moviéndose por un territorio con amplia autonomía y suficiente rapidez como para concentrarse sorpresivamente en un punto y presentar batalla, en condiciones idóneas, a un enemigo desconcertado por la envergadura de la operación. Esta especie de guerra relámpago, combinando las ventajas de dispersión y concentración con las de movilidad, Guibert la denomina, la «gran táctica», término adoptado por Napoleón posteriormente para designar el propio método.

La batalla: Blenheim

La batalla de Blenheim, librada en 1704 en el marco de la Guerra de Sucesión Española, se sitúa a caballo entre los siglos XVII y XVIII, y en ella se ponen de relieve los elementos de continuidad y cambio experimentados por la guerra en este largo período. El nombre por el que se la conoce proviene de Blindheim, un pequeño poblado escenario de una de las secuencias más importantes del combate, en el que se enfrentaron fuerzas de la Gran Alianza, formada por Inglaterra, Austria, las Provincias Unidas, Prusia, Dinamarca, Hesse y Hannover, comandadas por el Duque de Marlborough y el Príncipe Eugenio de Saboya, con los comandantes de las fuerzas franco-bávaras, el Elector de Baviera y el Duque de Tallard y el Conde de Marsin, generales de Luis XIV.

El año de 1704 era el cuarto de la Guerra de Sucesión Española. El anterior había traído importantes éxitos al bando francés, particularmente en el escenario danubiano del conflicto. Viena, la misma capital del Imperio, se veía amenazada por las tropas de Luís XIV y sus aliados, así como por una revuelta húngara acaudillada por el príncipe Rácóczi. De este peligro era consciente John Churchill, primer duque de Marlborough, comandante en jefe de los ejércitos de la Alianza, que fraguó un plan para conjurarlo. Su plan consistía en salir de sus posiciones en los Países Bajos para unirse a las fuerzas imperiales y destruir el ejército franco-bávaro en el Danubio, antes de que los franceses recibiesen los refuerzos del Duque de Tallard, lo que supondría la caída de la capital austriaca. Sin embargo, esta estrategia sólo podía llevarse adelante con una gran discreción, porque los holandeses no verían con buenos ojos la salida de su suelo del ejército de Marlborough para ir a combatir al otro extremo de Europa. Realmente la operación no sólo requería de tacto diplomático y engaños con sus aliados holandeses, sino también de una enorme habilidad estratégica para cubrir una distancia enorme para la época, flanqueando a los ejércitos franceses y solventando los problemas de logística. A pesar de todas estas dificultades, Marlborough partió de Bedburg, en los Países Bajos españoles, el 19 de mayo de 1704, con 21.000 soldados anglo-holandeses para llevar a cabo su plan.

El duque logró realizar lo que parecía imposible. Engañando por igual a holandeses y franceses, Marlborough pudo trasladar sus fuerzas —

aumentadas a 40.000 hombres— hasta enlazar, por primera vez, con el príncipe Eugenio el 10 de junio, y tres días después con las tropas del Margrave de Baden. En poco más de cinco semanas había recorrido más de cuatrocientos kilómetros en una marcha rápida y muy bien organizada, lo que le permitía acudir en socorro del Emperador Leopoldo, amenazado por los franceses en Viena.

Al percatarse de las intenciones de Marlborough, los mariscales de Luís XIV se reunieron en Landau (Alsacia) para preparar rápidamente un plan de ataque que salvase a su aliada Baviera, ahora en peligro, por el avance de los ejércitos de la Alianza. Pero, para la puesta en marcha del plan, las rígidas normas francesas exigían la aprobación de Versalles, que tardó en llegar. Según lo que finalmente se dispuso, el francés Duque de Tallard debía unirse al ejército bávaro y al del Conde de Marsin atravesando la Selva Negra. El 1 de julio Tallard inició su propia marcha hacia el Danubio con un contingente de 35.000 soldados y 8.000 carros de provisiones, en un avance lento y penoso por problemas de distinto tipo, como el que buena parte de sus caballerías sufrían de muermo. Esta lentitud dio ventaja al ejército de la Alianza, y Marlborough inició una política de tierra quemada en Baviera, arrasando aldeas y cultivos, para forzar a las tropas bávaras al enfrentamiento, antes de la llegada de Tallard con refuerzos y provisiones. No obstante, el Elector de Baviera, Maximiliano, soportó estoicamente la destrucción de su país hasta unir su ejército con el francés y así poder enfrentarse en mejores condiciones con los soldados de la Alianza.

Tallard estableció contacto con el Elector de Baviera cerca de Augsburgo, el 5 de agosto, y el ejército franco-bávaro, compuesto a la sazón de 56.000 hombres y 90 cañones, amenazó con aislar a Marlborough del contingente de Eugenio de Saboya y cortar sus comunicaciones al norte del Danubio. Marlborough obró con rapidez, hizo que su aliado de Baden pusiera sitio a Ingolstadt y el 11 de agosto pudo por fin reunir sus fuerzas con las de Eugenio. Reagrupado ya el ejército aliado, Marlborough y Eugenio, prescindiendo de las convenciones bélicas al uso, optaron por la batalla inmediata contra el ejército de Tallard y los bávaros, acampado quince kilómetros al este, en el ángulo formado por el Danubio y su afluente el Nebel.

El 12 de agosto el ejército del Elector acampó también en la otra orilla del río Nebel, a las afueras del pueblo de Blenheim. Sus fuerzas, sumadas a las francesas, superaban a las tropas aliadas, que contaban sólo con 52.000 hombres y 60 cañones. A pesar de todo, los aliados estaban decididos a entablar combate antes de que el enemigo pudiese organizarse pero, debido a la caída de la noche, el enfrentamiento no se produjo hasta el 13 de agosto. En el estado mayor del ejército franco-bávaro, el Elector, que creía cansado y dividido al adversario, quería también atacar de inmediato, pero Tallard, más prudente, optó por ocupar una posición favorable cerca de Blenheim, confiando en que los aliados, menos numerosos, se retirarían hacia el norte.

En las grandes batallas del mundo moderno las fuentes directas suelen ser ya muy abundantes y procedentes de ambos bandos. Con matices y pequeñas diferencias los relatos del combate suelen coincidir, salvo interpretaciones interesadas, y aunque como testimonios del hecho siguen poseyendo una gran importancia, la reconstrucción del enfrentamiento recae en la elaboración historiográfica posterior. En el caso de la batalla de Blenheim, uno de los mejores estudios es el realizado por James Falkner (2004).

El campo de batalla donde iba a tener lugar el encuentro se desplegaba a lo largo de 7 kilómetros que se extendían desde el Danubio, en el flanco derecho desde las posiciones francesas hasta el izquierdo, flanqueado por los bosques coníferos de Suabia. La línea incluía los poblados de Blenheim, Oberglau y Lutzingen. Delante de este frente, el Nebel formaba un obstáculo complementario por sus cenagosas riberas. Tras él se iba a posicionar la primera línea francesa. Entre Blenheim y el pueblo de Oberglau los campos de trigo estaban recién segados y eran idóneos para el despliegue de las tropas, lo que no sucedía en el terreno entre Oberglau y la aldea de Lutzingen, lleno de matorrales. En este frente, relativamente amplio, se iba a desarrollar la batalla.

En la madrugada del 13 de agosto, los Aliados emprendieron una marcha de 15 km desde su campamento hasta Blenheim. Al amanecer, ocultos en medio de una densa niebla, se aproximaron al enemigo sin ser detectados. A las 7 de la mañana, cuando Tallard ya era consciente de los movimientos del enemigo, los tomó por una maniobra de distracción con el fin de proteger su retirada, lo que le llevó a escribir una carta a Luís XIV

en la que afirmaba que Marlborough probablemente había decidido retroceder hacia el norte. Sin embargo, al disiparse la niebla, el estupefacto general francés vio cómo nueve columnas avanzaban sobre sus posiciones. La excesiva confianza de Tallard en las convenciones militares al uso fue la causa de esta sorpresa, ya que con tropas inferiores en número, el adversario se disponía a atacar. Afortunadamente para el general francés, Marlborough no pudo hacerlo hasta varias horas después.

Tallard improvisó rápidamente un plan desplegando apresuradamente sus efectivos. Marsin y el Elector debían mantener la línea entre Oberglau y Lutzingen, mientras que el centro derecha de su dispositivo, mandado por él mismo, se desplegaría hasta Blenheim. Así, el frente quedaba delimitado por tres poblaciones que estaban sólidamente fortificadas y protegidas por elementos de infantería y caballería, apoyados por la artillería.

Según los planes del francés, cualquier ataque sobre la línea situada entre Oberglau y Lutzingen debía ser frenado en la misma ribera del Nebel; mientras que entre Oberglau y Blenheim se dejaría pasar al enemigo a la otra orilla del pantanoso río, con la finalidad de que, a medida que éste avanzara, quedara desorganizado por el efecto del fuego artillero y las cargas de la caballería lo que causaría un gran pánico y confusión, y los soldados aliados, inmovilizados en las ciénagas, perecerían por el fuego cruzado procedente de Blenheim y Oberglau, precipitando así su derrota.

Marlborough, por el contrario, pensaba que si las guarniciones de Blenheim y Oberglau absorbían un considerable número de tropas a lo largo del combate, el centro de Tallard podía quedar debilitado y correría un gran peligro, presentándose entonces una oportunidad para un golpe frontal al centro del dispositivo franco-bávaro.

Poco después de las siete de la mañana, Marlborough se aproximó al Nebel para preparar el cruce del río con puentes de pontones. Sesenta minutos después la artillería francesa abrió fuego y se inició un duelo artillero que iba a durar varias horas. Algo más tarde, en torno a las nueve de la mañana, el príncipe Eugenio de Saboya emprendió la marchó hacia Lutzingen con intención de ocupar esta población y cubrir el flanco derecho del dispositivo.

A las diez, la izquierda y el centro aliados estaban ya en posición. El ala izquierda comprendía la flor y nata de los batallones ingleses, al mando de Lord Cutts, y se hallaba posicionada frente a Blenheim, mientras que el centro estaba constituido por una formación única, de cuatro líneas de fondo, al mando del general Charles Churchill, hermano del duque de Marlborough.

Se esperaba que el de Saboya estuviese en posición a las 11 de la mañana, pero se retrasó debido al mal estado del terreno y al progresivo fuego enemigo; esto impedía que Marlborough pudiera comenzar el ataque hasta que su flanco derecho no se hubiera desplegado totalmente. Durante horas, hasta mediodía, continuó la acción artillera, que causó bajas considerables. Mientras los zapadores aliados trabajaban para tender seis puentes sobre el Nebel, los hombres entonaban oraciones y Marlborough inspeccionaba las líneas. El sol empezaba a calentar y la espera se hacía cada vez más tensa. Por fin, poco después de las 12, llegó un mensajero de Eugenio informando que se encontraba ya posicionado, lo que permitió a Marlborough dar la orden de ataque.

A las doce y media, la acción comenzó con el asalto sobre Blenheim por parte del flanco izquierdo aliado. La defensa de la población corría a cargo del francés Marqués de Clérambault, que contaba con nueve batallones y con importantes reservas, 11 batallones de infantería y 12 escuadrones de dragones, que esperaban en la retaguardia. Las tropas atacantes al mando de Lord Cutts comenzaron a cruzar el Nebel al tiempo que en la derecha del dispositivo aliado Eugenio de Saboya asaltaba la villa de Lutzingen.

La primera brigada de Cutts, al mando del general Rowe, avanzó sin disparar hasta estar a menos de 30 metros de las empalizadas francesas, recibiendo entonces una descarga a bocajarro que dejó fuera de combate a un tercio de la formación y le costó la vida al propio Rowe, lo que forzó la retirada de los británicos hacia el Nebel. No obstante, la segunda línea aliada se mantuvo firme, permitiendo organizar un nuevo asalto que también fue rechazado. Esta segunda intentona impresionó de tal modo a Clérambault que se dejó llevar por el pánico y llamó en su ayuda primero a 7, y después a otros 11, batallones de la infantería de reserva de Tallard. Esta medida afectó directamente a las posiciones franco-bávaras, puesto

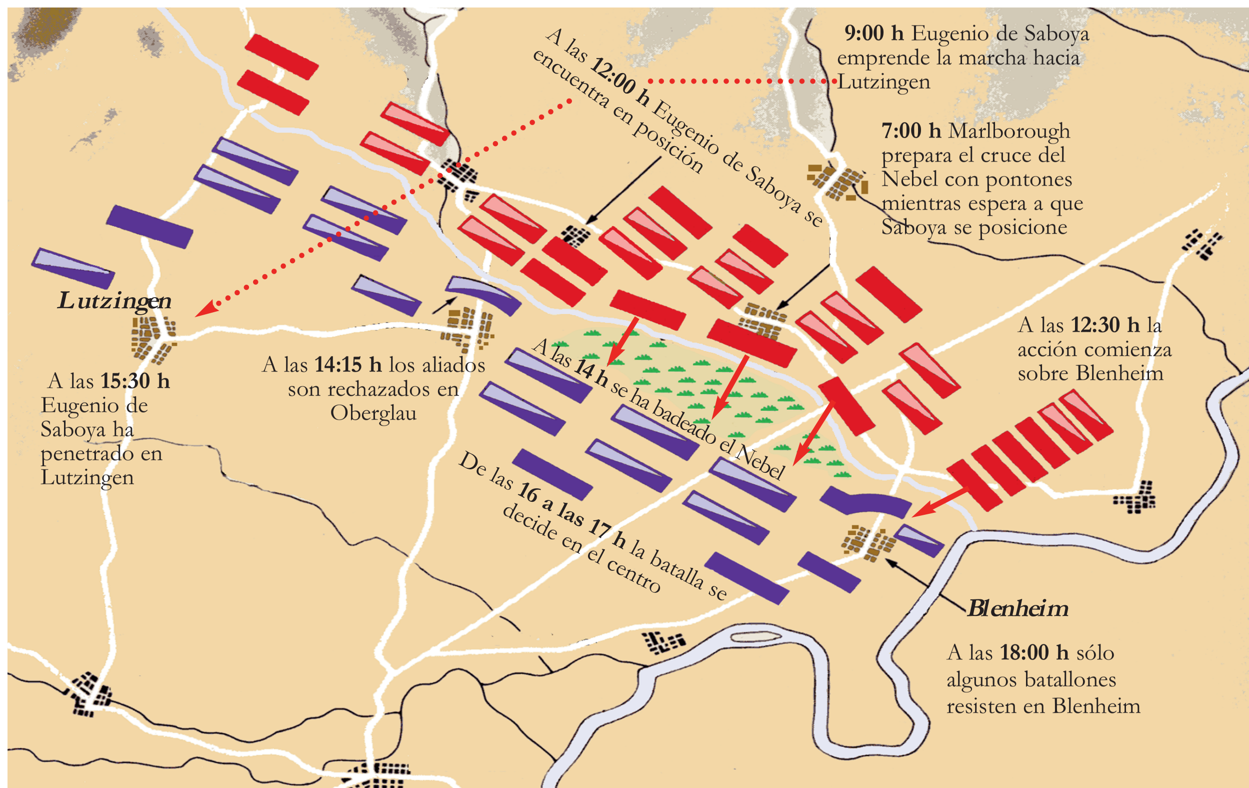
que debilitó los otros frentes y anuló la superioridad numérica francesa sin obtener ventaja, ya que dentro de la población tal cantidad de tropas no podían maniobrar. Había un límite de espacio para cargar y disparar los mosquetes por lo que semejante cantidad de soldados resultaba inútil en esa posición.

Marlborough, consciente de lo que ocurría, ordenó a Cutts que contuviese al enemigo en Blenheim, logrando así que unos 5.000 hombres distrajeran a más del doble, encerrados en el pueblo para su defensa. El general inglés lograba así asegurar su flanco izquierdo, aunque sus tropas no pudieron penetrar en la aldea. No obstante, estaban cumpliendo la misión que se les asignara, es decir, la de contener al enemigo implicando en el combate a las unidades de reserva.

Mientras, en el flanco derecho la crisis de la batalla para el bando aliado sobrevino a las a las dos de la tarde, cuando 10 batallones de infantería aliada, al mando del príncipe de Holstein-Beck, avanzaron para atacar la aldea de Oberglau. Nueve batallones de infantería francesa e irlandesa, mandados por el marqués de Blainville, realizaron un contraataque desde la aldea y rechazaron a los asaltantes hasta el Nebel, quedando expuesto el frente aliado al peligro de ser escindido. Comprendiéndolo así, Marsin reunió inmediatamente una fuerza de caballería cerca de Oberglau con el fin de aprovechar la oportunidad. Pero Marlborough, al darse cuenta de la situación, pidió urgentemente al príncipe Eugenio que le enviase tropas de caballería de refuerzo. El de Saboya, a pesar de sus propias dificultades, atendió la petición y envió la brigada de coraceros imperiales de Fugger. Los coraceros austriacos llegaron a tiempo para rechazar la carga de Marsin y estabilizar el frente aliado. Aprovechando esta ventaja, la infantería de Holstein-Beck volvió a atacar la guarnición de Oberglau, y, a las tres de la tarde, Blainville había tenido que encerrarse en el recinto del pueblo.

Marlborough tenía ya los flancos asegurados y el despliegue del centro pudo proseguir. Poco después de las dos, el grueso de las tropas aliadas había vadeado el Nebel y había logrado avanzar sobre el barrizal, formando en la orilla francesa y reagrupándose. Marlborough podía lanzar en ese momento sus 80 escuadrones y 22 batallones contra los 60 escuadrones y 9 batallones que los franceses podían alinear entre Blenheim y Oberglau. Siguió una pausa de una hora mientras ambos bandos hacían los

Batalla de Blenheim (1704)



últimos preparativos. Tallard vio, con ansiedad, la amenaza que se cernía sobre el centro de sus fuerzas y pidió reservas de infantería para apoyar a la caballería y a los 9 batallones de reclutas bisoños con los que contaba en aquel momento, pero Marsin y el Elector, demasiado preocupados por su propia situación, se negaron a ayudarle.

Hacia las tres y media, Marlborough recibió la noticia de que el príncipe Eugenio estaba penetrando en Lutzingen y en ese momento envió toda su formación central al combate, dirigida, hecho poco frecuente, por la caballería. Tallard, desesperado, ordenó una carga de la caballería que le quedaba, así logró un respiro temporal y consiguió contener el ataque enemigo.

Los Aliados, al ser rechazados, retrocedieron ligeramente para reagruparse, mientras que una batería barría con metralla las líneas francesas a quemarropa diezmando los batallones de infantería franceses. Poco después de las cinco de la tarde, los hombres de Marlborough lanzaron un nuevo ataque y, esta vez, ya no fueron detenidos. Mientras la caballería aliada avanzaba en una gran línea a un trote medio, pero con creciente velocidad, la caballería francesa salió a su encuentro en una impetuosa carga de escuadrones individuales que se detenían en el último momento para disparar sus fusiles. Al detenerse los franceses, la caballería aliada aumentaba su velocidad, cayendo sobre sus oponentes con todo el ímpetu y el peso combinados, confiando fundamentalmente en la espada como arma principal. Los huecos que aparecían en la línea frontal aliada eran instantáneamente cubiertos desde atrás.

Los franceses fueron rechazados a una velocidad que pronto alcanzó el galope de la huida, mientras la infantería francesa moría en sus posiciones. Todo el centro de Tallard quedó desintegrado y el mismo general francés fue hecho prisionero, mientras Marsin y el Elector se batían en retirada. En esos momentos sólo resistían todavía los 11.000 soldados franceses encerrados en Blenheim dentro de un estrecho perímetro, pero ya habían perdido a su jefe, Clerambault, que los había abandonado y había perecido ahogado al intentar cruzar el Danubio.

A las seis de la tarde, Charles Churchill había rodeado a los 27 batallones franceses del pueblo que, privados de su jefe, vacilaron antes de ren-

dirse. Incluso, varias unidades siguieron resistiendo algunas horas más. A las nueve de la noche todo había terminado. Los aliados habían perdido 12.000 hombres, pero habían causado 20.000 bajas y capturado 14.000 prisioneros y más de 60 cañones al enemigo, que perdió también 129 banderas y 171 estandartes. Austria y la Gran Alianza se habían salvado, y el poderío del ejército francés, el primero de Europa durante largo tiempo, había sufrido un duro golpe.

Los restos del ejército bávaro se dirigieron a Estrasburgo, aunque más de 7.000 hombres desertaron durante el camino. A pesar de que se le ofreció al Elector continuar siendo el gobernante de Baviera a cambio de que se uniese al bando imperial, Maximiliano abandonó sus territorios para continuar guerreando contra los aliados desde los Países Bajos Españoles. La mayoría de los prisioneros fueron intercambiados entre ambos bandos. No obstante, el Duque de Tallard fue encarcelado en Nottingham hasta 1711.

La batalla no zanjó la guerra que continuó durante años, pero fue un triunfo de las técnicas inglesa y flamenca sobre la de Francia. Las fuerzas habían estado igualadas en número y equipo; el resultado había dependido del empleo táctico del fusil de chispa y la bayoneta, del cañón y el sable. El efecto del fuego controlado de pelotón superó a las ráfagas de los batallones franceses. Entrenados en el uso de la bayoneta, los infantes aliados también pudieron luchar de cerca contra la caballería con más éxito que cuantos lo hicieran nunca anteriormente. Así el «fuego y movimiento» contrastó con el papel estático adoptado por la infantería francesa, reliquia de los tiempos de la pica y el fusil de yesca.

También el empleo de la caballería inglesa con sus sables como fuerza de choque superó a la francesa, empeñada en hacer de sus tropas montadas un instrumento del fuego de fusil; así mismo el cuidadoso emplazamiento de las baterías inglesas compensó su inferioridad numérica frente a la más numerosa artillería francesa.

Pero la victoria fue también fruto de la habilidad de mando: los bien adiestrados ayudantes de campo de Marlborough le dieron una visión exacta de los sectores distantes lo que permitió una buena coordinación de todos los efectivos. En definitiva, Blenheim, aunque tuvo importancia en

el aspecto simbólico por ser la primera derrota del poderoso ejército de Luis XIV, supuso, sobre todo, en el plano militar un anuncio de las nuevas formas de guerrear que se iban a desarrollar a lo largo de todo el siglo XVIII.

La lucha por la paz

La paz es un concepto social complejo que requiere para su elaboración de un cierto grado de desarrollo cultural. El hombre primitivo, próximo a la animalidad, viviría la violencia como parte de su dimensión natural, por eso la lucha con sus congéneres guardaría una estrecha relación con la realidad material del grupo en el que se viera inserto. No obstante, para algunos etólogos (Morris, 1972; Lorenz, 1976; Ardrey, 1974) la violencia humana surgiría, no tanto de nuestra naturaleza animal, como de nuestra actividad cazadora y gregaria, potenciada por el desarrollo técnico y racional, lo que daría como resultado un comportamiento violento que marcará de modo indeleble nuestra historia.

La violencia se puede conceptuar como un fenómeno cultural, propio del ser humano, inserto en un sistema de valores que transcienden lo puramente biológico. La violencia implica agresividad y puede implicar agresión vertida en mayor o menor grado, pero supera con mucho la mera pulsión instintiva y adquiere manifestaciones impensables en el mundo animal como pudieran ser la tortura o el insulto. Es esa dimensión cultural de la violencia humana la que permite afirmar a Leonard Berkowitz (Cit. en Ardrey, 1974: 257) que: «dentro del hombre, no existe ningún impulso instintivo hacia la guerra». También, el antropólogo Marvin Harris (1992) rechaza de plano en sus obras que la guerra tenga una base genética y alega que los bruscos cambios en un par de generaciones de una naturaleza belicosa a otra sumamente pacífica no pueden explicarse desde la agresividad natural. Para este autor son razones culturales las que explican las guerras, y razones materiales las que nos permiten entender las confrontaciones entre algunos grupos de primitivos actuales. El antropólogo considera como una razón primordial la regulación demográfica en función del ecosistema en donde se mueven esos grupos en conflicto.

Al ser, pues, la guerra un fenómeno cultural, guerra y paz estarán sujetas a los procesos de evolución social e histórica, pudiéndonos encontrar con fases o períodos en el desarrollo de las distintas culturas en los que se

haya valorado más una que otra. En muchos pueblos primitivos la esencia social del varón adulto venía determinada por su condición de guerrero. Sólo cuando el adolescente alcanzaba una determinada edad y superaba una serie de pruebas que le confirmaban como guerrero era cuando lograba el pleno reconocimiento como sujeto social activo, separándose así del mundo de la infancia y de las mujeres al que había pertenecido. La trayectoria que siguiera en su nueva condición sería la que le permitiría alcanzar rango y relieve en el grupo. Por tanto, el prestigio y la influencia terminaban dependiendo principalmente de los méritos conseguidos sobre todo en la guerra. En definitiva, el grupo tenía uno de sus pilares estructurantes en la capacidad bélica de los varones que lo componían, confiriéndole a la guerrera una dimensión social muy elevada.

Pero es cierto también que entre los pueblos primitivos que hemos conocido por la investigación antropológica nos encontramos con una enorme variedad de supuestos. Se han estudiado grupos humanos eminentemente pacíficos como los arapesh de Nueva Guinea, los pigmeos o los manansas de África, que rehúsan el combate y compran la paz- Algunos estudiosos han querido explicar estas actitudes por el relativo aislamiento de esos pueblos. También se ha pretendido identificar las comunidades más belicosas con las de cazadores y nómadas, atribuyéndoles a las agrícolas y sedentarias un talante menos agresivo.

Lo cierto es que la paz, como valor positivo, ha estado sometida a los más diversos avatares y también a las más groseras manipulaciones. Ejemplo de esto último es el conocido adagio, atribuido a Vegecio: *Si vis pacem para bellum*. Curiosamente desde el siglo XVIII, por influjo del pensamiento ilustrado, muchas de las guerras libradas se han hecho invocando la paz. Federico II de Prusia, monarca belicoso por excelencia, podía escribir, sin ningún rubor, que la guerra era: «un monstruo de horrible cabeza, demonio ansioso de sangre y de destrucción», y afirmar que «no debemos burlarnos de la guerra, sino librarnos de ella, del mismo modo que un médico remedia un ataque de fiebre» (Fuller 1985, II: 219). Frente a esto también hemos de apuntar que desde el Mundo Antiguo muchos seres humanos han buscado con auténtica sinceridad y por los más diversos medios la paz. El deseo de vivir en ella o de valorar altamente esta

situación se evidencia en que la forma de saludo en muchas culturas se formule deseándose la paz. En este apartado recorreremos de modo sucinto las ideas que han movido ese propósito y los caminos que ha seguido esa búsqueda.

Es difícil rastrear las primeras manifestaciones de rechazo a la violencia organizada en la cultura occidental. Algunos, como Herodoto, (I, 170) atribuyen a Tales de Mileto el ser un pionero del pacifismo, al proponer una federación de polis jónicas, abriendo así el camino a la institucionalización de organismos políticos para preservar la paz o limitar las guerras. Este camino, que tendrá una larga historia y llegará hasta nuestros días, realmente no fue explorado por el filósofo griego, que se limitó a plantear una simple estructura federal para los jonios. No obstante, la creación de organismos internacionales ha sido una de las propuestas más frecuentes para toda una corriente del pacifismo que, —admitiendo la guerra como un mal más o menos evitable y sin rechazar el militarismo— pretende prevenir o limitar los conflictos bélicos por medio de acuerdos políticos.

Pero ésta y otras corrientes del pacifismo han ido acompañadas desde su aparición de posicionamientos más radicales que han buscado, por medio de la crítica, socavar los instrumentos mismos de la guerra, atacando la existencia de los ejércitos y el espíritu militarista. Así, la burla sobre el ardor guerrero apareció en época temprana. Arquíloco de Paros, lírico del siglo VII (a. n. e.), a pesar de prestar servicio como hoplita, escribió los siguientes versos:

> «He dejado mi escudo detrás de un matorral. Era necesario.
> No es culpa suya. A algún tracio
> habrá hecho feliz, pero he salvado mi vida.
> ¿Por qué preocuparme por tal escudo? Maldito sea.
> Ya compraré algún día otro igual». 3 (6D)

Este sarcástico epigrama era un ataque directo a la mística del combate, ya que versaba sobre el escudo, que tenía un gran valor simbólico para todos los aspectos del *agon* militar griego; al punto de que, en Esparta, era proverbial que las madres despidieran a los hijos que partían a la batalla diciéndoles que volvieran con el escudo o sobre él, como caídos en la

lucha. Platón en la *República* admitía la conveniencia de relegar al oficio de artesano a todo aquel que abandonase el escudo (468 a).

En un antecedente clásico del eslogan pacifista «Haz el amor y no la guerra», puesto en circulación en la década de los años 70 del siglo XX, la comedia *Lisístrata* del griego Aristófanes, también criticaba el militarismo en clave humorística contraponiéndolo al sexo. Lisístrata (cuyo nombre significa «la que disuelve los ejércitos») es la mujer de un soldado ateniense que, cansada de las continuas guerras entre Atenas y Esparta, convence a las mujeres de ambos bandos para que no hagan el amor con sus esposos hasta que éstos firmen la paz. Al final de la obra, los hombres deciden dejar de luchar. Aristófanes protestó con frecuencia contra la guerra en comedias como *Los acamienses* y *La paz,* defendiendo las soluciones pacíficas contra los demagogos que impulsaban al pueblo a guerrear.

Los griegos valoraron la paz y, aunque hicieron con harta frecuencia la guerra, fueron los primeros en establecer períodos sagrados en los que se debían interrumpir las hostilidades. La Anfictionía de Delfos, liga que agrupaba doce pueblos, organizaba cada cuatro años los juegos píticos y, como en los juegos olímpicos, durante su desarrollo se proclamaba la tregua sagrada. La importancia adquirida por la Anfictionía provocó la creación de un Consejo más amplio en el siglo V (a. n. e.), el *Synédrion*, como Asamblea plenaria que funcionaba en las situaciones graves. En el año 368 (a. n. e.), para poner fin a la guerra de Esparta, Tebas y Atenas se convocó en Delfos un Congreso general de la Paz; la Anfictionía parecía haberse convertido en una Sociedad de Naciones. Pero pronto quedó destrozada por las guerras que quería evitar y, finalmente, por la intervención de Filipo de Macedonia (353 a. n. e.).

En la cultura romana los conceptos de guerra y paz experimentaron un profundo proceso de ideologización. Una de las características de cualquier ideología es su ambigüedad y su contradictoria estructura dual, en definitiva, lo que la ideología formula como deseable y lo que postula como práctico. La *Pax Romana*, proclamada solemnemente por el emperador Augusto, fue un instrumento propagandístico al servicio de su proyecto imperial y en ningún momento se renunció a la guerra como forma de ejercer ese dominio.

Lo mismo podríamos decir del discurso religioso. Casi todas las grandes religiones han proclamado la necesidad de la paz, que se ha convertido desde hace siglos en un valor moral patrimonio de esas ideologías, lo que no les ha impedido en muchos casos hacer la guerra en nombre de sus creencias. Ese contrasentido, muy frecuente, ha sido normalmente admitido en distintas culturas. En la historia del pensamiento occidental se ha pretendido atribuir al cristianismo ir a la vanguardia de las formulaciones pacifistas.

Realmente el pacifismo cristiano en sus orígenes recoge y aglutina ideas al respecto procedentes de distintas corrientes religiosas y filosóficas del momento. En primera instancia bebe de la propia religión judía. Ya en el Levítico, junto a los preceptos en los que se manda lapidar a las adúlteras, se decía «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lev. 19, 18). De esta tradición teórica no violenta, así como de la práctica solidaria de las comunidades esenias que se desarrollaron en el siglo I, en las orillas del Mar Muerto, se nutrirá el pacifismo cristiano. Pero no sólo ahí debemos ver su fuente de inspiración, las escuelas filosóficas postaristotélicas: cínicos, epicúreos y estoicos predicaban también doctrinas muy parecidas en lo referente al rechazo de la violencia.

De estas escuelas la que más influjo ejerció a lo largo de todo el Mundo Antiguo fue la estoica, uno de cuyos representantes fue el emperador filósofo Marco Aurelio que, al tiempo que dirigía personalmente las operaciones militares podía escribir: «el amor al prójimo es cualidad del alma razonable y es propio del hombre amar incluso a quienes le ofenden» (*Meditaciones* XI, 1; VII, 22). De esa filosofía que fue el estoicismo romano, siempre al servicio de los intereses políticos del momento, surgieron algunos planteamientos sobre el amor universal que acabaron influyendo en el cristianismo. Panecio y su discípulo Posidonio elaboraron un ideal de paz universal, la *oikouméne*, que, aunque parecía el reflejo providencial de la voluntad de los dioses sobre una concordia planetaria, en realidad era la coartada ideológico-teórica de la *Pax romana* y su *dominium mundi*. La edición definitiva de amor universal propagada por el cristianismo triunfante debe más a estas teorías del estoicismo romano que a ninguna otra corriente de pensamiento.

De hecho, el cristianismo originario no tenía nada de pacífico, primigeniamente no pasó de ser un mensaje mesiánico de tinte radical apropia-

do para las clases populares del mundo judío del siglo I, y algunos vestigios de lo dicho se pueden rastrear aún en los evangelios canónicos (Jn., 2, 15; Lc., 22, 36). El pacifismo cristiano es una elaboración posterior al mensaje primero y cuando a fines del siglo IV la presión de los pueblos bárbaros aumentó, el cristianismo, convertido ya en la religión del Imperio, revisó sus tesis antibelicistas adoptando otras de carácter más práctico sobre la defensa militar de la Iglesia triunfante y el combate abierto contra la herejía. Basándose en la concepción heredada del Derecho Romano, según la cual siempre está permitido oponerse a la fuerza por la fuerza, y considerando que la defensa es de derecho natural, incluso los clérigos podían resistirse legítimamente con las armas en la mano frente a cualquier tipo de agresión. Así mismo, la concepción de la verdad religiosa como supremo bien que hay que proteger a cualquier precio justificaba los ataques a los infieles y a los heréticos.

En el período carolingio, el transitorio revivir de la idea imperial permitió al poder político con ayuda de la Iglesia reformular, más propagandística que prácticamente, la idea de una Paz Universal. De hecho, se trataba de un capítulo más en la conversión de las leyes civiles en obligaciones religiosas. Mantener la paz pública no sólo era tarea del débil poder monárquico sino que la Iglesia asumía, valiéndose de su enorme influencia, la obligación moral de difundir ese principio a través de sus prédicas. Con este fin la Iglesia convocó Concilios de Paz, reuniones que se extendieron por toda Francia a fines del siglo X y comienzos del XI, y que tenían como finalidad movilizar a la clase aristocrática en esa tarea, ya que la paz pública, ante la debilidad del Estado, sólo podía ser garantizada por el concurso eficiente de la casta guerrera. Los Concilios de Paz, como el de Limoges en el 994, eran reuniones solemnes de los grandes laicos y eclesiásticos de la zona en las que, en medio de majestuosas ceremonias destinadas a impresionar a la población campesina, se discutían y adoptaban reglas a promulgar y se exhortaba a la comunidad a vivir en paz bajo pena de excomunión.

Como los primeros en incumplir lo acordado eran los propios nobles, inmersos en constantes enfrentamientos locales, en el Concilio de Toulouges reunido en 1027 hizo su aparición el complemento lógico a la «Paz de Dios», es decir la «Tregua de Dios». La nueva norma consistía en un determinado número de prohibiciones, especie de tabúes, que protegí-

an la persona de los eclesiásticos y extendían esa protección a todos aquellos que trabajaban la tierra o se dirigieran al consejo convocado por su señor (Paz normanda). El interdicto protegía también determinados lugares; así, prohibía destruir un molino o arrancar las viñas. Sirvió también como permanente protección para templos y recintos sagrados en un espacio de treinta pasos, la llamada *sacraria* o *sagrera*. Por último, la «Tregua de Dios» establecía determinados días en los que no se podía combatir. Este último mandato fue, probablemente, el más eficaz porque terminó prohibiendo toda violencia durante los domingos. El Concilio de Arlés del año 1037 decidió prolongar el período de paz forzosa y se estableció que de miércoles por la tarde a lunes por la mañana se debían suspender las hostilidades en memoria de la pasión de Cristo; más tarde se hizo extensiva a los períodos de Cuaresma, Adviento y Pentecostés. La institución de la «Tregua de Dios» no siempre fue respetada, se conoce el caso de la condesa Blanca de Champagne que recibió siete penas de excomunión por parte de su obispo, lo que no le impidió apropiarse por la guerra de las tierras de sus vecinos.

Pero el celo eclesiástico en este sentido condujo a que en el Concilio de Narbona de 1054 se llegara a decir: «Que ningún cristiano mate a otro cristiano, pues quien mata a un cristiano extiende, sin duda, la sangre de Cristo». Amén de no respetarse, como es fácil suponer, la orden explicitaba claramente la doble moral eclesial, al considerar que matar infieles podía ser grato a los ojos de Dios. De hecho, Tomas de Aquino teorizó en clave cristiana el concepto de «guerra justa» como la que se hace bajo la dirección del Príncipe, por un justo motivo y con recta intención. Poco a poco, vencida por los numerosos incumplimientos, la «Tregua de Dios» se fue diluyendo con el paso de los siglos, y sus referencias desaparecieron ya en el siglo XIV.

Al margen de la institución eclesial y de forma dispersa e individual, también fueron apareciendo huellas de una inquietud moral con respecto a la guerra en general o a algunos conflictos particulares. Pedro Damián, en el siglo XI, afirmaba que: «en ninguna circunstancia está permitido tomar las armas para la defensa de la fe de la Iglesia universal; mucho menos los hombres pueden librar batallas por bienes terrestres o transitorios» (Contamine, 1984: 364). En el siglo XII, un tal Niger pro-

testaba contra la Cruzada y puso en duda que fuera una consecuencia de la voluntad divina.

También junto a la literatura relativa a la guerra, hubo otra sobre la paz, de la que son ejemplos *Le Livre de la paix* de Christine de Pizan, o *Le Livre de paix* de Georges Chastellain. Jorge Podiebrad (1420-1471), rey de Bohemia, en el prólogo de su *Tructatus pacis toti christianitati fiendae*, formulaba el deseo de que «tales guerras, rapiñas, problemas, incendios y asesinatos… cesen finalmente y se extingan completamente y que se retorne a un estado conveniente de mutua caridad y de fraternidad en medio de una duradera unión» (Contamine, 1984: 161).

Pero la elite laica y religiosa que buscaba la consecución de la paz a cualquier precio era una pequeña minoría. La mayor parte de las clases dirigentes aceptaban el hecho de la guerra como algo natural, aunque la opinión popular debía ser muy diferente. Jean Gerson, un contemporáneo decía al respecto: «Todo el mundo sabe bien que cuando hay que juzgar u ordenar sobre la guerra, los pobres no se entrometen, pues ellos lo único que quieren es vivir en paz» (Cit. en Contamine, 1984: 363). No obstante, la expresión más plena de la no violencia medieval ha de buscarse entre los heréticos y sus simpatizantes. Los cátaros iniciados (los *perfectos*) tenían prohibido matar a cualquier semejante, aunque fuera en tiempo de guerra o para defenderse de un malhechor. Reputaban como criminal cualquier guerra, aunque fuese justa en sus causas, y el soldado que obedecía a sus jefes o el juez que pronunciaba una sentencia de muerte no eran para ellos más que simples asesinos. Sin embargo, terminaron guerreando para defenderse en la cruzada que se decretó contra ellos. El pacifismo era también uno de los componentes ideológicos de la herejía valdense y de la secta de los lollardos. Una de las doce tesis lollardas, condenadas como heréticas en 1395, declaraba que: «el asesinato en batalla… es expresamente contrario al Nuevo Testamento» (Contamine, 1984: 364).

Durante el Renacimiento, la defensa del pacifismo siguió siendo obra de minorías ilustradas y de algunas corrientes religiosas marginales. Después de todo, las guerras en Europa eran endémicas desde hacía tanto tiempo como la memoria podía recordar o registraban las crónicas. La guerra constituía el tema de lectura más interesante y de guerra sobre todo se había nutrido el incipiente orgullo patriótico. Thomas Moro (1478-1535) y

Erasmo de Rotterdam (1466/69-1536) se contaban entre los escasísimos intelectuales que defendieron de modo sistemático ideas pacifistas por razones humanitarias.

Los habitantes de la *Utopía* de Moro despreciaban el espíritu de conquista y la gloria guerrera. También, se puede añadir que Erasmo escribió una y otra vez acerca del carácter anticristiano de las guerras de su tiempo, sobre sus efectos devastadores y brutales. Sus comentarios sobre las amargas consecuencias de *Dulce Bellum Inexpertis* alcanzaban en 1520 la extensión de un largo ensayo. Curiosamente tanto él como Moro condenaban la diplomacia ya que, según ellos, acentuaba aún más la división entre las naciones, constituyendo cada tratado que se firmaba un nuevo *casus belli*. Esta opinión era compartida por el contemporáneo de Erasmo, Josse Clicthove quien declaró en su *De bello et pace*, publicado en 1523, que él era ciudadano de ninguna parte, alejándose así de las justificaciones patrióticas para hacer las guerras.

Podríamos también añadir a esta nómina de intelectuales pacifistas a Montaigne (1533-1592), en algunas de sus reflexiones. Del mismo modo pero en tono satírico y mordaz se expresaba Rabelais (1494-1553) en el prólogo al libro III de su *Gargantúa y Pantagruel*. Pero, en general, la mayoría de los pensadores y literatos aplaudían la guerra y participaban en ella, lo que no impedía que muchos personajes de la época dijeran desear la paz como el bien más precioso. Así, Enrique IV (1553-1610) de Francia, uno de los protagonistas de las Guerras de Religión, llegó a teorizar sobre la creación de una federación de 15 Estados europeos como el mejor método para alcanzar la paz perpetua. Y el mismo Durero, autor de un tratado sobre las fortificaciones, quiso aclarar a sus lectores las piadosas intenciones que le animaban al escribirlo. «No es mi propósito ayudar a los miembros de esta gran familia de cristianos a que combatan unos contra otros… sino auxiliar a los que viven en vecindad con el turco a defenderse de las armas de estos infieles» (Hale, 1970: 344).

Se evidenciaba que la simple apelación a los deberes cristianos no constituía un freno a las guerras, razón por la que su control —en la medida en que podían ser reguladas— nacería poco a poco de los esfuerzos de los juristas que apelaban no a la ley divina, sino al *ius gentium*. Así fue como durante la Edad Moderna surgió toda una corriente teórica que, sin ser pacifista abogó por reglamentar y limitar los efectos en el conflicto bélico.

El jesuita Francisco de Vitoria (1483/86-1546) aceptaba la guerra como un hecho indiscutible y se limitaba a recomendar que no fueran declaradas sino cuando todos los medios hubieran fracasado. La misma conclusión se encuentra en otro jurista español, Francisco Suárez (1548-1617), contemporáneo de Vitoria, que no sólo no condenó formalmente la guerra, ya que no la consideraba contraria a la ley religiosa, sino que contemplaba la guerra ofensiva a condición de que se observaran las reglas elementales de justicia y de caridad. En esta línea el jurista más notable fue Hugo Grotius (1583-1645) que durante la guerra de los Treinta Años inició el ataque contra la anarquía internacional y las destrucciones de la guerra ilimitada en su obra *De Jure Belli ac Pacis*, manual de derecho internacional en el que recomienda la moderación en la lucha, en las conquistas y en el saqueo de los países enemigos, así como el trato humano a la población civil.

Las teorías sobre mecanismos políticos que evitaran los conflictos florecieron durante este período, animadas por los sentimientos religiosos y sin plasmarse nunca en la realidad. Todas estas propuestas presentaban, casi siempre, el mismo perfil: se postulaba una representación más o menos proporcional de las naciones para componer un tribunal o senado a cuyo arbitrio se someterían todas ellas libremente pero, en general, no se contemplaba medio alguno que impidiese a una nación en un momento dado sustraerse a ese arbitrio.

Entre los más importantes de estos teóricos puede citarse como antecedente medieval de la propuesta a Pierre Dubois (1255-1312), quien ya propuso crear una Federación de Estados Cristianos, con un Concilio que sería su organismo central. Emeric Crucé (1590-1648), partiendo de la misma idea, quería extender el proyecto a la totalidad de los Estados de la tierra; Jean Amos Komensky (1592-1670) en la *Panergesia* refería asimismo la idea de una Corte de Justicia Internacional, y William Penn en 1693, en su *Ensayo por la paz presente y futura en Europa*, preconizaba la constitución de una Dieta General formada por delegados enviados por los distintos Estados europeos en proporción a su importancia, incluyendo en su proyecto hasta Rusia y Turquía.

El giro, verdaderamente significativo, sobre la guerra y la paz se produce en el siglo de las Luces. El siglo XVIII, al calor de la Ilustración,

alumbrará toda una pléyade de pensadores antibelicistas cuyas reflexiones alimentarán la idea de la paz a lo largo de toda la contemporaneidad. Entre los diversos temas acaloradamente discutidos por los Ilustrados hay uno en el que todos estuvieron de acuerdo: la oposición a la guerra como derroche injustificado de vidas y recursos naturales en peleas por lo general de ninguna importancia para la humanidad. Voltaire, Helvétius o Rousseau insistieron en la futilidad de los conflictos armados.

Voltaire, el más popular y leído de estos intelectuales, incluirá una ácida crítica, en tono sarcástico, en su conocida novela *Cándido*, cuando en el capítulo III de la misma describe los efectos devastadores de una batalla, que algunos han querido identificar como la de Zorndorf (1758), en la que el elevado número de bajas causó un gran impacto entre las clases cultas de la época. Pero más allá de esta sátira antibelicista, el siglo producirá tres propuestas teóricas de altura. Nos referimos a *La Ley de las Naciones* de Vattel, al *Proyecto para lograr la paz perpetua en Europa* de Saint-Pierre y a *La paz perpetua* de Immanuel Kant.

Eminerich de Vattel (1714-1767), en su obra publicada en Neûchatel en 1758, partía de la admisión de la guerra como algo inevitable pero que requería de una regulación que él se propone desarrollar en un conjunto de normas que denomina «Ley voluntaria de las naciones». Su propuesta, que se inicia con unas consideraciones muy realistas sobre la naturaleza de las guerras, termina limitándose a recomendar la moderación entre los contendientes, no debiendo emprenderse por parte de los beligerantes ninguna acción que por su naturaleza impida el retorno a la paz, de la que Vattel escribe: «Un tratado de paz sólo puede ser un compromiso... En tal convenio no se pronuncia decisión alguna sobre la causa original de la guerra, ni sobre las diversas controversias surgidas de los diferentes actos de hostilidad; no se condena tampoco como injusta a ninguna de las dos partes —condena a la que pocos príncipes se someterían—, llegándose a un simple acuerdo en que se determinan los equivalentes que cada una debe recibir en extinción de sus reclamaciones» (Fuller, 1965: 14). Esta obra, rica en contenidos, señalaba muchos de los problemas sobre los que el derecho internacional posterior incidirá. No obstante, este tratado no perseguía la paz perpetua sino la mera humanización de la guerra. En ese sentido las otras dos aportaciones literarias a las que nos hemos referido eran mucho más ambiciosas.

En 1713, en el Congreso de Utrecht, el abate de Saint-Pierre comenzó su *Proyecto para lograr la paz perpetua en Europa*, obra que terminaría cinco años más tarde y que tuvo el honor de ser discutida por buena parte de los enciclopedistas. El pacifismo de Saint-Pierre no era de naturaleza religiosa, el abate siempre se mostró hostil al celibato de los sacerdotes y denunciaba de buen grado el número excesivo de monjes; el proyecto del abate nacía de su preocupación por el equilibrio europeo. Saint-Pierre retomaba una vieja idea y proponía una especie de alianza entre los monarcas de Europa, sobre la base de un *status quo* territorial que comprometiera a todos los firmantes. El consejo rector de este organismo estaría formado por 24 potencias y entre todas las participantes se sufragarían los gastos que se derivasen de su funcionamiento. Pero toda esta propuesta descansaba en las esperanzas puestas en la sabiduría de los príncipes que suscribieran la alianza. No obstante, tras exhortar a todos los miembros a renunciar para siempre al uso de las armas, Saint-Pierre contemplaba la posibilidad de violaciones en el acuerdo y preveía para estos casos sanciones: «la Gran Alianza armará y actuará contra aquél que entre en guerra indebidamente». Es necesario, por lo tanto, un ejército internacional cuyo reparto de fuerzas en relación con los firmantes se presentaba como muy complicado.

Como podemos apreciar, la propuesta se anticipaba a organismos internacionales que sólo verían la luz doscientos años después, sin embargo lo minucioso del proyecto lo diferenciaba de planteamientos similares hechos siglos atrás. La obra tuvo un relativo impacto y fue referencia en esta cuestión a lo largo del siglo XVIII, pero no gustó a Kant, que abordó la búsqueda de la paz en uno de sus últimos ensayos titulado *La paz perpetua,* dándole un enfoque distinto.

En algún aspecto, el opúsculo kantiano es la culminación de la literatura anterior sobre el tema por la radical modernidad que introduce en sus proposiciones al apoyarse en ideas que tardarán aún mucho tiempo en materializarse. Por ejemplo, considerar que la guerra nunca puede ser el resultado de la mera voluntad de los reyes y que deben ser los pueblos quienes decidan declararla.

Kant parte de aceptar la guerra como un hecho difícil de erradicar: «La paz perpetua es impracticable, pero es aproximable hasta lo indefini-

do». A diferencia de Rousseau, y en consonancia con Hobbes, considera que la lucha tiene raíces en la naturaleza humana. La paz no es lo natural entre los hombres, sino una conquista de su voluntad consciente. La misma exigencia racional del imperativo categórico que obliga a los individuos a asociarse buscando un marco legal que garantice la convivencia, les obliga también a superar el estado de naturaleza que impera entre los Estados y a buscar la paz.

Su tratado sigue la forma de un pacto de paz, y así encontramos allí artículos preliminares, artículos definitorios, párrafos adicionales y apéndices. Tras la broma inicial con la que comienza la obra en la que aclara que no va a tratar sobre la paz de los cementerios, enumera seis artículos preliminares, auténticas proposiciones analíticas que esclarecen el concepto de paz mediante prohibiciones. No obstante lo más interesante de su obra es la modernidad que respira reflejando los anhelos de la burguesía liberal respecto a la paz. Así, vincula la búsqueda de la paz a dos premisas que considera fundamentales, la existencia de regímenes políticos representativos frente al absolutismo de su época y la extensión del libre mercado. «El espíritu comercial no puede coexistir con la guerra y, antes o después, se apodera de todos los pueblos. Como el poder del dinero es, en realidad, el más fiel de todos los poderes subordinados al poder del Estado, los Estados se ven obligados a fomentar la paz (por supuesto, no por impulsos de la moralidad) y a evitar la guerra...» (Kant: 1795/1998: 41). Como un anticipado heraldo de la globalización, Kant ve en el mercado mundial una salvaguardia frente a posibles conflictos bélicos. Para el filósofo la libre concurrencia terminará por operar como «una mano invisible» para suavizar otro tipo de enfrentamientos que puedan poner en peligro la creación de riqueza y la obtención de beneficios empresariales.

El siglo XIX marcará un nuevo hito en la búsqueda de la paz. Hasta ese momento los planteamientos pacifistas o antimilitaristas sólo fueron teorías o propuestas formuladas por minorías religiosas o intelectuales con escaso eco en sectores significativos de la población. Sin embargo, la centuria verá nacer un auténtico movimiento pacifista con un cierto arraigo social. Será en el ámbito anglosajón donde primero despunten las organizaciones creadas para ejercer influencia en busca de soluciones que impidan las guerras o las humanicen, orientando a la naciente opinión pública

y presionando a los gobiernos para tal fin. Podemos decir que, sobre todo en su segunda mitad, el siglo XIX será el gran siglo del pacifismo.

Parece lógico que fuera en Inglaterra y EE. UU. donde primero vieran la luz este tipo de asociaciones dado que eran los países en los que los derechos civiles estaban más avanzados. Las primeras de estas organizaciones estaban impulsadas por miembros de las clases medias que, movidos por planteamientos religiosos o meramente morales, querían desplegar una actividad en pro de la paz entre las naciones. Esos movimientos guardaban relación con otros, de parecida naturaleza, que por las mismas fechas se opusieron a la esclavitud o abogaron por la ampliación del derecho al sufragio.

En 1815 se creó en Nueva York la *New York Peace Society*, fundada por David Dodge, que condenaba la guerra sin ningún tipo de reservas, mientras que otras sociedades similares aparecían en Londres (1816), París (1821) y Ginebra (1839). El primer Congreso Internacional para la Paz se reunió en Londres en 1843 con unos planteamientos radicales en los que se rechazaba todo servicio militar y cualquier apoyo a las actividades militares. Aunque en el primer período de su andadura el impacto de estos grupos en lo social fue muy limitado, su sola existencia condicionó la actitud de gobiernos como el británico, que intervino en la Primera Guerra Carlista (1833-1839), que se desarrollaba en España, para imponer a las partes un acuerdo que humanizara los efectos de la contienda. Su patrocinador, Edward Granville Eliot, enviado especial de Gran Bretaña, tuvo que recurrir a la intimidación para lograr que ambas partes se aviniesen a firmarlo en 1835 y así cesasen los fusilamientos de prisioneros.

En 1847, la Sociedad Londinense de amigos de la Paz pasó de las proclamas y llamamientos a las propuestas, retomando la vieja idea de la creación de un organismo de arbitraje entre los Estados que tardaría todavía décadas en prosperar. Fréderic Passy (1822-1912), uno de los grandes impulsores de este tipo de movimientos, fundó en 1867 la Liga Internacional de la Paz Permanente, dando un nuevo impulso al crear una asociación internacional que permitía un contacto más continuado y regular que los esporádicos congresos.

Las guerras europeas del período espoleaban a los pacifistas en su labor. El suizo Henry Dunant (1828-1910), a raíz de los efectos de la bata-

lla de Solferino (1859), alumbró la idea de crear una organización neutral que proporcionara cuidados a los soldados heridos en los combates: fue así como surgió, tiempo después, la Cruz Roja Internacional y la Convención de Ginebra que buscaba regular el trato a los prisioneros y civiles (1864).

La Unión Interparlamentaria, formada en París en 1888 para atraer a la causa de la paz a los miembros de diversos Parlamentos nacionales, celebraba sus congresos en una capital diferente cada año. En los Estados Unidos, la Unión Universal de la Paz formuló sus principales propósitos, el desarme paulatino y el establecimiento de un Tribunal Permanente de Arbitraje. Nobel era un ardiente partidario del arbitraje y asistió de incógnito a un congreso por la paz celebrado en Berna, en 1892.

La Asociación Internacional de Pacificación y Arbitraje de Londres, en la declaración de sus fines, manifestaba que, próximo el comienzo del siglo XX, había llegado el momento de que todos los hombres se consultasen y conviniesen en los medios para solucionar pacíficamente sus disputas, aboliendo de este modo las guerras. Se decía que las masas seguían anhelando la paz, en tanto que los gobiernos, aunque insistían en que era necesario conseguirla, continuaban acumulando armamentos y preparándose para el combate, «contradicción monstruosa» con la que se debía terminar.

A estos intentos e iniciativas se sumaban nutridos sectores del mundo intelectual, y afamados escritores utilizaron sus novelas como vehículo para extender las ideas pacifistas o para mostrar los horrores de la guerra. Julio Verne, cuya popularidad y difusión de su obra alcanzó a importantes sectores de la población, fue un decidido defensor de la paz. El conde León Tolstoi en su monumental novela *Guerra y paz* se posiciona contra cualquier tipo de violencia. Pero, sin duda, la obra que más influencia ejercerá en este sentido, durante las últimas décadas del siglo, y a la que Tolstoi calificó como *La cabaña del tío Tom* de la causa pacifista, será *Abajo las armas*, escrita por la baronesa Bertha von Suttner (1843-1912). En la novela, de escaso valor literario, la baronesa narra los desastres de dos contiendas de las que fue testigo: la mantenida por Austria y Prusia contra Dinamarca por los ducados de Schleswig-Holstein (1864) y la austroprusiana de 1866.

Bertha von Stuttner, que consagró su vida al movimiento pacifista, tuvo la oportunidad de trabajar como secretaria para Alfred Nobel (1833-1896), inventor de la dinamita, con quien mantuvo una estrecha amistad. Nobel había ganado millones con la fabricación de explosivos y se hallaba profundamente afectado por los efectos del material que elaboraba, pero consideraba que si era capaz de fabricar una nueva sustancia o aparato de enorme eficacia destructiva haría imposibles las guerras. Esta idea, que también está presente en alguna novela de Verne y en la literatura de kiosco de la época, a través del género «Guerras futuras», se hallaba muy extendida hacia finales del siglo. Se creía que una nueva guerra era imposible debido a que las modernas armas que se estaban ya fabricando resultarían demasiado devastadoras.

Estas creencias, respaldadas en los últimos diez o quince años del siglo por los adelantos que se observaban en la sociedad, alimentó el movimiento en pro de la paz. A comienzos del siglo XX daba la impresión de que el hombre se había vuelto demasiado civilizado para guerrear. «En 1898 nos hallábamos sinceramente persuadidos de que la era de las guerras había terminado —escribió Julien Benda, un intelectual francés que tenía treinta y un años en aquellas fechas— Durante los quince años que transcurrieron desde 1890 a 1905, los hombres de mi generación creyeron realmente en la paz del mundo» (Tuchman 1967: 251).

A instancias del Zar Nicolas II, se convocó la Conferencia de La Haya en 1907. Aunque ya había habido algún antecedente, la Conferencia de La Haya despertó enormes esperanzas pero no alumbró ningún avance significativo e incluso evidenció las tensiones de la guerra que se avecinaba. Se logró avanzar en el tema de la reglamentación y en la creación de un tribunal internacional de arbitraje, pero no se logró el objetivo principal de la Conferencia, la limitación de armamentos, quedando de manifiesto cómo las grandes potencias hablaban de paz pero no renunciaban a preparar la guerra.

Todas estas corrientes del pacifismo ilustrado y de las clases medias coincidieron en vísperas de la Primera Guerra Mundial con una poderosa oleada de antimilitarismo protagonizada por el creciente movimiento obrero, que veía en el ejército un instrumento de represión al servicio de la burguesía. Lo cierto es que las tropas estaban siendo usadas, con todo su peso, para aplastar cualquier revuelta o protesta. En San Petersburgo

habían disparado contra la multitud desarmada en el llamado «Domingo Sangriento» en 1905; en España, se empleó al ejército en los disturbios conocidos como «La Semana Trágica» de Barcelona en 1909; en Italia, ya en 1914, se militarizó a los huelguistas durante la «Semana Roja de Ancona.»

El peso del militarismo durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX se dejaba sentir de modo abrumador en todas partes. En la republicana Francia, el Estado Mayor del ejército se negó a reconocer, de 1894 a 1906, la inocencia manifiesta del oficial Dreyfus, falsamente acusado y condenado por espionaje, por el sólo hecho de ser judío y de no querer la jurisdicción militar admitir los errores cometidos inicialmente en la instrucción del caso.

En 1905, en Cataluña, la redacción de la revista humorística *Cu Cut*, junto con la de *La Veu de Catalunya*, de tendencia regionalista, fueron asaltadas por un centenar de militares como reacción a una caricatura antimilitarista publicada por la primera. El hecho, en vez de ser castigado, supuso la aprobación de la llamada Ley de Jurisdicciones, que entregaba el enjuiciamiento de todos los delitos «contra la patria o el ejército» a la justicia militar.

En 1906, un ratero borrachín, disfrazado de oficial prusiano, consiguió conducir a un pelotón de soldados armados hasta Köpenick, un pequeño pueblo a las afueras de Berlín. Tras impartir las más estrafalarias órdenes, que fueron obedecidas por las autoridades, se apropió de los fondos del ayuntamiento, despareciendo después. El respeto reverencial y el temor al uniforme fueron la clave de su éxito. El asunto se convirtió en un verdadero escándalo y desató en la prensa una ardiente polémica sobre cuál era el papel del ejército en la sociedad alemana de la época.

Todos estos hechos alimentaban una oleada de literatura antimilitarista que se plasmaba en periódicos del tipo de *Simplicissimus* en Alemania o *La vie Militaire*, con las caricaturas de *Caran d'Ache* en Francia. A la cabeza de estas corrientes se encontraban las clases populares y las organizaciones obreras. Los antecedentes históricos de este posicionamiento en el seno del movimiento obrero se remontaban a algunos «socialistas utópicos», como Louis Blanc y Pierre Joseph Proudhon, que fueron los primeros en

criticar que los gobiernos autoritarios del siglo XIX recurrieran al ejército no sólo para defenderse o atacar a un enemigo exterior, sino para protegerse y reprimir al «enemigo interior».

En el Congreso de la Internacional Anarquista celebrado en Amsterdam en 1907, en el que participaron unos ochenta delegados de casi todos los países europeos, así como de Estados Unidos, América Latina y Japón se aprobó una escueta declaración antimilitarista: «Los anarquistas (…) Expresan la esperanza de que todos los pueblos afectados responderán a cualquier declaración de guerra con la insurrección y consideran que los anarquistas deben dar el ejemplo» (Woodcock 1979: 247). La resolución era muy vaga y, como se apresuró a sugerir uno de los delegados, no proporcionaba lo que se necesitaba realmente «un programa de propaganda y de acción antimilitarista concreto». Lo cierto es que en grupos como *Ligue Antimilitariste* de Francia y otras organizaciones de oposición a la guerra en distintos países, los elementos más activos solían ser los anarquistas.

En la Segunda Internacional, de inspiración marxista, también una de las principales preocupaciones era la lucha contra la guerra. El ambiente belicista que se respiraba en Europa a comienzos del siglo XX se convertía en un tema de inquietud para el movimiento socialista. La cuestión dominó el Congreso de la Internacional celebrado en Stuttgart en 1907 que, en su resolución final, adoptó por unanimidad incorporar una enmienda presentada por Lenin, Luxemburg y Martov que decía: «En el caso de que… la guerra estallara, el deber del movimiento obrero consiste en intervenir para hacerla cesar rápidamente y el de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista» (Del Rosal, 1975: 34). El Congreso de Basilea, celebrado en 1912, fue el último de la Internacional antes de la guerra y se convirtió en una demostración activa en pro de la paz, haciendo un llamamiento, de nuevo unánime, a la acción revolucionaria en caso de conflicto. Pero dos años después, con el estallido de la guerra, casi todos los partidos socialistas terminaron por dar su apoyo a los gobiernos beligerantes, y el poderoso movimiento pacifista del siglo se convirtió en la primera víctima de la contienda.

La catástrofe que fue la Primera Guerra Mundial para todo el mundo y especialmente para Europa tenía que concluir forzosamente con un generalizado llamamiento a la paz. De hecho, las proclamas por la paz fueron la punta de lanza de las acciones revolucionarias que jalonaron la última etapa del conflicto. Los militantes anarquistas y socialistas estuvieron detrás de la mayor parte de las revueltas y deserciones masivas que se produjeron en distintos frentes.

Los motines en el ejército francés en la primavera del año 1917 fueron instigados tanto por el hartazgo de una guerra absurda, como por la agitación desarrollada por publicaciones como *Le Bonnet Rouge*, un periódico de tendencia sindicalista-revolucionaria que desde finales de 1916 insistía en que los gobiernos que no habían sabido ganar la guerra debían dejar paso a los hombres que consiguieran la paz. El llamamiento a la revuelta hecho por los bolcheviques en las filas del ejército ruso en nombre de la paz inmediata sin anexiones ni indemnizaciones fue una de las claves de su triunfo político en octubre de 1917. El fiasco del ejército italiano en la batalla de Caporetto, en la que 200.000 hombres se rindieron sin combatir, se debió no sólo a la incompetencia del Estado Mayor, sino también a la propaganda de los activistas socialistas en el frente y la retaguardia en pro de la paz.

Los vencedores del conflicto eran, en parte, sabedores de esta realidad y consideraron oportuno que al final de la guerra se ofreciese a la opinión pública mundial la imagen de que tal tragedia no se podía volver a repetir. Así, llegó la hora del nacimiento de un organismo internacional creado para evitar nuevos conflictos como el que se acababa de padecer. De los Tratados de paz del año 1919 nació la Sociedad de Naciones y se hizo realidad el sueño secular del pacifismo sobre una institución internacional consagrada al arbitraje y la evitación de las guerras. No obstante, sus limitaciones se evidenciaron desde sus mismos orígenes. La Sociedad de Naciones surgió como un producto de los vencedores y en ella, inicialmente, no se pudieron integrar las potencias vencidas, ni tampoco la sediciosa URSS, embarcada en una revolución de la que recelaban el resto de los Estados. Por otra parte, y curiosamente, aunque el nuevo organismo fue impulsado por el Presidente norteamericano, Wilson, tampoco se sumó a él este país, ya que el Congreso de los Estados Unidos, a pesar de ser ésta

la potencia emergente después de la guerra, optó por mantener su tradicional «aislamiento».

Aunque los propósitos de la Sociedad eran implementar las bases para la paz y la reorganización de las relaciones internacionales una vez finalizada la guerra, la SDN no fue capaz de dar respuesta eficaz a los conflictos con los que hubo de enfrentarse. Ni siquiera en su mejor momento logró contar con más de cincuenta miembros y ya en 1923 se evidenció la debilidad de la organización cuando Francia invadió Renania para exigir el pago de las reparaciones de guerra. Con posterioridad, la invasión de Manchuria por parte de Japón en 1931 fue el segundo gran golpe que recibió la SDN. Condenado por la agresión, Japón abandonó la organización; Alemania siguió el mismo camino pocos meses después. Por último, las invasiones de Abisinia por Italia en 1935 y de Finlandia por parte de la URSS en 1939 revelaron que la SDN sólo era una fachada, y que el tan anhelado organismo internacional garante de la paz era incapaz de cumplir con sus funciones.

Más eficaz fue la actividad desplegada por algunos intelectuales a raíz del conflicto. El escritor francés Henry Barbusse, cuando estalló la guerra, tenía 41 años y a pesar de que había sido declarado inútil para el servicio militar, no quiso admitir privilegio alguno. El pueblo iba a morir en la guerra y él deseaba ir con el pueblo. Aunque ya entonces era un pacifista convencido, le movía en su decisión «hacer la guerra a la guerra». Después de 23 meses de combates y de haber recibido una condecoración, los médicos le obligaron a retirarse del frente, y así pudo escribir su novela, *El fuego*, un testimonio estremecedor de la contienda que ahora el escritor conocía de cerca. La obra se publicó en 1916 y logró el premio Goncourt y, aunque el jurado estaba en contra de otorgarle el galardón, tuvo que ceder ante el clamor popular.

El fuego apareció primero en forma de folletín por entregas y desvelaba en sus páginas que aquello que se presentaba ante la opinión pública como un hecho patriótico y glorioso no era más que una carnicería horrible y estúpida. El éxito del libro fue enorme y pronto se vendieron más de 300.000 ejemplares, superando el número de ventas a las obras más populares de Emile Zola. El debate sobre la novela, que en suma era un debate sobre la guerra que se estaba librando, llegó hasta la Asamblea Nacional

francesa, donde se calificó a Barbusse de traidor e incluso de cobarde. Sin embargo, en su defensa aparecieron otros destacados escritores, también pacifistas, como Romain Rolland y Anatole France.

Dos años después del nacimiento de la Sociedad de Naciones, al final de la guerra, apareció la novela satírica *Las aventuras del buen soldado Svejk*, del escritor checo Jaroslav Hasek (1883-1923). La obra, inacabada por la prematura muerte de su autor, narra las aventuras de un veterano soldado checo llamado Josef Svejk en los inicios del conflicto. En la mejor tradición de los personajes satírico-grotescos de la literatura universal, el buen soldado Svejk se convierte en un crítico feroz del militarismo denunciándolo, no mediante la rebelión frontal sino obedeciéndolo escrupulosamente, y poniendo en evidencia su absurdo. Su forma especial de atender a las órdenes de sus superiores y la manera de ejecutarlas terminan por generar una imagen de estupidez/sabiduría que conduce al lector a la reflexión. La novela, al estar inacabada, rompe la trama de forma inesperada antes de que Svejk tenga oportunidad de participar en las trincheras del frente. La obra alcanzó popularidad cuando Erwin Piscator decidió poner en un escenario berlinés una versión de la novela adaptada para el teatro. En esta adaptación el director de escena terminó trabajando con Brecht y de esa colaboración salió un espectáculo pacifista y de humor, en la línea del teatro de Aristófanes.

En 1925 el pacifista alemán Ernst Friedrich alumbró una forma de alegato verdaderamente original. Abrió en pleno corazón de Berlín el *Anti-Krieg Museum*, el primer museo contra la guerra. Friedrich que había sido condenado en 1916 por sabotaje en una fábrica de material bélico, había publicado el librito antimilitarista *Krieg dem Kriege* (*Guerra a la guerra*) que recogía una espeluznante colección de fotografías de la Primera Guerra Mundial con anotaciones a pie de página en cuatro idiomas. El dinero obtenido con las ventas le permitió iniciar el proyecto del museo como un centro cultural dedicado a la paz.

Algunos años después, en 1929, coincidiendo con el inicio de la Gran Depresión, Erich María Remarque (1897-1970), novelista alemán perteneciente a la generación de escritores que vivieron la experiencia de las dos guerras mundiales, publicó su novela *Sin novedad en el frente*, otro éxito editorial de trasfondo claramente pacifista. Escrita en la clave realista de las

novelas de la *Neue Sachlichkeit* (Nueva Objetividad), *Sin novedad en el frente* fue otra acusación a la guerra y a quienes la defendían. El texto daba voz al sufrimiento del soldado corriente, revelando la absurdidad y la inutilidad del conflicto bélico.

El cine, nuevo arte de masas, también se sumó en algunas de sus producciones a los planteamientos pacifistas. Charles Chaplin, en su cortometraje del cine mudo titulado *¡Armas al hombro!* (1918), ya satirizaba los apuros del soldado anónimo en el moderno frente de batalla. En 1930, el director Lewis Milestone llevó a la pantalla la novela de Remarque, con el mismo título, consiguiendo un gran éxito de público. Siete años después, el gran director francés Jean Renoir, teniendo presente la peligrosa situación europea que anunciaba una nueva guerra, rodó *La gran ilusión*, situando el desarrollo del film en un campo de prisioneros de la Primera Guerra Mundial. La película es una afirmación de la hermandad entre los hombres, más allá de las fronteras políticas y quería demostrar la inutilidad del conflicto armado. Los nazis, durante la Segunda Guerra Mundial, intentaron destruir todas las copias europeas del film pero gracias a un negativo descubierto en Múnich en 1945 se pudo reconstruir la película. Ya iniciada la segunda conflagración mundial, en 1940, Chaplin dirigió y protagonizó *El gran dictador*, que no es sólo un alegato contra el fascismo sino también una encendida defensa por la paz.

Toda esta producción cultural en pro de la paz así como la actividad de los grupos pacifistas en los distintos países europeos no pudieron frenar las políticas belicistas, exacerbadas por la llegada al poder de regímenes fascistas o de corte dictatorial en numerosos Estados del continente. El rearme de la Alemania nazi, el aventurerismo militar italiano, la agudización de la lucha de clases, que precipitó una guerra civil en España, prepararon el terreno para la guerra mundial, sin que las proclamas por la paz se pudieran oír o siendo tachadas por muchos de claudicación ante el enemigo.

Realmente en las décadas de los años veinte y treinta del pasado siglo el aporte más significativo en busca de la paz con sus llamamientos a la «no violencia» lo hizo Gandhi, que se inspiró en las creencias religiosas hindúes y en los libros de Tolstoi, con el que mantuvo una fluida correspondencia. Sus ideas sobre la «no violencia» dieron lugar a formas de resistencia

pasiva y de desobediencia civil cuyos antecedentes podemos encontrar en los escritos y comportamientos del pensador estadounidense Henry David Thoreau. Estas prácticas pacifistas encontraron eco a lo largo del siglo XX en diversos movimientos por la paz y por los derechos civiles, como el impulsado por Martin Luther King y la minoría negra de los EE. UU.

Al final de la Segunda Guerra Mundial volvió a sonar la hora de los organismos internacionales defensores de la paz. Así nació en octubre de 1945, como sucesora de la Sociedad de Naciones, la Organización de las Naciones Unidas, que pronto se desveló tan inoperante como su antecesora. Con los mismos o parecidos fines que la Sociedad de Naciones, la ONU ha sido una institución dominada por las grandes potencias a través de su Consejo de Seguridad en el que el derecho de veto ejercido por éstas bloquea en muchas casos las más importantes resoluciones.

Es cierto que la ONU ha desempeñado en algunos contenciosos internacionales un papel de arbitraje y moderación, y que sus famosos «cascos azules» han actuado como tropas de interposición en numerosos conflictos. Pero desde el final de la Guerra Fría su funcionamiento se ha deteriorado aceleradamente. El escándalo de la «masacre de Srebrenica» en 1995 durante la Guerra de Bosnia, en la que fueron asesinados varios miles de bosnios en la región de Srebrenica, cuando se encontraban en una zona previamente declarada como «segura» por las Naciones Unidas y bajo la «protección» de 400 cascos azules holandeses, contribuyó a señalar las limitaciones de este tipo de efectivos. Por otra parte, la Guerra de Irak puso en evidencia la debilidad de la institución al verse obligado el mismo secretario general de la ONU, Kofi Annan, a reconocer que la invasión de Irak liderada por Estados Unidos fue un acto ilegal que contravenía la Carta de Naciones Unidas.

En paralelo a las actuaciones de la ONU, el movimiento pacifista tras la segunda conflagración mundial, vio sus actuaciones muy limitadas. Al desatarse la Guerra Fría, la división del mundo en bloques y la carrera armamentística nuclear de las dos grandes potencias, colocó a estos movimientos por la paz bajo la sospecha de ser «caballos de troya» de la Unión Soviética. Lo cierto es que la URSS desarrolló todo un programa de propaganda pacifista y dio cobertura a numerosas organizaciones que promovían iniciativas en ese sentido. El Congreso Mundial de la Paz celebrado en

abril de 1949 en París dio paso al nacimiento en noviembre de 1950 del «Consejo Mundial de la Paz» que pretendía organizar la labor de los distintos Comités de la Paz nacionales, así como promover reuniones y publicaciones para acrecentar la sensibilidad sobre el tema. Este organismo, al que se incorporaron pacifistas de la más diversa procedencia ideológica, fue rápidamente tachado de comunista y en 1951 el Gobierno francés lo prohibió debiendo desplazar su sede a Viena. Tuvo durante años una intensa actividad organizando Congresos Mundiales de la Paz y campañas internacionales, algunas de las cuales, sobre todo las de Estocolmo y Viena para la prohibición de armas atómicas, tuvieron una resonancia universal por el extendido temor a una guerra nuclear.

En Gran Bretaña lo que comenzó en 1958 como una marcha pacifista al centro armamentístico de Aldermaston se convirtió en un poderoso movimiento social, animado por el filósofo Bertrand Russell, en contra de las pruebas que estaban realizando tanto soviéticos como americanos con bombas de hidrógeno cada vez más potentes.

A finales de la década, a las viejas asociaciones pacifistas vino a sumarse el movimiento contracultural protagonizado por los jóvenes, que hicieron de sus protestas contra la guerra y de sus actitudes antimilitaristas una de sus principales señas de identidad. Fueron los años de la Guerra de Vietnam, del movimiento hippie por la paz y de las grandes manifestaciones por todo el mundo en contra del conflicto que estaba asolando el sudeste asiático. Los Provos, grupo contracultural holandés, llegaron a ayudar a soldados estadounidenses a desertar de sus acuartelamientos en Alemania para evitar ser enviados a Vietnam. Bertrand Russell, que en 1963 había constituido la Fundación para la Paz, y utilizando las mismas justificaciones que los norteamericanos habían esgrimido para instruir los Juicios de Núremberg, organizó, junto con el filósofo Jean-Paul Sartre, lo que él mismo llamó un Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, conocido como el Tribunal Russell que, tras numerosas sesiones ante los medios de comunicación, terminó por condenar las actuaciones militares estadounidenses en el país asiático.

La última gran oleada pacifista que ha conocido Occidente se produjo a raíz de la Guerra de Irak. Las manifestaciones contra la guerra de 2003 en todo el mundo fueron las primeras convocatorias pacifistas de carácter

realmente global de la historia, al utilizarse internet y la telefonía móvil para coordinar las acciones. Las nuevas tecnologías al servicio del pacifismo demostraron su efectividad, ya que la protesta mundial (o marcha por la paz) se comenzó a organizar sólo un mes antes de su realización. El lema universalmente adoptado fue «No a la guerra», y bajo él millones de personas salieron a las calles el 15 de febrero de 2003.

No obstante, las opiniones al respecto de la paz y la guerra están mucho más divididas que en las décadas siguientes a la segunda conflagración mundial. Hoy, muchos intelectuales se muestran abiertamente partidarios de la guerra, considerándola un mal necesario pero poniendo el énfasis en su necesidad. Esta postura les lleva a escribir sobre los conflictos justificándolos y desvirtuando su auténtica naturaleza. El pensador francés Jean Baudrillard (1991) calificó la Guerra del Golfo como una guerra «virtual», obviando los terribles efectos de la misma. Según él, mientras el combate pudo haber sido real, sólo unas pocas personas en un extremo del planeta lo experimentaron. Pero la «guerra», que transmitida por la televisión impactó en la mayoría de la gente, no fue realmente real. El también pensador André Glucksmann (2004) no profundiza tanto como su compatriota Baudrillard y se limita a prestar su apoyo más entusiasta a cualquier conflicto en el que EE. UU. tome la iniciativa, como la intervención en Bosnia o la invasión de Irak.

Poco antes de morir, Alfred Nobel manifestó su voluntad de instituir un premio que se otorgaría cada cinco años a la persona que más hubiese contribuido a la paz en Europa. Consideraba que este premio desaparecería después de seis concesiones ya que si en treinta años no se había podido reformar la sociedad, caeríamos, inevitablemente, en la barbarie. En 1901 se entregó por primera vez el galardón y se ha seguido entregando anualmente hasta el presente, salvo los años de las dos guerras mundiales. Las sociedades no han caído en la barbarie, aunque la han rozado, pero aún no han sido capaces de sortear las guerras y de alcanzar la paz.

Índice

Tomo I

Tomo II